

HISTORIA DE LA PRENSA SANTANDERINA

JOSE SIMON CABARGA



CENTRO DE ESTUDIOS MONTAÑESES
DIPUTACION REGIONAL DE CANTABRIA



HISTORIA DE LA PRENSA SANTANDERINA

R-3070

Sig.-070

(1)

JOSE SIMON CABARGA

Cronista honorario de la ciudad de Santander

HISTORIA DE LA PRENSA SANTANDERINA



CENTRO DE ESTUDIOS MONTAÑESES
INSTITUCION CULTURAL DE CANTABRIA
DIPUTACION REGIONAL

1982

ISBN 84-500-8281-1

Depósito legal: O. 3.080-1982

GRAFICAS SUMMA, S. A. Polígono Ind. de Silvota. OVIEDO

INDICE

| | <u>Págs.</u> |
|---|--------------|
| Presentación, por José Luis Casado Soto | XIII |
| Dos palabras antes de comenzar | XIX |
| GUERRA DE LA INDEPENDENCIA. DE LAS CORTES DE CADIZ A LA MUERTE DE FERNANDO VII | |
| Gazeta de Santander | 3 |
| El Montañés | 5 |
| El Observador Imparcial | 7 |
| El Constitucional | 10 |
| Semanario Cántabro | 11 |
| El Payo Parlanchín y Centinela Montañesa | 13 |
| El Restaurador | 14 |
| El Imparcial Santariense | 15 |
| LA GUERRA CARLISTA (1833-1838) | |
| Boletín Oficial de la Provincia de Santander | 19 |
| El Cántabro, Boletín de Santander | 21 |
| El Argos de Santander | 23 |
| El Lince | 27 |
| Boletín Oficial de Santander | 29 |
| DEL FIN DE LA GUERRA CARLISTA A 1850 | |
| Boletín de Comercio de Santander | 35 |
| El Vigilante Cántabro | 39 |
| La Sílfida | 44 |
| El Barquero | 45 |

| | Págs. |
|--|-------|
| El Buzón de la Botica | 46 |
| El Despertador Montañés | 50 |
| El Tambo | 57 |
| El Trasconejado | 59 |
| El Rinoceronte | 61 |
| El Capricho | 62 |
| LOS PRIMEROS DIARIOS | |
| El Diario de Santander | 69 |
| Diario Mercantil de Santander | 73 |
| El Neófito | 75 |
| El Recreo Popular | 76 |
| El Espíritu del Siglo | 79 |
| El Huérfano | 86 |
| La Beneficencia | 88 |
| El Duende | 89 |
| El Censor | 90 |
| La Pulga | 91 |
| El Agua Vá | 92 |
| El Coliseo | 94 |
| Las Tijeras | 95 |
| El Lente | 96 |
| El Mosquito | 97 |
| La Espina | 98 |
| La Avispa | 99 |
| DE «LA ABEJA MONTAÑESA» A LA 1. ^a REPUBLICA | |
| La Abeja Montañesa | 103 |
| El Tío Cayetano | 110 |
| Eco de Cantabria | 115 |
| El Verano | 117 |
| El Tío Quintín | 118 |
| La Lanceta | 120 |
| DE LA 1. ^a REPUBLICA A LA RESTAURACION | |
| La Valla | 123 |
| Santiago y a ellos | 124 |
| El Estudiante | 127 |

| | |
|--|-----|
| El Cántabro | 128 |
| El Penínsular | 129 |
| El Protector del Trabajo | 130 |
| La Monarquía Tradicional | 131 |
| El Ramillete | 133 |
| El Cuco | 134 |
| Boletín Oficial de la Asociación de Obreros de Santander | 135 |
| El Aviso | 136 |
| La Voz Montañesa | 143 |
| La Mariposa | 147 |
| El Plebeyo | 148 |
| El Guía | 149 |
| El Correspondal | 150 |
| El Comercio de Santander | 151 |

DE LA RESTAURACION A LA GUERRA DE CUBA

| | |
|--------------------------------|-----|
| La Armonía | 157 |
| La Tertulia | 159 |
| El Eco de la Montaña | 164 |
| El Montañés | 167 |
| La Voz | 169 |
| La Voz de Santander | 170 |
| El Diario de Santander | 171 |
| El Sanhedrín | 175 |
| La Tía Canuta | 176 |
| La Guardia Negra | 177 |
| La Galerna | 178 |
| El Hisopo | 179 |
| La Carabina de Ambrosio | 180 |
| La Verdad | 181 |
| Correo de Cantabria | 186 |
| Santander Cremá | 190 |
| El Montañés Crítico | 194 |
| El Progreso de Santander | 196 |
| Santander Cómico | 199 |
| El Escalpelo | 199 |
| Los Bandos | 201 |
| El Atlántico | 204 |
| La Coalición Republicana | 211 |
| Ciriego | 212 |

| | Págs. |
|--|-------|
| La Publicidad | 213 |
| Juan Palomo | 214 |
| La Galerna | 217 |
| Boletín de la Sociedad de Impresores, Litógrafos y Encuadernadores de Santander | 219 |
| El Noticiero Montañés | 220 |
| El Sardinero | 222 |
| La Región Cántabra | 223 |
| La Atalaya | 225 |
| Heraldo de Santander | 233 |
| Sardinero Alegre | 234 |
| El Cantábrico | 236 |
| La Voz Cántabra | 244 |
| La Voz del Pueblo | 246 |
| Crónica de Santander | 249 |
| El Norte | 251 |
| El Eco Montañés | 252 |
| Noticiero Santanderino | 253 |
| El Anunciador Noticiero | 254 |
| DE LOS ALBORES DEL SIGLO XX HASTA LA GUERRA EUROPEA | |
| El Federal | 257 |
| Revista Veraniega | 259 |
| El Montañés | 261 |
| La Hormiga | 264 |
| La Antorcha | 266 |
| El Centro Montañés | 267 |
| Adelante | 270 |
| El Diario Montañés | 272 |
| La Opinión | 280 |
| Heraldo Demócrata | 284 |
| El Autonomista | 286 |
| Cantabria | 287 |
| La Voz Montañesa | 289 |
| El Tiquis Miquis | 291 |
| La Campanilla | 293 |
| El Descuaje | 294 |
| Don Preciso | 295 |
| El Ideal Cántabro | 297 |

| | Pág. |
|--------------------------------|------|
| Monte-Carlo en Santander | 299 |
| La Verdad | 300 |
| El Hambre en Puerta | 301 |
| La Montaña | 302 |
| La Región Cántabra | 304 |
| El Defensor | 305 |
| Revista Cántabra | 306 |
| Percebete | 309 |
| La Verdad | 312 |
| La Voz del Dependiente | 315 |
| La República | 316 |
| Palitroques | 318 |
| El Reformista | 320 |
| Ecos de Sociedad | 322 |
| Sotileza | 323 |
| La Costa Montañesa | 325 |
| Fraternidad | 327 |
| Tierra Montañesa | 328 |
| El Pueblo | 329 |
| El Pueblo Cántabro | 330 |
| Sport Montañés | 337 |
| Las Noticias | 338 |
| El Zurriago | 339 |
| España Neutral | 341 |
| Noticiero Montañés | 343 |

EN LA POST-GUERRA (LOS FELICES AÑOS 20)

| | |
|-------------------------------|-----|
| La Montaña | 347 |
| La Región | 349 |
| Palestra | 352 |
| El Faro | 355 |
| La Voz de Cantabria | 357 |
| La Revista de Santander | 361 |

LA 2.^a REPUBLICA

| | |
|----------------------|-----|
| Hoja del Lunes | 367 |
| El Espontáneo | 369 |
| La República | 371 |

| | Págs. |
|---|-------|
| España | 375 |
| Alerta | 376 |
| APENDICE I.-NOTICIA DE LA PRENSA EFIMERA | 383 |
| APENDICE II.-NOTICIA COMPLEMENTARIA PARA UN CATALOGO EXHAUSTIVO | 403 |
| INDICE ALFABETICO | 411 |

PRESENTACION



Me honra la familia de José Simón Cabarga al pedirme que escriba una presentación para este hermoso libro. Me honra y me pone en un serio compromiso: el de presentar la obra probablemente más extensa y ambiciosa de un hombre de larga vida, cuya fertilidad en el trabajo constante y discreto le ha otorgado el respeto y el aprecio unánime de sus paisanos, contradiciendo el aforismo de que nadie es profeta en su tierra. Mucho más propio hubiera sido, sin duda, el que un trabajo mío apareciera a la letra impresa de su mano que no al revés. Sólo puedo justificar mi atrevimiento en aras de la generosa amistad con que me distinguió durante los últimos diez años de su vida. Valgan, pues, estas líneas de sentido recuerdo y homenaje al amigo desaparecido.

Aún cuando no sea el lugar de abocetar su biografía, sí considero oportuno recapitular los tres surcos donde sembró sin desmayo a lo largo de tantos años de labor: la dirección del Museo Municipal de Bellas Artes de Santander, el periodismo y la reconstrucción histórica del terruño donde nació y vivió.

Su ejecutoria al frente del Museo, aunque poco conocida para la mayoría, ha sido de enorme trascendencia para la ciudad, ya que a su inspiración y esfuerzo se debe principalmente la estupenda realidad de tan valioso patrimonio. La aportación de Simón Cabarga se concretó en crear, organizar y restaurar el primer fondo, a raíz de la Guerra Civil, prácticamente desde la nada; en la investigación minuciosa de la vida y obra de los artistas en él representados y en la batalla constante y fatigosa para conseguir de las instituciones los recursos necesarios para la ampliación de los fondos y el incremento de las salas de exposición.

Los más de sesenta años de periodismo activo e ininterrumpido, escudado tras el seudónimo «Apeles» o en el anónimo trabajo de redacción, nos han enriquecido a varias generaciones de montañeses, no sólo con el pulcro hacer literario y sentido común preñado de buen humor con que sabía construir sus artículos, sino también haciéndonos partícipes de su cariño e interés por el

pasado de esta tierra y de las gentes que sobre ella nos precedieron, consideradas siempre desde un enfoque entrañablemente humano y salpicados convenientemente con las anécdotas oportunas.

Respecto a la tercera faceta de su actividad, la de historiador (palabra que, en su modestia, rechazaba escandalizado cuando alguien le calificaba con ella, del mismo modo que despejaba siempre cualquier alabanza con sorna y azorado buen humor), ahí está la casi veintena de libros que escribió sobre diferentes aspectos de la historia de Santander, trabajos todos de muy agradable lectura para cualquiera y de consulta obligada para el estudioso; libros que a muchos nos sirvieron de iniciación en el interés no sólo por el pasado de la patria chica, sino también en el descubrimiento de la ciencia de la historia.

Su gran capacidad de trabajo y su dedicación abriendo brecha en estos tres campos, sufrió una terrible prueba, la de ver consumirse en el fuego devorador de un día de febrero de 1941 el gran montón de cuadernos y papeles con datos, notas y extractos de documentos acumulados durante veinte años de labor. Aún se le entrecortaba la voz cuando nos lo contaba treinta años después.

Le costó mucho superar el golpe y ponerse de nuevo a trabajar con el rigor y sistema que le caracterizaban, empezando desde cero con la documentación municipal, por un lado, y la hemeroteca montañesa por otro. De ese esfuerzo renovado surgió la ingente obra ya apuntada, de la que el presente libro es una espléndida síntesis y colofón. En él se reúne la historia cotidiana y la insólita, la menuda y la grande, la chusca y la grave de casi dos centurias de la ciudad de Santander, rastreada a través de la prolífica prensa efímera que, por obra y gracia de Simón Cabarga, ha dejado de serlo. La historia de un Santander que creció vertiginosamente a lo largo del siglo XIX, multiplicando por siete su población al calor del comercio trasatlántico y la industria, un Santander que vivió apasionadamente las alternativas políticas y militares de aquella centuria y que padeció la fiebre amarilla y el cólera, un Santander que abrió sus playas al turismo, y ya en nuestro siglo, se convirtió en corte de verano, un Santander, en fin, que sufrió, como toda España, la Guerra Civil y la postguerra.

Pero este libro es mucho más que la historia local que en sí encierra, es también y sobre todo un irreemplazable instrumento y guía para la utilización de la prensa como fuente histórica, dada la clara estructuración de la obra y lo riguroso y fiable de los datos acopiados sobre editores, redactores, ideología de cada periódico, circunstancias que rodearon su tiempo de existencia, etc.

El lector podrá comprobar que el libro, no obstante la cantidad y densidad de información que encierra es, como todos los de su autor, de lectura fácil y amena.

El Centro de Estudios Montañeses, del que Simón Cabarga era miembro veterano, propuso a la Institución Cultural de Cantabria la publicación del,

presente trabajo y tuvo a bien encargarme la supervisión de la edición, tarea para la que he contado con la inestimable colaboración de Francisco Sáez Picazo; a nosotros debe imputarse cualquier error o desajuste que haya podido deslizarse en la confección material del libro.

Gracias a las colecciones de la Sección de Fondos Modernos de la Biblioteca Menéndez Pelayo, hemos podido ilustrar la obra con casi todas las cabeceras de los periódicos reseñados.

Santander, octubre de 1981.

JOSE LUIS CASADO SOTO

DOS PALABRAS
ANTES DE COMENZAR

La primera referencia erudita sobre el establecimiento de la imprenta en Santander se debe a Remigio Salomón por sus «Apuntes» dados a conocer en 1861 y, según los cuales, tal acontecimiento tuvo lugar el año 1791. Don Eduardo de la Pedraja, excelente y apasionado coleccionista de periódicos de Santander y su provincia (que pasaron a formar el cuerpo principalísimo de la actual Hemeroteca Municipal) (1) puntuizó el rigor histórico fijando en el mes de marzo de 1792 la fecha en que Francisco Xavier de Riesgo y Gonzalorená, impresor de Palencia, se estableció en la capital montañesa requerido por el obispo Rafael Thomás Menéndez de Luarca en virtud del convenio con el Real Consulado de Mar y Tierra y con el Concejo santanderino. De la Pedraja aportó documentación amplia y fehaciente (que en el día aparece irrefutada), reproduciendo los oficios del prelado; de Lerena, primero y después de Gardoqui fechados, respectivamente, en Aranjuez y en Madrid dando, en nombre de Carlos IV, autorización para contratar con Riesgo la confección de todos los impresos del Obispado y de las dos citadas Corporaciones (2).

Se valió Pedraja de un manuscrito en folio obrante en su poder y recogido por la Sección de Fondos Modernos de la Biblioteca de Menéndez Pelayo (antigua Municipal).

Se sabe, casi de modo categórico, que Riesgo y Gonzalorená fue contratado y su taller comenzó en 1792 a imprimir las escrituras, guías, papeletas de pago para la recaudación del derecho y ordenanzas sobre el régimen y conservación del camino real a Burgos; las cartas circulares, certificaciones de matrículas de la Escuela de Náutica y Dibujo, Ordenanzas, etc., etc.; es decir, todo

(1) Tan inestimable tesoro bibliográfico fue adquirido por el Municipio santanderino en noviembre de 1917, de los herederos del señor Pedraja.

(2) V. en el Album «De Cantabria», Imp. y Lit. de «El Atlántico» año 1890, pp. 223 y ss., el documentado trabajo de Pedraja bajo el título «Primeras páginas de las investigaciones históricas sobre la introducción de la Imprenta en la provincia de Santander y bibliográficas de su Prensa oficial y particular».

el material oficial oficinesco, más los edictos de las tres corporaciones contratantes (3).

No había llegado el momento de considerarse de imperiosa necesidad la creación de una prensa periódica en Santander. Riesgo editó, en 1793 la primera «Guía» de la ciudad, compuesta por el capitán Pedro García de Diego, que es, probablemente, el primer libro estampado en Santander.

Pedraja dejó en suspenso la continuación de sus apuntes, cuyas primicias en el citado Album «De Cantabria» son de valor inapreciable pues colman, como se verá en las páginas de este libro, la laguna existente en las colecciones que hoy constituyen intasable tesoro bibliográfico en la Hemeroteca santanderina; algunas de aquellas son completas y diríamos que, precisamente, las de mayor valor documental, y de modo especial contribuyen al atisbo de la «pequeña historia» de la capital montañesa.

La Prensa santanderina, en su nacimiento tuvo, por lo general, las mismas características que en cualquiera otra población española de su entidad. La ciudad de cortos límites urbanos y de también limitadas necesidades, estaba saliendo, en un lento proceso social y comercial, de simple villa y no necesitaba urgentemente de un periódico propio. Llegaban las gacetas madrileñas para enterar al vecindario –sobrepticiamente cuando así lo exigía la vigilancia policial del régimen imperante– de cuanto sucedía por el mundo. Además, no existía, entonces, afición por la lectura no sólo entre la masa de artesanos y mareantes, sino en el estamento de los negociantes, pues pocos de estos sentían inquietudes intelectuales, reservadas preponderantemente a los delfines de laaciente burguesía; sólo una corta «élite» dirigía los movimientos pendulares de la colectividad; y de ella, los más influyentes representantes enviaban sus hijos a estudiar a las universidades castellanas, para, después buscar en otras latitudes destino a sus talentos o actividades.

Esos retoños hallaron en los beneficios de una cultura bien adquirida, el complemento intelectual creador de un ambiente que para siempre daría tono y hasta categoría a su ciudad, al cuajar el magnífico momento de alumbrar el foco de una promoción nacida bajo el signo de la inquietud, según ha glosado el doctor Marañón (4). Pereda reprochaba a los madrileños el que mientras ellos

(3) En las notas manuscritas en poder de Pedraja, se dice que el Obispado gastaba anualmente, en impresos, de 500 a 600 reales; 1,100 el Ayuntamiento; igual cantidad el Cabildo Catedral, y la Aduana, 600. Que Riesgo contaba, además, para el trabajo de su prensa, con los impresos del Juzgado de Cruzada, el de Marina y el Tribunal Eclesiástico «y otras corporaciones y oficinas, y además, con que se debían dar a la estampa, inmediatamente de establecerse, las Ordenanzas municipales, calculadas en seis tomos; los Libros de Escuelas de Náutica y Dibujo y las Ordenanzas, circulares, esquelas y otros papeles para promover la industria que inevitablemente tenía que imprimir la Sociedad de Amigos del País (Real Sociedad Cantábrica), en el momento de su establecimiento».

(4) Gregorio Marañón, «Tiempo viejo, tiempo nuevo».

desconocían totalmente la literatura regional, en más de seis bibliotecas santanderinas figuraban todas las obras de los catalanes en su lengua vernácula.

Así fue posible que al comenzar la cuarta década del siglo se funde en Santander el Liceo Artístico y Literario y surjan revistas como «*El Buzón de la Botica*» en el que, burla burlando, se da a conocer una generación con inquietudes.

Tras del primer cuaderno informativo impreso el 2 de enero de 1809 (una Gaceta de breve formato) no apareció otra publicación hasta 1813. Era el momento exacto en su perfil histórico el de la libertad concedida por la Constitución doceañista. Este noticiario fue el tanteo inicial y como tal sometido a los avatares de una empresa totalmente desconocida en la población. Fue luego un jadeo acezante, una ascensión trabajosa hasta aclimatar una publicación periódica propia que devolviese cada día o cada semana, a las gentes, su propia imagen y la concreción de su pensamiento difuso ante los acontecimientos extraprovinciales. Así tenemos que hasta el año 1849, no se registró el primer intento de salir a la luz un diario que dejaría tras de sí no pocos frustrados semanaarios.

Es preciso advertir que estas páginas intentan historiar solamente la prensa editada en la capital de la Montaña; la provincia, con estimable copia de títulos, merece también un estudio, mas nuestra intención sigue la imperante en nuestros libros sobre la biografía de la ciudad, y por ello lo estimamos terreno para curiosos investigadores de la vida provincial. El plan de componer esta historia ha sido sencillo: dar noticia, sin pretensiones rigoristas, críticas o filosóficas, de las publicaciones conforme a su cronológica aparición. El providencial juego de colecciónarlas con entrañable pasión de bibliófilo (va apuntado su nombre con aureola de benémerito, don Eduardo de la Pedraja), ha salvado el principal instrumento de trabajo para eruditos e historiadores. Se le escaparon algunos títulos (5) pero su obra de rescate fue sencillamente prodigiosa en cantidad y en calidad.

No han sido, hasta ahora, plurales los intentos de poner en pie, con método, los casi fantasmales testigos fedatarios de la vida santanderina durante siglo y medio; al menos, se nos hurta el conocimiento de la existencia de trabajos de rigurosa especialización del tema. Pudo hacerlo, y lo inició «de modo desordenado», José del Río Sáinz, con sus «Memorias de un periodista»; pero tan meritaria y entrañable tarea, estuvo confiada a la prodigiosa memoria del inolvidable «Pick» exaltada muchas veces por una pasión emocionalmente partidista; no era, él, hombre con paciencia bastante para sentarse ante el pupitre del eruditio; pero sus noticias son prodigo de resurrección de personajes de finales del siglo XIX y principios del XX, en su circunstancia.

Registraremos los títulos de carácter esencialmente periodístico y hacemos

(5) Véanse apéndices.

abstracción de los de tipo profesional o nacidos con circunstancia individual; y de esa forma, hemos ido exhumando hojas nacidas, a veces, con ilusiones de perdurabilidad, pero agostadas en días por su inconsistencia aunque dejaran cierto sedimento a veces definitorio de su tiempo. Hubo, con preferencia a partir del movimiento romántico, mucha afición a editar hojas con designio muy personal, y, naturalmente, proliferaron los de carácter político y partidista; se entreveraron las publicitarias y otras que por hacer profesión de fe independiente, naufragaron en el mar de la indiferencia pública. Es curioso observar que la gran mayoría de los diarios y semanarios se autodefinían «defensores de los intereses generales y literarios»; buen número de ellos surgieron para el desahogo de espíritus inquietos que buscaban en la letra impresa la «inmortalidad» de sus producciones poéticas y literarias, o para significarse pretenciosamente como ingenios satíricos y fustigadores de ideas de personas o de empresas. Con fingimiento humorístico, descubrían malévolos propósitos drásticos y punitivos y rodaban sin remedio por el despeñadero para caer en el bastardo designio del libelo. Todas estas publicaciones circunstanciales salían y se eclipsaban, faltas de prestigio y aplastadas por el descrédito. Sin embargo, algo dejaron, tras de sí, digno de la tinta con que se estamparon.

No es preciso llamar la atención del lector (cuya sensibilidad y fina percepción está fuera de causa), de cuantos participaron como redactores o colaboradores: excelentes ingenios, de manera especial los que contribuyeron a crear aquel clima intelectual de mediado el siglo pasado que ha merecido por alguna alta autoridad crítica el dictado de «edad de oro de las letras vernáculas».

La dignidad y ponderación de esas publicaciones las hicieron aptas para agrupar a la élite intelectual, poética y literaria que giró en torno a los tres astros mayores, Amós de Escalante, Pereda y Menéndez Pelayo. No hemos vacilado en detenernos fruitivamente cuando, al revisar páginas sobre las que el tiempo determina inexorablemente la decrepitud, intentamos «actualizar» noticias de carácter localista con vibración y proyección históricas; su exhumación bien merece la disculpa aunque en ocasiones se roce el peligro de la prolíjidad; y es que su encanto, su entrañable curiosidad, el exacto reflejo de la sociedad y de los acontecimientos provincianos, deben ser salvados del olvido definitivo. Aun dentro de la limitación transcendente o de su misma intranscendencia, la anécdota real, no inventada, forma parte de la crónica viva. Así lo fueron las antiguas «Relaciones» y «Avisos» proliferantes a partir del siglo XVII español.

En todo caso, esta aproximación a la historia de la prensa periódica podrá tener la virtud única de una promesa: colaborar al conocimiento más minucioso de una ciudad provinciana de su carácter, del paisaje poblado por hombres que trabajaron, sufrieron o fueron felices con su incansable acarreo de materiales para ir escribiendo la biografía de su pueblo.

GUERRA
DE LA
INDEPENDENCIA.
DE LAS
CORTES DE
CADIZ
A LA MUERTE
DE
FERNANDO VII

GAZETA DE SANTANDER

DEL LUNES 2 DE ENERO DE 1809.

GACETA DE SANTANDER

1809.

Imp. F. Xavier de Riesgo.

El gobernador militar y jefe político de la provincia, Francisco de Amorós y Hondeano, nombrado por Napoleón, introdujo en Santander la novedad de publicar una Gaceta. Impresa en cuarto, el 2 de enero de 1809, en papel de hilo, con 12 folios sin pie de imprenta, ni numeración ninguna que induzca a establecer una regular periodicidad, se supone fundadamente que se compuso en el taller de Riesgo. Era la primera comunicación de la autoridad napoleónica para dar traslado de las noticias contenidas en las Gacetas de Madrid (en los días 11 y 12 del mes de diciembre de 1808).

Informaba de las marchas y combinaciones de los ejércitos franceses entrados en España y las ocupaciones de Vizcaya, Navarra, Aragón y las dos Castillas, con la triunfal en Burgos donde el Emperador firmó, el 12 de noviembre, un decreto sobre la «amnistía general» con exclusión de los duques del Infantado, Hijar y Medinaceli, del marqués de Santa Cruz, de los condes de Fernán Núñez y Altamira; del príncipe de Castel Franco; de don Pedro de Cevallos, ministro de Estado de Carlos IV; y del obispo de Santander, don Rafael Thomas Menéndez de Luarca, a los que declaraba «enemigos de Francia y de España y traidores a ambas coronas». «Como tales, se aprehenderán sus personas, serán entregados a una Comisión militar y pasados por las armas. Sus bienes muebles y raíces se confiscarán». En otro folio, decía que los marqueses de Castel Franco, de Santa Cruz y el conde de Altamira habían sido arrestados, pero el Emperador «se dignó permitir que no se ejecute con ellos el decreto que les concierne [de ser pasados por las armas] y serán conducidos a Francia y encerrados en una fortaleza».

Otra comunicación imperial dada en Madrid el 4 de diciembre, destituía «a los individuos del Consejo de Castilla, como cobardes e indignos de ser los magistrados de una Nación brava y generosa».

También transcribe el decreto creando el Tribunal de Reposición y el de la supresión del Tribunal de la Inquisición «como atentatorio a la soberanía y a la autoridad civil». Asimismo en el que se establecía «que nadie podía tener más de una sola encomienda y que el que posea varias, designará la que prefiera gozar, quedando las otras a disposición del Rey...».

El público se enteraba de la orden de Napoleón reduciendo a una tercera parte los conventos existentes en todo el territorio nacional y prohibiendo la admisión de nuevos novicios, «ni se permite profesar ninguno hasta que el número de religiosos de uno y otro sexo se reduzcan a una tercera parte». Los novicios deberían abandonar las casas de Religión en el término de quince días.

Recogía la disposición aboliendo el derecho feudal y la supresión de todos los derechos exclusivos; la supresión de las Aduanas y Registros en las provincias, limitando aquellas a las fronteras. Es interesante la alocución dirigida por Napoleón a todos los españoles (día 7 de diciembre) pidiéndoles su adhesión y conminándolo con los males del derecho de conquista a quienes persistieran en no aceptar a su hermano José, como rey de España. Con amplitud, exponía la situación de las fuerzas francesas de ocupación, con los nombres de los generales que las mandaban.

Finalmente, la «Gaceta de Santander» insertaba estas palabras dirigidas por el gobernador Amorós y Hondeano, a los montañeses: «Si en fuerza del perdón que se concede por los artículos 3 y 4 del decreto de 12 de noviembre, expedido en Burgos por S. M. el Emperador de los franceses y Rey de Italia, se presentasen al Ilmo. Sr. Gobernador civil de esta provincia, individuos que pretendiesen disfrutarlo y someterse a la dulce autoridad del Rey N. Señor, les ofrece en su real nombre que se cumplirá exactamente la voluntad de S.M.I. y R., y que se admitirán también las diputaciones de los pueblos que se presenten para rendir sus respetos y obediencia al nuevo Gobierno y evitar los estragos de la guerra, recomendando sus solicitudes a proporción de las pruebas que dieran de su fidelidad y de la eficacia que empleen en demostrarlas. Ya están disfrutando algunos oficiales y soldados del ejército español los beneficios del Gobierno de S.M. el rey señor don Josef Primero; pues habiéndose presentado voluntariamente al Gobierno de Santander, ha dispuesto que se les abonen sus haber y socorros desde el día que lo hicieron y juraron fidelidad al Rey con arreglo a la constitución sapientísima que debe regirnos».

No hay seguridad sobre la pervivencia de la «Gaceta», aunque es de suponer que, por lo menos Amorós, continuaría comunicando a la provincia de su mando cuanto a la autoridad convenía. Durante mucho tiempo sólo se ha hecho mención de la Gaceta del 2 de enero; pero últimamente apareció otro ejemplar, pertenece a la colección de José L. Casado Soto. Corresponde al jueves, 23 de marzo de 1809, con el formato de la primera Gaceta y once páginas foliadas y una en blanco, y también sin pie de imprenta.

En el expediente incoado a don Bonifacio Rodríguez de la Guerra, alcalde, se cita otro ejemplar de la Gaceta durante el mandato de Amorós. El espíritu ordenancista del funcionario, movido además por el afán de crear proselitos a la causa napoleónica, le induciría a proseguir la publicación de este primer «periódico oficial» editado en Santander y a justo título calificado de «protohistórico» (1).

(1) En la Hemeroteca Municipal de Madrid existe un ejemplar de una publicación titulada «El Pensador Cántabro», del año 1810. Ha inducido a algún investigador a suponer que tuviera conexión con Santander, pues el apellido «Cántabro» le hizo sin duda sospechar. Sin embargo, el subtítulo «Irurac Bat Ynsurgentes» y el hecho de estar confeccionado en la «Imprenta de los cántabros» de Bilbao, aclara su naturaleza. ¿Fue acaso un boletín editado en efecto por los «insurgentes santanderinos fugitivos de la ocupación napoleónica? La incógnita no ha sido desvelada; ningún eruditó montañés lo ha citado siquiera; como tampoco lo vemos referido en documentos oficiales u oficiosos.

EL MONTAÑES

1813.

Imp. Mendoza.

El 31 de enero de 1813 abandonaban Santander, en retirada, las tropas de la retaguardia napoleónica. El general Wandermersen se llevaba en última rebatiña los caudales salvados de las continuas exigencias del ejército ocupante. Los carros requisados por el general, cargaron las talegas de oro y la plata reunidas en la requisita impuesta a los pueblos de la jurisdicción, los efectos particulares y rebaños de ganados arrancados a los valles montañoses. Castro Urdiales y Santoña quedaban para sufrir aún las posteriores depredaciones, ya en vísperas del desenlace de la guerra. La capital montañesa iba a emprender, lentamente, la normalidad, rescatada a la soberanía nacional y con ello entraba en su vida política la vigencia de la Constitución de Cádiz, del mes de marzo de 1812. Simultáneamente, se iniciaban los expedientes de depuración por afrancesamiento o colaboracionismo, y en primer término el del muy discutido alcalde y regidor, Bonifacio Rodríguez de la Guerra.

Entre las reformas que la institución parlamentaria iba incorporando a la administración y a las costumbres, influyó de modo **transcendente** la propuesta de Argüelles de octubre de 1810 (que pasó a formar cuerpo de la Constitución de Cádiz), sobre la libertad de imprenta concediendo «el derecho a escribir, imprimir y publicar las ideas sin necesidad de licencia», quedando únicamente los impresores y editores sujetos a las penas comunes, según la gravedad del delito que por la publicación contrajesen. Quedaban a salvo los escritos en materia de religión, sujetos a la previa censura de los Ordinarios. Se constituía la Junta Suprema de Censura cuyas facultades eran delegadas a las juntas censoras locales. «La ley de Imprenta de 1810 –se ha escrito– tiene un valor parlamentario genuino: el de representar una transacción entre los dos bandos esenciales, parlamentarios». Al sancionar las Cortes de Cádiz el derecho liberal con repercusión honda en el panorama político, la licitud de la propaganda impresa fue esgrimida por constitucionales y absolutistas, que se apresuraron a sacar a la luz pública sus órganos de expresión. En Santander, sólo a los once meses de su liberación se logró publicar un periódico, y ello con limitaciones notorias: un doceañista, funcionario de la Aduana llamado Bernardino Serrano, se aventuró a editar un semanario con el título «El Montañés» en noviembre de 1813. Le correspondió, por tanto, el título de «fundador de la prensa montañesa» que Eduardo de la Pedraja le confirió en sus apuntes históricos. «El Montañés» chocó desde un principio, con una rabiosa oposición de los absolutistas. La larga etapa de la ocupación, a pesar de la carencia de periódicos definidores de una conciencia pública, había dejado un fermento oposicionista declarado a cuanto supusieran las nuevas ideas, y no era bastante la libertad proclamada para que la opinión mayoritaria local se conformase a un pensamiento que «subvertía» conceptos tradicionales por los que el pueblo había luchado de manera ardorosa.

«El Montañés» encendió en Santander la primera chispa polémica. Bernardino Serrano consiguió que la imprenta de José Manuel de Mendoza (instalada en competencia con la de Riesgo), tirase dos números del flamante hebdomadario, automáticamente repudiado por gran parte de la opinión pública, al extremo de que el impresor se negó a seguir prestando sus prensas para unas hojas consideradas como revolucionarias para las costumbres inmóvilistas de los santanderinos. Serrano, entonces, acudió a Riesgo; pero éste opuso su terminante resistencia y no valieron ni la invocación a la ley, por parte del editor ante el juez Manuel de Rada (que conminó al impresor a cumplir lo legislado), ni el decreto de arresto y multa consiguientes. Riesgo, recurrió a sus valedores influyentes frente a las decisiones judiciales, y Rada recibía del Consulado un oficio así concebido: «El impresor don Francisco Xavier Riesgo en la representación que nos hace, solicita nuestra protección para que V.S. le levante el arresto y apremios con que se le aflige por haberse excusado a imprimir el periódico titulado «El Montañés», de lo que no hubiera sido extraño se nos hubiese dado noticia. Y no pudiendo mirarlo con indiferencia puesto que goza gran sueldo por este Cuerpo y que puede serle preciso según las urgencias en atención a la buena conducta con que ha procedido hasta aquí, ocurrímos a V.S. para que administrando justicia se sirva tener en consideración cuanto queda expuesto».

Le fue levantado el arresto a Riesgo, pero Serrano no pudo conseguir la continuación de su semanario. En el mes de febrero del año siguiente (esto es, 1814), acudió a «El Bascongado» editado en Bilbao, para explicar a sus suscriptores los motivos de la suspensión de «El Montañés», que «el quijotismo –escribía– quiso derribar por medio de los impresores de esta ciudad *tan amante del bien general*». Hacía Serrano historia de su pleito con Mendoza el que, a vueltas de afirmar «que no le salía la cuenta» declaraba que «aunque le ahorcasen no lo imprimiría». Hubo nueva amonestación por el juez, y Mendoza recurrió a la argucia de meterse en cama «fingiéndose indisposto», y en el lecho permaneció durante un mes para eludir la orden judicial. El escrito de Serrano, al relatar estas vicisitudes en «El Bascongado», es muy prolífico y especioso. Culpable a «manos ocultas» la protección a Mendoza pues «lo que se pretendía era que «El Montañés» no saliese más». Hubo nueva conminación a Riesgo, cuya respuesta a Rada fue terminante: «Ni podía ni quería imprimir el periódico, tuviese la gran autoridad que quisiese el señor juez de primera instancia». Al fin, el expediente quedó archivado, y el periódico murió con su segundo número.

De todo ello se advierte claramente la poca o ninguna favorable disposición de un estamento social para sostener una publicación y de contribuir a su circulación. «El Montañés» aparecía a sus ojos como «innovador» de unas costumbres cerradamente defendidas por Serrano, quien no se dio por ello a partido, y de allí a cinco meses fundaba un nuevo periódico... que nació también condenado al fracaso.

EL OBSERVADOR IMPARCIAL**DEL JUEVES 12 DE MAYO DE 1814.****EL OBSERVADOR IMPARCIAL**

1814.

Imp. Riesgo.

En efecto, Bernardo Serrano vuelve a las andadas al fundar otro semanario que ahora se titula «El Observador Imparcial», puesto en circulación el 5 de mayo de 1814. Ocación inoportuna la de su salida, pues la víspera se había producido un acontecimiento muy grave: Fernando VII, llegado el 16 de abril y antes de trasladarse a Madrid para reinstalarse en el trono, firmaba el 4 de mayo su famoso decreto declarando nula la Constitución. Esto lo ignoraba Serrano, que se enteró al darse pública lectura de la veleidad del monarca, y así «El Observador Imparcial» circuló su primero y segundo números (éste el día 12) en medio de la general sorpresa.

El movimiento de los «persas» enfervorizaba a los absolutistas. También ignoraba Serrano lo inserto en el «Apéndice del Procurador general de la Nación y del Rey», rabiosamente absolutista editado en Cádiz en su segunda época (la primera se había iniciado en octubre de 1812); versos que eran una proclama de clarísima invitación a la lucha preconizada por la reacción:

«Arma, Fernando, tu temible mano
con la espada de Themis vengadora;
perezcan los traidores y el tirano
liberalismo, que nació en mal hora;
límpiese de una vez el suelo hispano
de la raza infernal que la devora.
Si arrojaras al fuego la cizaña,
tú adorado serás; feliz, España».

El traspies ocasionaría a Serrano los consiguientes disgustos. De ello habría de hacer un relato seis años después, en el «Semanario Cántabro»; el director de la Aduana santanderina, Santiago Blasco le denunció oficial y públicamente. «Con el fin —escribió Serrano— de que nuestros lectores y todos los buenos ciudadanos puedan inteligiérselas de la verdad de los hechos relativos a la acusación hecha por don Santiago Blasco... copió su oficio al Subdelegado de

Rentas don Vicente de Quesada, certificados con documentos sobre el mismo asunto...» «Viendo por el decreto del 16 de junio corriente (1815) que don Bernardino Serrano ha sido nombrado Fiel Marchamador de esta real Aduana, y sabiendo que este hombre quiso ser, y fue, en efecto aquí, editor público del periódico titulado «Observador Imparcial» que comenzó el 5 de mayo último y acabó el 12 siguiente, cuyos dos números impresos [y en esto no es exacto, pues se imprimieron algunos más] anduvieron y fueron vistos algún tiempo después por esta ciudad con sentimiento de los buenos servidores del Rey, de los vecinos y habitantes más leales, sensatos y desengaños [esto es, hipócritas, servilones y amigos de la arbitrariedad y el despotismo, como Blasco] he creído propio de mi amor al Rey y al mejor servicio en el presente destino, poner en la consideración de V.S. si convendría o no recoger un ejemplar de los citados números publicados aquí y así recogidos enviarlos a la Superioridad, suspendiendo la posesión de su editor Serrano hasta que con este conocimiento recaiga y se comunique la resolución que fuese del real agrado. Acuérdome de haber visto en el número 1 el espíritu llamado liberal y el sistema constitucional enteramente depresivo a la soberanía del Rey, u opuesto al memorable real decreto de 4 de mayo en Valencia.

Serrano decía haber oído, cuando tal decreto se leyó pública y solemnemente, exclamar a su denunciante Blasco: desde el balcón de la Aduana: «Muera eza negra Cozstitución, mueran los pícaroz liberalez...» (Blasco era malagueño).

El estreno de la prensa política aparecía encrespando los ánimos de los dos bandos ya beligerantes, y tuvo su cémit de 1812 a 1814, degenerando en un estilo francamente panfletario. Todas las chocarrerías eran buenas para atacar al adversario. Es de advertir que el apelativo «liberal» no comenzó a regir hasta 1820 como partido organizado y con amplia representación parlamentaria; sólo hasta entonces era ortodoxa la definición de «constitucional» o «constitucionista».

Un ejemplar del número 2, correspondiente al 12 de mayo, se conserva en la citada colección de Casado Soto. Consta de cuatro folios (del 5 al 12, incluido) y dedica dos y medio a unas «Reflexiones Políticas y morales sobre la división y creación de la Provincia de Santander según Ley Constitucional». Resulta hoy en extremo interesante conocer cuál era el pensamiento de los constitucionales sobre una cuestión que nunca se había planteado políticamente: a qué «región» pertenecía la provincia montañesa, que no la mencionaba el artículo 10, cap. 1.^º y tácitamente la incluía en Castilla la Vieja. El artículo 11 declaraba que se haría «una división más conveniente del territorio español por una ley constitucional luego que las circunstancias políticas de la Nación lo permitan».

«Por esa Ley –explicaba «El Observador»–, los ciudadanos de las montañas de Santander han pretendido por medio de los representantes y procuradores cerca del Congreso nacional que la legislatura española declare provincia inde-

pendiente y separada, todo el territorio partiendo de las alturas de Reynosa hasta el océano Cantábrico... y los límites ya conocidos con las Provincias Bascongadas y de Asturias». «Agregaba que esta pretensión era tanto más justa en los Montañeses cuanto estaba reconocida su utilidad y conveniencia por leyes anteriores». Sin embargo, los representantes Montañeses «no habían obtenido aun la declaración que esperaban y sus esfuerzos ante el Congreso nacional habían sido contrarios por tanto interés como produce la ambición de mandar sobre otros y la manutención de privilegios».

«Burgos –aportaba el articulista– en el derecho feudal de siglos ignorantes y bárbaros, era Ciudad con voto en Cortes: en el día, por el artículo 31 de la Constitución, el voto en Cortes le dan 708 almas de población, y las villas y lugares tienen un igual derecho sin recurrir a pergaminos y a privilegios del tiempo de la caballería».

«Santander, seguía el comentario, ha sido una Provincia Marítima, y así fue declarada con independencia de la de Burgos por la Real Cédula del Consejo de 28 de septiembre de 1802». «Con efecto, en todo sistema de economía o rentas, no siendo un puro pillaje y saqueo para mantener comisionados y pesquizadores, la cercanía de los Lugares y el conocimiento individual de las riquezas y pobreza produce un repartimiento más igual entre los contribuyentes...» «...La Montaña es un país cortado y de difícil tránsito de unos a otros pueblos, y si las autoridades económico-políticas interesan en la demarcación de una Provincia conocida, y reducida a límites moderados, la autoridad municipal interesa aún más para la reprehensión y pronto castigo de los delitos y para el ejercicio de la potestad criminal. ¿Qué partidos podrán constituirse en un país montuoso para que en casos criminales se administre pronto justicia?» «La Montaña ha visto a pesar del establecimiento de la Constitución en 1812, que los pueblos han gemido bajo el mayor desorden; ya se han ingerido en las autoridades mandarines e intrigantes que han aniquilado el respeto y orden material en la sociedad popular; ya han cesado en la administración de justicia algunos otros que la literatura había llamado a ella; el nuevo orden no se ha establecido sólidamente ni el Gobierno constitucional de Madrid ha nombrado para otros empleos en este país que los de la Villa capital de Santander. Así la justicia ha quedado como prestada en manos ignorantes en los valles y jurisdicciones, y han renacido mayores quejas y lamentos que antes por falta de autoridades constitucionales y respetables; la capital misma ha sentido la variedad de costumbres a la entrada y salida de tropas extranjeras, pero el vigor de la justicia civil y criminales se ha mantenido por el juez que manda. En esta situación dolorosa no puede prescindirse de nombrar en la Montaña autoridades judiciales para los distritos antiguos; porque la Constitución misma se hace odiosa con la interinidad y variación de empleados. Las leyes justas, como una contribución bien reglada, excitan recursos y lamentos. Las autoridades de la Capital aunque perpetuas por su nombramiento y vigorosas por su celo, experimentan trabas incesantes ya te-

niendo que recurrir a Burgos, ya sufriendo la odiosidad e ignorancia de jueces superiores sin principales y sin ciencia, a quienes la fortuna o la adulación mantienen aún en los empleos. Estos trabajos piden por primer remedio un gobierno independiente y estable en la Montaña; sin él no será fácil aquietar los deseos ardientes del civismo y la virtud; y este gobierno pide por sí mismo una división territorial en partidos y una demarcación y declaración sobre la Provincia de Santander».

No pudo, según va explicado, continuar el editor manteniendo «El Observador». En la ciudad debieron producir regocijo estos comentarios.

EL CONSTITUCIONAL
1820.
Imp. de Riesgo.

Sabido es que Fernando VII decretó el 25 de abril de 1815 la supresión, en el territorio nacional, de toda suerte de periódicos dejando subsistentes, en exclusiva, las Gacetas de carácter oficial. Pasaron casi cinco años, y el restablecimiento de la Constitución por Riego en Cabezas de San Juan, en 1820. En Santander, los entusiasmos absolutistas se habían ido enfriando y el acatamiento al veleidoso Fernando VII y a su régimen eran actos subrayados con sorda protesta. El constitucionalismo había conquistado mayoritariamente los ánimos, y por todas partes se oía el «trágala». El nuevo régimen impuesto tras de los tres largos meses de vacilaciones e inquietudes, por el levantamiento de Riego, fue acogido en la ciudad con entusiasmo popular. Las sociedades secretas funcionaban en extensas parcelas de los estamentos sociales, y la conspiración provocó el pronunciamiento del 13 de marzo de 1820, con la detención de los absolutistas o «servilones» y su deportación.

El inquieto Bernardino Serrano, esta vez del brazo de un médico llamado Vicente Pérez de la Portilla, halló oportunidad para volver a sus andanzas periodísticas, y el día 12 de abril publican un semanario con título muy del momento, «El Constitucional», en tamaño 4.^º y papel de hilo. Su fin principal fue explicar la Constitución del año 12, y su vida efímera: sólo se imprimieron ocho números.

En el prospecto de su presentación había prometido dedicar sus afanes en dos vertientes: «una, comprenderá el orden político de los pueblos y las noticias extranjeras de mayor interés; segunda, la economía civil y orden interior del pueblo español, con los decretos de sus autoridades y el estado civil de sus ciudadanos. En estas dos partes se contendrá cuanto parezca interesante dentro de nuestro imperio, y nada se ocultará que pueda conducir ir al mayor esplendor del rey constitucional Fernando VII y de la Religión católica».

Una semana después se formó en Santander la Junta de Censura de Im-

prenta, integrada por Ramón de Santa Cruz Gil, Fernando de Cos y José María López Dóriga, más los eclesiásticos Vicente de Quevedo, párroco y José de la Cuesta, racionero de la catedral. Una de las primeras intervenciones públicas de esta Junta fue la causa formada a los gobernadores del Obispado (que se hallaba sede vacante desde el fallecimiento del prelado Menéndez de Luarca, ocurrido el año anterior) por un impreso subversivo «tomándose sobre el particular las medidas necesarias para evitar los daños que pueda tener este impreso y que no quede sin castigo este delito». El impreso había salido de las prensas de Mendoza.

«El Constitucional» publicó una «Cartilla Constitucional para instrucción de los niños y no niños». Su autor, Vicente Pérez de la Portilla la dedicaba al «Soberano Congreso Nacional».

Se ignora la vida exacta que tuvo este semanario, del que legó las únicas noticias existentes sobre él, Gervasio Egualas Fernández, en el manuscrito manejado por el señor Pedraja, quien apunta su desaparición como ocurrida el 31 de mayo del mismo año. Es chocante, pues por el estudio de las referencias llegadas a nosotros (Egualas anotó que los datos le fueron facilitados por Clemente Riesgo en enero de 1861), simultáneamente se publicó, en la misma imprenta y por los mismos editores, el «Seminario Cántabro», de que se hablará a continuación: La aparición de éste se da como efectuada siete días después de la del «Constitucional», que duró hasta fines de agosto. Como hemos de ver enseguida, las noticias del nuevo semanario son más precisas, en numeración y en fechas.

SEMANARIO CANTABRO

1820.

Imp. de Clemente María Riesgo.

Nuevamente, Bernardino Serrano, con el médico Vicente Pérez de la Portilla, y la colaboración de Domingo de Agüera Bustamante, secretario a la sazón del jefe político, y hombre destacado en la época, afrontaron la empresa de editar el «Semanario Cántabro», coetáneo de «El Constitucional» de ser rigurosas las noticias brindadas por Pedraja, pues de la confrontación de fechas, resulta que el nuevo semanario alternó, con aquél, entre el 16 de abril y el 24 de septiembre de 1820. Pedraja citó 24 números con un total de 96 páginas, más cinco suplementos con 7 sin foliar, correspondientes a los números 2, 10, 11, 14 y 20 de los días 23 de abril, 18 y 25 de junio, 16 de julio y 27 de agosto. Fue, por tanto, en momentos muy críticos para los absolutistas.

Tuvo ocasión, Pedraja, de hojear y anotar la colección única existente en sus tiempos, en el archivo de don Antonio de Bustamante, marqués de Villatorre, en su casona de la Plaza Vieja y, según noticias, destruido en el incendio de febrero de 1941. Es forzoso, por tanto, seguir la relación del colector Pedraja

quién, con la puntualidad que ejercía en sus rebuscas de erudito, dejó consignado que en los números 2, 3 y 4, folios 8, 11 y 15, el «Semanario Cántabro» hacía la descripción de las funciones que se hicieron en Santander con motivo de la publicación y jura de la Constitución «a la cual asistió el Ayuntamiento del año 1814». En el número 3, transcribía el acta de la reunión celebrada por la recién creada Sociedad Patriótica, de marcadísimo acento constitucional y de la que formaban parte algunos notorios masones; reunión que tuvo lugar en el Café «La Paloma», de la calle de la Compañía con asistencia de la oficialidad del batallón de Granada, que tan decisiva participación tuvo en el primer pronunciamiento santanderino. En el número 5, daba el texto íntegro del discurso pronunciado en los locales de dicha Sociedad, por el padre Fray Miguel de Suárez de Santander, obispo de Amizón y arriscado constitucionalista; en el número 16, una extensa información de «los regocijos y demostraciones de patriotismo a que se entregaron la Sociedad Patriótica, los jefes y oficiales del Granada y los individuos de la Sociedad dramática del teatro de Santander, con motivo de los felices resultados del memorable día, 9 de julio de 1820, en el cual se inauguraron las Cortes. En el número 22, el discurso pronunciado en la apartura «de la Sociedad patriótica constitucional de la Villa y plaza de Santoña en 1.^º de agosto». En el número 23, «un artículo refiriendo que las autoridades civiles y militares de Santander, la Sociedad patriótica y los demás patriotas de la ciudad, habían manifestado de un modo nada equívoco sus votos decididos ante los diferentes y multiplicados avisos recibidos el día 8, de que en el convento de los dominicos de Caldas de Besaya, orden de Santo Domingo y sobre el Puente de San Miguel se formaban juntas sospechosas y revolucionarias; y las providencias que las autoridades tomaron saliendo en comisión para aquellos puntos el diputado de provincia Estrada y el secretario interino del Gobierno político (Domingo de Agüera), escoltados por la Compañía de cazadores del primer batallón del Imperial Alejandro» (esta fuerza vino a guarnecer la plaza santaderina en sustitución del Granada) y era de reciente creación por Fernando VII, en homenaje al zar ruso.

Apunta Pedraja que el «Semanario» se vendía a cinco cuartos; que empezó a publicarse el 16 de abril y dejó de hacerlo el 24 de septiembre del mismo año, en cuyo número, Serrano y sus conmilitones advertían al lector: «Para que el público se desengañe si los editores e impresor, unidos, emprendieron esta impresión más por beneficio común que por el lucro que podían prometerse, se pone una cuenta en globo de lo que ha producido, gastos que ha tenido y líquido producto, que es el caudal que algunos vociferan se ha ganado: Producto de suscripciones y venta, 1.600 reales; Gastos que ha tenido, 1.450; gran caudal partible entre editores e impresor, 150 reales. De suerte que esta tan exorbitante ganancia ha sido causa de que se haya puesto demente la prensa, y al mismo tiempo le han acometido unas fuertes tercianas que la imposibilitan para la impresión de periódicos, a no ser que algún buen ciudadano compadecido de su

enfermedad la aplique el único remedio para restablecerla, que es darle gratuitamente unos 1.200 reales más o menos que ha perdido en esta empresa».

Un día, y con la firma de «El amigo del Olgazán», se publicó una carta dirigida a los editores, pidiéndoles procedieran a extractar «las partidas que se entregan por las tesorerías provinciales a la de La Cavada, para que todo el mundo vea a qué precio sale cada cañón». Esta «carta abierta» dio lugar a que el director de la fábrica de La Cavada, Wolfgango Mucha, escribiera al Gobierno acusando, muy indignado, al «Semanario Cántabro» de propalar afirmaciones inexactas o parciales, y sugiriendo se saliese oficialmente en defensa de la reputación histórica de la fundición. La Secretaría de Estado respondió rechazando la propuesta e indicaba que la contestación correspondía al propio Wolfgango en virtud del derecho de réplica concedido por la Ley, en las propias páginas del «Semanario».

Finalmente, y como ejemplo de la libertad de imprenta entonces imperante, el «Semanario» daba cabida a otra carta, firmada por «*El atisvador*», que decía: «¿Es cierto que el señor juez de primera instrucción de esta ciudad ha cometido algunas infracciones de Constitución? Ustedes me dirán que no lo saben, y yo les digo que he oído decir que días pasados allanó el mismo juez con un escribano y dos alguaciles la casa de un ciudadano, por el grave delito de haber reñido con su mujer y dádola cuatro palos; que dicho ciudadano le manifestó con prudencia que se sirviera sobreseer en un asunto que no merecía la pena; y que le contestó «lo mandaría preso amarrado»... ¿Amarrado un ciudadano español por reñir con su mujer y sacudirla el polvo a causa de la desvergüenza de la sin hueso? No lo creo; más dicen que otros agraviados, también por infracción en otros expedientes, tratan de acudir o lo han hecho, a las Cortes por el remedio oportuno. Digo a Vds. que, si es verdad, estamos buenos. ¿Con que, atropellados por el juez de primera instancia los ciudadanos? ¿Y el artículo 306 de la Constitución? ¿No se observa? Es regular que sí se observe; pero de todos modos conviene saber con quién se trata».

EL PAYO PARLANCHIN y
CENTINELA MONTAÑESA.
1820.
Imp. de Riesgo.

Aún hubo otros dos hebdodomarios durante aquel verano de 1820, que simultanearon su aparición con los que reseñados quedan. Uno, del que daba cuenta el «Semanario Cántabro» el día 9 de julio con estas palabras: «En esta imprenta se halla a la venta el número primero del «Payo Parlanchín, o Cartas inconexas entre sí», que irán saliendo a luz para criticar varios abusos o impugnar ciertos errores». No se sabe más de él, ni quiénes lo proyectaron financian-

dolo, ni los dirigentes o colaboradores; sólo el dato positivo de estar impreso en las máquinas de Riesgo. Acaso se trató de alguna fracción disidente de la línea seguida por Serrano y sus amigos, o tal vez por emulación y deseos de hacerse notar en unos tiempos tan pródigos en episodios políticos.

La segunda publicación titulada «Centinela Montañesa», fue obra de afiliados a la Sociedad Patriótica en el deseo de dotarla de un órgano propio ante la opinión pública. Se deduce que tuvo como causa la negativa de Serrano y Pérez Portilla a transferirle la propiedad de su Semanario. Queda explicado todo ésto en la advertencia aparecida el 24 de septiembre, último número del «Semanario Cántabro», del siguiente tenor: «La contrata del «Semanario Cántabro» con la imprenta se acabó y ésta no puede seguir más, pero el cuento es, amigo pancista, que va a imprimirse según pública determinación de la benemérita Sociedad Patriótica, por cuenta de ésta, otro nuevo semanario con éste o el otro título, al que urbana y fraternalmente cede el lugar el primero, con la segura confianza del buen desempeño, porque dos periódicos aquí no pueden sostenerse por falta de riego y brazos, ¡ay! que suda Vd., toma un polvo, le chispean los ojos, frunce el hocico y entre gruñir y hablar, mastica tales o semajantes palabras: «Esto no puede sufrirse, todos se vuelven periódicos, sociedades patrióticas; si uno lo deja, otro lo toma. Ahora que ya cesaba ese «Semanario Cántabro», nos encontramos con la pampirolada de que peridiiquea la Sociedad o el diablo. Miren Vds. qué gente para dejar ni un hueso sano a la turba pancina; pero yo les aseguro que con otros de mi calaña, donde no nos oigan ni vean y con todo secreto, les hemos de dar una carda mediana. Yo sólo soy capaz de... irme a mi casa y estarme escondido en ella no me descubran la C... Páselo Vd. bien, señor pancista; y para despedirnos al estilo de nuestros abuelos, ¡Adiós, señor público!, hasta que peridioqueemos por cuarta vez, pues con ésta van tres, etc., etc...».

EL RESTAURADOR 1821.

Entre los papeles de Gervasio Egualas (manuscritos y hojas impresas) a que hemos hecho referencia, aparece un ejemplar, con el número 98, de «El Restaurador» y su fecha es de 16 de octubre de 1823. Hecho el cómputo, a número por semana, fácil es advertir que su fundación data del verano de 1821. La vuelta al doceañismo y los sucesos de 1821 en Madrid y de agosto de 1822, con ruidosa repercusión en la vida local, propiciarían seguramente la existencia de unas horas impresas contando con incondicionales lectores, y bien pudo alcanzar dilatada comunicación con el público, aunque tuviera que cambiar de color político. Si juzgamos por el comentario que aparece en este único número

consultado, referente a los adquirentes de los bienes monacales era absolutista; no podía, por lo demás, tener otro matiz porque el 27 de abril de aquel año (1823) Santander quedó bajo el régimen del Ejército de la Fe, mandado por el general Longa que trajo en su estado mayor a los también generales Vicente Genaro de Quesada y José de Mazarrasa. Hay que presumir, por tanto, que, al no existir noticia que lo contradiga, «El Restaurador» era el vencedor de la nueva situación.

Abona también esta suposición el hecho de que en virtud de una real orden el Ayuntamiento tomaba en consideración, en una de sus sesiones, el cumplimiento de la disposición que decretaba «establecer en cada capital de provincia un decano o Boletín periódico para insertar todas las reales órdenes, disposiciones y providencias que tengan que hacerse a las justicias y Ayuntamientos de los pueblos con cualquier autoridad, con el objeto de ahorrar a los mismos del paso de las veredas».

EL IMPARCIAL SANTANDERIENSE 1822.

Del Campo Echevarría por su parte, cita la presencia en las calles de la ciudad de un semanario titulado «El Imparcial Santanderiense», en el año 1822, pero sin señalar fecha exacta. Afirma el mismo investigador que «contenía artículos políticos, órdenes y determinaciones de las Corporaciones de esta capital, una sección de variedades y otras de chismografía». Añade que se vendía a ocho cuartos y que publicó «unos cuantos números».

Tuvo que alternar, de consiguiente, con «El Restaurador», en la primera etapa de este semanario.

La ausencia de otros datos fidedignos, deja en pie dudas tan importantes como la vida que pudiera alcanzar este hebdomadario y aún si el título de imparcialidad le permitiría entrar en elucubraciones políticas y en otras materias que no fuesen puramente informativas o de carácter oficial u oficioso. La situación no permitiría a sus editores salirse de la línea recta marcada, por el régimen de fervoroso doceañismo.

**LA GUERRA
CARLISTA
(1833-1838)**

Núm.º I.^o

Pleamar á las 4 h. y 8'

Baja mar á las 10 y 21.



5 cuartos.

Se subscribe á este
Periódico en Santander
imprenta de Martínez,
á 12 rs. por trimestre
en la Ciudad, y 20 para
fuera, franco de porte.

BOLETIN OFICIAL DE LA PROVINCIA DE SANTANDER.

Martes 1.^o de Octubre de 1833.

BOLETIN OFICIAL DE LA PROVINCIA
DE SANTANDER
1833.

Se produce, en los inicios de la historiografía de la prensa santanderina, una laguna que dura diez años (la calificada «década ominosa») nada fácil de colmar por la ausencia total de referencias; ni aún de indicios para el investigador. Diez años durante los que todas las comunicaciones con el público fueron las estrictamente oficiales (así resulta de los impresos de proclamas y advertencias que forman la colección de los «Papeles de Pedraja»). Es desconocida, hasta el momento, la existencia de alguna publicación periódica particular a lo largo de ese decenio.

José Antonio del Río señala, en sus «Efemérides» que el 1.^o de enero de 1837 (se rectificará este error), vio la luz un «periódico bisemanal que creemos -dijo- fue el primero que se publicó en Santander». Del Río se referiría, sin duda, al «Cántabro Boletín», aparecido en 1836. Pero aún así, desconocería la existencia de «El Argos». Del Río, no tendría en cuenta el acuerdo registrado en un acta municipal de enero de 1834 donde se señala «que mediante este Ayuntamiento no ha recibido número alguno (del Boletín), pase el Secretario a la oficina de la redacción y haga que no sólo se remitan los números que vayan saliendo con arreglo a las reales órdenes del caso, sino que se le entreguen *todos los salidos hasta el día*, expidiéndose entonces a favor del portero González Arce, libramiento del primer trimestre para que ponga su importe en poder del

editor o de quien corresponda». Vemos, por tanto, que ya aparecía el Boletín desde 1833, y acaso forzado por la necesidad de dar cuenta de los acontecimientos en torno a la tan cantada «batalla de Vargas», dirimida a favor de los liberales el 3 de noviembre de aquel año.

Recientemente ha aparecido un tomo con los números correspondientes al primer año del Boletín Oficial de Santander. El n.^o 1 salió a la calle el martes 1.^o de octubre de 1833.

El Cántabro

Boletín de Santander.

MAREAS.

| Días | Pleamar por mañana. | | | Pleamar por tarde. | |
|--------------------------|---------------------|----------|--|--------------------|----------|
| | Horas. | Minutos. | | Horas. | Minutos. |
| Viernes 2 de Setiembre. | 8 | 12 | | 8 | 36 |
| Sábado 3 de idem. . . . | 9 | ** | | 9 | 24 |
| Domingo 4. idem. . . . | 9 | 48 | | 10 | 12 |
| Lunes 5 de idem. , . . . | 10 | 36 | | 11 | ** |



EL CANTABRO BOLETIN DE SANTANDER
1836.

Aparece los domingos y miércoles. Imp. de Martínez
(Pedro). 8 cuartos.

El Boletín Oficial de la Provincia de Santander, comenzó a editarse con el nombre de El Cántabro, Boletín de Santander, el 2 de septiembre de 1836, continuando la numeración correlativa a los últimos números del Boletín Oficial; concretamente, el primero que llevó tal cabecera, tenía el n.º 70 de aquel año.

Las autoridades provinciales, estimaron necesario editar un Boletín oficial para tener al público informado, no sólo de las reales órdenes y disposiciones del Gobierno de la Nación, sino tener al tanto a la opinión pública de la marcha de la guerra en las Vascongadas. Constaba de cuatro páginas en un pliego de los comunes, de papel hilo y excelente tipografía, cuya caja, muy apretada, llega en ocasiones al extremo de que, curiosamente, en el número 104 (corresponde al 28 de diciembre), recurre a aprovechar el margen de la última página para terminar el relato del «glorioso triunfo del levantamiento del asedio de Bilbao».

Después del título, ilustrado con una viñeta grabada en madera representando un velero, publicaba las «mareas», con las pleamaras de mañana y tarde durante los tres días que transcurrían de un número a otro. Se abría con un «artículo de oficio», esto es, documentos del Gobierno político, edictos del juzgado, etc., etc., y otros igualmente oficiales y oficiosos y, al final, algún anuncio mercantil.

En el número 75 hacía esta advertencia: «Mudada desde el presente la redacción de este periódico, en el cual se meditan innovaciones importantes, entre ellas la de disminuir considerablemente su precio aumentando al propio

tiempo la cantidad de lectura, debido al celo de la excelentísima Diputación provincial se hace saber al público que se admitirán artículos sobre objetos de interés o ilustración de los pueblos en cuyo beneficio está establecido este papel, siempre que vengan frances de porte; mas de ningún modo se dará entrada a los que no tiendan al indicado fin y menos a los que enciernen odiosas personalidades».

Dio cuenta del nombramiento de los ministros de Hacienda, Juan Alvarez y Mendizábal; de Gracia y Justicia, José Landero; de Gobernación, Joaquín María López y de Marina, Comercio y Colonias, Ramón Gil de la Cuadra.

En el ámbito provincial, citaba a los dueños de los terrenos que ocuparía la Empresa constructora del camino de Ramales a La Cavada, para la aprobación de las tasaciones base de las expropiaciones.

En el número del 28 de diciembre, insertaba un Diario de las operaciones del sitio de Bilbao, desde el mes de noviembre y diciembre, y un relato de la acción de las tropas de Espartero para liberar Bilbao del asedio carlista.

En el correspondiente al 1 de febrero de 1837, inserta un anuncio sobre el remate de las fincas afectadas por la Amortización de Mendizábal, entre ellas las del antiguo convento de San Francisco, y otro anuncio acerca del empréstito de doscientos millones de reales, levantado por el Gobierno para atender a los gastos del Ejército de Operaciones.

En una gacetilla recoge las quejas reinantes en la ciudad por los excesos cometidos por algunos soldados, «sin duda olvidados del honor y disciplinas que distingue a los cuerpos del ejército nacional», y pide la adopción de eficaces providencias. Informaba de las incursiones realizadas por tres batallones de Vizcaya, en total unos quinientos hombres, mandados por el cabecilla Dastoe, para exigir exacciones en los pueblos invadidos.

Queda establecido que fue la Corporación provincial su editora. Se publicaba todavía con el mismo título hasta el n.º 17 del año siguiente, correspondiente al salido el 26 de febrero de 1837, haciendo el relato de las incursiones por los pueblos montañeses, del jefe carlista Andéchaga. Después de esto, desaparece el título que sería sustituido por el de Boletín Oficial, como enseguida se verá.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Por un mes... 8 rs.
Por tres... 24 id.

EL ARGOS

de Santander

SE SUSCRIBE.

Santander, Otero; Reynosa, en la botica de Camaleño; Bilbao García; Madrid, Rázola.

EL ARGOS
1836.

El 15 de septiembre de 1836, los santanderinos supieron de la inmediata aparición de «El Argos», que celebró su estreno, el 4 de octubre, esto es, a la semana siguiente de iniciar sus correrías por la provincia la expedición del carlista Sanz, en una de las marchas impresionantes, característica de los jefes de la facción. Justificaba «El Argos» su presencia en la arena pública con estas palabras: «Aherrojada hasta aquí la prensa, no quisimos sufrir el pasar bajo la horca caudina de la censura; pero hoy que hemos recuperado los derechos por cuya defensa combatimos a las hordas rebeldes y que escatimaban los que debieran restablecerlos; hoy que renace una nueva era de gloria para la Patria, creemos un deber servir a la más justa de las causas dedicando nuestras tareas a lo que pueda serle útil, y aún a expensas de otros sacrificios».

Ignoramos los nombres del director y redactores del nuevo papel. La guerra civil, en su apogeo, necesitaba un órgano que, sin someterse a las frías directrices de la autoridad constituida, informase al público manteniendo el fervor liberal, y así dedicóse «El Argos» a dar con preferencia noticias de los éxitos cristinos. Estas páginas, que aparecían regularmente los martes y viernes, recogían amplios relatos del desarrollo de la contienda; de la marcha de Sanz, en cuya persecución se movían las fuerzas mandadas por Ramón Castañeda; de las marchas y contramarchas que durante aquel otoño y el invierno hizo Cástor Andéchaga, perseguido también por Castañeda, burlado siempre por la estrategia rápida del cabecilla carlista. Se debe a «El Argos» un relato, de testigos presenciales o bien informados, del primer sitio de Bilbao en un suplemento apareció el 23 de diciembre; éxito cristino exaltado con un soneto que comentaba así:

Juzgaba Carlos que vencer pudiera
de la inmortal Bilbao el heroismo
y en sus ruinas abrir el hondo abismo
do nuestra gloria y libertad hundiera...

La vida de «El Argos» fue muy corta, pero prieta de noticias como reflejo

de los acontecimientos desde el 4 de octubre al 20 de enero siguiente. La exaltación de los rosistas al poder dio motivo a la remoción del Ayuntamiento constituido por hombres de la misma ideología de los redactores del semanario, quienes considerando en inminente riesgo su obra, formularon su protesta en extenso artículo de fondo ampliamente revelador del sentir general de la ciudad. «Santander, decía, es por todos lados un pueblo de costumbres y no ha perdido todavía la sencillez de una villa de la Montaña. Debe a ésto, sin duda, que sus opiniones políticas sean sinceras, uniformes, sin los peligros extremos que en otras ciudades más antiguas y populares han causado las convulsiones y trastornos, porque el imperio de las costumbres así se extiende a la moral como a la política. Interés es de todo patrício conservar cuanto sea posible esta unidad de intereses y opiniones que aleja de nuestro seno disturbios y los males que de ellos emanan. En pocos pueblos, si los hay que puedan comparársele, se hallará más conformidad con los principios liberales que profesan indistintamente todas las clases, la pudiente, la media, la ínfima. Es verdad que no hay voceadores, pero esto prueba más su liberalismo. Ni el carlismo, ni la anarquía, la democracia ni los privilegios tienen hasta el día una existencia que se haya dado a conocer; las masas están por don Carlos o por la libertad: la teocracia y la aristocracia no tienen apoyo».

Historiaba los años más recientemente cercanos, con sus cambios pendulares en el régimen y terminaba así: «Ni la Constitución de 1812 cual se formó, ni la del 34: será la Constitución de 1837. Plegue al cielo que ella reuna en torno suyo a todos los liberales. Y plegue que Santander no rompa jamás la conformidad y unidad de opiniones políticas que ha tenido».

Protestaba contra el resultado de las elecciones de concejales (celebrada en diciembre), denunciándolas al pueblo, a las autoridades, al Gobierno y a las Cortes, «por existir incompatibilidades en algunos de los elegidos». «¿Pues, qué? –preguntaba–. En una población ilustrada y numerosa como Santander, ¿no se encuentran personas que reunan las cualidades de la ley, que ha sido preciso faltar a ella para formar un Ayuntamiento?». «Los individuos del Municipio saliente son conocidos por su patriotismo, por el distinguido aprecio que merecen al público... y por su marcha franca y liberal, y no podían sus ideas estar en armonía con los partidarios de los rosistas».

El semanario recogió una carta enviada desde Madrid por José María Orense, explicando cómo fue arrestado, por orden de Balsera, el jefe de Policía de Madrid, y conducido desde Santander a la Corte en conducción ordinaria, complicado, al parecer, en los manejos del conspirador Eugenio de Aviraneta. Orense acaba de ser absuelto, el 6 de octubre, del largo proceso que se le siguió. Achacaba a la pusilaminidad del gobernador marqués de Viluma, y a las persecuciones de Balsera, los indudables riesgos en que había estado su vida durante su encarcelación.

A través de las cartas de colaboradores o enviados con las fuerzas cristinas

a la provincia, puede reconstituirse la marcha de la guerra durante aquellos meses, con detalles que escapaban a los partes de los mandos militares y completaban los perfiles de la situación, y esto, los del «Argos» lo hacían con objetivismo sorprendente. Si había que elogiar a los jefes, no vacilaban en poner en batería sus adjetivos más positivos: pero esas baterías se cargaban, a veces, con los proyectiles de la censura si no respondían las disposiciones de los responsables a la confianza que en ellos estaba depositada. A veces, los enviados de «El Argos» llegaban a los frentes mismos de combate; su lectura, compulsada con otras documentaciones de la época, inspira confianza sobre su imparcialidad. Sabemos cómo se estaban realizando trabajos para las fortificaciones exteriores de la ciudad, ante los frecuentes amagos y la cercana presencia de los carlistas, fortificaciones dirigidas por el coronel de ingenieros Miguel de Santillana. No ahorraba espacios para denunciar, por ejemplo, las torpezas frecuentemente cometidas por los voluntarios de la Legión británica, y hasta sus excesos que a veces ponían en riesgo evidente la tranquilidad del pueblo. Sucedío por ejemplo que el 27 de diciembre, disputaron en una taberna de la calle de Becedo un artillero español y un legionario inglés, pasando de las palabras a los puñetazos. «Acudieron más ingleses en auxilio de su compañero y más españoles en la de su paisano, y de allí fue creciendo la bulla. Los ingleses se dirigieron a su próximo cuartel y armados como en número de veinte y hostilizando a cuantos hallaban al paso, se hicieron dueños de la alameda y del camino real, disparando algunos tiros, contestados por alguno que otro de los armados que iban llegados. No sin mucho trabajo, fueron reducidos unos y otros, y retirados a sus cuarteles. En la pelamesa resultaron heridos un sargento y un soldado de la Milicia Nacional y otros tantos de la Legión británica». «Esperamos —fue el comentario del periódico— que sean castigados con rigor los que hayan faltado a la disciplina sin que sirvan de excusas la embriaguez ni la falta de auxilios a la Legión, que en todo caso deberán exigirse de quienes corresponda, sin que puedan nunca autorizar desmanes de esa naturaleza contra un pueblo siempre pacífico y en el que los auxiliares han hallado buena acogida, sin embargo de que muchos de ellos han cometido antes de ahora, excesos harto punibles».

La decisión de suspender el periódico estaba tomada ya, y se reafirmaba así: «Desatendidos nuestros sinceros deseos de unión y fraternidad en bien de nuestro pueblo, despreciadas nuestras reflexiones, son los despreciadores los que han roto la oliva ofrecida y arrojado el guante los causantes de que nuestro periódico haya tomado un color más pronunciado. Necedad sería creer que cuando nuestra moderación y nuestro silencio tan poco fruto han producido, seguiríamos en una marcha igual que sería ya debilidad sin atacar a cualquier partido que asoma la cabeza contrario al bien general.»

No podía proseguir en la línea emprendida. Al defender la actuación del depuesto gobernador civil, Larraín, comparaba la situación con la de hacía cinco

años, cuando regía los destinos de la provincia el general Vicente González Moreno, cuyo absolutismo intransigente le merecía los adjetivos más duros.

El restablecimiento del jurado para los delitos de imprenta decretó la muerte de «El Argos»: «En este caso, declaraba, y viendo el jurado nombrado, sin meterse a calificar los redactores de «El Argos» y sin que sea visto que lo expuesto sobre la institución habla con ellos, hemos creído conveniente cesar hoy mismo la redacción; se habrán buscado hombres imparciales, se habrá procedido con toda la delicadeza en el nombramiento, pero como nosotros, dueños de juzgar de lo que nos conviene o no, de someternos o no al jurado que se ha elegido, hemos encontrado por mejor no someternos a él como periodistas y no nos queda otro recurso que acabar por ahora con el oficio...»

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Por un mes . . . 8 rs.

Para fuera . . . 12 rs.

Este periódico sale los
MARTES y VIERNES.

EL LINCE.

Bellum colegit qui discordias seminat.

SE SUSCRIBE.

Santander, Martínez
Madrid, Jordan, Bar-
celona, Oliva; Bilbao,
Depont.

EL LINCE

1837.

Sale martes y viernes. Se suscribe en Santander, Martínez. Madrid, Jordan. Barcelona, Oliva. Bilbao, Depont. Imp. Martínez. 3 cuartos.

Rezando «El Argos» sus amenes, surgió, el 3 de enero de 1837. un bisemanario mercantil. Eran cuatro páginas, en buen papel color azulado y en la cabecera campeaba la sentencia «Bellum colegit qui discordias seminat» (o sea, «Quien vientos siembra recoge tempestades»). Tuvo, como su coetáneo, escasa vida. En la colección de la Hemeroteca se registran sólo nueve números, siendo lo más probable que esta cifra resuma su corto historial. Se subtitulaba «mercantil», pero se apresuró a hacer profesión de liberalismo. «Ya –escribía en su fondo inaugural en cuatro columnas– para que no se lleven chasco algunos de los que tal vez quisieran favorecernos suponiéndonos órgano de un partido, y ya también para que, conociendo nuestros propósitos, puedan evitarse malignas interpretaciones... Libertad y trono constitucional de Isabel II; unión y orden, obediencia a las leyes y respeto a las autoridades; guerra a don Carlos y odio eterno y execración perpetua al despotismo donde quiera que se halle, tales son nuestros sentimientos como escritores y como ciudadanos. Y poseídos de ellos, claro es que no podemos dejar de ser liberales y apasionados a las reformas que exige el interés de la patria y que legalmente se establezcan». Dentro del liberalismo era de matiz rosista, y de ahí la justificación de su salida frente al «Argos».

Informaba en su primer número sobre la marcha de la guerra en las provincias vascongadas, y aclaraba: «Carecemos de noticias del interior del Reino y del Extranjero por falta de tres correos a causa de la nieve que ha caído abundantemente; pero en cambio las que nos van llegando de Bilbao contribuyen a aumentar la común alegría por los brillantes resultados de la victoria alcanzada contra los rebeldes la noche del 24 del pasado diciembre. Según ellas no cabe duda que los enemigos abandonaron la artillería sin poder salvar una pieza, emplazada para el asedio de Bilbao».

En el orden local y provincial, dedicaba acres censuras a muchos concejales

por el «movimiento abandonista» de que daban pruebas ostensibles «pues no querían sacrificarse en aras de la patria». «No es, a la verdad, buen modo de acreditar interés por la causa nacional, dejar abandonado el campo a los pícaros, a los ineptos, a los de opiniones anfibias y acaso también a los enemigos de nuestras instituciones».

En una sección con la rúbrica «Baturrillo» y firmado por «El Licenciado Menchaca», daba esta gacetilla: «Las luces progresan y todos vamos viendo muy claro; pero es que por la noche en Santander andamos a tientas y expuestos a dar de hocicos, porque los faroles no alumbran aunque es posible que se pague el aceite». Y pulsando la misma tecla de la crítica a la situación social, daba el comunicado siguiente: «Con el mayor disgusto estoy viendo todos los días, en las plazas, en los paseos públicos, corrillos de soldados jugando a los naipes, a las chapas y otros entretenimientos semejantes que además de ofender la moral y buenas costumbres, dan lugar a riñas, pendencias y muertes también, como desgraciadamente hemos visto poco tiempo hace en esta ciudad...»

Como defensor e informador de los intereses mercantiles, cuidaba sus noticias del movimiento de buques en el puerto, y otras que afectaban a navieros y comerciantes. Comentando el regreso de una expedición del batallón de Granada, orgulloso apoyo de los doceañistas, decía peregrinamente, en elogio suyo que venían a repostarse de ropas y zapatos «de que tienen mucha necesidad, pero sin que esta falta, ni las fatigas de la marcha contribuyan a apagar el entusiasmo ni el buen humor de tan dignos defensores de la patria».

Hacía ya tiempo que en Santander se mantenía al rojo vivo el pleito eclesiástico, con su sede episcopal vacante. La Reina Cristina, regente, había nombrado gobernador de la diócesis al canónigo de la catedral, Antonio Gutiérrez Valdés, cuya personalidad exaltaba con estas palabras: «Son conocidos los antecedentes políticos y las opiniones liberales de este señor, por lo que no dudamos corresponderá dignamente a tan honrosa confianza».

Debían ser frecuentes los artículos y comunicados anónimos llegados a la redacción de «El Lince», al extremo de verse obligado a hacer esta advertencia: «Las columnas de este semanario no están abiertas sino para los que escriben con decoro y guardan los miramientos debidos a toda clase de personas. Para denunciar abusos y patentizar embustes, no es necesario servirse de los redactores de «El Lince», que no tienen por qué adular a los que mandan, ni tampoco incurrir en la bajeza de ofender con groserías...»

BOLETIN OFICIAL DE SANTANDER.

ESTE BOLETIN SALE LOS MIÉRCOLES Y DOMINGOS.

Se suscribe: Santander, *Martínez*; Madrid, *Jordan*; Barcelona, *Oliva*, Bilbao, *Depont*. Precios de suscripción.
En esta Ciudad, por tres meses 20 reales, para fuera franco de porte, por id. 30 rs.

BOLETIN OFICIAL DE SANTANDER
Bisemanario
1837.
Imp. J.-M. Martínez.

Cambió, en efecto, su título el «Cántabro Boletín» por el de «Boletín Oficial de Santander», editado a expensas de la Diputación provincial, y así apareció el 1.^o de marzo de 1837 con el mismo 18 de aquel año, sin solución de continuidad respecto a la cabecera precedente, en entregas de miércoles y domingos. Seguía destinado, a dar cuenta de las disposiciones gubernativas, como órgano oficial,. En el primer número del año 1838, lleva inserta una circular del jefe político dirigida a los alcaldes ordenándoles comunicasen la presencia, en sus demarcaciones, de los soldados desertores del Batallón Franco de Cantabria, dispersos por la capitulación de Lerma y de Salas; en el segundo número y en suplemento, transcribe el Reglamento de las partidas francas de la provincia, que estaban compuestas de Tercios, en grupos de 20 a 30 hombres y destinados a la persecución de las partidas sueltas carlistas. Anunciaba la venta de las fincas nacionalizadas por la Desamortización y daba extensas noticias del movimiento de las fuerzas del carlismo y, de manera especial, de la persecución de la hueste del Conde de Negri que atravesaba la provincia en una relampagueante marcha. Las noticias de los episodios suscitados por esta incursión, el desarrollo de los combates rayanos en la epopeya en las montañas lebaniegas, y la retirada de Negri, constituyen, en las páginas del Boletín Oficial material historiográfico de indudable importancia.

Al margen de las obligatorias finalidades como tal órgano oficial, dedicaba algunos espacios a temas puramente provinciales, en evocaciones retrospectivas como la de la catastrófica inundación de algunos valles montañosos hacía cinco años. «Fue —escribía— uno de esos acontecimientos que se transmiten con admiración a la más remota posteridad; nuestros nietos oirán hablar de él y apenas lo creerán, tal fue el incremento de las aguas, tales los sitios devastados por las

corrientes alborotadas, tales los destrozos que se nos hace increíble a los mismos que hemos sido testigos del portento. Los campos destruidos, las robledas arrancadas, los pueblos arrasados y por las terribles señales que han dejado las aguas en puntos bien distintos del río, no pueda menos de pasmarnos ante la intensidad del diluvio que causó tanto estrago. Pero, grande como ha sido, no ha llamado mucho la atención pública fuera de la provincia que lo sufrió; apenas han hablado de él los periódicos. Innumerables familias quedaron en la miseria. El pueblo de Bárcena de Pie de Concha, cuyo vecindario quedó reducido a menos de la mitad...». Y al trazar la estadística de tanta desolación, cifraba en quince millones y medio el monto de los daños materiales, cifra exorbitante para aquel tiempo y para la no desahogada economía rural montañesa: Cabuérniga vio destruidas 36 casas, 30 molinos, 14 puentes mayores, 74 menores, 11 presas, 3.800 carros de sembrado, 180 ovejas, 55 carneros, 19 vacas y 14 reses de cerda. Bárcena de Pie de Concha, 67 casas, una fábrica de harinas, 4 molinos, 4 puentes mayores, 8 menores, 2.068 pies de prado, 1.422 árboles arrancados de cuajo, 889 carros de hierba. Las comarcas afectadas por la terrible inundación fueron, además de Cabuérniga, Castro Urdiales, Entrambasaguas, Laredo, Potes, Reinosa, Santander, San Vicente de la Barquera, Torrelavega y el Valle de Carriego.

Por el Boletín reconocemos las tasaciones de los bienes del clero, incautados por el gobierno conforme a la ley de Mendizábal.

Un día comunicaba la llegada, de paso para Francia, de los infantes Francisco de Paula y Luisa Carlota de Orleáns, viaje de carácter político, y poco después, los fusilamientos en la capital, de un sargento, dos cabos y tres soldados por haberse pasado a las filas carlistas.

Fue motivo de su minuciosa información la inauguración del Instituto de Segunda Enseñanza, de Santa Clara, el 3 de noviembre de 1838, para conmemorar la acción de Vargas. Y siempre comentando la actualidad de la guerra, reseñaba la llegada del comodoro inglés lord John Hay a bordo de una fragata de su nación y la breve incursión de una partida del cura Merino por el valle de Soba.

Transcribió la relación de los realistas desterrados como represalias por la guerra civil, por orden de Espartero; lista en la que figuraban el realista Pedro de la Bárcena, Vicente Cagigal con su esposa Rosa Cagigas, Juan Bautista de Iriarte, Celestino Ajete con su madre; Manuel Suárez y su madre; José Calderón y su esposa; Felipe de Mazarrasa y su mujer Antonia Jorganes; de los prebendados Martín de Argos y Cándido Canosa y el canónigo Esteban Serni, y de José Barros y su madre. Las batallas de Ramales y Guardamino merecieron sus detallados relatos, y, finalmente, la proclama de don Carlos contra Maroto y la paz de Vergara.

Naturalmente, la situación política, tan cambiante en aquellos azarosos meses, se refleja en las páginas del Boletín, no sólo por la transcripción de

órdenes, circulares y advertencias, sino de todo orden; así, copiaba una famosa carta de la Diputación montañesa dirigida al lord mayor de Londres, agradeciéndole «sus sentimientos de filantropía en la exposición hecha al Gobierno británico «en favor de los españoles, porque no es tan fiero el carácter español» como se pintaba universalmente.

El 21 de febrero de 1840 anunciaba la salida de las diligencias del servicio entre Santander a Burgos, cuyo primer coche emprendió viaje el 14 de marzo, desde la casa de postas de Ormaechea, en los tinglados de Becedo. Nada, pues, de cuanto acontecía en la ciudad escapaba a la atenta mirada de los redactores del Boletín, y es por esto por lo que, ante la carencia de otra documentación escrita, sus páginas de la primera época, rebasando los límites estrictos de lo oficial, aparecen como centón inapreciable de noticias de carácter periodístico, para información del pueblo. Hemos de recurrir a las síntesis y a la selección de los grandes y pequeños acontecimientos locales, entroncados muchas veces con los de toda España, que mantenían, en las columnas del Boletín, la atención del público santanderino.

Así sabemos detalles del pronunciamiento de 1840, seguido de depuraciones y del ensalzamiento de las Milicias locales, con sus desfiles y actos de afirmación liberal. Sabemos en un número extraordinario, cómo se recibió la exaltación de Espartero a la Regencia; las representaciones teatrales en el Teatro Principal, y de particular modo el estreno de la sorprendente comedia de magia «La pata de cabra», que tanto furor había hecho en Madrid.

Leemos los detalles de la sublevación en la Corte en octubre de 1841; de la inauguración de los nuevos baños de mar en el muelle de las Naos; la creación de la Junta de Limpia de la bahía y obras del puerto, en 1843, modalidad que habría de dar gran impulso a la ampliación de los servicios portuarios y con ello el incremento del movimiento de buques. Vemos el manifiesto de Espartero y su proclama, de junio del 43 y el manifiesto de Serrano, con el consiguiente pronunciamiento del Ayuntamiento en favor del «general Bonito» y lo que él representaba, con el fondo gritón de ¡Viva la Constitución del 37!.

Naturalmente, dedicó grandes espacios a los episodios suscitados durante el bloqueo de Santoña, donde los esparteristas continuaban fieles al depuesto regente. Era jefe político de la provincia Manuel García Uzal, sustituido en el mes de septiembre por Francisco del Busto, de quien algo conoceremos al tratar del «Buzón de la Botica». En el mes de noviembre, recogía en un extraordinario la proclamación, por las Cortes, de la mayoría de edad de Isabel II, seguido por otro suplemento especial para transcribir el documento del ministro de Estado sobre la pretensión de Olózaga de disolver las Cortes, cuya firma «intentó arrancar a la joven soberana en la célebre encerrona en su habitación del palacio de Oriente...»

Después, el Boletín Oficial, con arreglo a la nueva Ley de Imprenta, entra en sus cauces específicos; pero esa primera época significa la circunstancia de la

historia local supliendo el laconismo de otras hojas diarias o de los semanarios que, como se verá, abundaron en esta ciudad con ardoroso entusiasmo partidista.

El Boletín, cuando los periódicos alcanzaron el empaque y realizaron la misión de informar ampliamente, fue reduciendo el ámbito de unas preocupaciones extrínsecas a su cometido, plegándose a la función exclusivamente oficial u oficiosa... Es decir, a publicar cuanto las leyes prescribieron en la materia confiada a los Boletines oficiales. En puridad, había terminado la función histórica que se había propuesto en su fundación, a falta de publicaciones periódicas de empresa privada.

**DEL FIN
DE LA
GUERRA
CARLISTA
A 1850**

BOLETIN DE COMERCIO DE SANTANDER

Sale los Martes, Viernes y Sábados, por la tarde: se suscribe en la imprenta, litografía y librería de MARTINEZ a 6 rs. al mes llevado á casa de los señores Suscriptores y 11 rs. para fuera, franco de porte.

BOLETIN DE COMERCIO

1839.

Imp. de J. M. Martínez. Sale los martes, jueves y sábados.

He aquí la publicación de más larga existencia en Santander, después del Boletín de la Provincia. Fundada en 1839, salió el día 5 de agosto; era una hoja muy pequeña. Su título ya indica un específico carácter y propósitos: informar a comerciantes, armadores y consignatarios sobre mareas, cotizaciones de los frutos en ventas al por mayor, en almacén y a bordo; de los premios de seguros para los principales puertos de la Península, América y Europa, principalmente; de los fletes, entrada y salida de barcos en bahía, etc., etc...

Pasados unos años, esa hoja, que no siempre, a pesar de su muy limitado formato, se llenaba por completo, y a medida que el comercio local se hacía más exigente en cuanto a la demanda de noticias más generales, acogió (esta vez ya en tamaño mayor), informaciones de la vida ciudadana, de la provincia, de España y del extranjero y «hasta anuncios» comenzando, según notificara José Antonio del Río, a «parecer un periódico de esmerada confección e importante lectura, fuera de lo estrictamente mercantil, y sensato y muy juicioso». El cronista de las «Efemérides montañesas» postuló este merecido elogio: «Por su antigüedad, por el esmero con que se le ha atendido y por los ilustrados redactores y colaboradores con que ha contado, es un verdadero arsenal, una magnífica enciclopedia en la que se encuentran asuntos de verdadera importancia, inteligentemente tratados con formas excelentes y de profundidad». Tal fue el buen crédito que gozó esta publicación, fuente de documentación de primerísima mano para el conocimiento y estudio de los acontecimientos hasta de carácter histórico, de la vida santanderina; hoy está considerado el «Boletín» como crónica viva de más de medio siglo, muy especialmente, del período de esplendor del puerto, pues recogió estadísticas perfectamente logradas sobre el movimiento del comercio, cuando a Santander se le conocía, por «la Liverpool de España», rivalizando incluso con Barcelona y Cádiz.

En el cuerpo de su Redacción, y en el cuadro de colaboraciones, figuraron plumas destacadas como Jacobo Jusué, los abogados Bengoa y Oliva (aquel, durante el movimiento antifuerista, terminada la primera guerra civil), Rufino Pineda, Enrique Corona, Isidoro Nieto, Albino Madrazo, el citado José Antonio

del Río, todos escritores castizos muy enterados de las materias cuyo estudio se les confiaba, siempre haciendo honor al sentido de ponderación y veracidad, condiciones indispensables para perpetuar el máximo crédito entre los más prácticos lectores, que eran los armadores, corredores y almacenistas, y otros sectores en los ilustrados estratos sociales. En sus páginas llegó a colaborar Amós de Escalante y del Río publicó gran parte de sus «Efemérides», recogidas después en dos gruesos volúmenes, y que son todavía en el día, fuente de solvente investigación.

Pocos años después de su aparición se hizo cargo del Boletín, como propietario y director, el impresor José María Martínez, a quien se considera como patriarca de la prensa santanderina.

Martínez tiene en su haber de hombre inquieto y sensible, el descubrimiento de Agustín Riancho, el pintor de Entrambasnestas, que en su edad pueril halló en el Boletín entusiasta acogida premonitoria. Gracias a la campaña emprendida por José María Martínez, Riancho fue pensionado para estudiar en la Academia de Bellas Artes de San Fernando y después en Bélgica.

También el Boletín promovió la creación de una Biblioteca popular formada rápidamente con tres mil volúmenes, centro de cultura que no llegó a constituirse formalmente en aquel período por carecer el Municipio de locales donde instalarla; sin embargo, aquellos fondos bibliográficos llegarían a multiplicarse notablemente, hasta llegar a ser la Biblioteca Municipal de este siglo, y hoy Biblioteca de fondos modernos adscrita a la de Menéndez Pelayo.

José del Río Sáinz, nieto del citado José Antonio, ha dejado interesantes precisiones acerca de la vida del «Boletín de Comercio»: «Hasta el día de su muerte –ha escrito– el Boletín conservó sus características, sin hacer concesión alguna a las modas ni al progreso de los tiempos. Reflejaba el espíritu serio, mercantil y prudente de los años en que nació. Fue vocero de los escritorios del Muelle y lo siguió siendo entre los cambios fundamentales que se operaban en la ciudad. Cuando aquel viejo espíritu desapareció, el Boletín dejó de publicarse. Pero había vivido cerca de cien años. No era periódico de venta callejera. Se recibía por suscripción y se leía en los escritorios y en las trastiendas». «A los lectores de los periódicos de hoy, esta «hoja de calendario», pues no otra cosa era, les parecería cosa de chicos, propia para tomar a broma. Pero en aquellos años –mediado el siglo XIX– el pacífico burgués de Santander no precisaba más. Con ella tenía bastante el buen comerciante del Muelle, cuyas preocupaciones se reducían a la suerte de las harinas que había confiado a la capacidad marinera de una goleta o un bergantín. Por eso esta «hoja de calendario», que llenaba cumplidamente las apetencias de las fuerzas vivas del pueblo –entonces no se llamaban así, pero existían, lo mismo que hoy–, fue afirmando su éxito de número en número y en vista de ello su director y propietario, que veía crecer al mismo tiempo su establecimiento tipográfico, se dedicó a doblar el tamaño de la hoja, al cabo de algunos años, añadiendo a las informaciones de que he hecho

mérito, algunas otras ocurrencias en la capital, en la provincia, en el reino y hasta en los reinos extraños. Con gran asombro, un buen día los abonados del «Boletín de Comercio» se encontraron una sección que se titulaba «Del Extranjero» y que daba, en cinco líneas, una idea de la toma de Sebastopol, hecho el más sensacional de aquellos tiempos.»

Del Río ha recordado que, con su abuelo, estaba en la Redacción Isidoro Nieto, encargado de las sesiones mercantiles; a José Antonio le sustituyó un joven abogado y poeta de bastante nombre en aquellos tiempos, Albino Madridazo, nombre que saldrá en estas páginas llegado el momento de convertirse en editor, a su vez, de una espléndida revista literaria.

El Boletín estaba instalado en la calle de San Francisco, esquina a Lealtad cuando José María Martínez se constituyó en propietario de la casa, y en la planta baja funcionaban los talleres tipográficos y la Redacción. Pasado el tiempo, esos talleres buscaron la adecuada expansión para sus trabajos comerciales, en amplísima nave construida «ad hoc» en la calle de la Concordia, lindante por el sur con los terrenos donde los Menéndez Pelayo crearon su famosa Biblioteca y su propia casa.

Vida tan dilatada –la de la publicación– y sin desmayos alcanzó, naturalmente, una serie de incalculables acontecimientos, que fue registrando con el respeto, la fidelidad y el regusto con que los más apagados a las tradiciones del pueblo, lo fijan en el calendario de sus días, porque forman parte de su historia, grande o pequeña, transcendente o pueril. Por eso, recoger, ni aún con la mejor intención, las síntesis de las campañas promovidas por tan celoso vigilante del desarrollo local, resultaría labor ímproba. Pero entre el centón de noticias dadas o comentadas por los colaboradores de Martínez pueden señalarse algunas de índole muy curiosa: por ejemplo, la del estreno, en agosto de 1856, de la comunicación telegráfica con toda Europa, a través de Bilbao; una visita del profesor Gayangos, catedrático y bibliotecario de la Universidad Central, enviado a la Montaña por el Gobierno «para examinar cuanto haya de notable en el ramo bibliográfico y en la arqueología», que es, que sepamos, el primer intento de formalización de un catálogo serio y metodizado. En 1857, la ascensión de un globo en Santander, pilotado por el francés Pointevin, aerostato que llevaba como nombre «Aguila audaz» y que se elevó desde el patio del Instituto de Santa Clara a las cinco de la tarde de un día de julio, para cubrir una distancia de legua y media desde la ciudad, a la que fue devuelto por la noche en un carro de bueyes; la creación de la Asamblea de la Cruz Roja en Santander ocurrida en 1873; la celebración, en la Audiencia, de una causa por brujería, en la que por vez primera se sentaba en el banquillo una mujer, joven y robusta, que había apaleado bárbaramente a una infeliz y andrajosa anciana, en un pueblo de la provincia.

A la muerte de José María Martínez, el Boletín pasó a la propiedad de Arturo Corpas, su yerno. Del Río Sáinz ha comentado que «cuando ya muy

entrado el siglo XX y muerto don José María, iba a repartirse su herencia, se encontraron los albaceas con que muchas familias habían estado recibiendo el Boletín durante cuarenta y en algunos casos más años, sin pagar la suscripción, pues don José María no pasaba nunca los recibos. Estas suscripciones acumuladas sumaban en algunos casos miles de pesetas y hasta de duros. La testamentaría empezó a poner estos recibos al cobro, sin esperanza de lograrlo. Y sin embargo, la mayoría –salvo los casos de imposibilidad material por cambio de fortuna– se pagaron. No creemos que este caso se haya dado nunca en las relaciones de un periódico con sus lectores».

Ultimamente, el Boletín tenía un carácter más específicamente comercial. La incorporación de nuevas publicaciones informativas literarias o políticas, desposeyó al decano de la prensa local del espíritu que venía sosteniendo desde hacía casi un siglo. Durante más de veinte años, en su postrera época, lo redactaba casi por entero el muy prolífico Fernando Segura.

Al flanco del Boletín, José María Martínez amplió su industria tipográfica en términos que fue, durante muchos años, uno de los establecimientos de su género más importantes y potentes de toda la provincia montañesa.

La colección más completa de esta publicación se encuentra en la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Santander.

EL**VIGILANTE CANTABRO.****PERIODICO DE ADMINISTRACION Y COMERCIO.****SALDE LOS JUEVES Y DOMINGOS.**

Se suscribe á este periódico en el Muelle número 5, primer piso. — Precio de suscripción : 6 rs. al mes llevado á casa de los Sres. suscriptores. — Para fuera de la ciudad 10 rs. al mes franco de porte. — Los números sueltos se despachan en el mismo punto de suscripción.

EL VIGILANTE CANTABRO

1839.

Periódico de Administración y Comercio. Se publica los domingos enviándose a domicilio a los suscriptores. Suscripciones en Muelle, 5, primer piso. Editor responsable Luis María de la Sierra.
Imp. de Martínez. 11 cuartos.

Terminada la guerra civil, y en camino de normalización total la vida de la ciudad, Luis María de la Sierra aceptó la responsabilidad de editar un semanario con el título «El Vigilante Cántabro», cuyo primer número registró la fecha de 1 de diciembre de 1839. De la Sierra reunió un grupo de hombres bien preparados intelectual y literalmente, para emprender sostenida campaña «en defensa de los derechos santanderinos frente a los fueros vascongados, como muy perjudiciales al comercio y al progreso de la Montaña». Una finalidad de franco carácter económico que no habría de desdeñar otros aspectos generales. Apoyaban su protesta, planteada con ardimiento en el estadio político, en el hecho de que habiendo sido las provincias exentas cuna y hogar del carlismo, al ser vencido éste por las armas, «debería prescribir el arcaico derecho fuerista». «Grave este suceso (escribía en el prospecto), en política y en administración, que enclava un Estado privilegiado en otro sometido a la ley común y habrá de ejercer necesariamente influencia inmensa en las transacciones mercantiles, fabriles y agrícolas. Santander, como tan próximo a las provincias aforadas, habrá de sentir más cerca los resultados, los tiene ya experimentados de antemano y le pertenece por lo mismo vigilar, el primero, sus efectos». A continuación anunciaba «la denuncia de los abusos y las defraudaciones, demostración de sus efectos perniciosos; procurar un remedio al mal que amenaza secar las fuentes de la producción y capaz de menoscabar la prosperidad del Reino: tales serán los objetos de las tareas en que va a ocuparse este periódico».

Comenzó su briosa campaña recordando a la autoridad la vigencia de reales órdenes de 1824 y 1830 por las que se «prohibía acumular y almacenar géneros coloniales y extranjeros en los pueblos inmediatos a las provincias contributivas

pues, en los pueblos de La Nestosa y Valle de Carranza, a la sombra de la libertad de consumos y con la salvaguardia de las guías y atestados que se facilitaban por el Juzgado de contrabandos de Bilbao y las aduanas de Balmaseda, servían de depósito para el contrabando, infestando la parte oriental y aún la totalidad de la provincia montañesa».

«El Vigilante» fue denunciando las que reputaba anomalías que pesaban onerosamente sobre la industria montañesa; tal el hecho de la exportación de mineral de hierro vizcaíno al extranjero, de donde lo devolvían manufacturado para reexpedirlo a los puertos nacionales.

En Vizcaya, la campaña del semanario santanderino fue recibida, como es lógico, con protestas y al «Vigilante» comenzó a llamársele «El Botafuego», sinónimo simulado de «botafuero».

Luis María de la Sierra militaba activamente en el liberalismo y gozaba de relevancia en la ciudad. Se mantuvo no obstante en la dirección de «El Vigilante» sin intervenir como partidista en todo lo que no fuera combatir los fueros; pero en el verano de 1840 los acontecimientos políticos le obligaron a una suspensión. La disculpaba ante sus lectores limitándose a decirles: «Las ocurrencias de esta ciudad en consecuencia con las de Madrid han impedido a «El Vigilante» salir a la luz los dos domingos precedentes; no porque libertad ni voluntad nos faltasen, sino porque el más alto interés social nos lo impedia. En lo sucesivo seguirá saliendo en los períodos que antes, y bajo los mismos principios de abstracción política, porque no queremos hacer de un pleito de derecho internacional, de intereses positivos, cuestión de gabinete».

Durante esta primera etapa puso atención extremosa al informar de cuestiones muy locales, como el urbanismo, firmadas por «El Imparcial» –seudónimo tras del que se ocultaba Ramón Ruiz Eguilaz, uno de cuyos trabajos más importantes para saber del Santander de entonces, fue el de la supervivencia de los vetustos tejados de aleros atrevida y monstruosamente volados, en casas «que parecen grandes jaulas no sabiéndose si los balcones se han hecho para ellas o las casas para los balcones». Eran edificaciones de los siglos XVII y XVIII, anacrónicos que no aportaban ninguna belleza, ni aún como elementos representativos de la arquitectura.

Otro día fustigaba «el alarmante aumento de mujeres públicas que constituyen lo que llamaremos plaga de la sociedad. Las calles y paseos se ven inundadas de esas miserables, desde que oscurece el día, de modo que un padre de familia que cuide con algún esmero de la educación de sus hijos, sobre todo si son del sexo femenino, se ve obligado a no consentirles que paseen por el Muelle si no quiere que a cada paso se presenten a sus ojos o a sus oídos, escenas de obra o de palabra que deben ruborizar a una joven...»

Describió «El Vigilante» un feroz incendio que puso en peligro la propia Casa Consistorial, pues destruyó las dos colindantes de la Rúa del Palacio; informó con detalle sobre la rectificación del plano del puerto como preliminar

para la obra de limpieza de la bahía, y de la botadura, en el histórico astillero de Guarnizo, de una hermosa fragata, «La Nueva Luisa», hecho que consideraba como muy feliz para la renovación de una industria «que hace tantos años desapareció de esta provincia».

Inició su segunda época el 14 de febrero de 1841, esta vez dirigido por Gervasio Egualas, quien se mantuvo rigurosamente apolítico, y lo anunció con estas palabras: «Paz a los fueros, y guerra a los abusos». Esta fue la divisa acatada por «El Vigilante» mientras lo redactaba aquel ilustrado jurisconsulto a quien por sus méritos llamó la patria a ocupaciones más importantes. Aquella será también ahora nuestra bandera, pero es preciso que ahora hagamos esta distinción: El que los habitantes de Vizcaya, Alava y Guipúzcoa, gocen la exención de contribuciones pecuniarias y de sangre, si bien aumenta el gravamen de las restantes de la Nación, jamás lo consideraremos un daño irreparable, volviendo la vista al antiguo pacto de unión y el reciente abrazo que sin ejemplo terminó una guerra desastrosa». (Se refería, bien se ve, al abrazo de Vergara).

Polemizó no obstante con «El Bascongado» de Bilbao en torno a la campaña de los fueros y con «El Liberal Guipuzcoano» a cuenta de una petición elevada al Gobierno de Madrid por las villas montañesas, Limpias y Colindres, para que les fueran extendidos los privilegios vascongados, aduciendo una circunstancial incorporación al Señorío de Vizcaya (y de muy corta duración) en tiempos de Enrique III. Fue invalidada después esa segregación de la provincia montañesa. «Esos pueblos, decía «El Vigilante», en unión de algún otro tuvieron que rescatar a precio de siete mil quinientos florines la enajenación que aquel rey había hecho de ellos a favor de un particular. Limpias y Colindres no se hallan inscriptos en el número de los pueblos componentes del Señorío. El Señorío no se ha acordado de ellos para citarles a sus Juntas de Provincia, ni en la larga serie de años que excede la memoria de los vivientes se han visto bajo el árbol de Guernica los comisionados de Colindres y Limpias».

Ruiz de Eguilaz redactó unos estudios históricos del comercio santanderino desde la creación del Real Consulado. Son trabajos dignos de la curiosidad de los eruditos y economistas sobre un tema tan atrayente como las relaciones comerciales y marítimas de Santander con América y de modo particular con la Isla de Cuba.

Rompió también lanzas en favor de la constitución del Liceo Artístico y Recreativo (célula del que llegaría, con el tiempo, a ser Ateneo) y en el orden artístico es curiosa su amplia noticia de la primera exposición de pintura y dibujo habida en la ciudad. Igualmente interesante es la historia de los mercados santanderinos, de Atarazanas y del Este, e importante asimismo, lo que en esas páginas se lee acerca de la aprobación, por el Gobierno, de la carretera de Peñas Pardas o sea, el ramal que une El Escudo con Bercedo y Peña Horadada.

Otra campaña denodadamente mantenida fue la relativa a la riqueza inexplorada de los montes de la provincia, tomando como pie la región lebaniega.

Una compañía inglesa procuraba, a la sazón, obtener de la Regencia provisional, permiso para construir un camino resbaladero a fin de dar salida, por el río Deva, a las abundantísimas maderas de la comarca para su exportación al extranjero. Consideraba muy grave el proyecto cuando como entonces sucedía, esa riqueza permanecía incólume sin aprovecharla España «ni aún para construir una hoza ni una miserable lancha». «Aquellos montes contienen un prodigioso número de árboles y la mano del hombre no llegó nunca a aquel tesoro». Aducía la necesidad de fabricar duelas para la barrilería fabricada en Santander en considerable volumen para las expediciones de harinas a América y al norte europeo, y recordaba que la escasez de maderas en otras comarcas explotadas, fue una de las causas de la paralización en la construcción de navíos en Guarnizo, problema vivo al punto de que los armadores locales se veían precisados a encargar sus barcos al extranjero.

A propósito del astillero de Guarnizo, la pluma de Ruiz Eguilaz se movió incansable para trazar su historia, con aportación superabundante de datos hasta científicos de gran rigor. Recordaba un hecho retrospectivo (escasos meses antes de la primera aparición del semanario) de importancia suma, como fue la inauguración del faro de Cabo Mayor «con maquinaria de invención moderna y construida a toda costa en París». «Una torre sólida y airosa que lanza señales luminosas hasta veinticuatro millas de distancia, y que es de lo mejor que hay en su clase en toda España».

En cuanto a la esfera municipal, dejó constancia de la escasez de agua sufrida por el vecindario, a pesar de haberla en abundancia en el subsuelo urbano. «Las aguas –decía– se han soltado a finales del año pasado en Molledo, donde ~~inmediatamente~~ se ha plantado una fuente destinada a satisfacer la primera necesidad del pueblo». Citaba la apertura, ya próxima, de las calles de Isabel II y de Cervantes, y su correspondencia con el paseo del Alta por la que se llamaría Vía Cornelio. Por otra parte lamentaba la paralización sufrida en el plan de la «Nueva Población de Peñaherbosa», donde se había edificado muy poco todavía, y los justificaba así: «Esto ha ocurrido por cuanto los solares salieron a remate en 1795, aún en guerra con Francia; desde allí a poco se siguió la de Inglaterra, con cuyo motivo desapareció todo el numerario de esta plaza y quedó estancado el comercio. Por otro lado, ¿quién no se retraría de edificar allí para verse sólo en medio de un vasto terreno vacío y aislado en cierto modo, del resto de la población?». Pedía libertad para construir sin más que guardar la alineación establecida en los proyectos.

No obstante la limitación de sus pequeñas páginas, no dejaban los de «El Vigilante» de tener a sus lectores al tanto de las representaciones en el Teatro Principal de la calle del Arcillero donde, el 12 de julio de 1841, estrenó Ruiz de Eguilaz un drama titulado «El doncel», y por cuyo escenario desfilaron importantes compañías de ópera. Y todavía tenía espacio para el obligado folletín, si bien a una sola columna, y frecuentes gacetillas en comprimidos con noticias del

extranjero, tomadas de la prensa de París y Londres, sobre cuestiones comerciales y marítimas, y hasta algunas correspondencias extensas acerca de «La cuestión de Oriente».

En su segunda época, dedicaba toda la última página a un «Boletín de Comercio», ilustrador de los precios de los artículos de consumo, fletes, portes, abarros y movimiento de buques en el puerto...

No dejó de comentar el problema del dragado de la bahía, y la tan debatida cuestión de la influencia del arrastre de arenas por el río Cubas. «Hemos aprendido –decía– que como por encanto muchos granos de arena hacen un banco o arrecife suficiente para reducir una anchurosa canal y navegable ría, a su séptima parte, en no muchos años, quedando las otras seis de playa firme. Y digo que en no muchos años pues no pasan de veintidós en que partían a la vela los buques de cruz desde la dársena hasta el pie de Pedreña, y de éste a fuera del puerto sin más singladuras. Hoy pasa difícilmente, no estando la mar subida, una lancha pescadora...»

En el número 105, correspondiente al 12 de febrero de 1842 (de seis páginas, la última impresa solamente su mitad), después de recordar sus campañas especialmente la de los fueros, escribía con acrimonía: «'El Vigilante' ha clamado sin cesar contra el horroroso contrabando que infesta la provincia, que lejos de disminuirse, se aumenta cada día». «Desengaños tan tristes nos hacen creer que al hablar nosotros de una materia, aunque sea la más justa, hasta para que no se cumplan nuestros votos, dirigidos con buena fe a la común utilidad y el fomento de nuestro suelo, sin ofensa de los derechos de un tercero. En tales circunstancias hemos resuelto suspender nuestras tareas. Para no conseguir mejoras algunas de las que tanto necesita nuestro país, excusado es publicar sus necesidades; excusado es el clamor de la Prensa cuando por no elevarse al tono de la política, se pierde entre el ruido estrepitoso de las que se disputan la dirección del Estado. Un tiempo ha de llegar de más calma, y entonces 'El Vigilante' volverá a ocuparse con más fruto de las tareas que hoy abandona».

LA SILFIDA,

SEMANARIO DE AMENA LITERATURA Y DE TEATRO.

LA SILFIDA

1843.

Semanario de amena literatura y teatro. Imp. y Lit. Martínez.

Costaba de ocho páginas, tamaño 17 × 12,5. En el número 1 –de 11 de enero de 1843, y único que hemos visto– inserta un trabajo titulado «Costumbres antiguas. Un matrimonio entre los frances», con la firma J. L. B. (seguramente José López Bustamante que después había de colaborar en «El Buzón de la Botica»). Otro artículo, «La mujer», de P. S. y unos versos de Calixto Camporredondo, dedicados «A una enlutada». No citó el nombre de su director.

En la sección correspondiente, hacía comentario crítico contra la tendencia dominante en el teatro por aquellos años, que merece ser reproducido como testimonio del pensamiento crítico frente a la influencia francesa: «Cuando recordamos que el teatro, escuela en otro tiempo de moralidad y espejo de nobles sentimientos, se ha convertido en nuestros días en mostrador de todos los vicios y enseña de corrupción, no puede menos de contristarse nuestro corazón y de suspirar por las felices edades en que sólo se ofrecía en el coliseo a la vista de los espectadores, el retrato de la caballerosidad y de las pasiones nobles del corazón humano. Pasó aquel tiempo, el más glorioso del teatro español y escritores sin pudor osaron importar de allende el Pirineo los dramas y comedias más inmorales y monstruosos que abortaron las plumas de hombres pervertidos e irreligiosos; arrastrados por tan funesto ejemplo confeccionaron también algunos de nuestros poetas no menos escandalosas piezas, y desde entonces se ridiculizó en la escena la religión, se escarneció a los ministros del santuario, se despreció la virtud y fue objeto de mofa y ludibrio lo más sano y más respetable que existe en la sociedad. Por fortuna aquel vértigo fatal va desapareciendo y la juventud española, estudiosa y creyente, se levanta por todas partes y procura restañar las profundas heridas que en la moral pública ha abierto esa literatura atea y disolvente. Empero mientras que por doquier se ríe el público sensato de esos dramas, que tanto exaltaron su imaginación seis años ha, la empresa del teatro

de esta ciudad se muestra más estacionaria de lo que es conveniente, y sólo de cierto en cierto tiempo nos presenta algunas de esas obras dramáticas que nosotros no dudamos en llamar reparadoras. En tanto continúa regalándonos a cada paso traducciones que a la verdad no son del mayor gusto, y que el público acoge con frialdad y hasta con desprecio. Nosotros, rígidos censores, nos ocuparemos continuamente del teatro, y con independencia, sin pasión, manifestaremos nuestra opinión.»

Número 4. Domingo 11 de Agosto de 1844.

EL BARQUERO,

PERIODICO DE LITERATURA, LÍRICO, SATIRICO Y BURLESCO.

EL BARQUERO

1844.

Periódico de literatura, lírico, satírico y burlesco. Imp. y
Lit. de Severo Otero.

Comenzó a vocearse el 21 de julio de 1844, un mes antes que «El Buzón» y sin duda para adelantarse ante los lectores. Se imprimía en ocho páginas. Con frecuencia al pie de sus artículos y poesías, aparecían las iniciales G. O., tal vez del director y redactor único. De parecidas características a las publicaciones coetáneas, de intención mixta entre literaria y satírica, y sin noticias generales, dedicaba una columna a una sección titulada «Mareas» que era un baturrillo o miscelánea casi siempre de noticias locales, entre las que figuró como muestra, la siguiente: «Cálculo. Santander ha ganado *durmiente* entre cañonazos, un ochenta por ciento. Si estuviese despierto, puede asegurarse que ganaría un doscientos. Los despertadores se han dormido».

También ofrecía reseñas críticas de las representaciones teatrales en el Principal. La inocuidad de sus textos mueve a creer que fueron obra de algún folclorario auxiliado por inexperto currinche soñador de glorias literarias.

EL BUZON DE LA BOTICA.

PUBLICACION SEUDO-PERIODICA, OMNIBUS ARTISTICO, LITERARIO, COMERCIAL, INDUSTRIAL ECT.

EL BUZON DE LA BOTICA

1844.

Publicación seudo-periódica. Imp. P. Martínez.

La botica de Cuesta fue una institución en el Santander del siglo XIX. Cuando don José de Isla construyó, en 1820, en los solares de lo que habían sido primitivos almacenes de Atarazanas, instalados por su antecesor Isla y Alvear en 1752, el farmacéutico Antonio de la Cuesta y Hontañón, que tenía su oficina en la Ribera, se instaló en el edificio que daba frente a la Plaza de Atarazanas. Fallecido en 1834, pasó la botica a la propiedad de su hijo Agustín, quien reunió en la rebotica un numeroso grupo de hombres representativos en la ciudad, gentes que a su calidad social e intelectual, unían el buen humor. Trascendió la tertulia de la rebotica al punto de que el propio gobernador y jefe político, llamado Francisco del Busto, que vivía enfrente, expuso su contrariedad porque el cargo no le permitía participar en aquellas reuniones. Nadie podía sospechar entonces que Busto habría de dar a los tertuliantes un disgusto. Estos tenían sus inquietudes literarias y decidieron publicar un periódico, al que por unanimidad dieron el título de «El Buzón de la Botica», con el epígrafe: «publicación seudo-periódica, ómnibus artístico-literario-comercial-industrial, etc.», según la moda predominante. Esto sucedía en el verano de 1844.

La financiación corrió a cargo de hombres de arraigo, médicos, abogados, literatos, comerciantes (y el propio Cuesta) como Salvador Quintana, José Ferrer, Ignacio Lapazarán, Bartolomé Bengoa, Calixto Fernández Camporredondo, Justo Luque, Antonio Diestro, Angel Arronte, Joaquín Castanedo y Hermenegildo García del Moral. Esta fue la «directiva» de una publicación que a pesar de su corta existencia dejó huella, especialmente entre la juventud local. Las normas reglamentarias comprometían a los tertuliantes, ante todo, a sostener económicamente la publicación; recoger y revisar los originales; a corregir las pruebas y entenderse con el impresor en todo lo relativo a la edición; llevar la contabilidad y considerarse la Comisión en pleno como editor responsable. Fue, en el fondo, una distracción de tipo literario. La redacción la compondrían, no sólo los comisionados y contertulios, sino el público mismo, para lo cual instalaron el propio buzón de la farmacia. «Los redactores seremos —decía el prospecto— tú, nosotros y todo aquel que sepa, pueda y quiera escribir en lenguaje

digno y mesurado un artículo o composición cualquiera sobre toda clase de materias, salvos, como va dicho, la religión y la política».

«Nos proponemos despertar la vida intelectual de Santander, asimilarla y utilizarla por medio de la publicidad; procurar que un pueblo de su importancia no quede rezagado en el movimiento literario que arrastra a toda la Península; ofrecerle campo donde puedan debatirse los intereses locales y cuanto afecte a su comercio, su industria y agricultura, hablándole con la verdad acerca de su porvenir; preparar el terreno donde se discutan en su día cuestiones de alto interés que comprometer pudieran la existencia social; abrir a su ilustrada y ardiente juventud un palenque de noble emulación donde encuentren a la vez digno y útil pasatiempo, poner ojo avizor a todo ciudadano que, flaco de conciencia o de mollera, se aparte del sendero que le marcan sus deberes públicos y haga menester la penca de la crítica o del ridículo; rendir a sus hermosas hijas el justo homenaje de la admiración y el entusiasmo, ora cantando sus gracias, ora ensalzando sus virtudes, ya lamentando, en melancólicas trovas sus desdenes, o ya entonando himnos de amor y gratitud a su fidelidad y constancia».

Los originales eran seleccionados y con los que no merecían el honor de ver la luz pública se hacían «autillos solemnes». No es de extrañar que la colaboración espontánea fuese copiosísima, tanto que al final quedó un legajo voluminoso de material inédito.

Solamente se publicaron 16 números y todos sin fecha; mas puede establecerse que el número 2 salió al público el 21 de agosto y, el 6, el 22 de septiembre (ambos de aquel año, naturalmente) por lo que al principio fue rigurosamente semanal. El 7 de octubre, según se desprende de una cuenta del impresor, habían aparecido 8 números y por una advertencia contenida en el número 16 y último, se sabe que éste salió en el mes de diciembre del mismo año o principios de 1845. Su regularidad hebdomadaria fue, pues, bastante normal, aunque la periodicidad ya se establecía de antemano con esta advertencia: «Saldrá a la luz cuando nos acomode y como mejor se crea conveniente y oportuno». Cada número se componía de un pliego de 30 por 20 centímetros, con foliatura correlativa hasta la página 64, e impresión muy esmerada. En los números 8 y 14 se insertaron, fuera de texto, sendas láminas litográficas representando tipos característicos de la provincia, como «el litigante montañés» y «la sardinera».

El precio del ejemplar, en suscripción, era de 25 céntimos y de real y medio al público en general. En las noticias, muy proljas, conocidas sobre esta publicación, se dice según el balance tras de los ocho primeros números, que los suscriptores eran 143 y los ejemplares sueltos vendidos, 19. Y nada se dice, en el último número, acerca de los propósitos de suspender la publicación.

Poesías, charadas, artículos en broma sobre temas locales y otros serios de la vida regional o de interés general, como los relativos a la limpia de la bahía, a la indigencia, al encauzamiento de los ríos, a los caminos, la enseñanza, etc.,

etc., fueron trabajos acogidos a sus páginas. Buena parte de ellos, en prosa o verso, iban firmados por el doctor Alejo Díaz, Calixto F. Camporredondo (con sus iniciales) y Adolfo de la Fuente (A. F. G.).

Es curioso y ciertamente interesante su primer artículo de fondo respecto del estado de la ciudad: «Si por todas partes nos combaten; si la naturaleza misma parece haberse conjurado en contra nuestra, no es el menor de los obstáculos la frialdad e indiferencia con que en altas regiones se nos mira, llevando hasta el punto tal desvío hacia nosotros, que con asombro vemos rescindidos o modificados los más solemnes y antiguos contratos, aunque de ello se nos siga notable daño. Tenemos de esta aserión un palpitante ejemplo en lo sucedido años pasados en el negocio del Canal de Castilla; su continuación hasta Golmir, como primitivamente se había estipulado, hubiera asegurado el porvenir de esta población favoreciendo a la vez a las provincias de Castilla pero a pesar de tantas ventajas, so pretexto del mucho costo y otras razones de poco peso, se permitió el abandono del pensamiento primitivo y se prefirió construir en su lugar un ramal por el interior. Y no es esto sólo. La fatalidad preside nuestros destinos y el desdén con que somos mirados no habían cesado en los últimos tiempos en que, contratados cuatrocientos millones con destino a caminos y canales, se invertía tan buena suma sin que se nos destinase la más pequeña cantidad; y eso que entre los señores que formaban la Comisión nombrada para escribir su dictamen sobre dicho contrato, se contaba un paisano nuestro que, a no dudarlo, haría muchos y reiterados esfuerzos porque fuésemos mejor atendidos. Sombrío es el cuadro que he bosquejado, triste el porvenir que nos aguarda y muy próximo tal vez el día de nuestro luto; sin embargo, ¿qué es lo que hacemos por alejarle? ¿Qué, para asegurar nuestra posición actual? ¿Qué, para mejorarla? Nada, nada hacemos; tranquilos a la orilla del precipicio, escrutando sólo los intereses del momento y sin llevar adelante nuestras miradas, vivimos aislados, independientes unos de otros, malgastando los capitales en construir magníficos edificios que valiéndonos de las expresiones propias del poeta, quizás sean *de lagartos vil morada*. Vivimos en un profundo sueño...»

Veamos algunos de los trabajos publicados en esta colección: En el número 2, un grabado al acero del famoso «indiano de Bendejo, Manuel Pérez de la Vega, capitán de patriotas distinguidos de Méjico»; en el 6 daba cuenta de estar intrasitable la calle de la Blanca por los carros cargados de harina y las filas de barriles; que el Correo estaba en la calle del Puente y el buzón de cartas en la del Infierno. En el número 9, la autobiografía del «Indian de Bendejo», muy curiosa, como correspondía a tan curioso tipo pintoresco. En el 14, J. L. B. (José López Bustamante) daba a conocer un interesantísimo y largo artículo de costumbres titulado «La sardinera», con detalles preciosos para la historia santanderina en relación con la vida de los mareantes de los dos Cabildos. En el número 16, y firmado por «Orlando» (Calixto F. Camporredondo), y bajo el epígrafe «Juan Callejo», una larga oda en octavas reales dedicada a los tipos

pintorescos locales de aquel tiempo. Una larga poesía («a España»), de tonos patrióticos, original del mismo Camporredondo, fue considerada como la de mayor mérito literario de la publicación; inserta en el número 8, atrajo las iras del gobernador Bustó, que la consideró políticamente subversiva e impuso una multa de quinientas pesetas, sufragada rápidamente entre varios suscriptores. El apellido del gobernador dio pie al ingenio de los tertuliantes para jugar con él en la conocida fábula de Samaniego:

Díjole la Zorra al Busto
Después de olerlo:
Tu cabeza es hermosa
Pero sin seso.

Como éste hay muchos
que aunque parecen hombres
sólo son Bustos...

Entre los trabajos salvados en los autillos celebrados por los tertuliantes, figuró uno firmado por Jacobo Jusué sobre Jesús de Monasterio, entonces un niño, al que vaticinaba su gloria de gran violinista: «Hijo de la provincia este hermoso niño –escribió Jusué– podrían atribuirse nuestro elogios a interés de paisanaje, pero no son más que una débil repetición de lo que hace tiempo están publicando los periódicos de varias capitales. Cultive su preciosa disposición que debe a la Naturaleza, y llegará un día en que nadie se atreva a rivalizarle». Predicción que se cumplió.

EL DESPERTADOR MONTAÑÉS,

SEMANARIO DE INTERESES MATERIALES, Y ORGANO OFICIAL DE LA JUNTA DIRECTIVA DEL FERRO-CARRIL DE ISABEL SEGUNDA,



Se suscribe en la Imprenta de este periódico á 10 rs. por trimestre en la ciudad y 12 fuera de ella franco de porte. Los números sueltos se venden á real. Se admiten anuncios y comunicados al precio de 8 maravedís línea y 4 para los Sres. suscriptores, quienes además tendrán el derecho de hacer insertar mensualmente gratis un anuncio que no pase de 6 líneas.

EL DESPERTADOR MONTAÑÉS,

1848.

Semanario de Comercio, Industria, Arte y Literatura. Imprenta de Pedro Martínez, en cuya librería, calle de San Francisco, n.º 16, se reciben suscripciones. Precio: 5 reales al mes y 12 por trimestre, llevado a casa de los señores suscriptores. Saldrá todos los domingos.

Director editor responsable: Joaquín Carriás.

Varios años transcurrieron, desde la publicación de «El Vigilante Montañés», sin que los santanderinos tuvieran una prensa periódica bien regularizada, aparte los boletines oficial y de comercio y otros de tono menor y aún muy menor. El día 5 de noviembre de 1848 nace para colmar esa laguna, «El Despertador Montañés», con esta propia justificación: «Increíble parece que una capital de provincia como Santander, con títulos presentes para figurar entre las primeras de la nación española y con elementos para más lisonjero porvenir, carezca de un periódico cuyo principal objeto sea remover los obstáculos de su futuro engrandecimiento, ya dilucidando las cuestiones de alto interés que se hallen pendientes, ora promoviendo mejoras importantes, ya denunciando, en fin, los abusos que se adviertan».

Constaba el nuevo semanario –de domingueros contactos con sus lectores– en su primera etapa, de un pliego impreso a tres columnas. Se abría cada número con el artículo de fondo y «sin perjuicio de amenizar la lectura con materias menos graves y particularmente con los encantos de la poesía y demás ramos de la literatura».

Epoca en que la censura de prensa era extremadamente rigurosa a pesar de proclamarse a son de caja y platillo la libertad de expresión oral y escrita, la cabeza responsable de cuanto se imprimía solía serlo un político, diputado en Cortes a ser posible, y disfrutador por tanto de inmunidad parlamentaria, que era barrera fácil de saltar lindamente si las faenas no eran del gusto de «la presidencia». El diputado Joaquín Carriás asumió esta responsabilidad.

Recogía en cierto modo «El Despertador Montañés» las esencias del fencido «Vigilante Cántabro» y venía a mantener el diálogo con el público bajo el flameo de la enseña del «bien público» y «para remover los obstáculos del futuro engrandecimiento» de una población trabajadora, políticamente inquieta y en vísperas de convertir en realidades ambiciosas, fundamentales planes para el resurgimiento del puerto y el enriquecimiento marítimo y mercantil; y del urbanismo y la buena policía, también». «La política y la religión –advertía en el prospecto de presentación– no tendrán cabida jamás en nuestras columnas».

Cumplió Carrias sus propósitos prometidos y sólo escribía, de vez en cuando y amparado por el significativo seudónimo de «Merlin». Pero en realidad, quien mantuvo el fervor de los lectores fue Calixto F. Camporredondo, que en sus páginas dejó durante un tiempo, bastante de lo mejor y más notable de su producción periodística en prosa, con algunas incursiones a la poesía humorística.

Camporredondo había formado en las filas del Batallón de Franco-Voluntarios durante la guerra carlista, y saltó a la palestra del periodismo después de haberlo hecho cuatro años antes en el «Buzón de la Botica», como hemos visto.

Entre sus trabajos destacan, con valor documental, los dedicados a los tipos populares locales, tal el famoso Juan Callejo, tambor en las filas del marqués de la Romana en Dinamarca, y luego combatiente en la batalla de Espinosa de los Monteros; o a los también pitoflauteros «El Choba», y «Pepito la Jaula», o «La Sandalia» y «María del Cantón», éstas inscritas en el retablillo pejino. De él fueron estimables trabajos sobre «El origen de los cementerios de Santander» y una «Correspondencia palurda», remedo de los disparates gramaticales de los aldeanos montañeses, bajo el sudónimo de «Roque Rumiera» y «Quicu Regüelta».

Contaba entonces José María de Pereda quince años, y seguramente que en los cuadros pintorescos de Camporredondo encontraría premonitoriamente materia de inspiración para trazar algunos de sus futuros héroes. Es muy posible que el novelista guardase curiosamente algunos recortes de «El Despertador», por ejemplo, el en que se dibujó puntual estampa de «La marinera antigua» y el «Bando de locución» de «Orlando furioso» y que es «argot» de los renacuajos del «muelle Anaos» y de las comadres pejinás.

La segunda época de «El Despertador» se inició el 4 de febrero de 1849. Esta vez lo hacía en formato mayor, y apareció dos veces a la semana. En este momento se produce la promoción de los baños veraniegos y «El Despertador» la emprende con un editorial titulado «Baños de Ola en el Sardinero», que merece ser reproducido por su valor documental: «En la planicie donde van a parar los carroajes, que dista diez o doce pasos de la playa, se construye una bonita fonda de un solo piso con pavimento elevado de tres o cuatro pies sobre el nivel y con dos fachadas principales al sur y al NE. Delante de las fachadas, lindos jardines. A poca distancia de la fonda, un tiro de pistola, juegos de



caballos, de columpios y demás diversiones propias de la estación; en los días de fiesta, una orquesta. En la parte del Nordeste, próxima a los jardines se ha colocado una hermosa tienda de campaña de capacidad suficiente para poner tiendas de refresco y asientos numerosos. En cuanto a la segunda de los bañistas... cuerdas sujetas con anclas, mujeres destinadas al cuidado de las señoritas, una lancha tripulada por dos marineros diestros en nadar. Cada bañista tiene un cómodo e independiente cuarto y hay además carritos cubiertos y portátiles para conducir las personas delicadas al lado de las olas. Se han aumentado los medios de comunicación: hoy hay tres magníficos ómnibus de diez asientos cada uno que por su elegante construcción y suaves movimientos, pueden competir con los mejores del extranjero». Este fue, que se sepa, el primer reclamo para la atracción a las playas sardinerienses. Las esperanzas fueron ya confirmadas por el propio periódico, durante aquel estío, por la afluencia de buen número de veraneantes y «touristas», que habrían de merecer de Pereda, pasando unos años, los cáusticos apuntes de su libro «Tipos trashumantes».

El 2 de octubre 1851, «El Despertador» inaugura un nuevo período, tras de advertir la introducción de reformas en su redacción y confección; «pero aún faltan muchas que no se han podido acometer por no hallarse habilitado según la ley de imprenta vigente para abordar ciertas cuestiones involucradas en la Administración, la cual se halla hoy tan excesivamente centralizada que apenas dejaría materia para que pueda ocuparse un periódico sin editor responsable». Agregaba: «Se han opuesto los enemigos de la libre discusión y los interesados en ocultar los actos de su vida pública bajo un velo misterioso...» pero, «vencidos los obstáculos el periódico entra en la segunda época de su azarosa vida con el vigor de un atleta».

Reafirmaba, en efecto, su carácter independiente sin adscripción alguna en política, para consagrarse totalmente a los intereses del país; por ejemplo, la defensa del ferrocarril de Alar a Santander. La empresa de «El Despertador» entabló negociaciones para salir con el matiz que ahora tenía, pero fueron rechazadas por el entonces gobernador Ignacio Timoteo Yáñez de Ribadeneyra, con las personas propuestas: el joven Gerardo de la Pedraja, que apuntaba intelectual y periodísticamente como un valor positivo, y Joaquín Carriás, sobre quien recayó, al fin, el nombramiento. Este fue requerido por los padrinos del cónsul francés Gallony d'Istria a consecuencia de un artículo aparecido en «El Despertador» contra Felipe Napoleón por el golpe de Estado de París. Resultó, al final, que el violento trabajo, era de la pluma de Agustín Gutiérrez, colaborador de Carriás. El lance no llegó a consumarse y mantuvo a la opinión pública santanderina en tensión durante varios días.

En su totalidad, las tres épocas en que dividió su existencia «El Defensor» tuvieron características especiales; política, cuando la ley lo permitió; de defensa de los grandes problemas locales que era su verdadera finalidad, en franca

oposición al centralismo administrativo y político, y la crónica de los menudos acontecimientos que caracterizaban a la sociedad. E informaba. Las noticias extraprovinciales y extranacionales, la reproducción de los artículos de oficio de la «Gaceta» de Madrid, y comentarios de los periódicos extranjeros llegados a las correderías y despachos mercantiles.

El estilo de redactores y confeccionadores tenía empaque, había ingenio en sus trabajos, cualidades necesarias para mantener un prestigio que, en efecto, conservó durante sus seis años de contacto con los lectores. Hoy, su lectura nos pone en conocimiento a través de bien trazadas crónicas, de acontecimientos como la inauguración de las obras del ferrocarril de Isabel II, que mereció de Carrias la novedad de describirlo minuciosa y vivazmente en un número especial artísticamente orlado.

Durante la tercera época, comenzada con su número 21 (6 junio 1852) se publicó otra vez semanalmente, como al principio. Motivaba este cambio en su tónica, una reciente disposición real que alteraba notablemente la Ley de imprenta, lo que obligó a una breve suspensión del periódico. «Confiaban sus rectores –aclaraba al reaparecer– que durante este tiempo podrían habilitarse de nuevo para seguir ocupándose de todo género de cuestiones que interesaban a sus conciudadanos; pero desgraciadamente han sido infructuosos cuantos pasos han dado». «Y así, pues, aunque reducido a sus más estrechos límites, volverá a proseguir en sus tareas semanales, concretándose a promover mejoras materiales para los pueblos de esta provincia, y como órgano oficial de la Comisión concesionaria del ferrocarril de Isabel II; a transmitir cuantas disposiciones y noticias puedan interesar a los accionistas del camino férreo, y al público en general. Además procurará amenizar la aridez de estas cuestiones con artículos de variedades, modas y con escogidas poesías y folletines».

Según «El Espíritu del Siglo» (su coetáneo) «El Despertador» había «inaugurado su nueva carrera política bajo muy malos auspicios; su primer número ha sido denunciado, pidiendo el fiscal cinco mil reales de multa y seis meses de prisión el editor responsable».

No era, por otra parte, muy difícil mantenerse firmes pero sin entrar en disputas políticas, ante la situación creada en la llamada «década moderada», la vida en una ciudad como la muestra, en la que predominaba el elemento contemporizador, y primero con Narváez y después con Bravo Murillo (pasando sin sensibles alteraciones por la insurrección de los generales progresistas en 1848), y aun después de la «Vicalvarada», aquí se mantuvo la gente quieta y expectante, recibiendo con vtores la vuelta de Espartero y no dejando más tarde de celebrar su caída en el ostracismo.

Nuestros prohombres pedían al Estado la reforma de las carreteras de El Escudo y de La Pasiega, y la mejora del camino real a Reinosa, considerado vitalísimo para el puerto. Estos problemas eran acusados con energía («El Despertador» fue paladín fervoroso de sus soluciones), durante aquel tiempo,

cuando leemos hoy aquellos alegatos, parece que han sido escritos anoche mismo por los inquietos redactores de «El Despertador».

Los espacios reservados a otros aspectos generales de la vida ciudadana, ofrecen en estas páginas esquemas de indudable valor para el conocimiento del estado social, y municipal, y del pintoresquismo ambiental de la década en que Santander cobró un impulso decidido hacia la renovación de las costumbres. Era un provincialismo burgués lleno de carácter, que si aceptaba antiguos modos se proyectaba también hacia un futuro que no tardó en manifestarse por la eclosión de sorprendentes realizaciones en todos los órdenes.

En la imposibilidad de abarcar todo cuanto en Santander ocurría y que «El Despertador» reflejaba en apuntes rápidos, cortos comentarios o relatos breves, optamos por el señalamiento de algunas de sus especiales características.

Así vemos cómo en esas páginas vibra una particular proclividad a levantar acta de ciertos perfiles mercedores de la anotación por la pervivencia de costumbres pintorescas heredades de un ya lejano pasado. «El Despertador» se refiere a los que llama «institutos económicos y de fraternidad» como eran la aparición de «fantasmas» por los barrios altos, a los que no era ajeno el funcionamiento de dos posadas en la Rúa Mayor y otra en la Alameda, donde, por un cuarto, a la luz de un candil, se bailaba al son de pandereta y se dormía o velaba sobre el santo suelo, «confundiéndose las clases, sexo y edades, en términos que el aldeano dormía junto al ciudadano, el pordiosero rozándose con el vendedor de fósforos o de quincalla, el joven cerca de la muchacha, el viejo con la adolescente y viceversa. Una verdadera Babilonia que abriga dentro de Santander y escuela de no muy sana moralidad...»

Subsistía la costumbre macabra de los entierros, por la que se confiaba a cuatro bigardos conocidos por «barrantas», la conducción del féretro a hombros. «Es por demás vergonzoso lo que está pasando –denunciaba una vez más el semanario–. Muere una persona acomodada y la traslación de su cadáver se confía a cuatro miserables, beodos muchas veces. Al llegar al cementerio tiene siempre lugar una escena deprimente: se entabla, ante la fosa, de modo inesquivable, un diálogo impío entre los portadores y el enterrador. Y si ello sucede con las personas acomodadas, cuando se trata de pobres el escándalo es completo. Suele verse con frecuencia los cadáveres de estos infelices colocados en una miserable caja, permanecer en un portal largas horas en espera de que alguna alma caritativa se disponga a conducirlo al camposanto de San Fernando, a donde va, al fin, sin acompañamiento ni cruz, para enterrarlo «como si fuera un perro».

La nota picante estaba en la calle, siempre a cargo del viento sur «que excede en descaro a los hombres, pues corre el telón y descubre más de cuatro pantorrillas postizas y más de cinco calvas que venían burlando a la observación y vigilancia de los curiosos, para los cuales los días de broma y de fiesta son los en que sopla el ábregra retozón...»

En unas sedicentes «cartas rusas», aparecidas en folletín y con la firma de «Clemente», se hacía crítica zumbona de algunas escenas callejeras: por ejemplo, la «caza de la ...» a cargo de los urbanos. «Se puede pasear a gusto por los muelles a prima noche, aunque no sea más que por el placer de que le digan a uno «adiós, hermoso», unas mujeres que contribuyen de alguna manera a las cargas del Estado y a pesar del reglamento».

Frente a estos esbozos entresacados de una lectura apresurada, surgen de modo sorprendente los modos y maneras en los espaciamientos públicos, como verbenas y romerías: de aquellas, las de San Juan en la Alameda primera, de San Pedro en la calle Alta, de San Roque en el Prado de la Atalaya, de Santa Lucía en el barrio de este nombre... «Músicas, parrandas, y hermosa franqueza. Merendolas, bullicio, bailes, alegría y confusión de gentes que gritan, bailan, beben, animadas por orquestas mezcladas a ellas el pito, el tamboril, las pandretas y campanas». «El día de San Pedro la concurrencia en la calle Alta fue tan extraordinaria que no bajarían de doscientas las señoras allí concurrentes, elegantemente ataviadas. Todo escogido y animado. En cuanto al pueblo llano, lucía sus mejores trapos y su más ruidosa alegría...»

Los bailes campestres, institución local durante más de medio siglo, atraían a lo más encopetado de la sociedad. En la huerta de Mazarrasa se bailaban rigodones, polcas y valses. Se había introducido como novedad el «chotis». Todo brillante. Aprovechaban las muchachas la ocasión para «estrenar modelos bellísimos». También se celebraban romerías de San Justo en la Atalaya y de los Mártires en Miranda, donde se estableció esta costumbre hacia muy pocos años.

Los carnavales, tenían varia fortuna; pero los años de bien entonado humor, exultaba el gentío entre bromas y cánticos. Eran siempre hasta suntuosos los bailes de trajes en el teatro Principal. Véase lo que de uno de ellos escribió un gacetillero bien enterado: «Los disfraces han sido muy vistosos y originales. Los hombres vestían en general frac negro y corbatín blanco; las señoras, todas de sala, elegantes vestidos, predominando los colores rosa y blanco con finísimos adornos, principalmente de flores y pañuelos y elegantes rambilletes. El local adornado con gusto refinado e inteligente. El refresco, abundante; muy bien la orquesta. La deliciosa velada no cesó hasta las cuatro de la madrugada».

Funcionaban, casi todas organizadoras de reuniones durante el largo invierno, numerosas sociedades. Véase los nombres de las autorizadas el año 1850, cuyas veladas se iniciaban en diciembre y llegaban a su culmen en los carnavales: «La Constancia», «La chaqueta al hombro», «La Montañesa», «La Improvisada», «La Perla montañesa», «La Patria», «El Genio», «La Ignominiá», «El Diablo»... Cada una tenía sus características especiales: desde las frecuentadas por el gremio costureril y mesocrático hasta las creadas por dependientes y pollos troneras. Otra sociedad especial y de postín tenía su sede en la parte alta del Café del Suizo, en el Muelle. Pocos meses después de las ya anotadas, recibían su especial clientela otras sociedades como «El Infierno»,

«La Floreciente» y «La Amistad». La simple enunciación de esos títulos demuestra la cantidad y calidad de los centros de reunión puestos a disposición principalmente de la juventud.

Pero aún hay que agregar otro aspecto, relativo éste a la educación de las muchachas con vistas a su presentación en sociedad. Lo testifica un comentario en la sección «Mosaico», y es digno de ser transscrito como reflejo de la vida provinciana que pervivía aferrada a ciertos inmovilismos: «El director de la Academia de baile establecida en esta ciudad –decía– no sólo enseña a mover las piernas a uso de París, sino que también da lecciones importantes para quitar el pelo de la dehesa e inculcar el modo de presentarse en sociedad». Añade que con este fin «explica a las neófitas sometidas a su cuidado el modo de coger el vestido al entrar en una visita o reunión, la manera de sentarse con elegancia, la postura en que han de colocarse la cabeza y los brazos para excitar interés, la dirección que debe darse a la vista y otros varios puntos de exquisita cultura que ponen en ridículo a los que de ellos carecen y están por la naturalidad. Y con razón, porque lo natural es antiguo y de pésimo gusto y las maneras graciosas interesantes, así como las miradas irresistibles y arrebatadoras naturales en nuestras hermosas montañesas, no pueden compararse con las estudiadas y fingidas de las traspirenaicas».

Y ya, en otro estadio de la vida local, es oportuno recoger un curioso comunicado aparecido el año 1849 acerca del experimento de un muy conocido médico santanderino: «He tenido ocasión de ver un ensayo de embalsamiento por inyección verificado con buen éxito por don Paulino García del Moral en una mujer de treinta años, en quien ha conseguido conservar la integridad de la materia, la apariencia de las formas, con la coloración del día que la conoció, la presencia de los fluidos, lo que, cuando menos, hace conocer que el señor García del Moral ha dado por su parte el primer paso hacia ese terreno difícil de que tanto ha abusado el charlatanismo. No habrá conseguido el señor García del Moral hallar el poderoso agente que debe luchar contra la ley eterna de la materia, la descomposición; pero conseguirá tal vez con su estudio y trabajos, sustituir por este método con gran ventaja al más profano, horrible y grosero de la desvisceración, generalmente usado para la conservación de los cadáveres».

«El Despertador Montañés», a partir del 19 de febrero de 1854, no publicó más que artículos y comentarios para defender el trazado del ferrocarril de Alar, todavía en litigio en algunas secciones, y con tal motivo sostuvo una polémica con J. Agapito de Pereda, hermano del novelista.

En su último número (el 332, de 25 de junio de 1854), dice en una hoja dirigida a sus suscriptores: «El Despertador Montañés» ha determinado quedarse dormido para siempre». Eran casi seis años de batallar y de amenizar el desayuno de los santanderinos y las tertulias (numerosas) y mentideros locales.



EL TAMBO.



EL TAMBO

1849.

Periódico literario e industrial. Imp. de Otero. Plaza Vieja. 12 cuartos.

Al lado de «El Despertador», un grupo de periodistas comienza a publicar un semanario con el título de «El Tambo», que aparece el día 1 de enero de 1849. Su presentación lo hace en un soneto firmado por M. E.:

Ya, en fin, resuena el Tambo, tan tan tan.
Ya ha cogido del mango la sartén,
Todos atentos a su voz están
Del mandarín hasta el pelafustán.
Cosas dirá que pasmen a Satán
Y aunque haya que tocar a Somatén,
Mientras el buque logre buen sostén

será su pluma mazo de batán.
Si del archan el grato retintín
Halaga nuestro oído con su ton
No nos arredará ningún botín
Ni vanas inflas de ningún matón;
Le compadeceremos por atún
y cantaremos tan ten, tin, ton, tun.

Eran sus redactores Moraza (que firmaba M. E.), García Barreda y Mazón, y sus principales colaboradores, en verso o en prosa, Carmelo Villamartín y Valiente, Andrés Porcell y Guardis, y Tomás Ruiseco, éste de Laredo.

En el artículo de fondo del primer número trató de la riqueza ganadera de la provincia; de la que aseguraba: «Por la abundancia es uno de los ramos que constituyen la principal de la provincia y que con más probabilidades de buen éxito se presta a la exportación para países extraños; pero sea por la inercia de los criadores o porque no han comprendido sus verdaderos intereses, es lo cierto que tan pingüe granjería está casi abandonada y no se ha sabido sacar de ella todo el partido posible». La Diputación provincial había establecido el sistema (desde 1840), de conceder premios a los que criasen los mejores novillos.

Se publicó con regularidad hasta el día 28 de abril del mismo año. Bien impreso y escrito con decoro, abarcaba todas las secciones clásicas en la prensa de aquellos tiempos: poesías, revista teatral, folletín literario y la consabida de amenidades, especialmente epigramas y «chismografía». Los artículos tenían

pretensiones unas veces filológicas y otras históricas y de costumbres. Y las ineluctables polémicas, como la sostenida con Calixto F. Camporredondo y con Alejandro Arronte a cuenta de un soneto y de un romance publicados por colaboradores de «El Tambo».

La revista teatral (especialmente sobre ópera), las firmaba Porcell con el anagrama «Pedro Gallersa y Druncis», y dio noticia del acaso primer concierto de música de cámara celebrado en Santander, por el violoncelista César Casella quien, además, dio un recital acompañando a su esposa como cantante de ópera. Casella y Salarich, compusieron un duo concertante para chelos, titulado «Un recuerdo a Santander». Porcell se quejaba de la escasa asistencia del público al Teatro Principal.

Los epigramas iban todos firmados por M. E. o M. D.; curiosamente, los de «El Tambo» se dedicaban a resolver, en verso, las charadas propuestas por «El Despertador».

Tomás Ruiseco colaboraba con frecuencia, comenzando la publicación de una leyenda poemática titulada «Los dos bastardos», que habría de terminar en las páginas de «El Capricho».

El número 14 apareció con doble tamaño de sus páginas, pero con el mismo estilo y conservando idéntica intención.

García Barreda, suscitó según va dicho, una vivaz polémica con Angel Arronte acerca de un romance que éste firmara en «El Despertador» considerado como un plagio fraudulento y que había merecido al periódico de Carries nada menos que toda una página. Cruzáronse frases hirientes y epítetos de cierto calibre entre García Barreda y Arronte, a quien el primero fue emplazado ante el juzgado «por sus cavilosidades denigratorias e imposturas» y le llamaba «miserable adversario». Arronte le motejó de «ladrón, superchero, charlatán advenedizo, socaliñero...». G. Barreda pedía a sus lectores el repaso de las páginas de «El Lince» del año 1837, pues ello, afirmaba «le suministrará curiosos pormenores de quién era ya, y cómo se conducía su contrincante, aún con sus coprofesores más recomendables...». «Desde el año 1830 poseíamos varias copias de la producción plagiada, que no era más que una pálida semblanza, una fría imitación de la redondilla y glosa en décimas del famoso filólogo Iriarte, que comienza... «Tomando la lira Orfeo»... Esta composición tuvo su origen en Valladolid, donde a la sazón cursaba Derecho romano...». «En Santander existe don Ignacio Lapazarán y Salmón, fiscal que ha sido de la subdelegación de Hacienda, junto con otro amigo y condiscípulo, don Miguel de Assas...».

«El Tambo» dejó de publicarse el 26 de abril, o sea, al cumplir los cuatro meses, con el número 16, en el que anunciaba su suspensión con estos párrafos: «Hijo de un ligero capricho, otro más ligero aún y más poderoso por ser más moderno, le ha reducido a nada; fue una vela que encendimos porque así nos plegó, y una vela que apagamos sin motivo porque así lo disponemos». Firmaban los «redactores salientes» Moraza, García Barreda y Mazón.

MIÉRCOLES 7 DE MARZO DE 1849.

• * * * * *

TRASCONEJADO.

CALAMIDAD PERIODISTICA.

REDACTADA POR UNA SOCIEDAD DE PEOS.

SE DA GRATIS Á LAS BUENAS MOZAS Y MALOS POETAS
QUE GUSTEN PASAR A INSCRIBIRSE.

PROSPECTO.

En los tiempos calamitosos y disolventes que al-
canzamos: en este siglo del progreso, del vapor y de
los fósforos, y en esta España de las minas sin me-

EL TRASCONEJADO

1849.

Saldrá todos los jueves. Imp. Otero, Plaza Vieja.

El 7 de marzo fue repartido en Santander un prospecto, en octavo, anunciando la aparición del semanario «El Trasconejado», «calamidad periodística –se llamaba a sí mismo– redactado por una sociedad de feos. Se da gratis a las buenas mozas y malos poetas que gusten pasar a suscribirse. Saldrá todos los sábados en 16 páginas con las dimensiones de este prospecto e igual papel por la exorbitante retribución de 5 reales cada cuatro números. Los 16 formarán un tomo de 256 páginas y se dará una cubierta de color para la encuadernación. Se suscribe en la imprenta de don Severo Otero, Plaza Vieja».

«En los tiempos calamitosos y disolventes que alcanzamos; en este siglo del progreso, del vapor y de los fósforos, y en esta España de las minas sin metal, de las empresas de caminos de hierro sin camino, de los generales sin soldados, de los capellanes sin capellanía, de los actores sin teatro, etc., etc., en que ha llegado a ser una epidemia la fiebre de escribir para cumplir la *sagrada* misión de *ilustrar* la sociedad y *difundir* las luces, ¿porqué no hemos de salir nosotros también a la palestra?».

La diminuta publicación, bien impresa y escrita con estimable estilo literario, publicó sólo cinco números, cada uno con las 16 páginas prometidas. Sus «estudios de costumbres» eran más pretenciosos que artísticos, ya que la tendencia del anónimo autor era satirizar. Vemos, en el primer número –aparecido el 24 de marzo– en el artículo titulado «Las modistas»: «...Así, querido lector, cuando tu mala suerte te conduzca por la mañana a la calle de San Francisco encomiéndate a Santa Rita aunque dudo que te libre de las saetas de sus lenguas, porque al verte se ocuparán en la inocente distracción de desollarte como a un San Bartolomé, hasta que acierte a pasar otro prójimo que te sustituya y releve y a quien hayan de tomar otra filiación... La modista asciende por mérito o influjo a su posición, de la clase de costurera; aquella se forma en ésta como la mariposa del gusano. Es opuesta a ella en algunas inclinaciones pues la modista va y viene al taller *en corporación* mientras la costurera rara vez va acompañada. Aquella es *fija* y ésta es *errante*.»

Otros «estudios» son «Los escritores y el público», «La criada de servicio» y «La señora de gran tono». Publicaba una sección «Amo y criado» en forma dialogada para pasar revista a las cuestiones de actualidad, especialmente las locales.

Se había propagado la costumbre de enviar anónimos y contra ella advertir: «He aquí que el servil espíritu de imitación ha cundido y se ha propagado de una manera prodigiosa. Que una partida de vates en infusión se ha lanzado igualmente a adquirir popularidad en el campo del anónimo...»

Un gran espacio, en las diminutas páginas, lo dedicaba a la revista teatral comentando los estrenos, como el de la segunda parte de «El zapatero y el

Rey», «Un tercero en discordia», «El marido de mi mujer» y «Las travesuras de Juana», del repertorio de la compañía actuante en el teatro de la calle del Arcillero.

EL RINOCERONTE

1849.

Periódico enciclopédico, matutinal y vespertino. Imp. y Lit. Martínez.

No existe más que el prospecto anunciando su salida y llevá fecha de 17 de marzo de 1849. «Cuando consideramos el atraso en que *bajo todos conceptos* ha vivido este inocente pueblo hasta estos últimos años, cuando vemos las rancias costumbres que conservan algunos individuos pertenecientes al siglo pasado, no podemos menos de exclamar: ¡Cómo vivían aquellas pobres gentes! ¡Sin política, sin fósforos, sin periódicos, sin ópera, sin draga, sin sociedades anónimas! ¡Horrifica existencia! Así iba ello. Afortunadamente alcanzamos otros tiempos gracias a la libertad de imprenta; como consecuencia necesaria, los periódicos son ya nuestra vida, nuestro alimento diario, sin el cual no podríamos vivir y que desgraciadamente no conoció el siglo pajuelero. Aprovechémonos de aquella libertad y deseosos, como buenos ciudadanos de contribuir con todas nuestras fuerzas a elevar a este *ilustrado pueblo* al pináculo de la grandeza y perfección, hemos determinado lanzarnos a la arena periodística para cumplir nuestra apostólica tarea de difundir las luces por un tanto al mes, persuadidos que el mejor medio para lograr este patriótico objeto es el de establecer en cada calle un periódico. Y todo por cinco reales al mes».

El prospecto va explicando las intenciones de cada sección: Ciencias, arte, literatura... y al llegar a la política, dice: «Siendo muy útil conocerse mutuamente los vecinos de un pueblo para saber con quién se trata, prometemos dar todos los meses (gratis, por supuesto), un álbum chismográfico de todos los habitantes que alberga esta decidida ciudad, con sus retratos correspondientes, teniendo ya concluida la primera entrega que comprenderá los vecinos del barrio de San Simón».

También prometía ofrecer las secciones de modas, un «mosaico» y repartir regalos.

Ya, «El Trasconejado» había dado noticia de la aparición de este nuevo semanario: «He visto –escribía– a muchas gentes reunidas con un prospecto largo, largo, titulado «El Rinoceronte» que según dicen nos va a hacer la oposición. Te engañas, este papel no pasa de ser un prospecto burlesco, escrito con la sana intención de reírse de todos los periódicos de esta capital. Sí, fíese usted; y dicen que sus autores pertenecen a «El Despertador Montañés». Pues ahí tienen la equivocación: lo dicen sólo porque ha salido de la imprenta de dicho semanario, así como decían también que nosotros éramos los de «El Tambo» por haber sido elaborado mi proyecto en la fábrica de Otero»....



EL CAPRICHÓ.

Semanario de literatura, comercio, industria y anuncios.

Sale los jueves.—Se suscribe en la librería de Otero, plaza Vieja, a 12 reales de parte, sin cuyo requisito no serán admitidos.—Los subscriptores se interesarán gratis.—Los que quieran pagarán a razón de medio real por línea.

EL CAPRICHÓ

1849.

Semanario de Literatura y Comercio. Sale los jueves. Se suscribe en la librería de Severo Otero, Plaza Vieja. 12 cuartos.

(Los últimos números, en la Imp. de Mendoza.).

Fue la tercera aventura editorial del impresor Otero, quien refundió «El Tambo» y «El Trasconejado» en un nuevo hebdomadario, confiriendo su dirección a Carmelo Villamartín y Valiente, «redactor único» de «El Trasconejado». Advertía en el número inaugural: «Un capricho da vida y otro mata; pero otro más poderoso hace resucitar. La anterior advertencia es por tanto nula, porque hay seres que como el fénix se reproducen de sus cenizas. Desde el presente número se ha unido un muerto y un vivo, quedando refundidos en uno que adaptará el título de «El Capricho» y saldrá bajo otra forma, pues ha cambiado en su mayoría el personal de la redacción. Desde hoy se publica bajo la dirección de don Carmelo Villamartín y Valiente, cuyo seudónimo usará en todos los artículos y prosas satíricas, dejándose oír alguna vez de nuestros lectores las sandeces y socarronerías de «Lagarto». Asimismo presentaremos estados de precios, cambios, importaciones y exportaciones comerciales y todo cuanto pueda convertir al interés local de esta población, etc., etc.».

En el fondo de su número inicial (abril de 1849) señala sus propósitos: «Por otra parte... «El Capricho» es un duende de potencia omnímoda y respetable... La felicidad de la existencia consiste en poder subvenir a nuestros caprichos...»

En siete de sus números, a partir del 10, publica la continuación de la leyenda de Tomás Ruiseco «Los dos bastardos» comenzada en «El Tambo», según se ha anotado.

En su revista teatral –a la que dedicaba grandes espacios– escribía: «...Pero si el año 38 era necesario ridiculizar el furor romántico que invadió y contaminó a los jóvenes de moda, en el año 49 combatir el romanticismo es combatir con un enemigo que no existe y por consiguiente, ¿qué efecto puede hacer obras como «Me voy de Madrid» (Comedia estrenada por Bretón de los Herreros para zaherir a Larra), que satiriza defectos imaginarios y nos hace contrastar la joven poseída de la romántica manía, y la señora que «da un vistazo a la olla», tipos el uno que ya no existe y el otro es tan sólo digno de un sainete. Bretón alcanzó su apogeo... y sus días felices han pasado ya. Sus obras que en otro tiempo hicieron una contrarrevolución literaria, han quedado únicamente para hacer reír a la clase humilde del pueblo. La aparición de un nuevo dramaturgo ha conseguido eclipsarlo porque su escuela además de ser más general, abraza con más delicadeza los vicios de nuestra sociedad y de las costumbres políticas. «El arte de hacer fortuna» (pasada esta semana en nuestro teatro), es una exacta pintura de los actuales manejos, un fiel trasunto del frío egoísmo que domina el siglo». (El autor a que se refiere es Rubí).

En un orden muy local, es interesantísima la pintura que hace de la inhóspita y famosa Venta de Pedreña: «Fuera una ingratitud de parte nuestra, después de colocar en cabeza de nuestro semanario la perspectiva de la Venta de Pedreña (venerable santuario que un anacoreta debería elegir para dedicarse a la contemplación y combatir a los tres enemigos del alma), no dedicáramos unas líneas en su apología porque si bien no todos habrán fijado la atención en ella por lo insignificante del objeto, hay muchos sin embargo que tienen a su pesar motivos para recordarla. La venta de Pedreña es un verdadero anacronismo del siglo, pues al penetrar en sus umbrales, se duda si aquel recinto pertenece a la culta Europa y no se concibe que a una legua de ella resida una opulenta capital de provincia, pues su lóbrego aspecto nos hace temer si estaremos en alguna «ajoupa» de la isla de Java o en alguna cabaña de las salvajes tribus de los Andes. Dígalo sino el caminante que después de un largo y penoso viaje ha llegado a aquel punto, tránsido y muerto de frío, sin idea ni aún remota de hacer noche en él, sino por el contrario, con el firme propósito de huirla como a una mala tentación; pero su mala estrella dispone que haya partido el último barco de pasaje y vencido por la necesidad se resigna a esperar el día siguiente en aquella mansión nefanda y procura acomodarse lo menos mal que puede. Impulsado por las exigencias vitales de individuo y estómago, pregunta a la ventera si podría contar con cena y cama, y la impasible mujer, para desmentir el proverbio que

dice «en Pedreña ni huevos ni leña», no tiene inconveniente en contestarle que en su casa hallará todas las comodidades que pudiera apetecer el antojo de la más melindrosa damisela, sin importarle un bledo a nuestra estoica mujer que los hechos desmientan sus asertos protestándolos a la vista. Concluido este introito, la solícita ventera empieza a presentarle documentos acreditativos de su esmero, ofreciendo al viajero un negro y hediondo jarro de vinagre, a que da nombre el chacolí, para atemperar y refrescar el huésped; pasando enseguida a amasar la torta de maíz y cociéndola en una lumbre producida por un combustible del reino animal cuyo nombre se sabe aunque se calle, se la ofrece por obsequio a su pupilo acompañado de alguna ensalada de bacalao o un arenque resinoso, si no faltan ambas cosas, en cuyo caso prescribe la sobriedad y se retira a disponer la cama, que es idéntica como igualmente la habitación, a la que dispuso Maritornes al ingenioso hidalgo en el castillo encantado o venta muy honrada. De la cama no está lejos alguna ventana que aunque el ama tapa previamente con algún saco o si no emplea su saya en este servicio por el obsequio al forastero, no por eso deja de penetrar el viento por ella, para que se bendiga más aquella deliciosa mansión. Por último invierte la noche el penitente en la ocupación de esperar al día, y cuando éste despunta, viene nuestra ama a ofrecerle por todo desayuno otro bendito jarro con aguardiente de Francia y si no le agrada no hay otro remedio que partir en ayunas dando al diablo su mala estrella hasta las once de la mañana para que pueda desayunarse tranquilamente en «El Suizo» y recordar los azares de la noche anterior, lamentándose de que lleve el nombre de venta la guarida salvaje de Pedreña».

De otro artículo sobre literatura romántica, aparecido el 10 de mayo, son estos sustanciosos párrafos: «En todos tiempos se ha caracterizado una revolución literaria dando a la escuela naciente formas de relieve y sufriendo ésta su desbordamiento. Pero después de salvar los efectos de él, suele tocarse el extremo opuesto. Calamidad deplorable es que en el año 37, cuando el género romántico estaba en su apogeo, viéramos deshacerse en lágrimas y en sollozos, y decir constantemente que la vida les inspiraba hastío porque estaban gastados y sin creencias, a los mismos jóvenes que vemos hoy vertiendo chistes y carcajadas en todas sus producciones. ¿Quién de aquellos seres desgraciados que el mundo compadecía porque no era capaz de comprenderlos ha formado estos nuevos Demócritos? El maldito espíritu de la moda; entonces era preciso escribir en *cuerda negra* porque era la lectura que estaba en boga, y las novelas o dramas que contenían un par de adulterios, media docena de envenenamientos y dos o tres suicidios, ocupaban sobre los tocadores de las damas de la alta sociedad el mismo sitio ni más ni menos donde hoy se hallan las colecciones de *cuentos andaluces*. Entonces el reír era de mal tono y era preciso llorar sin saber por qué; en el día debemos reír aunque sintamos el corazón profundamente lacerado...»

En el segundo semestre ya no aparece en la cabecera la viñeta de la Venta

de Pedreña, y sigue ocupándose preferentemente del teatro, al que dedica largas críticas y reseñas. En el mes de julio cambia de imprenta; ahora se edita en la de Mendoza, con el subtítulo «Periódico joco-serio. Literatura, Arte, Industria y Anuncios».

Finalmente, y como pintoresco anuncio característico del momento, insertaba el siguiente, en el mes de mayo de 1850: «Carta de Mariano Fernández a los redactores de «El Capricho»: Noticioso de que algunos mal intencionados y acaso rivales míos (por aquello de, ¿quién es tu enemigo?, etc.) andan propagando con tanta imprudencia como falsedad que las sanguijuelas que se expenden en mi tienda de barbería, establecida en la Plaza nueva de los Mercados, son absolutamente inútiles, mal acondicionadas y hasta perjudiciales por haberse empleado y servido ya a otros enfermos, motivo por el que me es fácil venderlas al bajo precio de un real de vellón, estoy en el caso de desmentir a voz en grito y por cuantos medios de publicidad estén en mi mano, tan viles cuanto odiosas imposturas, protestando que sólo un sentimiento de filantropía hacia la humanidad doliente, en especial la de las clases pobres y menos acomodadas de la sociedad, me han impulsado a poner al alcance de sus módicos recursos un remedio tan usual y provechoso, renunciando gustoso a la ganancia que pudiera proporcionarme la venta de dicho artículo al precio que otros lo hacen, a trueque de ser útil en algo al pueblo a que pertenezco y al que sabrán siempre consagrar sus limitados talentos y humilde profesión».

LOS PRIMEROS
DIARIOS

1849.—Número 1.^a

PERIODICO QUINCENAL.

SANTANDER: un mes Ptas. 1,75
e trimestre 5.
PROVINCIAS: 5,45
SOTRAMAR: 25.
EXTRANJERO: 18.
NÚMERO SUELTO 25 CÉNTIMOS.

EL DIARIO DE SANTANDER

PERIÓDICO DEMOCRÁTICO.

Miércoles 1.^a de J.

AGENCIA DE NEGOCIOS

BLANCA

COMUNICACIONES Y AN-

UNCIONARIO

La correspondencia

de la Administración

NÚMERO SUELTO 1.

EL DIARIO DE SANTANDER

1849.

Periódico mercantil y económico. Se suscribe en la Agencia de Negocios, calle de la Blanca, 13. Cuatro cuartos. Editor: Herrera San Martín. Imprenta del «Diario».

Este fue el primer intento de periódico cotidiano en la capital montañesa. Señalemos significativamente la fecha de su aparición: el 1 de junio de 1849. No hemos logrado conocer más números que los correspondientes a este año, únicos coleccionados. Todo hace presumir que terminó el 29 de diciembre del mismo año.

Herrera San Martín era director-propietario de una Agencia de Negocios instalada en la castiza calle de la Blanca, «frente a la lonja de joyería y quincalla de don Francisco Casina», Agencia que intervenía en compraventa de toda clase de géneros y artículos, y era también casa de préstamos. Corría con los alquileres de casas, venta de solares y de alhajas, etc... Herrera San Martín se anticipaba, en cierto modo, a la técnica publicitaria, en primer término para el desarrollo de sus negocios, y de ahí su empresa de sacar un diario, de cuatro páginas, en papel algodón, y confeccionado en la imprenta instalada en sus propios locales. No intervino nunca en política. Daba noticia de cuanto, en el orden práctico o curioso, necesitaba su público, y mantuvo este carácter irreduciblemente. Costaba por suscripción ocho reales al mes, y era repartido a domicilio; su tirada era muy limitada.

La primera página se iniciaba con una sección oficial transcribiendo los principales decretos, reales órdenes, etc., reproducidos de la Gaceta Oficial. Continuaba con la noticia del movimiento del puerto (entradas y salidas de buques, etc.), y una sección religiosa con breve apunte hagiográfico del santo del día. Después, avisos generales, los horarios de las diligencias, las cotizaciones de la Bolsa de Madrid, observaciones meteorológicas y toda la última página con un estado de las operaciones diarias del mercado en la plaza, como precios, cambios, etc., etc.

Apuraba los espacios «libres» de que disponía, con pequeños sueltos e informaciones de interés general, en pocas líneas. No faltaba la dedicación al Teatro, dando relación de las obras prohibidas por la Junta de Censura del Reino, y las aprobadas, también. Así sabemos, cómo se constituían los programas de las funciones del Teatro Principal, de los que es muestra la en que celebró su beneficio Cornelia Pellizari, primera actriz de la compañía entonces

actuante. El espectáculo se iniciaba con la consabida «Sinfonía» por la orquesta; después, una comedia, en dos actos y en verso, titulada «Los dos doctores»; la cavatina de «María Estuardo» cantada por la beneficiada; el baile de rigor, como entreacto, y finalmente la pieza en un acto, «La ley del Talión».

Hallaba un hueco para ir publicando los estatutos de una «Compañía general de Seguros», interesante para el comercio en general; versos, también, como «la quinta elegía del libro primero de Ponto de Ovidio, hecha por un joven estudiante»...

Igualmente cortaba y pegaba «artículos de costumbres», reproducidos de diarios madrileños, la ley de pesas y medidas, aprobada por el Gobierno para la implantación del sistema métrico decimal, y que era obligatorio incorporar como tema didáctico en las escuelas públicas, pues habría de comenzar a regir el primero de enero del año 1852; pequeños artículos sobre Historia natural, la lista de la lotería nacional (novedad acogida con éxito) un «Boletín novelesco», titulado «El loco»; unas «Cartas de Roma» sobre los Estados pontificios...

Refiriéndose al proyecto del ferrocarril de Santander a Alar del Rey, informaba que el presupuesto total, incluidos los gastos de estudio del terreno, trazado de toda la línea, etc., etc. ascendía a 98.652.822 reales y publicaba anuncios dirigidos a los posibles suscriptores de la empresa que habría de iniciar las obras en el año 1852.

Para explicar las causas que movieron a Herrera San Martín a sacar a diario su periódico (con todo lo que suponía de «revolucionario» en las costumbres de una ciudad que había alcanzado, no obstante, gran madurez en sus actividades de todo orden), recogía esta carta de un lector: «En Santander sólo se publican cinco entre todos, cuyos nombres es bien excusado repetirlos; aunque hay gentes tales que les parece debe producir esta concurrencia la muerte de todos ellos. Nada de eso, señor Diarista, y voy a probárselo a usted: El «Boletín Oficial», como todos los demás, tiene cada uno su objeto, y por consiguiente su respectiva clientela y como cada cual siga sosteniendo la especialidad a que pertenece, no hay miedo que ninguno llegue a padecer de consumición. Lo mismo sucede a los periodistas que a los otros profesores de las artes. Hubo un tiempo en que en Santander no había más que un relojero, hoy hay siete, sirva este arte de tipo de comparación y vamos discurriendo por la infinidad de sastres, modistas, tiendas, almacenes, lonjas, librerías y de toda las artes; pues no hay duda que si una población crece, en la misma proporción crecen sus necesidades y debe aumentarse el número de los que a ellas satisfagan. De diez años a esta parte se habrán construido centenar y medio de casas en esta ciudad, capaces de contener de 700 a 800 vecinos y lo cierto es que todas están ocupadas. Ahora bien: en la misma proporción ha de haber lectores para los periódicos; pues a unos les incumbe lo oficial, otros necesitan de lo mercantil, unos gustan de los versos, otros de lo serio y el resultado será que si usted y sus

cofrades llenan todos cumplidamente su misión, no les han de faltar suscriptores...»

Las publicaciones a que se refería el comunicante eran: el citado «Boletín Oficial», el de «Comercio», «El Despertador Montañés» y «El Capricho». Eran, éstos, los de mayor fuste, pues también aparecían semanarios cuyos títulos inducen a considerarlos como hojas impresas por el capricho de gentes ociosas. En efecto, «El Despertador» había anunciado, en noviembre de 1848, la próxima aparición de «El Tambo», «El Zurriago», «El Trueno», «La Aurora boreal», a los que se agregaron «El Neófito» y «El Trasconejado», de que en anteriores páginas se da noticia.

Transcribimos a continuación algunos de los anuncios, de todo orden, aparecidos en las páginas del «Diario» por su contribución al conocimiento de algunas actividades de aquel tiempo, y asimismo del carácter de la vida local. «Enfrente de la Fuente de los Diez caños (o sea, en Molledo), continúan establecidos los baños cubiertos, donde a las horas de las mareas puedan bañarse, con separación de sexos, las personas que gusten, con toda comodidad». El precio de cada baño era de «un real de vellón».

Nos da noticia de la famosa Guantería de la calle de la Blanca, inmortalizada después por Pereda. Estaba en el número nueve de aquella calle, y era propietario Juan Alonso, quien comunicaba a sus clientes «haber recibido como por vía de muestra, un surtido de piezas de hule de diferentes anchos y extraños colores».

La Agencia de Negocios describía así un piso de casa en alquiler durante los meses de verano: «Una habitación decentemente amueblada, un cuarto capaz para dos camas, un comedor con una alcoba; cocina y despensa provista de vasijas, así como las camas con ropas limpias, mantelería, paños de manos...» «en una palabra, todo lo que se necesita en una casa para vivir cómodamente una familia de seis a ocho personas».

Otro día indicaba que en la cochera de don José Gallo, de la calle de Burgos, se alquilaba, por tener que regresar a Valladolid, «una tartana bien adornada, de buen movimiento por estar montada sobre muelles, de largo caminar por ser muy ligera y tirada por dos caballerías fuertes; de cabida interna de seis cómodos asientos, con baca y pescante». La cochera estaba «inmediata al parador de La Vizcaína». También se alquilaba, para paseos o cortos viajes, un «hermoso, cómodo y bien adornado y montado coche, de cabida de ocho asientos, titulado «La Coronilla de Santander». Era propiedad de Isidro Corte, vecino en una casa «a la izquierda y entrada de la nueva y grande Alameda».

Un francés, apellidado Gairbar, «socio del Ateneo Fotográfico de París» y huésped de la Fonda suiza del Muelle, se encargaba de hacer «retratos coloreados al Daguerreotipo, por el nuevo método americano». Costaba el

retrato 60 reales. Al mismo tiempo vendía máquinas fotográficas y enseñaba el método de hacer retratos. Le salió, al poco tiempo, un competidor, llamado Manuel Herrero, que vivía en la cuesta de Gibaja.

Otro día se pedía «una nodriza o ama de leche, que no pase un año que haya parido, que sea amable, aseada, leal y trabajadora, prefiriéndose una pasiega».

Se anunciaba «monsieur López», profesor dentista de París, que «extrae dientes, muelas, colmillos, raíces y fragmentos de éstas, con una increíble prontitud y destreza, tanta que el paciente no experimenta tormentos en la extracción». Ponía dentaduras postizas, y también «posee el nuevo sistema de los dientes cristalinos». Vivía en el café del Teatro, en la calle de los Santos Mártires (actual de San José).

Naturalmente, y como toda publicación, grande o pequeña de la época, insertaba romances, sonetos, elegías y epigramas, pero nunca firmados, de donde podemos inducir que se trataba de los escarceos literarios o poéticos de autores locales sin pretensiones de popularidad ni de admiraciones.

Como hombre de su siglo, Herrera San Martín recogió en varios números la reseña del Congreso de Amigos de la Paz Universal, que se celebraba en París y del que era presidente Victor Hugo.

Hubo una breve temporada en que apareció reducido a una sola hoja, y con el mismo formato (los números comprendidos entre el 100 y el 113, incluidos ambos), y advertía a sus suscriptores que lo hacía «por estar pendiente de arreglos y de trabajos para dar una nueva dirección al 'Diario', por lo que indemnizaría debidamente a sus favorecedores; indemnización consistente en insertar gratis los avisos o anuncios de sus comercios y profesiones». «Haremos, agregaba, cuanto sea posible por mejorar la dirección, redacción y corrección valiéndonos de personas entendidas».

En efecto, introdujo la novedad de publicar una «Crónica de la capital» para recoger noticias municipales, los pequeños sucesos, y otras de muy diversa índole, pero siempre sin rozar lo más mínimo las cuestiones políticas.

Como detalle pintoresco, merece transcribirse un «Aviso» que decía así: «Tigre marino. En la calle del Arrabal, número 21, se enseña diariamente desde las tres de la tarde hasta las ocho de la noche, un gran pescado vivo e inteligente, que ejecuta trabajos a la voz de su amo. Está enseñándole a decir «papá», y ya principia a pronunciarlo. Precio de la entrada, doce cuartos».

DIARIO MERCANTIL DE SANTANDER.

SE SUSCRIBE EN LA IMPRENTA DE ESTE PERIÓDICO Á 6 REALES AL MES LLEVADO A DOMICILIO, Y 9 RS. PARA FUERA FRANCO DE PÓRTÉ.—NO SE RECIBE CORRESPONDÉNCIA QUE NO VENGA FRANQUEADA,

MAREAS.

PLEAMAR.

1.^a á las 11 h. 43 m. de la mañana.
2.^a á las 12 h. 00 m. de la tarde.

BAJAMAR.

1.^a á las 5 h. 45 m. de la mañana.
2.^a á las 6 h. 00 de la noche.

SALE EL SOL.

A las 6 horas 8 minutos.
Se pone á las 5 horas 52 minutos.

SANTO DEL DÍA.—SAN REMIGIO.

DIARIO MERCANTIL DE SANTANDER.

1850.

Imp. de Mendoza.

Como sucesor del «Diario de Santander» vio la luz pública el 1.^º de octubre de 1850 y tuvo tan corta vida que dejó de publicarse el 31 de diciembre del mismo año. No fue tampoco afortunada la experiencia de este cotidiano (impreso en cuatro páginas) sin duda por la limitación de su carácter, no obstante dirigirse al sector comercial y naviero pretendiendo informar puntual y detalladamente sobre cuestiones que tanto importaban entonces.

Se abría con la transcripción de los decretos más importantes del Gobierno referidos al comercio, la industria y la navegación, a los que seguían las cotizaciones en las Bolsas de Madrid, y del extranjero. Por una «Correspondencia de Ultramar» tenía al corriente de todas las novedades en los grandes centros harineros con los que Santander tenía comercio. Informaba de las extracciones que a diario se hacían por el puerto, de géneros de todas clases, y un Boletín de la situación mercantil —especialmente en cuanto a las harinas— de Cuba, Londres, Marsella y El Havre, con las cotizaciones de los granos, en las comarcas productoras, como Palencia, Valladolid, Paredes de Nava, Zamora, etc., etc. En el movimiento portuario citaba los barcos entrados y salidos y los que abrían y cerraban registro o permanecían a la expectativa de fletes; las tablas de mareas y, en fin, la última página estaba por entero dedicada a las tarifas de los artículos gravados con derechos de puertas.

La información local, era exhaustiva siquiera fuese en brevísimas gacetillas entreveradas con anuncios muy cortos. Denunciaba, por ejemplo, un día, el peligro que entrañaban los balcones de las viejísimas casas de la Ribera; otro, anunciaba la inauguración de los bailes de invierno en «el antiguo salón del señor Patrón», de la calle de la Blanca, o de la llegada de los instrumentos que para las mediciones y trabajos de campo, esperaban los ingenieros ingleses encargados

del proyecto de la vía férrea a Reinosa. Daba a conocer que, por una disposición ministerial, el uniforme de los gobernadores civiles se compondría de frac abierto con ligero bordado de oro en el cuello, talle y mangas, de pantalón azul con galón, faja de seda blanca con borlas de oro, el sombrero de picos con pluma y espada y bastón.

Los anuncios comerciales insertos en el «Diario» se nos aparecen hoy como reflejo de un pintoresquismo que daba la tónica del momento de aquella ciudad que se autodefinía «Opulenta». Vamos a transcribir algunas muestras, como un «Aviso» a los dolientes: «En la Plaza Nueva, la tienda barbería de Mariano Fernández sigue expendiendo las sanguijuelas a real, ofreciendo aplicarlas con el aumento de medio real por cada una»; y que «Pérez, en su salón de peluquería de la calle de la Blanca número 27, tiene un mancebo de barbero para mayor comodidad de sus favorecedores». O éste que ofrece un estado del nivel de vida de entonces, aunque se tratase de establecimiento de cierto «postín» como era el de Crespo Hermanos instalado en el principal de las casa número 39 de la calle de San Francisco: «Gabanes de pilós y castor, a 260 reales, íd. de paño desde 50 a 200 reales, chalecos de lana a 40 reales, pantalones, de 70 a 110 reales; Montecristos a 270 reales...»

Los náuticos podían estar al tanto de los acontecimientos de su flota y se satisfacía su curiosidad sobre cuestiones marítimas. De esta forma, y «por vía Nueva York», recibía noticias de La Habana referidas al día 18 de octubre sobre el percance sufrido por la fragata «Carmen» que procedente de Santander se dirigía a Cuba con 262 soldados de tropa. El barco había «capeado un horroroso temporal que duró ocho días», durante el cual quedó desarbolado de los palos mayor y mesana, y en esta situación fue avistado por el paquete «Havre Guadalupe» a la altura de Punta Ibérica (Isla de Santo Domingo), e intentó prestarle auxilio. Pero la fragata pudo, por sus propios medios, llegar al punto de destino.

Refiriéndose a los barcos entrados en bahía o surtos en ella a la espera, daba cuenta, el 5 de octubre, de que la fragata «Preciosa», mandada por el capitán Molledo, estaba contratada para el transporte a la Isla de Cuba de una parte de la tropa expedicionaria concentrada en Santander; y veinte días después, que por falta de tiempo favorable, pero dispuestas y con los despachos ya en regla, se encontraban, además del buque citado, la fragata «Corima» las corbetas «Nicolasa» y «Mariana» y el bergantín «Felisa».

En el último número (el 75 del 31 de diciembre de 1850), advertía: «Con el presente número concluye la suscripción del tercer mes de este diario y concluimos nuestras tareas. Hace unos días fue denunciado nuestro periódico para inponernos la cuota de 700 reales que marca la nueva ley que ha de regir desde el primero de año; y como no nos hallamos en este caso porque ni tenemos de sobra ni lo poco que podría producir bastaría a satisfacer esta necesidad, por lo mismo nos priva de seguir publicando el Diario sirviendo esto de aviso a los

suscriptores que nos han favorecido». Lo firmaban «Los directores», cuyos nombres no hemos conseguido conocer.

Con su desaparición quedaba otra vez la ciudad huérfana de un cuotidiano. Esto duraría seis años. Hasta la creación de «La Abeja Montañesa».

NUM. 3.

JUEVES 1.^o DE NOVIEMBRE DE 1849.

AÑO 1.^o

PRECIO EN SANTANDER LLEVADO
A CASA DE LOS SUSPENSORES SUSCRITORES.

Por un mes..... 4 reales.
Por un año, suelto. 12 cuartos

Se suscribe en la imprenta de Otero
y Administración de Correos. — Toda
comunicación debe ir dirigirse *franco*
al autor o consulde al Director. — Se pu-
blican los días 1, 8, 16 y 24 de cada mes.

EL NEÓFIITO.

FUERA DE SANTANDER REMITIDA
POR EL CORREO FRANCO EL PORTE.

Por un mes..... 5 reales.
Por un año, suelto. 16 cuartos.

Se suscribe en las Administraciones
de Correos o en la Redacción por me-
dio de una libranza sobre Correos á fa-
vor del Director por un trimestre de
abono.

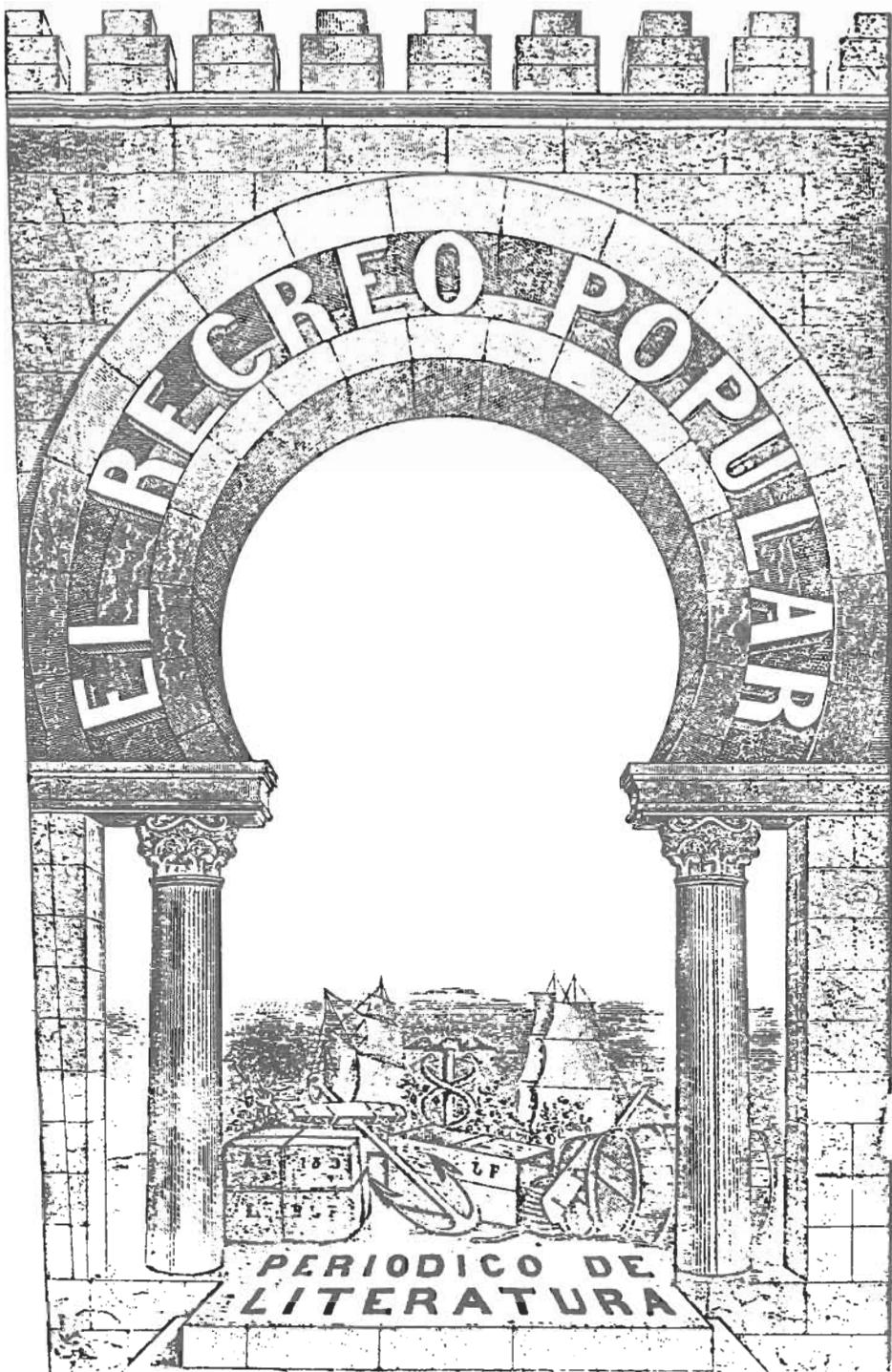
SEMANARIO DE LA JUVENTUD Y EL PUEBLO.

EL NEÓFIITO

1849.

Se publica el 1, 8, 16 y 24 de cada mes. Semanario de la
juventud y el pueblo. Imp. Otero.

Apareció el 16 de octubre. A juzgar por los trabajos contenidos en el único número que se conserva (del 3 de noviembre de 1849), era de estilo ampuloso, difuso, sin nervio, como hecho por periodistas mediocres: Así, el artículo «La sociedad» que pretende ser estudio de costumbres y en realidad es una elucubración caprichosa, carente de atisbos de originalidad. Los consabidos versos, y la sección dedicada al teatro reseñando la representación del drama «El conde de Monte Cristo, primera y segunda parte», adaptación de la novela de Dumas, sin indicar nombre del traductor o autor de la escenificación, Ignoramos si llegó a alcanzar vida prolongada aunque lo probable es que no, pues no ha aparecido ninguna otra referencia que lo induzca.



EL RECREO POPULAR

1850.

Periódico de literatura, ciencia y comercio. 3 reales. Imp.
de Mendoza.

Constaba de seis o de ocho páginas, tamaño folio. Salió a la luz el 2 de junio de 1850 en un período de paz local. La portada del primer número, en papel amarillo, es una litografía de Trío (de Santander) representando un arco árabe a través del cual aparecen los emblemas de la navegación y del comercio. Bella tipografía con todas las páginas recuadradas en fina línea. En la cabecera, a todo lo ancho de la página, una litografía de la bahía y del Muelle, firmada por «Bona». Su director era el comandante del Regimiento de Málaga, a quien sin duda ofreció su colaboración el impresor Mendoza, a cuyo cargo estaba una Imprenta Militar. Llamábase J. Pardo de la Casta, y reunió un pequeño grupo de colaboradores como Miguel Castel, P. Y. Miguel, y los que firmaban con las iniciales de F. de P. G., G. P. y F. J. R. V...

Artículos sobre la «Historia de la Caballería», sobre «El trabajo del hombre como fuente de riqueza», «La civilización», «Los pollos» (artículo de costumbres, satírico), «La novela en el siglo XIX» y sobre Legislación. La inevitable sección poética, la revista de modas, otra comercial con los precios de los géneros de importación, los cambios en las Bolsas europeas y nacionales, la relación de buques entrados y despachados, amenidades... En varios números publica la novela «Juana de Nápoles» firmada por J. Pardo de la Casta. El teatro tiene asimismo preferencia en estas páginas, correspondiendo a sus dos primeros números reseñar las representaciones de óperas como «Hernani», «Lina», «Nabuco», «Columela», por la Pellizari, la Wanderer, y Lambertini y las actuaciones de la compañía de Julián Romea que estrenó «Bruno el tejedor...»

Esta sección teatral disfrutaba de especiales cuidados. Julián Romea, en el apogeo de su fama, era muy admirado en Santander. En el mes de julio de aquel año (1850) la compañía del Teatro Español, de la que era primera figura, fue contratada para diecinueve funciones en el Teatro Principal. La llegada de Romea con Matilde Díez y la Palma constituyó un acontecimiento: salieron a recibirlas al puesto de diligencias, muchos jóvenes «de la buena sociedad» que les acompañaron a su alojamiento; por la noche se dispararon cohetes y les dieron una serenata «en muestra del aprecio con que los amantes de la gloria nacional y este público sensato supieron recompensar el distinguido mérito de los principales papeles del Teatro Español». La compañía debutó con «Guzmán el Bueno» e hizo una excelente temporada.

Inserta una composición poética, «Imitación de Inés, del *Child Harold* de Byron» y un romance de su envío, de Gertrudis G. de Avellaneda que aquel año estuvo veraneando en Santander, P. dedicó sendos sonetos a Matilde Díez y a Josefina Palma.

Entre los trabajos de carácter localista, figura uno dedicado al Círculo de

Recreo: «El establecimiento de un Círculo de Recreo donde emancipándose de las rancias preocupaciones se permite la asociación y fraternidad para disfrutar los inapreciables goces que proporciona la sociedad, es uno de los mayores adelantos de nuestra civilización. El del Círculo de Recreo de esta capital ha llamado justamente la atención por el gusto y elegancia con que está adornado su salón; por lo enriquecido que se halla su gabinete de lectura, por sus buenas mesas de billar y muy especialmente por la cordial franqueza que reina entre los socios. Esta ciudad, puramente mercantil, que todo lo debe al comercio en que florece dignamente, apenas ha tenido que vencer aquellas exageraciones tradicionales de familia, que otros pueblos, con mengua del siglo, le opusieron en vano para no disfrutar por su profesión el honroso lugar que debía ocupar en la sociedad; pero el comercio, termómetro fiel del grado de cultura de los pueblos, comprendió la necesidad del gran principio de asociación y le vemos con gusto reclamar por todos los puntos de la monarquía, de los progresos de la época, el derecho incuestionable que le pertenece; y colocándose al frente de estos adelantos ha dado una lección terrible el más hábil observador de las tradiciones antiguas, encaminando todos sus pensamientos al asunto vital que indispensablemente le conduce a la elevada posición que goza en las naciones más poderosas y más civilizadas. Empero, para que esta clase de establecimientos surtan los efectos apetecidos y reciban todo el impulso necesario, todo el interés y animación que los eleve y distinga ventajosamente, es preciso brindar de vez en cuando al elegante público, con todo el linaje de diversiones que estén en mayor armonía con lo que el hombre debe a sus semejantes y a la sociedad, como miembro de la gran familia sin olvidarse (porque sería retroceder), de que hay obligaciones que pasan forzosamente sobre esta clase de reuniones, en que a parte de su cordial inteligencia y franqueza, deberían los socios celebrar en sus salones los magníficos bailes y conciertos que llevan consigo las necesidades sociales, y que nosotros nos permitimos aconsejar en gracia siquiera a nuestros buenos deseos».

Naturalmente, siendo un órgano «recreativo» el periódico al hablar de los bailes de la ciudad comentaba (en su número 7): «Y vamos ahora a cumplir la esencial y voluntaria tarea que nos hemos propuesto al comenzar este artículo, dedicado a los bailes, que los jóvenes de Santander, bajo el más curioso y sorprendente panorama, ofrecen al hombre observador que se complazca y desee estudiar y admirar las costumbres de los pueblos y sus escenas más pintorescas, en los llamados bailes de la Atalaya. Dámonos, pues, al placer, a la alegría puesto que son ciertos e inevitables los dolores y la muerte, y como nosotros resuélvanse todas las damas y caballeros que no pasen de sesenta años, como Caton, menos los maridos y novios celosos, las beatas y murmuradoras, a asistir con entusiasmo a los bailes de la Atalaya, en donde la franqueza y amistad al par del gusto más delicado revelan toda esa pompa, alegría, ilusión o delirio bajo un cielo matizado de estrellas, vemos pasar las horas del encanto y

la amistad contemplando entre diferentes placeres y dichas, la belleza y la elegancia compitiendo con la ostentación más digna. Allí se ve lo más hermoso de la capital..., etc., etc.».

Sólo se publicó hasta el 18 de agosto de aquel mismo año; y la foliación en su colección llega hasta la página 96.

AÑO II.

SABADO 1.^o DE OCTUBRE DE 1853.

NUMERO 55.

COMERCIO,

AGRICULTURA,

INDUSTRIA,

Ferro-carriles.

COMMERCE,

NAVIGATION,

LITERATURA,

Ciencias y artes.



EL ESPIRITU DEL SIGLO.

Periódico Mercantil, Industrial, Agrícola, Marítimo y de Literatura.

Este periódico sale los Martes, Jueves y Sábados.—SE SUSCRIBE en la Imprenta del mismo, a 7 reales al mes y 18 por trimestre, llevado a casa de los señores suscriptores. En Provincias: en las principales librerías, o girando letra sobre correo a favor del Director, o en sellos del franquicio, a 20 reales al trimestre. En el extranjero 24 y 30 en Ultramar, franco de porte. Para este último punto no se admiten suscripciones por menos de seis meses.—Los números sueltos a 7 reales.

EL ESPIRITU DEL SIGLO

1852.

Semanario científico y literario consagrado a la instrucción, educación y recreo de la juventud. Imp. de Severo Otero.

El 6 de junio de 1852 comenzó a publicarse este hebdomadario, dirigido y redactado por el catedrático de Filosofía del Instituto, Agustín Gutiérrez, garantía del buen tono que imperaría en sus páginas. Era uno de aquellos profesores del Instituto de Santa Clara por cuyas aulas pasaría de allí a diez años, un rapaz que con el tiempo sería gigante de las letras: Menéndez Pelayo. Miguel Artigas ha dicho que el profesor estaba afiliado a la escuela ecléctica de Cousin, y que sobre Menéndez Pelayo «tuvo indudablemente alguna influencia en el desarrollo de sus ideas», aunque «esa influencia no fue, sin embargo, de un ascendiente muy profundo en el pensamiento de Menéndez Pelayo quien pasando el tiempo, diría de su profesor que era excesivamente retórico y poco práctico».

El buen estilo campeó en «El Espíritu del Siglo» con una vida larga si

tenemos en cuenta la precariedad en que se desenvolvían entonces los periódicos, y más aún los no marcados con tinte político.

Agustín Gutiérrez le dio desde el primer momento estimable tónica literaria, con trabajos de erudicción y de crítica. Hay que pensar en el momento nacional de la inciación del semanario: había pocas sombras en la vida santanderina, que cobraba impulso como pocas veces en su historia: la inauguración de las obras del ferrocarril, la primera piedra de la sensacional obra de los muelles de Maliaño; una fecunda actividad mercantil, y la presencia de una generación literaria germinal que de allí a unos años habría de hacer eclosión sorprendente. Atenida la ciudad a sus más inmediatos problemas y dispuesta a desarrollar sus ambiciosos planes, discurría sin mezclarse excesivamente en la lucha de los partidos. Los moderados lograban mantener la situación con prudencia y, aunque la oposición buscaba el momento del desquite, lo hacía sin violencias.

«El Espíritu del Siglo» publicó trabajos con pretensiones de ensayos, como «Los cantos históricos y tradiciones populares de la antigua Armenia»; uno sobre «El falso Demetrio»; los «Grandes descubrimientos en el reino de Nápoles y el estado romano»; leyendas como la del castillo de Montenegro; «Los matrimonios regios», tomando como actualidad el de la emperatriz Eugenia; las «Memorias de Rotopchine» y «Las Bibliotecas de Europa»... Fue especial atención del catedrático director un estudio acerca del «Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo» que acababa de publicar en París Donoso Cortés y en relación con el cual, Agustín Gutiérrez sostuvo una polémica, en su propio diario, con Nicomedes Martín Mateos, lo que le valió una agradecida carta del propio marqués de Valdegamas.

Críticas de teatro, muy extensas, aparecían con regularidad en estas páginas; de ellas, la más notable, fue la del estreno de «Jugar con fuego» en el Principal, el último éxito memorable en Madrid.

«El Espíritu del Siglo» recogió minuciosamente redactados y comentados, muchos importantes acontecimientos de la vida local: en 1853 informaba sobre cierto mamotreto que el padre Apolinar conservaba, el mismo a que Pereda se refiere en «Sotileza» cuando el famoso exclaustrado dominico Apolinar Gómez se preparaba para su celeberrimo sermón de los Santos Mártires en la ermita del Alto de Miranda.

Como consecuencia de la visita a Santander por don Francisco de Asís Borbón que en nombre de su esposa Isabel II, inauguró las obras del ferrocarril, relataba así una anécdota: «Regalo Regio. Su Majestad el rey ha regalado a la niña de don Antonio Labat, vecino de ésta, un precioso reloj que ha sido conducido por el duque de la Conquista, marqués de Palacios y mayordomo mayor de S.M. con expreso mandato de ponerle en sus propias manos. Lo que ha dado margen a la fineza de S.M. ha sido la feliz ocurrencia de la niña que aunque apenas sabe andar sola, cuando pasó el rey a ver los fuegos artificiales a la caña del señor Solana, y encontrándose también acompañando a S.M. el señor

Labat como individuo del Ayuntamiento, la niña de éste se dirigió a besar la mano del Rey quien al verla tan interesante la tomó en sus brazos y la besó, y en estos momentos exclamó la niña: «Viva el Rey». Esta exclamación tan oportuna y tan llena de gracia, conmovió el corazón de S.M. y en su recuerdo le ha mandado una prenda, que no dudamos será objeto de grata memoria para la familia».

Cerró «El Espíritu del Siglo» su primera etapa con el número 52, de junio de 1853. Las circunstancias políticas determinaron su suspensión, aunque no anduviese el semanario mezclado en ellas, y se produjo una laguna de tres meses y medio, aproximadamente, sin aparecer.

Los cincuenta y dos números quedaron recogidos en un tomo de 416 páginas. En la última comunicaba a los lectores que se repartía la portada y un índice de las principales materias contenidos en el que pasó, por esta circunstancia, a ser libro. Al mismo tiempo anunciaba «llegado el momento de realizar las muchas e interesantes mejoras producidas y que el comercio iba a ser uno de los objetos principales de su atención».

Volvió a la luz el 1.^º de octubre continuando su foliación. Señalaba su reaparición con una nueva cabecera: «Año II, número 53: Comercio, Agricultura, Industria, Ferrocarriles, Ganadería, Navegación, Literatura y Ciencias y Artes. Anunciaba que saldría los martes, jueves y sábados. Conservaba, aunque de menor tamaño, pero en ocho páginas, los mismos caracteres de la Imprenta de Otero». Costaba 7 reales al mes y 18 al trimestre, y sería llevado a domicilio de los suscriptores. Pero ya no debía ser Agustín Gutiérrez quien lo dirigiera y redactara. Es una incógnita –la de los nuevos propulsores de «El Espíritu del Siglo»– que no ha dejado indicios de carácter personal. En el prospecto explicaba el motivo del cambio con estas palabras: «Para llenar cumplidamente nuestra misión, nos hemos proporcionado corresponsales inteligentes y activos en todos los puntos más interesantes del extranjero, poniéndonos en relación con los puntos más distantes del globo, como son Filipinas, Montevideo, Buenos Aires y otros muchos de las dos Américas. No se crea que por estar consagrados a fomentar la riqueza pública y privada, nos olvidaremos del ornato y de cuantas mejoras materiales puedan embellecer la rica Santander; antes al contrario, siendo como es una ciudad nueva y ensanchando cada día que pasa su circunferencia, necesita más que ninguna otra sujetarse a un plano, formado con inteligencia, con previsión y buen gusto, cual corresponde al siglo en que vivimos y a una de las más importantes capitales de España. Esta consideración nos mueve a ofrecernos a la Junta de Comercio, al señor Administrador de Aduanas y a las autoridades todas, para la publicación de todas las exposiciones, de todos los documentos y de cualquiera orden y disposición que pueda interesar al público. Por esta misma razón insertaremos todas las reales órdenes y decretos de interés, y publicaremos gratis los anuncios de los suscriptores, que no pasen de seis líneas, pues excediendo este número se insertarán a precios convencionales.

Como sección de recreo y con el objeto de amenizar algún tanto las áridas materias que dejamos indicadas, presentaremos algunos folletines que interesen la curiosidad por su argumento histórico o novelesco y sirva de entretenimiento a nuestras amables lectoras».

Fue fiel a estas promesas. Pospuso a segundo término las especulaciones literarias y poéticas, para que predominase su nuevo carácter, aludido en el programa transcrto. A pesar de publicarse al mismo tiempo el «Boletín de Comercio» y «El Despertador Montañés», concedió a las actividades portuarias y mercantiles gran parte de sus columnas. Quien pretenda conocer, en este aspecto, la vida santanderina de la época, ha de consultar las páginas de «El Espíritu del Siglo». Navieros y armadores eran puntualmente informados de la situación y viajes de todos los buques con bandera local o nacional, a través de una sección titulada «El Lloyd», esto es, con los extractos del Boletín publicado en Londres. Sabían, asimismo, pormenores del mercado de las harinas por medio de «sus correspondientes de los puntos más interesantes del extranjero», como habían prometido; los cambios en las principales Bolsas europeas... En la práctica, se había constituido en portavoz de la Junta de Comercio, hecho que confirmaría no pasando mucho tiempo.

Pero paralelamente, daba a conocer trabajos mezcla de erudición sobre historia local y técnicos de problemas tan vitales para el puerto como era el de la influencia de los arrastres de las arenas del río Cubas en la formación de los bancos que iban apareciendo en la parte sur de la ría; el de la carretera con Bilbao, comunicación que entonces se hacía por Solares y La Cavada, propugnando una dirección más paralela a la costa.

Anunciaba la creación de tres líneas de vapores de pasaje entre Santander y Nantes, Amberes y Londres, servidos por tres empresas distintas. Con estos viajes periódicos y fijos podía situarse el viajero cuarenta y ocho hora en Londres, costándole el pasaje treinta duros; con Nantes, en veinticuatro horas y costaba cien pesetas. «De hoy en adelante –comentaba– el viaje a la capital inglesa costará tanto como hace algunos años costaba el ir a Madrid y se tardará menos tiempo que el que se tardaba en ir a la Corte».

Naturalmente, y siempre de acuerdo con sus propósitos, las cuestiones menudas de la ciudad eran glosadas en artículos o gacetillas. Valga como muestra para dar una idea de las costumbres de entonces, este ampuloso anuncio: «Academia de esgrima y baile. Don Francisco Tenorio, maestro en la ciencia matemática y filosófica de la destreza de las armas en todos los reinos y señoríos de S.M. la reina doña Isabel II, y primer bailarín y director de la sección coreográfica del teatro de esta capital, abre academia para enseñar tan notables y difíciles artes. Por la mañana de 11 a 2, se enseñarán los bailes modernos de sociedad siguientes: polkas, mazurkas, polonesas, varsovianas, sotis, vals polka, vals de dos tiempos, radowa y danzas habaneras, e igualmente toda clase de bailes nacionales y extranjeros. Por la tarde de 6 a 8, los ejercicios

de espada, sable, florete y espada daga. Las personas que gusten honrarle con su asistencia podrán verificarlo en su domicilio, calle del Arcillero, 18, piso segundo. Nota: también da lecciones en casa de los alumnos que no gusten concurrir a la academia».

Había, en efecto, un renacimiento del baile en la sociedad. Aparte los organizados por Círculos y sociedades como el de Recreo, funcionaban los de la Fonda del Comercio, en la calle de la Compañía, y los salones públicos de, entre otras sociedades «La Ninfa» y de «La Aurora».

En la parte literaria daba preferencia al folletón, en el que con mucha frecuencia colaboraba Tomás Celedonio de Agüero y Góngora, quien, entre otras composiciones, publicó una «Canción» adaptada al ritmo de una habanera popularísima, que comenzaba así:

| | |
|---|---|
| Cuando la noche tiende su manto, amargo llanto vierto por tí; pero tú, ingrata quizá entre flores sueñas amores lejos de mí. | Que recostada sobre tu lecho brote tu pecho suspiro infiel, mientras te juro por siempre serte hasta la muerte tu amante fiel... |
|---|---|

También colaboraban Pilar Galoup y Manuel Lejardi, de Valladolid. Dedicó comentarios a la formación de una Sociedad Filarmónica titulada «La Lira Montañesa», instalada en el piso cuarto de la casa número 20 de la calle de la Blanca y creada en octubre de 1853 al finalizar una temporada de teatro y verso y zarzuela en el Principal: la orquesta se compuso de aficionados locales, incorporándose a ella un coro de voces selectas.

Igualmente, comenzó a funcionar una academia de música dirigida por Norberto Uría.

Entre las pequeñas gacetillas figuraron las que daban cuenta de que el Ayuntamiento había encargado a dos arquitectos el proyecto de «unas casas sencillas, para obreros, en el Prado de Viñas».

Llegó un momento verdaderamente trascendente para la ciudad y fue el establecimiento del alumbrado público por gas, con lo que terminaría el muy antiguo procedimiento de las candilejas de petróleo que a su vez habían sustituido a las de aceite instauradas a finales del siglo XVIII. Un incentivo para llegar rápidamente a tan importante reforma, lo constituyeron los ensayos efectuados en la fonda y café «Europa» que, decía el diario, «ofrecía un aspecto brillante y sumptuoso con la iluminación por el nuevo sistema: La fonda «Europa» es «un establecimiento que llama la atención y acaso es el único en Santander que corresponde a la grandeza y suntuosidad de la rica y opulenta ciudad». En efecto, el 3 de noviembre salieron por vez primera los faroleros con sus flamíge-

ras lanzas, a encender los mecheros que señalizaban el Muelle y varias calles principales. El empresario festejó el acontecimiento «decorando los balcones de la Casa Ayuntamiento con las armas de España y otras alegorías por medio de luces de gas», y fue tal el entusiasmo despertado por la novedad que se organizaron banquetes y cenas por varias sociedades y aun en casas particulares en donde había entrado el fluido ahuyentando las seculares tinieblas.

Se escribieron, como era consiguiente, «Odas al siglo de las luces».

Comentóse, también con apasionamiento –el clima era propicio– la decisión municipal de proceder a la apertura del camino al Sardinero desde el Alta, como prolongación del de la Concepción. Para acceder a éste, desde el centro, no se contaba con otro camino que las cortas pero duras pendientes desde la plaza de Cañadio. La generosa condescendencia del propietario de aquel terreno (con quien se llegó a una avenencia para practicar la actual calle de Moctezuma), hizo posible que por allí comenzaran a trepar, entre el restallido del látigo y los gritos de los aurigas, los coches de la Sociedad de Carruajes durante el verano, para el servicio de las playas.

Luego, comentarios a la reforma del salón de sesiones y recepciones del Municipio. «El buen gusto y la elegancia –decía la gacetilla–, así como también el lujo que se ha desplegado en estas obras, sorprende agradablemente y son dignos de nuestra municipalidad, representante de la rica Santander». Y el anuncio de que en breve iba a abrirse una calle «desde la casa de Abascal a Santa Lucía» «pues, agregaba, ya hace tiempo que se necesitaba una calle en aquel sitio que por condescendencia de su dueño nos ha sido permitido atravesar para ir a Miranda». Y es muy curiosa la polémica que entre los médicos locales –participando los de otras ciudades españolas– se llevó a cuenta de unos artículos publicados por el doctor Juan Mons acerca de la homeopatía.

Prieto de historia menuda, «El Espíritu del Siglo» se vio de repente arrastrado por el ramalazo de la Historia grande cuando el 29 de junio de 1849 el pueblo se enteraba por un boletín extraordinario del Gobernador, de la sedición militar en Madrid, que desembocó en el sangriento choque de Vicálvaro. El pulso de la ciudad latió con fuertes arritmias durante varias jornadas. Nadie se atrevía a secundar el movimiento que tenía que ser sancionado con el pronunciamiento clásico. Se encerraron en la Municipalidad las autoridades a la espera de no se sabía qué. Los esparteristas veían llegado su momento y cuando se vaticinaba inminente el estallido popular, llegó a galope desde la provincia el general Castañeda, el cual cargó todo el peso de su espada en el platillo de las decisiones. Reformó la autoridad de la formada Junta Suprema y hubo un respiro de alivio al aceptarse la situación sin más quebrantos de cabeza.

En consecuencia, «El Espíritu del Siglo» publicaba el día 1 de agosto esta «Advertencia importante»: «La Junta Suprema de Santander ha determinado publicar sus actos y marcha política, que piensa seguir durante su existencia, todos los datos y noticias que puedan interesar a Santander y su provincia. Con

este motivo ha dispuesto que «El Espíritu del Siglo» sea su órgano durante las presentes circunstancias». Y en virtud de esta disposición, continuó publicándose, mas no hemos logrado averiguar por cuánto tiempo. Es posible que durara todavía dos años, esto es, hasta la nueva caída de Espartero en julio de 1856, cuando en la ciudad se produjo un «pronunciamiento chiquito», si bien corrió la sangre en las calles y el vecindario permaneció durante todo el día «in anima vili» entre intermitentes tiroteos en la Plaza Vieja y calles adyacentes. Un puñado de esparteristas se había echado a la calle en los primeros momentos y se hicieron fuertes en la Plaza Vieja durante unas horas. Al final de esporádicos tiroteos, los milicianos tuvieron que retirarse como pudieron, derrotados, no por la fuerza, sino por la inhibición de la opinión pública.

Del Campo Echevarría apunta que la suspensión de «El Espíritu» fue el año 1860. No parece probable, como se apunta al hablar de «La Abeja».

Adivino con su suspensión otra solución de continuidad periodística, con abandono del campo a las publicaciones ya clásicas y oficiales u oficiosas precisamente cuando estaba brotando en Santander el foco generacional literario de insólita pujanza.

EL HUÉRFANO,

SEMANARIO DE INTERESES MATERIALES, LITERATURA Y ARTES,

CONSAGRADO EXCLUSIVAMENTE A LOS ESTABLECIMIENTOS DE BENEFICENCIA.

SANTANDER: Imp. de Mendoza—Agosto de 1852.



EL HUÉRFANO

1852.

Semanario de intereses materiales, literatura y arte. Consagrado exclusivamente a los establecimientos de beneficencia. Aparece los domingos. Imp. Mendoza. Arcillero, 2.

«Un deseo filantrópico y un noble estímulo son el origen de este semanario», decía de sí mismo el prospecto anunciador de su aparición, que tuvo lugar el 5 de septiembre de 1852. Eran cuatro páginas en folio, corresctamente impresas. Su redacción, compuesta por «jóvenes sin pretensión, tal vez sin elementos, ocupados en trabajos ajenos a la prensa, no ofrece más títulos a la consideración pública que su buen ánimo, sus débiles esfuerzos, su afición al estudio y el empleo de sus horas de desahogo; esto no obstante, confían en el feliz éxito de su empeño, abroquelados bajo la égida santa de la Caridad, proverbial en Santander».

Pero por su «consagración» a los establecimientos benéficos, las tareas de «El Huérano» se derramaban por otros campos de la vida local. Publicaba largos artículos con comentarios a las Ordenanzas municipales y uno muy interesante, al Teatro: «Añadiríamos —escribía— otros tres artículos a este título: 1.º, prohibiendo entrar en la sala embozado de capa y con el sombrero puesto después de empezada la función; otro encargando y suplicando a los espectadores que no se levanten de su asiento hasta después de concluida; y el tercero estableciendo una conveniente separación en la tertulia para las personas de ambos sexos. El buen tono, si puede tener nada bueno lo que se separe de las reglas de la política social, no puede consistir nunca en hábitos ni en autorizarse por usos que la ofendan directamente, como son éstos que desearíamos desapa-

reciesen de los teatros de Santander hasta por decoro. Por lo que hace a separar sexos en la tertulia, consideraciones muy atendibles de moralidad recomiendan la innovación y en ellas nos apoyamos para solicitar que en nuestras Ordenanzas se dé cabida a un artículo que la introduzca».

Igualmente dio a conocer el informe al Ayuntamiento sobre la fuente de la plazuela de la Aduana, que la gente dio en llamar «la fuente del monstruo» merecedora de durísimas críticas, como asimismo el informe sobre el proyecto de reforma y ampliación de la ciudad, propuesto por el arquitecto Michelena, con arreglo a la R.O. de 25 de julio de 1846.

Insertaba «cuadros de costumbres» y en última página, y bajo la rúbrica «Sección de variedades», una serie de gacetillas recogiendo aspectos pintorescos de la vida ciudadana, como la titulada «¡Que chorrea!», dedicada a la lámpara del Teatro Principal: «Es la araña del teatro y extrañamos mucho que el encargado del mismo, solícito siempre en proporcionar al público que lo frecuenta cuantas comodidades son susceptibles, no se apresure a remediar semejante falta, auqnque no fuera por otra cosa que por evitar el que algunos la llamen *la más alta indecencia de nuestro coliseo*, la cual ocasiona no pocos perjuicios en nuestros adornos de los días festivos».

Una especie de «grito del alma» de los jóvenes escritores que hacían «El Huérzano» salía por entre los corondeles en su número 19, cuando, refiriéndose a «la dificultad de escribir en provincias», decía: «Por de pronto el círculo de sus ideas es circunscrito; no puede lanzarse a tocar la vedada meta de la política, máxime en época tan azarosa y cuajada de abrojos para los editores responsables. Arrastra por lo tanto una vida raquíta en las estrechas vallas que le permiten los intereses materiales y la literatura. Esclavo pues de su mezquina suerte y como Villena en su redoma, se sofoca en tan oscura atmósfera sin que otro nuevo Asmodeo le acorra con su protectora muletilla. Al escritor de provincias, blanco de todos los tiros, piquete de inteligencias más o menos tolerantes, ni se le tiene en cuenta su modesta profesión de fe ni sus buenos deseos, ni su desinterés. La justicia o la crítica suspende sobre su cabeza una vara de hierro pronta a herirle en galardón a sus tareas, a sus amarguras, a sus naturales conatos por traer una leve piedra al edificio social».

He aquí un anuncio: «Procedente de una testamentaría se vende una máquina Daguerreotipo con cuantos útiles se necesitan para sacar retratos y vistas; todo en buen estado. Dará razón el profesor de pintura retratista al óleo don A. Alonso, calle del Martillo número 9, 2.^º. Este mismo profesor, con presencia de los últimos adelantos que se han hecho en la hermosa invención de retratar a «daguerreotipo», ofrece enseñar en pocas lecciones a los jóvenes que desean añadir este nuevo adorno a su educación».

Desde el número 26 al 28 (y último correspondiente al 13 de marzo de 1853), publicó íntegro «El voto y capitulación de San Matías», acordado por el Ayuntamiento santanderino en 1502.

LA BENEFICENCIA.

SEMANARIO DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

CONSAGRADO A LOS ESTABLECIMIENTOS PIADOSOS,
QUE SE PUBLICA BAJO LOS AUSPICIOS DE SU JUNTA DIRECTIVA,

Se suscribe en la imprenta de este periódico, calle del Arcillero, núm. 2, a 10 rs. por trimestre dentro de la capital y 12 en cualquier punto de ésta, y de las demás provincias, franco de porte.—No se admitirá correspondencia que no venga franca.

LA BENEFICENCIA

1853.

Semanario de Literatura, Artes y Ciencias. Consagrada a los establecimientos piadosos, que se publica bajo los auspicios de su Junta directiva. Imp. Mendoza, Arcillero, 2.

Como sustituto de «El Huérzano» y tras de un lapso de tres semanas fue editado este **nuevo** semanario que se justificaba así en el editorial de su primer número del 1 de mayo de 1853: «Un sentimiento filantrópico nos obliga a tomar la pluma para continuar la publicación de un periódico que, por repentina muerte del antiguo «Huérzano» se hace necesario en obsequio de las casas de beneficencia de esta capital...» «Concretados a impulsar el desarrollo y prosperidad de las casas benéficas, cree conveniente la redacción separarse de todo otro objeto, dejando tan sólo a sus colaboradores una sección literaria donde pueda la juventud estudiosa remontar el vuelo de su lozana imaginación...»

Y aclaraba que de «El Huérzano» sólo había heredado la parte suscriptora, pues la dirección y redacción eran enteramente distintas. La firma frecuentísima que aparecía bajo los artículos editoriales, los sonetos y hasta de los apigramas, era «F. J. de la P.».

La colección de la Hemeroteca municipal alcanza hasta el 31 de julio de 1853, fecha en que seguramente debió dejar de publicarse.

EL DUENDE

PERIODICO NOCTURNO, CONSAGRADO AL BELLO SEXO
Y A LOS DILETTANTI.

Santander: Jueves 12 de Abril de 1855.

EL DUENDE

1855.

Imp. y Lit. de Martínez. Periódico nocturno consagrado
al bello sexo. 4 cuartos.

1855 fue año de sorprendente proliferación de publicaciones menores que pasan como inocentes meteoros por el cielo claro de la opinión pública santanderina. Nada menos que seis títulos. Y es curioso comprobar que no era la política, precisamente, el motor de la competición editorialista, pues únicamente estaba en la calle con su entera personalidad, como hemos visto, «El Espíritu del Siglo». Si, además, pretendemos buscar una escondida intención por parte de los propietarios y los escritores de esas seis publicaciones, no hallaremos una razón especial pues todas ellas aparecen como meros pasatiempos y hasta frívolos. Entre dos títulos «mayores», «El Espíritu del Siglo» y «La Abeja Montañesa» asistieron sin inquietarse excesivamente por las luchas entre O'Donell, Narváez y Espartero. Nos dice la Historia que 1855 marcó el retorno a la Constitución de 1837, y que liberales y progresistas formaron La Unión Liberal.

El 12 de abril de 1855 sale a la calle «El Duende», declarado, especiosamente, «protector» del bello sexo. Apareció los jueves y domingos, y su finalidad era el cotilleo entre los habitantes espectadores del Teatro Principal, a los que se ofrecía durante los entreactos en el rebullido del «foyer». Intranscendente hasta la puerilidad, apenas si tuvo aceptación. En el número cuatro anunciaba que sólo se distribuiría los domingos.

Pretencioso en su aspecto literario publicaba «cuadros de costumbres», tema muy significativo por las preferencias de aquellos años, y se dedicaba en su sección de «alcance» a pellizcar irónicamente a sus congéneres «La pulga» y «El agua va». Su «Crónica musical» –referida a las representaciones de ópera– no era más que una intención informativa sin consistencia crítica.

Tuvo una «segunda intermitencia» el año 1856 en que apareció de tamaño

doble, siempre con cuatro páginas, y salía de las prensas de Mendoza. A su subtítulo añadía que su consagración se extendía a los «dilettanti».

En un suplemento del mes de mayo daba cuenta de que un artículo titulado «Dos palabras sobre quintas», del número 3, había dado origen, entre otras cosas, a seis juicios de conciliación, uno de ellos promovido por el Ayuntamiento a través del de Santa Cruz de Bezana, contra Antonio López Bustamante, sin duda director y único redactor de «El Duende». Un López Bustamante le hemos visto como colaborador asiduo de «El Buzón de la Botica».

EL CENSOR

1855.

Imp. Pedro Martínez.

Joaquín Carrias que, como se ha apuntado, dirigió y sostuvo «El Despertador Montañés» durante seis años, decidió sacar otro nuevo semanario bajo el título de «El Censor». No se ha alcanzado a conocer ningún ejemplar, y la única referencia está contenida en una hoja suelta que el año 1856 mandó imprimir Antonio López Bustamante, dirigida «Al público» como respuesta a unas inculpaciones de carácter político planteadas por Carrias desde su semanario. «En el número 61 –escribía López Bustamante– ha vuelto la envidia a ocuparse de nuestro amigo el señor Mazo (otro impresor) insertando otra vez el supuesto programa del mismo y su alocución a los electores de esta provincia, de fecha 14 de septiembre de 1854».

Tenemos, por tanto, un periódico político cuya aparición dataría del año 1855 y con una vida que alcanzaría por lo menos año y medio, si nos atenemos al cómputo con el dato de ese «número 61» aportado por López Bustamante quien, a su vez, daba cuenta de estar «dispuesto ya para dar a la prensa» un nuevo periódico con el título de «El Conservador» a cuyas páginas dejaba por tanto la polémica iniciada con Carrias. Sin embargo, no se ha desvelado el dato seguro sobre si «El Conservador» llegó a conocer la luz pública.

(Del Campo Echevarría dejó consignado en su folleto «Periódicos montañeses» que «El Censor» comenzó a publicarse el 1 de junio de 1856; pero el testimonio escrito de López Bustamante parece más preciso).

LA PULGA,

PERIODICO SALTARIN Y CHISMOCRÁFICO,

CONSAGRADO A SUS LECTORES.

NUMERO 1.

SANTANDER 27 DE ABRIL DE 1855.

LA PULGA

1855.

Periódico saltarín y chismográfico, consagrado a sus lectores. Imp. Mendoza. 4 cuartos.

En mal papel y muy deficiente impresión, con cuatro páginas de pequeño formato (19 × 12,5 cms.), dio su primer salto el 21 de abril, un mes más tarde que «El Duende». El artículo de fondo tenía forma dialogada. En el prospecto anunciaba: «Yo prometo, bellas lectoras, picar a la mamá que interrumpe vuestros misteriosos signos con el doncel que adore vuestro corazón; al necio pollo que os abrume con sus ridículas pretensiones; al viejo casquivano que corrompa vuestros oídos, y hasta a las narices de la misma Empresa cuando tal merezca. Llevada por mi afición a picar, caerán bajo mi dominio la música, la literatura, la poesía, las modas, la chismografía y cuanto pueda ser grato a mis lectores».

Era excesivamente más lo prometido que lo que daba. Dejó en el anonimato a sus redactores, pues ni un solo trabajo mereció rubricarse con una firma. Salió como rival de «El Duende» y del «Agua Va» a los que hacía objeto de sus picaduras y, su público (que debió ser muy escaso) se contaba también entre los habituales al teatro, a quienes se repartía en los entreactos.

Sólo se conocen tres números (el último con fecha 2 de mayo) de donde se infiere la irregularidad de sus apariciones y en él se publicó una poesía dedicada «A la Benemérita Milicia Nacional de Santander, en el Dos de Mayo».

EL AGUA VÁ.

Se suscribe en la
imprenta de este
periódico.

PERIODICO SENCILLOTE Y BONACHÓN

DEDICADO

á todas las fuentes de la inocencia.

Saldrá en épocas indeterminadas, unas veces con ocho, otras con cuatro, pero nunca con menos de dos páginas.

Precio de su parte tipográfica 13 cuartos el volumen de ocho páginas, 6 el de cuatro y 3 el de dos, lo demás gratis, incluso apartir este primer número y llevar los demás á casa de los Señores suscriptores.

EL AGUA VA

1855.

Periódico sencillote y bonachón, dedicado a todas las fuentes de la inocencia. Imp. Manjarrés.

Sorprendentemente nació seis días después de «La Pulga». La reintegración de Espartero al poder, en el verano anterior, había dado nuevos arrestos a los progresistas santanderinos y al resurgimiento de la institución de las Milicias Locales, que contaban con tres mil hombres organizados militarmente, con sus secciones de artillería y caballería. Los dos años esparteristas constituyeron en la capital montañesa una verdadera explosión periodística. «El Agua Va» tuvo, como sus congéneres precaria existencia. Ya prevenía sobre la irregularidad de sus contactos con los lectores: «Saldrá en épocas indeterminadas unas veces con ocho, otras con cuatro páginas, pero nunca *menos de dos...*» «En un pueblo donde llueven periódicos más que agua destila el cielo, que es cuanto exagerar podemos su fecundidad creo, lector querido, no llegará a incomodarte gran cosa esta gota más...»

En el primer número (editado por Manjarrés, pues a partir del segundo lo hizo Mendoza) insertó un trabajo sobre «La fuente de la Salud», las obras de la Magdalena, las interiores de la población y el ferrocarril de Alar.

Al ocuparse del teatro lo hacía para lamentar la escasa asistencia pública; que los espectadores guardaban un incomprensible silencio, sin aplaudir ni silbar, como si fueran indiferentes al trabajo de los artistas; suponía muerta a la afición y que si no se daba una función distinta cada noche, los espectadores se manifestaban como hastiados.

Las inevitables y amplias secciones de modas y variedades y la crónica de la capital, de cuyo carácter puede juzgarse por los siguientes párrafos al hablar de los paseos: «Hace días se encuentran extraordinariamente concurridos los pa-

seos de ambas Alamedas y especialmente el llamado de moda establecido por la voluntad omnímoda de las bellas, de la Salud. Hemos tenido el gusto de ir uno de estos días a aquel sitio y a la verdad, que hemos quedado complacidos al observar tanta hermosura como allí se reune; sin embargo es preciso que las niñas no estén tan serias y formalotas, si no quieren se convierta aquel pequeño Versalles en un sitio lúgubre y desabrido. ¡Si supiéramos que lo hacen con ánimo de que los pollos abandonen aquella morada, llena para ellas de tantos atractivos! Pero como a *todos* nos gusta, lo sentimos».

Esta «crónica local» se componía de «bocadillos» siempre irónicos y sarcásticos. Respondía, también, a las peladillas que le lanzaban los de «El Duende» con el mismo estilo e intención, difícil hoy de comprender ya que todo aparece como en clave que sólo entenderían los lectores de aquella inquieta época.

Dedicó atención especial a un lance de honor planteado entre los médicos Miguel Farnés y José Ferrer Garcés, acerca de un tratamiento dado y la tergiversación de ciertos conceptos médicos sobre una consulta entre ellos, en la enfermedad grave sufrida por un convecino, Matías Abad, que falleció. Se culparon mutuamente de algunos errores en el diagnóstico. Consecuencia de la tirantez a que llegaron sus contactos y explicaciones ante el público, Fornés nombró padrino a Guillermo Lasso de la Vega. Las cartas con que ambos contendientes se explayaron ante la opinión pública fueron recogidas por «El Agua Va», con la intención que es de suponer.

Como apunte especial se dirá que uno de los colaboradores –o acaso el director– fue Jesús Cancio Mena, autor, entre otros, de un largo artículo titulado «Los talentos».

EL COLISEO.

PERIODICO-LITERARIO.

Sale los Jueves y se vende á real cada número en su imprenta y en el despacho del Teatro, donde los Sres. que gusten recibirla en sus casas podrán suscribirse por 4 rs. al mes.

EL COLISEO

Sin fecha. Imp. y Lit. de Pedro Martínez.

En nota manuscrita (seguramente de Pedraja) sobre la cabecera del número 1, en la colección de la Hemeroteca, se apunta que es «del año 1855», pues cita «El Duende», «La Pulga» y «El Agua Va» como coetáneos. Se denominaba así mismo «periódico literario»; salía los jueves, a real el ejemplar, y podía recogerse en la imprenta y en el despacho del Teatro Principal.

Fue una de las publicaciones rivales dirigidas preferentemente al público del teatro para amenizar los entreactos, e informar sobre las novedades de entre bastidores, con algunos escapes a otros temas. El artículo de fondo era de estilo ampuloso y pedantesco, y en una sección titulada «Revista de Santander, Programas», se lee: «Estamos en el tiempo de los programas, fruta que no conocieron creo que ni de nombre, nuestros abuelos. Los programas (y por esto los llamo fruta) son como los melones, o sea, al mirarlos por fuera todos son buenos, hermosos, deslumbradores; cuando llega el caso de la realización de sus ofrecimientos, lo más frecuente es que en vez de promesas resulten decepciones, o en vez de melones, calabazas» (se refería a los programas políticos).

Noticia en un recuadro: «Santander ha perdido uno de sus más distinguidos hijos; nuestro joven amigo y antiguo compañero don Francisco Marañón y Bayo falleció el 16 de este mes en la ciudad de Londres, lejos de su patria, su familia y sus amigos que siempre le recordarán. Dotado de un alma noble y un corazón de poeta, el joven Marañón contaba apenas cinco lustros cuando víctima de una complicada enfermedad, la terrible guadaña de la muerte...»

Marañón y Bayo fue, en efecto, un estimable poeta malogrado por su temprana muerte y se citan sus «sáficos a la luna» como entre los más selectos de su corta producción.

«El Coliseo» comenzó a publicar «Una lección de amor», episodio sacado de unas «Memorias de Santander», novela escrita para «El Despertador» donde se inició su publicación, suspendiéndose luego por circunstancias particulares.

En la Hemeroteca no existe más que un ejemplar del primer número de «El Coliseo». Sin embargo de que del Campo Echevarría, en su folleto asegura que su publicación partía del año 1849, el dato de la muerte de Marañón y Bayo parece concluyentemente preciso acerca de la fecha del alumbramiento de «El Coliseo».

Nº. 3.^o SANTANDER 15 DE DICIEMBRE DE 1855. CUATRO CUARTOS.

LAS TIJERAS.

PERIODICO SEMI-TONTO PERO VERAZ Y CLARO,

CONSAGRADO A TODO BICHO VIVIENTE.

LAS TIJERAS

1855.

Periódico semi-tonto, pero veraz y claro. Consagrado a todo bicho viviente. Imp. de Majarrés. 4 cuartos.

Seguía la racha de las apariciones relampagueantes de hojas impresas con pretensiones que no fueron más que desahogos repentinos de aficionados. Le tocó el turno, en el mes de noviembre de 1855 a «Las Tijeras», declarando que «el único fundador y colaborador era «Pedro el de los Palotes». Se escribía en verso.

Cuatro páginas de pequeño formato, y de contenido insustancial. Sólo hemos conocido el número 3, correspondiente al 15 de diciembre de 1855.

TIRADA DE 5.000 EJEMPLARES, QUE ES SOBRADO PARA PROVINCIA.

SALE CUATRO VECES AL MES.

SE PAGA ADELANTADO.

DIEZ Y OCHO REALES FUERA DE ESTA
CIUDAD, POR TRIMESTRES
ADELANTADOS.

REDACCION: PLAZA VIEJA, NUM. 1
LIBRERIA.

CINCO REALES AL MES.

ES CASI DE VALDE.

NO SE ADMITEN SUSCRIPCIONES NI EN
AMERICA, NI EN EL ESTBANGRO.

PIERDE EL TIEMPO Y EL PAPEL
EL QUE ESCRIBA SIN FRANQUEAR.



EL LENTE.

PERIODICO LITERARIO, SATIRICO, CIENTIFICO, DE MODAS, DE TEATROS, DE ARTES.

CHARLATAN,

DE BUEN HUMOR,

RECREATIVO.

O CADA SEMANA UNA VISTAZO

PROSPECTO.

O IGUAL A LA PRESENTE.

EL LENTE

1856.

Imp. y Lib. Manjarrés. Sale 4 veces al mes. Redacción Plaza Vieja, 1, librería. Puntos de suscripción: Café Suizo y Café del Consulado.

En el prospecto se anunciaba como «muy festivo» y que «hablaría de todo, menos de política y religión». Ampulosamente se presentaba como «literario, satírico, científico, de modas, de teatro, de artes, charlatán, buen humor y recreativo», y con estas ingenuas advertencias: «Cinco reales al mes, es casi de valde. No se admiten suscripciones ni en América ni en el extranjero: Pierde el tiempo y el papel el que escribe sin franquear».

Possiblemente se escribía en una tertulia del Café Suizo a juzgar por algunas veladas alusiones en su texto, y prescribía su propia muerte «antes de un mes, por falta de suscripciones».

Salió el 6 de marzo de 1856.

Número 6.

Domingo 27 de Abril de 1856.

4 cuartos.

EL MOSQUITO.

PERIÓDICO LITERARIO Y SATÍRICO, PERO SIN MALICIA,
DEDICADO A MIS SUSCRIPTORES.

SALE LOS DOMINGOS: Se suscribe en esta imprenta á 2 rs. al mes, y 8 por trimestre fuera de la ciudad, franco de porte.

EL MOSQUITO 1856.

Periódico literario y satírico, pero sin malicia. Sale los domingos. Dedicado a mis suscriptores. Imp. Mendoza. Arcillero, 2.

Vio la luz el 23 de marzo de 1856, en pequeño formato que amplió en el número 6 para terminar su vida al siguiente, o sea, en el mes de mayo. «La Avispa» anunciaba que «El Mosquito» había sido suspendido por orden de la autoridad superior de la provincia.

Publicación característica de su momento. En una sección titulada «La prensa montañesa» citaba al Boletín Oficial, al de Comercio, a «La Espina», y a «La bruja de los mares», y de este semanario decía: «El nuevo periódico que hoy sale a la luz aún no ha llegado a nuetras manos». Se ha perdido el rastro de «La bruja» si es que, realmente llegó a publicarse.

NUMERO 1.º

6 DE ABRIL DE 1856.

(2 CUARTOS.)

LA ESPINA.

HOJA PERIÓDICA QUE SALE A TIEMPO Y SE PAGA EN DOS, TOMA Y DACA.

LA ESPINA

1856.

Imp. Manjarrés. 2 cuartos.

Sucesor de «El Lente» comenzó a publicarse el 6 de abril para competir con «El Mosquito». Se había entablado una pugna entre pequeñas tertulias que encontraron cierta facilidad para lanzar sus «órganos periodísticos» en las imprentas de Manjarrés y Mendoza. Constaba de una sola hoja con muy pequeño formato y en el epígrafe se señalaba como «Hoja periódica que sale a tiempo y se paga en dos, toma y daca».

De muy escaso interés, su contacto con los lectores fue también como la de sus congéneres coetáneos, muy corto.

NUMERO 1.

11 DE MAYO DE 1856.

CUATRO CUARTOS.

LA AVISPA.

PERIODICO IMPOLITICO PORQUE NO TRATA DE POLITICA.

DEDICADO A LOS SUSCRITORES.

SALE LOS DOMINGOS. Se suscribe cada año a 2 rs. al mes, 38 por la parte buena de la ciudad, franco de porte.

LA AVISPA

1856.

Imp. de Manjarrés. Periódico impolítico.

Salió en el mes de mayo, de formato parecido al de «El Lente», del que sería continuador, con tipografía análoga a los impresos en la minerva de Manjarrés.

Advertía que era un periódico impolítico «porque no trata de política» y «dedicado a sus suscriptores».

Artículo de fondo, secciones de variedades, charadas, teatro, verso y «agujonadas». Su director fue el mismo de «El Mosquito», pero cambiando el seudónimo de «Periquito Dulzuras» por el de «Periquito Trágala». Desapareció enseguida. Sólo se conocen los dos primeros números.

Según se va viendo, la proliferación de estas «baratijas» tuvieron un no chocante denominador común de intenciones picantes a juzgar por los títulos agresivos. Fue un modo de borrajean de anónimos aficionados que se suponían poseedores del donaire y la sal ática precisas para la crítica reticente. Los resultados no pasaron de ser ilusiones con apoyaturas mediocres. Por otra parte, parecen escritos en clave sólo inteligibles para los lectores de entonces.

DE
«LA ABEJA
MONTAÑESA»
A LA
1.^a REPUBLICA

PERIÓDICO DE SUSCRICIÓN.

En Santander: en la Aduana;
Librería, calle de la Compañía, nº 10; en la
capital, sobre el nº 10 de la Calle de los Comercios;
y en las principales ciudades del Reino.
En Madrid: en la Librería de los Hermanos
D. Bernardo y D. José Gómez, calle de la Cava, nº 10;

PERIÓDICO DE SUSCRICIÓN.

En Santander: en la Redacción
y en la Librería de los Hermanos
D. Bernardo y D. José Gómez, calle de la Cava, nº 10;

Lanzamiento y Comunicación,
a precios convenientes.

LA ABEJA MONTAÑESA.

PERIODICO DE INTERESSES MORALES Y MATERIALES.

LA ABEJA MONTAÑESA

1856.

Periódico de intereses morales y materiales, literario, agrícola y mercantil. Se publica todos los días excepto los siguientes a festivos. Administración, Compañía, 3. Imp. propia.

Fundado por Cástor Gutiérrez de la Torre el mismo año del nacimiento de Menéndez Pelayo (1856), tuvo larga existencia. Resucitaba un título clásico en la prensa española y fue uno de los arquetípicos impresos que iban perfilando el momento sorprendente estudiado por el doctor Marañón en su ensayo sobre el tiempo santanderino de Menéndez Pelayo, y del que dice: «El órgano de aquel movimiento intelectual fue un pequeño periódico llamado «La Abeja Montañesa», cuya breve colección conservaba mi padre como oro en paño; y de niños lo leímos en mi casa con deleite singular. Allí se publicaron los primeros estudios de costumbres populares de Pereda, las famosas «Escenas montañesas» en las que Menéndez Pelayo contaba que había aprendido a leer».

Este excepcional testimonio define ya el tono del diario. Cástor Gutiérrez acogió en sus páginas a una juventud que sentía seriamente las primeras inquietudes literarias y artísticas y que desde las tertulias saltaba a las columnas de la prensa para formar la *élite* de escritores «furibundamente» montañeses.

La historia literaria de «La Abeja» es de singular estimación, por lo menos durante sus primeros ocho años. Allí se estrenó Pereda en periodismo, pudorosamente escondido tras de una «P» al pie del artículo «La gramática del amor» el día 28 de febrero de 1858. Pereda colaboró asiduamente «como redactor fijo»; a su cargo estaban las gacetillas teatrales y llevaba también otra sección titulada «Amena literatura» en la que hacía crítica de poesía y de libros, «ayudado a veces en esta tarea por Eduardo Bustillo, catedrático del Instituto y poeta estimable». La labor de crítico teatral de Pereda (que era implacable) lo ha señalado José María de Cossío con estas palabras: «El índice preciso de las críticas se lo proporcionaban las representaciones teatrales de las compañías, variadas y heterogéneas que desfilaban por el teatro de Santander, en el que alternaban la ópera, la zarzuela y la comedia españolas, y junto a otras capitales de nuestro repertorio dramático, como «Un drama nuevo» (de Tamayo y Baus) figuraban otras de pasajera actualidad».

Pereda se atrevió a desvelar algo su nombre al pie de sus trabajos con el seudónimo de «Paredes» o «Jeremías Paredes», hasta que el 20 de junio de 1864

estampó por vez primera su nombre entero debajo de un artículo titulado «Los zánganos de la prensa». Anota Cossío (en su biografía preliminar a las «Obras completas» del maestro) catorce trabajos de juventud, el último fechado en París en 1866; y, a la vuelta de una no dilatada estancia en la capital francesa, deja de colaborar en «La Abeja». Durante la publicación de «El Tío Cayetano», en 1858, hubo un eclipse como «redactor fijo» del periódico de don Castor.

Otro redactor era Federico de la Vega, quien marchó a París y a su regreso escribió, en la sección «Variedades», unos «croquis parisienses» que luego amplió a otros temas literarios. Esto sucedía en 1864.

Es una lástima no disponer de la colección completa de «La Abeja» y de modo especial de sus primeros ocho años, pues bien se advierte, a partir de entonces la ausencia de plumas como la de Pereda y la de los «peredianos» de su cortejo.

En 1864, el periódico que continuaba en la calle de la Compañía, número 3, se editaba en la imprenta de «La Abeja Montañesa» a cargo de don Salvador Atienza, editor responsable.

«La Abeja», en honor de Pereda, publicó íntegro el prólogo de Antonio Trueba a las «Escenas montañesas» (2 de agosto de 1864), y poco después anunció la aparición de las obras de Amós de Escalante (bajo el seudónimo de «Juan García»), «Del Ebro al Tíber» y «Del Manzanares al Darro», que se adquirirían en la «Librería universal, científica y literaria de Fabián Hernández».

Entre los colaboradores, «La Abeja» contaba con Bustillo, R. Soliva, Antonio Plasencia, Angel Gavica, Honorio Torcida, Albino Madrazo, y las reseñas taurinas, en prosa y verso, las firmaba «Tarambana».

Burla burlando, «La Abeja Montañesa» hacía con fino humorismo crítica de la moda pues no se conformaba con las «extravagancias» femeninas y el propio Pereda incurrió con un artículo titulado «No tanto, no tanto», aparecido el año 1867: «Al fin –escribía– la moda ha hecho desterrar en las señoritas el uso del tan célebre miriñaque. Quince años de continua oposición ha logrado ver relegadas al olvido aquellas curiosas moles que desfiguraban desventajosamente los talles femeniles; pero héte aquí que el contraste ha sido tan brusco que si lo uno era punible, lo otro es censurable, sobre todo desde que las jóvenes han dado en recogerse y replegarse las enaguas, no en un momento dado, sino por costumbre, por moda quizás o quién sabe si por sistemas, tal vez. En resumen: hoy las señoritas ocupadas en sostener los pliegues de las enaguas, ceñidas completamente al cuerpo, han logrado, después de tantos esfuerzos en sostener el miriñaque, volverse niñas a medio vestir o bañistas que, dejando la orilla, atraviesan la playa cubiertas con el peinador en busca de la ligera tienda de campaña...»

Cuando Menéndez Pelayo comenzaba a prepararse para el bachillerato en el Instituto de Santa Clara, su tío, Juan Pelayo, solía llevarle a la tertulia que «los sabios de «La Abeja» celebraban en la librería de Fabián Hernández (el que realizó la proeza de editar el famoso «Becerro de las Behetrías en Castilla»,

establecido en la calle del Correo) y donde se comentaban todas las novedades literarias. «Fue el primer ambiente que respiró Menéndez Pelayo en una edad en que ya su pasión bibliográfica tenía manifestaciones activas. Un día, (el 22 de junio de 1868), en la sección de gacetillas, «La Abeja» planteaba a sus lectores un «problema histórico» encerrado en la siguiente pregunta: «¿Qué acontecimiento notable tuvo lugar en la segunda hora de la segunda mitad del segundo siglo del establecimiento de la dinastía de doña Isabel II?». Al día siguiente, el diario publicaba una carta firmada con las iniciales M. M. y P. con la respuesta: «...es la tentativa de regicidio del cura Merino contra la persona de nuestra actual soberana.» Y «La Abeja» se apresuraba a hacer, a continuación de la carta, un comentario del concursante. «Descubriendo al niño realmente portentoso que ya llamaba la atención en las aulas del Instituto».

Pocas veces, repetimos, el periódico hizo incursiones al campo de la política, si no era para comunicar la llegada de algún prohombre como Pedro Salavería, el exministro que veraneaba con su familia en Astillero, donde pasaba Nocedal sus vacaciones. «La Abeja» atravesó sin mezclarse, varios períodos difíciles, y sólo esporádicamente se refería a ellos, como, en enero de 1868, cuando el clima cargado de presagios le obligaba a este comentario: «Hace algunos años que el augurio fatídico viene resonando en todos los ámbitos de la península. Los padres de la patria, con ocasión de sus incessantes disensiones de familia, se han ocupado más de una vez de ese murmullo aterrador y, la prensa, exagerada de los extremos políticos, con sobra de malignidad o falta de raciocinio, ha procurado avivar la llama de la sedición y del entusiasmo revolucionario. Las circunstancias se han ido haciendo cada día más críticas y a manera que los gobiernos dan rienda suelta a las libertades públicas, se aumenta la propaganda licenciosa de los que buscan en las revoluciones el poderoso germen de su prosperidad material».

De allí a poco tiempo tenía que comentar la intentona de Prim: «Dejando a un lado esta importante disgracia –escribía– diremos que la tempestad que se dibujaba en el horizonte político y que, como hemos dicho más arriba, nos amenazaba cada vez más de cerca, dio por último su primer rugido en los primeros días del presente año llevando a su frente al más poderoso de los césares, a su primer apóstol, al más formidable de sus arietes de guerra. ¿Y cuál ha sido el resultado de la primera intentona? Responda la frontera portuguesa, responda el grito unánime de reprobación, responda el rostro avergonzado de los insensatos ambiciosos que en un arranque de satánico orgullo, se creyeron dueños de todas las voluntades». Era, este comentario, una especie de declaración de principios de los muy conservadores inspiradores de «La Abeja». La falta de ejemplares en la colección del año 1868 –sólo hemos podido repasar los correspondientes al segundo trimestre– impiden conocer la suerte que corrió en los azarosos y sangrientos días de septiembre, cuando estalló la revolución que ha pasado a la historia con el sonoro apellido de «la gloriosa». De ahí la

suposición de que el periódico, que no había adoptado una clara definición política ante la revolución que se estaba preparando, decayera en la nueva situación para acabar sucumbiendo el 30 de abril de 1870. Cástor Gutiérrez había fundado ya, en el mes de mayo de 1869, un nuevo periódico, titulado «Santiago y a ellos».

Interesan, mitad por curiosidad, mitad porque dan fe de algunas ocurrencias con categoría de efemérides dignas de señalarse en la pequeña historia santanderina, algunas noticias y comentarios aparecidos en esas páginas. En todo caso, contribuyen al conocimiento del ambiente local, insinuado, incluso, por algunos anuncios allí insertos. Veamos algunas muestras:

Se refería, en 1864, a la «manía», «dominante de manera fatal para el vecindario», de los ensayos «músicos y serenatas inoportunas». «Suelen pasar –escribía– en sus funciones los *serenateros* de las horas que el buen sentido marca, quitando el sueño a los vecinos». Tal vez la pluma de Pereda no andaba muy lejos de las cuartillas en que esta gacetilla se escribió, porque seis años después daba a las prensas su famoso «Pasacalle». Y ya, sobre el tema, los de «La Abeja» se quejaban de que el tamboritero oficial comenzaba a destemplada hora de la mañana su obligación de dar la alborada a los concejales, los días señalados para estos homenajes, y apuntaban así: «Los señores concejales pueden elegir otra música más dulce o buscar un sitio, extramuros, para recibirlas, si a todo trance les han de ser dadas por el tamboritero oficial».

Y ya, en la parcela de la música y los bailes, era puntual en el anuncio de la inauguración de las temporadas «oficiales» en los salones donde la juventud se expansionaba bailando, pues había sociedades como «El órgano», establecido en la calle San José, «La flor de lis», en Isabel II, la «Terpsícore», en Martillo (a donde se había trasladado desde la Compañía), o en el Café del Occidente; y la creación de una Academia de música por don Juan Cánepa, director de orquesta del Teatro Principal...

Lógicamente, las cuestiones urbanísticas encontraban eco resonante en los comentaristas de «La Abeja»; como el que en 1864, y bajo el epígrafe «Destruam et oedificabo», se refería a la fiebre demoledora de casas viejas para construir de nuevo, pues «se decía que podían ser inversiones a un 8 y medio o un 9 por ciento». «Vemos levantarse barriadas enteras con elegantes edificios donde no había hace poco más que mar o terreno sobre el cual nadie fijaba la atención, pero vemos con amargura, con horror, todas las calles a que antiguamente estaba limitada nuestra ciudad. El centro formado por la Plaza Vieja y las calles de la Blanca, Compañía, San Francisco, Naranjas, Remedios y adyacentes, está pidiendo un cañón que con sus estragos haga olvidar hasta la memoria de lo que fueron aquellas casas que hoy arrojan un escandaloso mentís a los adelantamientos de la ciudad, al ornato público y al buen gusto que comienza a desarrollarse por los extremos de la población. Destruir o edificar: he aquí lo que en todo el centro de Santander debiera hacerse... ¿Para cuándo son los terremotos? Por

eso aplaudía la decisión del alcalde Cornelio de Escalante cuando, aquel año, hizo enlosar la calle de San Francisco (que sólo hacía seis años había sido empedrada de nuevo, «en seis días»), prohibiendo por ella el tránsito rodado. Y otro día noticiaba el plan de apertura de una calle desde la Plaza de las Escuelas hasta San José (esto es, la que después fue llamada «de Carbajal»).

Es interesante conocer que en el mes de mayo de 1868, se «inauguró» el paseo de la Plaza de Isabel II (conocida, en principio, por «de Botín»), y que el acontecimiento se celebró con una serenata; así lo comentaba «La Abeja»: «El nuevo paseo ofrece sobre el *sepulcral* de la Alameda primera, muchísimas ventajas desde el punto de vista de la limpieza, ornato y salubridad, y por lo tanto, es más a propósito para pasar en él las venideras veladas veraniegas, y «sobre todo, señores, *no habrá gorriones*». «Sólo falta... muchos faroles, que el Ayuntamiento pondrá. En cuanto a los árboles, ya crecerán si es que lo tienen a bien».

Pereda y sus contertulios habían iniciado la campaña en pro de la erección de una estatua al héroe montañés del Dos de Mayo de Madrid, el capitán de artillería Pedro Velarde. En 1864, «La Abeja» recogía con alborozo la noticia de haber llegado un croquis trazado por el escultor Piquer. «El héroe –escribía– está representado en el momento de ser herido en el pecho, su noble rostro expresa a la vez que el dolor, la dignidad del que se inmoló a una grande y santa causa, y la fiereza del que no está resuelto a rendirse sino con la muerte al yugo de sus enemigos; tiene su pie derecho sobre el cubo de una de las ruedas de un cañón y el izquierdo pisa las águilas de una gorra de pelo, la mano izquierda, crispada, cubre la herida, de la que corre la sangre y empuña el sable con la derecha. Piquer ha tenido el buen gusto de cubrir parte del uniforme, poco artístico, con un capote que terciado sobre el pecho y por encima del hombro izquierdo envuelve gran parte de la figura, entre graciosos pliegues, algunos de los cuales flotan al aire. La estatua tendrá 18 pies de altura sobre el pedestal de 20». Como puede observarse, la estatua definitiva fue muy otra que la romántica ideada en un principio y que tantos elogios merecía a quienes andaban ilusionados con el homenaje al defensor de la causa de la Independencia.

Hacía ya algún tiempo que muy cerca del lugar donde el monumento habría de alzarse (la Dársena), se había inaugurado «el precioso edificio –así lo llamaban– destinado a pescadería. Era de armadura de hierro (hecha en los talleres de Colongues) y cristal. Pero las pescadoras seguían negándose a entrar en la bella jaula, como protesta contra las tarifas municipales, y continuaban con sus tenderetes al aire libre, en la misma Dársena y el comienzo de la calle Somorrostro.

En fin, sabemos, por un comentario, que estaba madurando la intención de construir un palacio real en los terrenos de «La Alfonsina», regalados por el Ayuntamiento y la Diputación a doña Isabel II, y a los que se dio aquella denominación en homenaje al heredero del trono, el príncipe Alfonso. «La Abeja»

anunciaba la visita de un arquitecto de Madrid, y que el marqués de San Gregorio había recomendado a la familia real los baños de ola en el Sardinero. Y como detalle insignificante, pero curioso, de reformas urbanas, se refería (año 1864) a una barandilla de hierro con pilastres de piedra en la cuesta de Gibaja, «en sustitución del antiguo muro de piedra».

Pocos santanderinos conocían por aquel entonces, que un trasmerano había revolucionado a Madrid con la construcción de un barrio residencial y aristocrático, se trataba de Angel de las Pozas, y la ocasión para recordarla era la inauguración (en el último trimestre del año 1864), del mercado titulado «Trasmiera», detrás del Hospital de Sanidad Militar. «Habiéndonos chocado —escribía «La Abeja»— ese título de «Trasmiera» que nos olía mucho a montañés, hemos venido a averiguar que el señor Pozas es legítimo trasmereno, de cuya parte de esta provincia salió muchos años ha para Madrid, sin otra protección que la de su oficio de cantero». Pozas se había enriquecido construyendo intensivamente en Madrid, el barrio a cuyas calles resultantes les dio nombres de pueblos y lugares montañeses. Fue el constructor de la Segunda Alameda.

Entre los frecuentes artículos editoriales dedicados a la ganadería y por tanto al campo montañés, figuró uno de Lasaga y Larreta tratando del cultivo del eucalipto. Lasaga mostraba su agradecimiento a Marcelino Sanz de Sautuola, introductor de esa especie arbórea en la Montaña (después de haberla presentado en una exposición provincial de agricultura), y decía que sus propias experiencias habían sido realmente sorprendentes. Sautuola había importado algunos plantones de Australia.

No es ocioso señalar que «La Abeja» se ocupó con cierta frecuencia de la construcción de la iglesia parroquial de Santa Lucía, de cuya inauguración (a falta de muchos detalles exteriores e interiores) daba cuenta en junio de 1868. Hacía unos meses del decreto sobre el arreglo parroquial de la ciudad.

Toda la última página la dedicaba a la propaganda, preferentemente a una publicidad que sin duda recibía de alguna agencia de Madrid. Pero entre los anuncios hubo uno en el que se prefigura la importancia que para no pocos santanderinos tenía saber que, en París, y en la Rue Notre Dame des Victoires, 15 y 17, estaba el Gran Hotel de la Bolsa y los Embajadores. Los ricos comerciantes y navieros montañeses viajaban con frecuencia por el extranjero.

Una breve alusión al grado de instrucción de los santanderinos es la noticia de que de cada cien habitantes, 15 iban a las escuelas, en las que se enseñaba, a partir de enero de 1868, el nuevo sistema métrico decimal decretado por el Gobierno.

Se haría interminable la cita, solamente de los grandes y pequeños acaeceres de aquella sociedad que todas las mañanas leía «La Abeja» para estar al tanto de las ocurrencias locales, nacionales y extranjeras; de las polémicas con los periódicos bilbaínos a cuenta del eterno problema de los fueros; de las representaciones de ópera, zarzuela, drama y género chico, en el Teatro Princi-

pal; de que Galdós ya era conocido, no sólo por sus novelas, sino por algunos artículos que transcribía «La Abeja Montañesa» como uno referido a Rossini: del recibimiento que en Astillero se tributó a un puñado de marineros nativos de aquel pueblo, que en la fragata «Almansa» habían participado en el bombardeo del Callao...

Curioso es transcribir una de tantas gacetillas en las que los redactores vertían su bienhumorada pluma, como escapes a tantas cuestiones graves acaparadoras de aquellas páginas eminentemente informativas. Un trabajillo (31 de enero de 1867), bajo el epígrafe de «Y dale» decía así: «Hace más de ocho meses, que anda danzando por toda la prensa periódica de España, la noticia siguiente: En Santander créese en la pronta llegada a uno de los puertos de España de un buque con cargamento de mujeres irlandesas, que vienen con el objeto de poblar las colonias que hace tiempo se trata de establecer en Andalucía y Extremadura». «Caballeros –apostillaba– en Santander no se cree semejante cosa, ni se ha creído nunca, ni se creerá mientras no se vea. Con que, ténganlo ustedes entendido y no vuelvan a rompernos la cabeza con esas señoritas irlandesas, que maldita la falta que hacen en un país donde hay cada morena que da gloria».

«La Abeja Montañesa» –como podrá verse en el lugar correspondiente– había absorbido, en abril de 1861, el semanario «El Eco de Cantabria» dirigido por Cancio Mena y editado en la misma imprenta.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN SANTANDER.—*Cuatro reales por trimestre; diez y seis por año; pago adelantado.*

FUERA DE SANTANDER.—*Seis reales por trimestre; veinticuatro por año; la misma condición de adelanto.*

EN EL ESTRANJERO Y ULTRAMAR.—*A precios comprobables.*

NOTAS.

Los centros generales de suscripción & periódicos quedan autorizados para recos
birlos de este, bajo el interés de costumbres.

Las suscripciones empiezan a contarse
desde 1.º de enero.



MODO DE SUSCRIBIRSE.

EN SANTANDER.—En esta Imprenta
sobre del Arzobispado, número 1, principal.

FUERA DE SANTANDER.—Dirígete
desde a D. Fermín Ruiz, Administrador
de la Tía Cayetano, en carta que
contenga, en sollo de franquicia & libranza
de fiel cobro, el importe de la suscripción.

ADVERTENCIAS.

...Advertencia, que, mediante una comisión
de señores que autorizan para trámite y
descuentos de los suscriptores, se pague
esta cuota dentro de un real.

EL TIO CAYETANO.

SEGUNDA ÉPOCA.

Cuatro números cada mes, por ahora. No se devuelve ningún manuscrito que no dirija a la redacción
aunque no se utilice.

EL TIO CAYETANO

1858 y 1868.

Imprentas: Hijos de Martínez, de Manjarrés y Mendoza.

Estamos ante una revista de empresa personal de José María de Pereda, en colaboración con Sinforoso Quintanilla, Juan Pelayo (tío de Menéndez Pelayo) y Antonio López Bustamante. «La inquietud y el deseo de esparcerse —escribe José María de Cossío— debieron ser las causas que movieron a los desenfadados ingenios montañeses a esta empresa periodística cuyo carácter indica bien la cabecera». «Tomaba el título de un famoso mendigo, miserable fosforero, dómine andrajoso y borracho perdurable», según frase del propio Pereda. Es el «tío Cayetano» que el novelista cita en su cuadro «El primer sombrero». Para explicar ésto, es preciso decir que la cabecera del primer número (5 de diciembre de 1858), rezaba: «Periódico de chispa redactado sobre un tonel. Se suscribirá probablemente en la bodega de Baco de la Rioja, calle de la Mona, esquina a la del Cuero». Pero esto sucedió el primer día de su salida, que era más bien un prospecto de cuatro páginas, porque ya en el segundo la revista tomaba un tono menos frívolo, y al registrar que se editaba en la Imprenta y Litografía de los Hijos de Martínez, en la Ribera número 4, se advertía que la suscripción podía hacerse «en la Guantería de don Juan Alonso, calle de la Blanca número 11». Es la famosa tienda donde comenzaron a celebrar sus «tenidas» los del grupo perediano y que el maestro —y después innumeros escritores locales o visitantes de la ciudad— inmortalizaron en sus descripciones.

La presentación fue escrita por Pereda en colaboración con Antonio L.

Bustamante «en gallardo romance –sigue diciendo Cossío– y es digna de notarse por el minucioso realismo de la pintura del mendigo y el decoro literario de toda la pieza». Se titulaba «*Pido la palabra*» y firmaba «Cayetano de Noriega».

La revista tuvo en su primera aparición corta vida: solamente trece números, todos «con carácter festivo y satírico, como el periódico exigía, pero sin entrometerse en tareas transcendentales de política o cuestiones sociales». Un estudio detenido de lo publicado en esta primera época, hace pensar que a Pereda lo que más le interesaba era la crítica teatral, a la que concedía grandes espacios, con el mismo estilo e intención que lo había venido haciendo en las páginas de «*La Abeja*». Publicó un «plan que tiene Cayetano para hacer una comedia, titulada «*Las dulzuras de himeneo o escarmentar en la ajena*». Es de notarse que ni un solo trabajo, artículo o gacetilla, aparecía firmado, y sí, como responsabilizándose, «R. Montalvo» o «Félix Santa María» tras de un «Por lo no firmado». Incluso, uno de los trabajos que pasando el tiempo incluiría Pereda en una edición («*El jándalo*», «cuadros del país», en romance) se emboscaba en lo que sin duda adoptaba como seudónimo no digno, entonces, de filiarlo literariamente.

El número 2, ya con atuendo formal, se abría con un artículo bajo el título de «*Las visitas*».

Llegado el número 8, cambió de imprenta «a consecuencia, aclarábase, de la escasez de cajistas» en la de los Hijos de Martínez y pasó a la minerva de Manjarrés (Constitución, 1).

Durante esta primera época, Pereda dio a conocer trabajos como «*El arte de mentir*», «*El concejo de mi lugar*», las también mencionadas «*Visitas*» y dos versiones de «*La cruz de Pámanes*», éstas firmadas por «*Don Cayetano de Noriega*». La revista carecía de publicidad, y tenía una sección de pura broma, como la de unos «*anuncios marítimos*» de los que son muestra estos dos: «*Lanchón*», «*Pobre pretendiente*», ha vuelto de arribada, en lastre y con averías»; Fragata «*Coqueta*», de Cabo de Buena Esperanza» con bultos frágiles y sin consignación fija. Viene en busca de mercado»... Sin duda eran alusiones muy del momento ambiental.

Celebró su despedida, con el número 13 (27 de febrero de 1859) con un «*Buenas noches*», dejando entrever que la desaparición de «*El Tío Cayetano*» se debía, o estaba relacionada con una «*mala pasada*» que le habían jugado, y apuntaba hacia el Teatro Principal. Un lenguaje sibilino para hoy, pero que entonces sería de gran diafanidad, y Pereda ponía en acción toda su ironía.

Volvió a las andadas periodísticas dos meses después de la entrada de Calonge en Santander, al frente de las tropas fieles al tambaleante trono de Isabel II y del subsiguiente triunfo de «la gloriosa». Esta vez con un estilo panfletario. Venía a ser, como escribe también Cossío, «una especie de *Padre Cobos*». Para Pereda, el triunfo de la revolución fue un golpe doloroso a su ideal antidemocrático, y aunque carlista hasta la médula, le dolía en el alma el cambio

de régimen porque comportaba una derrota institucional. Salió, por tanto, desplegando todas las baterías de su ingenio irónico y mordaz, especialmente contra el parlamentarismo irreligioso y anticlerical. «El Tío Cayetano» se presentaba como activo y corrosivo comentarista.

Apareció el 9 de noviembre de 1868, tirado en la imprenta de la viuda de Mendoza, a cargo de Bernardo Rueda, en el principal de la casa número 1 del Arcillero. Cuatro páginas de tamaño grande, «con cuatro números cada mes, por ahora» –anunciaba–. Traía en el centro de la cabecera un dibujo del «Tío Cayetano», original de A. Pineda y grabado por Rico. El artículo de entrada se titulaba «Loado sea Dios» (incluido en los «Escritos de juventud» de sus Obras completas), y el «fosforero» decía: «Diez años ha que me lancé por vez primera a la vida periodística buscando una región digna de mis aspiraciones, una sociedad más adecuada a mis levantados instintos; un terreno donde fructificar pudieran en todo vigor y lozanía las semillas de un ingenio derrochado sin gloria ni prestigio en figones y plazuelas». Explicaba que, muerto, resucitaba «entre el estruendo de cien batallas y otros tantos huracanes»... y agregaba: «Cinco semanas que desde entonces van corridas (desde la revolución), no han bastado a orientarme siquiera en esta miserable superficie que fue mi patria. Donde dejé el silencio y la apatía, encuentro la ebullición y el entusiasmo; donde estaba la fuerza, la debilidad; los municipales, mi eterna pesadilla, sin sable y los paisanos sin carabina; el trono vacante y la filosofía en el púlpito; las letras dormitando y las masas en las urnas pidiendo a gritos escuelas y ateneos...» Advertía que no quería hacerse preceder de programa alguno: «Nada de *credos* ni de *salves*. Ni siquiera me anuncio echando el sombrero al aire ante el centenar de *vivas* con los indispensables *mueras* y consabidos *abajos*...» «Quédame por advertirte únicamente que el nuevo rango en que la Revolución me coloca, no me hará vanidoso. Soy y seré campechano, como siempre fuí, y tan accesible y *parcialote*».

Acompañaban ahora a Pereda en la redacción de la revista, además de los de la primera época, Máximo D. de Quijano, Juan J. de la Lastra, Fernández de Velasco, M. O. Vierna, Adolfo de la Fuente, Tomás C. de Agüero y G. Peña. Con su puntual información de eruditio Eduardo de la Pedraja, coleccionador de «El Tío Cayetano» (como de la gran mayoría de las publicaciones que como se ha dicho ya en este libro, forman la actual Hemeroteca, sobre todo en su parte histórica), fue anotando al pie de cada trabajo y aún de cada gacetilla de los treinta y dos números que forman esta segunda época, las iniciales de sus autores. A ello se debe, por tanto, el conocimiento de la paternidad de cada cuartilla.

En un artículo («Preliminares»), Pereda hacía el resumen de su postura ante la Revolución septembrina con estas palabras: «Cuando se proclama un principio, hay que aceptarle con todas sus consecuencias. Libertad y restricción:

soberanía y tutela, no caben juntos en un saco. O francamente revolucionarios, o francamente conservadores. O la idea, o el presupuesto».

Como ejemplo de las «incongruencias del nuevo régimen», publicaba este sueldo: «El martes último se celebró en esta capital el 35.^º aniversario de la batalla de Vargas. Sobre el puente que aquí lleva su nombre, había banderolas, guirnaldas de laurel y un medallón a cada lado, en que se leía: Santander, 24 de septiembre de 1868. Vargas, 3 de noviembre de 1833. En letras de oro, la inscripción grabada en cada pretil del citado puente se dejó al descubierto, al intento o por olvido, el día del aniversario. Esta fecha conmemora la empresa famosa que la Milicia Nacional de Santander llevó a feliz término en defensa de la dinastía de doña Isabel II. La otra fecha, la del 24 de septiembre de 1868, recuerda otra empresa contra esa misma dinastía. La primera la aseguró en el trono. La segunda la derribó de él. Debieran, en mi sentir, meditar un poco sobre la elocuencia de estos hechos los aspirantes a la corona de San Fernando».

Traía la revista una larga sección titulada «El espíritu de la prensa», o comentarios a cuanto los periódicos de la situación decían, y otra sección, bajo la rúbrica «Menudencias» (llevada casi siempre en su totalidad por Sinforoso Quintanilla), llena de intención política. En el segundo número, Pereda hizo ardorosa defensa de la religión católica tomando como pretexto la publicación, en un diario madrileño, de «La Vida de Jesús», de Renán.

Otra sección polémica era «El espíritu de las Cortes», agresiva frente a los discursos del Congreso, y un trabajo titulado «La fruta de septiembre» en que arremetía contra las blasfemias vertidas en el Parlamento. Era blanco preferido de sus diatribas Romero Ortiz el ministro de Gracia y Justicia del Gobierno provisional, que había estado en Santander oculto conspirando para la revolución septembrina.

Pereda publicó trabajos que merecieron la inclusión en la antología de sus obras, como las cartas de «Patricio Rigüelta», el trapacero cacique de aldea, y «Arqueología», que es un diálogo magnífico de intención y ambientación, con un antiguo miliciano doceañista.

Hay una pequeña temporada en la que Pereda apenas si escribe en su «Tío Cayetano», dejando todo el campo a sus colaboradores; pero vuelve a su puesto en mayo de 1869, y ahora acapara casi por completo todas las columnas. La revista sufre irregularidades en la aparición, y el maestro tiene junto a sí la casi única colaboración de Sinforoso Quintanilla, que se le mantiene fiel hasta el último instante, que es el número 32, de una sola hoja, con fecha 4 de julio de 1869.

En un editorial titulado «Al país», «El Tío Cayetano» se despedía un poco melancólicamente, de sus lectores y suscriptores, con estas palabras: «El Tío Cayetano» como los héroes de Cambronne, muere, pero no se rinde».

Como curiosidad para bibliógrafos, y completar algunos pormenores que van anotados, parece interesante señalar que, de los trabajos publicados en «El

Tío Cayetano» firmados o no firmados por Pereda, pasaron a formar en el corpus de sus obras completas, los siguientes:

De la primera época: «La cruz de Pámanes», «El jándalo», «El concejo de mi lugar», «El arte de mentir» y «Las visitas».

De la segunda época: «Por lo que valga», «Loado sea Dios», «El futuro congreso», «Para la historia», «Monti y Toquetti», «Bocetos», «Año Nuevo», «Artículo sangriento», «Correspondencia», «La mano y el ojo», «La primera incógnita», «El retablo de maese Pedro», «Meditaciones», «Frutos coloniales», «Ecce Homo», «Dos redenciones», «El obelisco del Dos de Mayo» y «Más honra».

ECO DE CANTABRIA.

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO E INDUSTRIAL.

Se suscribe en la Librería de D. MANUEL MARÍA RAMÓN, calle de la Compañía, núm. 14, á 15 rs. por trimestre en la ciudad, y 16 fuera, francó. No se admiten abonos por menos de 3 meses. Los números sueltos se expenden á 2 rs. No se recibirá la correspondencia que venga sin franquear.

EL ECO DE CANTABRIA

1861.

Semanario científico, literario e industrial. Se suscribe en la librería de Manuel M.^a Ramón, calle de la Compañía, 14. 15 reales trimestre. Imp. Hijos de Martínez.

Se estrenaba el 6 de enero de 1861 un nuevo hebdomadario dirigido por Juan Cancio Mena. Sólo se guarda en la Hemeroteca un ejemplar, del número 8, 24 de febrero; pero sí se sabe que dejó de publicarse a los tres meses, absorbido por «La Abeja Montañesa», quedando refundidas ambas empresas mediante un convenio. Lo más destacado de su contenido era una «Revista de Madrid», firmada por el escritor y poeta montañés residente en la Corte, Eduardo Bustillo ya citado, y también colaboró un hermano de éste llamado José. Como los demás semanarios proliferantes en su época, fue más o menos consecuente con sus propósitos de periodicidad, pero condenados desde su nacimiento a pasar rápidamente al olvido.

Es interesante como aportación erudita el trabajo firmado por Remigio Salomón sobre la implantación de la imprenta en Santander. Salomón, buen impresor, recordaba que en el primer tórculo ya evolucionado que en la ciudad comenzó a estampar, surgió la primera «Guía de Santander» de Pedro García Diego, cuyos ejemplares se disputaron durante muchos años los coleccionistas.

Un hijo del fundador, llamado Clemente y sucesor de Francisco Xavier Riesgo, imprimió en 1814 el famoso y raro de toda rareza literaria, titulado «Recíproco, Sin, Con, de Dios y de los hombres buscando los medios de aloquios al mismo Dios, poema en diez difusos cantos o tratados en décimas y octavas, que don Clemente Pastor de la Montaña, presbítero español perseguido por el guerrero Rector de las Tinieblas Napoleón Bonaparte, escribía fugitivo de tanta furia, desde el año 1809»; obra –dice Salomón– que por fortuna de las musas y de la literatura patria quedó incompleta, aunque siempre habrá de reconocerse la laboriosidad y el españolismo acendrado de su autor. Clara

alusión al obispo Menéndez de Luarca que si como pastor de almas y ferviente patriota pudo pasar a la historia, no como escritor». Y de ello da fe el propio Menéndez Pelayo.

Refiriéndose a las imprentas santanderinas, Salomón anotaba: «Posteriormente han salido de las prensas de Santander algunos periódicos, opúsculos y otros trabajos tipográficos que han llamado justamente la atención de los intelectuales y curiosos por su limpieza, claridad y gusto. En la actualidad y sin contar con dos bien servidas litografías, existen las imprentas que siguen, todas las cuales no bastan para cubrir los trabajos y pedidos que se recomiendan y se hace sin cesar a sus dueños: la de José María Martínez, calle de San Francisco, tiene una máquina y cuatro prensas; la de don Hilario Francisco Mendoza, calle del Arcillero, dos prensas; Señores Hijos de Martínez, plaza de la Constitución, cuatro prensas; Salvador Atienza, calle de la Compañía, una prensa; Ignacio González, en la misma calle, tiene dos prensas de hierro, de cuyo metal son las de los demás, todas las cuales cuentan en sus acreditados establecimientos con un surtido completo de letras y adornos de los más variados y modernos.»

En una extensa crónica sobre las representaciones de ópera en el Teatro Principal, se lamentaba de la ausencia de Bellini en el repertorio de la compañía actuante: «ese genio ilustre arrebatado al mundo cuando apenas contaba cinco lustros, pero que mereció el sobrenombramiento de inmortal que ninguno otro ha conquistado. Aflígenos ver que hoy, la sociedad en que vivimos, tenga la versátil moda imperio lo mismo sobre cosas frívolas e insignificantes que sobre las más graves. En tal caso, Verdi, el fecundo maestro de nuestros días, caminará en pos de Rossini, Bellini y Donizetti, y no hubiera conquistado esa preferencia que sobre aquellos no le podemos conceder. Ni Verdi ha creado una nueva escuela, como algunos quieren concederle, poniéndole a nivel de Rossini, ni sus obras podrán alcanzar los triunfos de «Guillermo Tell», de «I Puritani», «Lucia» y «Saffo». No negamos a Verdi todo lo bueno.»

EL VERANO.

DIARIO DE BAÑISTAS.

Año 1.*

1.^{er} de Agosto de 1865.

Núm. 8.

EL VERANO

1865.

Diario de bañistas. Imp. La Gaceta del Comercio. Bécedo, 11, bajo, a cargo de Eduardo Díaz y Forcada.

Manuel Torre arrostró la responsabilidad de ofrecer a los veraneantes (era en el año 1865), una revista dedicada a las delicias y frivolidades de la época estival, bautizándola con el apropiado título «El Verano», y subtitulándola «Diario de bañistas». No consiguió prolongar su existencia más allá de los días preotoñales.

Dejó noticias como la del funcionamiento de una galería de baños en la playa de San Martín, a la que se iba en bote desde la Rampa de Capitanía. También sobre los baños de mar flotantes, al principio de la escollera de Maliaño, donde cada baño particular costaba dos reales y un real en general. Que el servicio público de coches para El Sardinero, lo realizaba la empresa «La Amistad», en unión con Santiago Cameno, cuya administración estaba en el estanco de la Plaza Nueva; las cocheras, en la calle Cervantes.

Como muestra del «estilo» con que se producía «El Verano», es curioso transcribir este comentario: «El Muelle es sin disputa el sitio más agradable de la población, particularmente en la estación que atravesamos. Un paseo en el Muelle es delicioso, poético, encantador. ¡Ah! Pero el Muelle bien puede compararse a una mujer de bellas formas, seductor semblante, pero cuya boca exhalase un olor fétido, insoportable; que cautivase a la vista pero que atacase al olfato de una manera horrible. En la noche que tuvo lugar la serenata marítima, el panorama que se destacaba en la bahía era encantador. Multitud de personas ocupaban el Muelle, entusiasmándose en la contemplación del vistoso cuadro que presentaban las iluminadas y engalanadas embarcaciones, esperando con impaciencia que se dejase oír los agradables acordes de la orquesta, pero había allí algo que traía muy preocupada a la concurrencia y que la hacía llevar continuamente las manos a las narices. Este algo desprendido de la inmunda alcantarilla hizo que la mayoría de las personas abandonasen bien pronto el Muelle pues, como decían muchas, allí se olía más que se oía».

EL TIO QUINTIN.

SE DEJARA VER CUANDO QUIERA.

Soy bonachón, soy cordero,
suy la espalda de Bernardo,
una malva, un infeliz,
y me vendrá por dos cuartos.

No se admiten sus visitones; pero por dos cuartos
se le d'ra un número al que le pida.

De todos hablare bien
mi lema sera justicia;
a nadie pienso hacer daño,
y si lo hago es... sin malaicia.

EL TIO QUINTIN

1866.

Se dejará ver cuando quiera. Imp. La Gaceta de Comercio. Editor responsable: Miguel de los Santos y Pastor.

La experiencia de Pereda con «El Tío Cayetano» movió a Miguel de los Santos Pastor a sacar una contrafigura personalizada en «El Tío Quintín», definido como «montañés de pura sangre, sujeto de buen humor, intencionadillo y pleitista...». Se presentó en la vía pública el 4 de febrero de 1866 y pecó de informal en cuanto a puntualidad cronológica, si bien ya advertía en la cabecera en «se dejará ver cuando quiera». La pretendida imitación de «El Tío Cayetano» fue sencillamente chocarrera. Era de circunstancias y populachera demagogia entrando francamente en el campo de un «progresismo» en el que pretendía ampararse para toda clase de extralimitaciones de expresión; lo que, naturalmente, llegó a ponerle al borde del Código como ocurrió por una demanda interpuesta ante el juzgado por el Consejo de Administración del ferrocarril de Alar por un artículo calificado de injurioso.

Las lagunas de la colección impiden saber si tuvo o no vida larga y regular; más bien, no. Pero a raíz de la revolución del 68 ya estaba otra vez en la calle, para reafirmar especialmente su postura volteriana, y preconizaba algo en su cabecera: «Soy un defensor antiguo – de los derechos del pueblo; – patriota como el que más – y más liberal que Riego». Y al reaparecer se encontró en la calle con «El Tío Cayetano» y como oponente furibundo y órgano de escándalo atacando a la campaña carlista del grupo perediano. «El Tío Cayetano» le distinguió con el silencio por aquello tan cómodo de «no hay mayor desprecio...»; y por tanto no hubo polémicas ni alusiones personales, ni siquiera «indirectas directas».

Como buen «volteriano» dirigió virulentos dardos al papa Pío IX y al clero, como lo acredita este «anuncio» demostrativo de su no reparar en jerarquías: «Curas. Sobrando muchos de los que hay en Santander, esta heroica ciudad debe deshacerse de ellos. Dará razón doña Iglesia Libre en el Estado Libre».

«En una cosa –comentaba «La Abeja»– desdice de los hábitos tradicionales de sus progenitores y del carácter de sus coetáneos: su cordial antipatía por los bailes».

En un número de su primera época comentaba irónicamente que el Ateneo Científico y Literario santanderino se había reunido (sólo veinte o treinta personas) para reelegir sus cargos directivos, y apostillaba: «El ardiente entusiasmo que todos demostraron en esta sesión y las «buenas condiciones económicas» de la sociedad, nos hacen creer que tiene asegurada su vida por mucho tiempo. Lo menos... hasta la semana próxima».

Para «El Tío Quintín» la agresión a las instituciones era un fin claro. En el área municipal encontraba fáciles motivaciones para su crítica, como aquella formulada en esta cuarteta:

Dime, hermoso alcalde, dí,
de esta cuca población
si le agrada a tu nariz
el olor del boquerón...

El número 16 (20 de mayo) salió reformado, de mayor tamaño y con mejor papel. «Nuestro programa –decía– con que encabezamos el periódico, no ha sido recogido ni denunciado». A ambos lados de una viñeta grabada en madera, y a guisa de mancheta, publicaba su «programa» contenido en ésta y otras afirmaciones por el estilo: «Seguridad individual garantizada por las reformas de las calles y porción de casas denunciadas. Libertad de industria y de tráfico para transitar con mercancías por las aceras. Reunión pacífica del Municipio..., etc., etc.».

En su segunda salida (ahora de la imprenta de Ignacio González) sus principales redactores fueron Honorio Torcida, Antonio Plasencia y Ricardo Olarán. El periódico «El Centro Montañés» diría, en 1903, que en el cuadro de colaboradores de «El Tío Quintín» habían figurado Daniel Ortiz Dorraiz, Barrinaga, Vega, Moja, Olarán y Oliván...

IMPARCIALIDAD Y JUSTICIA.

LA LANCETA.

PERIÓDICO PUNZANTE.

No se admiten suscripciones. — Saldrá cuando las circunstancias lo requieran.

LA LANCETA

1866.

Periódico punzante. Imparcialidad y justicia. Imp. de Ignacio González.

Al mismo tiempo que «El Tío Quintín», en el mismo mes y año, se publicó «La Lanceta» en cuyo primer número (18 de febrero de 1856) daba el tono de lo que pretendía y los propósitos de sus editores, afirmando que su misión era «dar unos cuantos paseítos por esta cuca ciudad, vigilar a los encargados de hacerlo, corregir las malas costumbres, dar ejemplos morales, penetrar en las mansiones domésticas, castigar la insolencia y sembrar el orden, decoro y moralidad en el prostituido templo de Terpsícore». «La Abeja», al anunciar la salida de este papel en época prerrevolucionaria, decía: «Ayer se ha vendido en esta población el primer número de «La Lanceta» periódico punzante que ha de ver la luz siempre y cada vez que le de la gana.»

De vida relampagueante, tocó temas intranscendentales, de puro pasatiempo y localistas, como lo acredita este suelto sobre las pintorescas gigantillas amenizadoras de los festejos populares y que hacía mucho tiempo yacían arrinconadas en la Casa Ayuntamiento: «Nos preguntan con extraordinario interés por la importante salud de aquella antiquísima y desarrollada familia que vive bajo el techo del Consistorio. ¿Qué ha sido de ellos? Como el cólera ha hecho tantos estragos, tememos por sus vidas, pero muy particularmente por la vieja de Vargas que a juzgar por su semblante debía estar seriamente abatida. Según nos han enterado se trata de hacerle un chaqué de moda a don Pantaleón». (Las gigantillas habían sido bautizadas con los nombres de «Doña Tomasa», «Don Pantaleón», «La Vieja de Vargas» y «La Repipiada» y salían los días de oficiales conmemoraciones rodeados de un séquito de enanos y cabezudos.)

DE LA
1.^a REPUBLICA
A LA
RESTAURACION

Revuelo 1.^º

Temporada 1.

Abajo las fusiones! Santander 10 de Enero de 1869. Independencia gallística.

se admitirá el boomerang
permaneciendo que se quiera,
más que saliendo deje
el ancho suficiente para el
transporte.

LA VALLA

Historia de gallos célebres;
artículos no de primera necesidad, y otras cositas muy agradables.

Periódico gallístico y todo lo que VV. quieran.

Conseagrado á dar cuenta de los pormenores y circunstancias que tengan lugar en cada función, á todos los aficionados á resuelos y parillazos. Los principios y los postres de *La Valla* se reducen simplemente á hacer pasar el viento de un bolillo á otro y á fomentar la cosecha de arroz.

Director:
JORGE SACASILLAS.

SANTO DEL DÍA.
S. NICANOR, DIACONO

Administrador
RUFO METEBANCOS.

LA VALLA

1869.

Periódico gallístico y todo lo que ustedes quieran. Director: Jorge Casillas. Administrador: Rufo Metebancos.

Bajo los epígrafes: «Revuelo 1.^º, Temporada 1.^a. ¡Abajo las fusiones!», apareció el 10 de enero de 1869, sin duda como reacción frente a ciertos movimientos de protesta de los aficionados a las peleas de gallos contra una empresa que pretendía monopolizar este espectáculo en la ciudad. Anunciaba su salida «todos los días de pelea» y después, para informar sobre los encuentros ya celebrados. Las riñas tenían lugar en una gallera instalada en la calle San José, de la que fue sucesor, pasando el tiempo (ya en el segundo decenio de este siglo) Marcos Rebal. Prometía ir escribiendo «la historia de gallos célebres, artículos de primera necesidad y otras cositas agradables».

«¿Se puede saber —escribía— por qué la Empresa del circo de gallos no rebaja el tanto por ciento a los abonados, como se hace en todos los espectáculos públicos?».

No hay indicaciones escritas ni aún verbales de la subsistencia de esta revistilla (de 20 por 15 centímetros de caja impresa).

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

| | |
|----------------------------------|------------|
| BANTANDER. | |
| Por tres meses | 27 reales. |
| Por un año | 100 |
| PROVINCIA. | |
| Por tres meses | 30 |
| Por un año | 110 |
| ARTILLAS PAPALOLAS. | |
| Por medio año | 100 |
| Por un año | 160 |
| VILIPINAS. | |
| Por un año | 240 |
| ESTRANERO. | |
| Francia, por medio año | 100 |
| Portugal, por un año | 110 |



Inglaterra y demás países
de Europa, por año 250 reales.
Estados Unidos y Brasil, por
un año 250

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.

EN BANTANDER,
En la Administración, Madrid, true-
ta 7, Oficina.

EN VILLENA,
Imprenta Monzón o Carrascosa, en
los de Almagro, calle...

ANUNCIOS Y COMUNICACIONES.
A precios convenientes.

SANTIAGO Y A ELLOS.

Se publica todos los días, excepto los festivos.

SANTIAGO Y A ELLOS

1869.

Periódico de intereses morales y materiales. Imp. de Santiago y a ellos. Plazuela de la Luna, 3.

Casi en vísperas de la República, en el mes de mayo de 1869, Cástor Gutiérrez de la Torre lanzó el bisemanario en cuya cabecera campeaba esta declaración: «En religión, católico, apostólico y romano y en política librepen-sador», o sea, independiente de todo compromiso de partido. Junto a él actuaron de redactores su hijo Enrique G. Cueto y José Antonio del Río, que hacían sus primeras armas periodísticas. Cástor Gutiérrez, procedente de «La Abeja Montañesa», aportaba el prestigio de un airón que, aún en tono menor, le daba la autoridad de figurar en la promoción de la literatura vernácula de su tiempo, si bien sus trabajos no rebasaron el estadio del periodismo militante.

Desafortunadamente, no figuran en la Hemeroteca más que unos pocos números de «Santiago y a ellos» (de su segundo año), y de ahí se desconoce, aunque se puede colegir de su profesión de fe política, su postura ante el histórico acontecimiento del destronamiento de Isabel II.

Sin embargo, en 1870, y en un artículo de fondo, decía: «Africa comienza... en Madrid. Lo que sucede en Madrid no sólo no se ve en país ninguno civilizado, ni creemos que sea tampoco en el país de los hotentotes. No era bastante el partido de la porra -mito destrozando imprentas y apaleando escritores públicos- y se ha establecido la partida del asesinato que insulta. ¡Vaya una libertad!» «Sucedía que los carlistas eran agredidos, y su Casino de Madrid, en la corredora de San Pablo, estuvo asediado y fue asaltado durante dos noches, y hubo «cobardes y miserables asesinatos»... Esta defensa del carlismo se conlleva con los principios de «Santiago y a ellos».

Tenía un servicio muy amplio de comentarios y noticias de Madrid, especialmente políticos, y dedicaba algunos espacios a gacetillas, informes y movimiento de las Bolsas, una sección marítima y el inevitable folletín con novelas traducidas especialmente del francés.

Trece épocas tuvo: primero, hasta el 30 de abril de 1870, durante la que imprimió 105 números. La segunda ya de gran formato; la tercera cuyo alcance desconocemos.

Por su «independencia» esta publicación fue motejada algunas veces de demagoga por parte de los conservadores, que no ahorraron tampoco persecuciones a su director, acaso por su extremismo derechista; y personas que se decían pertenecer a los partidos más avanzados de su tiempo, no desdeñaron persecuciones a su director por medio de anónimos si continuaba censurando a algunas de las instituciones a que eran afectos.

Esta postura de inconformismo le acarreó, en consecuencia, disgustos, y su final estaba ya preanunciado.

Salió al paso de una campaña que en algunos puertos del norte se había desatado contra el de Santander, conducta que calificaba de «denigrativo no sólo para Santander, sino para España». «Pero conste –comentaba– que mientras en el resto de la Península las pasiones desbordadas provocan mil sangrientos conflictos, con asesinatos políticos y sublevaciones contra los propios agentes del Gobierno constituido; mientras en todas partes la seguridad personal anda a salto de mata y el bandolerismo campea, en la provincia de Santander, a pesar de la paralización de los negocios y de lo pernicioso de su ejemplo, no hay ni un alboroto, porque aquí la ilustración se ha difundido más, porque aquí la educación popular evanza hasta el rincón más apartado de nuestras montañas, porque aquí son muy raras las personas que no saben leer, porque aquí la sensatez pública ha dominado siempre aún en medio de las más grandes tribulaciones». Estas consideraciones, no obedecían a un pueril sentimiento regionalista, sino eran reflejo fiel del estado social de toda la región montañesa ante los gravísimos acontecimientos de aquel período nacional.

Las noticias de los mentideros madrileños sobre la muy posible propuesta de ofrecer el trono vacante al príncipe Hohenzorllern Sigmaringen, «parece –decía en una gacetilla– que esto va de veras, aunque el Ministerio no está del todo conforme».

El librero santanderino, Fabián Hernández –ya citado– acometió la edición de los «Estudios sobre el Quijote, y fue motivo de polémica en algún diario madrileño en el que intervino Fermín Caballero. «Nada habíamos dicho –aclara «Santiago y a ellos»– de la edición santanderina de don Quijote, porque el autor nos lo había vedado diciendo que no quería adquirir renombre y celebridad fuera de la Montaña, no sólo por aquello de que nadie es profeta en su tierra, sino porque no se atribuya a pasión de paisanaje». Y durante varios días, algunos hasta a cuatro columnas, se reprodujeron las razones de Caballero, para demostrar que Argamasilla no es el lugar de don Quijote.

En la parcela de las ocurrencias locales, informó a los lectores sobre el proyecto de Fermín San Miguel –carpintero de ribera que fue en los astilleros de Guarnizo– para la dotación a la ciudad y sus visitantes veraniegos, de unos

baños flotantes capaces para cuarenta bañistas; de los bailes, uno a beneficio de los «Amigos de los pobres», con gran concurrencia de bellezas santanderinas y de «los Artesanos», en los salones de Toca a favor de los asilados de La Caridad. Y una briosa campaña seguida muy personalmente por el redactor José Antonio del Río para construir una sociedad dirigida a la construcción de las primeras casas en El Sardinero lugar por aquel tiempo «agreste y deshabitado».

Yo no soy republicano,
moderado, ni unionista
ni neo ni progresista;
mas con la guitarra en mano
a todos sigo la pista.



Si acaso hay algún bergante
que un poquito se desmanda,
¡pobre de él! si yo, estudiante,
lo llevo a pillar por banda,
que lo escabecho al instante.

EL ESTUDIANTE.

PERIODICO FESTIVO.

EL ESTUDIANTE

1869.

Imp. de González, a cargo de Antonio Mezo. Compañía
n.º 3.

Nació con el año, en plena efervescencia por la liquidación de la revolución de septiembre del 68. Se anunciaba enemigo de los partidarios de Isabel II «que aún hay en Santander» y denunciaba las elecciones «favorables a los monárquicos, porque han sido compradas».

De torpe estilo, publicaba en primera página estos «versos»:

Yo no soy republicano,
moderado ni unionista,
ni neo ni progresista,
mas con la guitarra en la mano
a todos sigo la pista.

Si acaso hay algún bergante
que un poquito se desmanda
pobre de él, si yo estudiante
le llevo a pillar por banda,
que le escabecho al instante.

En la colección de la Hemeroteca no figura más que el número 2, del 24 de enero de 1869, en el que publicaba un largo artículo sobre el momento político, del que son estos párrafos: «En esos días en que el pueblo hace uso de sus derechos más grandes adquiridos por la revolución de septiembre, y consignados en el programa de Cádiz; en esos días en que por el sufragio universal se va a decidir la forma de Gobierno que ha de seguir los destinos de nuestra amada patria... en esos días, reproducen escenas vergonzosas, triunfos templados al calor de miserables que se dejan vender y hasta regatear...» «No huyeron a tierra extranjera los déspotas y tiranos secuaces de Isabel de Borbón no; en Santander hay quienes deben ser tenidos por sus dignos compañeros; venid y arrancadles la careta con que traidoramente se encubren; venid y veréis que muchos que se llaman liberales, venden su voto, venden su honra. ¡Miserables! Ayer gemíais bajo el yugo opresor de una reina y de una camarilla que os envilecían, y hoy sois ya libres; ayer no se os daban derechos porque érais esclavos y como a tales os trataban; hoy que ya sois libres, los ejercéis sin honra entregándose a gente que mañana hará lo propio que el gobierno derrocado. ¿Y para ésto os levantásteis hace cuatro meses a alzar barricadas contra el inhumano Calonge, para defender vuestra libertad?».

«El resultado de las elecciones ha sido favorable a los monárquicos. Los republicanos han llevado la mayoría en la capital, perdiéndola en casi todos los distritos rurales...»

EL CANTABRO 1869.

No hemos conseguido ver ni un solo ejemplar de esta hoja volandera surgida a la luz tras de la revolución del 68, pero de la que únicamente aparece una referencia en «El Peninsular» de septiembre de 1869, al conmemorarse el primer aniversario de aquel episodio nacional. La carta estaba firmada por Santiyán, uno de los defensores de Santander contra el ejército isabelino.

Debió ser, por tanto, «flor de un día». Del Campo Echevarría, le cita en su folleto pero sin dar otras precisiones que «fue el primer periódico republicano editado en Santander y su provincia».

EL PENINSULAR

DIARIO PROGRESISTA.

EL PENINSULAR

1869.

Diario progresista. Blanca n.º 2. Imp. Hijos de Martínez.

Con el estallido revolucionario del 68 volvieron otra vez los fervores progresistas santanderinos. Un año después, el 1.^º de septiembre de 1869, se publicó «El Peninsular» y lo hizo coincidiendo con el aniversario de «la gloriosa» a cuyo aniversario dedicó sus mayores espacios y ello para aclarar la actuación de algunos de los protagonistas del levantamiento contra Isabel II y establecer documentalmente su participación, de un modo especial por una carta del militar Manuel Santiyán, jefe de las fuerzas de la ciudad en el sector del paseo del Alta a la llegada de las tropas de Calonge. Son interesantes, al respecto, estas afirmaciones de un hombre que por su intervención personal y directa en los preparativos revolucionarios y en la sangrienta jornada, tenía motivos para conocer con detalle toda la trama. «Es inexacto –decía Santiyán– que el movimiento se produjera como se supone en nombre de la república; buena prueba es que el sello que los republicanos habían hecho a prevención y que fue el que usó después la Junta, no tenía más lema que «¡Abajo los borbones! ¡Viva la Soberanía nacional!». Y añadía: «Lo más singular es que fueron los jefes del partido republicano los que formaron el pastel del acta que redactó el gobernador, la cual no quiso firmar el progresista don José Olarán por no satisfacer las aspiraciones del pueblo que le comisionó.»

Fiel a sus principios, «El Peninsular» continuó publicándose hasta septiembre de 1870, es decir, hasta tres meses antes de ser proclamado Amadeo de Saboya, defendiendo la situación del Gobierno provisional, y de la Primera República.

EL PROTECTOR DEL TRABAJO,

DEDICADO EXCLUSIVAMENTE Á LA DEFENSA DE LOS INTERESES DE LA INDUSTRIA Y DEL COMERCIO NACIONALES.

Este periódico se publica dos veces al mes.—Precio de suscripción: 4 reales trimestre en toda España.—Se suscribe en la librería de Luciano Gutiérrez, Plaza de la Constitución, número 9.—Toda la correspondencia se dirigirá al Director de **EL PROTECTOR DEL TRABAJO.**

EL PROTECTOR DEL TRABAJO 1870.

Dedicado exclusivamente a la defensa de los intereses de la industria y del comercio nacionales. Suscripción: Imprenta de Luciano Gutiérrez. Plaza de la Constitución, 9. Dos veces al mes.

Apareció el 1 de abril de 1870, consagrado a la defensa del proteccionismo con un artículo de José de Letamendi, titulado «Proteccionismo y librecambio; distinción entre las dos escuelas económicas» y otra de S. Cutchet, «Errores librecambiantes».

La Hemeroteca sólo guarda un número, el 11, correspondiente al 11 de agosto de 1870, ignorándose los verdaderos alcances que pudo tener su vida periodística en la comercial santanderina, por aquella época preocupada ante las dos tendencias económicas en que se escindía el mundo mercantil, y de la que Pereda trazó su estampa «los dos sistemas».

LA MONARQUÍA TRADICIONAL.

SE PUBLICA DOS VECES Á LA SEMANA.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EN SANTANDER.—Cada revista al mes y diez por trimestre, milveinticinco.
FORMA DE SANTANDER.—Dínea revista por trimestre con la misma condición.
Asociaciones y comunidades á precios convenientes.

MODO DE SUSCRIBIRSE.

EN SANTANDER.—En la Redactoría y Administración de este periódico, Círculo Católico Monárquico, calle de los Tableros n.º 6.
PUEBLOS DE SANTANDER.—Diríjense al Administrador de LA MONARQUÍA TRADICIONAL, en cuya que contiene, cuando nacemos, el importe de los trimestres en telón de franqueo, á libranza de débil estéril.

LA MONARQUIA TRADICIONAL

1870.

Red. y Admón.: Círculo Católico Monárquico. Tableros,
6. Imp. Bernardo Rueda. Compañía, 22.

Con cuatro páginas, fue un diario bien impreso y escrito con buen estilo, como correspondía a sus redactores, gentes de excelente cultura. Todo el periódico estaba dedicado —no insertaba ni un solo anuncio—, a la defensa de la monarquía tradicional encarnada en Carlos VII.

En el fondo del primer número, aparecido el 10 de marzo de 1870, o sea, en plena lucha por la nueva forma estatal que España habría de instaurar, declaraba bajo el título «Nuestra bandera»: «Para los ciegos idólatras del *nuevo derecho*, a cuyo pretexto se hizo la revolución de septiembre, la Monarquía tradicional es el despotismo, la barbarie, el encumbramiento de una *raza* a costa del trabajo, de la sangre, de la vida de otra raza; es la mano del verdugo aherrojando la del artista; las hogueras de la Inquisición reduciendo a pavesas las conquistas del genio; el hierro de los calabozos rechinando al compás de los conjuros de una procesión de monagos y sacristanes... Pues bien; nosotros venimos con la historia del pasado y los hechos del presente en la mano, a demostrar a ese noble y sencillo pueblo aturrido aún con el estrépito de la revolución, a ese pobre pueblo embriagado con las ilusiones promesas de los clubs... venimos a demostrarle que la Monarquía tradicional, que la Monarquía católica es la paz, es el trabajo ordenado, es el imperio del bien sobre los excesos del mal...» «Por último diremos al pueblo: Para restaurar en ese trono el derecho divino, es decir, la autoridad, la fuerza y la justicia, nos conserva la Providencia un príncipe, heredero de cien reyes y acabado modelo de caballeros cristianos... Ese príncipe es don Carlos de Borbón y Absburgo. Su bandera es nuestra bandera».

Entre los muchos trabajos de doctrina carlista, junto a una extensa sección de noticias de toda España, publicó las «Bases para la organización del partido Católico-Monárquico» y el «Reglamento del Círculo Católico-Monárquico de Santander»; la Carta de Carlos VII, desde París, a su hermano Alfonso de Borbón y de Este; artículos contra el montpensierismo y biografías de los

generales carlistas. También hizo pública la «Carta manifiesta de Carlos VII a la Junta central Católico-Monárquica» fechada en La Tour el 8 de junio de 1870. Y artículos de Aparisi y Guijarro...

Por la provincia se advertían algunos movimientos, auténticos o fingidamente carlistas, muchos de ellos aludidos al control de los dirigentes del partido. En la olla política puesta a violento fuego hervían toda clase de caldos. Así, la «Monarquía Tradicional» tuvo que salir al paso a fin de que la ortodoxia del partido no sufriera desviaciones y un día denunciaba que en el término de Marina de Cudeyo se habían presentado unos cuantos sujetos solicitando armas para los carlistas «que en breve –anunciaban– han de lanzarse al campo». «Se trata sólo de carlistas fingidos» advertía para que nadie se dejara sorprender.

A los pocos días de la Carta-manifiesto de Carlos VII, o sea, cuando la publicación llevaba editados treinta y tres números, intercaló un pasquín anunciando su suspensión por acuerdo de la Junta provincial, del mismo modo que se hacía en Madrid por disposición de la Junta central. Simultáneamente quedaban suspendidas las sesiones del Círculo Católico-Monárquico de Santander. El carlismo iba a tomar otros derroteros en su estrategia. Otra vez sería la guerra civil, de allí a un año.

Una lástima no haber encontrado el rastro que pudiera conducir al conocimiento de las verdaderas causas del eclipse de «La Monarquía Tradicional»; pero la historia dice que a los once meses de esta decisión unilateral, la maniobra de Sagasta para conseguir el fracaso electoral de los carlistas en la convocatoria de 1871, «hizo volar la mina de la ira».

Año I.

15 de Marzo de 1871.

Núm. 7.

EL RAMILLETE.

Revista de literatura, ciencias y artes.

SE PUBLICA LOS DIAS 1, 7, 15 Y 23 DE CADA MES.

EL RAMILLETE,

1871.

Revista de Literatura, Ciencias y Artes. Se publica los días 1, 7, 13 y 23 de cada mes. Imp. Hijos de Martínez.

Al margen de la política y una vez que la lucha entre los partidos se había «dulcificado» con la proclamación de don Amadeo, salió esta revista fundada y dirigida por José Antonio del Río, que firmaba también con sus iniciales invertidas: S. R. A. J. Aparece el 1.^º de febrero de 1871.

Hojeados veintidós números guardados en la colección, los trabajos en ellos contenidos nos dan su tónica exclusivamente literaria: En el número 1, una «Rápida ojeada sobre la provincia» por Manuel de Assas (Introducción a la «Crónica de la Provincia de Santander en la general de España»). En el número 2, continuación del trabajo de Assas; una biografía de Telesforo Trueba y Cossío y la noticia de que el marqués de Manzanedo había dotado de un establecimiento de enseñanza a Santoña.

En el número 4, artículo sobre un libro de poesías de Evaristo Silió, por Eduardo Pineda; en el 5, «La leyenda novelada», por Adolfo de la Fuente; «El voto de San Matías»; en el 6, noticias biográficas de Juan de Herrera, transcripción de las de Eugenio Ochoa en «El Artista»; otras noticias también biográficas, de Jesús de Monasterio, por José de Castro Serrano.

En los números 8, 11, 12 y 13, apuntes biográficos de Fray José de la Canal, Lope de Vega, Calderón de la Barca y Rafael Tomás Menéndez de Luarca, respectivamente. Los números 14 y 15 recoge poesías de Casimiro del Collado; el 17 una biografía del marqués de Santillana, y en el 18 y el 19, la biografía del poeta Fernando Velarde compuesta por Antonio Trueba, tomada de «El Museo Universal» de enero de 1865. En el número 20, reseña del Instituto de Santoña, establecido y costeado por el marqués de Manzanedo y en el último número una amplia y muy interesante evocación del histórico astillero de Guarnizo.

Periódico y literario gallego.
Para Santander, Asturias, León, Oviedo, etc.
PERIODICO DE SANTANDER



EL NIDO DE «EL CUCO»
Arcillero, núm 1, principal.
La correspondencia al Director
de El Cuco.

Año I.

Santander 5 de Noviembre de 1871.

Núm. 1.

EL CUCO

1871.

Periódico joco-serio. Arcillero, 1, pral. Imp. de Solinis y Cimiano.

Surgió el 1 de noviembre de 1871. Se conservan solamente cuatro números en la Hemeroteca. De mal papel, aprovechaba exhaustivamente las tres columnas de cada una de sus cuatro páginas y pretendía tener un carácter humorístico que no siempre alcanzaba. En su aparición figuraron las rúbricas de Eusebio Sierra, Ermelinda de Ormaeche y Begoña (ésta, con versos); de Justo Colongues, de Calixto Echeméndiz y Molés, y de Ernesto Riojano y Adio. Junto a un artículo de Colongues y una poesía de Sierra, anunciaba los bailes del Salón de Toca, a cuatro reales la entrada y un comentario a la vida lágarda del Ateneo, del que hacía poco había sido presidente Ramón de Polanco y Alvear, recientemente fallecido. Publicaba una sección madrigalesca titulada «Rosas sin espinas», dedicada a «las muchachas santanderinas».

En su primer número abría una sección titulada «Cucadas», con la siguiente:

Con cantos y cucamonas
«El Cuco» dará en España
para los vicios, cizaña,
para la virtud, coronas.
Niñas, pollas y matronas

hallarán en él placer,
y todos en Santander
le brindarán rico alpiste,
ya que con su gracia y chiste
les procura entretener...

Pero, ¡ay! los propósitos de «El Cuco» no se cumplieron, no obstante ser, algunas de las plumas que lo nutrían, de indudable prestigio. Murió «El Cuco» falto de «alpiste» nutritivo, y harto de candidez manifiesta.

BOLETIN OFICIAL
DE LA
Asociacion de Obreros de Santander.

Se publica todas las semanas.

Jueves 18 de Agosto de 1872.

Se admiten anuncios.

Todo obrero tiene derecho á emitir su opinion en las columnas de este Boletin siempre que el asunto sea de interés para la Asociacion y no se roce con la política.

**BOLETIN OFICIAL DE LA ASOCIACION
 DE OBREROS DE SANTANDER**

1872.

Se publica todas las semanas. Imp. de Solinis y Cimiano.
 Arcillero, 1.

Los obreros santanderinos, ya asociados, sacaron esta publicación, de pequeño formato (20 x 14 cms.), y advertían que «todo obrero tiene derecho a emitir su opinión en las columnas de este Boletín siempre que el asunto sea de interés para la Asociación y no se roce con la política». Este principio lo cumplió en todos sus números, de los que sólo se conocen ocho. No tenía, por tanto, objetivos de clase, sino que se presentaba como órgano informativo de todo el movimiento y estado de los departamentos de la Asociación, las ventas diarias del establecimiento (Cooperativa de consumo) de la misma, y de los acuerdos de su Junta directiva, de la que aparecían como presidente, Faustino Rozadilla, y como secretario, Valentín Raba.

Daba también noticias de la marcha del socialismo en Europa.

El censo de asociados, todos obreros, ascendía a 287.

El primer número lleva la fecha de 18 de agosto de 1872.

EL AVISO.

Periódico bisemanal de noticias y anuncios, mercantil y de intereses morales y materiales.

PRECIO DE SUSCRICIÓN: En Santander: tres meses 7 rs.—FUERA: 9 rs. trimestre.—Ultrapar, 20 reales.—Pago adelantado.

Para la suscripción dirigirse al Director, calle del Arcifero, núm. 1, principál.—Se admiten comunicados a precios convencionales.

EL AVISO

1872.

Periódico de noticias, mercantil, literario y de anuncios. Indicador de la provincia de Santander. Se publica los martes, jueves y sábados. Administrador y propietario, Telesforo Martínez. Blanca, 40.

Un santanderino que vivió en aura de popularidad por sus genialidades, sintió el tirón atávico familiar y patrocinó, por su cuenta y riesgo, el propósito de Eduardo Pineda de fundar un periódico exclusivamente noticieril, mas no sin dejar alguna parcela para los desahogos literarios de firmas con cierto destaque en el mundillo local. Se llamaba, el hombre, Telesforo Martínez y era hermanastro, por parte de padre, de José María Martínez, de quien también se habla reiteradamente en este libro. Dio el título de «El Aviso» a la publicación que tres días a la semana había de permanecer en contacto con los lectores hasta el año 1899. Telesforo fue, en su primera época, impresor, administrador y propietario.

Pero antes de entrar en el relato de las que fueron hojas entrañables por su rebosante entusiasmo localista, se hace indispensable conocer —a través de quien llegó a conocerle en vida, José del Río Sáinz— al «héroe», pues «heróica» fue su empresa. «Pick» le conoció cuando, de niño, iba a la tertulia de su tío Alfredo del Río, y le pintó como desenfadado mosquetero del periodismo y ciudadano extrovertido, siempre dispuesto a la broma y a la bagatela. «Era un bello tipo varonil —dijo Del Río Sáinz— con hermosas patillas que en aquel tiempo se llevaban muchísimo». Telesforo hubiera podido pasar por un docto profesor o por un senador, por el perfil grave de su apersonamiento. Pero, a pesar de su frivolidad en cuanto al comportamiento social, en su empresa periodística resultó cabal, exigente y dio a «El Aviso» una tónica de seriedad en cuanto al aspecto informativo, que le ganó amplio prestigio a lo largo de los veintisiete años de existencia.

Veló, en efecto, por el culto reverente a la verdad. Las noticias se sucedían en sus páginas, como películessa miscelánea y siempre vivazmente; se obtiene,

por la compulsa con el rigor histórico de la norma, que «El Aviso» tremoló como bandera del buen hacer periodístico: la sujeción a la objetividad inalienable de los hechos. Telesforo se rodeó de reporteros sagaces e ingeniosos, a quienes no escapaba la noticia de interés ni los minuciosos aconteceres de la actualidad local, siempre sin alardes retóricos; con concisión, a la manera de los «pequeños sucesos» de la prensa francesa. Diríase que en píldoras bien alaboradas, de concentrada eficacia, como meritaria contribución al conocimiento de la pequeña historia del entorno ciudadano. De este modo «El Aviso» aparece hoy con la ambición de un periódico cotidiano, y en efecto, crónica viva se antoja la inapreciable colección de sus hojas.

Tres, diez líneas bastaban para dar vibración a la noticia; poco más al comentario. En su prieto y pequeño formato, todo se ofrecía condensado, desde el movimiento mercantil –imprescindible para una ciudad de hondo y amplio sentido comercial– hasta la información sobre el carácter de la sociedad y cuanto pudiera reflejar el clima provinciano. Todo ello revela el sentido periodístico de Telesforo Martínez, gran intuitivo que sabía infundir energía a su redacción y que, por su agilidad penetrante conocía palmo a palmo a su ciudad y los rasgos temperamentales y físicos del vecindario.

Nació «El Aviso» en momentos cargados de pasión política y presagios funestos, no sólo por las consecuencias de la revolución septembrina, sino por las repercusiones internacionales del desastre francés de Sedan y la sangrienta Comuna de París. Cuando «El Aviso» salió a la calle, reinaba todavía Amadeo de Saboya.

La carencia, en la Hemeroteca, de los números correspondientes a los años 1872 y 1873, impiden conocer la posición del trisemanario ante aquellos hechos, pero fácil es deducir que se mantendría al paro, sin tomar partido, única manera de asegurarse el inmediato e incierto porvenir. Por tal causa, se ignora cómo acogería la abdicación del Saboya, la proclamación de la República y el triunfo del federalismo con las frenéticas consecuencias de la insurrección cantonal.

El primer número consultado es del 3 de enero de 1874, justo el momento en que el general Pavía da su golpe de Estado arrojando del Parlamento a los diputados y la subsecuente formación del Poder Ejecutivo presidido por el «General bonito». Inmediatamente la aparición de las partidas carlistas en el Oriente provincial. El mismo día del gesto de Pavía, «El Aviso» recogía en la calle los rumores premonidores con estas palabras: «Desde hace días se ven por las calles individuos de todas las armas de nuestro ejército tal es el movimiento de tropas que hoy (3 de enero) se nota, único paso para que éstas vayan a unirse a las fuerzas del general en jefe del Ejército del Norte».

Inmediatamente de conocerse lo sucedido en Madrid, los Voluntarios de la República, de Santander, presentaban su dimisión; y todo fue, en aquellos días de constante alarma, prepararse para hacer frente a la amenaza carlista; dos fuertes contingentes, a las órdenes de Mendiri y Navarrete, hacían rápida irrup-

ción desde las bases de las Encartaciones, deslizándose por los valles orientales en dirección a la capital. Como precaución más apremiante, y bajo la dirección del coronel de Ingenieros Almirante, centenares de obreros procedían a construir un muro de fortificaciones desde la Isla del Oleo hasta San Pedro del Mar, con seis fuertes en los lugares más estratégicos de la línea. Fue un espectáculo inusitado para curiosos desocupados.

«El Aviso» comenzaba a dar cuenta con todo detalle de la aproximación de las partidas carlistas y de su llegada a Boo a las puertas casi de la ciudad, el día 19 de enero. Aquella tarde la ciudad se convirtió en plaza de armas. Se encendieron las luminarias públicas al anochecer y las ventanas y balcones, como si se tratara de una fiesta. Fueron horas de exaltación popular. Y hubo un fuerte respiro, pasando no muchas horas, al conocerse que los cabecillas carlistas optaban por no rematar su aventurada incursión y regresaban a buen paso hacia sus cuarteles de Carranza y Valmaseda, mientras que por ferrocarril llegaban poderosas fuerzas del Gobierno y en el puerto se acoderaban varios buques de guerra. Pasó así el temible y apurado trance, y el día 24 la Junta de Defensa lo daba por liquidado anunciando su inmediata disolución y la entrega de todos los poderes a la autoridad civil. Toda una lección de democracia.

De todo ello, «El Aviso» fue informando extensamente, de suerte que ese centón de noticias permite reconstruir el histórico suceso. El Ayuntamiento dimitió y el nuevo Concejo quedó presidido por el republicano Antonio Fernández Castañeda.

El 23 de marzo arribaba el trasatlántico «Louisiana» procedente de Saint Nazaire; a bordo traían el cadáver de Salustiano Olózaga, muerto en el exilio, para su traslado a Madrid. El cuerpo del controvertido político llegaba encerrado en cuatro cajas cuyo peso era de 23 quintales. Un inmenso gentío presenció su paso y acompañó al cortejo desde el muelle de Calderón hasta la estación del ferrocarril del Norte.

Al revuelo del nuevo levantamiento carlista, surgía la vieja cuestión de los fueros de las Provincias y de la pretendida supremacía rarial de los vascos sobre los castellanos. Un diputado vasco, Camilo Villavaso se había extralimitado en el Congreso menospreciando a los santanderinos. El Ayuntamiento acordó hacer pública una carta para rechazar enérgicamente las manifestaciones de dicho diputado. «¿Cree el señor Villavaso –decía el documento– que un diputado de la Nación (pues a la Nación pertenecen, si no estamos equivocados, Bilbao y Vizcaya) tiene autoridad para hacerse eco de calumnias contra este pueblo? ¿Ignora usted que Santander, que no tiene fueros ni los quiere, se rige por la ley municipal vigente? Esta es pura y simplemente una administración recta y celosa, y los recursos propios de una ciudad de la importancia de Santander, que merced a la Restauración felizmente llevada a cabo en 30 de diciembre de 1874, ha podido desenvolverse y llegar a cifras que no pudieron alcanzarse durante años anteriores...»

El regreso de Isabel II a España, a bordo de la «Numancia» tuvo por escenario el puerto santanderino en 1876. El acontecimiento puso en pie a toda la ciudad; si en 1868 le había negado a la reina madre su apoyo, ahora, pasados ocho años, estaba olvidada la jornada de «la gloriosa» con los progresistas disparando sobre Calonge, y la multitud se acercó al muelle para ver el fin del exilio de la reina castiza. El puerto era un gozo, cuajado de barcos engalanados.

Había otros motivos para sentirse eufóricos: en Madrid, un periódico llamaba a Santander «La reina del Cantábrico», y lo es, seguramente, remachaba el comentarista de «El Aviso», pues las estadísticas aseguran que es el puerto más concurrido de la costa por buques de todas las banderas. Así los ingleses, de la «Pacific Steam Navigation C.^º», cuyos buques colosales salen todos los meses para Lisboa, Pernambuco, Bahía, Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires y los puertos del Pacífico. Los correos franceses, que cubren las líneas con Habana y Veracruz y combinan con otros puertos de las pequeñas Antillas, Sabanilla, San José de Guatemala, Acapulco, Mazatlán, San Francisco de California, Guayaquil, Callao y Valparaíso, y con los mejores puertos de Francia, del Atlántico. Los barcos de la Compañía de Antonio López y López hacían salidas regulares para Puerto Rico y La Habana y frecuentes viajes extraordinarios. «Y si con el Nuevo Mundo tenemos estas cómodas y rápidas comunicaciones sosteniendo las relaciones con el Norte, Centro y Mediodía de América, los vapores para el extranjero son difíciles de enumerar pues raro es el día que no entran y salen buques de gran porte para Glasgow, Londres, Liverpool, Amberes, y a cada momento con Burdeos y Bayona. Todo ello sin excluir los servicios regulares con Bilbao y San Sebastián, y puertos mediterráneos».

En vísperas de la Navidad de 1879, cuando los santanderinos celebraban una manifestación de agradecimiento a Francia, bajo los balcones del consulado, y en el momento en que la calle del Martillo estaba colmada de gente, apareció la casa iluminada con luz eléctrica «cuyo aparato había sido situado en el piso superior de la en que se halla el Café Suizo. El efecto que producía desde el Muelle (donde se apiñó una muchedumbre incontable, expectante y maravillada) era precioso, pues todo el trayecto hasta la casa consular parecía hallarse como con rayos solares». Esa luz había sido preparada por el profesor del Instituto, José de Escalante.

Los veranos de 1881 y 1882 los montañeses conocerían jubilosas jornadas con motivo de la visita de Alfonso XII, invitado por el naviero Antonio López y López (después primer marqués de Comillas); acompañaban al joven monarca su esposa María Cristina y las infantes, hermanas suyas. López y López brindó a sus reales huéspedes un gran espectáculo naval en Comillas: la puesta en línea, en orden de revista, de todos los buques de la Trasatlántica Española. La villa arzobispal fue, con tal motivo, centro de la política nacional, con presencias como la de Sagasta, jefe del Gobierno a la sazón, y altas personalidades estatales, financieras, y de otros estadios de la vida española. Fiestas memorables, en

las que el opulento naviero gastó una fortuna, sufragando el viaje y estancia de sus invitados y las fiestas de sociedad y populares. Trajo de Barcelona artistas y obreros especializados para las instalaciones y obras de embellecimiento de la población. Telesforo Martínez destacó a Comillas algunos de sus redactores que fueron dando amplias y muy cumplidas crónicas de tan inusitados acontecimientos. Fue el único periódico santanderino en puntualizarlos, pues los demás, y conforme con sus credos políticos, apenas si ofrecieron sintéticas referencias.

Fue fiel, «El Aviso», en la noticia, cada año, de la presencia de Galdós en Santander, desde su primera visita, el año 1871, en que llegó atraído por las descripciones de Pereda y para conversar con un viejo marino, apellidado Galán, superviviente de Trafalgar a bordo de la «Numancia». De él obtuvo Galdós noticias de primera mano para el primer volumen de los «Episodios Nacionales». El novelista canario haría de Santander lugar obligado de sus descansos veraniegos, hasta llegar a construir su hotelito «San Quintín» frente a la bahía.

Sabemos también por «El Aviso», de las estancias de otros literatos como José Echegaray y Ramón de Campoamor; de políticos como Nocedal, Sagasta, Romero Robledo, Maura (quien fincaría en «El Sardinero», junto al pinar). Germán Gamazo y Pi y Margall. Asimismo, conocemos las reiteraciones de Martínez Campos como estivante en El Sardinero.

Si para las reseñas de las santiaguinas corridas de toros, Telesforo Martínez trajo de Madrid a Peña y Goñi (ya afamado con su seudónimo «El tío Jilena»), para las fiestas del Casino encargaba a sus redactores la crítica de los conciertos, que tuvieron especial importancia con las actuaciones de Arbós y Albéniz, de Sarasate y de Tomás Bretón, éste con su orquesta. Contaba el pianista diecisiete años el día de su primera presentación (año 1880) y 21 el segundo (debutante en 1881). Intervendrían conjuntamente en los veranos siguientes. Era costumbre en el Casino iniciar los programas con actuaciones de solistas o de agrupaciones de música de cámara, como primera parte en las reuniones elegantes, y la segunda parte se dedicaba enteramente al baile: Por entonces hizo irrupción el «can can» que merecía todas las noches los honores de la repetición entre los especiales aplausos de quienes lo conocían de sus noches de Mabille, en París.

Tuvo por aquel entonces (1883) ocasión de manifestarse en plenitud la genialidad de Villa Ceballos, el famoso don Lino del extraordinario cuatrienio alcaldicio; fue con motivo del entierro del general Tomás Ibarrol, ahogado en El Sardinero, y a quien sus amigos y correligionarios llevaron en manifestación politizada, a hombros en vez de en un coche fúnebre. Más de dos kilómetros, camino de la plaza de Numancia, había recorrido el cortejo cuando, al llegar a la Plaza de la Dársena, surgió don Lino quien, alzando su bastón de mando preguntó quién había autorizado tal modo de conducir un cadáver, quebrantando la ordenanza acordada por el Ayuntamiento en 1881, que prescribía hacerlo en carroza. Respondióle un interpelado que la autorización había partido del propio gobernador civil, presente en la presidencia del cortejo. Y ante el natural asom-

bro de las gentes, se planteó a grito pelado la cuestión de competencia. El entierro prosiguió, pero con el féretro metido en el carroaje de la Agencia de Pompas Fúnebres, en medio de una ovación del gentío, que veía triunfante el fuero municipal.

Cuarenta y un mil habitantes tenía Santander. En doce años había descendido el censo en 2.538.

Linoístas y antilinoístas gastaban su tiempo y hasta sus dineros en la curiosísima etapa del original alcalde cuya fama mantuvo, entre aliados y opositores, fogosa polémica durante cuatro años. En estas páginas hay cumplida noticia de los incontables semanarios y hojas sueltas aparecidas para dirimir la batalla de la letra impresa más enconada de las conocidas —y no fueron pocas— en la ciudad.

Con el nacimiento del hijo póstumo de Alfonso XII, se cumplió el «rito» tradicional de elegir la nodriza que, como casi siempre, vinieron a buscarla los médicos de palacio, a la Montaña. Esta vez fue designada una joven de veinticuatro años, de San Roque de Riomiera, llamada Elena Lavín Carriles. Según la información dada por un periódico de Madrid, pertenecía a una familia bien acomodada de aquella comarca; su esposo era agricultor y ganadero con medios de fortuna, y había dado consentimiento para el traslado de su esposa a Madrid «en muestra de adhesión a la dinastía». «Las mujeres del valle de Pas —decía el gacetero— que antiguamente venían a criar a Madrid, han cambiado de rumbo y prefieren dedicarse al comercio en las Provincias vascongadas siendo tan sólo las menos acomodadas las que siguiendo viejas tradiciones y vienen a Madrid» y agregaba estos datos sobre la personalidad de la sustentadora del nuevo infante (que llegaría a ser Alfonso XIII para la historia): «Elena es alta, sana, de robustas y gallardas formas; es el tipo completo de la mujer criada en la atmósfera sana de las montañas y une a esto alguna cultura».

Se recordaba la información que «El Aviso» había ofrecido hacía seis años (o sea, en 1880) al seleccionarse dos nodrizas para criar a la infanta. Por la fonda de la Viuda de Redón, donde se hospedaba el médico de la real casa, García Camisón acompañado por el jefe de la Intendencia de palacio, desfilaron varias aspirantes, entre las que fue seleccionada María Larca, de Peñacastillo, y como suplente Leocadia Fernández, de San Pedro del Romeral. «Las nodrizas —apuntaba el gacetillero—, vestirán traje de pasiegas de terciopelo encarnado con franjas de oro los días de gala y de terciopelo celeste con botones de plata los de media gala. Y el pelo lo llevarán «a la guipuzcoana», o sea, con las trenzas sueltas».

La Sociedad de bailes campesinos cedía sus derechos y pertenencias a otra titulada «Campos Eliseos», que elevó la categoría de aquel centro de diversión, cuyo círculo de baile medía veinticinco metros de diámetro, y era cubierto; que disponía de un teatrillo con novecientas localidades; que trazó jardines y glorietas con fuentes y surtidores, y abría un restaurante...

En 1885, el cólera hizo estragos en la población. Y entonces, dado que las gentes llegaron a desconfiar de la firma de los médicos al pie de los certificados de defunción, no hubo más remedio que poner en práctica, en el cementerio de San Fernando, el siguiente procedimiento que devolviera a los ciudadanos la confianza de no ser enterrados vivos: a los cadáveres depositados en el departamento correspondiente, se les ataba a la muñeca un alambre de suerte que al menor movimiento del brazo, se hacía sonar una campanilla colocada en la habitación del conserje, donde permanecían de guardia varios individuos.

Por aquel entonces se inauguraron el hotel de doña Francisca Gómez, en el Muelle, y el Hotel Continental, de Fourneau, en Calderón de la Barca. Y el día de Santiago de 1886, se escaparon de la plaza de Molledo, dos toros que fueron atrapados en el Río de la Pila. Para contar la corrida, el crítico no gastó más tinta que la precisa para escribir estas dos quintetas:

Palideció el Presidente,
limpió el sudor de la frente,
hizo dos o tres descansos
y mandó salir los mansos
y se alborotó la gente.
Pasará este hecho a la historia
según uno de Baloria,
que rezó dos padrenuestros;
se marcharon los cabestros
y aquí paz y después gloria...

En fin, seguirle en su trayectoria sería restar curiosidad hacia la prieta legión de publicaciones a las que, en sus veintisiete años de existencia, «El Aviso» saludó el nacimiento y rezó el responso en el trance final. Porque durante la última década, «El Aviso» pudo conocer la llegada del teléfono a Santander; el orto de un joven peridista, llamado Fernando Segura, a quien Telesforo felicitaba por su aparición en el parnasillo desde las páginas del «Madrid Cómico»; pudo dar cuenta de las carreras de caballos celebradas los veranos en la campa de La Albericia; la inauguración del cuartel del Alta, ...y los «éxitos de la murga de Lavin...». Pudo intervenir, e intervino, en la polémica en torno a «Nubes de estío» y se acogió con todos sus paisanos por la tremenda catástrofe del «Cabo Machichaco»...

Al morir (año 1899), había dejado atrás a «La Voz Montañesa»; formó en la serie de periódicos como «El Diario de Santander», la alborotadora «Verdad», «El Correo de Cantabria», «El Atlántico»... Asistió al nacimiento de «La Atalaya» y de «El Cantábrico» y dejó de existir al mismo tiempo que «El Norte», un semanario republicano nacido y muerto de anemia, según se verá en el momento de comparecer ante el lector.

La Voz Montañesa

TAUZILLA LPOCA—AÑO XI.

SANTANDER—2 de Enero de 1883.

NUM. 2412

LA VOZ MONTAÑESA

1873.

Periódico político, administrativo y de interés general.
Imp. de Evaristo López Herrero. San Francisco, 30.

La abdicación de don Amadeo y la proclamación de la República, en febrero de 1873, impulsaron a Antonio Coll y Puig a fundar un periódico bajo la bandera del federalismo. Fue así cómo, el día 1.^o de enero, comenzó a repartirse un semanario con el título «La Voz Montañesa», que, a partir de enero del siguiente año, aparecería ya a diario. Coll y Puig se había significado en la política local como hombre batallador, no de claras luces intelectuales, pero sí como líder del no muy extenso núcleo de los más avanzados demócratas cantonales. Halló ambiente propicio en la coyuntura política y necesitó de un redoblado apoyo de sus correligionarios y afines cuando se produjo el golpe de estado de Pavía, y más aún por el nuevo cambio de la situación promovida por la Restauración y subida al trono de Alfonso XII.

Veamos cómo describió a Coll y Puig, a quien no le faltaban ciertos relieves de pintoresquismo, un periodista contemporáneo nuestro, José del Río Sáinz, al evocar la prensa de su infancia: «Coll era hombre interesante por más de un concepto. Tenía un aspecto solemne y daban a su rostro un aire de banquero sus grandes patillas. Muy entonado y campanudo, en una discusión que tuvo con Domingo Gutiérrez Cueto, éste le dijo refiriéndose a su redonda cara encuadrada en las dos patillas, que era un cero entre dos admiraciones».

A las dos semanas de salir a la calle ya cotidiano (enero de 1874), sus operarios estaban movilizados como consecuencia de la irrupción de los carlistas que mandados por Mendiri y Navarrete, llegaban a las puertas mismas de la ciudad en una operación relámpago. Pasadas las horas críticas, «La Voz Montañesa» describiría así aquellas jornadas de alarma: «El pueblo de Santander conservará con orgullo la fecha de ayer (se refería el 19 de enero) que constituye uno de sus timbres más gloriosos. Tan pronto se supo la proximidad de las facciones, que contarían no menos de cuatro mil hombres, todas las clases sociales, sin distinción de matices políticos, se aprestaron a resistir la invasión con entusiasmo, siendo el Batallón de Voluntarios el primero que se apresuró a pedir las armas. En pocas horas, esta ciudad, casi indefensa horas antes, contaba dentro de su recinto con más de cinco mil combatientes armados, con terribles barricadas y cañones poderosos para rechazar cualquier ataque... Las goletas y vapores de guerra se hallaban convenientemente puestos en la bahía

para barrer las avenidas de Cajo y la vía férrea. La capital entera se hallaba circunvalada de bayonetas, formando una muralla inexpugnable...».

Durante varios días continuó informando minuciosamente del movimiento carlista; Mendiri y Navarrete optaron por renunciar al ataque final, regresando con hábil retirada, a sus acontecimientos de las Encartaciones. El aire de victoria de la incomprensible operación fue, como es consiguiente, explotada por los liberales y más acentuadamente por los más radicales. «*La Voz Montañesa*» supo sacar provechosas consecuencias para afirmarse en su inicial existencia, aunque tuvo que contemporizar con la política del general Serrano y fue cediendo posiciones al extremo de que, a la proclamación de Alfonso XII, acató la nueva situación, lo que le valió a Coll y Puig un duro rapapolvos del desabrido Herrán Valdivielso desde las columnas de «*El Aviso*». El republicano castelarino y librepensador le acusaba de «haber capitaneado una pequeña falange cantonal» y de que «sólo ataques groseros ha tenido para el respetable y eminente Castelar y los que su política seguían». Añadía entre duros reproches: «no tuvo reparo en defender después del golpe del 13 de enero, y atacar alternativamente, cuando la unión de los elementos liberales, cuando la monarquía, hasta venir por fin a declararse alfonsino, acudiendo Coll y Puig personalmente, sin disculpe que lo justifique, a la proclamación del nuevo monarca, escribiendo seguidamente en su periódico lo que rubor debería causarle...».

Coll sirvió al partido republicano histórico. Esta vez estaba ya incorporado a su redacción José Estrañi y Grau, que muy pronto se vio rodeado de extraordinaria nombradía por sus desenfadadas «Pacotillas», sección que todavía hoy se recuerda como uno de los éxitos de perdurabilidad en la historiografía de la prensa santanderina.

De no mucho le hubieran servido a Coll y Puig sus fervores federalistas, considerados en la sociedad de entonces como un sarpullido romántico y minoritario, de no avivarlos el anticlericalismo y volterianismo, siempre fácilmente acogido por los más bullangueros. Esa postura, violenta en muchas ocasiones, hubo de acarrearle el anatema del obispo Calvo Valero contra el que disparaba las andanadas de un léxico tremebundo. Consecuencia de ello, de un lado recibía aplausos y complacencias, pero de otro, serios tropiezos con el código civil: «*La Voz*» sufrió dos suspensiones, y Coll recurrió al expediente de sacar nueva e inmediatamente su diario modificando el título para regresar al original en cuanto el turbión era pasado. Pero el anticlericalismo de Coll y Puig fue negado y denunciado como apariencia interesada para evitar la estampía de sus incondicionales. Otra publicación coetánea dijo que Coll tenía instalado en su domicilio un oratorio donde reunía a su familia para las prácticas religiosas. Sin duda, lo que sucedía era que su esposa, católica fervorosa, no renunciaba a sus prácticas en lo más íntimo de su hogar.

El socialismo, creado en Santander el año 1891, constituyó a las ambiciones de popularidad de «*La Voz Montañesa*», un obstáculo insalvable para sus

inspiradores. Coll, que impremeditadamente suponía tener de su parte las simpatías del estadio obrerista, se lanzó a controversias, desatentadas por falta de visión acerca de la nueva fuerza incorporada a la vida social, y llegó a emplazar al propio Pablo Iglesias a una controversia pública, a principios de 1892, de la que salió estrepitosamente derrotado. Fue ocasión para que las publicaciones republicanas y democráticas desmontarán el casi mito de «La Voz», y Coll inició su descenso por el plano inclinado de la impopularidad. Ya, la dirección «oficial» de «La Voz» llegó a ser una entelequia ante los lectores, debido a una circunstancia muy pintoresca y reveladora: El año 1885 y ante una denuncia al Juzgado contra Coll y Puig, apareció muy formalmente un «Severo de la Iglesia» como director del diario; se trataba de un «hombre de paja» o «cabeza de turco», que hubo de apechar con las responsabilidades como tal director, y se hizo público que el tal Severo era el sereno particular de la calle de Vargas.

En 1882, había sido encargado de la dirección José Estrañi, y en el equipo redaccional figuraron Enrique Rodríguez Solís, Florencio Brabo, Manuel Iribarren, Francisco Núñez y Vicente García y García. Roberto Castrovido, también figuró en la nómina de redactores, y hubo de sustituir a Estrañi cuando éste encabezó las deserciones el año 1895 arrastrando consigo a otros compañeros, para fundar «El Cantábrico». «La Voz» fue rápidamente hacia su declinación, desapareciendo al año y medio de aparecer su nuevo y vencedor contrincante.

En lo estrictamente informativo, «La Voz Montañesa» había cumplido su misión informativa. En sus páginas quedaron fehacientes testimonios de las ocurrencias de la ciudad durante el cuarto de siglo de su diaria comunicación. Es, por tanto, obligado su repaso a quien pretenda conocer el desarrollo de las luchas partidistas desde la Restauración hasta las vísperas, casi, del dramático acontecimiento de la pérdida total de las últimas colonias. Durante ese tiempo, animó los amplios sueños de toda una generación, con las servidumbres a una nueva burguesía local que se iba democratizando sin reparar en la calidad de las armas ofensivo-defensivas del juego político de Coll y Puig.

En ese repaso de las realizaciones de «La Voz Montañesa» –siguiendo siempre un rigor cronológico– nos hallamos ante el hecho de la denuncia de Herrán Valdivielso achacando a los republicanos santanderinos el declarar a Santoña como cantón independiente al término de la última guerra civil; la información sobre la arribada (el año 1873) del yate «Miramar», a cuyo bordo viajaba el príncipe Rodolfo para tomar parte en una cacería en Cabuérniga; el yate era el mismo que el que partió de Trieste llevando a bordo al archiduque Maximiliano, como emperador de Méjico, y a su esposa Carlota. La visita, en 1882, de Romero Robledo a Santander, así comentada por «La Voz»: «Algo debió extrañarle al señor Romero la carencia de conservadores en los pueblos del trayecto; pero daría por terminada su extrañeza ante la entusiasta acogida que obtuvo a la llegada a esta población por parte de los diez o doce respetables señores que se apresuraron a ofrecerle sus respetos. El banquete preparado en

su honor estaba pensado para sesenta comensales; luego se creyó que serían suficientes 40, y al final sólo se sentarían a la mesa diecinueve». Una polémica sostenida con «El Diario de Santander» –del que era director Justo Colongues Clint– cuya posición se le antojaba a «La Voz» «tan ambigua, que no se sabía si defendía sin mixtificaciones a la República contra la Monarquía, o a la Monarquía contra la República, o le creemos fundador de un nuevo partido inverosímil cuya denominación será republicano-monárquico, que es lo único que le cuadra a su postura actual». A propósito de esta disputa, hubo envío de padrinos y la ruptura de toda clase de relaciones entre ambos diarios.

Participó «La Voz» en las campañas contra el alcalde Villa Ceballos, «leit motiv» de la prensa local durante los cuatro años de su mandato. De don Lino decía que al principio fue fusionista; «después, zurdo, lo cual no es oprobio; ahora sirve al bando canovista. Y no le falta más que ser microbio». La famosa «Causa de Miera», mereció muchas columnas –día hubo en que ocupó más de página y media– a los reporteros de «La Voz», y Coll recogió el desarrollo de la vista en la Audiencia en un opúsculo, secuestrado por la autoridad judicial y determinante del proceso contra su autor. Pero entre las numerosas y ardorosas campañas, descuella la mantenida contra veinticinco abogados del Colegio santanderino como consecuencia de la irreverente postura de Coll y Puig ante la excomunión contra él dictada por el obispo Calvo Valero.

Mas predomina sobre todas estas empresas la tenazmente perseguida por Coll y Puig a favor del proyecto del ferrocarril denominado «Del Meridiano». El inquieto Coll logró constituir un Sindicato entre las provincias interesadas en la construcción de ese camino de hierro que, indudablemente, revolucionaría el desarrollo industrial y agrícola de las regiones afectadas. El «Meridiano» llegó a ser bandera de combate para el propio Coll cuando se presentó como candidato para el Congreso de los diputados. Desde entonces, tal proyecto ha constituido una de las aspiraciones más ardorosamente conservadas por las nuevas generaciones montañesas.

Un historial, en fin, de acezante interés por los infinitos temas tratados en aquellas páginas que si, aparentemente inspiradas por un hombre a quien no le afirmaban bases sólidas ni en lo político, doctrinalmente considerado, ni en lo intelectual, por su ostensible falta de preparación, tuvo el privilegio de contar con un equipo de periodistas de sólidos principios, de pluma fácil, con el donaire suficiente para tener lectores no sólo por afinidades, sino por la curiosidad despertada cada mañana. Aún las mismas campañas de escándalo, tan pródigamente emprendidas, fueron parte del éxito popular de un diario de tan larga vida.



LA MARIPOSA

1873.

Imp. y Lit. Telesforo Martínez. Blanca, 40. Revista de
Instrucción y Recreto dedicada al bello sexo.

En la misma prensa de «El Aviso» comenzó a publicarse el 5 de enero de 1873 una «Revista redactada por ilustrados escritores y dirigida por Ermelinda Ormaeche y Begoña». Vieron la luz solamente trece ejemplares, y la falta de suscriptores determinó su desaparición el 30 de marzo del mismo año.

Estaba editada con excelente gusto tipográfico, enmarcadas las páginas con sencilla y elegante orla. Su contenido respira feminidad, como confeccionada por mujeres, que escribían poesías y leyendas. Eran más frecuentes las firmas de Emilia Mijares y Eloísa de Córdova que con la citada Ermelinda mantuvieron un discreto tono literario. Junto a esos nombres aparecieron los de Eusebio Sierra, Demetrio Duque y Merino y José Jackson, funcionario de Telégrafos en la central santanderina y que por aquella época estrenó en el Teatro Principal una piececita, como primicia de las que habrían de serle estrenadas en Madrid.

El Plebejo.

SALDRÁ CUANDO QUIERA

No se admiten camelos (suscripciones)

Número suelto: 4 ochavos.

EL PLEBEYO

1873.

Saldrá cuando quiera. No se admiten «camelos» (suscripciones). Número suelto. 4 ochavos. Imp. de Solinis y Cimiano. Arcillero.

Coincidíó su salida con la de «La Mariposa», el mismo día. Su estilo mediocre y el anonimato en que se envolvía la dirección y colaboradores, hace pensar en una pueril aventura condenada ya desde su nacimiento a prematura muerte. Medía 29 cms. por 20. Hacía declaración de fe como independiente en su editorial de presentación. «En política –se expresaba– aborrece a Ruiz Zorrilla y sus corifeos radicales» pero «sin que esto quiera decir que no hace lo mismo con Sagasta y demás...». «Teme a las «partidas serranas y teme más a las partidas carlistas, que son las que hoy parten por medio a Cataluña...» Afirmaba su «entusiasmo por la democracia» porque entre un bonete y un gorro frigio, calcule usted....»

No prometía más porque no quería parecerse «a los vergonzantes monárquicos», mas eso sí, asegura que «daría palos sin importarle si la víctima fuera alta o baja, chiquita o grande».

Con tales propósitos auspiciales, y sin revelar el crédito de sus confeccionadores, fácilmente se colige que «El Plebeyo» moriría de rápida consunción.

Sólo son conocidos los números correspondientes al 5 y 14 de enero.

Este periódico se fundó en 1878 y es el más antiguo de los periódicos que se publican en la capital de la República. Es de carácter político y social.

EL GUIA.

Periódico anuntiador.

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS.

AÑO I.

Santiago 22 de Junio de 1879

NUM. I.

EL GUIA

1873.

Saldrá cuando quiera.

Periódico de propaganda comercial, decía en su primer número: «El Guía» se publicará una vez por semana, dedicando una pequeña parte de sus columnas a la inserción de noticias de interés general y el resto a la de los anuncios que se le envíen. Una tirada de mil ejemplares que haremos de cada número, será repartida gratis, para mayor circulación, en fondas, casas de huéspedes, cafés, peluquerías y otros establecimientos públicos, así como a los viajeros que lleguen a esta ciudad los días en que a nuestro periódico le toca publicarse. También se conservan ejemplares a repartir entre los pasajeros que conduzcan los vapores correos de La Habana. El precio que hemos fijado para la inserción de anuncios es el de un cuartillo de real por línea.

Era, en efecto una hoja publicitaria, en la que los amigos de las curiosidades, pueden informarse de la clase de comercios e industrias entonces existentes en Santander, así como del precio de las cosas. Junto a los anuncios de Compañías de Navegación y de los consignatarios de buques, publicaba otros, como el de una «Gofrería parisense» llamada «Au petit bullon», industria circunstancial veraniega, y es también chocante el del Gran Hotel de Luisa Noel, rue Vivienne, n.^o 41 y 43, de París».

Surgió a la luz el 22 de junio. Está incompleta la colección, pero de su subsistencia se comprueba, por algunos números sueltos, que por el año 1880 continuaba su explotación editorial. Ya entonces lo hacía en formato mayor y daba más noticias, una sección titulada «Ecos» y algunos versos de Eusebio Sierra. Amenizaba sus columnas con una sección de pasatiempos, como charadas, epigramas, etc., etc.

Anuncios, & demás de
real la línea de laura
común.—Formularios y pre-
cios convencionales.

En los negocios estableci-
dos al periódico dirigido
a la Administración,
Aduana, I. principal

EL CORRESPONSAL.

PÁGINAS DE SUSCRICIÓN:

En la calle de San Francisco, 30, en el Puerto.
En la calle de la Catedral.
En la calle de la Constitución.
En la calle de la Constitución.
En la calle de la Constitución.
En la calle de la Constitución.

PERIODICO DE NOTICIAS,

(SIN CARÁCTER POLÍTICO.)

SE PUBLICA TODOS LOS DÍAS.

PÁGINAS DE LOS ANUNCIOS.

Se publican los avisos, en la parte
interior y exterior del periódico.
Comunicaciones y reclamaciones en la Gaceta
de la tarde. Los avisos que se publican valen
dura la triplicada en un díptico.

No admiten suscripciones y anuncios en la imprenta de este periódico, calle de San Francisco, 30, principal.

EL CORRESPONSAL

1873.

Periódico de noticias (sin carácter político). Imprenta del Cántabro, a cargo de José Vives. San Francisco, 30, pral.

Por la indicación domiciliaria de la imprenta, surge la posibilidad de que se trataba de la minerva de «El Cántabro», primer periódico republicano publicado en Santander, coetáneo del «Santiago y a ellos», y del que sólo se conserva la referencia por la relación ofrecida por Antonio del Campo Echevarría. Hay que advertir, además, su coincidencia con el domicilio de la imprenta de «La Voz Montañesa» (San Francisco, 30), que figuraba como de Evaristo López Herrero. Puede deducirse en una simultaneidad de propietarios, o una conveniencia de tipo político, para no denunciar acaso una afinidad con «La Voz», de Coll y Puig.

Tal vez la mano del arriscado federal no anduviese muy lejos en la dirección de «El Corresponsal». La ausencia de otras precisiones implica, sin embargo, la suposición de que «El Corresponsal» saliera para ampliar informaciones respecto a la insurrección cantonal (notemos la fecha de su nacimiento, 25 de agosto de 1873) ya que dedicaba grandes espacios a los sucesos de Cartagena. Salía a diario. Su carrera terminaría, seguramente, al poco tiempo de sofocarse la rebelión.

El 11 de septiembre daba las siguientes noticias en su sección «Extranjera»; con la que abría página: «Una nueva escuadra inglesa, la del Canal, compuesta de cinco buques blindados, ha llegado a Gibraltar. El Gobierno inglés, temiendo en vista de telegramas de su almirante en Cartagena, que los rebledes, realizando sus amenazas, hiciesen desde los fuertes fuego contra la escuadra inglesa al sacar ésta de Escombreras la «Almansa» y la «Victoria», le previno que a toda costa dejase alto el pabellón británico, para lo cual enviaba grandes refuerzos a las costas de España. Salvando en lo posible a Cartagena, las fuerzas navales debían atacar el arsenal, apoderándose de él y de las fragatas «Numancia», «Tetuán» y «Méndez Núñez». En previsión de este conflicto, se alejaron un tanto los demás buques de las otras potencias de Europa y América».

En dos o tres líneas, publicaba los despachos de un «Correo nacional» sobre la guerra carlista. También llevaba rúbricas como «Cartas de Madrid» y de «Guipúzcoa».

Entre las noticias de tipo local, merece destacarse esta gacetilla: «Se está extrayendo, aprovechando las bajamares, el cargamento que conducía a su bordo el hermoso buque «Cid» que se fue a pique en la bahía la noche del viernes de la semana pasada». También insertaba la «Lista del Lloyd» y anuncios.

EL COMERCIO DE SANTANDER

Periódico mercantil, agrícola y de intereses morales y materiales.

Se publican todos los días excepto los festivos.

• • • • • PUNTOS DE SUSCRICIÓN.—En Santander: Un mes, 1 peseta 75 céntimos. Tres meses, 8 pesetas.—En Vizcaya: Una semana, 4 pesetas.—En Uribe: Una semana, 15 pesetas.—SUSCRIPCIONES: Sin imp-

• • • • • GUTIERREZ, calle de San Francisco.—En provincias: por medio de los correspondientes ó administradores del periódico.

AÑO VI.

MARTES 29 DE ENERO DE 1878.

NÚM. 1,317.

EL COMERCIO DE SANTANDER

1873.

Imp. de Salvador Atienza. Carvajal, 4. Puntos de suscripción, Carvajal, 4 y en la librería de Luciano Gutiérrez, calle de San Francisco.

Seis meses después de comenzar a publicarse «La Voz Montañesa», o sea, el 1 de septiembre, lo hace «El Comercio de Santander». Su publicación duró hasta el 2 de julio de 1879; en la Hemeroteca santanderina sólo existen los ejemplares de 1878 y 1879. Lo fundó y dirigió Cástor Gutiérrez de la Torre, de bien acreditado prestigio como periodista, según se ha historiado al tratar de «La Abeja Montañesa» y de «Santiago y a ellos». Se publicaba a diario, excepto los domingos, y en esta frecuencia se anticipó a «La Voz Montañesa». En su cabecera figuraba el epígrafe: «Periódico mercantil, agrícola y de intereses materiales y morales». Coll y Puig saludó esta salida y elogió a Gutiérrez de la Torre, a quien señalaba como «hombre, además de distinguido escritor, de gran inteligencia, de vastos conocimientos». «Como periódico —añadía— destinado al comercio y la industria de esta plaza, trata con gran lucidez todas las cuestiones referidas a tan interesantes asuntos».

Fue, en sus comienzos, ardido debelador de la competencia que a Santander



hacían los fueros vascongados. Ello le valió polemizar con un diario bilbaíno, por haber éste reprochado a Santander «el haberse enriquecido con la guerra carlista» y que «después –añadía– se ha abandonado a su suerte».

Entre las más curiosas noticias insertas en «El Comercio», figuró la de la llegada del primer teléfono a Santander, que había sido encargado por un médico de la localidad. «Parece, anuncia, que se harán algunos ensayos del instrumento desde el Teatro hasta un local situado a gran distancia de aquel edificio, y que dicho señor ha invitado a muchos amigos a este ensayo, siendo probable que con tal fin se celebre un amistoso banquete». Esta noticia tuvo como fecha la del 6 de febrero de 1876.

Otra campaña ruidosa de «El Comercio de Santander» se suscitó a cuenta de una «Historia del papado» que en las páginas de «El Aviso» comenzó a publicar José María Herrán Valdivielso. El tema causó honda repercusión en la ciudad. Herrán tuvo que cargar con el mote de «el papisero» pues su trabajo tenía como objetivo principal la exaltación de la «Papisa Juana». José María de Pereda lo comunicaba a don Marcelino Menéndez Pelayo en una carta del 7 de marzo de 1878, en estos términos: «Por aquí no pasa un alma, si no es Herrán Valdivielso que está escandalizando a la gente sensata con la publicación de la historia populachera de los Papas. Costóle a «El Aviso» el primer comunicado una baja de más de ochenta suscriptores y a su propietario el trabajo de la declaración de que había sido suspendida la reproducción, etc., etc. Retóle en esto Río, (Alfredo) en «El Comercio de Santander»; fuese allá la riña y allí continúa hoy con aplauso de los «espíritus fuertes» y dolor de los creyentes que no hallan en la buena intención de Río todo el castigo que merecen los vulgares atrevimientos de su contrincante, ya que no se le dejó desdeñado, como debió haberse hecho. ¡Cómo se va poniendo este pueblo!». Herrán, como término a sus artículos heterodoxos, publicó un folleto titulado «Datos históricos del Papado». Contestación a un anatema del obispo y tres canónigos de Santander y al «El Siglo futuro».

Manteniéndose siempre en un discreto apoliticismo, dedicó sus mayores espacios a relatar la vida local. Por eso sabemos la alarma en que los santanderinos vivieron en la época de 1877 a 1879, por la frecuencia de espectaculares incendios como los de la Casa de Pombo, de Wad Ras, y en los almacenes de Maliaño; el de la fábrica «La Rosario»; el catastrófico de la calle de la Blanca, y otros de Isabel la Católica y en Méndez Núñez; fue particularmente doloroso el acaecido en Santa Ursula.

Tuvo el triste privilegio de informar amplísimamente sobre la galerna del «Sábado de gloria» en abril de 1878, relatado con espeluznantes detalles. Constituye un reportaje de trágicos acentos, escrito bajo la tristísima impresión de uno de los episodios más emotivos sobre el duro tributo de los mareantes santanderinos. Habían salido, con un radiante sol, 23 lanchas mayores, 7 barquías y 1 trainera, del Cabildo de Mareantes de San Martín. Cuando faenaban con otras

embarcaciones de los puertos de San Vicente de la Barquera, Colindres, Laredo, Bermeo, Ondárroa, Lequeitio, San Sebastián y Pasajes, roló el viento sur al cuarto cuadrante, provocándose un rápido e impresionante galernazo. El temporal duró sólo tres cuartos de hora, lo suficiente para que se produjere la catástrofe. 61 pescadores santanderinos fueron absorbidos por las olas. A las tres de la tarde comenzaron a entrar en el puerto algunas lanchas que lograron capear el temporal. El numeroso gentío se trasladó al Muelle, donde se sucedieron escenas desgarradoras: «Faltan ánimos para describir –escribía el reportero– el espectáculo conmovedor de unas mujeres llamando a gritos a sus esposos y a sus hijos. Así es que cada vez que asomaba por la bocana del puerto algún remolcador de los que salieron a prestar auxilio y recorrer la costa en el intento de recoger a los naufragos, todo el mundo corría a saber noticias de sus deudos desaparecidos... Las calles Alta y Río de la Pila, en que habitan los pescadores, presentaban un aspecto imposible descripción. Los lamentos de las familias de los naufragos partían el alma».

Los días siguientes, cuantos consiguieron salvarse cumplieron sus votos. Tripulantes de una lancha conducían la vela que llaman «unción» con su palo hecho pedazos y otros con restos de sus embarcaciones; iban descalzos; entraron en la iglesia de San Francisco y allí de rodillas, y con la vela del barco en una mano y un cirio en la otra, llegaron arrodillados hasta el altar de la Virgen del Carmen. «¡Era un espectáculo que causaba el mayor dolor!».

Esta epopeya de los mareantes santanderinos sería, de allí a siete años, uno de los capítulos más vibrantes y emotivos de la novela «Sotileza», de Pereda. Menéndez Pelayo consagraría a la hecatombe marítima una de sus más bellas odas; todos los demás escritores montañeses, como Amós de Escalante, inmortalizarían en sus versos el tristísimo episodio.

En otro orden al informar sobre las costumbres populares de aquel tiempo, sabemos cómo se celebraban los carnavales. Decía así: «El sábado por la noche recorrió las principales calles una vistosa comparsa de máscaras organizada por unos cuantos jóvenes de buen humor; abría la marcha una selección de jinetes vestidos a usanza mora. Seguía después una gran farola de lienzo sobre un carro tirado por mulas con vistosos penachos; detrás un coche en el que iban algunos miembros de la comparsa con alquimeces moriscos, rodeado el carroaje de una bonita guirnalda de faroles venecianos de colores. Otra farola colosal, también de lienzo, con chispeantes inscripciones iba montada sobre un camión tirado por cuatro parejas de bueyes con penachos de lujo; otro coche cubierto, un coche más y una escolta a caballo, luciendo los jinetes farolillas en las puntas de las lanzas. A pesar de la lluvia, el gentío era inmenso en el Muelle, la Plaza Vieja y principales calles. En dicha Plaza, una música estuvo tocando piezas escogidas»...

Como constitutivo de una interesante efemérides del veraneo santanderino, dio cuenta, en los primeros días del año 1878 del proyecto –llevado a la realidad

en plazo muy breve— presentado por el marqués de Robrero, para convertir la playa de la Magdalena —donde tenía una espléndida finca— en un segundo Sardinerío. Consistía en una galería balneario, de 72 metros de longitud, encabezada al este con un muelle para el atraque de embarcaciones menores con todas las mareas, como eran las que por mar conducían a los bañistas desde la ciudad. La galería se comunicaría con la fonda —instalada al norte, por medio de vistosos senderos trazados entre jardines. Cómodos y aseados cuartos para el baño de agua dulce y salada, y gabinetes de hidroterapia, salas de descanso, etc., etc... La fonda, emplazada en lo que hasta entonces habían sido ruinas de una pequeña colonia de pescadores catalanes a los que se intentó aclimatar en nuestro puerto, constaba de cuatro plantas en un cuerpo. El periódico comentaba así esta obra: «Si como es presumible, el marqués de Robrero realiza en años siguientes su pensamiento en la escala concebida, podrá muy justamente lisonjearse de haber hecho el mejor establecimiento balneario de España». Era autor del proyecto el arquitecto Atilano Rodríguez.

Por otro lado, Matossi y Franconi (sociedad que giraba con el nombre de «El Suizo»), inauguraban la fábrica de cervezas de «La Cruz Blanca» en la calle de San Fernando.

No fue de pequeño interés, la información ofrecida sobre el proyecto del ingeniero José Lequerica sobre la ampliación del puerto. Comprendía la construcción de un muro de muelle desde el warf del ferrocarril del Norte (o sea, desde el primer muelle de Maliaño) hasta el castillo de La Cerda, en la punta sureste de la península de la Magdalena. Fue muy minuciosa la descripción del propósito, que incluía un muelle saliente entre las puntas de San Martín y el Promontorio, para el atraque de los trasatlánticos. La playa de la Magdalena quedaría embebida en una dársena. El total del proyecto significaba dar a Santander 3.400 metros de muelle sobre el canal y 2.100 interiores de las dársenas, y su coste se calculaba en quince millones de pesetas.

Aprendemos en estas páginas que la primera expedición de soldados repatriados de Cuba, llegados a Santander, fue el 17 de julio de 1878. Vinieron a bordo del vapor correo «España», y conforme a las prescripciones sanitarias, los expedicionarios tuvieron que permanecer durante la cuarentena en un campamento de emergencia instalado junto al lazareto de la isla de Pedrosa. Con ello se abría un capítulo doloroso que los santanderinos supieron afrontar con entereza de ánimo, y que incluso llegaría, pasando los años, y al ritmo de los acontecimientos en las Antillas españolas, a constituir ejemplo de patriotismo al recibir hospitalaria y afectivamente a los soldados devueltos a la patria, heridos o enfermos.

En la Hemeroteca sólo se conservan los ejemplares del año 1878. La noticia más fidedigna, establece la fecha del 2 de julio de 1879, como el de la desaparición de este periódico.

DE LA
RESTAURACION
A LA
GUERRA DE CUBA

LA ARMONIA

Ciencias, artes, Bibliografía, noticias y anuncios.

órgano del ALBUM LITERARIO.

Literatura, agricultura, industria y Comercio

F. propietario, G. I. Pardo.

Reparto quincenal los días 5 y 20 de cada mes.—Administración y Redacción, Rio la Pila, 15, 1.^o.

PRECIOS.

| | | | | | | | |
|------------|---------------------|------------|-------------------------------|------------|--------------|-----------------|--------|
| SANTANDER: | { Semestre. | 24 reales. | { EN TODA { Semestre. | 26 reales. | { ULTRAMAR { | Un año. | 6 pts. |
| | Año. | 46 | ESPAÑA. Año. | 50 | EXTRANJERO. | | |

Pago adelantado en libranzas de giro mútuo ó sellos de comunicaciones, y en este último caso con carta certificada al Director. Números sueltos, 2 rs.

LA ARMONIA

1874.

Organo del Album Literario. Literatura, Agricultura, Industria y Comercio. Reparto quincenal los días 15 y 30. Imp. Telesforo Martínez. Blanca, 40. Admón. y Redac.: Rio de la Pila, 15, 1.^o.

Lo fundó, con carácter quincenal, G. I. Pardo, con estas palabras justificativas: «Un periódico literario es la dorada diadema de un pueblo mercantil. El Comercio sin las Bellas Artes y sin Literatura es el corroído esqueleto de la utilidad material; podrá enriquecer, pero enfriá el corazón. Cartago fue exclusivamente mercantil y sus riquezas cayeron con las murallas de su orgullo. Las ciudades fabriles y mercantiles del norte tienen el martillo del obrero, pero amenizan su vida con sus artistas y poetas».

Apareció el 1.^o de diciembre de 1874, a las puertas, ya, de la nueva situación española; llegaba, como mero pasatiempo, sin intenciones políticas, y así, dedicaba grandes espacios al teatro y a trabajos con pretensiones literarias, más una «Revista» mercantil para justificar complementarias actividades. No había firmas al pie de los artículos.

Su apoliteísmo lo justificaba con una décima «recogida de la fácil pluma de un poeta español muy conocido»:

De política la fruta
no entre nunca en nuestro cesto,
que es manjar tan indigesto
como la misma cicuta.
Y, mientras hay quien disputa

con empeño furibundo
si Juan primero o segundo
reina en Pisueña o Dalmacia,
sea nuestra diplomacia
dejar correr este mundo».

Tengamos presente la fecha (1 de diciembre de 1874), y hallaremos la clave de su postura inhibitoria ante el acontecimiento nacional que se estaba gestando.

En una «Crónica teatral» hacia estos comentarios acerca de lo que debía ser una costumbre en el Santander de entonces: «España es un chubasco de produc-

ciones dramáticas. Madrid, que necesita un consuelo en medio de las calamidades de la guerra, acude a los teatros puesto que un clavo saca otro clavo. El teatro debe ser escuela de las buenas costumbres, pero no el parque de los pollos que van con la artillería de los gemelos a buscar bodas improvisadas y nutritivas. Cuando no se entienden los pensamientos del poeta y no se aprecia el interés de los actores, ¿por qué se les critica? Hoy día se tiene por nada una rechisla del mérito de las compañías dramáticas porque parece más fácil negar que afirmar. Digan ustedes, señores Zoilos, ¿han traducido ustedes del griego, los dramas de Eurípides? Otra vez seremos más explícitos y sepa el público que en revistas teatrales y en la historia de la literatura dramática se habla mucho por boca de ganso. En Santander, la compañía que actúa en nuestro coliseo hace lo que puede y cumple con su obligación».

Es muy curioso un largo artículo ambiental pintoresco de su «Miscelánea» bajo el título «El paso de un viajero por Santander», del que transcribimos estos párrafos: «Al ver nuestro Muelle desde una lancha creyó que desembarcaba en Londres, ilusionado, sin duda, por el frontis del puerto y por los faroles de gas. Al desembarcar, un grupo de hombres y mujeres la quisieron llevar de las orejas hasta la fonda. Tal era el atractivo que su bolsillo producía. Prensado en la fonda como una sardina, salió dirigiéndose al Suizo donde tomó café y leyó periódicos alemanes que nadie lee. Dio un paseo de noche y compró un farol que le sirviera de guía en varias calles. Al día siguiente compró también, porque llovía, un bote para navegar por algunas plazuelas. Preguntó por Academias y Ateneos y lo guiaron a una taberna donde encontró compañías líricas que entonaban canciones populares. Preguntó también por una Biblioteca y tropezó con un almacén de harina. Se propuso hacer amigos y sólo encontró caseros. En los talleres del artesano admiró a un pueblo honrado y trabajador. Al regresar a la fonda por el Muelle, le hizo frente una muralla de carros a la puerta de la Aduana diciendo para su capote: «Importante población mercantil (y no se engaña), debe ser ésta y lo sería mucho más si aprovechase todos los recursos que le prodiga la Naturaleza». «Inspeccionado el Instituto provincial recibió una gran satisfacción a la vista de los gabinetes de física, química e historia natural, pero como no hay dicha cumplida, halló que la Biblioteca es, en su mayor parte, un almacén de vestigios monásticos dedicados a la erudición de los ratones... Teniendo que visitar a las autoridades y algunos representantes extranjeros y oficinas públicas, salió completamente satisfecho de su obsequiosa finura. Se quedó fascinado ante la hermosura de las simpáticas montañesas, convertidas algunas en esclavas de la moda. En el Sardinero observó el plano de una población sumtuosa para el porvenir. Al volver por la Segunda Alameda le pareció que entraba en las cercanías del Boulogne de París. Le agradaron mucho los escaparates de las tiendas de las calles de San Francisco, la Blanca y Plaza Vieja, cuyos mecheros de gas proyectan su luz sobre los lindos perfiles de señoritas, artesanas y costureras que, semejantes a los planetas, tienen por satélites a los pollos. En las

fuentes encontró un campo de Agramante; allí reñían las Amazonas con Marte, tirándose los cántaros...»

No hemos conseguido noticia acerca de la fecha que llegó a alcanzar esta publicación.

LA TERTULIA.

Selección de pensamientos poéticos, charadas,
enigma-charadas, enigmas, acertijos, logogrífos,
rompecabezas y otros esczesos,

POR VARIOS INGENIOS MONTAÑESES.

RECOPILADA Y PUBLICADA

POR

F. M.

1876.

Imprenta d. — Cimiano, Arcillero, 1.

TANDER.

LA TERTULIA

1876.

Ciencias, Literatura y Arte. Imp. Solinis y Cimiano. Arcillero, 1, y Mazón.

Dos épocas perfectamente diferenciadas tuvo esta publicación: la primera, en 1876. «El grupo de los amigos de Pereda —escribe José María de Cossío—,

haciendo prender su entusiasmo literario en el impresor Mazón, comenzaron a publicar «La Tertulia» que si en su primera aparición fue tan sólo poco más que entretenimiento de sociedad (charadas, adivinanzas, poesías...) en su segunda manera logró la jerarquía de la más importante revista literaria de que en la Montaña hay memoria».

Este primer año de «La Tertulia» fue, en efecto, un periódico informativo con escapadas al campo de la literatura, pero al reaparecer en 1877 tiene ya un corte eminentemente literario. En el prólogo, firmado por «la Redacción», decía: «Entra en su segundo período «La Tertulia» conservando su nombre antiguo pero con propósitos diversos, si no opuestos, a los que en sus niñeces mostraba. Dirigióse entonces a las damas y hubo de ser su carácter ameno, de ligereza su alma, su principal distintivo la agudeza de ingenio, su base la charada. Acogióla con indulgencia, no a sus escasos méritos proporcionada, el público femenino; deleitaron a no pocos hombres los discretos y variados artificios allí espuestos a la curiosidad y adivinación de los lectores no muy ocupados ni impacientes, y «La Tertulia» sirvió de honesto y sabroso esparcimiento a gran número de familias montañesas en las largas noches del pasado invierno. No reniega de sus modestos orígenes «La Tertulia», pero al entrar en el segundo volumen de su publicación, ataviado con nuevas galas tipográficas y en todo lo que a su parte material pertenece, sobremanera mejorada, juzga oportuno corresponder a la creciente benevolencia de sus amigos ampliando el número, calidad y extensión de los trabajos que en sus columnas aparezcan. Cuenta para tal objeto con la más o menos asidua colaboración de diferentes escritores montañeses y algunos forasteros conocidos y apreciados unos y otros en la república de las letras. Según el uso de tiempo atrás lo manda, titúlase «Periódico de ciencias, literatura y artes», no por mera fórmula o vanidoso alarde, sino porque de todo ello ha de aparecer en su colección, Deo volente. Procuraráse escoger con acierto y relativa severidad los materiales, variados en lo posible; unir, según la asendereada receta horaciana, lo útil con lo agrable, evitar toda pesadez y monotonía, huir del trivial y amanerado estilo periodístico y guardar un cierto decoro literario. Antes se disolverá «La Tertulia» que convertirse en fábrica de malos versos o de insípidas historietas. Respetará cuidadosamente en sus artículos el dogma y la moral católica, que son el dogma y la moral de sus colaboradores. Se evitara todo escarceo en el campo de la política diaria o militante y sólo a la literatura (en toda la extensión de la palabra) se dirigirán los aunados esfuerzos de los tertuliantes. Tendrá nuestra Revista (si tal nombre merece), un carácter español puro y castizo, que importa conservar más que nunca hoy que el contagio extranjero cunde y se propaga que es una maravilla. Será sobre todo montañesa, como nacida y criada en la noble capital de Cantabria, y a cuanto con la historia y la literatura del país se relacione, dará siempre señalada preferencia. Estudios sobre nuestros antiguos monumentos, curiosas investigaciones acerca de la pasada vida de esta noble y perezosa raza, cuadros de su vida presente, noticias

eruditas de todo género, biografías de montañeses ilustres y ensayos críticos sobre escritores del país, tradiciones y leyendas... todo ocupará lugar en las páginas de este papel volante, destinado, si la fortuna lo consiente, a ser una verdadera Revista literaria montañesa digna del pueblo ilustradísimo y opulento en que ve la luz y eco fiel del muy notable movimiento literario que, de algunos años a esta parte, habrán notado los menos linces, en la capital de la Montaña. Preciso es que ésta vaya conquistando por grados la autonomía intelectual que otras más afortunadas regiones de España disfrutan; pues ni en viveza de fantasía ni en cordura y buen seso, ni en laboriosidad y diligencia, ha solidado ceder el pueblo cántabro a las otras gentes peninsulares. Santander pudiera llegar a ser el centro de una escuela literaria si para un fin común llegasen a unirse los esfuerzos, hoy tan gloriosos como aislados, de sus diversos escritores. A tal objeto se encamina «La Tertulia» y tal vez sea parte esta razón para conquistarse el aprecio de los montañeses, al cual corresponderá en la medida de sus fuerzas, la Redacción».

Hemos transscrito «in extenso» este preámbulo, tanto por la clara exposición de unos propósitos que se cumplieron fielmente como por ser de una pluma esclarecida. Cesó de publicarse el 15 de julio de 1877, cuando Francisco Mazón recogió en un solo volumen los cuadernos de esta segunda época de la Revista. Y fue verdaderamente lastimoso que la empresa no perdurase, porque la intención se logró en buena parte como lo certifican el número y la calidad de los trabajos publicados con la firma de los más selectos escritores vernáculos de aquella promoción y de algunos otros extraños a la provincia pero ligados a ella con lazos afectivos y de admiración hacia el pujante movimiento literario montañés citado en la convocatoria; Pérez Galdós, convertido cinco años hacía en asiduo veraneante en Santander, dio a conocer en «La Tertulia» sus «Cuarenta leguas por Cantabria».

Así pudo Mazón escribir como «advertencia final» estas palabras: «Sin la asidua colaboración de los literatos montañeses que, llevados de un ardiente amor al suelo patrio, han respondido a mi invitación, y sin el concurso de otros escritores que, aunque no nacidos en esta provincia están unidos a ella por vínculos de parentesco y simpatía, «La Tetulia» no hubiera llegado a extender, como las ha extendido, sus raíces más allá de las fronteras de Cantabria»:

Indice de autores y escritos:

Aguirre, Adolfo: «Aguinaldos», «Lloviendo», «Con sol», «Notas de viaje».-*Araujo*, Fernando: «Siempre tú», «La mujer».-*Bustillo*, Eduardo: «Soteno», «A un diputado», «El vestido largo», «Vindicación de Arderíus».-*Bengoa*, Bartolomé: «Nombres y apellidos».-*Casa Mena*, Marqués de: «Solares montañeses», «Solar de Villanueva de la Barca», «La torre de hoja de Marta», «La pila de agua bendita de la catedral de Santander», «Los Agüeros».-*Camposamor*, Ramón de: «A...».-*Caraves*, Tomás: «La ausencia».-*Colongues*, Justo: «El expósito», «Inmoralidad del delito».-*Collado*, Casimiro: «Lágrima

perdida», «A una niña», «Día nublado», «Himno».—*Duque y Merino*, Demetrio: «Jacob» (soneto).—*Díaz de Quijano*, Máximo: «No más fantasías sobre motivos de óperas».—*Escalante*, Amós: «Enviando unos versos», «Enviando unos libros», «La Montañesa», «A un mirador», «El Palmero» (traducción de Walter Scott), «En la Montaña», «Hoja perdida», «Versos alemanes», «Soneto», «Versos de antaño», «Una estrella».—*Estráñi*, José: «Desconsuelo».—*E. P.*: «Fray Iñigo de Barreda».—*Fernández de Castro*, Tomás: «A...», «Las estaciones del alma», «A una mariposa», «Bien por mal».—*Ferrari*, Emilio: «Delirio», «A la mujer» (traducción de Byron).—*Fernández*, Ernesto: «El castillo de Torrelabatón», «La mujer y el derecho», «El mundo de los pájaros» (traducción).—*Fuente*, Adolfo: «La fortaleza», «La maldición», «Extasis», «La despedida de la huéspeda árabe», «A la luz de la luna», «Las cabezas del Serrallo», «El niño», «El sultán Achmet», «Nourmahal la Bermeja» (todas estas composiciones, traducciones de Victor Hugo), «Imágenes risueñas», «Los trozos de la serpiente», «El dos de mayo», loa, «Sara en el baño» y «Entusiasmo» (traducciones de Victor Hugo).—*González Bustamante*, Fidel: «A la gloria».—*García*, Juan: «Nuestra Señora de la Luz», «A Açmodeo» (romance), «La feria de Sevilla», «Conclusión», «Un español de Goya», «El libro de Santoña».—*Hache*, M.: «Quejas».—*J. P.*: «Apólogo».—*Laverde Ruiz*, Gumersindo: «Sonetos», «Al señor don Francisco J. Caminero», «Sonetos», «Consejas».—*Lastra*, Juan José de la: «Para mi hijo».—*Leguina*, Enrique: «La iglesia del Cristo».—*Menéndez Pelayo*, Marcelino: «Parpafrasis de un himno griego, de Sinesio de Cirene; «Noticia para la historia de nuestra métrica», «Los jesuitas españoles en Italia» (Introducción), «Letras y literatos portugueses», «Los jesuitas en Italia», «El abate Andrés, Hervás y Panduro, Eximeno»; «Oda de Erina de Lesos a la diosa de la fuerza», «Una comedia inédita de Trueba y Cossío», «Cartas de Roma», «Españoles en Italia», «Una visita a las bibliotecas», «Epistola partenopea», «Rerum opibus que potens», «Florencia mater», «Epístola a Horacio», «Cartas de Italia: Letras y literatos italianos».—*Madrazo*, Albino: «Rosas», «Cervantes», «A un abanico».—*Marañón*, Manuel: «El mar», «Croquis de un viajero».—*Monte*, Evelio del: «La comedia griega en Atenas».—*Olarán*, Ricardo: «Pobre flor», «Mañanas de mayo», «La barca».—*Pando y Valle*, Jesús: «Ella», «Las cortes del amor».—*Pereda*, José María: «La mujer del ciego, «¿Para quién se afeita?», «Tipos trashumantes: Las de Cascajares, Los de Becerril, El Excelentísimo Señor, Las interesantísimas señoras, Un artista, Un sabio, Un aprensivo, El peor bicho, Un marino, Los buenos muchachos, Las bellas teorías, Conclusión, «Velarde», La llegada del correo, La guantería».—*Pérez Galdós*, Benito: «Cuarenta leguas por Cantabria».—*Polo y Peyrolon*, M.: «Todo un poema de amor cristiano».—*Pujol del Collado*, Josefa: «Influencia de la música en la civilización de los pueblos».—*Ríos y Ríos*, Angel: «Utilidad y tolerancia de todas clases», «Historia de un baile montañés», «El Dos de Mayo».—*Reoyo y Garzón*, Enrique: «Epístola».—*Santa Cruz*, Roberto: «Romances».—*Sánchez Cantos*, Adela: «La

vanidad».-*Torcida*, Honorio: «La caridad», «A mi madre».-*Zorrilla*, J. J.: «De las epidemias consideradas en sus relaciones con las condiciones higiénicas de los pueblos».

La Sección bibliográfica recogió trabajos tan interesantes como: «Hijos ilustres de la provincia de Santander. El padre Rabago, Estudio biográfico», por *Enrique Leguina*.-Noticia histórica de las behetrias, de *Angel de los Ríos y Ríos*.-Bocetos al temple, de *José María Pereda*.-Prospecto de la Sociedad de Bibliófilos Cántabros (por *Marcelino Menéndez Pelayo*).-Elementos de agricultura y zootecnia, de *Augusto Lecanda Chaves*.-Memoria leída en la apertura del curso de 1876 a 1877, de *Agustín Gutiérrez y Díez*.-Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la Ciencia española, de *Marcelino Menéndez Pelayo*.-Breves apuntes sobre la historia y la administración de la Beneficencia provincial de Santander, de *Felipe de Benito*.-El eco de los cantares, de *Liborio C. Prosert* y *Mario González de Segovia*.-Crónica científico popular, de *Emilio Guelín*.-Episodios nacionales: Los Cien mil Hijos de San Luis, de *Benito Pérez Galdós*.-Examen del decreto de 9 de febrero de 1875, reformando la ley del matrimonio civil, de *Manuel Marañón Gómez*.-Quien a hierro mata... Proverbio dramático en un acto y en verso, de *Emilio Ferrari*.-Los pequeños poemas, de *Jesús Pando Valle*.-Revista de las provincias.-Costumbres populares de la sierra de Albarracín y Cuentos orientales, de *Manuel Polo y Peyrolón*.-«Ave Maris Stella», historia montañesa del siglo XVII, de *Juan García*.-El eco de los cantares, de *Manuel González de Segovia* y *Liborio G. Prosert*.-La pluralidad de los mundos habitados ante la fe católica, de *Niceto Alonso Perujo*.-El fomento de la producción nacional.-Memoria de las aguas ferricarbonatadas del Astillero, por el licenciado en medicina y cirugía, *José Adrán y Cortés*.-El averiguador de Cantabria (por varios).

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Al año, 100 pesetas.
Al mes, 10 pesetas.
Al número, 10 céntimos.
Al número, de 10 a 20 céntimos.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN

En la Avenida de los Pinos
y en el Teatro y Gabinete
de la Música, y en el
Teatro, y precios iguales.
En la Avenida, de 10 a 20 céntimos.

EL ECO DE LA MONTAÑA

PERIÓDICO POLÍTICO INDEPENDIENTE.

SE PUBLICA LOS JUEVES Y DOMINGOS.

Año V.

Santander 15 de Enero de 1882. - 1333

Núm. 378.

EL ECO DE LA MONTAÑA

1878.

Periódico de intereses morales y materiales. Direc. y Amón.: Arcillero, 1. Se publica los jueves y domingos. Imp. Solinis y Cimiano.

Decididos los liberales más templados a tener un órgano propio para la defensa de sus ideales de partido, fundaron un bisemanario apellidado en principio «periódico de intereses morales y materiales», según la costumbre tópica de entonces. No aparecía, en puridad, como vocero de ninguna fracción determinada. Desconocemos quién o quiénes lo fundaron, aunque sabemos que lo dirigió Manuel Cansinos, energico e infatigable batallador. Si observamos que el nuevo periódico se domiciliaba, así como su administración, en la imprenta de Solinis y Cimiano, todo induce a pensar que la empresa, en su primera etapa, tuvo carácter privado y aparecía como propietario y gerente José Uzcudun Terreiro, almacenista y exportador de vinos. Entre los curiosos trabajos aparecidos en estas páginas, figura uno muy extenso en el que se hace descripción minuciosísima –un verdadero inventario– de las habitaciones habilitadas por don Antonio López y López en Comillas, para la estancia de los reyes e infantas durante su veraneo en 1881. Artistas catalanes y artesanos santanderinos intervinieron en la decoración de cada estancia, la mayoría de ellas al estilo francés de Luis XIII, con cuadros de artistas afamados y mobiliarios de gran riqueza.

Pasando el tiempo, se autotitulaba «independiente» y en mayo de 1882, suprimió este apellido para definirse «periódico político», pero sin matizar qué fracción, cosa que haría, sin llevarlo a la cabecera, cuando se tituló «órgano del partido liberal conservador». Estas fluctuaciones parecen justificarse por la evolución de la política turnante a todo lo largo de la Restauración, aunque eludió entrar en definiciones doctrinarias. Para «El Eco de la Montaña» lo principal era oponerse a cuanto el Ayuntamiento aprobaba, especialmente a partir de 1881, a poco de ser nombrado alcalde de real orden Lino de Villa Ceballos, el más controvertido, y hasta pintoresco de todos los alcaldes habidos en la ciudad, y cuyos cuatro años de mandato fueron un sucesión de «genialidades» inspiradas por su atrabilis, llegando a alcanzar singular notoriedad en toda España, pues muchos periódicos de la Corte y de provincias seguían sus andanzas. En Santander, don Lino fue sujeto de la lucha entre dos bandos de la opinión pública. «El Eco de la Montaña» sostuvo contra él una arriscada, tenaz,

diaria lucha comentando sus actos autoritarios dentro de la Corporación municipal, y «celebrando» regocijado sus bandos, verdadera antología de pintoresquísima «literatura municipal y filosófica».

Cansinos escribió centenares de comertarios, entre serios y jocosos: era la válvula de escape de sus intolerancias contra los que no comulgaran con sus principios políticos, exarcebándose sus inconciliables opiniones con «los ensalzados a los puestos rectores», en vigilancia permanente. Durante los cuatro años de la «era linoísta», «El Eco» mantuvo en posición todas las baterías en dirección a las actuaciones del alcalde, y, naturalmente, disparadas con tenaces y permanentes polémicas con los demás periódicos santanderinos coetáneos, como «El Diario de Santander», «La Montaña», «El Aviso», «El Correo de Cantabria» y las hojas volanderas proliferantes para defender o atacar al alcalde, como se verá. En su propia parcela política fustigó a «los que hoy se llaman conservadores que son los que tratan de dominarlo todo».

Don Lino, que tampoco anduvo remiso en la publicación de remitidos abstrusos, puso a «El Eco» el mote de «El Sanhedrín de la calle del Arcillero». Para Cansinos, don Lino pertenecía y se manifestaba como masón; éste le llevó a los tribunales por cuatro veces, por lo que se le formaron causas que subieron hasta el Supremo.

Por lo que antecede, no debe ni puede suponerse que «El Eco» descendiera al campo del libelismo, pues todas sus campañas se siguieron entonadas y sólo recurría a los adjetivos «de lenguaje de plazuela. Así, por ejemplo, las controversias sostenidas con otros dos periódicos: «La Voz Montañesa» y «La Verdad».

Bien impreso, sus cuatro páginas informaban cumplidamente sobre todos los aspectos y ocurrencias locales: así enteraba a sus lectores sobre el movimiento del puerto, del mercantil, sucesos, sesiones municipales, ecos de sociedad, teatro, etc., etc., en gacetillas enriistradas sin orden y separadas por una pleca; también insertaba traducciones de los periódicos ingleses acerca de la industria y el comercio. Entre sus colaboradores figuró un tiempo Federico de la Vega.

En la campaña antilinoísta, «El Eco» halló ocasión fácil cuando el regidor lanzó un archifamoso bando a los santanderinos –dictado al tomar posesión de su cargo en 1881– dirigido a reafirmar su oposición de combatiente frente a una situación municipal muy difícil –la hacienda casi quebrada, los deficientes servicios, las ordenanzas incumplidas, etc., etc.– y a la que presentaba la sociedad local. «Vengo –dictaba don Lino– a perseguir el vicio y a defender el derecho de todos, porque todos somos iguales ante la ley. Combatiremos el abuso y el crimen donde quiera que se hallen, y administraremos justicia». El original y arido alcalde denunciaba las lacras sociales como el juego y el contrabando, la prostitución y la blasfemia, y decía que los asuntos de policía gemían con censurable abandono, planteando una extensa relajación en las costumbres pú-

blicas. El bando tuvo la virtud de repercutir en la prensa madrileña, donde unos aplaudían al regidor santanderino y otros le tomaban poco menos que a chacota. «El Eco» participaba en la pena de que un alcalde de la ciudad diese motivo a una fama poco halagüeña para el buen concepto provinciano.

Sucedía que el celo de todos y cada uno de los redactores de los periódicos de aquel tiempo, llegaba a la hiperestesia, y todos eran a vigilar a los demás; a no perdonarles una palabra mal dicha o de intención esotérica. Cansinos fue condenado –no sin que recurriera al Supremo– a dos meses y un día de arresto mayor por uno de sus comentarios contra el «chusco alcalde» según le denominaba.

Entre los artículos transcritos por «El Eco» figuró uno de Antonio Trueba, «Antón el de los Cantares» con la historia del «Café Suizo», la institución de una empresa que iniciada en Bilbao se ramificó a varias capitales españolas y que en Santander constituyó centro preferido de los elegantes durante muchos años.

En la Hemeroteca municipal la colección de «El Eco» finaliza el 28 de octubre de 1883 (año VI de su publicación). Al siguiente mes, «El Aviso» anunciaba la reaparición de «El Eco» como «órgano del partido conservador.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

En Santander, trimestre 2 pesetas.
En el resto del País 1.
Cáceres y Extremadura
y en las provincias de 30
Paises extranjeros

Redacción y Administración
RIBERA, 7, 2º
Autómatas y comunicados a precios
convenables.
Diríjase la correspondencia al
DIRECTOR.

EL MONTAÑÉS.

PERIÓDICO DE INTERESES MORALES, MATERIALES Y NOTICIAS.

SE PUBLICA LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS.

EL MONTAÑÉS

1880.

Periódico de intereses morales y materiales y de noticias.
Se publica los miércoles y sábado. Redac. Ribera, 7, 2º.
Imp. y Lit. Telesforo Martínez.

«No venimos al estadio de la prensa bajo la influencia política, y no hemos caído por tanto en la tentación de dar en este primer número nuestro programa», decía en su estreno, el 14 de agosto de 1880. Nacía bajo la dirección de Emilio Nieto.

Aparte de las noticias generales, dedicaba grandes y preferentes espacios a las reseñas sobre las actividades del flamante Casino Montañés (que acababa de ser inaugurado y donde, sin duda, se había gestado la publicación). El Casino festejaba la apertura de sus salones con una solemnidad en honor de Hartzembusch, en la que intervinieron escritores locales como Cárvares (abogado, disertante sobre «la pena de muerte»); Estrañi, el arquitecto Atilano Rodríguez, y Eusebio Sierra con una producción suya. Al mes siguiente, «El Montañés» informaba sobre la conferencia del geólogo y profesor Vilanova, con el tema de sus experiencias en la visita a la cueva de Altamira, descubierta no hacía mucho por Sautuola, y como defensa contra los ataques que éste sufría por parte de los prehistoriadores franceses que negaban la autenticidad de las pinturas parietales. Vilanova amplió esta conferencia con otra en el Instituto para explicar «las cosas notables que había encontrado en las exploraciones de otras cuevas prehistóricas de la provincia».

«El Montañés» hizo un largo relato del incendio que en pocas horas destruyó el 6 de octubre una casa del Muelle, otra de la Plaza de la Libertad y finalmente causó graves daños en una tercera de la calle de Wad Ras. En la primera, propiedad del marqués de Montecastro, quedaron destruidos el Café Suizo, el Círculo de Recreo, el Club de Regatas y la espaciosa fonda de Torcida.

He aquí algunos detalles de la información sobre el siniestro, que conmovió a toda la ciudad:

«Imposible es describir el devastador cuadro que presenciamos a la hora en que se inició el incendio, pero cuando rayó en lo indescriptible fue al desplemarse, a las nueve de la noche, con ruidoso estrépito, las diversas y majestuosas

fachadas del suntuoso palacio del marqués de Casa Pombo. La consternación, el miedo y la angustia se apoderaron de los innumerables testigos de la catástrofe.

Y para que nada falte a lo horrible de tan aterrador cuadro... Cinco jóvenes trabajadores del establecimiento del señor Roviralta fueron conducidos a la farmacia del señor Cagigal porque, infelices, en el momento de intentar sacar los enseres del Café Suizo, tuvieron la imprevisión de beber de una botella de esencia de almendras amargas (es decir, de ácido prúsico) y se envenenaron. Uno de ellos, Evaristo Vegas, sucumbió al entrar en el hospital, otros tres, Ciriaco Prieto, Enrique Ortiz y Manuel Freire, lucharon con la muerte en los primeros momentos y ya están fuera de peligro; otro, de 12 años, sufrió apenas una escasa dolencia.

Agréguese a estos infelices el número de 17 ó 18 entre heridos y contusos y dejamos a nuestros lectores los comentarios.

Intervino la dotación del vapor correo «Santander», a las órdenes de su capitán señor Cimiano, del primer oficial Jaureguízar, del segundo oficial, Gorordo. Esta tripulación se distinguió en igual lamentable caso hace aún pocos años en la calle de la Blanca.

En un almacén de la planta baja había cuatro mil cajas de azúcar, que se quemaron.»

Firmaba una sección, titulada «Potpourri», Faustino García Gaviño, ingeniero mecánico que marchó al poco tiempo a La Habana.

Entre las noticias curiosas que aparecen en sus páginas figura el compromiso adoptado por la Liga de Contribuyentes, en una solemne sesión celebrada en el Ayuntamiento el 26 de noviembre de 1880, para la adopción, por el comercio, y a partir del 1.^o de enero del año siguiente, del sistema métrico decimal. Y una estadística de la población (en 30 de diciembre de 1880) de la que resultaba existir 603 pisos desalquilados, 130 solares yermos en el término municipal, y 40.475 habitantes. De ello resultaba que la población, lejos de aumentar, había disminuido en 546 habitantes, en relación con el padrón de 1877.

«El Montañés» dejó de publicarse en enero de 1881.

**PRECIOS
DE SUSCRIPCION**
Escriptores, una pieza, 10.
Periodistas, tres piezas, 15.
Periodistas, tres piezas, 15.

LA VOZ

DIARIO DE LA MAÑANA

**REDACCION
Y ADMINISTRACION**
Casa de don Primitivo, número 29,
entre la calle de la Constitución y la calle
de los Corrales, en la parte alta de la
ciudad de Santander. Teléfono 2-12-18-19.
Periodico diario, suscrito por el Ayuntamiento
y las autoridades eclesiásticas y civiles.
Periodico de Santander.

ANOT.

Santander. Sábado 23 de Octubre de 1880

NÚM. 1

LA VOZ

1880.

Imp. «La Voz Montañesa». Redac. y Amón.: San Francisco, 30.

La suspensión de «La Voz Montañesa» por la ley de imprenta (1), determinó a Coll y Puig y sus colaboradores y correligionarios, a sacar inmediatamente a la calle otro diario, de exacto formato y características, con el título de «La Voz», el día 23 de octubre de 1880. Era más templado su tono. En la primera de sus cuatro páginas publicó artículos de divulgación científica, versos firmados por Ricardo Olarán, S. O. Elidan (seudónimo de Daniel Ortiz), y José Estrañi, quien redactaba a diario una sección titulada «Cosquillas», para mayor claridad de que se trataba de la continuación de las «Pacotillas». Era obvia una declaración de propósitos que, decía, «son los de defender los intereses de la localidad y la provincia, sin mediatisación de ninguna empresa particular». «'La Voz' —escribía— no será un periódico mercenario exclusivamente consagrado a defender los actos de una parcialidad administrativa ni los intereses particulares de nadie». En una gacetilla justificaba, sin declararlo taxativamente, la razón de su salida como suplemento: «'La Voz Montañesa' se ha despedido ayer de sus lectores para empezar a cumplir la pena de sesenta días de suspensión a que fue condenada en su última denuncia».

Nada, en la confección, ni en el contenido, difería de su verdadera empresa; ni en las habituales polémicas con «El Eco Montañés». Novelas en folletón, versos (frecuentemente aparecidos con la firma de Honorio Torcida); artículos de amenidades, una extensa sección de noticias en forma de bocadillos locales, provinciales, nacionales y extranjeros, etc., etc.

El 28 de noviembre (último de su publicación, con el número 32) decía: «La publicación del decreto sobre el indulto a la prensa política pone a nuestro apreciable colega «La Voz Montañesa» en condiciones de aparecer el próximo martes. Al mismo tiempo nos comunica la imprenta la imposibilidad en que se encuentra de continuar confeccionando «La Voz». Con este motivo nos vemos precisados a suspender la publicación, mientras nos ponemos en condiciones de continuar nuestras tareas». Era una forma de no declarar la absoluta realidad de su breve vida como mera sustitución circunstancias de «su colega».

(1) Véase «La Voz Montañesa».

| PRECIO DE SUBSIDIO | |
|------------------------|-----|
| Gestación, 40 días. | 8 |
| " 60 días. | 31 |
| Primeriza, tres meses. | 77 |
| Última, seis meses. | 106 |
| Entrenaje, ocho meses. | 114 |

LA VOZ DE SANTANDER

DIARIO DE LA MAÑANA

AESD 1

Sistema 5 - Mídia social 12 de Fevereiro de 1881

NDA-1

LA VOZ DE SANTANDER

1881.

Imp. de «La Voz Montañesa». San Francisco, 30.

Muy poco tiempo le duró a «La Voz Montañesa» el beneficio del indulto que estuvo disfrutando desde el 29 de noviembre de 1880, porque a finales del mismo año tuvo otro tropiezo con la Ley de imprenta que le hundió nuevamente en un temporal ostracismo; mas pone en práctica el recurso de sacar inmediatamente a la calle un sustituto que, para más clara identificación –según sucedió anteriormente al editar «La Voz»–; se llama ahora «La Voz de Santander». Hizo su aparición el 1 de enero de 1881. Idéntico formato, la misma intención, naturalmente, atemperada por la necesidad de subsistir y no caer otra vez bajo el peso de la ley; las mismas firmas; ahora, Estrañi, en vez de «Pacotillas» o «Cosquillas», hace «Gorgoritos». En folletón comienza a publicar un largo artículo de Juan Martín Calleja sobre «La gruta de Altamira», por entonces de plena actualidad.

Al trazar, Estrañi, un «cuadro» de lo que creía «debería traer el año 1881 a Santander», escribía:

El Paredón se trocará por fuera en un arco triunfal arquitectónico, y por dentro en un túnel con columnas de orden salomónico que servirá para ir sin más rodeo a la nueva estación desde el Correo.

Publicó veintiséis números, es decir, hasta el 10 de febrero, en que explicaba: «Con el presente número nos despedimos de nuestros suscriptores. La próxima reaparición de nuestro estimado colega «La Voz Montañesa» es causa de que desaparezca «La Voz de Santander» por la imposibilidad material que existe en la imprenta de aquel diario, de hacer todos los días ambos periódicos».

Año 1.^o—Número 2.^o
SUSCRIPCIONES.
SANTANDER: un año Pta. 6,75
trimestre 2,25
PROVINCIALES: 1,20
ULTRAMARÍNOS: 1,20
EXTRANJERO: 1,20
Número cuatro 0 céntimos.

EL DIARIO DE SANTANDER

PERIODICO DEMOCRATICO.

JUEVES 2 de Junio de 1881.
REDACCION Y ADMINISTRACION
ZALANZA, 412
OFICINAS Y TIENDAS A POCAS
QUINTAS DEL MUNICIPIO.
La correspondencia se dirigirá
a la Administración del periódico.
Número cuatro 0 céntimos.

EL DIARIO DE SANTANDER

1881.

Piso bajo de la casa número 24 de la calle de la Blanca.
Imp. de Telesforo Martínez.

Conforme al programa político constituido por el manifiesto del 1 de abril de 1880, del partido democrático-progresista, fue fundado «El Diario de Santander» que apareció el 1.^o de junio de 1881, dirigido por Justo Colongues-Klint. Recogía la fracción desgajada de la democracia histórica republicana defendida por «La Voz Montañesa». Era un periódico que tendría que lidiar –y no sólo en la arena política– contra los federales y la derecha dinástica. Tuvo de vida dos años y nueve meses, pues desapareció el 3 de abril de 1884. En octubre del año anterior Colongues abandonó la dirección «por motivos profesionales» sustituyéndole Mariano García del Mozal, abogado. Según noticia dada por otro periódico de su tiempo, Colongues era propietario, director y único redactor.

Defendió la actuación y la personalidad del alcalde Villa Ceballos, todos cuyos movimientos se reflejaron en sus páginas con una puntualidad y adhesión que hubo temporadas de aparecer como de grandes afinidades –en el fondo– con el tan discutido regidor. Publicaba sus proclamas, y recogía los elogios que en la prensa española le dedicaban, y los propios remitidos de autodefensa. Al meter baza en aquel pleito hubo de sufrir las consecuencias de los lances personales suscitados por el apasionamiento dialéctico con que Colongues se manifestaba.

Su primer y más grave tropiezo le advino por la excomunión dictada por el obispo Calvo Valero, junto a las de «La Voz Montañesa» y «La Montaña». «El Diario» venía sosteniendo un tono rabiosamente anticlerical y a partir del anatema redobló sus ataques al prelado, pronunciándose en un estilo insólito en hombre que, como Colongues, era de sólida formación intelectual. La gran crisis socio-religiosa de aquella época generadora de la lucha dialéctica, agotaba muy pronto las reservas de la serenidad entre los combatientes, y las columnas de los periódicos se veían obligadas a sostenerse en el estilo del libelista. «El Diario» fue una de las víctimas de tal situación.

La triple excomunión se convirtió en objetivo de una ofensiva rabiosa contra el obispo y a «El Diario» le valió, también, una querella por parte del Cabildo Catedral, y otra, por injurias, interpuesta por el abogado Belisario de la Cárcova que capitaneaba un grupo de veinticinco abogados santanderinos contra «La Voz Montañesa», también a consecuencia del anatema episcopal.

Telesforo Martínez, en cuya imprenta se tiraba «El Diario» rescindió el

contrato y el periódico tuvo que confeccionarse en taller propio, en la calle de Somorrostro. Entonces «El Diario» cambió su inicial filiación por la de «periódico democrático».

Una semana antes, hacía historia de su creación: «Desde aquella fecha –declaraba– nuestro periódico ha procurado contribuir a la propaganda de las ideas del partido democrático-progresista y también a evitar en la medida de sus fuerzas, que llegara el momento de la ruptura de éstas, que se realizó el 27 de octubre en el Comité central. Aquella escisión ha cundido a las provincias y nuestra localidad no se ha visto libre de ella, habiéndose verificado el deslinde de los distintos campos en la reunión que el domingo pasado demostró aquel partido. Allí acabó la sociedad propietaria de «El Diario», cesando su comité directivo. El periódico continuará sin embargo defendiendo las ideas y principios republicanos, pero como se adhiere a la política del señor Martos, no continuará como órgano ni representación de la mayoría del partido».

A la salida de «La Verdad», gritaba en un editorial: «¡Liberales, a defenderse!» y dedicaba fuertes párrafos al nuevo diario. Después, durante varios meses, y cada día, prosiguió una tenaz campaña contra el periódico de Valbuena: editoriales, comentarios sueltos, bocadillos, todo como fiscalización policial de cada renglón. Y allá se envolvieron, en términos descompuestos casi siempre. Para «El Diario», la prensa local, favorable a la postura intransigente del obispo, era «una lucha sin cuartel, provocada por la falta de tacto con que ha venido produciéndose el obispo de la diócesis, primero personal y directamente; después, de una manera solapada, mas no por ello menos activa y eficaz. La batalla ha venido riñéndose en todos los terrenos, librándose lo mismo en la Iglesia que en el foro, que en la plaza pública que, finalmente, en la prensa. Por parte de los cléricales se han esgrimido las armas las más prohibidas, desde la individual injuria hasta el maldito falso testimonio, desde el vil anónimo hasta la más odiosa coacción moral». Pero no era «El Diario» un modelo de moderación. Posponía, la propia doctrina política, social y arreligiosa, a la esgrima personalista con fintas y estocadas hasta los gavilanes.

De su desparpajo cuando de informar se trataba de personas y hechos que no eran de su parcela política, es muestra la ofrecida de una misa a la que, en el pueblo de Valdecilla, asistió Romero Robledo en julio de 1882. Acompañaban al ex-ministro canovista su esposa, el exdiputado montañés González del Corral y el canónigo santanderino Cervantes de la Rosa. El párroco de Valdecilla negó permiso al dignatario de la catedral, para decir la misa. «Por olvido –decía «El Diario»– el señor Corral no ordenó enviar a la iglesia unas alfombras para los personajes del séquito y sobre todo para la señora de Romero Robledo, y en vista de ello pidió se prestaran, del propio templo, unos «ruedos». «El párroco, con formas destempladas, increpó al sacristán que había accedido a la petición. El rubor subió al rostro del señor Romero Robledo. Poco después, un hijo de este señor dejó oír su voz en el templo con forma de lloro. ¡Inaudito atrevi-

miento! El párroco hosco, braceando, ordenó que la precoz criatura fuese arrojada del templo. El señor Romero Robledo palideció de momento y después se puso verdi-negro, precursor de la tormenta. Pero la señora comprendió el estado de su esposo y todo lo echó al olvido. Llegó la tarde y la hora del rosario. El párroco desde el púlpito, dijo: «Esas señoronas que quieren serlo, que se visten «así y asao», esas no son señoras ni pueden serlo, etc., etc...».

Vendrían después, las acrimoniosas réplicas; pero el «estilo» del periódico quedaría reafirmado por la estela escandalosa que dejó en parte de la opinión pública.

Nada se oponía, para Colongues, cuando de zaherir a los elementos confesionales se trataba. Así no se detuvo ante la figura de Marcelino Menéndez Pelayo, ya en aura nacional de sabio a sus veinticinco años. Aprovechó la circunstancia del famoso discurso del Retiro, para reproducir «El Diario» una exacerbada crítica de «El Liberal» de Madrid. Y decía: «A propósito de poetas latinos. ¿Han visto ustedes el repaso que «El Liberal» le da a nuestro ilustre paisano, el joven académico? ¿No? Pues lénalo, que merece la pena. Parece mentira que el señor Menéndez Pelayo quiera tan mal al pobre Horacio; y eso que le ha traducido para enmendar la plana a ese poetastruelo que se llama don Javier de Burgos!». Y a renglón seguido, con la firma de «El Tío Trabuco» versificaba así:

Ay, señor don Marcelino!
En su brindis peregrino
a la santa inquisición
su férvida inspiración
rayó casi en lo divino.
Pero ¡por San Bonifacio!
No traduzca usted a Horacio
que, aunque joven y académico,
tiene usted el estro lacio
y además de lacio, anémico.
Que no piense algún malsín
al ver esto tan ruín
que escribe usted a deshonra
con la pluma... inyectadora
del amigo Jesusín!

Entre las informaciones que hoy puedan tener un curioso interés acerca de la vida local, figura la de la propuesta de la Compañía Internacional Bell comprometiéndose a establecer por su cuenta y riesgo una red telefónica para poner en comunicación las oficinas del alcalde con el Gobierno civil y las dependencias municipales de toda la población. No exigía la Compañía Bell ningún monopolio

o privilegio. El Municipio podría usar libremente del servicio por un plazo prudencial hasta reconocerse las ventajas de la revolucionaria novedad.

En otra ocasión daba cuenta de que, por vez primera en Santander, se había instalado en una verbena, una churrería, lo que calificaba de «adelanto», y de «novísima industria introducida que hace las delicias del público verbenero».

Otro día recogía una correspondencia de Cádiz en que se relataba la celebración de un entierro masónico. Y, en virtud de sus principios republicanos, la llegada y estancia de Alfonso XII y la real familia, apenas si ocupaba medio centenar de líneas.

Más atento a sus dos campañas –la ya citada favorable a Villa Ceballos, y la política– desatendió las puramente periodísticas de la información, y de ahí la vida lánguida que el «Diario» fue arrastrando con la débil credibilidad de su clientela. El grado de irritabilidad se le desbordaba por los cozondeles, siguiendo la tónica de aquel período santanderino.

«El Diario de Santander» terminó su vida disculpándose con que lo hacía «temporalmente».

Año... de sobresaltos.

Número suelto, un perro grande, y al arrado, lo mismo.

DOMINGO 7 DE MAYO DE 1882.

EL SANHEDRIN.

PAPELUCHO SATÍRICO.

Número... programó.

Número suelto, un perro grande, y al arrado, lo mismo.

DIRECTOR (1) PROPIETARIO (2) Y RESPONSABLE (3)
Rogelio Sobarzo

(1) ¡Ay! Director.—(2) Sin Bocas.—(3) Eso sí; y para que conste, ocupa el piso 3.º de la casa núm. 36 de la calle de la Concordia.

EL SANHEDRIN

1882.

Imp. de Jacinto Gutiérrez.

El cuatrienio alcaldicio de don Lino Villa Ceballos (1881 a 1884), constituyó, en lo que a la prensa local se refiere, un período abrumadoramente polémico como va apuntado. Escendida la opinión pública en dos grandes grupos –linoístas y antilinoístas– parecía que toda la vida local giraba en torno a la personalidad del famoso regidor, atizada la disidencia por las intervenciones del propio don Lino con sus bandos, sus réplicas a los ataques periodísticos y su postura misma de hombre extravertido, hipersensible, que manejaba la pluma con los mismos desenfado y originalidad de sus opositores. Hay que situarse con objetividad rigurosa ante aquel fenómeno, turbulento huracán que llenaba las calles de hojas volanderas. La política de campanario acaparaba las preocupaciones de los partidos enredados en el juego, sueltas las válvulas de la máquina que desde la restauración venía lubrificando el progresismo democrático, el liberalismo conservador... y la cuestión clerical. Aparece el panorama como irrupción de francotiradores que hacían la guerra por cuenta propia, y que se había llegado a una atomización de pareceres frente a las cuestiones municipales. Todo, anécdota pura al margen del discurrir de la verdadera historia.

Esas publicaciones menores –semanarios y hojas circunstanciales– intervenían en las pelamesas de los periódicos de mayor entidad, y todo tenía el aire revuelto de la famosa venta de don Quijote. Flores de un día (y no rosas, precisamente) se agostaban apenas nacidas.

Rompió la marcha «El Sanhedrín», impreso por Jacinto Gutiérrez, y un editor responsable llamado Rogelio Sobarzo. Nació con franca oposición a don Lino. Hoy su lectura resultaría enigmática de no tener la suficiente paciencia para leer también las largas, farragosas réplicas del irritado alcalde, que llamaba al papelucito «El Sanhedrín de la calle del Arcillero». Le valieron a Sobarzo amenazas graves, por la forma de pronunciarse de modo desvergonzado ante los hechos y dichos de don Lino. Al propio tiempo se manifestaba anticlerical.

Sólo hemos contemplado el único ejemplar existente, sin foliación. Se supone su desaparición fulminante. Sobarzo, en respuesta a las amenazas que se

le dirigían, daba el nombre y el número de la calle en que vivía, para responder de sus escritos. En cuanto al estilo, puede servir de ejemplo este ovillejo:

¿Quién es recto y sin mancilla?

Villa.

¿Quién le imita en alto grado?

Bolado.

¿Y quién es de su opinión?

Mazón.

Sigan, sigan con la unión
que a otros causa desagrado
y su idea habrán logrado,
Villa, Bolado y Mazón.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
PROVINCIAS
Cantabria. P. 1. 25
En provincias. 1. 25

LA TIA CANUTA

PERIÓDICO SATÍRICO

Administración: Ruamayor, 10.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
SANTO V.
Cantabria. 1. 25
En provincias. 1. 25

Por mor á desgnizados
Los pagos adelantados.

Sin distinciones, lo malo.
Se resolverá con jalo.

Año I. ↓ Santander 30 de Abril de 1882. ↑ Núm. 16

LA TIA CANUTA

1882.

Imp. «La Voz Montañesa».

El 1 de abril del mismo año salió a contender en la trapatiesta periodística, «La Tía Canuta» a favor de don Lino y como semanario. Declaraba al presentarse, que venía a defender la gestión del regidor, a favor del cual acababa de celebrarse una manifestación multitudinaria para pedir la retirada de su propósito de dimitir como consecuencia de «unas palabras tenidas con cierto señor en la calle de San Francisco con el consiguiente envío de padrinos y el acostumbrado desenlace de «aquí no ha pasado nada», registrado en la correspondiente acta como prescribía el «Código del honor». «Desafiante y desafiado –decía «La Tía Canuta»– eran personas honorables, sin ánimo de defender a nuestro semanario».

Este se ilustraba con caricaturas de «Lumínico» y anuncios en verso. Y también recurrió al ovillejo para describir al protéico alcalde:

Ya tenemos un alcalde
de balde,
que de hablar motivo ya
dará,
pues diz que trae avaricia
de justicia.

De este modo, sin malicia
bien se puede asegurar
que alguien en este lugar
de balde dará justicia.



LA GUARDIA NEGRA

1882.
Imp. Fons.

Terció en la trifulca un «periódico satírico joco-serio» que saldrá «cuando tenga humor». Tal se dice en el único ejemplar existente en la Hemeroteca. Salío en el mes de mayo del mismo año que los anteriores para fustigar a don Lino. A los del nuevo semanario no les soplaban la musa humorística con generosidad y decidieron «bajar la guardia» en la callejera y tragicómica pelea. Tal vez, pues la información obtenida no lo aclara, porque a los de «La Guardia» les impusieron el relevo gentes más arriscadas y de mayor prestigio.

Veamos cómo hizo su presentación «en el estadio de la Prensa»:

Saludo a «La Montaña»
y a «El Aviso»,
y a mi buena vecina
del primer piso.

Y esto lo digo
porque quisiera de ella
hacerme amigo.

También saludo a «El Diario
de Santander»,
y a «La Voz Montañesa»
que es mi deber.

Que cual un niño
deben siempre tratarme
con fiel cariño.

A «El Boletín de Comercio»
no dejo de saludar,
y a «El Eco de la Montaña»...
(aquí más vale callar,

Porque el que calla
otorga, según dice
una antigualla).

LA GALERNA

PERIODICO JOCO-SÉRIO.

REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE DE RUPALACIO, NÚMERO 6, PRINCIPAL.

NÚMEROS SUELTOS 5 CÉNTIMOS.—ANUNCIOS Y COMUNICADOS A PRECIOS CONVENIALES.

LA GALERNA

1882.

Imp. Solinis y Cimiano. Redac. y Amón.: Rupalacio, 4,
pral.

Un «sapo» más saltó a la charca, con el mismo formato y tipografía que «La Tía Canuta». Fue el 21 de mayo, y es presumible que como continuación de aquél.

Del único ejemplar existente no puede inferirse con absoluta claridad sus verdaderos propósitos, pero sí que tomó partido en la reyerta periodística de aquella primavera.

SIGLO I.

...en todos los Domingos.

A los templos de los
que se celebra la misa
cristiana y reverenciables de
Lima.

... etc.

EL

HISOPO.

SIGLO I.

No se vende
en los templos
de Lima.
Al que lo compre
se le impone la pena
de un año de cárcel.

PERIÓDICO CATÓLICO PURO.

DIRECTOR: AGUA BENDITA.

Martes 25 de Julio de 1882.

EL HISOPO

1882.

Imp. Somorrostro, 4.

Queda dicho que en la plazuerela pelea, se mazclaron las diatribas contra don Lino y los desahogos anticlericales, y no porque el alcalde fuese, precisamente, muy afecto a los poderes temporales de la Iglesia. Don Lino vivía envuelto en un tufillo de masón que «nada le favorecía».

Coincidio el período más álgido de este verdadero navajeo periodístico, con la aparición de «La Verdad», en el mes de junio de 1882, y apenas se voceó este diario, surgió «El Hisopo», con el mismo formato que «La Guardia Negra». Se autodefinía sarcásticamente «periódico católico puro cuyo director se llama Agua Bendita». Se distinguió por sus intemperancias contra el clero y, naturalmente, contra el obispo de la diócesis, a quien trataba de modo irreverente.

Al anunciar la salida de «El Hisopo»; decía «La Verdad»:

Aún no ha salido «El Hisopo»
ni pingo ni pango
mas ya se sabe que el mango
es de chopo.
Un palito que ligero
de madera chabacana;
y la lana, si es de lana... de carnero.

LA CARABINA DE AMBROSIO.

NÚMERO SUELTO,
UN PERRO GRANDE.

Los números amarrados
se pagan al mismo precio.

PERIÓDICO IMPOLÍTICO,

Se dispara todos los Domingos.

NÚMERO SUELTO,
UN PERRO GRANDE.

Los números amarrados
se pagan al mismo precio.

Año I. |

Domingo 20 de Agosto de 1882.

Num. 1.

LA CARABINA DE AMBROSIO

1882.

Periódico impolítico. Se dispara los domingos. Número suelto un perro gordo. Imp. F. Fons.

Con idéntico formato que «El Hisopo», salió a la arena en el mes de agosto de 1882, en el momento en que «La Verdad» tuvo que trasladarse a Camargo a consecuencia de su primer tropiezo con la justicia. «Parece mentira –decía en su artículo de presentación– que en una población de cuarenta mil almas, «no se publiquen más que diez periódicos».

Al intervenir en la batahola sostenida entre el periódico católico y el federal de Coll y Puig, escribía:

La estúpida «Vocecilla»
que tan mal su voz modula
porque la llamaron chula,
¡pobrecilla!
un cartel mandó a Valbuena.
Mas Valbuena, de rebote,
le enseñó un lindo garrote
y retiró de la escena
al bravo matón impío.

Moraleja:

La imagen de una paliza
es remedio capital
que cambia en yerta ceniza
el resollo liberal.

Al citar «La Carabina de Ambrosio», y acusar recibo, escribió «La Voz Montañesa»: «Antes de ayer se publicó en esta capital «La Carabina de Ambrosio». Creemos que en el título hay una trasposición de palabras. Debiera titularse «Ambrosio de la Carabina». Y así estaría más en consonancia el título con el texto.»

LA VERDAD

Se publica todos los días excepto los festivos.

AÑO I.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.—Santander, un peso 1 pezeta
de cincuenta, 2 reales, 50 cts.—En el resto de España, 3 pesos &
medio.—En el extranjero, 10 francos.—Años 20 d.—AGENCIAS ESPAÑOLAS, 6 pt.
m.—Repatriadas en el exterior, 10 francos.—Méjico, 50 pesos.—
PAZO APELLANTADO.

SANTANDER.
Sábado 15 Julio de 1882.

PRECIO DE ANUNCIOS.—Primera plana y encartilla, 0,25
cavilación más plana, 10 cts.—Tercera plana, 15 cts.—
Cuarta plana, 20 cts.—Quinta plana, 25 cts.—Cada una de las
secciones de defunciones, 5 pesos.—Hacienda preparacionista
al número de inserciones.

NÚM. 1.

1882.

Diario de la mañana. Se publica todos los días, excepto los festivos. Se suscribe en la Admón. del periódico, calle del Puente número 20, Librería Católica, en la imprenta de la Plazuela de las Escuelas número 1 y en las principales Librerías. El pago de las suscripciones en la Admón.: Don Toribio Saldaña.

Creado para frenar el desatado anticlericalismo, común a la mayoría de las volanderas hojas locales de tan movida etapa, el Marqués de Valbuena del Duero fundó un periódico cuya luz primera vio el 15 de julio de 1882. Pertenecía al bando de Nocedal, del carlismo legítimo. «Alma del nuevo diario —escribía un contemporáneo— fue su proveedor de fondos (se refería a Valbuena). Era la estampa del hidalgo que se arruinó en esta empresa y en otras de tipo industrial muy atrevidas, a que se lanzó imperturbablemente. Por ejemplo, la fábrica de cervezas «La Austríaca» fundada por él en Campogiro y que adquirió gran crédito, pero que consumió toda su fortuna, insuficiente para la magnitud del negocio. El Marqués de Valbuena estuvo casado con una hija del duque de Rivas».

El primer director (por lo menos así figuraba legalmente) lo fue Zaldívar, propietario de una fonda del Sardinero, aunque todos los indicios permiten pensar que se trataba de lo que en el argot se llama «editor responsable»; lo fue por poco tiempo pues a consecuencia de las violentas disputas que desde el tercer día de la aparición entabló con los demás locales, Zaldívar fue amenazado «con la deportación a Filipinas si persistía en sus ataques, y también con que le quemarían la fonda». Las presiones fueron de intensidad tal que consiguieron una orden gubernativa «expulsando del término municipal» al periódico. Los «Hermanos» o los «Haches», como les llamaba «La Verdad» aludiendo a la presunta filiación masónica de sus encarnizados enemigos, dieron el primer tantarantán al diario nocedaliano. Acongojado Zaldívar por tan graves amenazas, retiró su nombre como director. Esto sucedía el día 5 de agosto, y allí terminaba la primera y relampagueante etapa. «La Verdad» insistía en denunciar como afiliados a «La Viuda» a Coll y Puig y sus colaboradores, correligionarios y afines, entre los que se encontraba el redactor de «La Voz Montañesa», José Estrañi, encargado de disparar las más gruesas andanadas contra «La Verdad».

Realmente, el diario católico estaba dirigido «a distancia» por Antonio Valbuena, pariente del fundador, el combativo, violento, ingenioso exseminan-

rista que había regido «La Lealtad» y fundado «La Voz de Vizcaya» al término de la guerra carlista, y a la sazón formaba parte en la redacción de «El Siglo Futuro». Valbuena enviaba a «La Verdad» unas «Correspondencias desde Madrid» firmadas con una «V». Llegó a Santander días antes de la determinación gubernativa, y se hizo cargo de aquella nave de tan alborotada navegación. Su acerada pluma y hábil versificación al servicio de un carácter atrabiliario, eran lo más apropiado para contender con el «Pacotillero», en plena popularidad. Porque todo estaba permitido a la letra impresa. Ya en el número tercero, «La Verdad» endilgaba estos versos:

Mira, ratón de logia
eunuco de la reina Demagogia;
no te des esos pujos
de gracioso sin gracia.
¿Por qué, infeliz, te metes en dibujos?
¿Por qué hablas, por ejemplo, de latines
si sólo has de lograr con malos modos
hacer saber a todos
que eres el rocín de los rocines?

Valbuena decidió, en cumplimiento de la orden gubernativa, trasladar sus reales al pueblo de Camargo, anunciándolo el día 5 de agosto:

Aunque me voy, no me voy,
aunque me voy, no me largo.
Me marcho de aquí por hoy
pero me quedo en Camargo.

Y fechado, efectivamente, en ese pueblecito, reapareció el día 6 de agosto con idéntico formato y conservando su foliación.

Se abría con un boletín religioso, el artículo doctrinal como fondo, o la transcripción de los de otros diarios y revistas de Madrid; un folletón en delantal, en primera página y las rúbricas «Pisto, político», «Noticias generales», «Gacetillas locales» y las noticias breves, recibidas por telégrafo en un pomposo «Servicio especial».

En las noticias generales y locales siempre había párrafos nada cortos dedicados al ataque o a la airada refutación de cuanto sus enemigos escribían o le dirigían. Fue esta etapa la de mayor violencia de Valbuena, cuya dirección duró poco, hasta el mes de noviembre, pues por un nuevo encuentro con la Ley de imprenta fue suspendido temporalmente el periódico.

Cada mañana los vendedores callejeros, según fuera el bando a que pertenecieran, pues también ellos se solidarizaban con las respectivas publicaciones, pregonaban así: «¡«La Voz», con la contestación a «La Mentirosa»!, o ¡«La Verdad» con la contestación a «La Coz»!». Todo ello aparece hoy a través del

prisma del pintoresquismo, pero entonces respondía al estado de encono en el pueblo, entre las dos fracciones: una, mayoritaria que seguía solazándose con los insólitos y «gordos» atrevimientos de «La Voz Montañesa» y «sus adláteres» y otra, minoritaria, que hacía a su vez coro a la destemplada, cáustica, hiriente postura de Valbuena, quien, en el terreno literario llevaba ventaja. En Madrid había destacado ya bajo el seudónimo de «Miguel Escalada». Dominaba la preceptiva y sabía mucho latín. A cuenta de ésto, los de «La Voz Montañesa» cometieron la imprudencia de comentar despectivamente unas frases en el idioma del Lacio, insertas en una gacetilla de «La Verdad» y llamaron inútilmente al profesor de Latín del Instituto, Ignacio Santos Landa para que se los tradujera; pero (copiamos a un contemporáneo) «no lo hizo más que a medias, pues la traducción estaba mal hecha». Se enteró Valbuena y escribió estos pareados:

Nadie sabe dónde anda
el catedrático Landa.
Y del caso lo más grave
es que ni él mismo lo sabe.

Al reaparecer en Camargo, publicó en su primera página un largo trabajo titulado «La revolución de Suecia». Novela del siglo pasado, traducida por L. de V. C. (iniciales de Lino de Villa Ceballos, aunque sólo fue cosa intencionada). Un periodista de Torrelavega, Federico de la Vega, que había sido redactor de «La Abeja Montañesa», sacó una hoja grande, plagada de exabruptos para atacar a José María de Pereda, a quien atribuía la paternidad de la «Novela sueca», aunque ya, casi al final del impreso, rectificaba en pocas líneas que el verdadero autor era otro carlista, Máximo D. de Quijano.

Sin duda, de la Vega, teniendo compuesta ya y metida en forma su extensa hoja, creyó que bastaría la sucinta «rectificación» pero dejaba en pie cuanto iba dirigido al novelista. Revolvióse éste más que indignado, iracundo como si le hubiese picado un áspid, y sacó también por su cuenta otra hoja, impresa por Telesforo Martínez, bajo el título de «Cuatro palabras a un deslenguado»: feroz réplica en la que volcó todos los dicterios que su buen conocimiento del idioma bajaron a los puntos de su pluma. Nada menos que descamisado, canalla, filibusterio, bandido, ladrón, cínico, desfachatado, infame, patibulario y estúpido –entre otras perlas– llamaba lo que denunciaba, «vómito purulento de Federico de la Vega». Esta página nada académica de Pereda, circuló entre el jolgorio popular, y revela el grado de irritabilidad y de violencia social ambiente.

Del terreno profesional e ideológico, las réplicas y contrarréplicas, especialmente cruzadas entre «La Verdad» y «La Voz Montañesa», implicando de paso a «El Atlántico» y a «El Correo de Cantabria», pasaron al personal. Estrañ envió sus padrinos (el general García Velarde y Justo Colongues) a Valbuena para plantearle un encuentro en el terreno del honor. Rechazó Valbuena el

desafío en virtud de sus principios católicos, pero en carta abierta dirigida al «Pacotillero» aclaraba: «Debo advertir que la Iglesia Católica que me prohíbe batirme, no me prohíbe rechazar la fuerza con la fuerza», y citaba el lugar donde personalmente podía encontrársele. El lance no llegó a su última consecuencia, pero dejó un rastro de comentarios en todos los mentideros locales.

Colaboraron en «La Verdad», en prosa o verso, entre otros santanderinos, Fermín Bolado Zubeldía, Gabino G. Gómez, y «Canta Claro» (Pedro de la Vega y de las Cagigas) y un redactor llamado Luis Díez que sustituía a Valbuena en sus ausencias.

Aquel verano, y con ocasión de la visita de Alfonso XII y su familia a Santander, «La Verdad» fue denunciada por unas afirmaciones «gratuitas en desprecio del soberano» a las que el gobernador calificó de «grosera mentira». El periódico de Valbuena había dicho: «Sólo ocurrió en nuestra ciudad un incidente desagradable, pues al atravesar el rey la Rampa, una pera arrojada por un gracioso le alcanzó en un brazo».

Entre los muchos incidentes a que dieron lugar los encuentros dialécticos de «La Verdad» con sus rivales, se anotó por «El Aviso» esta noticia el 19 de octubre de 1882: «Anteayer dos hermanos del director de «El Correo de Cantabria» y cuatro redactores de «La Verdad» armaron en la calle de la Blanca una cachetina más que regular».

Inauguraba el año 1884 con artículos y comentarios arremetiendo contra la política de Alejandro Pidal y Mon. Habría de contribuir al aplacamiento incluso de algunos restos de arriscada combatividad del periódico, el traslado a Cádiz del obispo Calvo Valero, a quien sucedió al poco tiempo Santiago Sánchez de Castro, que hizo su entrada en la diócesis el 1.^º de junio. Llegaba con ánimos para sosegar el enrarecido ambiente creado por la ofensiva unida de los periódicos liberales y clerófobos y para restablecer la paz. Consiguió, durante algún tiempo, si no armonizar lo que era irreversiblemente inarmonizable, intentar el apaciguamiento de los ánimos con una briosa campaña pastoral.

«La Verdad» se ocupaba ahora con mayor frecuencia de los asuntos de interés local más destacados; de los proyectos, de las cuestiones municipales, de la muy famosa causa de Miera; de toros y teatros...

Así fue transcurriendo su historial, hasta que en 1887, vino a la dirección del periódico José Liñán y Eguiezábal, jurisconsulto, presidente de la Sección de Derecho Político de la Academia de Jurisprudencia. Llegaba para apaciguar aún más el tono del periódico. Dejaría en un opúsculo por él editado en 1887, junto a algunas poesías suyas, noticias sobre «La Verdad» y su intervención personal. Declaraba que «tomando el periodismo tal como hoy se toma, como manifestación de un partido político, lo que vale a manifestación de ambiciones, de odios y venganzas, no hay que decir la osadía y la flexibilidad del espinazo, la falta de humildad cristiana y la sobra de servilismo cortesano, indispensables condiciones para ejercer este oficio. Por eso ha tenido siempre una repugnancia natural e

instintiva frente a las grandes plagas de la época, y uno de los mejores lazos que el infierno tiende a la juventud, es ésta del periodismo». «Sin odio ni rencor comencé a dirigir «La Verdad» y de lo que estoy arrepentido es de haberme dejado llevar alguna vez de falsas prudencias o de respetos humanos y no decir siempre la verdad, toda la verdad que sabía... He sido demasiado blando, demasiado suave...»

Pero aquel mes de agosto, su temple conciliador se vio sacudido por una agria acometida de Fernando Gutiérrez Cueto desde las columnas de «El Atlántico». Había estado una mañana acompañando por la ciudad a Nocedal, que veraneaba en El Astillero y Cueto le salió al paso detrás del Muelle, frente al Café «Iris», atacándole con un bastón. Llevaba él también un rotén de hierro rematado por una bola del mismo metal. A Cueto le acompañaba un amigo y se entabló una gresca a bastonazos. Liñán fue perseguido hasta el Puente, donde le acometió uno de los agresores con un vergajo que, al pasar, tomó en la bastonería de Matías. La escandalera congregó al gentío regocijado, al que se le ofrecía un espectáculo que, por lo demás, carecía de originalidad en las calles santanderinas. Llegó, oportunamente, el alcalde y las cosas no pasaron a mayores.

«La Verdad» dejó de publicarse en noviembre de 1887.

CORREO DE CANTABRIA

PRECIOS PARA LA SUSCRICION:

En Santander. 10 reales.

Fuera, trimestre. 18 • SE PUBLICA LOS LUNES, MIÉRCOLES Y VIERNES.

Ultramar y extranjero. 100 •

PAGO ADELANTADO.

PERIODICO DE NOTICIAS, LITERARIO Y DE ANUNCIOS.

DIRECTOR Y PROPIETARIO

DON ALFREDO DEL RIO.

ADMINISTRADOR, EL REDACTOR

Don Adrián del Río,

Riviera, 9.—Santander.

Reclamaciones y suscripciones a precios convenienciales.

Comunicados de 2 a 20 rs. línea.

| | |
|--|--|
| Día 24 SOL.—Sale 4 h. 46 mañana. Se pone 7 h. 26 tarde. | Día 24. Luna.—Sale 00 h. 00 m. Se pone 01 h. 00 tarde. |
| Día 25 ► Sale 4 47 ► 7 25 ▶ | Día 25. ► Sale 00 00 ► 00 00 ▶ |
| MAREAS.—Pleamar. 1. ^a a las 9 h. 26 m. 2. ^a a las 10 h. 00 n. bajamar. — 1. ^a a las 3 h. 34 t. 2. ^a a las 3 h. 55 mañana. | |

EL CORREO DE CANTABRIA

1882.

Imp. en los Talleres de Quesada.

A contender con amplia competencia, salió el 21 de julio de 1882 «El Correo de Cantabria», dirigido por Alfredo del Río Iturrealde, hijo de José Antonio del Río. Llegaba justo en el momento de las mayores exacerbaciones periodísticas, abundantemente dirigidas a intervenir en el «pleito» planteado por la actuación del alcalde Lino de Villa Ceballos, por quien tomó partido desde el primer momento. Bien informado, «El Correo» destacaba sus mayores espacios a las informaciones cotidianas del pueblo, en apretados perfiles.

El vapuleado regidor mayor encontró en el periódico de Del Río un valedor entusiasta, frente a los apasionamientos de las discusiones localistas, y pudo ver en estas páginas, recogidos los elogios formulados por algunas publicaciones españolas, en las que tenían eco sus geniales ocurrencias. He aquí la semblanza que «El Correo» hizo de don Lino:

«Barón de Veras, que al fin es hombre
tiene puños de atleta o de gigante;
de bravo caballero tiene nombre
y severo y enérgico el semblante.
De burlón y mordaz goza renombre;
de sus deudos y amigos es amante
y siendo autoridad ha demostrado
que a la par de hombre recto, es ilustrado».

Le correspondió a «El Correo de Cantabria» iniciarse poco antes de que por real designación, se prorrogase el mandato de don Lino por otro bienio.

Villa Ceballos continuaba su programa corrector del equívoco panorama ofrecido por la situación social de sus administrados. Dedicó sus afanes a perseguir las malas costumbres, la blasfemia y el juego proclive a acrecentar las pasiones más serviles. Y para poner orden en determinadas y «excesivas liberta-

des» imperantes en las playas durante la época estival, lanzó un edicto señalando: «Queda prohibido bañarse en ninguno de los sitios de esas zonas (la del Sardinero y la de San Martín), y en los demás puntos balnearios de servicio público, sin el traje conveniente, entendiéndose que no podrán usarse trajes ajustados de cualquiera clase que sean, que ponen de manifiesto las formas humanas, ofendiendo gravemente el pudor y buenas costumbres. No se podrá tampoco descender a las playas a caballo ni en carruaje. Se renueva la prohibición de proferir en sitios señalados para tomar baños, expresiones contrarias a la decencia y a hacer cualquiera clase de demostraciones indecorosas».

Contra la matonería ambiente, don Lino se mostraba irreductible; inspeccionaba, personalmente los cafés cantantes y los garitos clandestinos. En fin, es larga y crecientemente curiosa la historia de un madato alcaldicio que, como va comprobado, mantuvo a la opinión pública en permanente pasión... y también en un regocijo digno de causas más elevadas.

En el prieto índice de las campañas e informaciones interesantes para la crónica santanderina, «El Correo» prestó su vigilante atención. Tal fue la minuciosidad con que informó sobre el veraneo regio en Comillas, del que escribió un día: «Si fuera a tomarse nota de todos los bailes, excursiones y giras campestres que efectúan la Reina y sus hijas, y el rey don Alfonso, necesitaríamos para cada carta un «Correo de Cantabria» completo». Don Alfonso llegó a la villa de los arzobispos el día 25 de julio y allí permaneció con su familia hasta el 28 de septiembre. Llegaron desde Madrid enviados especiales de «El Día», «La Epoca» y «El Tiempo», que escribieron largas crónicas. Una de las giras efectuadas fue a los Picos de Europa, de cacería, donde se cobraron diecinueve rebecos; otra a la cuenca del río Saja, de pesca, y visitas a villas como Santillana del Mar, los pueblos de Udias, Cóbreces y Torrelavega y Mazcuerras, donde les ofreció una jornada de fastuosidades al opulento vecino Pedro de la Campa que hizo un derroche de hospitalidad.

Durante estas jornadas regias, el marqués de Comillas ofreció al padre Tomás Gómez, jesuita, dos millones de reales para construir el seminario nacional que habría de convertirse en la Universidad pontificia. Las obras dieron comienzo inmediatamente. No pudo verlas terminadas el marqués, pero fueron proseguidas y aún aumentadas por su hijo Claudio.

Entre las más árdidas campañas de «El Correo» destacó la sostenida contra las tarifas especiales aplicadas por la Compañía del ferrocarril del Norte en el trayecto Santander-Alar del Rey. La Compañía, ya en manos de accionistas franceses, consideraba más rentable desviar el tráfico de Castilla hacia la frontera por Irún. Los perjuicios sufridos por el comercio santanderino fueron de tal magnitud, que constituyeron un grave quebranto al desarrollo del puerto y de la provincia toda. Habría de durar ese trato de desigualdad muchos años. La campaña fue sostenida principalmente por José Antonio del Río, en las páginas de «El Comercio» y en otras publicaciones.

En el orden urbanístico, dio cuenta del proyecto de construcción de un túnel que, por la calle de Cuesta, pusiera en rápida comunicación el centro de la ciudad con la estación del Norte, evitándose con ello el largo rodeo que los carros se veían obligados a dar por la dársena. También apoyó la idea de practicar una nueva comunicación con El Sardinero por la huerta de Rábago, que después fue llamada «cuesta de las cadenas» con la que su propietario José Ramón López Dóriga cerró la entrada por Cañadio y que allí permanecieron hasta el momento de emprender las obras el Municipio.

Otra de las iniciativas más positivas fue la de la urbanización de Cuatro Caminos, lugar entonces de unos planes anárquicos, y ello en vísperas de construirse la plaza de toros, que habría de revolucionar la fisonomía de aquel barrio.

Se felicitaba «El Correo» de la real orden (en 1890) estableciendo la Estación de Biología marina, creada por Augusto G. de Linares; igualmente por la llegada, desde Bélgica, de los primeros coches para el tren a Solares y la aprobación del tranvía de vapor a El Sardinero, por la empresa de los Pombo. Otra importante subasta de obras motivo de sus comentarios fue la del cuartel en San Roque en 1889.

Cuando el año 1885 se estrenaba con la aparición de la novela «Sotileza», José Antonio del Río ofreció unas impresiones personales de su infancia para filiar algunos de los personajes del libro. Trazó la semblanza de aquellos protagonistas con detalles preciosa y preciadamente interesantes (de modo singular de «los náuticos») como individuos de carne y hueso, a quienes trató personalmente. Se trata de una de las más inteligentes y precisas aportaciones de Del Río a la «realidad» del que justamente fue llamado «poema santanderino». Y ya en el orden literario y artístico, se cupó de la visita a Santander del dramaturgo catalán Eugenio Sellés para asistir a la representación, en el Teatro Principal, de «El nudo gordiano» y «Las esculturas de carne». Y naturalmente de Pérez Galdós, asiduo estante en Santander, no sólo durante el verano, pues pasaba, todos los años largas temporadas en la ciudad, hasta que construyó su hotel «San Quintín»; por ejemplo, en 1890 el novelista canario estaba en esta capital preparando su discurso de ingreso en la Real Academia.

La presencia de Fernández Arbós y de Albéniz en El Sardinero, en cuyo casino daban todos los veranos brillantes conciertos, era reseñada con puntualidad y el cuidado que merecían tales acontecimientos. La fama de los dos jóvenes músicos estaba consolidada entre los melómanos santanderinos. Mereció, por tanto, al llegar a precisiones sobre la personalidad de ambos artistas, recoger una anécdota de gran valor humano de la que ambos fueron protagonistas. Fue en el mes de agosto de 1891. Una de aquellas tardes, cuando mayor era la concurrencia en el Café Español del veraniego lugar, se acercó a su verja un pobre ciego con su lazillo, para rascar su fementido violín. Arbós, que allí estaba, se levantó de pronto y cogiendo el violín del artista callejero se puso a tocar una

pieza, levantando el entusiasmo de la concurrencia. Albéniz, entre tanto, y sombrero en mano, fue recogiendo mesa por mesa, una limosna. Treinta reales fue el balance de este doble rasgo cuya simpatía provocó una entusiasta ovación.

Se ha citado por los cronistas, y de ello hay múltiples noticias en los libros de actas municipales, desde el siglo XVII, el celo de alcaldes y concejales de todas las épocas, respecto del fiel cumplimiento de los privilegios del fuero municipal conforme a las concordias y pactos entre el Cabildo catedral y el Ayuntamiento. Por ciertas diferencias, la Corporación municipal había dejado de presentarse en la catedral en las funciones de iglesia, donde tenía lugar preeminente, y en la Semana Santa de 1890, volvió a ocupar sus escaños rojos. En la tarde del jueves santo, al término del sermón del Mandato, el alcalde y sus compañeros corporativos se levantaron con visibles gestos de desagrado, retirándose en son de protesta con sus maceros y alguaciles, ante el estupor de los fieles. El motivo fue que la Corporación se sintió preterida al olvidarse el orador de saludar a la representación popular. «A personas competentes –comentaba «El Correo»– hemos oído decir que el predicador no estaba obligado a tal saludo; pero aún siendo así, no comprendemos que se haya dado tal campanada dando lugar a los consiguientes murmullos y comentarios impropios del sitio y del momento». Suponía el comentarista que se trataba de una «susceptibilidad infundada».

En el orden político, reseñó las visitas de hombres públicos como Romero Robledo, Salmerón y Maura. Este consolidaba el año 1889 sus anuales estancias veraniegas en El Sardinero, donde, y en el lugar conocido por «Los Pinares» había construido un hotel para pasar los estíos con su familia.

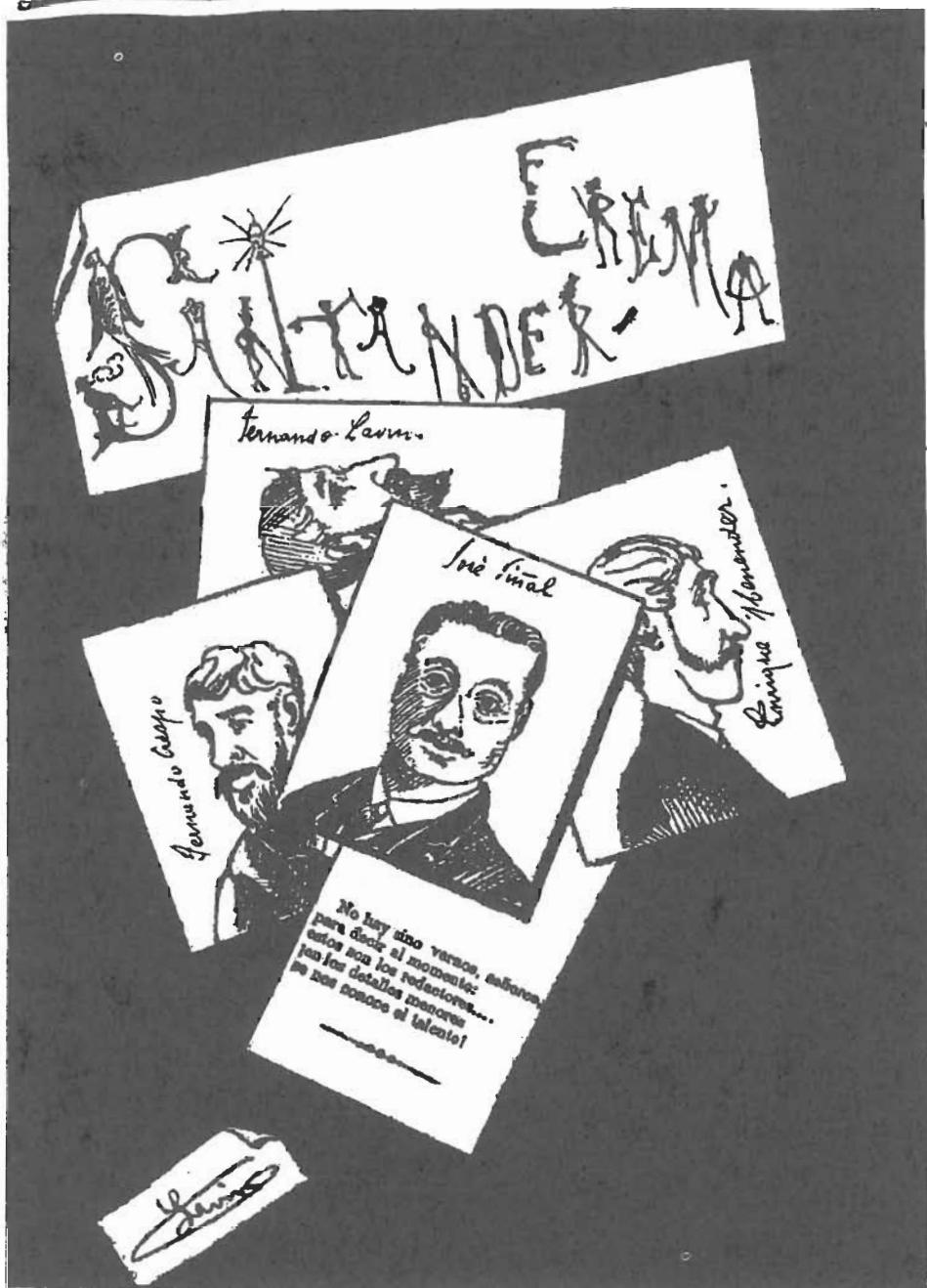
Se haría interminable la simple cita de los grandes y pequeños acaecimientos de los que «El Comercio» dio fe notarial con estricta objetividad; veintitrés años de su comunicación con los lectores, quedaron reflejados en esas páginas con una intensa palpitación. Son, seres y cosas pertenecientes al entrañable paisaje político y social de la Montaña, en una época de transición entre la Restauración y el nuevo siglo.

F. de Vilal

AÑO I

SANTANDER 2 DICIEMBRE DE 1883.

NUM. 1.^o



SANTANDER CREMA

1883.

Publicación literaria de sociedad. Imp. de Telesforo Martínez.

Un semanario fruto de la iniciativa de Telesforo Martínez, fue el que puso bajo la dirección de Ricardo Olarán, profesor de francés en el Instituto y «hombre de buenas letras». Salía bien presentado, y sus excesivas ínfulas literarias no estaban determinadas por una valoración de entidad en el mundillo de las letras locales, a juzgar por sus frutos.

Es casi segura la iniciativa de Enrique Menéndez, entonces joven médico, elegante, que hacía sus primeras armas literarias y poéticas. A Pereda no le cayó en gracia el título: lo de «crema» le sonó a cosa extranjerizante aún con fines frívolos, y protestó aunque después llegara a colaborar en sus páginas. «Tan extraño soy –decía el maestro siempre abroquelado en su tradicionalismo en pugna con la nueva estética– que se pasmarían ustedes si yo les dijera de qué cosas me asombro, qué nimiedades me dejan boquiabierto y ante qué cosas me tengo confuso y desorientado como paleto en la Corte recién llovido de la aldea... ¿Por qué han de suceder esas cosas en España, y no hemos de escribir y de hablar en castellano los españoles, siquiera sea entre nosotros?». Ante la filípica, Enrique Menéndez dio una explicación especiosa: «Ya sé que eso huele a anglicismo, pero, ¿quién le ha asegurado a usted que es una frase y no dos: Santander y Crema? Bueno que fuera más claro «La crema de Santander», pero creo que la brevedad justifica la modificación».

Menéndez daba un repaso a la Prensa local de esta manera:

Hay una «Voz Montañesa»
donde no hay un montañés;
un «Eco» con nueva empresa
que de murmurar no cesa
y un «Diario» que no lo es.
No, mi aserción no te espante;
en los lunes se publica
un Boletín comerciante
y una «Verdad» que predica,
faltando al nombre, bastante.
«El Aviso» que es un lío,
pero que marcha con brío
nombre y fama a conquistar;
y el «Correo» que es un «Río»
desprendido de ese mar.

Y al citar al «Montañés Crítico», de que se hablará:

«...Ya ha salido otro pastel
de la misma pasta que él
al menos así, a la vista...»

Entre los trabajos más destacados y con la firma de «Nervio» publicó este «cuadro de costumbres locales»:

«Pues señor, está visto que todo degenera. Ya no se ve en el aniversario de la acción de Vargas, las gigantillas por las calles. Ya desapareció de los presupuestos municipales el capítulo correspondiente al sueldo del tamborilero, y por consiguiente tampoco van los muchachos, bajo los arcos del Principal, con medio limón en la boca a hacer rabiar a aquel músico popular, consiguiendo que al ir a entonar el célebre «Tarín tan tero», llenándosele de agua el pito, sólo brotara del agudo instrumento una cascada de gorgoritos y escupidina». «Pasó a mejor vida «la Sandalia», aquella amazona gorda como una «ofia», encarnada como un pimiento morrón, desaliñada y sucia como ella sola, que exhibía muchos de los suyos por cuatro cuartos en la calleja de Pascual cuando esa vía estaba virgen de los escobazos del pulcro barrendero y llena de tronchos de berza, de mondaduras de patatas y otros comestibles...». «Huyó para siempre el larguirucho Trévedes que con singular expresión y melifluo contoneo daba al aire los melodiosos acordes de la danza más popular y salerosa de «María de la O»... Pasan hoy desapercibidas las tardes de los jueves en que como es sabido no había escuela y en celebración de cuyo acontecimiento iban años atrás, granujas a docenas a entretenér las horas de asueto tirando, desde encima del puente, tronchazos a cuantas chisteras traían en las respectivas cabezas los aldeanos que a la capital venían. Hoy no hay un «cale» para un remedio. Ya no se juega al marro, a los ladrones. Los muchachos del día más formales que lo fueran sus antepasados, se desdeñarían en manchar de verdín sus pantalones en los jardines, de coger pinceles para pintar paisajes de gutibamba, y de dar media docena de saltos de la raya; a la edad de doce años se dedican a más serias ocupaciones, entre las que descuellan en primera fila la de hacer el amor y muy poco más adelante el irse a picos pardos, según leo en los periódicos locales. Hoy a los siete años no hay mocoso sin americana y reloj; la revolución profunda que se ha operado en esa clase exige que los rapaces de tal jaez vayan todos los días de fiesta al teatro, de vez en cuando al «Suizo» y dos veces al mes, a las aulas. ¡Abajo las canicas, los plomos, los botones, las trompas y aquellas perindolas hechas con la rueda del molinillo de la chocolatera!...». «Hasta las costureras, en vez de ir el día de San José a las praderas de la Atalaya, se van a merendar a La Albericia y a Cajo...»

También Pereda, en una de sus colaboraciones, trazó un esbozo criticando la moda masculina reinante entre los jóvenes muy proclives a adoptar el aire y las maneras de vestir de la gente de bronce, siguiendo con ello una constante procesal en la llamariáse «biología de las generaciones». Decía así:

«Otro caso: me aseguran que todo mozalbete que presume de bien nacido y aspire a ser crema de la sociedad, necesita echarse a la calle con chaqueta ceñida, muy ceñida al cuerpo, las mangas cortas y justas, las perneras al tobillo, las botas sin tacones, muy largas y terminadas en punta de garabato, como borceguí de drama histórico; las narices amoratadas con el frío corriente por horror al abrigo talar, que no compone con aquellos arreos de la moda imperante; las barbas, si las hubiera, a la austriaca y saludando a las damas con el sombrero de cazo describiendo con él rápida línea horizontal con la diestra mano al arrancarle de la mollera...» «¿A qué fin responden ese andar silencioso y rápido con los codos en ristre y el cuello tendido, y ese empeño en lucir las formas, que afemina y rebaja a los bien formados y convierte en ratas mojadas o en mirlos en carmitas a los encajinados y achacosos, que son los que más abundan? Pues, ¿y la vanidad chulesca de ese grupo que además de todo ese atalaje, gasta «planchuelas» en las sienes hongo de anchas alas torcidas y botitos de dos colores y navaja en el bolsillo?...»

«El Montañés Crítico», rival del «Santander Crema» dedicó a Enrique Menéndez un despectivo comentario, negándole todo crédito en su comercio con las musas.

El último número (el 18) lo firmaba todo él «Atho» (seudónimo del propio Enrique Menéndez).



Tuvo una tímida salida, en la misma imprenta, el 25 de septiembre de 1887 con grabados caricaturescos. «De nuevo con júbilo se presenta –anunciaba– para dar un jabón en este suelo y ajustar sin descanso estrecha cuenta a cuantos en este país toman el pelo con chanchullos, abusos, bridonadas y conatos de estúpido camelo...»

En el estilo de esta resurrección no se atisba la intervención de ninguno de cuantos compusieron la revista en su primera salida. Era de tamaño más redu-

cido, aunque con el mismo carácter en la confección. En la cabecera campeaba un grabado con la perspectiva del Muelle desde la dársena. Sólo salió trece veces; la última el 28 de diciembre del mismo año.

EL MONTAÑES CRITICO

1884.

Imp. Del Río Hnos. Alameda, 1.^a, 4, de «El Correo de Cantabria».

Señalaba «El Correo de Cantabria» que el primer número de «El Montañés Crítico» (13 de enero de 1884) se había «agotado rapidísimoamente». Se intitulaba «periódico semanal, agridulce, ilustrado». Constaba de ocho páginas y en cada número insertaba, a toda plana, la caricatura de un montañés distinguido, y en la cuarta y quinta, grabados humorísticos de la actualidad local, firmados una y otros por F. N. Amiana.

Al pie de la caricatura de Pereda, en la portada del primer número, se hacía esta semblanza:

Escribe con tanto aquel
son sus obras tan brillantes
que duda el menos infiel
si el alma del gran Cervantes
ha vuelto a encarnarse en él.

Es un autor eminente
sin más sombras en su mérito
que el maldito inconveniente
de aborrecer el presente
y soñar con el pretérito.

Las páginas centrales eran misceláneas con dibujos, representando entre otros a Albino Madrazo, Estrañi, José Antonio y Alfredo del Río, Ricardo Olarán y Mariano G. del Moral. Colaboran, entre otros, Gabino G. Gómez y Antonio García Quevedo.

En el número uno, insertaba la caricatura de Villa Ceballos; en el 3, la de Adolfo de la Fuente; en el 4, Antonio de la Dehesa; en el 5, constaba solamente de cuatro páginas. En el número 6 (y último), aparecía la caricatura de don Marcelino Menéndez Pelayo con esta octava:

En aulas fue el más niño y el primero,
fue su sueño estudiar, su amor la ciencia;
Cervantes el Mentor, su amigo Homero,
Imberbe se sentó do la experiencia
y el saber lucen su fulgor postrero,
en premio merecido a su eminencia.

Admiración del mundo fue su nombre
y sabio llegó a ser, antes que hombre.

En el número 4, decía en una gacetilla al comentar la velada literario musical en el Casino Montañés: «Don Enrique Menéndez Pelayo estuvo a cargo del tercer número del programa. Don Enrique Menéndez Pelayo será mejor médico que poeta. Desde luego, lo aseguramos, por mal médico que sea. Comenzó con voz temblona, balbucente, la lectura de una quisicosa que gustó mucho... a la familia del autor. Erase una carta en mal pergeñadas quintillas, a manera de local revista en la cual se contienen algunas mentiras de menor cuantía, algunas inocentadas *cremosas* y algún chiste indecente que hizo subir el rubor a nuestras candorosas mejillas. ¡Que Dios le perdone al señor Menéndez y le inspire el santo propósito de cortarse la coleta y las patillas!».

EL PROGRESO DE SANTANDER,

DIARIO POLÍTICO INDEPENDIENTE,

LITERARIO, DE INTERESES MORALES Y MATERIALES, DE NOTICIAS Y ANUNCIOS.

Precio de suscripción.

En Santander: Un número, 2 pesetas 10 céntimos.
En provincias: Un número, 4 pesetas.
Entregado y ultrase: un mes, 18 pesetas.

Número suelto 5 céntimos
Anuncios, reclamos, comunicados, & precios recomendables.

Anuncios.

Este periódico se publica todos los días excepto los sábados & festivos.
Todos los suscriptores que tengan alquiler anticipadamente el importe
de su suscripción, tienen derecho a inscribir gratis, dos veces cada mes, un
anuncio que no exceda de seis líneas.

Precio de suscripción.

En Santander: En la Administración, Carlos VI, 2.^o, Jueves,
En la Plata de la Exposición, 2, 2.^o, mesa de M. Martínez Sánchez.
Director del periódico:
En la Plata Vieja, librería de M. ALFONSO R. SANCHEZ.
En la Plata Vieja, librería de M. GARCIA DE ARENAL,
Callejón 2, 2.^o, donde se presentan y se impone lo que se suscribe.

EL PROGRESO DE SANTANDER

1884.

Diario político independiente. Imp. de Salvador Atienza. Carvajal, 4.

De modo estéril, se fueron gastando no pocos ingenios locales de la época de los años 80, ávidos de crearse una plataforma de popularidad, aunque no de altos vuelos, precisamente. Hombres algunos de ellos dotados de facundia, buenos escritores por lo demás y de fácil vena poética, malgastaron sus aptitudes en intentos malogrados por la puerilidad. Uno de estos ingenios era Belisario Santocildes Palazuelos, que se firmaba «Sedlicotnas». De acuerdo con el impresor, Santocildes se lanzó a publicar «El Progreso de Santander» aparecido el 1 de agosto de 1884. En sus primeros números asumió la dirección, y la administración el propio impresor: después (ya en 1885), lo rigió Antonio Gutiérrez Cueto, del clan familiar cabezonense cuyos apellidos, con amplias ramificaciones, llegarían a figurar en el campo de las letras y las artes regionales.

La originalidad de «El Progreso» consistió en recibir diariamente, por el tren correo, y ya impresas, las dos páginas centrales de «El Popular» madrileño con las noticias e informaciones más palpitantes de la villa y corte. Las páginas primera y cuarta se imprimían por Atienza, con artículos y noticias locales y de la provincia. Salía a la calle al mediodía. Tan complicada y poco segura combinación constituía la pesadilla diaria para Gutiérrez Cueto, Santocildes y sus colaboradores.

Belisario había pertenecido a «El Comercio de Santander» y anunciaba en el artículo de presentación, que el nuevo periódico se imprimía «con el deseo de coadyuvar al levantamiento del gran templo de la civilización y del progreso». Para ello, agregaba, «es necesario que por lo que a Santander atañe, el Municipio comprenda en primer lugar que él es quien debe dar ejemplo de autoridad e iniciativas...»

Santocildes estaba presente en sus páginas a diario en prosa y en verso.

Con motivo de una sequía que agostó los campos montañosos durante el

otoño de 1884, que terminó con un verdadero diluvio sobre la ciudad en una de las periódicas tormentas de las temporas de San Mateo, con espectacular inundación, Santocildes dedicó toda su primera página y parte de la cuarta a relatar el fenómeno.

De la calidad versificadora del inquieto director, da idea el siguiente ovillojo:

La calle del Arrabal
-animal!-
y la del Río la Pila
-lila!-
e igualmente Puertochico
-borrico!-
se inundaron; no me explico
que aguantaran tanto más.
Hay que ser muy animal
o muy lila o muy borrico.

Introdujo Belisario la novedad de publicar unos «Lunes» de «El Progreso de Santander» —a la manera de «El Imparcial»— con comentarios de todas clases, y principalmente versificados, que era su debilidad.

No obstante tan pomposas promesas, los otros periódicos no encontraron en él más que un rival en sólo promesas, e ilusiones. Sólo vio la luz durante diecisiete meses, pues se eclipsó en diciembre de 1885. Santocildes, siempre inquieto, decidió, entre tanto, echar por el «campo del humorismo», y en febrero de 1885 sacaba una revista titulada «Santander Cómico».



SANTANDER COMICO

1885.

Imp. de Telesforo Martínez.

Salió, en efecto, a los quioscos el 15 de febrero de 1885, coincidiendo con las fiestas del carnaval. Belisario Santocildes «permitió» que en la primera página apareciese su caricatura con esta semblanza:

Posee talento, es guapo,
tiene a escribir afición,
viste bien y de un sopapo
derriba un guardacantón.
Es, para que no me tildes
de que le oculto entre velos,
Belisario Santocildes
Palazuelos.

El colaborador artístico era también «Lumínico» (Amiana), con caricaturas personales campeantes de la portada y a cuyo pie iba la consiguiente semblanza en verso.

En toda la revista, del principio al fin, estaba presente el inquieto periodista y poeta festivo que tenía como inmediato colaborador a otro poeta, J. Ortiz de Castro, próximo pariente de Concha Espina.

Nada nuevo aportó a las letras ni al periodismo santanderino, y no llegó a alcanzar el tono de sus antecesores; dejó de publicarse el 18 de abril del mismo año, dos meses, por tanto, de existencia.

EL ESCALPELO

PERIÓDICO SEMANAL.

Año I.

Santander, Jueves 16 de Julio de 1885.

Núm. I.

EL ESCALPELO

1885.

Semanario. Imp. de Solinís y Cimiano.

En su presentación este semanario –el día 10 de julio de 1885– se manifestaba así: «El título de nuestra humilde publicación revela el objeto que traemos a la vida del periodismo: Creencias añejas, instituciones caducadas de que apenas se habla en los pueblos cultos, viven en el nuestro todavía, cadáveres hediondos, es verdad, pero galvanizados por nuestro atraso moral. Tiende la vista por donde quieras: ¿Qué es nuestra política? Un mercado de honras, un juego de cubiletes, en que gana siempre el que tiene menos vergüenza. ¿Qué es nuestra religión? Una empresa minera que enriquece a los hipócritas, que son los accionistas. Y el país, en tanto, se arruina y se aniquila, y somos motivo de burla o lástima por los otros pueblos, que en otro tiempo tanto nos envidiaban o nos temían...»

A pesar de su propósito de aparición regular, pronto conoció alteraciones cronológicas. El día 29 de noviembre se subtitulaba «Semanario religioso» con el fondo «In nomini Patris, Filii et Spiritus Sanctis»... Dejó de publicarse en el mes de diciembre, y reapareció, como segunda época el 10 de abril de 1887. En la colección de la Hemeroteca cesa el 28 de agosto de 1887.

Ninguna indicación lleva al conocimiento de quiénes crearon y mantuvieron la empresa. Sólo hay una referencia por la que nos enteramos de que la venta y correspondencia se hacía y recibía en el quiosco de Manuel M. Ramón, de la calle del Correo: un indicio claro, si se tiene en cuenta la filiación de quien aparecía como responsable; Manuel M. Ramón era un enardecido federal, que se movía en el corto pero arriscado grupo de librepensadores del pueblo. El tono de la publicación tenía que ser muy avanzado en el orden político y religioso, éste acérrimamente negativo. Tenía, por tanto, que causar impresión tal postura agresiva al medio ambiente, en general reposado y nada dispuesto a las aventuras extremistas. Los inspiradores y redactores se proclamaban, sarcásticamente «católicos fervorosos», y «lo demostraban» publicando a media página el anuncio de «La Verdad», cuando el diario de Valbuena se hallaba en plena campaña del integrismo, asediado por todas partes por sus impugnadores, y más aún debido a su agresividad.

Refiriéndose a la escisión producida en el campo del catolicismo, «El Escalpelo» decía que más que de conducta, era de principios, pues añadía, «es triste que rivalidades personales sean la única causa de que los ultramontanos que se llaman «íntegros» dejen de reconocer en los ultramontanos que se llaman «mestizos» los beneficios que aportan éstos a la causa común. ¿Por dónde se llega primero? Por el del oportunismo católico del señor Pidal. Germina la semilla carlista, el clero predica la guerra santa desde el púlpito y en el confesionario salen a campaña los ejércitos...» «Don Cándido Nocedal se retira a sus tiendas llorando su derrota, y los ejércitos se disuelven y desmoralizan...» «Quedamos, pues, en que la división de que habla «La Verdad» no existe realmente».

«La Verdad» no replica, sin duda al no hacer aprecio de los desmedidos ataques de que era objeto. Y «El Escalpelo» intenta «demostrar» que no existe incompatibilidad entre Catolicismo y Liberalismo. También afirmaba, al inaugurarse la escuela de San José, en la calle del Martillo, que la lucha entre la escuela católica y la laica era inevitable por la competencia y la lucha, encarnizada. «Si el librepensador tiene fe en sus doctrinas –apostillaba– no puede admitir que el pueblo que se instruye retroceda en el camino de la civilización».

Este planteamiento se veía exacerbado por la tarea iniciada por el nuevo obispo Sánchez de Castro, que había de culminar en la celebración del Sínodo sacerdotal de la diócesis, hecho que tuvo extraordinaria repercusión sobre todo en la provincia. Se recordaba, por la opinión católica, las amarguras que se llevó el anterior prelado, Calvo Valero, cuando renunció a la diócesis (en junio de 1884) y se trasladó a Cádiz. La discordia estaba latente. Las páginas de «El Escalpelo» tremaban y trinaban contra la iglesia y la política imperante, y por este camino no ahorró sinsabores a la parte templada del pueblo, que veía horrorizada las campañas del grupo librepensador, los adjetivos de cuyo estilo estaban cuidadosamente rebuscados en el diccionario para llevar adelante sus propósitos. Esto valió a los propietarios de «El Escalpelo» más de un encuentro con el Código.

Era particularmente agresiva su sección preferente titulada «Disección».

Denunciaba que el Gobierno Civil recaudaba cuarenta reales diarios por cada prostituta matriculada en la ciudad. «Y calculando decía, que hay 300, en 40 casas, y por cada hija de la fatalidad, a 18 reales mensuales, tendremos que el rendimiento al año es de 84.000 reales. ¿Qué se hace de esos reales que produce la inmoralidad?».

Ya en su número 5, descubría sin rebozos su naturaleza e intención, con estas palabras: «Murmúrase desde nuestra aparición, y no infundadamente, que colaboran en «El Escalpelo» espíritus extraños a la felicidad del Oscurantismo. Levantaremos, evangélicamente pensando una punta del velo que nos cubre. Como punto generador econtraréis buena fe, obra de nuestra mucha ignorancia...»

Naturalmente, tocó el tema de la Inquisición; la del antijesuitismo, la del comportamiento de los curas de aldea, ...y en su desparpajo, siempre tras de su «simulado catolicismo», no se detenía ni aún ante la blasfemia.

En su segunda época (que comenzó el 10 de abril de 1887), se dedicó por entero, en sus cuatro páginas, a injuriar a la Compañía de Jesús, y sarcásticamente se subtitulaba: «Ad Majorem Dei Gloriam».

AÑO I.

SANTANDER 1º DE MARZO DE 1885.

Nº M. I.

No se admiten
suscripciones ni
anuncios
ni desafíos.

LOS BANDOS.

Ni se dan
satisfacciones,
porque
los guis dan
para si
los redactores.

PERIÓDICO IMPOLÍTICO DOMINGUERO DE BUEN HUMOR

REDACTADO POR JÓVENES CON TÍTULOS ACA-DÉ-MICOS

QUE NO ADMITEN CREDENCIALES DE GOBERNADORES ABAJO.

Números sueltos
una peseta ó cinco céntimos, ó voluntad del comprador. ||| Amarrados,
en el estanco ó en la Orden Tercera.

LOS BANDOS

1885.

Semanario impolítico, dominguero y de buen humor, redactado por jóvenes «Aca-De-Micos». No se admiten suscripciones ni desafíos.

Una sociedad carnavalesca titulada «Los Bandos» creyó «oportuno saltar a la arena de las competiciones intranscendentales, para, en tono risueño y sin extralimitaciones en el juicio y en el lenguaje, «alegrar a la juventud durante las carnestolendas». Propósito declarado que daba ya idea de sus propósitos.

Salió, en sus 19 números, en diferentes formatos, y en el primero insertaba este ovillojo, que parece anunciar la participación activa de su principal promotor y acaso director:

¿Quién en el saber es vario?

Belisario.

¿Quién por sus fuerzas da espanto?

Santo.

¿Quién pone a las enes tildes?

Cildes.

Enamora a las Matildes,

en el vestir pone esmero

y a fuerzas de coracero

Belisario Santocildes.

Protestaba suavemente contra el tono en que se producían los periódicos locales en sus polémicas, transcribiendo, como ejemplo, los epítetos que, en verso, se cruzaron «La Verdad» y «La Voz Montañesa»: «La Voz» se dirigía «A un neo» (Antonio Valbuena):

De que existieras tú yo estaba ajeno
hasta que me lanzaste a borbotones
de injurias, revolcándote en el cieno,
al que es propio que tengas aficiones
si es cierto, como rezan tus laureles
que tu niñez pasaste entre los chones.

«La Verdad» contestaba a «Un federal»:

Mezcla de chulo y de sapo,
pócima de vino y caña,
del Parnaso inmunda araña,
de la decencia guiñapo.
Es tu dignidad un trapo
y tu lengua maldiciente
tan procaz, tan insolente,
que toda persona alta
por no manchar su saliva
no escupe sobre tu frente.

«La Voz» replicó al siguiente día:

Montón de pus y de cieno,
cara de ruín estropajo,
corazón cobarde y bajo,
reptil que escupe veneno;
charrán de insolencia lleno
alma en fango sumergida,
no te cruzo, no, descuida,
tu rostro que no me asusta,
para no manchar la fusta
en esa nariz podrida.

En «Los Bandos» colaboró una vez José Nakens, el periodista madrileño, fundador de «El Motín».

El semanario, que salía los domingos, alcanzó solamente hasta el número 19, correspondiente al 12 de julio de 1885. Entre los trabajos más curiosos publicados, figuró uno en verso ironizando sobre la situación en que la ciudad se

encontraba por aquel tiempo, bajo el título de «¡Dios te salve!», del que eran estos fragmentos:

Sólo le quedan tarifas (1)
que le matan en silencio
(al quite salir debiera
el Boletín de Comercio),
que impunemente le matan
porque nosotros queremos.
Sólo le quedan portales,
anchos, ventilados, regios,
edificios excelentes,
y de muelles muchos metros:
y un Ayuntamiento pobre
sin bienes de ningún género
y por cientos los malvados

hipócritas de ambos sexos;
y necesidades muchas
y la moral por los suelos
y tranvías y carruajes
y caballos de gran precio
y el pan caro... y poca guita
y mucho lujo en el pueblo;
vacíos los almacenes,
los corredores... corriendo,
los buques, tristes, al ancla,
y sin pan los jornaleros.
¡Qué bonita perspectiva!
¡Qué porvenir tan risueño!

(1) Se refería a las tarifas del ferrocarril de Alar.

EL ATLÁNTICO.

ANÚ

SANTANDER. VIERNES 14 DE ENERO DE 1886.

NÚM. 1.

EL ATLÁNTICO

1886.

Diario. Imp. de Lorenzo Blanchard. Wad Ras.

Llega, por fin, en el proceso histórico de la prensa santanderina el momento en que parecía imponerse la razón para volver a la serenidad y el buen juicio. Va historiado cómo los periódicos locales bajaban, por un quítame allá esas pajas, al ruedo de las peleas de gallos, adoptando el estilo arrabalero que mal se conformaba con una sociedad prudente, asustada y conturbada por un opresivo y cotidiano espectáculo. Enrique Gutiérrez-Cueto, hijo de Cástor Gutiérrez de la Torre —a quien hemos contemplado dirigiendo varias publicaciones de sensato contenido— fundó un diario cuya luz primera vio el 1 de mayo de 1886. Anótese la fecha: hacía unos meses de la firma del Pacto del Pardo entre Cánovas y Sagasta por el que se inauguró el sistema inglés del turno gobernante. Aquel mes de enero le tocaba la jefatura a Sagasta. Doña María Cristina regentaba a la espera del nacimiento de su hijo Alfonso (XIII de la dinastía). Estaba en pleno vigor la Constitución del 76.

Con Gutiérrez Cueto llegaron el buen sentido, la ponderación y el espíritu de convivencia. Puso a su periódico el título de «El Atlántico», que Pereda inmortalizaría por «El Océano» en «Nubes de estío», y se atrajo la colaboración de un equipo de alta selección entre la juventud intelectual. Era el flamante director miembro de una familia cabezonense de singulares y geniales retoños: una hija suya fue María Blanchard, apellido éste unido al Gutiérrez Cueto por la vía de Blanchard, el impresor, «hombre de mérito raro, luchador, no muy favorecido por la fortuna, que le fue varia pues «desde que emprendió la lucha como viajante, había pasado por la experiencia del comerciante abriendo camisería de lo fino en la calle de la Blanca» hasta echar el ancla entre chivaletes y minervas. Un hermano de Enrique, Domingo, estaba considerado ya en su puericia, como «niño prodigo» y otro, llamado Fernando mandaba barcos con la prestancia y el genio de los antiguos náuticos santanderinos. En su cuarto de derrota hacían buenas nupcias el cuaderno de bitácora y la libreta garrapateada con poesías y trabajos literarios en espera de una inmortalidad a la que, por fin, no llegaría. Era epigramático de fino corte aticista.

De quiénes ayudaron desde los primeros momentos a Enrique Cueto, como

colaboradores, uno de ellos, José María Quintanilla, habría de trazar un cuadro muy exacto, al pasar revista a la «élite» intelectual local; fue cuando a la muerte de Pereda (en 1906), hizo una evocación, que es preciso anticipar como premisa necesaria para justipreciar los valores vernáculos que de modo directo o circunstancial, intervinieron en «El Atlántico»: «recuerdo –escribiría «Pedro Sánchez»– que un verano (1890 ó 1891), la empresa de Blanchard congregó a comer en El Sardinero, con sus redactores, litógrafos y cajistas, a cuantos grandes o pequeños escribían, pintaban y dibujaban en la provincia y le ayudaban más o menos directamente en su obra patriótica. ¿Cuántos quedan aún de ellos, fuera de Enrique Menéndez, Víctor Llera, Tomás Campuzano, Aurelio Piedra (Stone), «Cerilla» (Tomás C. Agüero), Eusebio Sierra, Fernando Lavín y Alfonso Ortiz? ¡Pobre Victoriano Polanco, muerto en lo mejor de sus éxitos! Y de los ilustres, de los triunfantes... Casimiro Sáinz, Angel de los Ríos, Augusto G. Linares, Joaquín de Bustamante, Jesús de Monasterio, los Escalantes... ¡¡Pereda!! En poquísimos años y como si no bastaran a redimirnos de todo pecado la galerna y el apocalíptico «Machichaco», hemos perdido cuanto más nos valía: Gumersindo Laverde, y Casimiro del Collado, Ruiz de Salces, Adolfo de la Fuente, Adolfo de Aguirre, Mazarrasa y Tomás Agüero, Encinas y Pelayo, Ricardo Olarán, Demetrio Duque y Merino... cuantos sobresalían, vencían o meramente se distinguían acá o allá, han ido desapareciendo, dejándonos hasta indefensos...» La extensa y brillante nómina era un exponente de valores que dejaron memoria sin sombras en el acervo de las letras y las artes vernáculas. «El Atlántico» salió en gran formato, prietas sus columnas. Puede considerársele como precursor de la prensa local del nuevo siglo. Desde sus primeros números dio la muestra de sus preocupaciones por mantener un tono mesurado, de señorial empaque, inquisitivo sin asperezas, sencillo en sus exposiciones críticas, polémico sin perder jamás altura, ni aún en las ocasiones que, naturalmente tenían que presentársele en un ambiente poco edificante para controvertir ajenas ideas. Sin confesarlo explícitamente, se conservó siempre en la línea del liberalismo dinástico y católico. Avanzando el tiempo, fue considerado del lado de los posibilistas.

Enrique Menéndez fue uno de sus primeros colaboradores, aunque luego se retirará para contribuir con su pluma a las tareas de «La Atalaya». Allí comenzó a firmar con todo su nombre, al pie de una cronicilla aclaratoria de los motivos que habían venido celándolo durante tantos años de escribir para el público (primero en «El Aviso») y decía: «Yo tengo o tenía, porque no se qué ha sido de él, un mote. Estando una noche en el Café Inglés, de bautizar así, quiso vengarse y me llamó «Alones», aludiendo sin duda a cierto desarrollo exagerado de mis omóplatos, o mejor, a cierta falta de «tejidos blandos» en sus inmediaciones, que me daba y sigue dándome un marcado aspecto de ave que se dispone a alzar el vuelo. El apodo hizo entonces fortuna; pero hay que considerar que entonces yo no era nada...» Menéndez firmó en «El Atlántico» sus crónicas con los seudónimos de «Argos» y «Casa-Ajena» (el «Casallena» perediano de «Nubes de estío»).

Fueron estas páginas las que acogieron las primicias literarias y poéticas de Concha Espina.

Pero, antes de entrar en otras consideraciones, obliga el rigor historicista a esta afirmación: «El Atlántico» era un partidario consecuente y acérrimo del regionalismo, bandera que no arrió jamás; bandera de combate bajo la que lucharon los escritores que allí tuvieron tribuna. Culminó a la aparición del libro «Santander» de Amador de los Ríos en 1890, cuyo preámbulo era una carta dirigida a Marcelino Menéndez Pelayo y Amós de Escalante con ataques a indeterminados elementos santanderinos propugnadores del regionalismo contra el centralismo estatal y madrileño. José María Quintanilla salió al paso. Nunca, aparte del discurso de Pereda en los Juegos florales de Barcelona, se formuló una tan rotunda declaración de principios montañeses como en la ocasión, que se le venía a las manos a «Pedro Sánchez» para rebatir los argumentos de Amador de los Ríos, y como portavoz de la «élite» montañesa:

«Al señor Amador –decía– deben haberle asustado la «miga» de «Nuebes de estío» y el «alma» del álbum «De Cantabria»; debe haberle asustado, sobre todo, el coro que se hizo a ambos en Cataluña; debe haber oído a la Pardo Bazán que por aquí «jugamos al regionalismo», y el señor Amador, tan sensato y prudente, se empeña en quitarnos las ilusiones y en combatir molinos de viento. Ni que estuviéramos afiliados a la Liga de Cataluña o comulgáramos enteramente en las ideas de don Alfredo Brañas, pregón y programa del partido regionalista gallego, que dirige el ilustre Murgía. Nuestro regionalismo –ya lo dijo «Clarín» en el «Madrid Cómico»–, es completamente inofensivo; no se opone a nada, ni va contra nadie; es platónico, del orden artístico y literario, como le probaron al señor Amador sus correspondientes Marcelino Menéndez y Amós de Escalante. ¿Quiere saber cuál es nuestro guía? El amor a la tierra. ¿Quiere saber cuál es nuestro programa? El que ha implantado Pereda en sus prólogos y novelas... Nada de separatismo, nada de política, ningún odio. La obra de las artes y las letras montañesas... es en su parte principal, la más gloriosa de estos días, y lleva en la punta cual enseña y corona, la bandera roja y blanca de Santander, constituida en provincial; pero más arriba, en el extremo del asta, la roja y gualda de España. La Montaña es española, pero es además, montañesa; sus hijos son españoles, pero además, son montañeses; y éste es el regionalismo de aquí, la aplicación lógica de la ley de la variedad dentro de la unidad, el provincialismo prudente, el ser españoles, pero no madrileños. Esta es la cuestión...»

La declaración causó impresión hondamente fervorosa en la opinión pública montañesa, porque resumía sus principios y aspiraciones. Nadie tomó aquí en serio lo de los «hechos diferenciales ni discriminaciones raciales. Para reforzarlo, un día (fue el año 1854) reprodujo íntegro el artículo de Unamuno titulado «El antimaquetismo en las Vascongadas» como ejemplo de pluma autorizada contra lo que si debía ni podía ser. Todavía se recordaba en Santander los pleitos ardorosamente llevados por la provincia hasta las Cortes mismas, a

propósito del restablecimiento de los fueros vascongados, que tanto contribuyeron a la crisis en el desarrollo de la provincia. «El Atlántico» tuvo la característica de ser el primer diario de corte moderno y con la necesaria claridad para constituirse en órgano informativo eficaz para una sociedad inmersa en los giros de la evolución social y política emprendida por la Restauración. Hasta entonces, según se ha ido contemplando, las páginas impresas locales tenían más ambición que positivos resultados. Durante los diez años de contacto de «El Atlántico» con los lectores (de 1886 a 1896), fue una garantía de respetable y respetada neutralidad hasta donde las presiones lo consentían. Ante todo, informativo y para formar conciencia en torno a las graves cuestiones del pueblo, sostenimiento con firmeza en alza el espíritu emprendedor, por medio de campañas llevadas con buen pulso y vibrante energía. Hacía lo que se ha llamado crítica constructiva sin permitir, en lo posible, la interferencia del menor asomo derrotista que enfriase los pulsos de los bien intencionados. Era, el suyo, un provincianismo de buena solera. Ni chauvinismo cerril —en una época de cierto predominio de la aldeana política de campanario—, ni de asombrada timidez ante lo extraño. Y este equilibrio estaba determinado por el talento del puñado de hombres reunidos en torno a Gutiérrez Cueto.

Tres páginas de nutrido texto y la última reservada (era así la costumbre) a los grandes anunciantes, como las Compañías navieras y las de Seguros, los productos farmacéuticos más sensacionalmente popularizados, y los comercios más boyantes de la plaza. No faltó ningún día la crónica postal de Madrid con los reflejos de la actualidad de la villa y Corte; la sección crítico-humorística de la política en candelerío; artículos firmados por «Pedro Sánchez» y los commilitones de la trinca perediana, todos sobre temas locales o regionales; las eutrapelias de «Mingo Revulgo» (Domingo G. Cueto); las leyendas históricas de Evaristo Rodríguez de Bedia; una larga sección de noticias sin titulación, en las que no se dejaba sin escudriñar el menor movimiento de la vida ciudadana en cualquier aspecto; la dedicación a las representaciones teatrales que, aún sin firma, revelaban agudeza en el encargado de esa rúbrica; los «Ecos de sociedad» las reseñas municipales, escritas con puntualidad y con ciertas evasiones garbosas y galanas a los comentarios «sobre la marcha» del carro municipesco; el ambiente y las ocurrencias en los pueblos... En fin cuanto podía informar y formar a la opinión con la presteza de los medios de comunicación entonces, de limitada servidumbre como eran el telégrafo, y los no muy puntuales teléfono y correo. Buen servicio le brindaban los trasatlánticos y los buques de bandera extranjera portadores de la prensa más reciente sobre la que actuaban excelentes traductores porque la redacción del periódico contaba con notorios políglotas. Así, los más resonantes «affaires» internacionales, reflejados, a diario, en las columnas de «El Atlántico».

Hay que insistir en que nunca se desvió de su norma insobornable de fedatario leal a la verdad objetiva cuando de reflejar los aconteceres en su

entorno se trataba. Siempre ponderado y correcto, lo hacía con estilo pulcro, de suerte que aparecía –y hoy nos parece– como un gran cronista de los sucesos transcedentes o de la sencilla anécdota picante y colorística. Entonces, el menor desliz gramatical desataba la «tormenta» avivada por los policiales catones que caían graznando como cuervos sobre el desliz.

Larga sería la simple y sintética referencia del desarrollo cronológico; merecen, sin embargo destacar algunos de los principales acaecimientos registrados en estas páginas, procediendo por temas.

Por ellas vemos, en el orden religioso, las descripciones puntuales que hace de la iglesia de Santa Lucía, al término de sus primeras y principales obras, y cómo se realizó, en 1890, la reforma y restauración de la catedral, con detalles arquitectónicos y artísticos –o seudoartísticos– que merecieron una crítica llena de fina sensibilidad, por «Pedro Sánchez».

En el aspecto literario, se ofrece abundantísima la información, de la presencia en Santander de ilustres figuras nacionales de las letras y las artes. Tales, la visita de Armando Palacio Valdés; el paso de Rubén Darío el año 1892, que llegó para embarcar para La Habana, en su regreso a Nicaragua, su país, al que había representado como delegado en la Exposición nicaragüense; la de José Zorrilla cuando el poeta vallisoletano malvivía de las rentas de su gloria, y se convirtió en su propio rapsoda recorriendo España dando recitales. En Santander fue recibido y festejado con fervores enterneidos: dio dos grandes recitales en el Teatro y en el Casino montañés, y en su honor se reunieron las huestes de Pereda en una «tenida» en el domicilio del novelista...

Pérez Galdós era, desde el año 1871, asiduo veraneante, hasta llegar a adquirir carta **de naturaleza** como vecino de la ciudad, cuando construyó su finca «San Quintín». Galdós había estado allí todo el invierno de 1891 dirigiendo las obras y formando el que llegó a ser, aún en vida suya, «museo galdosiano». Escribió, entonces, su novela «Angel Guerra», y volviendo en el verano de 1893 (durante el que celebró sus bodas Concha Espina en Mazcuerras), los intelectuales montañeses le ofrecieron un banquete al que no faltó ni una sola de las figuras destacadas tanto en letras como en arte. Galdós correspondió con un té en obsequio de sus amigos. Al poco tiempo le visitó Narciso Oller, que ostentaba la representación de los intelectuales catalanes. Narciso Oller, que viajaba con su hija, fue, por los peredianos, huésped de una velada en «Las Catacumbas» de la Ruamayor, donde la trinca del costumbrista celebraba periódicamente sus reuniones de las que salieron algunas páginas brillantes del maestro.

La inauguración **de** «San Quintín» dio motivo para que José María Quintanilla publicara en «El Atlántico» una extensa crónica con el inventario, pormenorizado hasta lo exhaustivo, de cuanto en «San Quintín» había colecionado Galdós; se trata de un muy valioso testimonio documental y biográfico que es obligado citar –y lo sería por pluma ilustre– sobre los «tesoros» de recuerdos del novelista canario. Entre ellos, figuraban los por él traídos de su casa de

Madrid, circunstancia que la Pardo Bazán habría de comentar con cierta acrimonia. «El Atlántico» informó de la presencia de la escritora gallega, de la que recogió sus artículos acerca de esa visita y de otras a lugares y personajes santanderinos de su tiempo. También quedó registrada en «El Atlántico», la visita a Galdós y a Pereda, de René Bazin y sus artículos en la revista parisina «Des deux mondes». Y ya en los amenes de su existencia, el diario de Gutiérrez Cueto daría cuenta de la visita de Boris de Tannenberg a Galdós y a Pereda. El joven escritor ruso dejaría constancia de estas estancias en unos trabajos reproducidos por «El Atlántico».

Como elocuente testimonio del espíritu de convivencia latente en los intelectuales montañeses, es digna de notarse la actitud de serena repulsa con que, por la pluma de «Pedro Sánchez», se rebatieron unas opiniones intemperantes que «La Atalaya» opuso a la «Serata d'onore» a Galdós, metiendo aviesamente el reyo político entre los antagónicos idearios de los asistentes a la fiesta, y pretendiendo encender un conflicto que no había lugar en la estrecha amistad existente entre Galdós y Pereda, éste como el más claro exponente de aquel oportuno acercamiento, entre los hombres de letras. Fue la única nota discordante, enérgicamente recusada. De ello se habló y se escribió no poco.

En el campo político, o lo social, «El Atlántico» no dimitía sus principios, pero no por ello dejaba de informar a sus lectores amplia y objetivamente. Tal sucedió cuando, el año 1886 y como consecuencia de la sublevación de Villacampa, la policía santanderina procedió a la detención (era entonces gobernador Rafael Martos) de un grupo de notorios demócratas locales, entre los que se encontraba el general José Velarde. Y en 1891, transcribía el manifiesto socialista del 1.^o de mayo, con amplia reseña sobre el mitin de la naciente fuerza socialista; la llegada y estancia de Pablo Iglesias, en marzo de 1892, para dar una conferencia de carácter económico y exponer los fines de la recién nacida Unión General de Trabajadores; otra nueva estancia del líder obrerista en 1894, como presidente de una fiesta aniversario de la fundación de la sociedad de Trabajadores del Muelle y un mitin en el Centro Obrero... En fin, la cuestión social era enfocada por «El Atlántico» con serenidad, y en la circunstancia, dado su carácter católico, a través de la «Rerum Novarum».

Del buen estilo y conocimientos técnicos náuticos al relatar naufragios, galernas y las propias regatas deportivas, y sobre todo cuanto «sobre el mar flotaba», son muestras excelentes las reseñas, en las que campea un precioso derroche de lexicografía marinera, de castizo sabor pejino, y en ello hay que advertir la influencia perediana.

La gran tragedia del «Cabo Machichaco», el 3 de noviembre de 1893, fue descrita en tremantes columnas durante varios días. De ellas saldrían folletos que han quedado como testimonios de la horrible jornada que costó más de ciento sesenta muertes y casi un millar de heridos en la aterrorizada población.

Los veranos eran temas preferidos, las representaciones en el Teatro Prin-

cipal –con amplias críticas– y los conciertos en el Casino del Sardinero, donde actuaban Arbos y Albéniz, y en 1886, el gran Sarasate. A propósito del genial violinista –cuyos éxitos fueron de clamor– contaba «El Atlántico», en su «Miscelánea» una anécdota curiosa y entrañablemente definitoria. El artista se puso un día en manos de un peluquero santanderino llamado Federico Cuevas y en el palique a que le sometió éste como buen «figaro», Sarasate le afirmaba que «había mucho de exageración» en lo que de él se contaba. «Pero en fin, ya verá usted esta tarde si se exagera mi mérito». Cuevas replicó: «Ojalá pudiera oírla». «Pues yo le enviaré un billete». «No es eso –repuso el peluquero–. Es que a la hora del concierto vienen los parroquianos a arreglarse». «Pues no importa, usted me oirá». Y el artista, a medio afeitar y con la cara enjabonada, cogió el violín, del que jamás se separa, y tocó dos piezas como si le estuviera escuchando el príncipe de Bulgaria.

Naturalmente, las estancias de reyes (como Isabel II que en 1886 fue a Ontaneda y permaneció una temporada en la Montaña) y príncipes, consumían grandes espacios. Como sucedía con el relato de las Ferias de Santiago y las verbenas de San Pedro en la pejinísima calle Alta, escritos como para una recomposición de «cuadros de costumbres». Y, asimismo, del veraneo de personajes como **Antonio Maura**, el duque de Sevilla, el marqués de Comillas, José Sánchez Guerra, **Juan Navarro y Reverter** (éste y Maura, asiduos estivantes en El Sardinero).

Una visita de Sagasta (año 1891), llegado de Bilbao a bordo del yate de Chávarri y recibido con ostentosa hospitalidad por los prohombres de su partido, ocupó varias columnas.

Ya en sus postrimerías, «El Atlántico» consideraba que su razón de existir había cumplido una misión realmente trascendente, y de ahí que comenzara la crisis y un debatirse, aboquelado en su insobornable ecuanimidad, entre los nuevos periódicos que por su novedad le arrancaban importantes parcelas de adictos. Todos sus esfuerzos fueron inútiles, y de modo especial cuando apareció «El Cantábrico», en la primavera de 1895. Las gentes presentían la liquidación de las últimas colonias, reflejada la angustia en muchas estructuras sociales por lo que la pasión popular no admitía medias tintas y se iba pronunciando por la agitación agresiva. En el año 1893, la empresa de «El Atlántico» dejó de editarse por Blanchard, lo que era síntoma de sus males internos, y acudió a los talleres de Solinis, instalados en la Plaza de la Luna, «La Atalaya» aprovechó esta circunstancia para lanzar el rumor de la inminente desaparición de «El Atlántico», o que cambiaría de color político.

Pero su muerte estuvo determinada por la fuerte competencia de «La Atalaya» y «El Cantábrico». Eran dos sectores decididamente combativos: el católico y por tanto conservador, y el democrático acogedor de los viejos progresistas, los nuevos liberales y los republicanos.

Dejó de publicarse el 31 de marzo de 1896.

LA COALICION REPUBLICANA.

PERIODICO DEMOCRATICO-PROGRESISTA.

| | | |
|--|---|---|
| Año I. | SANTANDER, — Viernes 31 de Diciembre de 1886. | Nº 202. |
| PRECIOS DE SUSCRIPCION: | | |
| En Santander, en librerías..... | 6 pesetas. | En Santander, en la Admón. de este periódico, calle de Carvajal, 2, 2. ^o , y en la Librería El Arca de Noé, Plaza Vieja esquina a Rupalacio. Imp. La Coalición Republicana. |
| En la capital, Madrid..... | 8 " " | En Santander, en la Admón. de este periódico, calle de Carvajal, 2, 2. ^o , y en la Librería El Arca de Noé, Plaza Vieja, esquina a Rupalacio. Imp. La Coalición Republicana. |
| Números sueltos a diez centavos de peso. | 10 " " | En Santander, en la Admón. de este periódico, calle de Carvajal, 2, 2. ^o , y en la Librería El Arca de Noé, Plaza Vieja, esquina a Rupalacio. Imp. La Coalición Republicana. |

LA COALICION REPUBLICANA

1886.

Periódico democrático-progresista. Puntos de suscripción: En la Admón. de este periódico. Carvajal, 2, 2.^o, y en la Librería El Arca de Noé. Plaza Vieja esquina a Rupalacio. Imp. La Coalición Republicana.

Como el título define, nació para defender las ideas republicanas del partido acaudillado por Manuel Ruiz Zorrilla, y como órgano del mismo en la provincia. Apareció el 4 de marzo de 1886.

Se componía de una sola hoja. En su número 13 defendía la candidatura de Restituto Collantes, al que apoyaban los federales de «La Voz Montañesa». Publicaba noticias, gacetillas locales, nacionales y extranjeras.

Al referirse al nuevo diario, el Boletín de la Sociedad de Impresores, Litógrafos y Encuadernadores, escribía así: «El periódico (o cosa así) que con el título de «La Coalición Republicana» sale a luz en esta capital, inserta en lugar preferente casi siempre que da medio número, y esto se repite un día sí y otro también, una advertencia en que se atribuye a la escasez de tipógrafos en Santander, la falta de cumplimiento con los suscriptores, añadiendo que en la imprenta (léase *pastelería*), donde se confecciona aquel desdichado papel, se necesitan oficiales y aprendices de cajista».

Sólo hemos conseguido ver los dos números guardados en la colección de la Hemeroteca. El 13, que corresponde al 31 de diciembre de 1886, hace pensar que el periódico tuvo varias épocas, todas cortas. En él decía al despedirse de sus suscriptores y anunciantes: «El periódico ha llevado una vida láguida en lo que a su parte material se refiere. Queda nuestro director sujeto a un procedimiento criminal, por un artículo que juzgábamos completamente inocente, y, abandonados a nuestras propias fuerzas, pues hasta para recibir consuelo, ya que no auxilio, se necesitan en la época que atravesamos bombo y platillos, y nosotros vinimos a la vida periodística para hacer propaganda de nuestros ideales y mantener incólumes los derechos de los partidos coligados, no para dar matraca ni coscorronear (sic) a amigos y adversarios. Y protestaremos por último que, siempre los mismos, reapareceremos en el estadio de la prensa con la misma o distinta denominación, pero de hacerlo en uno u otro caso, será con la misma fe, bajo el mismo credo y aspirante a la coalición sincera, leal y positiva de todas las fracciones».

Pago en el acto.

CIRIEGO

5 céntimos número.

PERIÓDICO CEMENTERIO, DESTINADO A PANTEÓN SANTANDERINO DE DESLEALES,
DÉBILES, INCAPACES, INCAPACITADOS E INCAPACITABLES.

Año MDCCCLXXXVII

Miércoles 2 de Febrero.

Número I

CIRIEGO

1887.

Imp. de S. Atienza. Carbajal, 4.

Periodiquito de circunstancias, apareció el 2 de febrero de 1887, en sustitución de «El Cuco».

Se definía: «Periódico cementerio destinado a panteón santanderino de desleales, débiles, incapaces, incapacitados e incapacitables». «Nuestro programa está reducido a dar palo en seco, cantar claro, aunque sea preciso ir a la cárcel y recibir palos; lo único que ofrecemos es no recibir padrinos ni aceptar retos. Somos pequeños, débiles y enclenques...»

Tuvo el propósito de terceriar en un pleito interno entre el Ayuntamiento y el arquitecto Pérez de la Riva a consecuencia de las obras del cementerio de Ciriego que iniciadas en 1883 y recibidas oficialmente dos años, dieron origen a un largo expediente de responsabilidades que duró hasta el año 1887.

De clara inspiración política, y aunque formulara protestas de absoluta independencia, servía a la fracción republicana de los escaños municipales.

Lo dirigía Venancio García y García. Era incisivo, reiterativo, y mordaz. En unos párrafos aparecidos en el número 2, Tomás Quintanilla Cagigal, sintiéndose aludido, hizo circular por la población una hoja suelta en la que decía: «El miércoles último vio la luz pública el segundo número de un libelo asqueroso titulado «Ciriego». En él se me alude torpe y groseramente. Infructuosas gestiones he practicado en compañía de mi amigo don Juan Molas para encontrar al autor o autores de tan indigno papelucio. Unicamente apareció a mi vista la triste personalidad de Vicente García, pantalla sólo digna de los que envueltos del secreto misterio proceden tan villana y cobardemente. Hoy he perdido la pista del testaferro y los autores siguen escondidos detrás de la innoble máscara del anónimo. A uno y a otros los tengo con asco al fallo de la opinión pública».

Parecía dispuesto Quintanilla Cagigal a entablar un lance de honor o a llegar a las vías de hecho; pero no sucedió nada. «Ciriego» continuó saliendo hasta el 5 de mayo, es decir, hasta el número XVII. En el anteúltimo, Vicente García anunciaba en una carta abierta que se separaba de la dirección del semanario, del que se confesaba ser «autor y único redactor».

LA PUBLICIDAD

PERIÓDICO ANUNCIADOR

SALE A LUZ TODOS LOS DOMINGOS

Fate periódico, además de repartirse gratis en Sociedades de instrucción y recreo, fondas, casas de huéspedes, etc., peluquerías y otros puntos de Santander, se remite por el correo a los principales círculos y establecimientos haldeanos de España.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Santa Clara, 8 y 10, bajo (Gimnasio)

Horas de despacho: de 10 a 12 mañana y de 3 a 5 tarde.

Anuncios, a \$ 5 céntimos de pieza la línea. — Comunicados, a precios convencionales.

Para todos los asuntos concernientes al periódico dirigirse a la Redacción y Administración, calle de Santa Clara, números 8 y 10, bajo (Gimnasio).

LA PUBLICIDAD

1887.

Redac. y Admón. Santa Clara, 8 y 10 (bajo) «Gimnasio». Imp. «La Voz Montañesa».

A los cuatro días, no más tarde, de vocearse «Ciriego», se enganchaba al carrousel de la pequeña prensa local un semanario dominguero titulado «La Publicidad». Fue el 6 de febrero de 1887, y llegaba como adelantado del sistema propagandístico comercial, todavía embrionario. Tuvo excesivamente precaria historia, pues sólo llegó a editar tres números (el tercero el 13 de marzo) y por tanto no dejó apenas rastro.

Unicamente, en el orden del «cotilleo» localista, dejó, para picante regocijo de su generación, uno de los muchos rasgos de ingenio mordaz que en su prolongada vida periodística legó Aurelio Piedra, «Stone». Entre los redactores de «La Publicidad» figuraba Germán de la Pedrosa, funcionario de la Diputación, a quien «Stone» dedicó este pareado:

«Escribe mal en verso y mal en prosa,
el señor don Germán de la Pedrosa»

con lo cual acabó con la naciente carrera literaria del aludido.

La especialidad de «Stone», ingenio mordaz y de ideas progresistas, eran los versos agresivos y epigramáticos, aunque no dejara por ello de ser poeta de nervio y de «mucho fondo» las pocas veces que escribió en serio.

Hizo suya esta «máxima»:

«Trabaja, Fabio, con constancia y brío;
Verás cómo te cansas, hijo mío».

Silente los desafíos
solo el correr al morir
con toda el uso de fuerza
en la escuela y basill
toda los ferules que caen
en Antonio Coll y Puig.

JUAN PALOMO

o se acuerda
y el que no quiera
dejarse caer en
el zanahoria
siendo del di
un hermoso día.

Boja suelta satírico-literario-independiente.

Se administrá igual Justicia
todo hecho violento;
nunca da rabia revenga
l que coneta una pacfa.

En todo festivo ó santo
dirá verdoso Juan Palomo,
amándose con jides ó plomo
para no ir al conventerío,

Director—opositorio y redactor único respo. sobre
Editorial Herráiz, Farinas,
(Anagrama) Farsani.

Ganaza sin enemigo. Los píld
y el que sea al figurón!
O que amerte si vela la leon
que encanta al pueblo Madrid!

N.º 1. Diciembre
1887. Impresión
de la imprenta del
Señor Cimiano y Roiz.
desde el San Francisco.

Este periódico respeta la conciencia y la religión de todo ciudadano. A quien Dios se lo dé, San Pedro se lo bendiga. Si sucede, será por su mayor en las personas, en las cosas y en el bolsillo.

Relección y administración: Hasta las doce de la mañana, calle de San Francisco nº nro 20, 3^{er} — De las doce de la mañana hasta la noche de la que
en la calle de San Francisco, circuitos y cafés. — Si me notan, en el teatro.

JUAN PALOMO

1887.

Imprenta de Salvador Atienza. Despacho de Vda. de Cimiano y Roiz, en el Muelle n.º 8. Periódico satírico-literario independiente.

Eduardo Herráiz Farinas (que firmaba frecuentemente con el anagrama «Farsani») tenía una larga vida profesional de periodista cuando vino a Santander como redactor de «La Voz Montañesa», a las órdenes de Coll y Puig. Había pertenecido a periódicos de Madrid, Murcia (de donde era natural), Valladolid, Segovia y Salamanca, lo que da la cifra de su vida inquieta.

Tuvo con Coll y Puig una cuestión personal muy agria, y le abandonó en marzo de 1887, en busca de nuevo acomodo profesional. Pero, entre tanto, decidió sacar por su cuenta y riesgo un semanario con el principalísimo objeto de atacar a su antiguo director, descendiendo a la postura del libelista. Curiosamente, el número 2 de su semanario reproducía muchos de los originales aparecidos en el inaugural. Se había producido, según manifestaba, una especie de pacto con Coll y Puig (a quien llamaba «Colipuche» o «Colipúi») para zanjar la enojosa cuestión entablada el día de la primera salida y Herráiz se comprometió a retirar los originales que rozaban lo personal. Pero en el número 3 (notemos la larga pausa, pues tiene fecha 3 de mayo), con nuevo formato y tamaño y en la imprenta de la Vda. de Cimiano y Roiz, daba cuenta de que «La Voz Montañesa» no había cumplido su compromiso, y en consecuencia se produce violenta, furibundamente contra su antiguo director; la prosa y el verso se mezclaron en sus arremetidas, aclarando que estaba dispuesto (Herráiz) a solventar la cuestión pendiente «en cualquier terreno».

No dejó ninguna parcela de las debilidades de Coll y Puig sin atacarle incluso denunciándole como iletrado, e ignorante, llamando a «La Voz» «periódico amorfóseo».

Exhumaba, de la antología de la pluma de Coll, que en un artículo, había

escrito «que el flujo y reflujo de las aguas del mar «hasta puede influir» en la subida y bajada de las mareas», y había llegado a averiguar que «los vapores que salen de Santander para Cuba, tienen que dar la vuelta a fin de pasar por el estrecho de Gibraltar». Dedicó grandes espacios a las «herejías gramaticales» cometidas con frecuencia por su ex-director. Por ejemplo, recordaba haber leído en sus cuartillas originales «Mausólito», por mausoleo, y «La Venus de Milton», entre otras perlas de su «estilo e ilustración».

Naturalmente, el campo de la política y de la religión, no podía ser sustraído por Herráiz para poner en evidente ante la opinión santanderina, la inconsecuencia de su rival: «Es una gran vergüenza que el partido republicano tenga por órgano un periódico que se llama federal y librepensador; que ataca todo lo divino en orden de la jerarquía y la liturgia, y que el propietario de ese periódico, su director, su inspirador tenga en su domicilio un oratorio consagrado al uso católico-apostólico-romano con bulas y privilegios pontificios colgados en su recinto con imágenes de vírgenes, atributos y reliquias ultramontanas yacentes en su altar. Escribir y predicar contra la Iglesia católica y besar las medallas y ganar jubileos del Papa; originar ese periódico procesos por escarnios a la religión que tiene tabernáculos en el hogar mismo del que autoriza y sanciona esa befa criminalmente perseguida; blasonar de librepensador en letras de molde y rezar el rosario y la novena en el silencio de la alcoba convertida en capilla ortodoxa y bendita por el supremo sacerdote de la ciudad eterna... Eso es hipocresía; eso es negocio; eso es engañar al pueblo colmándole de ludibrio...»

En el cajetín de la cabecera figuraban estas cuartetas:

Se administra aquí justicia
a todo bicho viviente
aunque de rabia reviente
el que comete una pifia.

En tono festivo o serio
dirá verdad Juan Palomo
andando con pies de plomo
para no ir al cementerio.

¡Guerra sin cuartel al pillo!
¡Palo seco al figurón!
Odio a muerte al vil ladrón
que sangra al pueblo el bolsillo.

Nadie irritado resuelle
sí porque una infamia traza
se saca su nombre a plaza
desde El Sardinero al Muelle.

No le dolían prendas a Herráiz a la hora de aceptar toda la responsabilidad dimanante de sus ataques directos, incisivos, hirientes; y reforzaba su postura

con este reto anticipando: «Si sucumbimos será por fuerza mayor en las personas, en las cosas y en el bolsillo. Estamos en nuestra Redacción y Administración hasta las doce de la mañana, en la calle de San Francisco, número 29, tercero. Desde las doce hasta las doce de la noche en la calle de San Francisco, en los círculos y cafés. Si me matan, en Ciriego.»

Y para reformar su actitud, hizo campear en un número junto al título del periódico, esta letrilla:

Se admiten los desafíos
desde correr a morir,
y con toda clase de armas
desde la escoba al badil
hasta los fondos que escribe
don Antonio Coll y Puig...

Naturalmente, no le regatearon contratiempos sus jactancias. Salieron un día a acometerle tres individuos a quienes no conocía con los que mantuvo una trifulca en la calle, con toma y daca de golpes.

NÚMERO BURLÓN
5 céntimos.
SUBSIDIOS.
En la capital, trimestre 1 peseta
Fuera, 1 peseta

PAGO ADELANTADO.

LA GALERNA.

PUNTO DE SUSCRICIÓN

En la imprenta de Roiz y
Federico y en el Kiosco
de Manuel María Ramón,
Breda.

Periódico rojo, incandescente y joco-serio.

Anuncios económicos.

AÑO I.

SANTANDER 12 DE JULIO DE 1887.

NºM. 1.

La GALERNA

1887.

Periódico rojo incandescente y joco-serio. Imp. de Roiz y
luego de Salvador Atienza.

«Nuestro propósito –declaraba en su primer número este semanario, el día 12 de julio de 1887– es defender la causa del pueblo. Todo por el pueblo y para el pueblo. En política, rojos subidos, en administración, puritanos; seremos inexorables con los malos, descuidados y abandonados».

Federal y anticlerical «por tanto», según era norma imprescriptible, estaba dirigido por Vicente García y García, y sus dos obsesiones principales, hasta el 31 de mayo de 1888 en que dejó de publicarse, tras una suspensión de tres meses –entre el 26 de noviembre de 1887 y el 27 de marzo del siguiente año por causa de que luego se hará historia– fueron atacar sin dar cuartel al entonces alcalde Justo Colongues y Klint y el clero. Al primero, por el pleito entre los arquitectos municipales Casimiro Pérez de la Riva y José María Sierra y el Municipio, y al clero siguiendo la moda imperante de los avanzados de la época. Tenía todo el tono de ser continuación de «Ciriego».

El principal punto de suscripción del semanario era el quiosco del conspicuo federal Manuel María Ramón, célebre en Santander por su enemiga a curas, monjas y frailes, y es «detalle» revelador del color de la publicación.

Además del artículo de fondo, hacía comentarios críticos a la labor municipal desde el punto de vista de la fracción edilicia republicana, y una sección titulada «Vientos y chubascos» en que arremetía con la violencia de temporal desatado, contra los dos principales destinatarios de su «razón de ser».

Sufrió, en consecuencia, primero dos juicios orales por injurias, a consecuencia de la denuncia presentada por Colongues. Pero lo más importante, por la participación de Vicente García como coprotagonista de una manifestación de herejía que conmocionó a la pacífica población y determinaría no sólo la decadencia, sino la muerte de la pugnáz publicación.

Y fue que se había constituido en Santander una «Sociedad Católica Apostólica Española» «consagrada al culto y a la instrucción», de la que eran cabezas visibles y rectoras, **Raimundo** Menéndez Orra y Vicente García. La secta había sido inscripta en el registro de Asociaciones a principios del año 1887, previa presentación de sus Estatutos en el Gobierno civil, y su primera manifestación

fue la pública convocatoria para la celebración –el día 25 de marzo de 1888– en una «capilla» habilitada al efecto, de una «misa de palmas» en la que oficiarían Menéndez Orra y el director de «La Galerna», el primero como obispo y como predicador el segundo. La autoridad civil envió un jefe del Orden público, con instrucciones concretas de suspender la considerada como parodia. Este delegado declaró disuelta antes de comenzar la reunión pues, fueron que «se iba a hacer mofa de la Iglesia católica». «Que ni el pastor era ni cura ni obispo, ni nada, sino un hereje y que el predicador no podía ser sacerdote porque era federal». «¿Ustedes –dijo dirigiéndose a la concurrencia– que se precian de ser católicos, asisten a esta farsa? ¿No tienen ustedes vergüenza de venir a ver ésto? Quedan presos esos señores y detenidos todos los concurrentes». Así se hizo constar en el parte del delegado. En consecuencia, la autoridad civil impuso a Menéndez Orra y a García una multa de cien mil pesetas a cada uno. Se prevenía que en lo sucesivo estaría prohibida una concurrencia, a la capilla, superior a veinte personas.

Transcendió el suceso, que llegó, de allí a poco al propio Congreso de los diputados, donde Villalba Hervás presentó una interpelación para defender a los encausados y pedir el cumplimiento de la Constitución para el libre ejercicio de todo género de sectas religiosas.

(De todo ello da fe el Diario de Sesiones del Congreso de diputados, de fecha 16 de abril de 1888.)

Consecuencia fue la mencionada suspensión temporal, por tres meses, y «La Galerna» pasó a la historia de los más curiosos incidentes de la vida ciudadana, con su remolazo de escándalo. Dejó de publicarse en el mes de mayo.

BOLETÍN

DE LA

SOCIEDAD DE IMPRESORES, LITÓGRAFOS Y ENCUADERNADORES

DE SANTANDER

La emancipación de los trabajadores ha de ser obra
de los trabajadores mismos.—CARLOS MARX.

SECRETARIA:
Cervantes, 17, principal.

El que no está conmigo está contra mí.—JESU-
CRISTO.

BOLETIN DE LA SOCIEDAD DE IMPRE- SORES, LITOGRAFOS Y ENCUADER- NADORES

1887.

Imp. de Solinis y Cimiano. Secretaría: Cervantes, 17,
pral.

Periódico obrerista, órgano de la nueva sociedad de tipógrafos, advertía que no tenía carácter político ninguno. Escrito con ponderación, permanecía vigilante en la defensa de los trabajadores de imprentas y similares. En el cajetín de su cabecera, se leen estas dos frases: «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos: Carlos Marx»; y «El que no está conmigo está contra mí. Jesucristo».

Salió el primer número —la publicación era mensual— el día 30 de octubre de 1887. En 1891, se imprimía en la Imprenta de Fons.

La revista informaba a sus afiliados sobre el movimiento social y administrativo de la Sociedad.

El Noticiero Montañés

SE PUBLICA LOS JUEVES Y DOMINGOS.

| AÑO I. | PRECIOS DE SUSCRICIÓN. | | TRIMESTRE. | SANTANDER 15 DE DICIEMBRE DE 1887 | PRECIOS DE ANUNCIOS. | | ED. 1.- 2.- 3.- Y 4.- PLATA POR LIBRA | NUM. I | | | | |
|--|------------------------|------------------------------|------------|-----------------------------------|-------------------------------|-------------------------|--|--------|--|--|--|--|
| | En Santander. | En el resto de la península. | | | Para los señores mercantiles. | Para los que no lo son. | | | | | | |
| <i>Número sencillo 5 céntimos. — Número doble 10 céntimos.</i> | | | | | | | | | | | | |
| <i>Los pagos se harán adelantados, en sellos de correo, libreta o billete de fideicomiso.</i> | | | | | | | | | | | | |
| <i>Se encarga en la Administración, Imprenta Militar, Cuesta de la Atalaya, calle en proyecto, número 1.</i> | | | | | | | | | | | | |

EL NOTICIERO MONTAÑES

1887.

Imp. Militar a cargo de A. de Quesada. Cuesta de la Atalaya, calle en proyecto.

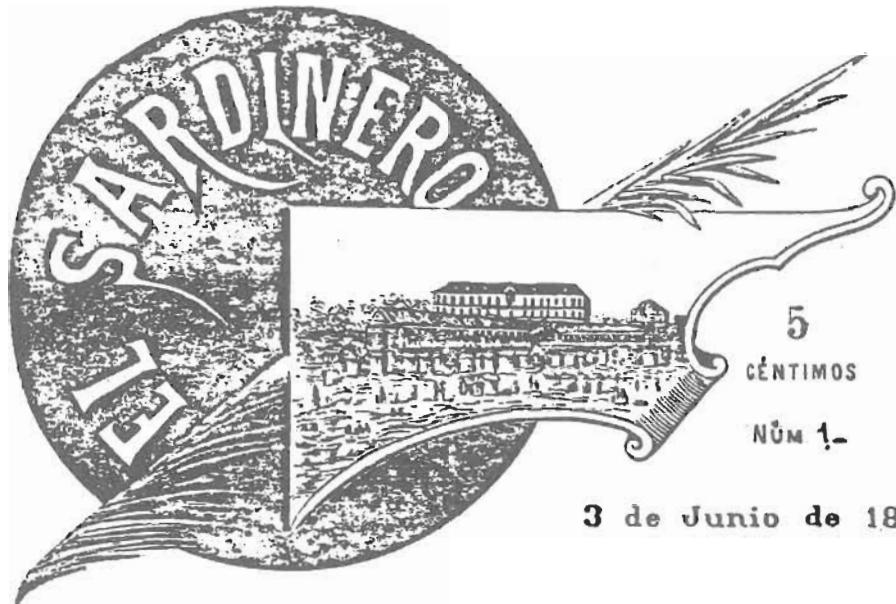
El impresor Quesada, instalado en la «Calle del Proyecto», que luego sería denominada «Alsedo Bustamante», emprendió la aventura de sacar a la calle un bisemanario. Fue el 13 de diciembre de 1887.

Hacía confesión de absoluta independencia política, «pues es un cáncer que corroa y amenaza destruir la concordia». También afirmaba su religiosidad, a través de una sección bastante amplia sobre los cultos y actividades confessionales, y breves síntesis hagiográficas. No podían, como es natural, faltar las rúbricas sobre el movimiento mercantil, las operaciones bursátiles, servicios públicos como transportes por tren, del tráfico por bahía, el tranvía urbano y las diligencias sobrevivientes al funcionamiento del ferrocarril con Madrid, es decir, las que hacían el tráfico hacia el este, el oeste y el centro de la provincia. Hasta las observaciones meteorológicas eran indicadas a diario, facilitadas por el Semáforo de la Magdalena. Objeto de sus preferencias eran unas «Cartas de Madrid» y «correspondencias del extranjero» recibidas en los barcos de matrícula europea con escala en Santander.

Una empresa mediocre, con más esperanzas que apoyo en las realidades de su entera financiación. Quesada (propietario, editor y único redactor), confiaba en el posible apoyo de los anunciantes, a los que prometía hacer sus salidas periódicas tres días a la semana. Hacía sobre esto una curiosa advertencia: «Durante este mes saldrá «El Noticiero» solamente dos veces por semana. Prometemos economías en la inserción de los reclamos que se nos confíen, anuncios y avisos, ventaja no chica tratándose de nuestro periódico, pues que teniendo en cuenta que todo lo bueno vale mucho, no serán escasos los que nuestros anunciantes habrán de obtener» y «cuando el bolsillo del director pese algo, hará algún obsequio a los suscriptores, o por lo menos les confiará a Dios.

Desde el mes de enero, si la suscripción nos asegura una pacífica existencia, saldrá los miércoles, viernes y domingos».

Pero ni los anunciantes tomaron en consideración los beneficios brindados por Quesada, ni los suscriptores confiaron en la robustez del bolsillo editorial, ni los lectores se afanaron en favorecerle. Así que «El Noticiero» fue una de tantas empresas periodísticas condenadas a la rápida desaparición. Lo que sucedió a poco de iniciar sus primeros pasos.



EL SARDINERO
1888.
Imp. de Telesforo Martínez.

No se resignaba Telesforo Martínez a la inactividad, aparte de su empresa de «*El Aviso*», pues bullían muchos proyectos en su desbordada imaginación. Esta vez intuyó «*El Sardinero*» como motivo «explotable» periodísticamente, durante el verano, editando una revistilla de circunstancias. «*El Sardinero*» estaba entonces (año de 1888), de moda entre políticos eminentes, artistas, escritores, periodistas y una «élite» de la colonia madrileña que lo pusieron «a la page» entre las playas del Norte como estación balnearia «de postín». Hay mucho escrito sobre esa época, cuando el Casino veía repletos sus salones con la «crema» local y bañista.

Salió, por tanto, «*El Sardinero*», confiada su dirección a José Brabo, en cuatro páginas de pequeño formato, animado por una viñeta del encantador retiro campeando en su cabecera.

Cumplió su propósito como informador de las fiestas veraniegas, y algunas secciones como la titulada «*Oleajes*» con noticias cortas y los chismorreos de las playas, el Casino y las tertulias de las fondas. Otra rúbrica, «*De bolina*» y las reseñas de las corridas de toros en verso; comentarios de las campañas teatrales y algunas caricaturas.

Con los barruntos de un muy anticipado otoño, desapareció la revistilla del paisaje local el 15 de julio.

LA REGIÓN CÁNTABRA

REVISTA TRADICIONALISTA MONTAÑESA

| | | |
|--|-------------------------------|---------------------------------------|
| Año I. | SANTANDER 8 DE JULIO DE 1893. | Nº 1. ^o |
| PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN | SE PUBLICA LOS SÁBADOS | REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN |
| Al trimestre Ptas. 1,50 • semestre ? 2,60 • año : 5,00 | bajo censo de los sábados | WAD-RAS, 3 Número suelto 10 cénta. |

LA REGION CANTABRA

1893.

Semanario republicano. Redac. y Admón. Wad Ras, 3.
Imp. de L. Blanchard.

Adscrito a la fracción de Unión Republicana, este semanario se mantuvo en tono pacífico sin promover campañas de alboroto y fiel a su declarado principio de «unión y orden». Apareció el 1.^o de julio, por las tardes. Dedicaba amplios espacios a la información extranjera, nacional y local y una sección, en verso y en prosa, reproduciendo a los poetas y prosistas clásicos de todas las ideologías; la información comercial, imprescindible, los precios y cotizaciones del mercado y el consabido folletón. Fue su fundador y director Antonio Pérez del Molino.

Montó una combinación telegráfica que le permitía recoger los despachos no alcanzados por los diarios de la mañana.

Fiel a los postulados de la unión entre los republicanos, no podía soslayar su repulsa al mantenido por Coll y Puig en «La Voz Montañesa», y le dedicaba decididas críticas. En cuanto a la rivalidad con la idea monárquica, tuvo ocasión de manifestarse haciendo un llamamiento a sus correligionarios con motivo de la lectura, por la reina Regente, del mensaje de la corona. Y decía así: «Llegó la hora, no hay que dudarlo; preciso es que los antimonárquicos agiten la opinión y hagan penetrar en ella el convencimiento de que tienen programas con soluciones concretas; preciso es que los republicanos comencemos una campaña de afirmaciones, cada una de las cuales será un grito de guerra el día que sea, llegado el momento de instaurar para siempre el régimen republicano...». Pero eran expansiones del alma, llenas de romanticismo, pues aquella opinión pública recordaba todavía la derrota de los líderes de la revolución del 68 con toda la secuela de desastres sufridos por la nación.

Palpitaba, además, y muy dolorosamente, el problema que a «La Región Cántabra» servía de bandera: la lacerante situación en Cuba, con sus ecos palpables en las calles santanderinas a la llegada de soldados repatriados. «La Región» presentaba a lo vivo las escenas de los combatientes de la manigua, enfermos y harapientos, que imploraban la caridad pública. «Esto, escribía en un

editorial, no debe pasar; los soldados de la patria no deben pedir limosna, debe sobrarles todo, pues todo lo dan por ella. No debe durar un punto más la exhibición de nuestros hermanos los valientes de la manigua».

En otros aspectos de la actualidad local, acogía la presencia de Pablo Sarasate con extensos comentarios a tan excepcional figura. El violinista navarro llegó el 13 de enero de 1896 acompañado por la pianista Berta Marz para dar unos conciertos en el Teatro Principal. En el de Mendelsshon, Sarasate fue acompañado por el modesto pianista de un cuarteto actuante en un café local. Sarasate se hospedaba en el hotel del Muelle y después de su segunda actuación fue objeto de un banquete ofrecido por la numerosa colonia navarra existente en Santander.

A partir del mes de febrero de 1896, «La Región Cántabra» aumentó el tamaño de sus páginas y con las secciones habituales alternó estudios de divulgación científica. Su acción proselitista se mantenía cautelosa para no motivar el apartamiento de los lectores.

Naturalmente, la campaña antiyanqui no podía sustraerse a la artillería de «La Región». Recogió con gran aparato un incidente registrado el 8 de marzo; se había anunciado que en la plaza de la Libertad la banda interpretaría «La marcha de Cádiz», símbolo y motor de los fervores patrióticos. El gentío subrayó los vibrantes compases con vivas a España y al Ejército, y un grupo numeroso de muchachos, flameando una bandera, se puso en marcha en manifestación arrastrando a su paso a las gentes. Estaba prohibida toda clase de manifestaciones públicas por lo que los guardias de orden público salieron al paso, arrebatabando la bandera e intentando disolver la espontánea expresión popular. Como consecuencia de ello, al día siguiente se reprodujo la manifestación, esta vez tumultuosamente, a los gritos de «Abajo los Estados Unidos» y «Viva España con honra»... Fueron unas horas delirantes.

Su corresponsal en Cuba que era un soldado montañés, informaba que en La Habana se bailaba «a lo alto y a lo bajo» con estas letras:

| | |
|---|---|
| «A lo alto y a lo bajo y a lo ligero, si vas a la manigua tráete a Meceo... Perico, si vas al monte | no me traigas más castañas; trae la piel de Maceo para contentar a España... Era de nogal, de nogal el santo...» |
|---|---|

El último número (306 que figura en la colección, corresponde al 17 de octubre de 1896). En él, se despedía de sus lectores con estas palabras: «Teniendo pensado la empresa de este periódico dar nueva organización a la administración y redacción del mismo, con objeto de hacer su lectura más amena e interesante, suspende temporalmente su publicación hasta tanto que tenga reorganizados aquellos servicios.»

LA ATALAYA

DIARIO DE LA MAÑANA

NUMERO 1.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, WAD RAS, 3.

IMPRESA Y DISEÑO DE L. BLANCHARD. TELÉFONO 188. SANTANDER.

AÑO I.

LA ATALAYA

1893. Diario

Imp. de Blanchard y Arxe.

Cumplida la misión de «La Voz Montañesa» y «El Atlántico» estaba planteado por los años 90 en toda su extensión el problema pastoral al que el obispo Sánchez de Castro hizo frente de manera enérgica. Pero le faltaba un instrumento de comunicación más eficiente que el vanamente intentado diríase que contradictoriamente por «La Verdad»; había de ser combativo, pero no virulento, a fin de salvar los prestigios sufridores de tantos y tan enconados atentados. Decidió por tanto, crear un periódico nuevo, por y para los católicos y captación de los indiferentes, enfervorizar a aquellos y reformar ciertas costumbres que, en el campo puramente social habían arraigado especialmente entre las clases más humildes y peor preparadas intelectual y religiosamente. El prelado encontró idóneos colaboradores en los tipógrafos Blanchard y Arce, que el día 1 de enero de 1893 pudieron sacar a la calle un cotidiano titulado «La Atalaya».

La imprenta estaba establecida en la casa número 3 de la calle de Wad Ras; después se cambiaría a la Plaza Vieja para reinstalarse más tarde en los bajos del llamado palacio de Macho (calle de Hernán Cortés). Y cuando de «La Atalaya» se desgajaran las fracciones políticas de derechas a ella sumadas, para dar paso a «El Diario Montañés» (lo que sucedería el año 1902), saldría de su imprenta en la calle de Santa Clara para ubicarse, definitivamente, en la de San Francisco, esquina a Puerta la Sierra, ya con imprenta propia, donde habría de permanecer hasta el fin de sus días, ocurrido el 15 de julio de 1927.

José del Río Sáinz hubo de confiarnos unos apuntes ampliatorios de la historia que él escribió sobre «La Atalaya». Hemos de seguirle, por ser de primera mano y tener carácter fedatario.

El primer director de «La Atalaya», que nacía bajo el signo de católico-tradicionalista, fue el sacerdote Eduardo Aja Pellón, a quien auxiliaban periodistas como Jesús de Cospedal Fernando y José Segura, Delfín Fernández y el poeta Ignacio Zaldívar. Aja Pellón llevó el timón por poco tiempo, y hubo una pequeña temporada de inopinados relevos. Uno de los de más relieve fue el de Manuel Sánchez de Castro, catedrático de Sevilla y hermano del obispo, a quien sustituyó provisionalmente el malagueño García Peláez, más decorativo que real, quien tuvo como adlártare a un poeta bohemio apellidado Díez de Tejada, que

firmaba «El conde de Fox». «Aquella bohemia –diría Del Río Sáinz– vivía en el desorden más inaudito y reña formidables batallas en defensa del orden social». «Pick» hizo la semblanza de García Peláez, como «hombre de ostentoso empaque señoril, cultura y pluma fácil, que vivía en la mayor miseria». Pero exigió de la empresa que pusiera a su disposición un coche «para cuando tuviera que visitar al señor Obispo». «¿Usted cree (le preguntó al administrador, llenándole de asombro), que puedo ir a pie ostentando la representación del periódico?».

Allí se dio a conocer Alejandro Nieto, poeta dotado de gragejo, que firmaba «Juan Cascabel» en su sección «Panorama cómico». Su otro seudónimo, «Amadis» ganó rápido prestigio en el pueblo, y con él pasó a la historiografía del periodismo local y a las antologías poéticas de la Montaña.

Por los días de la guerra de Cuba subió a la dirección Rafael Díaz y Aguado de Salaverry, que habría de sentarse en el Congreso por la minoría tradicionalista acaudillada por Vázquez de Mella.

Otro personaje éste muy curioso, que desfiló en los años iniciales por la dirección del periódico católico, fue además «como propietario» –así autotitulado, lo que no dejaba de ser un infatuado «rentoy» a la galería– Maximino Valdés, audaz, bullidor, maestro de escuela sin ejercicio. Era de humilde procedencia. Fernando Segura (según el testimonio del repetido Del Río Sáinz) no celebraba con Valdés nupcias amistosas y llevaba siempre consigo «como una bomba de mano para arrojársela en la primera ocasión y pulverizarle, un retrato de Maximino en la infancia, en que aparecía vistiendo blusa y tocando el clarinete con unos murguistas de su pueblo». Valdés, que lo sabía, rehuía el bulto, y miraba «con muchísimo respeto» a Fernando.

Como afirmación de regionalismo, el Orfeón Cantabria, dirigido por Wunsch organizó la fiesta montañesa para exaltación del folklore provincial, que dejó honda memoria. Participaron Jesús de Monasterio, Pereda y el propio Menéndez Pelayo. El diario católico dedicó toda una página extraordinaria con artículos de Monasterio, Rodríguez de Bedia, Delfín Fernández, Pedro de la Vega de las Cagigas, Cástor Pacheco, Solano... es decir, parte de la «élite» bullidora. Y no se conformó con ello, pues durante una temporada amparó una serie de trabajos en torno a la fiesta y a sus consecuencias polémicas, dando pie a la intervención del propio Pereda, amparado en el seudónimo de «Resquemin», alusión irónica a la discusión literaria sostenida con la Pardo Bazán y que fechaba «Desde Cumbrales».

Tuvo el doloroso privilegio «La Atalaya» de ser fedatario del tremendo episodio de la voladura del «Cabo Machichaco», el 3 de noviembre de 1893, sembrador de muerte y desolación por toda la ciudad. Las páginas del nuevo diario (llevaba diez meses de existencia), fueron expresión de la maestría de sus redactores, que durante varios días no dejaron el más leve matiz de la tragedia sin su glosa, de suerte que a los tres meses (o sea, principios de 1894), pudieron lanzar, por iniciativa de Lorenzo Blanchard, el «Libro de la catástrofe», o

«Noticia circunstanciada de la explosión del vapor "Cabo Machichaco"», como se tituló pasando a los anaquelos de los recuerdos de todos los santanderinos de la época. Es un folleto de un centenar de páginas, editado, según decimos, por Blanchard en las que se hace historia del barco, de la circunstancia de hallarse en Santander pasando la cuarentena en Pedrosa; las biografías cortas de las principales personalidades segadas materialmente por la explosión; el escenario de la tragedia; una relación de los muertos y heridos; las causas del desastre; las escenas de horror que hicieron huir a toda la población a puntos en que se consideraban a salvo de una repetición; el incendio de las calles de Calderón de la Barca y Méndez Núñez... Se incluyó un informe del jefe militar que dirigió los trabajos de salvamento y extinción del incendio... Y el todo, ilustrado con dibujos del natural por Pedrero, y fotografías... Esta fue una de las aportaciones más importantes que para la historia de Santander realizó «La Atalaya».

Una de las polémicas más resonantes y reñidas por «La Atalaya» a los pocos meses de aparecer, fue la resultante de la inauguración de «San Quintín», de Galdós, en el Paseo que después llevó su nombre. En la discusión intervinieron plumas prestigiosas. «La Atalaya» defendía su «santa intransigencia». Este carácter de integrismo tradicionalista no impidió, en los albores del siglo, dedicar informaciones amplias sobre la visita de Alfonso XIII y su madre doña Cristina, y aprovechó la ocasión para exponer un memorial de agravios reclamando atención hacia determinados problemas que no por viejos carecían de latencia, como eran la terminación de obras urbanas resultantes del relleno de la Dársena y de los espacios ganados al mar a lo largo del muelle de Calderón. Con todo respeto, exponía la oposición popular a la construcción de la estación del ferrocarril de Solares en el límite de la nueva Avenida y la devolución a la ciudad de la península de la Magdalena dependiente entonces en su totalidad, del Ministerio de la Guerra. Otra serie de proyectos relacionados con el desarrollo industrial y urbano, figuró en el acrimonioso recuento.

El amor propio local, extraordinariamente sensible y quisquilloso tuvo ocasión de manifestarse por aquel entonces. Un enviado de «El Liberal», de Madrid, Antonio Viérgol, mantenedor de su popularidad a escala nacional con el seudónimo de «El sastre de Campillo», publicó unas crónicas que encendieron la «ira popular». Se había mostrado muy reticente hacia la industria montañesa, en realidad modesta; pero la susceptibilidad localista, hipersensibilizada por un peredianismo a ultranza, se sintió vejada y Viérgol, azuzado por una dura campaña de Alejandro Nieto, tuvo que rectificar aunque con escasa fortuna, si se tiene en cuenta la experiencia profesional de una pluma periodística de buen corte.

Valdés no atinó en su mandato directorial y en 1902 liquidó «su empresa» (de la que aparecía «oficiosamente» como director y propietario, según va dicho) y terminó emigrando a Méjico donde al parecer llegó a coronel de aquél ejército. Un formidable tipo. La Redacción de «La Atalaya» estaba compuesta entre

otros por Fermín Bolado Zubeldía, y Pedro de la Vega y de las Cagigas, y de colaboradores como Cástor V. Pacheco, Fernando Tejedor y José G. Castillo; pero lo fueron cuando acaudillaba la aguerrida hueste atalayera Gabino Gutiérrez, que moriría siendo redactor jefe de «*El Correo Español*», de Madrid. A sus páginas se acogieron trabajos de Enrique Menéndez, Luis Barreda, Antonio García Quevedo y Ramón Solano y Polanco.

García Núñez, sustituto de Valdés, era al parecer un tipo extraño y muy curioso. Miope, casi cegato, ostentaba unas barbas de mujik, es decir, la figura estereotipada del nihilista ruso precisamente por unas calendas cuando los folletos de Bakunin pasaban de mano en mano a escondidas de la policía. Debía ser una paradoja, un hombre de tal pergeño dirigiendo un periódico conservador. Pero es que, además, el genio de García Núñez concordaba con su aspecto físico. Contó José del Río Sáinz que García Núñez iba siempre armado de un revólver cargado, y lo ponía sobre la mesa directorial junto con el tintero y las cuartillas cuando comenzaba a escribir. Sucedió que cierto día una comisión de reclamantes acudió a pedirle cuentas de algo telegrafiado por él al «*Imparcial*» cuya corresponsalía servía, y los comisionados «fueron recibidos a tiros».

No podía García Núñez permanecer mucho tiempo en su puesto, en un periódico cuyos propietarios encargaron la dirección, interinamente a Emilio López Bisbal, joven abogado; pero como se precisaban además otras cualidades para la rectoría, llamaron a un prestigioso literato santanderino, Eusebio Sierra, en la cumbre de una vida fecunda como escritor y autor teatral en Madrid. Vino a ponerse al frente de una redacción en la que se mantenían «*Amadis*» y otros elementos nuevos, como Antonio Mur, buen reportero y César García Iniesta quien al poco tiempo marcharía a Madrid a formar en la plantilla de «*La Libertad*». García Iniesta destacaría como autor dramático y como prestigio positivo en el mundillo literario madrileño. «*Pick*» le recordaba como «hombre indolente, que dejaba transcurrir las horas en un quietismo absoluto, tumbado en los divanes de «*El Ancora*» fumando cigarrillos y hasta sin acordarse de ir a comer. «Desde luego –apostilló– tampoco se acordaba de trabajar».

Eusebio Sierra dio nuevo tono literario al periódico y fue él quien hizo una positiva adquisición llevándose junto a sí a José del Río Sáinz, cuando éste abandonaba sus navegaciones como capitán de barco e iniciaba su obra poética con el «*Libro del mar y de los viajes*». Fue entonces cuando sin abandonar el periódico el carácter bohemio que le imprimía personalidad muy humana desde su fundación, entró de lleno en las formas modernas del periodismo.

Sierra se atrajo también a Alberto Espinosa y a José María Aguirre Gutiérrez como reporteros y como colaboradores a los poetas y escritores José María Aguirre y Escalante, sobrino de Amós, Angel de Castanedo y Concha Espina que acababa de trasladar su residencia a Madrid, desde donde enviaba «*Crónicas cortesanas*» tituladas, después, «*Pastorales*»; de la revista financiera encargó a Ramón Pérez Requeijo, director de la Escuela de Comercio.

En virtud de su credo político conservador, el periódico comenzó a reñir batallas contra la creciente subversión de los tiempos españoles de la anteguerra primera, tan prieta de aconteceres. Es toda una historia de los francotiradores de la pluma que se apoderaban de los temas candentes de la actualidad internacional, nacional y local, para mantener sus principios y a veces defender puntos de vista muy personales, según el carácter o el matiz de la cuestión a debatir. Fue el periódico más insistente polémico sobre todo desde que a la muerte de Eusebio Sierra lo dirigió José del Río, que trazaba crónicas relampagueantes cargados con la metralla de la intención. Con Del Río se acentuó la renovación emprendida por Sierra sin perder por ello su esencia bohemia, si bien con nuevo estilo. Fueron cinco años los de la dirección de Río, los más densos en el período de transición de la postguerra europea. Acogía, además, a cuantos en Santander despertaban a las inquietudes literarias y artísticas siempre que estuviesen avaladas por el talento o la singularidad. Y se hizo famosa la tertulia de «La Atalaya». A altas horas de la noche, la calle de San Francisco se llenaba con la algarabía de las discusiones que bajaban atropelladamente por los balcones de la Redacción y, en invierno, asfixiadas por el humazo de una chimenea en rivalidad con la pipa de su director, pues Río se sentía como el antiguo capitán mercante que era, dirigiendo un barco que navegaba a bandazos pero que llegaba a puerto todas las mañanas, puntual y flameando con sus grímpolas literarias.

De cómo era entonces la profesión periodística, en provincias, ha quedado el testimonio del citado Río: «Lo de ahora es la molicie y la volubilidad. Entonces se trabajaba sin descanso durante el día y la noche. Había que hacerlo todo a punta de pluma: el artículo de fondo, el «álbum poético», la crítica de teatros, las sesiones del Ayuntamiento que entonces se hacían comentadas; las de la Liga de Contribuyentes a las que había que asistir; las reseñas de toros, los crímenes y sucesos de la localidad y, para descanso, por las noches, las informaciones telegráficas que se recibían extractadas y que había que hinchar desmesuradamente. El uso del revólver era una necesidad en muchos casos.»

Sucedía, sin embargo, en aquella desmelenada falange de plumíferos, que muchas noches todo el trabajo recaía sobre los hombros de dos o de uno, pues los demás hacían vocación sin previo aviso. «Podía encontrárseles en cualquier sitio que no fuera la sala de redacción, en torno a una mesa larga llena de periódicos donde cada uno tenía su asiento; mesa llena de tazas de café servido por el cafetín más próximo, y de frascos de goma y largas tijeras, elementos imprescindibles para suplir la escasez de «material» informativo».

De exclusivamente políticas, las reuniones nocturnas en tiempos de Sierra, se convirtieron en cenáculo de las letras y las artes mientras los redactores de sucesos y demás camaradas despachaban las secciones base de la información diaria. Daba tono Roberto Basáñez (el heredero de la tertulia de Juan Alonso, el guantero de la calle de la Blanca) y contertulios eran Felipe Arce y el poeta Pepín Ciria que «vestía todavía de corto». Pintor y escritor o poeta o personaje

de relieve que por Santander pasase, allí recalaba por las noches. Y un gran torero, Ricardo Torres «Bombita» y después Ignacio Sánchez Mejías, «considerado como de la casa». Entre los poetas, Villaespesa y Gerardo Diego. Y en la nómina de visitantes se anotaron Eugenio d'Ors, Melchor Fernández Almagro, el arquitecto Anasagasti, pintores como Gustavo de Maeztu y Moya del Pino; actores en plena fama, Vilches y Ricardo Puga. «Iríamos –dice «Pick»– citando centenares de nombres populares, ilustres o famosos o sencillamente pintorescos», como el poeta hampón Pedro Luis de Gálvez, de quien Carrete (otro que asistió a las «tenidas atalayescas») le hizo protagonista de una de sus «Novelas cortas», a la sazón uno de los grandes éxitos editoriales. Y Pedro Mata, novelista y funcionario de Hacienda destinado en la Delegación de Santander; Paco Vigil, Rafael Calleja, José María de Cossío, que habría de ser uno de los más asiduos y notables; «El Niño de la Palma» y Gregorio Carrochano; deportistas como el famoso boxeador Johnson; Ricardo Zamora en el cémit de su gloria; Cañardó, campeón ciclista. Antonio González Blanco publicó un capítulo en uno de sus libros, sobre el tema de las tertulias atalayeras.

Ni qué decir tiene que plumas locales muy destacadas figuraron como colaboradores asiduos: el poeta Jesús Cancio, Luys Santamarina, Víctor de la Serna, Francisco Cubría, Angel Espinosa, Arturo Casanueva, Emilio Cortiguera (que popularizaría el seudónimo «Un tal García, transeunte»), Ignacio Romero Raizábal, Luis Corona...

Lógicamente, el impetuoso carácter de la aguerrida redacción se polarizaba en política en cuanto los acontecimientos enrojecían con la pasión partidista. Juan José Ruano encontró en «La Atalaya» su vocero por la pluma de José del Río, defensor a ultranza del hombre que tanto influyó por sus dotes excepcionales, llegando a altos puestos ministeriales, y ello contribuía al ejercicio de su influencia en la Montaña. Del Río había militado, siendo un adolescente, en el carlismo y fue evolucionando hacia el liberalismo-conservador de Dato. Si se tiene en cuenta el apasionamiento que profesional y personalmente perfilaba a José del Río, no extrañará que sus campañas llegasen, en ocasiones, a la agresividad porque le enardecía la fe y la lealtad hacia su jefe político. Se había templado en los inicios de la profesión en las luchas frente a la joven vanguardia federal que en Santander era «una cosa muy seria» –apostilló él–. Los derechos cívicos se imponían entonces muy a menudo con la estaca en pelamesas callejeras y en tumultos que empavorecían a las clases burguesas. Los antiguos progresistas no sólo defendían con encarnizamiento sus posiciones democráticas, sino que emprendían impetuosas ofensivas. Era, en verdad, peligroso el oficio de periodista, especialmente durante los primeros decenios del siglo. Así, cuando la famosa «Ley del candado» enfrentaba en las calles a las facciones rivales, y las jornadas electoreras se saldaban con agresiones y motines después de los clásicos pucherazos. Un día, José del Río recibía los padrinos que le envió Rodrigo Soriano y otro tuvieron que darle en la Casa de Socorro unos puntos de sutura

por cierta puñalada en el curso de una algarada. A la derecha e izquierda, «La Atalaya» tenía que reñir en varios frentes; no sólo el republicano, sino el maurista y el del Centro Electoral Católico.

En el momento en que la escisión de los «idóneos» planteó una situación difícil, y el Consejo de Administración se vio afectado por el hecho político con repersucciones de grave incompatibilidad, Ruano lo resolvió quedándose con la propiedad del diario para seguir las directrices de Eduardo Dato, y los disidentes –mauristas– acordaron fundar otro periódico con el título de «El Pueblo Cántabro».

Como muestra del áspero clima reinante en la ciudad, se cuenta la coda de una fiesta tan llena de simpatía como la celebrada en honor de una expedición de modistas madrileñas organizadas por «Nuevo Mundo» como número picante de la propaganda de la revista dirigida por Domingo Maeztu y José Perojo, uno de sus propietarios. A la gentil representación de las princesas de la aguja y el dedal la dedicó un semanario tradicionalista de la localidad frases poco galantes, y Tejera (regresado ya en Madrid), encargó por teléfono a Del Río Sáinz la exigencia de explicaciones «en todos los terrenos». Las disculpas se dirimieron a bastonazos.

La guerra europea del 14 metió también la cuña de las banderías en el cuerpo redaccional de «La Atalaya» donde se formaron los inevitables grupos de aliadófilos y germanófilos, aquellos acaudillados por Eusebio Sierra y éstos por el impetuoso Río. El contraste de pareceres se resolvía en la intimidad de la tertulia entre alborotos y trapatiestas, siempre de palabra; pero coincidentes todos en hacer el silencio cuando a las doce de la noche el taquígrafo salía de la cabina con los partes oficiales de los frentes de batalla, y se reproducía automáticamente la algarabía dialéctica pues cada cual consideraba «poco menos que se jugaba su propio destino» en los campos franceses. No obstante, el periódico salía con toda la puntualidad que sus medios mecánicos le permitían y no se transparentaban gran cosa, en sus columnas, las filias y fobias de quienes las confeccionaban.

Se produjo en la vida provincial un momento grave planteado por un rebrote de secesionismo en Castro Urdiales, promovido por algunos vascófilos capitaneados por Ocharán. Fue ello causa de volcarse todo el peso historicista argumental de los atalayeros en una campaña con apasionada resonancia popular. Movilizaron sus huestes unitarias españolistas y montañesistas hasta lograr que el Ateneo interviniere ofreciendo su tribuna a los eruditos contendientes. Fruto de tal movimiento fue el intercambio con destacadas personalidades de la intelectualidad vizcaína, opuestas a los nacionalismos separatistas, sellándose al final un pacto de buena vecindad entre las dos provincias vecinas. En la «Historia del Ateneo» se relata el episodio, de indudable importancia desde el punto de vista histórico y político provincial.

Entre los éxitos populares se anotó «La Atalaya» el de sus informaciones

sobre la campaña de Melilla como consecuencia del desastre de Annual en 1921. Fue de los primeros diarios de provincia en destacar al norte africano un redactor propio, el inquieto reporter Alberto Espinosa. Había un motivo sentimental para este desplazamiento y era la salida del batallón expedicionario del Regimiento de Valencia 23, en el que formaban gran número de muchachos de la burguesía santanderina que, aunque acogidos a los privilegios de exención por la cuota, hubieron de ser movilizados ante la magnitud del desastre de la Comandancia melillense. Muchos de aquellos soldados «de cuota» participaron, entre otros hechos de armas, en el convoy a Tizza, saldado dolorosamente con buen número de bajas montañesas. Durante largos, interminables días, la ciudad estuvo atenazada por la angustia y «La Atalaya» montó un servicio especial para informar a los familiares de los contendientes. Dos meses después, reemplazaba a Espinosa el propio Del Río Sáinz, cuyas emotivas y aciduladas crónicas le valieron un proceso con comparecencia ante el Consejo de guerra, que al final le absolió.

Sucesos como el crimen de la Magdalena y el del expreso de Andalucía, habían tenido en «La Atalaya» dedicaciones permanentes y en el orden deportivo creó, por la pluma de su crítico deportivo Román Sánchez de Acevedo, la «Vuelta Ciclista a Cantabria».

Septiembre de 1923. El golpe de Estado de Primo de Rivera imposibilita los movimientos de periódicos como «La Atalaya» de tan marcada tendencia política. Y tan fue así, que en 1927 consideraba terminada su misión y tuvo que dar nueva estructura a su empresa. Al explicárselo a sus correligionarios, se justificaba en un editorial: «Pronto se echó de ver que «La Atalaya» no admitiría una transformación. Es el nuestro un periódico que ha llegado a tener tal personalidad y tal carácter, que darle una personalidad y carácter nuevos sería violentar su naturaleza. Además, sería un sacrilegio. Algo así como si se quisiera convertir una basílica en una central eléctrica».

En consecuencia, de su seno salió una nueva empresa que suprimida «La Atalaya» y «El Pueblo Cántabro» –afectado también por la vacación de los partidos políticos– para fusionarlos y sacar a la luz otro diario con el título «La Voz de Cantabria». El último número –12.517– tiene de fecha el 15 de julio de 1927.

Heraldo de Santander

DIARIO DE INFORMACIÓN.—DOS EDICIONES DIARIAS

AÑO IV.

REDACTOR Jefe,
JOSÉ DE CUÉLLAR

Santander.—Miércoles 31 de Enero de 1894

ADMINISTRADOR,
ZENÓN RABANAL

NÚM. 822.

HERALDO DE SANTANDER.

1893.

Diario de información. Dos ediciones diarias. Imp. Militar de Quesada.

Dos meses después de vocearse por vez primera «La Atalaya», el impresor Quesada puso en circulación un diario titulado «Heraldo de Santander», dispuesto, al parecer a la competición. Quesada nombró director a José Cuéllar y como redactores «de plantilla» a Federico Iriarte de la Banda y a José Bravo. Presumía de tener también un equipo de redactores «corresponsales» en Madrid, cuando en realidad se trataba de «colaboradores de tijera y goma», pues no es difícil pensar que la caja de Quesada estuviera tan repleta como para pagar derechos literarios a escritores entonces tan en boga en Madrid como Juan José Cadenas, Mariano Cortés, Luis de Bonilla, Luis Pascual Frutos, Antonio Paso, Angel F. Blanco y Enrique García Alvarez, principales firmas «propias» de que presumía el flamante diario.

Consecuente con su posición independiente, en cuanto a la política, la mantuvo a capa y espada, y daba estimable información telegráfica directa desde la villa y Corte. Casi todas las producciones en prosa o verso aparecían rubricadas. Y en cuanto a sus campañas locales, se significó muy pronto por una polémica sostenida con «La Atalaya» a cuenta de la defensa que este diario hizo de la Compañía Ibarra a raíz de la catástrofe del «Cabo Machichaco». El año 1894 introdujo la publicación de unos «Lunes», a la manera de «El Imperial», aunque no de su altura literaria.

Decidió eclipsarse el 1 de mayo de 1895 con motivo de proyectarse su sustitución por «El Cantábrico». Parece ser que en la negociación de las dos empresas no se llegó a una inteligencia. Y como curiosidad, hay que indicar que el «Heraldo de Santander» lanzaba dos ediciones: una de mañana y otra de tarde, ésta para recoger el alcance telegráfico de la villa y Corte.

Sardinero Alegre

AÑO I^o

SEMANARIO FESTIVO—SE PUBLICA LOS DOMINGOS

NÚM. 1

Número suelto, 10 cts.; atrasado, 25

Santander 8 Julio 1894

Anuncios á precios convejacionales

EL SARDINERO ALEGRE

1894.

Sale los domingos. Imp. Militar y de Comercio. A. Quesada. Hospital, 5.

Surgió una modesta revista semanal en 1894 dedicada exclusivamente a amenizar las jornadas estivales. Quiere decirse que su aparición se limitaba a los meses de junio, julio y finales de agosto. El creador de la idea fue José Bravo, escritor y poeta festivo de Santoña, más rico en ilusiones que en duros, y recibió en el primer momento la ayuda de Estrañi y de José G. de Arriba. El procedimiento de las «colaboraciones» de «El Sardinero Alegre» fue la usual entonces y perdurable: la tijera y el frasco de goma. Cortar y pegar. Y así, la flamante revista se ufanaba con firmas como las de Salvador Rueda, Juan José Cadenas, Alejandro Larrubiera, Emilio Hernández del Río y Alejandro Pajarón. Brabo ponía lo demás, esto es, las gacetillas locales, el cotilleo en las playas y en el Casino, y otras amenidades por el estilo.

En alguna ocasión le ayudó en la empresa Belisario Santocildes. Nacía a principios de verano y se despedía en los primeros días de septiembre a todo llegar. El «cuadro de colaboradores», siempre por el sistema inicial, se nutría del fruto de los ingenios más en boga en Madrid, además de los citados como «pioneros»: López Silva, Luis Taboada, Alfonso Pérez Nieva, y los locales José de Cuéllar, Eusebio Sierra, Juan Corona, Ignacio G. Lara, Gabino Gutiérrez, Isidoro Casaus y otros, todos pagados con un «cheque de gracias». Y todos pulsantes de la cuerda humorística o de algunas profundidades literarias, aunque siempre del tono frívolo y ligero que a la revista convenía. Resulta deliciosa la manera en que la temporada veraniega se desenvolvía, al repasar las páginas de «El Sardinero Alegre», que repitió sus salidas los años 1895, 96, 98 y 99. Bravo «acopiaba» más colaboraciones, algunas insignes, como las de la condesa de Pardo Bazán, Manuel del Palacio, Sinesio Delgado, Pérez Zúñiga, Vital Aza, López Sáa, todos cobrándose en gloria. De la misma moneda participaban los ilustradores: caricaturistas como Villa, Mecachis, Sileno y Cecilio Pla.

Ya en la quinta temporada había reducido el tamaño y el número de páginas. Se le «agoraron» a Bravo las firmas ilustres y había degenerado en términos de no ser más que una revista publicitaria con alguna cuartilla suelta de su director y el refrito de los grabados anteriores. La última salida fue el 25 de junio de 1899

con una primera página en la que campeaba una litografía del santanderino Requivila. Con el primer coletazo del viento sur, en plena témpora de San Mateo, desaparecida la «alegría del Sardinero». Mas ya se verá que la iniciativa habría de ser copiada, sin pasar mucho tiempo, porque en el veraneo, las tertulias de las playas en el ruedo de aquellas sillas-cestos estereotipadas en las postales de las escenas «sobre la arena», y las reuniones en el Gran Hotel y en el Casino, ofrecían temas abundantes a los reporteros de la frivolidad y a los poetas cantores del mar azul, de la nube rosada, de la espuma, de las olas y de las puestas de sol... y también, naturalmente, de las «sílfides» y «sirenas», enfoque de los prismáticos pillines y de tanto contemplador como «flaneaba» —el galicismo pertenecía al repertorio de los cronistas a la violeta— por la terraza del balneario, por el rústico jardín de Piquío y por la Plaza del Pañuelo.

EL CANTÁBRICO

DJARIO DE LA MAÑANA

Año I.—Número 1.

DIRECTOR: D. JOSÉ ESTRARI

Santander.—Sábado 4 de Mayo de 1895.

EL CANTABRICO

1895.

Diario de la mañana. Imp. propia.

Liberado Estrañi de la ya para él imposible servidumbre a la mentalidad de Coll y Puig, determinó la creación de una sociedad para sacar a la calle un nuevo diario: «El Cantábrico», que a pesar de su aparente y salino parentesco con «El Atlántico», nacía con carácter más auténticamente democrático y republicano que «La Voz Montañesa», a la que muy pronto arrebató sus ya escasos lectores. Estrañi procedió del brazo de sus amigos los abogados Buenaventura y Manuel Rodríguez Parets, y de Mauricio Lasso de la Vega, financiador del nuevo diario, el primero de cuyos números tuvo la fecha de 4 de mayo de 1895, o sea, un año antes de la desaparición de «El Atlántico».

Instalado primeramente en los bajos del llamado palacio de Macho, pasó al cumplirse el año, con imprenta propia, a la calle de la Compañía, en el vetusto edificio que fue de los jesuitas hasta fines del siglo XVIII, y también sede episcopal. La Redacción se radicó en una casa frontera. Surgió, en momento oportuno, para apaciguar en lo posible el alborotado cotarro periodístico local, pues los partidos políticos se atomizaban como ramas desgajadas de los frondosos árboles nacidos de la Restauración. Coincidía, además, con el rebrote del problema antillano, alzados los insurgentes con el grito de Baire. Martínez Campos vino aquel año a Santander, enviado por el Gobierno de Cánovas a pacificar la isla de Cuba. Estrañi se llevó consigo dos elementos muy bullidores, que han aparecido en estas páginas: Francisco Núñez y Vicente García y García, considerado principalmente este último como un «consecuencome-curas». Y con ellos, se llevó de «La Voz» sus «Pacotillas», que le habían grangeado mucha fama.

Entre los primeros trabajos que dio a conocer «El Cantábrico», figuraron unas «Notas de la Montaña», de Alfonso Pérez Onieva, y una sección fija y diaria de efemérides titulada «Calendario histórico de España», constitutivas de una colección biográfica, por la pluma de Eloy E. de Oyarbide.

José Estrañi y Grau, que llegaría a vivir en Santander cuarenta y dos años, era albacetense, pero con carta de naturaleza en la capital montañesa. Su padre fue administrador de la Compañía de Diligencias, por lo que se veía obligado a cambiar de residencia con cierta periodicidad, y de ahí que la infancia de Estrañi discurriera entre Albacete, Medinaceli, León y Madrid. El muchacho residió

durante veintitrés años en Valladolid, donde comenzó a vivir como tenedor de libros de la fábrica del gas y luego se trasladó a Madrid empleado en la casa de Banca Bacque. En la Corte hizo sus primeras armas en la revista taurina «El Enano», llevado por su pasión a la fiesta. Ya en 1877 fue requerido como profesional del periodismo para la redacción de «La Voz Montañesa», donde rápidamente destacó por su musa festiva, incisiva y combativa. A su lado comenzaron a empalidecer los demás redactores y principalmente el propio director, Coll y Puig, al que superó en la estimación popular.

«El Cantábrico» se presentaba con un corte más moderno que sus rivales y con estilo más correcto; ello no le impediría, sin embargo, mostrarse agresivo cuando la ocasión era llamada. De Coll y Puig, además de otras consideraciones, le distanciaban la capacidad intelectual y la cultura. Las «pacotillas» reincorporadas al flamante cotidiano, alcanzaron nuevas solicitudes acordes con los tiempos.

Los grupúsculos políticos, añorantes de las conmemoraciones de «la gloriosa»; los viejos cantonales llenos de saudades utópicas; los breves núcleos regionalistas soñadores con sus autonomías; el término de la guerra de Melilla, y el estallido insurreccional cubano, todo se confabulaba para la gran crisis del último decenio del siglo. Los otros diarios locales desconocían o no querían reconocerle, el movimiento socialista que todavía no tenía especial representación en la prensa local, y sí sólo hojas mediocremente redactadas. La cuestión religiosa había entrado en Santander con muchas esperanzas con el nuevo estilo marcado por el obispo Sánchez de Castro, a través de las conclusiones del Sínodo sacerdotal, convocado y celebrado en 1891 y cuyos frutos iba cosechando, y de modo especial por la vuelta al prestigio de la sotana, tan maltratada por librepensadores y anticlericales. Las constituciones sinodales estaban imprimiendo nuevo rumbo a una sociedad a la que se le trazaban normas que eran «una notable variación del tiempo», y resolviendo dogmáticamente la latente problemática de los sacerdotes. No había de colaborar «El Cantábrico» en este aspecto, por impedírselo sus íntimas convicciones, pero indiscutiblemente borraría del panorama provincial aquél «tiempo de horrores» definidos en las publicaciones más radicalizantes durante cerca de un decenio. No obstante, el periódico de Estrañi habría de incurrir algunas veces en el anatema.

La trayectoria del desarrollo de «El Cantábrico» exige proceder por apretados resúmenes y por la selección de sus tareas respecto de la vida local y las repercusiones, en ésta, de la nacional. Tengamos presente que coetáneamente se publicaban en Santander «La Voz Montañesa», «La Atalaya», «El Aviso», «El Correo de Cantabria» y el «Boletín de Comercio».

Dio cuenta en sus primerísimas salidas, de cuestiones locales como la de la creación de la Compañía Santanderina de Navegación para el transporte del hierro a Inglaterra; la venta de terrenos en El Sardinero, que pertenecían a la familia Pombo, para la explotación de las playas, a una sociedad constituida por

políticos como Eguilior, Marqués de Urquijo, el Marqués de Viesca y el bilbaíno Víctor Chávarri. José Sáinz Trápaga relató amplia y minuciosamente, la fundación del Unión Club, reservado a un pequeño grupo de la alta burguesía.

Naturalmente, los años azarosos de la rebelión y funesto desenlace de la guerra de Cuba, requirió de «El Cantábrico» amplios espacios. Se mostró en todo momento encendidamente patriótico, y no ahorraba improperios contra los prepotentes Estados Unidos y a sus personajes políticos. Una muestra del estilo en que, en tal sentido se producía el pacotillero, es esta quintilla:

Los chones neoyorquinos
nos provocan insensatos
llamándonos asesinos,
bandoleros, beduinos
y otros epítetos gratos...

En los momentos más difíciles a causa de la declaración de guerra a España, podían leerse cosas como ésta: «Mackinley sigue creyendo que España no tardará en pedir la paz al ver los grandes refuerzos militares y la acción enérgica que se va a emprender en Puerto Rico y Cuba. Han dado órdenes a los almirantes Simpson y Schley para que ataquen a Santiago de Cuba y se apoderen de esa plaza a todo trance. ¡Qué fácil es ordenar esto desde el Capitolio! Mackinley no quiere que se lleve a cabo un ataque contra La Habana por temor a un fracaso. Sí, porque entonces, en Santiago de Cuba va a tener una victoria:

Eso Mackinley espera
que es hombre de mucho sebo
pero le dice Cervera:
¡Límpiate, que estás de huevo!

Era un modo de sostener los fervores populares; pero a la opinión se la confundía con informaciones torpemente subestimadas sobre el poderío militar y naval de Yanquilandia, según desgraciadamente confirmó la historia. Era, en última instancia, un reflejo de lo que la masa popular creía, mal informada, en la propia y confiada villa y Corte, subvalorando ciegamente la prepotencia de los Estados Unidos. Una necesidad de aturdirse para «no ver claro lo que allí acontecía», tenía desconcertada a la opinión pública. En la provincia montañesa, donde pocos hogares había sin relaciones de sangre o de intereses con la isla de Cuba, la inquietud alcanzaba grados de angustia, y ésta se acreció cuando se vio a los ingenieros militares trabajando para rehabilitar los antiguos fuertes defensivos del puerto, que fueron dotados con baterías Hontoria ante el temor, muy extendido, de una acción punitiva por los barcos de guerra yanquis. La pluma de Estrañi resumía así la «inopia política»:

¿Qué hace Sagasta en los momentos estos
de vilipendios, ruinas y estropicios,

para iniciar ideas que levanten
el abrumado espíritu?
Poner sus energías, su talento
y todos sus sentidos
en estas elecciones provinciales
para que no naufraguen sus amigos...

Día a día habían ido conociéndose, por los despachos telegráficos de «El Cantábrico», los dolorosos episodios que conducían rápidamente al desastre. Así la destrucción de la escuadra en Santiago de Cuba, el desembarco... la culminación de la catástrofe... Las gentes, atónitas, no acertaban a reaccionar. Atrás, y muy recientes, quedaban las proclamas, las manifestaciones delirantes, las creencias que caían una por una como sombrajos de falsos triunfalismos, y el día 1 de enero de 1891, al arriarse la bandera española en el castillo del Morro, de La Habana, en un artículo de «El Catábrico» vibró dolorosamente la tristeza multitudinaria.

Opinión que tuvo ocasión de conmoverse afflictivamente con la muy frecuente llegada al puerto santanderino de barcos abarrotados de repatriados, soldados heridos y enfermos. Y un día, el periódico de Estrañi daba la estadística de la repatriación, con estos escalofriantes datos: «A nuestro puerto han llegado, desde el 3 de enero al 6 de abril de 1899, 12 generales, 1.923 jefes y oficiales; 30.933 soldados de tropa. En nuestros hospitales ingresaron 3.137; de ellos fallecieron tres jefes, 11 oficiales y 421 soldados. Durante la travesía, fallecieron un jefe, dos oficiales y 244 soldados...»

Esta relación habla con toda crudeza de la repatriación, ante la que el pueblo santanderino puso de relieve su espíritu caritativo y patriótico, recibiendo a los heridos, socorriendo a los soldados, y retorciéndose el corazón ante tanta aflicción como llenaba a diario el paisaje urbano con los interminables convoyes de ambulancias y camillas, camino de los hospitales de urgencia instalados por la caridad del vecindario. Por tantas demostraciones de humana solidaridad, el Gobierno concedería a Santander, en el mes de junio, el título de «Siempre benéfica» que fue a incorporarse a los viejos blasones ciudadanos. De todo dio relaciones bien ordenadas y exactas, «El Cantábrico».

Pero no podían ser, naturalmente, noticias tristes las ofrecidas cada mañana a los lectores. Estrañi sabía dar un sesgo a tanto conflicto con su fino humor y su hondo sentido del buen periodismo. De esta forma, sabemos hoy por sus gacetas y artículos, del funcionamiento del cinematógrafo y el fonógrafo en Santander, por el año 1898, donde se proyectaban películas de los Lumière y de Edison. Y un día, a propósito de la presencia de Martínez Campos –al regreso de Cuba– recogió en «pacotilla», la anécdota de que fue protagonista el célebre militar: al cual, su huésped (un conocido comerciante) al final del almuerzo, le ofreció un habano:

—Mi general, tome usted este cigarro. Aunque no será de los que usted fuma porque estos son de un humilde comerciante.

—En efecto —replicó el que había sido capitán general de Cuba—. Mire usted los que yo fumo... Y sacó un cigarro de tres céntimos de los llamados «mataquintos».

El pacotillero puso este estrambote:

Ya no me extraña que por héroe pase
y que el triunfo le sea adicto.

Quien fuma un cigarro de esa clase
tiene que ser invicto...

Se pusieron de luto las columnas de «El Cantábrico» a la muerte de Juan Alonso, el castizo guantero de la calle de la Blanca, inmortalizado por Pereda en «Tipos y paisajes» y de quien hizo feliz semblanza la Pardo Bazán en ocasión de su visita al chalet de Galdós. También dedicó una página con negra orla al fallecer Angel de los Ríos y Ríos, «El solitario de Proaño» cuya biografía humana es una serie de hechos entre dramáticos y pintorescos, recogida en grueso tomo por José Montero Iglesias, por entonces colaborador de «El Cantábrico», quien en su sección decía: «Salió un día —don Angel— a arrancar unas patatas para sus hijos y cayó muerto. Sirvió a Dios de balde y no tenía qué comer».

Estrañi había entablado relaciones con Galdós desde hacía muchos años, relaciones que se convirtieron en una íntima amistad. Todas las estancias del novelista canario en Santander, cuya periodicidad aumentó desde la inauguración de su quinta de trabajo y vacaciones en la Magdalena, eran registradas por «El Cantábrico». Esta entrañable convivencia llegó al extremo de que, estrenada «Electra» en Madrid, Estrañi colaboró en un curioso libreto para una ópera de la célebre novela galdosiana; la música la compuso el director de la banda municipal santanderina, Ildefonso Moreno Carrillo, y se dijo que sería estrenada en Barcelona. «La noticia nos ha causado sorpresa —comentaba «El Cantábrico»— porque la ópera está admitida por la empresa del señor Parish en cuyo escenario es posible que se estrene esta temporada. El libro tiene la misma tendencia antirreaccionaria que «Electra», con situaciones musicales inspiradas en el espíritu profundamente liberal de la novela y de la obra dramática».

En Santander habían causado impacto las manifestaciones de Madrid con motivo del estreno, y las fuerzas políticas más avanzadas prepararon otra en Santander. Hubo concentración de la guardia civil, y se produjeron disturbios. «Obreros, estudiantes del Instituto y otros elementos dispuestos a que Santander —decía «El Cantábrico»— figure entre los pueblos liberales, han hecho con ostensible energía su enemiga a la reacción y al clericalismo jesuítico». Y relató cómo los manifestantes se hicieron dueños de la calle durante toda la jornada del 16 de febrero de 1901. Hubo pedreas contra la residencia de los jesuitas, contra el

Círculo Católico, contra «La Atalaya»...; no se salvaron los salesianos «con vivas a la libertad y mueras a los explotadores de los niños»; ni las oficinas del Obispado, ni la casa ocupada por los carmelitas en la calle del Sol, que fue asaltada, saqueada y quemadas sus vestiduras en la vía pública. Los sucesos alcanzaron gravedad por las pedreas y asaltos a los conventos de las ursulinas y las salesas.

Aquel verano, a la llegada de Galdós a la ciudad los elementos liberales y republicanos le tributaron un homenaje; en su hotelito se celebraban todos los veranos reuniones literarias y políticas. Una de aquellas fue durante el verano de 1905, a la que asistió «Azorín». Galdós invitó a las principales figuras literarias locales a un «lunch» en «San Quintín». Allí estuvieron Concha Catalá y Mercedes Pérez Vargas, el arqueólogo Domingo Guerrero Polo, y otros personajes. «"Azorín" —reseñaría «El Cantábrico»— el pequeño filósofo, apareció también, con agradable sorpresa de todos, sin el paraguas rojo y sin la tabaquera de plata que algunos cándidos admiradores creen que lleva todavía». El diestro «Machquito», gran amigo de Galdós, también asistió a la fiesta, como siempre que visitaba Santander. «Azorín» había estado el verano anterior en la capital montañesa, y de sus quietas, serenas contemplaciones por las calles de la vieja ciudad, saldría la descripción acogida en su libro «Los Pueblos».

Hasta los últimos años de veraneo santanderino de Galdós, cuando ya se sumía en las nieblas de la ceguera, Estrañi fue entre los más asiduos y fervientes visitantes de «San Quintín», donde era considerado «como uno más de la casa». Expresión de esta amistad y veneración al novelista, fue una página extraordinaria publicada por «El Cantábrico», en el verano de 1901, con una entrevista que le hiciera Fernando Segura y en la que colaboraron los más allegados al pacotillero.

No era obstáculo el republicanismo de Estrañi para coartar sus principios de periodista fiel, a los principios inalienables de la información objetiva. Por ello, las estancias del joven monarca en los años primeros del siglo, y después a lo largo del historial del periódico, se relataban las noticias sobre esos acontecimientos. Como tampoco tuvo reservas cuando la ciudad ofrendó, a don Alfonso de Borbón, la península de la Magdalena donde le construyó el palacio: «El Cantábrico» apoyó la decisión municipal, con los votos de los propios concejales republicanos.

Y es que el nuevo siglo influyó en la tónica del cotidiano. Indudablemente había experimentado un cambio importante el sentido de tolerancia cívica. Se consideraban lejanas las enconadas disputas partidarias y plazueleras, pues, aunque aún se dirimirían en la calle misma los subyacentes resentimientos de las facciones (llegando a ocasiones algunas luctuosas jornadas), se estaba reconsiderando la necesidad de una convivencia de eficaces resultados. En el terreno de la prensa, tales escaramuzas quedaban relegadas a las publicaciones menores y de escasa audiencia.

Hasta la guerra del 14, Estrañí se vio rodeado de una colaboración de prestigio local y nacional como Narciso Alonso Cortés (profesor del Instituto, a la sazón), Buenaventura R. Parete, Jesús de Cospedal, Emilio Macho Quevedo, Manuel Soler, Manuel G. Rueda, Ignacio Lara, José Barrio y Bravo (su correspondiente político en Madrid), el poeta segoviano de las redondillas José Rodao, el ácrata Eduardo Torralva Becí; Chaves («Nemore»), Santiago Arenal... Ramón Sánchez Díaz aparecía en la columna de honor con sus bellas crónicas. Sánchez Díaz era un auténtico literato de la generación del 98; su carácter provinciano aunque con ideas universales, le privó figurar nacionalmente con el derecho que le correspondía por su labor literaria entre los representativos de aquella élite generacional.

Desde 1896, Angel Caamaño, «El Barquero», se trasladaba a Santander para hacer las reseñas, muy celebradas, de las corridas de toros santiaguinas. Caamaño continuaría esta labor hasta su muerte. Era amigo íntimo de Estrañí. Igualmente es forzoso consignar que durante algún tiempo, las críticas teatrales estuvieron a cargo de Ricardo León, por entonces residente en Santander como funcionario del Banco de España.

Estrañí continuaba a plazo fijo con sus famosas «Pepitorias» que eran felicitaciones onomásticas (en risueños versos) a todos los don José, doña Josefina, Pepes y Pepitas de la población. Y hay que insistir en la permanencia de las «Pacotillas» como sección popularísima como digestivo y optimista desayuno de sus lectores. Se decía en voz baja en todo el pueblo que, incluso, las Pacotillas anatematizadas eran leídas en la intimidad de las sacristías... Pero es que eran ya tiempos más templados para pluma tan acerada y acidulada como la del pacotillero.

Con su muerte, en 1919, terminó la época más combativa de «El Cantábrico», que se componía hacía ya diez años en linotipias y cuyo funcionamiento «sensacional» contemplaban asombrados los transeúntes a través de las grandes lunas de la imprenta en los locales que más tarde ocuparon los establecimientos de la sociedad Pérez del Molino. Las cuatro grandes páginas se imprimían en una «Marinoni» plana.

Al fallecimiento de Estrañí se disolvió la sociedad y pasó provisionalmente, a manos de Braulio de la Riva y Mauricio Laso de la Vega. Riva había sido administrador de «El Diario Montañés». Al poco tiempo pasaba a la propiedad de Tomás Rivero, indiano capitalista y dueño, en Méjico, de unos grandes talleres tipográficos titulados «La Carpeta». Rivero contribuyó a la transformación de «El Cantábrico» que se había instalado en la Plaza de las Escuelas. Tanto en la presentación como en el cuerpo de Redacción introdujo reformas muy sensibles. Puso al frente a José Segura, cuya notoriedad nació al ser el primer periodista español que comunicara a Madrid la noticia de la revolución de Portugal, por habérsela escuchado a unos marinos extranjeros que acaban de captar tan sensacional acontecimiento en la radiotelegrafía de a bordo. Segura,

hombre ponderado, a quien había antecedido provisionalmente Braulio de la Riva, procuró limar asperezas en el tono acentuadamente democrático de la publicación y restableció las relaciones con el Obispado. No abandonó, sin embargo, su esencia liberal independiente. Ahora formaban la plantilla con los dos hermanos Segura, Santiago Arenal, Julio Valin, Eduardo Rado, Ramón Martínez, Pepe Alonso (taquígrafo y articulista en ocasiones), Luis Soler, que ya había destacado en «El Diario Montañés» como hábil reporter y que mantuvo después en alza la sección de deportes con el seudónimo «Sollerius». Desde Madrid enviaba Emilio Herrero todas las noches, una crónica telefónica de la actualidad política, y José Barrio y Bravo actuaba como crítico de teatros. Ignacio Zaldívar llevaba prácticamente la dirección de la sección poética, alternando con el segoviano José Rodao. Y fue en 1920 cuando se incorporó un joven escritor bajo el seudónimo «Polibio» que habría de alcanzar extensa popularidad con su diaria cuartilla de «Polibiadas». Enrique Vázquez es una de las supervivencias más notorias en el buen recuerdo del periodismo local.

Tomás Rivero dotó a su periódico de una rotativa, la primera que funcionó en Santander, bautizada el día de su inauguración con el nombre de «Portalina» como homenaje a la Virgen del Portal asturiana. Fue, la bendición de la máquina por el obispo Juan Plaza García, confesión pública de la «vuelta al redil», según llegó a proclamarse.

Le llegó el momento de la desaparición a «El Cantábrico» el día 27 de junio de 1937, al decretarse por el Frente Popular la incautación de todos los periódicos locales. Justamente dos meses después, las calles santanderinas se llenaron de banderas y de músicas nacionalistas. No volvió a aparecer pues fue incautado por la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda para sacar de su imprenta y máquinas un periódico titulado «España», que fue al día siguiente del histórico acontecimiento.

La Voz Cántabra

DIARIO POLÍTICO DE LA MAÑANA

Año I.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: ALAMEDA
Santander. - 1º de Abril de 1897.

PRIMERA, 14, BAJO

Km. 1.

LA VOZ CANTABRA

1897.

Diario político de la mañana. Redac. y Admón.: Alameda
1.^a, 14, bajo. Imp. propia.

Necesitaban los federales continuar en la brecha y confiaron a Roberto Castrovido la dirección de un nuevo diario —recogiendo así los últimos fieles a «La Voz Montañesa»— en vista del giro en muchos grados operado por la aparición de «El Cantábrico». Y salió a la calle «La Voz Cántabra» el día 1 de abril de 1897.

El primer número se exornaba con una carta de Pi y Margall dirigida a los redactores del nuevo diario. Castrovido, por su cuenta, anunciaba noble y abierta discusión con los adversarios «aspirando —declaraba— a que la discusión no degenerase nunca en disputa y sus redactores no se conviertan en enemigos nuestros». Lo cumplió, no obstante sus ataques a los ideales que aquellos propugnaban, así que al tercer número lanzaba una explosiva andanada contra «La Atalaya» que se había «tomado la libertad de censurar el soneto de Joaquín Dicenta «Lujuria» (del libro «Desnudos»)». Y Castrovido reproducía también un artículo de Jacinto Benavente titulado «El cinematógrafo del amor».

Enviaba diaria correspondencia política e informativa desde Madrid E. Rodríguez Solís y también desde la capital española recibía con alguna frecuencia artículos de José Nakens, Eduardo Benot y del propio Pi y Margall. Entre los «avanzados» locales destacaba Isidro Socasaus. Castrovido comenzó a publicar una página dedicada a «Los lunes literarios». En ella figuraban trabajos de su propia minerva y secciones fijas como la titulada «Comidilla» de que era autor Gil Parrado y unos «Ecos políticos» en solfa. En folletón, los lectores devoraban «El noventa y tres» de Víctor Hugo.

Como «buen federal», Castrovido se manifestaba clerófobo, sin ambages, lo que le valió, en su número 6, un tropiezo con el Juzgado y otra denuncia «por faltas a la moral y a la decencia pública», a lo que hubo de añadirse la excomunión dictada por el obispo Sánchez de Castro.

En busca de sensacionalismos queatraían numerosa clientela era muy frecuente leer en las páginas de «La Voz Cántabra» en sueltos y gacetillas, «Los crímenes del carlismo» a lo que agregó una campaña con la rúbrica «Los

crímenes del castillo de Montjuich». Eran temas siniestros muy a propósito para la captación de los amigos de la truculencia, y de paso, como refuerzo a una campaña revolucionaria bien orquestada en toda España.

No duró «La Voz» más que nueve meses. Desapareció de la escena el día 20 de diciembre después de constantes dimes y diretes con «La Atalaya», siempre llevado por su inclemencia doctrinaria. Y hacía partícipe de estos ataques a las «Páginas Dominicales» fundadas por el obispo Sánchez de Castro.

En cuanto a Castrovido, enfocó sus baterías cargadas con la metralla de su pluma antimilitarista contra el general Weyler, cuando la acción cubana del célebre general fue puesta a juicio en la plaza pública.

LA VOZ DEL PUEBLO

SEMANARIO SOCIALISTA OBRERO

| PRECIOS DE SUSCRICIÓN | |
|---|-------------|
| España, 1 peseta trimestre. | Ultramar, 1 |
| 1,25 id. — Portugal, 1,5 id. — Otros países, 1,75 id. | |
| Los pagos adelantados en libra esterlina ó | |
| sellos. | |
| 25 ejemplares, 25 céntimos. | 6 |

APARECE LOS DOMINGOS

Santander 20 de Noviembre de 1898

CORRESPONDENCIA

La de Redacción se dirige a los señores
de Alvaro Orta, Vargas, 6, piso 1º, y a
la de Admóns.: don A. Martínez, c/ Cervantes,
du Roja, Cartagena, 4, 1º de planta.
Número cuatro 5 céntimos.

Volumen 17

LA VOZ DEL PUEBLO

1898.

Semanario socialista obrero. Aparece los domingos. Redac. y Admón.: Manuel Olivero, Vargas, 19. Imp. de A. Quesada.

El socialismo había permanecido en estado larvado hasta que los tipógrafos se constituyeron en sociedad profesional y de resistencia logrando atraerse a otros oficios y profesiones para la sindicación en la Casa del Pueblo. Esta labor de captación fue bastante rápida en los inicios del último lustro del siglo cuando el partido socialista obrero celebró sus primeros mitines o conferencias doctrinarias teniendo como protagonista en la tribuna al propio Pablo Iglesias, cuyo verbo llano y suavio se dejó escuchar en varias ocasiones. La masa proletaria sin formación intelectual y con índices muy lamentables en cuanto a instrucción primaria, seguía leyendo o mal leyendo o no leyéndolos, los periódicos republicanos y demócratas, que no hacían otra cosa que hundirla en la desorientación y el desconcierto. Había brotes de anarquía entre la diversidad de criterios de las publicaciones llamadas democráticas que, a su vez, no habían logrado profundizar en el fenómeno que se estaba gestando con notable retraso, de las ideas marxistas en lo que tenían de filosóficas y no acertaban, por tanto, a plantear las cuestiones del proletariado con un estilo de divulgación asequible a rudimentarias inteligencias. Los diarios republicanos o de esta tendencia creían que en el derrocamiento de la monarquía estaba la panacea para todos sus problemas; a cambio, no ofrecían a los trabajadores un programa específico de su propia noción histórica más que por la lucha de clases y por la vía de la demagogia.

El proletariado montañés necesitaba, por tanto, un órgano de comunicación que le hablase en su propio lenguaje y le explicase llanamente la significación y alcance del manifiesto marxista. Tengamos en cuenta que nos estamos refiriendo al año 1898, esto es, un tiempo retrasado en relación con lo que estaba sucediendo en Europa y en la propia nación española.

Los dirigentes locales consideraron lanzar a la calle un periódico que llegase a toda la masa obrera, que ya en la Montaña formaba un cuerpo de resistencia

numeroso y sobre todo, por la incorporación al censo local y provincial de los mineros llegados de otras regiones. Para toda esta masa, naturalmente no existía otro problema más que el suyo, acuciante, urgente y de ahí que en poco tiempo alcanzaran fuerza las sindicales que en realidad se sometían a la hora de las decisiones a las órdenes dimanantes del comité del partido, político ante todo y con fuerza coactiva de indudable poder dirimente. Por eso, la aparición de «La Voz del Pueblo», el primero de julio de 1898 fue recibida con cierto entusiasmo. Pero la capacidad económica de la empresa no consentía confeccionar un «verdadero periódico» esto es, unas hojas impresas que junto a la campaña proselitista desde el punto de vista doctrinario, ofreciese a los obreros información de cuanto sucedía, en todos los aspectos, en el dintorno vital. Indudablemente, esta limitación tenía que comportar decepciones.

Entre la masa proletaria permanecía el recuerdo de los acontecimientos político-sociales que más operaron en su aglutinamiento. Las efemérides de su organización eran ya motivos de historia. Así, recordaban el anuncio de la huelga del Primero de Mayo de 1891, que produjo la primera movilización de fuerzas del ejército, y que por tal motivo se redujo a un mitín, con la asistencia de dos mil obreros, en la Alameda Segunda; otro mitín en el Circo Ecuestre el también primero de mayo de 1892; una huelga de trabajadores del muelle, ese mismo año; la presencia de Pablo Iglesias, por vez primera, en 1892, para dar una conferencia de carácter económico en el salón «El Recreo» de la Cuesta del Hospital, en la que por vez primera se habló a los obreros santanderinos de la Unión General de Trabajadores; y en fin, otros dos importantes actos presididos por el propio Pablo Iglesias en 1894 y 1896, el primero para celebrar el aniversario de la fundación de la Sociedad de trabajadores del muelle.

Salió como semanario impreso su primer número en la imprenta de Quesada y como director responsable aparecía Manuel Olivero, que vivía en la calle de Vargas. Este primer número le valió el primer tropiezo con la autoridad, ante la que fue denunciado. Quesada, cuya imprenta se intitulaba «Imprenta Militar», se negó a confeccionar el segundo número por lo que fue improvisada, sobre la marcha, una «Imprenta obrera» en el centro socialista establecido en la cuesta de las Animas, número 12.

Tengamos presente la fecha de fundación de «La Voz del Pueblo»; fue pocos días después de la culminación del desastre colonial, momento muy propicio para postulados revolucionarios. Pero el obrero, muy deficientemente preparado y económicamente de una debilidad rayana en la miseria, no podía «permitirse el lujo» de gastarse ni aún los cinco céntimos a la semana que le costaba su periódico y cuando fue convocado para una ayuda económica, las listas de donantes fueron paupérrimas. Esto llevó a la publicación a un arrastrarse impotente, a pesar del entusiasmo de su romántica redacción. Y así se mantuvo durante los siete años y cinco meses de aparecer los domingos con evidentes síntomas de asfixia económica.

En el primer número exponía el programa socialista sintetizado así: «Posesión del poder político para la clase trabajadora; transformación de la propiedad individual o corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad colectiva, social o común. Organización de la sociedad sobre la base de la federación económica. Usufructo de los instrumentos de trabajo por las colectividades obreras, garantizando a todos sus miembros el producto de su trabajo y la enseñanza general científica y especial de cada profesión a los individuos de uno y otro sexo. La satisfacción, por la sociedad, de los impedidos por edad o padecimiento». Como se puede apreciar, era resumen radicalista del socialismo rayano con el comunista.

Publicaba, tras del inevitable artículo doctrinal, colaboraciones con las firmas destacadas del socialismo español, encabezadas por Pablo Iglesias; crítica general en «Pinceladas» (en prosa y en verso); «Rápida», literaria; «Rumores locales», Movimiento de la Casa del Pueblo, Información general socialista y del movimiento obrero interior y exterior, Avisos y comentarios a libros y folletos doctrinarios.

Muy significativamente, exhumaba los discursos de la controversia pública celebrada en el Circo Ecuestre en mayo de 1892 entre Coll y Puig y Pablo Iglesias. Era un recordatorio a los obreros de cuanto podían esperar del republicanismo militante.

No podían faltar los ataques a las «Páginas dominicales» fundadas por el obispo Sánchez de Castro, y la virulencia de algunos colaboradores obligó a la fiscalía militar (estaban suspendidas las garantías constitucionales) a proceder rigurosamente en la censura, mutilando los artículos del semanario, que lo acusaba dando vuelta a los tipos (lo que en el argot tipográfico se llama «cabeza de muerto»), o dejando amplios blancos en la impresión.

En 1899 se hizo cargo de la dirección Alvaro Ortiz, quien consiguió remozar la publicación con mejor papel y tipografía, impreso ahora en los talleres de «El Cantábrico».

En la relación de colaboradores asiduos o de circunstancias, se registran (con motivo del extraordinario del Primeo de Mayo de 1899), los nombres de Santos Landa, Antonio Atienza, Rosario de Acuña (que gozaba de popularidad), José Fernández Orbeta, Estrañi, José Morato, Isidro Socasaus, Eduardo Rojas Castrillo, Domingo Gutiérrez Cueto y otros. Ya, para entonces, la dirección había pasado a manos de Isidoro Acevedo.

Dejó de publicarse con el número del 16 de diciembre de 1905, esto es, a los siete años y cinco meses de su nacimiento.

CRÓNICA DE SANTANDER

Oficinas y Talleres.

Jueves 16 de Septiembre de 1898

Plazuela de las Escuelas, 6

NÚM. I

CRÓNICA DE SANTANDER.

1898.

Diario de la mañana. Oficinas y Talleres: Plazuela de las Escuelas, 6. Imp. propia.

Comenzó Emilio Díez de los Ríos a editar este nuevo diario el 15 de septiembre de 1898, con el título «Crónica de Santander» intencionadamente para competir con «El Cantábrico».

Políticamente tenía un matiz templado, declarando que era «Amante de la paz y prosperidad», por lo que se colocaba dentro del orden y la legalidad y en contra de la revolución y la anarquía: «Queremos que la patria se regenere, la administración revigorece, la política se transforme y los gobiernos se enmiednen. Somos partidarios de la responsabilidad efectiva en el que manda, enamorados de la cultura y el progreso y acérrimos defensores de las glorias patrias. Y lucharemos siempre en favor de la doctrina católica y de los eternos ideales de justicia».

Anotemos que durante bastante tiempo mantuvo la característica de insertar en su primera página grabados de línea, sustituyendo a los directos, de Carmelo Apellániz. Eran ilustraciones del día, como por ejemplo, la llegada de los soldados repatriados de Cuba y paisajes de la provincia.

No ha sido posible averiguar cómo se incubó la idea de quiénes la hicieron realidad **aunque** por la declaración liberal sagastina de su «propósito manifiesto», hay que pensar en la intervención del comité de ese partido, necesitado de reafirmar sus ideales ante la quiebra de tantos valores descalificados por la reciente catástrofe colonial; base de esta hipótesis es el hecho de que «Crónica de Santander» aparecía dos meses después de la pérdida total de los últimos florones del imperio ultramarino.

Pero a la «Crónica» le faltó el aliento de plumas impetuosas capaces de llevar adelante su tarea. Introdujo la novedad en la prensa local, de un «Correo de la provincia» con noticias y comentarios de sus correspondientes en las principales villas y pueblos. Por lo demás, seguía los postulados inamovibles de un periódico: el consabido artículo de fondo, gacetillas del movimiento local, una sección fija titulada «Rápida» que firmaba Juan Robert; críticas y gacetillas teatrales a cargo de «Montebelo»; la sección telegráfica en comprimidos de pocas líneas. Recogió en ocasiones la firma de Federico Iriarte de la Banda, al pie de versos y prosas del romántico maestro de escuela y no olvidaba el inevitable folletón, tan buscado por los lectores.

En cuanto a colaboraciones firmaban la Condesa de Pardo Bazán (debido a la «diligente Tijera»), José María Quintanilla y el famoso «Sastre de Campillo». Las secciones fijas corrían a cargo de J. Monteverde («Sansón Carrasco») que comentaba la actualidad local; Claudio Frollo enviaba crónicas desde Madrid y la «nota humorística» corría a cargo de Jacobo Téllez. José de Cuéllar, firma muy conocida en Santander, aparecía con frecuencia en las páginas de «Crónica».

El último número (323) que figura en la colección de la Hemeroteca, tiene la fecha de 12 de agosto de 1899. Había vivido once meses.

EL NORTE

PERIÓDICO REPUBLICANO

AÑO I-NÚMERO 10

Santander 16 septiembre de 1899

TODA LA CORRESPONDENCIA A DIBUJOS
Méndez Núñez, 4, 2.^a derecha.

EL NORTE

1899.

Semanario republicano. Fundador y director, Antonio Pérez del Molino y Villabaso. Méndez Núñez, 4, 2.^o.
Imp. «El Cantábrico». Compañía, 3.

Batallador republicano, Antonio Pérez del Molino y Villabaso fundó este diario como segunda parte de «La Región Cántabra» desaparecida, como hemos visto, hacía tres años. Se proponía «defender las ideas republicanas moderadas», pero no podía prescindir de una marcada clerofobia ya en su número inaugural: «Es menester, clamaba, ahogar la voz del ultramontanismo» aunque a renglón seguido afirmase que era « posible hermanar la República con la Religión».

Apareció el 13 de mayo de 1899 y fueron sus principales colaboradores en los momentos iniciales, Luis de Hoyos Sáinz, Rafael Pineda, Eduardo Pérez Iglesias, Melquíades F. Maraño y Aurelio Piedra («Stone»). Devotamente castelariano, a la muerte del tribuno fallecido el 25 de mayo de aquel año, dedicó todo el número 3.

Era fusionista sobre las bases de la asamblea de Madrid de junio del 99 y justifica así la imposibilidad en que se veía de discutir y hacer campaña contra el Gobierno por su política fiscal. «El Consejo de ministros –decía– prohibió el 23 de los corrientes a la prensa continuar las campañas que pudieran, directa o indirectamente, excitar a una resistencia al pago de los tributos».

Objeto de sus predilecciones combativas fue la Compañía de Jesús; en folletón publicaba «Moral republicana. Ensayos literarios practicados en la Escuela Laica de Santander bajo la dirección del profesor Marcos Linazasoro». Se trataba de los escarceos de uno de sus alumnos más adelantados.

Desde el 1 de septiembre cambió de imprenta a la Militar y de Comercio, de Antonio de Quesada y Yáñez, en la cuesta del Hospital.

Por angustioso déficit económico, cesó de publicarse el 27 de julio de 1901 (número 144), con un aviso a los suscriptores: «Cansados de pasar los recibos a nuestros suscriptores, vamos a proceder a publicar la lista de los deudores...». «El propietario de «El Norte» es un obrero, ni más ni menos siquiera lo sea intelectual; pero saben todo ésto y sin embargo, a título de amantes de la República, leen el periódico que no pagan...». «Vamos a cambiar la forma del



periódico en el otoño y para entonces no queremos más suscriptores que los que paguen.»

La aventura periodística de Pérez del Molino y Villabaso terminó, como tantas otras (y numerosas) en un tiempo en que se tenía de la Prensa el concepto de la máxima libertad de expresión con la mínima de responsabilidad y como suprema panacea contra los males de la sociedad.



EL ECO MONTAÑES

1900.

Imp. G. Pedraza. Huertas, 58. Madrid.

Aunque publicado en Madrid, el título y sus confeccionadores eran todos montañeses por lo que, excepcionalmente, lo adscribimos como perteneciente a la historia de la prensa regional. Lo dirigió J. A. Galvarriato que tenía como colaboradores inmediatos a Antonio de J. de Monasterio, Domingo Cuevas, Daniel G. Cueto, Enrique Menéndez, César Silió y Cortés, Alejandro Nieto, Amós de Escalante, José María Quintanilla, Fernando Segura, Ramón Sánchez Díaz y Gonzalo de la Torre Trasierra, entre otros paisanos.

Salió su primer número el 18 de enero de 1900. En su primera página publicaba la semblanza de un escritor o poeta o personaje destacado en la región. El número 12 de agosto fue extraordinario para dar amplísima noticia de la brillante fiesta folklórica montañesa, celebrada en la plaza de toros de Cuatro Caminos, de Santander, que presidieron Menéndez Pelayo, Pereda y Jesús de Monasterio, y en la que fueron jurados Chapí y Bretón. En el concurso triunfaron Eusebio Sierra y el maestro Calleja, autores de unas «Escenas montañesas».

De pequeño formato, estaba pulcramente escrito y el último número de la colección corresponde al 100, del 30 de noviembre de 1901. La intención principal de «El Eco Montañés» fue brindar a los paisanos residentes en Madrid una revista semanal en la que se mantuviera por saudades el recuerdo de la lejana tierra nativa.

NOTICIERO SANTANDERINO

DIARIO DE LA TARDE

EL NOTICIERO SANTANDERINO

1900.

Redac. y Admón.: Puerta la Sierra, 6. Imp. Blanchard y Arce y de Quesada.

El tránsito de un siglo a otro parecía avivar los ánimos para las aventuras periodísticas en el predio local. Se interfieren, en el año finisecular, dos publicaciones nuevas que fueron, como tantas otras, fin bienintencionado pero falto de nervio y de estímulo. Hubo la idea de formalizar un diario de la tarde titulado «El Noticiero Santanderino» tirado en las máquinas de Blanchard y Arce, y con redacción instalada en Puerta la Sierra, número 6. Con fines eminentemente publicitarios, y sin servidumbre a ningún partido político, salió el 20 de enero de 1900 y sólo tuvo contacto con los lectores durante 159 números.

En sus columnas aparecieron con diversos propósitos «literarios», trabajos firmados por Ignacio G. Lara, Germán de la Pedrosa, C. López Gómez, J. Alvarez Corral, Belisario Santocildes, Andrés Bravo del Barrio, J. Crespo, Honorio Torcida, Vicente García y García... esto es, lo bullicioso del momento. Eran artículos no políticos ni polémicos; noticias, informativas unas y otras de tipo comercial y financiero, entre las que intercalaba los anuncios como entrefiletos; los cultos religiosos, la cartelera de espectáculos, críticas teatrales, notas mercantiles, información telegráfica nacional y extranjera, etc., etc. Daba preferencia a los «Cuentos del Noticiero» y a breves críticas municipales.

Con el número 48 cambió de formato, con unos centímetros más alto y ancho, pero peor impreso y en papel más deficiente: fue cuando comenzó a imprimirse en los talleres de Quesada. Ya había cambiado el tipo de la cabecera en el número 21.

Terminó sin anunciar su retirada, y para ello acudía al subterfugio muy en boga, de prometer a los lectores inmediatas y hondas transformaciones en el periódico. «Pero no siempre han de salir la cosas a medida de nuestros deseos, y después de estar todo preparado para lo que pudiéramos llamar «sorpresa», el retraso en un paquete postal ha echado por tierra nuestros deseos impidiéndonos hacer no sólo lo que teníamos pensado, sino además tirar por entero el periódico ajustado a las medidas que ya considerábamos viejas...». Este número final constaba de sólo una hoja.

El Anunciador Noticiero

Semanario del día 6 centavos / Se publica los Domingos / Número alrededor 10 céntimos.
AÑO II. Redacción y Administración Población, num. 28, 1^o—Teléfono num. 126 SANTANDER 10 DE NOVIEMBRE DE 1901 Precios de suscripción y envío en cuarto plano NÚM. 22

EL ANUNCIADOR NOTICIERO
1900.
Se publica los domingos. Imp. Quesada.

Salió el 4 de agosto de 1900 y enseguida sufrió un largo eclipse, pues al reaparecer el 3 de noviembre, con el número 21, y bajo el título «Cuatro palabras», hacía esta advertencia: «En el primer número de este semanario se decía que el creciente favor de los anunciantes dispensado desde el primer momento, obligaría, quizás en breve a doblar su tamaño. El momento ha llegado. Al reanudar «El Anunciador Noticiero» su publicación no sólo nos vemos precisados a darle desusadas dimensiones (en efecto, era un «periódico sábana» de gran formato), poco comunes en periódicos de esta índole, sino que tal vez tengamos que publicar el folletín en hoja extraordinaria para no privar a nuestros lectores de los trabajos que afluyen a la Redacción...»

Insertaba una sección en verso, titulada «Filosofías» y firmada por Andrés Bravo del Barrio, una crónica, noticias generales, etc., etc.

Los primeros números salieron de la imprenta «La Propaganda Católica» (de «El Diario Montañés») y a partir de la reaparición lo hacía en la de Quesada, para continuar muy pronto en la de Blanchard y Arce. En folletón comenzó a publicar un «Anuario guía de la Industria y el Comercio de Santander y su provincia, por riguroso orden alfabético». Ahora salía dos veces a la semana, los miércoles y sábados.

No hemos conocido más que los números de esta segunda época, que terminó en el 24, o sea, en el mes de diciembre de 1901.

Era según el título declara, un periódico publicitario que daba cabida a noticias e informaciones de tipo general.

DE LOS
ALBORES
DEL
SIGLO XX
HASTA
LA GUERRA
EUROPEA

El Federal

JUSTICIA

SEMANARIO REPUBLICANO

PROGRESO

AÑO I.-NÚMERO 1

SANTANDER 4 DE MAYO DE 1901

*La correspondiente al Casino Republicano
Rúa Mayor, 24, bajo*

EL FEDERAL

1901.

Justicia, Progreso. Semanario republicano. Imp. de A. Quesada.

Para romper el frente, ya en la primavera del nuevo siglo, los inquietos pigmargalianos capitaneados por Eduardo Pérez Iglesias fundaron «El Federal», acogido a las máquinas de Quesada para continuar en una brecha batalladora, estridente, disparando contra objetivos obsesionantes: la Iglesia y el clero. En la cabecera campeaba el lema «Justicia y Progreso». «Combatiremos —decía su editorial de presentación el 4 de mayo— a la reacción, y abriremos nuestras columnas a todo trabajo que tienda a las ideas progresistas». Seguía las ideas del manifiesto de 1894.

Funcionaba la redacción en el propio Casino Republicano (Rúa Mayor, 4) y como redactores figuraban Francisco Isidro Socaus, Manuel Menéndez y Emilio Carral. Pérez Iglesias dejaría la dirección en manos de A. Prieto Alvarez a los cinco meses de iniciar la andadura. Había tenido, aquél, un tropiezo con la justicia, a causa de un artículo titulado «Hablemos», contra la Marina de Guerra española. Y no fue el último contratiempo grave que en su corta existencia puso al periódico en trances dificilísimos, incluso para la libertad de sus autores.

Las cuatro páginas a cuatro columnas, se llenaban principalmente de artículos doctrinarios: polémicos, unos; la mayoría, de exasperada clerofobia. A «La Atalaya» —órgano entonces, como se ha visto, del catolicismo montañés— la llamaba «solemne mentecata y descocada señora» y eran estos epítetos de los más suaves de su abundante repertorio.

Campeaba una sección firmada por «Un monaguillo», seudónimo de Socaus, donde el estilo del semanario alcanzaba cotas de ferocidad provocadoras de escándalos en la ciudad. Le hacían coro otras plumas como las de Rasillo, Manuel F. Fengidez, Anastasio Juan, Isidro Mateo González y, en ocasiones, Andrés Tamés.

Fue ocasión pintiparada para «El Federal» el movimiento nacional promovido por el estreno de «Electra», de Pérez Galdós, con manifestaciones públicas a veces degeneradas en motines, contra el clero y los católicos. Los de «El

Federal» avivaron las llamaradas de aquella casi locura que poseyó a las masas y defecto de ésto fue la organización del ruidoso recibimiento tributado al autor de «Los episodios nacionales» cuando aquel verano vino a Santander a trabajar en «San Quintín».

Prieto Alvarez, al asumir la dirección, expuso «su programa» resumiendo así: «Defensa del sistema federativo y guerra al Vaticano y al clericalismo». Mas no sólo polemizaba con las derechas sino también los socialistas tuvieron sus preferencias. «La Voz del Pueblo» sufrió sus ataques, que se los devolvía llamándole «Manicomio federal». Contra ésto se revolvía Prieto Alvarez para advertir a los obreros «contra los que pretenden alucinaros con promesas» y «no tienen ningún derecho para oprimiros y explotaros».

Dentro del partido federal hubo disidencias graves como consecuencia de los sucesos de Barcelona. Prieto se explayó contra el comité federal y éste le obligó a insertar una carta de absoluta disconformidad con la línea seguida. Prieto presentaba la dimisión, y la rectoría volvió a manos de Eduardo Iglesias.

En la Cuaresma de 1902, Pérez Iglesias encendió una chisporroteante traca de escándalo al invitar a todos los republicanos progresistas y liberales, a celebrar «una comida de promiscuación el día de Viernes Santo». «¿Celebra la Iglesia sus actos?, preguntaba. Pues llevemos a cabo los nuestros como medio de protesta, de propaganda, como un deber de conciencia, como lo que queráis, pero celebrémoslos... para que nuestros hijos se eduquen en los modernos y salvadores principios, para que aprendan a ser libres en la futura sociedad que ya alborea...»

Celebróse la comida –«sacrílega comida» calificada por el propio «Federal»– con más de centenar y medio de concurrentes entre los que se contaron representantes de la provincia. Las consecuencias fueron funestas para el incendiario órgano del Casino Republicano. Al mes siguiente tenía que despedirse de su clientela con estas palabras: «Temporalmente y en tanto ciertas dificultades no sean resueltas, este semanario se ve en la imprescindible necesidad de cesar en su publicación.»

Lo cierto, la causa efectiva de su desaparición había que buscarla en el muy escaso favor dispensado por los lectores y con ésto la muy limitada tirada y huida casi en masa de los anunciantes. El eclipse se produjo el 29 de marzo de 1902, con el número 48. Esto es, sin alcanzar el año desde su nacimiento.

Revista Veraniega

PERIÓDICO LITERARIO SEMANAL

AÑO I

No se devuelven los originales

Santander 14 de Julio de 1901

La correspondencia al Director.

NÚM. I

REVISTA VERANIEGA

1901.

Periódico literario, semanal. Imp. Blanchard y Arce.

Los historiadores no encierran las épocas según el rigor cronológico del calendario, de suerte que decir siglo XX no es decir que el mundo entrase en una nueva era. Conviene tenerlo presente para no defraudarnos ante el perfil que aún habría de caracterizar a nuestra prensa hasta la primera guerra, liquidadora total del «siglo de las luces».

Situados en este bastante exacto punto de mira, no puede extrañar que en el verano de 1901 (14 de junio) saliese a la calle una «Revista de verano» del corte de la Restauración. La fundó Alberto Gayé como «de temporada» y dedicada al estío. Se atrajo un grupo de jóvenes escritores y poetas paisanos, con los que logró mantener su publicación con decoroso tono literario. Su principal protagonista era la llamada «crema» concentrada en el estío y formada por personalidades relevantes de la política y de la alta sociedad madrileña, con la que la «élite» indígena podía alternar durante dos meses y medio o tres. Las ocho páginas de la flamante revista eran un desfile y un recuento de tertuliantes en las mañanas placenteras de las playas y de los hoteles.

En la portada campeaba un retrato de los duques de Calabria, vecinos circunstanciales de Santander, y ello indicaba el carácter aristocrático del semanario, que siguió dedicando a las figuras de la buena sociedad y de la política su lugar de honor con la consiguiente semblanza a toda plana. Después, como secciones fijas, «Ecos de la playa», por «Monte-Verde», versos (en los primeros números, de Honorio Torcida y Belisario Gayé); cuentos de Evaristo R. de Bedia; «Gaceta de la mujer» con comentarios a la moda y «consejos útiles» para el sexo femenino; curiosidades, anécdotas, y «pensamientos célebres» y la consiguiente sección «De sociedad» titulada «De veraneo» en la que registraba la presencia de los más destacados veraneantes temporales en El Sardinero.

La primera época tuvo idénticas características; a los colaboradores habituales se añadieron pronto Cavestany, con sus cuentos y leyendas montañeses ilustrados por Pedrero y Ricardo Pacheco, las representaciones en el Principal, las corridas de toros y excepcionalmente, versos de Gabriel Maura Gamazo.

El 31 de agosto daba por finalizada su «primera temporada» y en ella había insertado originales de Navarro Reverter, García Alix, Julián Calleja, Manuel

Bueno, Aura Boronat, Francisco Domenchina, Eusebio Sierra, Pérez Moris, Julián Suárez Inclán, José Verdes Montenergro, Antonio María Cabezas y los ya citados, entre otros.

Volvió a aparecer, regularmente, los años 1902 a 1906, ambos incluidos, dirigida también por Alberto Gayé y siempre entre los finales de julio y la segunda decena de septiembre, o sea, diez números por temporada. Ahora los colaboradores eran «propios», Demetrio Duque y Merino, Alejandro Nieto, Ignacio Zaldívar, Luis Barreda, Rafael Pereda, Ricardo León, Eduardo Bustillo, Antonio G. de Linares (que a partir del año 1903 enviaba correspondencias desde Madrid), Antonio Mur, Fernando Tejedor, Miguel S. Pichardo, J. Octavio Picón, José del Río Sáinz, Concha Espina, Manuel Blanco Belmonte y Jesusa Bustamante que llevaba una sección poética, fija.

En 1905 la crónica comienza a firmarla Fernando Segura y se hace inmediatamente cargo de ella Ricardo León. Intercala trabajos de Sofía Casanova y de Benavente, entre otras firmas destacadas. En 1906, la crónica lleva la rúbrica de José Montero.

Alberto Gayé abandonó la empresa al terminar la temporada de 1906 y pasó a manos de un grupo dirigido por José Bretón como gerente y Eduardo Jusué Martínez, como administrador. Apareció pues, al año siguiente con el mismo formato y casi idéntica confección, si bien la portada cambió radicalmente; ahora se llamaba «La Revista Veraniega» con el subtítulo de «Revista literaria ilustrada». Respetaba los versos campeando con amplia tipografía en la portada y se alternan las firmas de Jesús de Cospedal, Fernando Segura y José Montero. La nueva empresa estableció así el cuadro de sus colaboradores: artísticos, Aurelio García Enterriá; literarios, Concha Espina, Jesusa de Bustamante, Alejandro Nieto, Antonio G. Chaves, Antonio Mur, César G. Iniesta, Enrique Menéndez, Evaristo R. de Bedia, Fernando Segura, Francisco Alvarez Corral, Ignacio Zaldívar, José María Quintanilla, José María de Aguirre y Escalante, José del Río Sáinz, José Montero, Julián Fresnedo de la Calzada, Luis Barreda, Obdulio Carrión, Ramón Solano, Roberto Basáñez, Alberto López Argüello y Francisco Arpide, todos montañeses. Prometía mucho este equipo, cuyas firmas aparecieron en los diez números publicados en 1907; pero con el mes de septiembre, la revista terminaba su existencia.

Los años 1901 y 1902 se confeccionó en la imprenta de Blanchard y Arce; en 1903, en «La Propaganda Católica»; en 1904 y 1905, en la litografía e Imp. de F. Fons; en 1906 vuelve a la de Blanchard y en 1907, otra vez en las máquinas de F. Fons.

EL MONTAÑES

SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: LEÓN, 1, 2º. TELÉGRAMA: «EL MONTAÑES».

EL MONTAÑES

1901.

Se publica los jueves. Redac. y Admón.: Lepanto, 1, 2º.
Imp. Blanchard y Arce. Wad Ras, 3.

Dirigida por Jesús Alvarez Corral, procurador de los tribunales, fue puesto en circulación este semanario el 19 de diciembre de 1901. Figuraban como colaboradores principales, Luis de Ansorena (en prosa y verso), José San Germán Ocaña (también poeta a ratos) y José María Herráiz. Sólo pudo foliar dieciséis números, el último el 17 de abril, de 1902.

En el inaugural se definía (¿cómo no hacerlo así?) como defensor de los intereses de la Montaña: «No hagamos, lector, que algunos nos odien metiéndonos en política; aplaudimos con entusiasmo a aquellos que buscan la prosperidad de Santander, criticaremos a los que por su abandono, sean responsables de la ruina de él...». Una, por tanto, de tantas publicaciones que el espíritu emprendedor de Blanchard hizo salir de sus prensas, pero faltas de reservas económicas y con indudable corto vuelo, fracasaron estrepitosamente como se comprueba por el excesivo número de hojas periódicas aparecidas por aquellos años.

La crítica local firmada por «El Cronista»; las gacetillas informativas; las obligadas secciones sobre el movimiento portuario; una humorística titulada «Casas y cosas» (firmada por Alvarez Corral); los telegramas cortos «de nuestro corresponsal en Madrid» (ente de ficción «muy decorativo»), y los anuncios llenaban sus cuatro páginas.

Se anotó en sus campañas la dirigida contra el aumento de diez céntimos en kilo de pan, emprendida con un suelto aparatosamente tipográfico en el que decía: «Hemos demostrado cumplidamente en nuestros números anteriores que el pan puede venderse en Santander a 35 céntimos el kilo. Los panaderos no lo han negado. La Tahona reguladora no ha bajado los diez céntimos que sigue cobrando. El alcalde no toma ninguna determinación; a los concejales, como son ricos, les importa muy poco que a sus electores se les sacrifique. Y «El Montañés» ha dicho, dice y dirá al pueblo que no debe pagar el pan más que a treinta y cinco céntimos».

En otro trabajo de crítica local se hacían observaciones a la forma en que se proponían llevar el proyecto de prolongación del «boulevard hasta el Puente», pues era necesario derribar las casas que sobresalían de la alineación de la rampa de la Ribera para buscar la de la calle Colón.

También fue el juego motivo de sus preocupaciones. Se jugaba en el Círculo de Recreo, se jugaba en el Cub de Regatas y en el Gran Casino del Sardinero, y en muchos garitos... «El juego –clamaba– está monopolizado y una sola personalidad contribuye a los gastos de beneficencia e impide la existencia de garitos de baja estofa....». Este comentario le valió un tropiezo pues fue denunciado al juzgado y, en ausencia del director, tuvo que comparecer el interino, Rafael Cabera.

En la Redacción formaban el prolífico Belisario Santocildes, J. Gutiérrez Gandlerillas, Juan José Báscones e Isidro Casaus; por el mes de abril, Alvarez Corral abandonaba la dirección y el semanario cambió de empresa. Ahora se editaba en la calle General Espartero.

Entre los trabajos de mayor entidad que dio a conocer, fueron una reseña de las obras de Gorki editadas por Maucci de Barcelona, y unas poesías de Bravo del Barrio y de José del Río Sáinz, entonces un muchacho. La muerte de Amós de Escalante (en 1902), le mereció medio perdidas entre gacetillas, solamente esta noticia: «Ayer, seguido de público numeroso, fue conducido a la última morada el cadáver del ilustre poeta don Amós de Escalante. Fue una de las glorias de la Montaña. Su muerte ha sido muy sentida».

También, en muy pocas líneas, y al ocuparse de las actividades del «Liceo Biel» –constituido con el nombre de un pintor de brocha gorda que de repente fue descubierto como gran cantante de ópera– daba cuenta de haberse despedido el «director de escena don Felipe Camino, que marchó a Madrid para proseguir su carrera de farmacia». Se trataba de Felipe Camino de la Rosa, el León Felipe de nombradía universal, estante en Santander al frente de una oficina de farmacia, y donde tuvo un lamentable contratiempo que le llevó a suspirar entre rejas algún tiempo.

Otra noticia curiosa es la de que en Santander se había formado una sociedad titulada «Basse-ball», «club de pelota al estilo americano», solicitando la inscripción de socios.

Las ansias de perfeccionamiento del semanario –no logradas– se manifestaron a los cuatro meses de su aparición, con la novedad de ofrecer al público las noticias de última hora en un transparente de los escaparates de la papelería de Cuevas, en la Plaza Vieja, ante los que se agolpaban los curiosos.

Alvarez Corral era combativo y al recibir anónimos con serias amenazas, un día se encaraba con ellos de esta manera: «A «Bravo Chiquio» le decimos que sostengamos en todos los terrenos lo que con la pluma consignamos; por eso, antes de escribir meditamos lo que vamos a decir. Y a todos los demás les llamamos cobardes; si tiene alguno vergüenza, que se presente». Sucedía que los vendedores del semanario eran insultados e incluso agredidos en las calles cuando le voceaban.

Todo ello llevó al periódico al camino de la impopularidad y de las presiones asfixiantes y al irreversible desenlace pues dejó de publicarse con el número 16,

con esta despedida: «Con el fin de normalizar al cambiar «El Montañés» de empresa, las cuentas de administración y ver si puede conseguirse el que este semanario vea la luz diariamente, rogamos a los suscriptores y anunciantes se pongan al corriente en sus pagos...»

Y a su director le despedía con estas palabras: «Mucho sentimos su marcha que nos priva de sus escritos y consejos; pero esto no obsta; «El Montañés» seguirá la línea de conducta por él trazada, bien sea semanario o diario, continuando independiente siendo defensor acérrimo de la Montaña y amante de la justicia». La publicación «había cambiado de empresa».

Pero eran justificaciones especiosas, en un intento de convencer al público de que el arrio de la bandera se hacía honorablemente.

LA HORMIGA

PERIÓDICO LITERARIO Y DE ANUNCIOS

SALE LOS SÁBADOS

SE RECIBEN ANUNCIOS, EN LA IMPRENTA Y PAPELERÍA DE SANTIAGO CUEVAS

SE REPARTE GRATIS.

LA HORMIGA

1902.

Periódico literario y de anuncios. Sale los sábados. Se reparte gratis. Imp. y Pap. de S. Cuevas.

Un caso realmente singular, el de este semanario que «salía a su hora y se repartía gratis». Su primer propietario y director (el propio impresor, Santiago Cuevas), lo cedió a J. Neugart, «el relojero de la calle de la Compañía» cuando llevaba publicados nueve números. Neugart era un joven de veintisiete años, emprendedor como pequeño industrial y con aficiones literarias.

El número 1 (correspondiente al 7 de junio de 1902) era de pequeño formato, con cuatro páginas, de pésimo papel y deficiente tipografía. Mejoró en los números siguientes; mayor tamaño y más correctamente confeccionado, y con ello intentaba la realidad de sus propósitos: «Fundar un periódico dedicado a la defensa de los intereses del comercio»; y agregaba: «Cuando algún mercader de mala fe pretenda por medios ilegales obstruirnos el paso, entonces no pararemos hasta confundirle y aniquilarle, descubriendo sus perfidias y malas artes». Intención equívoca, naturalmente, que le valió la primera desazón pues su director fue objeto de una agresión.

Publicaba, desde el principio, versos de José Montero Iglesias y de Arturo de Verona; noticias y gacetillas publicitarias, más los anuncios del comercio y la industria locales. Las gacetillas, en forma de visitas a los propios establecimientos; también, una sección recreativa y otra de «Rasgos literarios» en verso y en prosa, firmados por «Samoa».

En el número 10, la propiedad literaria era cedida generosamente por el director Cuevas, y el semanario siguió editándose en los talleres de M. Alonso y Cía. (San Francisco, 22). Ya había comenzado la publicación de una pequeña sección telegráfica nacional y extranjera.

Colaboran Antonio Díaz Tejeiro, Andrés Bravo y Barrio, José María Herráiz, Socasais y otros, y son casi diarios los trabajos firmados por «Pierrot» (José Montero), «Marthos» y «Petter».

Objeto frecuente de sus críticas era el Centro Montañés cuyos primeros entusiasmos se habían ido diluyendo en sólo promesas que se reiteraban, eso sí y de modo especial cuando Julián Fresnedo de la Calzada se convirtió en factotum

de aquella entidad. Para ello, «La Hormiga» publicaba una sección con la rúbrica «Pildoritas amargas». Dos composiciones firmadas por Moisés Ibáñez y por «Jeringuilla», aquel contra los canalejistas y éste contra los radicales, le valieron un nuevo contratiempo pues los «chicos del Comité» (radicales), se sintieron molestos y pidieron rectificaciones. Hasta envío de padrinos hubo; la cuestión personal no pasó a más consecuencias que unas agrias escenas.

El día 1.^º de noviembre de 1903 (número 75), publicó a toda plana la esquina de defunción de José Neugart y Blanco, y con este motivo, el periódico dejaba también de existir. «Vosotros —decía un artículo— sabéis la historia de «La Hormiga». Contra las opiniones de muchos que juzgaban descabellada la idea de publicar un periódico gratis para el público, llevamos a cabo nuestro propósito con la fe del que abriga un pensamiento noble». Y agregaba que extinguido su director, el semanario también se extinguía después de haber llegado al año y medio, casi, de existencia.

Como nota curiosa, debe apuntarse que algunos números se tiraron en color, como carmín, amarillo y violeta.

La Antorcha

PERIODICO DEFENSOR DE LOS INTERESES COMERCIALES

AÑO I.—NÚMERO I

Santander 27 de Abril de 1902

Redacción y administración, Puente, 14,
Librería del Señor Alonso

LA ANTORCHA

1902.

Periódico defensor de los intereses comerciales. Redac. y
Admón.: Puente, 14. Librería de L. Alonso. Imp. de
Quesada.

El caso de este «defensor de los intereses comerciales», editado por Quesada, es realmente singular en la historia del periodismo; porque, salir a la calle y caer sobre él una grave denuncia al juzgado, con el inmediato secuestro y proceso y fulminante suspensión, fue obra de una sola mañana; la del 27 de abril de 1902. No era para menos. El director responsable, Vicente Polo, catedrático de latín en el Instituto, liberal avanzado, tuvo la «resplandeciente idea» de insertar en el único y raro ejemplar publicado, un suelto que decía textualmente: «Parece que ya los pacíficos vecinos se van cansando de contemplar por más tiempo el caseretón llamado estación de Bilbao, y según nos informan se piensa tener una reunión para tratar de este asunto. Nosotros ofrecemos nuestro pobre concurso a los peticionarios y les ofrecemos, si les hace falta, la cabeza del periódico («la antorcha», claro), porque muchas veces encendida y aplicada a la madera suele dar muy buenos resultados máxime si la madera está rociada de petróleo.»

No cayó en saco roto el ofrecimiento. A las veinticuatro horas de la incendiaria invitación, la estación del ferrocarril a Bilbao ardía después de bien rociada con petróleo. Y ardió entre el exaltado regocijo de las masas que, incluso, formaron barrera para impedir a los bomberos acercarse al impresionante brasero.

De entrada, el número inaugural lanzaba un puyazo a «El Cantábrico» por una noticia vejatoria contra un sacerdote absuelto de la pena impuesta por el obispo, al no encontrar falta alguna en los hechos denunciados. Llamaba de paso, «periodicuchos» a «La Atalaya» y a las «Páginas dominicales», tildándoles de «mal llamados órganos del Obispado», y como remate acusaba al prelado por tal causa.

El catedrático e inexperto periodista, fue sometido a causa criminal como incitador a la violenta reivindicación del populacho.

EL CENTRO MONTAÑES

Semanario de intereses locales y provinciales

Bilbao, Julio 6 de 1902

Continuar ante oficinas, librerías que más quieran que
invitadas, permaneciendo en el mismo ferre labores.

Julio Esteban.

Guarda la lealtad estos amantes;
que es ley de montañeses ser leales.

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Copiar el número 1.00 pesos
y enviarlo al 1.00 pesos
otra vez, un año 10.00 pesos

Todos tienen independencia y gastos
el abono correspondiente.

Plaza de la Constitución, 1, 1^a

EL CENTRO MONTAÑES

1902.

Semanario de intereses locales y provinciales. Toda la correspondencia al Centro Montañés, Plaza de la Constitución, 1, 1.^a. Imp. Blanchard y Arce. Wad Ras, 3.

Como si el espectacular incendio de la estación de Solares se hubiese propagado a los ánimos de todos los ciudadanos, salieron a la luz los innúmeros problemas pendientes de solución; esos problemas que aparecen en la pequeña historia como Guadianas que en la mayoría de los casos no más que recursos para el desahogo y el incordio. No se tenía, es cierto, confianza en la efectividad gestionaria de las fuerzas vivas; no se encontraba el agente idóneo para agrupar las voluntades, muy dispersas, por otro lado, y un grupo de hombres de cierto relieve acordó crear un Centro Montañés con amplio crédito, inaugurado en el primer piso de la casa número uno de la Plaza Vieja. Tomás Agüero y Sánchez de Tagle, excelente abogado y criminólogo, asumió el timón de la nave botada entre esperanzas; a su lado, una buena tripulación de hombres también muy conocidos y sellados con un carácter ardientemente regionalista.

Consideraron que una tarea como la echada sobre sus hombros, necesitaba ante todo —suprema panacea para todos los males en todos los tiempos, pero mucho más en aquellos iniciales del siglo —un órgano propio de expresión pública para encauzar y galvanizar los entusiasmos inspiradores de la luminosa idea; y en efecto, salió a la calle un semanario con el mismo título de la entidad: «El Centro Montañés» cuyos vagidos de recién nacido fueron escuchados el 6 de julio de 1902. Naturalmente, hubo una declaración de principios que eran ni más ni menos que éstos: «Defender decidida y enérgicamente cuanto al bienestar y prosperidad de nuestra provincia se refiere». De esta forma, el flamante hebdomadario y los periodistas que lo confeccionaban se declaraban servidores de los fines que el Centro tenía que cumplir. No faltaban buenos y ardientes propósitos. Siempre sucedió así.

Creyó la directiva, más que oportuno, necesario contar con un Comité de prensa cuyo primer director fue el licenciado en Filosofía y Letras y profesor auxiliar en el Instituto de Santa Clara, Fermín Bolado Zubeldia, ya muy baqueado en lides periodísticas.

Como en todas las narices persistía el olor a chamusquina de la incendiada estación, en su primer número el semanario emprendía vigorosa campaña de oposición al intento de establecer la estación nueva en terrenos próximos al

lugar de aquel suceso. Estaban en el candelero de todas las conversaciones, las secuelas procesales contra los complicados en la quema, tanto ejecutores materiales como el mismísimo Pedro San Martín Riva, primer acusado y que en voz baja, pero «coram populum» por tal causa se había ganado la mejor popularidad del pueblo. El más gritón en el cotarro de aquel «Fuenteovejuna» se llamaba Angel Basave.

Bolado Zubeldia llevaba una sección titulada «Palique semanal» y con la firma de «Ganimedes» aparecía otra titulada «En solfa». Se acogían versos de Luis Barreda y otros poetas vernáculos. Como va comprobado a lo largo de esta historiografía periodística nunca faltó la poesía como remanso entre muy alborotados artículos y comentarios.

Como regionalista, «El Centro Montañés» era partidario de la descentralización administrativa, pues «culpaba a Madrid» de todas las demoras en la resolución de las grandes cuestiones y el desenfoque de las mismas, cuyo punto de mira estaba en la villa y Corte. Así, la lectura de las páginas del semanario resulta interesante porque vemos desfilar esperanzas y desesperanzas, ilusiones y frustraciones de toda una generación santanderina. Los responsables aprovecharon la coyuntura de una visita de Alfonso XIII aquel verano para hacer flamear este título a toda página: «Mensaje al Rey». Era una especie de «memorial de agravios» en torno a unas aspiraciones como la pronta solución al emplazamiento de la estación de Bilbao, la limpia de la bahía, el pleito de los terrenos de «La Alfonsina», la dotación de guarnición a la plaza por razones de seguridad ante el incremento que tomaba el socialismo y el anarquismo por el aumento de la población minera de Camargo, la devolución al Municipio de la península de la Magdalena, las obras del dique de Gamazo, a la sazón paralizadas. Había otra cuestión importante, como la reafirmación del destino de los terrenos ganados al mar desde Puertochico al primer muelle de Malianño (es decir, los actuales jardines de Pareda), y la avenida de la Dársena. Era una exposición pormenorizada y el «mensaje» fue subrayado por el pueblo entero.

Sucedió que la llegada del joven rey estuvo flanqueada por una desorganización de lo más perfecta, y dio motivo a episodios pintorescos: uno de ellos fue el famoso telegrama del alcalde en funciones de Torrelavega y el espectáculo que ofreció al pueblo el propio regidor mayor, San Martín, que corría hasta perder el aliento, con el sombrero de copa debajo del brazo y al aire los faldones del chaqué, junto al coche del monarca, a su paso por la población. No fue remiso «El Centro Montañés» en comentarlo y lo hizo así: «Cuantos alcaldes hubo aquí durante las visitas regias, todos, republicanos o monárquicos, ocuparon sus puestos en el coche real, menos don Ricardo Horga que en la visita que hace dos años nos hizo la regente iba en el suyo, porque doña Cristina ocupaba el coche real con todos sus hijos. Sólo a don Pedro San Martín le estaba reservado el triste papel de ir corriendo y con la vara alcaldicia en la mano, gritando: «¡Viva el rey!» Y eso, señor San Martín, podrá usted hacerlo como caballero particular,

pero como alcalde tenemos que decirle que el pueblo de Santander protesta contra su proceder. Si vivieran aquellos otros dos que se llamaron don Prudencio Sañudo y don Lino de Villa Ceballos, seguramente se morirían de vergüenza». Las despechaderas de la redacción de «El Centro» eran espeditivas.

No había alcanzado el medio año de edad cuando el semanario reflejaba la apatía apoderada del Centro, que en los primeros días de enero de 1903 cambiaba su junta rectora y, como consecuencia, su Comité de Prensa, ahora ya en manos de Esteban Polidura como presidente y directo de la publicación. Agüero descendía a la vicepresidencia y se nombraba vocales a Fernando Tejedor, Manuel Lazo Real, José Cagigas y Felipe Trigueros. Cambió con ello la tónica de la publicación; desaparecieron las firmas habituales y los trabajos eran anónimos. Esporádicamente, se responsabilizaba con su nombre al pie de algún artículo, Bolado Zubeldia.

A la presidencia de la Comisión de Propaganda accedió Julian Fresnedo de la Calzada cuya labor se dejó sentir inmediatamente, pues organizó con regularidad conferencias e introdujo la novedad de las excursiones escolares a la provincia. De una y de otras se hacía eco el semanario, en exageradas proporciones. Fresnedo se separó del Centro y justificó su actitud en un artículo acogido por «La Atalaya»: «La sociedad, decía, se viene pretendiendo convertirla en instrumento de determinadas tendencias, de un carácter por demás personal, a los cuales no podía cooperar». Ya en el mes de abril la redacción se quejaba de tener muy pocos lectores y anunciaba la restricción a un sólo número mensual.

No se conoce de esta última etapa más que el número 96 correspondiente al 1 de junio de 1904, dedicado enteramente a la muerte de Pereda con trabajos en verso y en prosa de Eusebio Sierra, Enrique Diego Madrazo, Fermín Bolado, «Pedro Sánchez», José Estrañi, Alejandro Nieto, Gabino Gutiérrez, Esteban Polidura, Tomás Agüero, Manuel Delgado y Uranga, Melquíades Fernández Marañón, Leopoldo Pardo Iruleta, Eduardo Sánchez Martínez, Vicente García y García y unas líneas pintorescas de Angel Basave.



ADELANTE

1902.

Solidaridad, Ciencia. Director: Diego Cortázar. Travesía de San Matías, 1. Admón.: Emilio Carral. Plaza de Vélez, kiosko número 1. Semanario sociológico-obrero. Imp. de El Dobra.

Como sarpullido primaveral en el recién estrenado siglo, brotó en el jardín de la papiromanía local un semanario titulado «Adelante» con el pomposo lema de «Solidaridad y Ciencia». Se editó en la imprenta de El Dobra, de Torrelavega porque no halló en Santander impresor decidido a arrostrar la aventura de estampar el órgano del anarquismo. Así se presentó en los kioscos y por los voceros callejeros proclamando su acracia en un editorial titulado «Todos anarquistas».

Apuntó, al principio no decididamente, contra la burguesía pero también el socialismo iba a ser objeto de sus censuras. Para «Adelante» el obrerismo estaba dirigido por hombres de fines bastardos que no sólo perjudicaban a la causa de la emancipación del proletariado, sino retrasaban «la ansiada libertad del eterno paria». Puede juzgarse, por este tono (que alcanzaría los agudos en la escala de las adjetivaciones), la impresión causada entre el vecindario. Formaban la redacción Anastasio Juan Herrero Muñoz, Eduardo Pérez Iglesias, J. Manuel Hernández (firmante de la sección en verso «Tinta roja»), el ya conocido Jesús Amber («Confetti») y Tortajada, de Torrelavega. Recogía con frecuencia artículos de Diego Martínez Barrios que con el tiempo derivaría hacia el republicanismo radical.

No es preciso apuntar de modo especial que sus dardos más entrañablemente disparados fuesen para el catolicismo al grito de «Prejuicios religiosos»; por tanto, a «La Atalaya» y a las «Páginas Dominicales» no les ahorraría el más cuidadosamente elegido léxico de los «petroleros».

«La Voz del Pueblo», órgano del socialismo, se veía distinguido por las plumas del grupo ácrata y ello le valió al redactor de «Adelante» encargado de tales menesteres una paliza en la vía pública. Fue cuando dio en la flor de discutir con el «núcleo potente y vigoroso de los conspicuos del socialismo conservador», que habían empleado un tono despectivo hacia «Adelante».

Pero ya en el terreno estrictamente doctrinal, los del «Adelante» desafiaron a los conspicuos socialistas a una «Controversia» que se celebró en el mes de

diciembre en los locales de la Exposición, de Calzadas Altas, ante dos mil oyentes, la inmensa mayoría marxista. El acto duró cuatro horas y la balanza no se decidía por los organizadores. «Adelante», para justificar su mal paso, salió por la petenera de no haber creído nunca en la eficacia de las controversias públicas, pues «ante un público dispuesto a no admitir la superioridad de los razonamientos para llegar a su persuasión, todo se convertía en propaganda para los más».

Nueve meses mantuvo el contacto con los lectores, y en este tiempo, Cortázar pasó la antorcha directiva a Francisco G. Moldes; éste a José Manuel Méndez y quedó finalmente en Juan Blanco, que certificó la defunción del semanario en el mes de febrero de 1902.

EL DIARIO MONTAÑÉS

PRECIOS DE ANÚNCIOS

TARIFAS ALTAZANO - Año I

Plano: 40 Ptas. de 1000. - 1000. - 1000.
Página: 40 Ptas. de 1000. - 1000. - 1000.
Página con rotulación: 40 Ptas. de 1000. - 1000. - 1000.
Página con rotulación: 40 Ptas. de 1000. - 1000. - 1000.
Página con rotulación: 40 Ptas. de 1000. - 1000. - 1000.

REPÚBLICA SOLO LOS DÍAS LABORABLES, DÍAS TARIJAS Y LOS FESTIVOS, CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLÉSICA

AÑO I

SANTANDER. — Viernes 1^o de Agosto de 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

GRADO ALTAZANO

Trimestre, 60 Ptas. de 1000. - Ano completo, 120 Ptas.
Número suelto de la capital, 10 Ptas. - Número suelto de la provincia, 10 Ptas.
Número suelto de Madrid, 10 Ptas. - Número suelto de la provincia, 10 Ptas.
Número suelto de Madrid, 10 Ptas. - Número suelto de la provincia, 10 Ptas.
Número suelto de Madrid, 10 Ptas. - Número suelto de la provincia, 10 Ptas.
Número suelto de Madrid, 10 Ptas. - Número suelto de la provincia, 10 Ptas.

EL DIARIO MONTAÑÉS

1902.

Imp. La Propaganda Católica y Editorial Católica Montañesa. Diario.

Se ha visto, al historiar «La Atalaya» cómo de la fracción confesional y política animadora de este diario, se desgajó el grupo más acentuadamente católico. Denunciando el contrato de la Propaganda Católica con el impresor Blanchard, dejó de ser aquel diario órgano exclusivo del integrismo provincial para militar más directamente en el partido conservador. Con la intervención del obispo Sánchez de Castro, la empresa creada en 1900 editó «El Diario Montañés» aparecido el 1 de agosto de 1902. Actuó como mediador el jesuita padre Mendía, a quien ayudaban tan acendradamente militantes como Manuel Canales Peral, José Azcona de la Sierra, Antonio Torre Castillo, Evaristo de la Fuente, Francisco G. de los Ríos, Enrique Plasencia, Gumersindo de la Cuesta Laso, Eduardo de Huidobro, Antonio Ortiz de la Torre y Antonio Bolado Coll; formaban el Consejo directivo fundador del Círculo Católico de Obreros al que dotó de edificio propio en la calle San José.

En el equipo formaba el farmacéutico José Zamanillo y Monreal, reataurador de la «Propaganda Católica» y concretamente de «El Diario» por él reorganizado en momentos difíciles, vivificándole y elevando su categoría de periódico provinciano bien informado y combativo por sus ideales. En las páginas del nuevo diario llevó Zamanillo una sección social-católica, firme, pero de guante blanco.

Fue puesto «El Diario» en las manos directoras del aragonés Angel Quintana Lafita, llegado de Madrid con excelente bagaje doctrinal y relevante cultura humanística. El periódico se instaló en los bajos del palacio de Macho y en el cuerpo de redacción o como colaboradores de la época fundacional, figuraron Enrique Menéndez Pelayo, José María Quintanilla, Evaristo R. de Bedia (que ya hemos contemplado en «El Atlántico»), Justo Eguía, Eduardo de Huidobro, José Montero Iglesias, Ramón de Solano y Polanco, Cástor Venancio Pacheco y Amador Elizondo. Alejandro Nieto se incorporó de allí a poco, procedente de «La Atalaya» y conservando el seudónimo «Amadis»; firmaba un «Panorama cómico» al mismo tiempo que llevaba los comentarios a la actualidad internacional bajo la firma de «Nemo».

En su presentación el nuevo cotidiano, tras del consabido artículo dando fe de vida y declaración de propósitos, insertaba un soneto de Rámón Solano; el cuento titulado «El cobarde», de Huidobro, una «Crónica donostiarra» con motivo de la llegada a aquella provincia de la reina doña María Cristina; amplia información telegráfica, noticias de la Audiencia y «Notas de la cárcel».

Recogido un poco al azar, hay que mencionar las reseñas que «El Diario» dedicó a la visita, en 1903, de Canalejas en viaje de propaganda política. Entonces dijo el jefe liberal: «Soy religioso pero no clerical; no soy individualista, pero tampoco socialista; soy republicano en teoría pero monárquico en la práctica...». Tan contradictoria personalidad hacía escribir al editorialista de «El Diario»: «Quien afirma con tanta energía su fe de católico y asiste a los funerales de su padre y de su esposa, y oye las misas que él manda decir por sus almas, y luego se hace aplaudir por los blasfemos y anarquistas de Valencia y Barcelona, y tiene en su período alabanzas enormes para los impíos más abominables...»

Un curioso reportaje relataba la llegada a Requejada de maquinaria y obreros alemanes para unas prospecciones en Polanco, entre los barrios de la Iglesia y Posadillo. El asunto estaba envuelto en el mayor misterio. Los trabajos por obreros teutones bajo la dirección de un ingeniero y hasta con un cocinero de la misma nacionalidad, se llevaban a cabo sin dejar traslucir los propósitos. Sólo se sabía que la maquinaria, puesta en funcionamiento tenía una potencia capaz de perforar mediante barrenos especiales por tubería y vapor, hasta un kilómetro de profundidad. De ahí nació una «leyenda»: la de los pozos petrolíferos en aquella zona.

José del Río Sáinz publicaba versos en «El Diario», y también Román Gutiérrez Bueno; colaboraba Pedro de la Vega Cagigas con el seudónimo ya popular de «Canta Claro»; «Pedro Sánchez» escribía sobre el destino que había de darse al «yermo» del castillo de San Felipe; se había pedido, hacía años, construir allí la nueva Casa Ayuntamiento (cuyos cimientos estaban abriéndose en Becedo); y señalaba que el marqués de Comillas había ideado la ampliación de la catedral sobre el solar del castillo, con una gran torre gótica y el acceso por escalinata monumental desde la Avenida de las Farolas.

Entre las ediciones especiales que durante su vida lanzó «El Diario Montañés» ha merecido pasar a la antología regional la dedicada a la muerte de José María de Pereda, con notables trabajos biográficos y de crítica sobre la obra del costumbrista, redactados todos por los supervivientes del llamado «grupo pereadiano».

Fue el periódico evolucionando poco a poco en cuanto a sus medios técnicos. No era amplia su tirada pues la masa lectora mayoritariamente popular, prefería saciar sus impaciencias y se divertía más con las amenidades de los otros dos diarios coetáneos, «La Atalaya» y «El Cantábrico». Nadie más autorizado que el propio Quintana Lafita para definir la agitada vida del órgano del catolicismo en aquellos años de luchas constantes en las que la propia vida o la

integridad personal se jugaban en la calle. Fue un penoso período; eran constantes los ataques prodigados derivados de la situación política inestable que venía gestando la revolución y especialmente en los años 1909 y 1910 con motivo de la «Semana sangrienta» de Barcelona y las escaramuzas callejeras a cuenta también de la famosa «Ley del candado». Todo ello inserto en la pequeña historia local entre sobresaltos, motines, exasperaciones colectivas. La persecución religiosa alcanzaba expresiones aflictivas para el clero y todos los católicos.

Fueron entrando en la Redacción del cotidiano –que sustituyó su máquina «Marinoni» por otra de doble reacción, y que se componía en linotipias–, José María Aguirre («Aguitiérrez», hermano del párroco de San Francisco), José Pérez Parada, José Ugidos, Manuel López Recio, Luis Soler... Entre los colaboradores más bullidores, Domingo Solís Cagigal, experto en deportes que firmaba «D'Abionzo».

Jubilado Angel Quintana el año 1925, con él se cerraba la primera época de «El Diario». Advino Joaquín Arrarás, en plena juventud, periodista de nervio formado en la Escuela de «El Debate». Era portador de un sólido prestigio como cronista viajero de excelencias, pues acababa de hacer, enviado por el diario de Herrera Oria, un periplo por el Marruecos francés logrando una sensacional interviú con el inasequible El Glaoui, Gran Señor del Atlas. Arrarás, durante los cinco años de su rectoría, hizo varios cruceros a Nueva York y Cercano Oriente, de los que enviaba crónicas. Del espíritu moderno que infundió al «Diario», son esas impresiones viajeras en las que aparecía como inspirado por escritores tan «a la page» como Mauricio Dekobra, el gran reportero «Albert Londres» y Paul Morand, y claras reminiscencias de la fantasía oriental de un Pierre Loti.

Presidía el Consejo de Administración de «El Diario», a la llegada de Arrarás, José María Gutiérrez Calderón y era administrador Vicente Corro. Logró en breve tiempo remozar las estructuras técnicas del período, y la propia redacción, a la que insufló espíritu juvenil apropiado para la obra transformadora. Tuvimos el personal privilegio de ser testigos directos de esta renovación, emprendida a fines de 1925 y completada en 1926. Las finanzas de «El Diario» estaban vivamente resentidas constituyendo una carga insoportable para los consejeros cooperadores. Casi siempre había sido –y lo continuaría siendo– «El Diario» una empresa romántica. De cuál era esta situación angustiosa, son testimonio estas frases de Arrarás: «Todos conocemos publicaciones heridas de muerte, anémicas, cardíacas o con leucemia, por decir un mal gravísimo, que arrastran su dolencia y perduran de un modo inverosímil. Y así flotan hasta el día de la gran riada.» En efecto, se encontraba con unas páginas enquistadas durante más de veinte años. «Precisamente –añadiría en sus declaraciones testimoniales– fui designado en calidad de doctor para someterlo a tratamiento a fin de curarle de un ámago de hemiplejía. Había que devolverle movimientos y fortalecerlo con transfusiones y tónicos».

Fue cumpliendo su programa. Logró «carta blanca» del Consejo de enton-

ces, y principalmente del consejero delegado Emilio García Yllera, de cuya actividad resolutiva consiguió, ante todo, la construcción de un edificio propio en la calle del Arcillero, donde instaló máquina «Duplex» y taller de fotografiado. Cambió el formato del periódico y dio a la información y al reportaje sentido moderno introduciendo a la vez normas campeantes en la prensa madrileña. Y, naturalmente, formó una nómina de colaboradores como Javier de Echarri, el chileno Echenique, Manuel Siurot, Severiano Aznar, «El Magistral de Burgos» (hermano suyo), el regocijante «Desperdicios» (de «La Gaceta del Norte») y otros con amplio crédito en la prensa nacional.

Preponderó en el estilo del cotidiano, la ponderación y buen juicio, con un criterio ideológico que arrinconaba los tópicos ya en desuso aún en el campo doctrinal. Incluso cuando la ocasión citaba a la polémica, Arrarás sabía, con sólo veinte líneas, «despachar» al contrario, sin asperezas; pero de modo fulminante.

Había remitido notoriamente la campaña que «El Diario» venía sosteniendo con más tesonera propaganda que efectividad en las alturas del tema, acerca de los milagros del Cristo de Limpias. Arrarás lo redujo a las justas proporciones que el gran suceso había merecido durante cerca de siete años. Y con el mismo tono, prudente pero eficaz, la crítica de la vida local fue llevada sin herir sentimientos ni descender a los personalismos. Esta era una actitud casi desconocida en el historial de la prensa santanderina. Pero no le faltarían, por ello, incidentes que si no graves, por lo menos le causaron desasosiegos. Hay que tener en cuenta que eran momentos de plenitud de la Dictadura y por tanto llenos de dificultades, con una censura militar que, no siendo rigurosos, sí obligaba a proceder con cautela para no caer en las trampas de la improvisación diaria.

Entre las novedades por él implantadas, se registraron la de la defensa del agro montañés y principalmente en ganadería, con colaboración técnica del ingeniero agrónomo Doaso Olasagasti. Replanteó el viejo problema de las roturaciones arbitrarias, espinosa cuestión, y creó asimismo otra página semanal para la enseñanza, redactada por hombres tan sinceramente pedagogos como «Pizarrín», Antonio Durán y Constantino Arce.

Entre los números extraordinarios publicados durante su etapa, figuró el dedicado a la inauguración de la Casa de Salud Valdecilla la sensacional fundación del Marqués del mismo nombre. Hoy es documento imprescindible para eruditos y médicos que quieran conocer los orígenes de la realización del «buen Marqués».

Le correspondieron a Arrarás los acontecimientos de la época más vidriosa de la Dictadura y de la Monarquía. Soplaban aires de Fronda. Había en el ambiente local mucha inquietud. Era necesario mantener firme el rumbo sobre aquel mar de fondo precursor del naufragio de tantas instituciones defendidas por el cotidiano de la calle del Arcillero. La despedida a los reyes don Alfonso y doña Victoria, en el verano de 1929, fue una oportunidad para que un periódico

enteramente solidario con la Monarquía, preparase a la opinión mayoritaria, que se desbordó entusiasta y sentimental cuando la familia real pasó entre dos compactas riberas de multitudes fervorosas desde el palacio de la Magdalena hasta la estación del Norte. Pero aquella explosión de entusiasmo popular aparecía como un último intento de sostener las adhesiones institucionales frente a los zarpazos de la revolución. Sería la última vez que los santanderinos se manifestasen ante los reyes. Al verano siguiente, el acto de despedida fue de la mayor discreción. Hubo, en la zona marítima una concentración de once mil marinos de la Armada, que desfilaron sin armas ante el rey, a quien acompañaba el director general de Seguridad, general Mola. Fue un alarde que no logró galvanizar a la muchedumbre. Y cuando el pendón de Castilla era arriado en la torre del palacio de la Magdalena, los monarcas abandonaban la ciudad sin especiales manifestaciones. El rey marchó por carretera. Doña Victoria y sus hijos, lo hacían en barco hacia San Sebastián.

En el mes de diciembre de aquel año último de la estancia de Arrarás en Santander –ya estaba determinada su vuelta a «El Debate»–, una noche se produjo el lamentable intento de asalto al cuartel de la guarnición. Pocos días después estallaba la sublevación de Jaca.

La marcha del joven director cerraba una época y se abría otra histórica: terminación de la Dictadura, y la implantación de la República. Le sustituyó Melchor Ferrer, fogoso tradicionalista cuyos editoriales, desde el primer momento, fueron ardidos intentos de un objetivo único: la defensa de la Monarquía. Si para su íntimo carácter carlista, la monarquía reinante no era enteramente idónea a sus fines, tenía que inspirarle, como institución, la ardorosa crítica de una república que entonces aparecía como «salida única» para un Estado tambaleante. Estaba en todos los labios el «*Delenda est monarchia*», de Ortega. Las vacilaciones liberales de Berenguer abrían las puertas al nuevo régimen. Le correspondió por tanto a Ferrer analizar el gran problema y defender la institución basándose en la «Defensa» de Maurrás –uno de sus predilectos– y en León Daudet. Podría decirse que en Ferrer alentaba un «*camelot du roi*». Los años pasando, el arriscado, tenaz, combativo y entrañablemente españolista Ferrer, habría de emitir su testimonio de aquel tiempo conflictivo: «Una monarquía aspirante, un cambio de régimen, y la correspondiente entronización en el Gobierno de las fuerzas del sectarismo eran una situación difícil para un periódico como «*El Diario Montañés*», que preferiría desaparecer antes que claudicar en lo más mínimo.»

Ferrer desplazó desde Barcelona a su periódico, periodistas como Chacón, Somacarrera, Polo y Galés. Por su insobornable carácter de catalán españolista, la proclamación del Estat Catalá fue una de las tremendas desgracias que atenazaron su corazón e hicieron clamar a su pluma. Luego, durante todo aquel año 1931, cada día se planteaba un problema interno para el periódico, con amenazas incluso de asaltos por elementos revolucionarios. Fue un proceso

íntimo de difícil superación. Pero Ferrer tenía larga experiencia; había viajado mucho; estuvo en la India como enviado de un diario barcelonés; vivió bastantes años en Francia e Inglaterra, dominaba a la perfección cuatro o cinco idiomas; era lector incansable y escribía con estilo acerado sin conocer el desfallecimiento ni dolegarse ante los augurios siniestros ni las amenazas. En aquellos meses de prueba, sobre las mesas de la Redacción posaron las pistolas y en un rincón montaban la guardia un mosquetón y un fino rifle, que no fueron nunca usados. Las huelgas salvajes mantenían en vigilia al periódico.

A finales del año, Ferrer fue solicitado por la Comunión Tradicionalista para dirigir un periódico andaluz, y el día 31 de diciembre se despidió. Interinamente se hizo cargo de la dirección Aldolfo Arce, que ya pertenecía a la Casa desde hacía largos años como administrador y colaborador.

Para sustituirle fue designado Manuel González Hoyos, en agosto de 1932. Estaba dirigiendo, «El Día de Palencia» donde había popularizado el seudónimo de «Antolín Cavada», firma periodística inventada por Víctor de la Serna en los tiempos de «La Región». González Hoyos describiría así su primer lustro dirigente: «Se desenvolvió «El Diario» bajo el signo de la dispersión, del peligro y la atonía nacional. «El Diario», en el ambiente turbio y agresivo que habían desencadenado las organizaciones marxistas tuvo que hacer frente, en ocasiones, a enconados ataques; eran momentos en que el silencio podría significar una cobardía y los titubeos una traición. Había que jugárselo todo, hasta la seguridad personal».

En efecto; presiones constantes, el peligro de su repentinos asaltos, multas gubernativas y hasta la suspensión temporal del periódico fueron deslizándose en películas de pesadilla. Y el clima exacerbado, al culminar en la revolución de Octubre del 34, hizo más penosa y peligrosa la situación del periódico. González Hoyos escribía todos los días un par de comentarios intentando mantener la fe y el espíritu de sus lectores, y ello, también, en medio de angustiosas penurias económicas. En la Redacción entraron, en 1932, entre otros, «Florencio de la Lama Bulnes, Alberto Villalabeitia (que moriría asesinado en Madrid, a donde fue como taquígrafo de «El Debate»), Ramón San Juan Corrales y Julio J. Abín; Arturo de la Lama y Ruiz de Escajadillo, gerente de la Empresa, colaboraba con alguna frecuencia. Y durante los años directivos de González Hoyos el periódico hizo, paralelo a sus campañas ideológicas otras como la dirigida a la exaltación de las letras vernáculas, con trabajos reunidos bajo la rubrica «De la Tierruca», algunos realmente notables, de historia e investigación montañesas por las plumas memorables de Francisco G. Camino, Escagedo Salmón, Gutiérrez Calderón, Francisco Cubría. Llegaron a crear una editorial para lanzar libros de erudición e historiográficos que hoy forman colección muy buscada.

Así fue transcurriendo la vida de «El Diario Montañés» hasta que el 20 de julio de 1936, el Frente Popular decretó su incautación. Durante once meses salió como órgano dependiente de la revolución triunfante. Su organización

interna giró bajo el control obrero de los propios tipógrafos, y con la dirección de Antonio Revaque, inspector de primera enseñanza y afiliado a la Izquierda Republicana. Cuando éste se exilió, al frente de una colonia infantil a Francia, le sustituyó el socialista Luis Goicuría (que había militado durante su juventud en el partido carlista).

Por los finales del mes de octubre de aquel año (1936) el Comité de Guerra ordenó, en el mayor secreto, la edición de un número especial del cotidiano, bajo el título de «*El Diario Montañés. Periódico católico de la Montaña*». Tenía una «misión psicológica» y propagandística: arrojar los ejemplares desde un avión sobre las filas nacionales en el frente de Burgos. Las cuatro páginas estaban dedicadas en su totalidad a ofrecer un panorama de «normalidad» en la vida provincial, haciéndose ver que reinaba la más absoluta libertad de pensamiento y de actuación. Allí se refirieron algunos editoriales antiguos sobre la fiesta de San Ignacio; se hablaba del «funcionamiento normal del Seminario de Corbán», describiendo «una visita del obispo de la diócesis»; se publicaba el «horario de las misas cotidianas, de los cultos en los conventos de religiosas...».

Duró esta situación hasta el 26 de junio de 1937, cuando el Frente Popular acordó la suspensión de todos los periódicos que entonces se publicaban para sacar el titulado «*República*». Desde dos semanas antes, y a la marcha de Goicuría, ocupó interinamente la dirección el abogado Víctor Rivera.

A la entrada de las tropas nacionales, «*El Diario*» pasó de nuevo a sus propietarios. Al desaparecer, poco después, «*La Voz de Cantabria*», la maquinaria y gran parte del personal de aquel periódico se incorporó a «*El Diario Montañés*», fundándose en 1938 la Editorial Cantabria, S. A. conservando La Propaganda Católica, S. A. fundadora de «*El Diario*», la mayoría de las acciones de la nueva sociedad. Se continuó la vida ordinaria, hasta el incendio de febrero de 1941, en que las llamas destruyeron su edificio y maltrataron sensiblemente su maquinaria. En el mismo febrero, «*El Diario*» apareció en una imprenta de Palencia, bajo la dirección de González Hoyos, en tanto Arturo de la Lama gestionaba la reaparición en «*La Gaceta del Norte*», de Bilbao. Y así se dio la circunstancia de que en un mismo día, aparecieron sendas ediciones en las capitales castellana y vizcaína realizada esta por el redactor Alejandro Blanco. Se trata del número 12.185 y su fecha 19 de febrero. La edición de Palencia se verificó en los talleres de «*El Diario Palentino-El Día de Palencia*».

La solución final fue su vuelta a Santander al cabo de un año, a otro edificio propio, construido en la calle de Moctezuma. Se abrió su tercera época.

Como colaborador fijo, después de la guerra civil, figuró Enrique Vázquez, «*Polibio*», muy destacada pluma literaria de la Montaña, quien, al abandonar «*El Cantábrico*» escribió, formando en el cuerpo de Redacción en «*El Debate*», de Madrid. Otros colaboradores constantes durante muchos años fueron Ladislao del Barrio, que llevaba una sección titulada «*Tochás*» y José Antonio Quijano de la Colina, a cuyo cargo estuvo durante mucho tiempo, una columna dedicada a

los problemas del agro montañés escrita con garbo y gran decoro literario. Selecciones de «Tochás» y de los trabajos de Quijano, fueron recogidas por sus autores en sendos libros editados por «La Editorial Cantabria». La parte literaria se condensó en una página especial hebdomadaria, a cargo de Tomás Maza Solano, nutriéndose en gran parte de los trabajos de un grupo de colaboradores que se reunían en el periódico en una tertulia, en la que los más asiduos eran Fernando Barreda, Francisco Cubria, Colongues Cabrero, María Teresa de Huidobro, Maza Solano, Arturo de la Lama, Agustín de Regules, Romero Raizabal, E. Vázquez (Polibio) y otros.

Pero esto es ya historia tan reciente que necesitará la proyección en perspectiva. Durante este tiempo, ha conocido como es lógico en todo proceso vital, transformaciones hacia rumbos nuevos. Existe en la colección de «El Diario» un número muy interesante: el confeccionado el año 1952, al cumplir sus bodas de oro, de obligada compulsa para los investigadores. Al jubilarse González Hoyos, tomó las riendas directoriales Florencio de la Lama Bulnes...

En año, 1'50
en semestre,
cada trimestre,
meses, 0'60;
cuatrimestre, 0'75;
septiembre, 0'75.

LA OPINION

SEMANARIO POLÍTICO INDEPENDIENTE Y DE INTERESES DE LA PROVINCIA

Director: D. Luis Arroyo Alonso

DE CIRCULACIÓN LOS JUEVES

LA OPINION

1902.

Semanario político, independiente y de intereses de la provincia. Se publica los jueves. Imp. Blanchard y Arce. Wad Ras, 3.

Con el siglo subió la fiebre periodística local y provincial. Cada fracción política consideraba imprescindible poseer su propio «órgano de expresión» para defenderse y atacar a los rivales sin contemplaciones; los capitostes de las facciones en lucha aspiraban a una comunicación más directa con la opinión pública, y así, a los nueve meses de aparecer «El Diario Montañés» lo hacía un semanario titulado «La Opinión» editado en los talleres de Blanchard y Arce.

El repaso a la colección de «La Opinión» ofrece singularísimo conocimiento de cómo se procedía en las elecciones generales; es obligado seguirle, a veces con pormenorizaciones que configuran el estado social y político de aquel tiempo. De ahí que, aún cuando «La Opinión» fue una «circunstancia», tiene el valor de un testimonio de categoría.

Salió el semanario conservador con el grito de «Guerra al caciquismo». Fue el 11 de septiembre de 1902. A pesar de que los principios conservadores tenían ya su defensa en «La Atalaya», los equiliristas emprendieron la tarea de perfilar su propia presencia en la lucha electoral, y una red de corresponsales adictos fueron informando con todo detalle sobre los acontecimientos en las dos grandes circunscripciones, Cabuérniga y Castro Urdiales. La «independencia» de «La Opinión» no dejaba de ser un disfraz.

Pusieron la dirección del semanario en manos de Luis Arroyo Alonso, hombre batallador que no cedía ante las amenazas, la pasión ni aún a las agresiones personales de que fue objeto durante su campaña, que duraría hasta principios del año 1903, fecha de las elecciones a diputado en Cortes. El hebdomadario aparecía pobemente presentado, en diez páginas de pequeño formato y mal papel, deficiencias que cambió en su segundo número, revestido con mejor apariencia tipográfica. Dos páginas las dedicaba en exclusiva a las correspondencias recibidas de las dos circunscripciones citadas. Se abría con una crónica local y mantenía pequeñas secciones de noticias generales, variedades, teatro y también de verso; ésta firmada por «Ganimedes».

Arroyo cayó muy pronto en las redes del Código, siendo procesado aunque absuelto inmediatamente. La política tenía sus armas recónditas, y el «cuarto poder» no era una entelequia.

Formuló su protesta contra una real Orden que disponía el abono, a la Diputación y al Ayuntamiento, del ochenta por ciento del valor de la finca «La Alfonsina», que, regalada por el pueblo a la reina Isabel II en su primera visita a la ciudad, fue causa de largo pleito planteado poco después del destronamiento de la soberana, el año 1868: lo perdía el Estado, y «La Opinión» lo comentaba así: «Sólo con un pueblo como Santander, indiferente y apático, abandonado, ha podido el Gobierno hacer lo que ha hecho. La real Orden perjudica a la Diputación y al Ayuntamiento en un millón de pesetas a cada Corporación.»

A finales de aquel año (1902), el periódico se declaró silvelista, y llenaba de elogios al montañés Manuel de Eguilior, nombrado ministro de Hacienda.

Comentaba la expectación reinante en el área política nacional y local, por la reorganización del partido liberal a la muerte de Sagasta, cuando Moret y Montero Ríos se disputaban la jefatura del partido.

Tenía Santander sesenta mil habitantes, y cuestiones municipales que apasionaban a la comunidad. Por ejemplo, «La Opinión» tomó partido por la decisión municipal de dedicar el barrio de La Albericia (257.000 metros cuadrados) a un frondoso parque con grandes avenidas y explanadas, estanque y un hipódromo, así como la reserva de un amplio terreno para la feria mensual de ganados y las lucidas exposiciones que se celebraban allí todos los años. Al encenderse el primer alto horno de Nueva Montaña, formuló grandes elogios al poder de iniciativa de José María Quijano, que estaba dando a la provincia ejemplo de progresismo industrial, y en el campo de la sociología, mantenía incluso el carácter paternalista que imprimía a sus empresas.

En el estadio social, se unía a las protestas contra un bando gubernativo ordenando el cierre de las tabernas a las diez de la noche. El Ayuntamiento se declaró partidario de la medida con la que se pretendía sanear las costumbres nada edificantes, y centenares de personas organizaron una manifestación de protesta; muchos manifestantes «iban armados de botas y botellas de vino para darse el gusto de beberlo después de las diez de la noche a las barbas del gobernador». «Entre los grupos –apostillaba el periódico– figuraba el alcalde señor San Martín».

Otra de las cuestiones motivo de los comentarios de «La Opinión», fueron las «casas de mal vivir», para las que pedía el confinamiento en algún barrio retirado de la población. «Pero mientras se toman esas medidas –opinaba el periódico– de saneamiento de las costumbres, la ola de la inmoralidad avanza y continuarán triunfantes y repletos los cafés cantantes, y la vergüenza de que unas «señoras» de la cuesta del Hospital se hayan subido a las barbas del gobernador haciendo mangas y capirotes de sus órdenes; continúan en las calles los golfos grandes y chicos campando por sus respetos y ofendiendo con proca-

ces audacias los oídos de los transeúntes y las tabernas continúan abiertas hasta muy avanzada la noche...».

En el capítulo de las reformas urbanas, era partidario de la construcción de la «carretera ribereña» desde San Martín a La Magdalena (lo que con los años llegaría ser la actual Avenida de la Reina Victoria), si bien, entonces, se proyectaba trazarlo a la orilla misma del mar. La idea se completaría con una repoblación forestal y un paso cubierto en aquella zona.

El Gobierno envió a Irazazábal como gobernador para preparar las elecciones generales, y desde el primer momento descubrió sus inclinaciones por una de las fracciones del partido conservador, no precisamente la defendida por «La Opinión». Naturalmente, el semanario habría de convertirle en diana de sus ataques.

El día 26 de abril de 1903 se celebraron las elecciones con reparto de estacazos, y otras violencias por el estilo, y también en medio de la frialdad de algunos ayuntamientos. Al mes siguiente, el cuerpo electoral votaba a los senadores. Hubo de todo durante la lucha: en Cabuérniga el campo quedó por Garnica «merced –dijo «La Opinión»– al contubernio». Fue un triunfo liberal. Una elección «de las que cuestan caras». En Castro Urdiales se levantaba con el acta el duque de Santoña frente a Francisco Sáinz Trápaga. «Estaba ya mandado retirar la política trapaguista-eguilarista. Era tan grande el abuso de los vencidos de hoy, que de su omnipotente poder hacían, que la lucha ha removido en sus cimientos a los elementos todos del distrito», comentaba.

Veamos, pues que dan la tónica de la lucha algunos detalles muy significativos. Arroyo, director de «La Opinión», en su excursión electoral a Ramales fue agredido violentamente por un exalcalde de la villa, sin mediar palabras previas. Ocurrió en el andén del ferrocarril. Arroyo fue arrojado violentemente a la caja de la vía, en el momento en que entraba un tren en agujas. Gracias a la rapidez con que acudió en su auxilio un ingeniero de minas, pudo salvarse de un accidente mortal. El asunto pasó al juzgado, pero entre tanto, Arroyo envió sus padrinos al agresor. Fue una entrevista pintoresca. Representaban al exalcalde «unos simples jornaleros sin instrucción» que «no estaban a la altura de su misión. Una vez extendida el acta no se atrevieron a firmarla por desconocer el sentido y significado de algunas frases», en vista de lo cual, los padrinos de Arroyo se negaron a continuar las negociaciones.

El corresponsal de Voto, describía de este modo lo sucedido en aquel distrito: «Voy a referir un caso típico de «delirium tremens trapagüero». Aquella barbiana a quien en mi anterior correspondencia titulaba yo «Aixa la Horra», marimacho con faldas, furia del averno, encarnación genuina del mismísimo Lucifer, ente sin religión, sin conciencia y sin dignidad, moderna Mesalina, amalgama de fango, cieno, escoria y bilis, que desde febrero venía recorriendo callejos y andurriales inventando trapacerías en pro de la personalidad del amigote; ese aborto y engendro infernal, estuvo durante la votación y en los

alrededores del colegio, desenfrenada, loca, furiosa como una hiena, trabajando para venir a la postre a reunir... ¡tres votos!».

Se produjo por aquel tiempo la visita de Canalejas a Santander. «La Opinión» aprovechó la coyuntura para explicar a los lectores cómo el llamado partido canalejista estaba formado en gran parte por el antiguo sagastino, «a su vez constituido por las desmembraciones del que fue partido gamacista, de mucho arraigo en Santander», «Viene pues —decía «La Opinión», este partido avanzando rápidamente desde los campos semiconservadores cultivados por Gamazo, hasta los democráticos que hoy preconiza Canalejas; lo que advierten con pena los liberales es su división en dos fracciones, si no en tres; la democrática que sigue las inspiraciones de Canalejas; la simplemente liberal que sigue a Eguilior, como parte del directorio electoral, y que parece sigue la línea del ilustre economista gallego, disidente del directorio. Eran pocos los liberales en Santander, pero ahora, sin haber aumentado en número, se multiplican en fracciones, matices o tendencias». Este era el cuadro bien trazado de la situación política en la Montaña: La derrota de Sáinz Trápaga en Castro Urdiales, determinó reorganizaciones en los campos liberal y conservador.

Tras de proclamar el hundimiento liberal, «La Opinión» daba por terminada su misión electorera, con estas palabras: «Herido tan de muerte el caciquismo liberal tenemos derecho al descanso, no por mucho tiempo, pero sí por el que las circunstancias permitan. Es innecesario por ahora nuestra presencia en el estadio de la prensa para combatir una política quebrantada, aniquilada, y suspendemos por tanto nuestra publicación, hasta que las circunstancias nos obliguen otra vez a coger la pluma».

«La Opinión» cesaba, por tanto, el día 28 de mayo de 1903.

HERALDO DEMÓCRATA

AÑO I — NÚM. 1.

Redacción: Compañía, 5, 3.^o

SANTANDER 29 DE FEBRERO DE 1903

Admón.: Librería General

PERIÓDICO SEMANAL

HERALDO DEMOCRATA

1903.

Periódico semanal. Redac.: Compañía, 5, 3.^o. Admón.: Librería General. Imp. Blanchar y Arce. Wad Ras, 3.

Se fraguó este semanario «en el entusiasmo y la decisión de quien vale poco para labor tan grande como es crear algo que venga a defender ideales tan hermosos como los democráticos» proclamaba en su primer número. Tal confesión de fe liberal la formulaba Vicente de Pereda, joven que ya apuntaba con positivos rumbos en el campo de la literatura. Aunque por parte alguna de las páginas de la nueva publicación aparecía la menor insinuación respecto a la participación de Pereda en la empresa, el infatigable y benemérito coleccionista Eduardo de la Pedraja tuvo la curiosidad de anotar su nombre al pie de los más importantes trabajos en las páginas de los ocho números editados, admirablemente escritas y siempre en tono ponderado, lo que tendría que chocar en el ambiente de pasión y dubitativa preparación doctrinal de la masa a la que se dirigía.

«Queremos luchar por la democracia —advertía— por la realización de una política nueva, pero desde ahora advertimos que, en estas hojas, nunca ha de tener cabida la lucha personal, ni las pobrezas, ni las miserias del insulto». Esta actitud reveladora de la nobleza y alteza de pensamiento del joven literato, fue cumplida con terminante y pulcra manera. Tenía, de consiguiente, que fracasar en el empeño. La masa estaba como intoxicada por los libelos.

Apareció el 28 de febrero de 1903 en cuatro páginas cuya foliación comenzaba por la posterior. El hecho de que la administración estuviese establecida en la Librería General de Julio B. Meléndez (Acera del Correo), advierte el doble carácter que lo inspiraba: el político y el literario. Dicha Librería habría de ser, durante varios decenios, punto de reunión y tertulia de los intelectuales santanderinos. De B. Meléndez pasó a Albira, y más tarde a Benigno Díez, que cambió el nombre por el de «La Moderna», editora del Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo durante muchos años, y de libros de historia y literatura montañeses.

La publicación del «Heraldo Demócrata» tuvo como inmediata razón de ser las elecciones generales, para defender la candidatura de Gregorio Benet. Se definía, terminantemente, como canalejista, y hacía un llamamiento a las fuerzas liberales y democráticas a fin de establecer un frente unido.

Vicente de Pereda llevaba, además de la parte doctrinal, secciones fijas como una «Crónica» de tono literario y de comentarios a la actualidad local, siempre, como va señalado, con elogiable altura de miras, limpio estilo y exquisita ponderación.

Colaboradores de «Heraldo Demócrata» fueron José García del Diestro y Escobedo, quien enviaba sus trabajos desde Madrid bajo el anagrama «Boba-coes»; Antonio Martínez Conde, Antonio E. Peláez Manspons... Ricardo León firmó en esas páginas algunos versos, para la sección que también recogió poesías de Evaristo Silió.

El último número del semanario (el octavo) tiene fecha 19 de abril de 1903.

Puedes en todos los
grupos republicanos de
gentes que no tienen
nada que particularmente
estimarse de la religión
que han recibido, cuando
por tanto no se opongan
al goce de el respeto.

P.D. M. V. A. S.

Cualquier autoridad que
cree que ésta es libertad, la
permítase en su libre hoja
y su deber.

R. D. Z. M. V. A. S.

EL AUTONOMISTA

PERIÓDICO REPUBLICANO RADICAL

Adherido á la Asamblea de 25 de Marzo de 1903

La medida de regir la
verdad, política conserva-
tiva una clásica la circu-
ación del gobierno humano.
No hay clásica política
que no consista en democ-
ráticos.

Si me acusa por
que desacredito. Oficio re-
sta acusar porque soy circu-
tario.

Hé aquí al derecho invi-
ritable de la democracia.
Requieza Santa.

SUSCRIPCIÓN
Dos pesos al trimestre.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CASINO REPUBLICANO, CALLE DE LA COMPAÑÍA

ANUNCIOS Y COMUNICADOS
Precios convencionales.

EL AUTONOMISTA

1903.

Periódico republicano-radical. Redac. y Admón.: Casino
Republicano, calle de la Compañía. Imp. de S. Cuevas.

Solamente diez números aparecieron de este semanario, de contenido preponderantemente anticlerical, y en especial para atacar al papa León XIII, al que llamaba «Calumniador de la Masonería».

Salió por primera vez el 12 de junio de 1903 y a partir del tercer número emprendió una discusión con «El Cantábrico». Firmaban en sus páginas, habitualmente, Eduardo Pérez Iglesias y Socasaus. Desde el número 4 agregó en su cabecera: «Adherido a la Asamblea del 25 de marzo de 1903», y anunciaba para fecha próxima su aparición como bisemanal, los jueves y domingos. Ahora se imprimía en los talleres de F. de Pío, de Santander, y arremetía contra la Compañía de Jesús.

Duró hasta el mes de agosto del mismo año, publicando solamente 10 números.



CANTABRIA

1903.

Revista quincenal ilustrada. Agricultura, ganadería, industria, minería, ciencias y sus aplicaciones. Imp. de El Cantábrico.

El «boom» de la minería en la provincia montañesa y particularmente en las inmediaciones de la bahía (toda la zona de Camargo y Cabárceno), impuso la necesidad de un órgano en la prensa local que dedicara su atención, por medio de técnicos especialistas, a una riqueza que produjo honda remoción en la vida del pueblo, hasta en sus costumbres. Aunque la prensa local, como es lógico, no podía estar de espaldas al hecho concluyente de la explotación intensiva de la minería y al acrecentamiento de la riqueza pecuaria, era más su interés por lo puramente informativo y externo que a lo que aquella nueva dirección significaba. Un técnico y hombre de negocios, Francisco de Quevedo y Arronte decidió publicar la revista quincenal bajo el nombre de «Cantabria» pues en cierto modo comenzaba a cumplirse el vaticinio que José María Cagigal, ingeniero de minas, había formulado en 1890 desde las páginas del álbum «De Cantabria», acerca del porvenir de la minería y la química en la Montaña.

Salió, pues, el 1.º de noviembre de 1903, con doce páginas, más las cuatro de la cubierta, dispuesta a señalar rumbos y a despertar un mayor interés colectivo de particular modo en las dos riquezas principales de entonces: la minería y la ganadería.

Tuvo Quevedo Arronte algunos valiosos colaboradores (como C. Valmaseda), que llevaban con extremoso cuidado una sección titulada «Ferias y

mercados» en la que se reflejaba no sólo el movimiento local y provincial, sino el nacional y extranjero. También, la correspondiente sección de noticias por una de las cuales sabemos que el ministro Villaverde se disponía a pedir al Gobierno un crédito para que el ingeniero montañés Leonardo Torres Quevedo pudiera proseguir sus estudios sobre la dirección de los globos.

La revista apareció regularmente, excepto entre los meses de abril y mayo de 1904, en que sólo salió un número porque Quevedo, requerido por sus negocios, tuvo que marchar de Santander y, para que la revista continuase, hizo entrega de la dirección a Buenaventura Rodríguez Parets que como tal figuró a partir del número 12 hasta el 37 (de 23 de junio de 1905), final de la existencia de la publicación.

Rodríguez Parets, falto de los conocimientos técnicos requeridos para una revista de este género, pues sus aficiones se dirigían más a las letras y al foro que a la ciencia, y hasta a lo informativo, fue dando a «Cantabria» un carácter más literario, sin por eso conseguir elevar su tono en este nuevo aspecto del quincenal.

LA VOZ MONTAÑESA

SEMANARIO REPUBLICANO

AÑO I.—NÚM. VI

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN - TABLEROS, 3. BAJOS

SANTANDER, 13 DE MARZO DE 1904

LA VOZ MONTAÑESA

1904.

Semanario republicano. Redac. y Admón.: Tableros, 3.
Imp. de Mir y Calderón Hnos.

La desaparecida «Voz Montañesa» de Coll y Puig era un recuerdo intensamente añorado por los federales que decidieron resucitarla, si bien con atuendo más modesto y elementos técnicos precarios. Salió el 7 de febrero de 1904. Se encargó de confeccionarlo –con periodicidad semanal– la imprenta de Mir y Calderón Hermanos. Para la dirección designaron a Oscar de Leymis, declarado hombre muy combativo y de no bajo vuelo periodístico. Ponía en la labor tal pasión irrefrenable que le condujo a reiteradas comparecencias ante el juez.

La empresa tenía muchas esperanzas de la «pronta madurez de la República» erigida sobre los pilares del programa de Pi y Margall. Consecuentemente declaraba la guerra al clero y en especial a la Compañía de Jesús. En su número 6 cayó bajo el anatema del obispo lo que le dio pie para una vigorosa respuesta. La Redacción y Administración las llevaba Socasaus, con aureola de irreductible vanguardista federal, y a quien hemos citado ya actuando en otras publicaciones. Para el número 16 tenía su sede en el Casino Federal, en los bajos de la casa número 24 de la Rúa Mayor, desde donde «dio la voz de alarma contra la posible desaparición del semanario por un complot jesuítico». Pidió ayuda a sus correligionarios, que sólo pudieron hacerlo moralmente. Predicó en el desierto.

Así tuvo que caminar de tumbo en tumbo y no le valió descender al escándalo como medio de atraerse la clientela siempre dispuesta a celebrar el «hule» como se decía en términos taurinos. Para definirse con toda claridad, Oscar firmó una esquela masónica al cumplirse el noveno aniversario de la muerte de Manuel Ruiz Zorrilla. Decía así:

«El ILL. y POD.: H.: Manuel Ruiz Zorrilla, SIMB.: CAVOUR, Gr.: 33
Gran COM.: que fue del Gr.: Or.: de España. Ven.: M.: «ad vitad»; de la R.: L.:
C.: MANTUANA n.º 1, falleció en la ciudad de Burgos a las seis de la mañana
del día 13 de junio de 1895. «La Voz Montañesa» con ocasión del 9.º aniversario
de tan sentida muerte, rinde su modesto tributo de admiración y de respeto a la
memoria del revolucionario insigne, mártir de su inquebrantable amor a las
libertades públicas; propone a los M.: M.: act.: residentes en Santander la
celebración de una TEN.: FUN.: consagrada al recuerdo imperecedero del

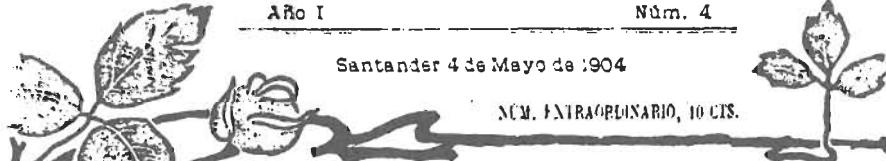
malogrado GR.: COM.: H.: Ruiz Zorrilla; la toma de consideración en dicho acto de los levantados propósitos que abrigan en bien de la H.: y de la O.: los que por ella incensantemente laboran y el nombramiento de una comisión gestora para llevar a la práctica en plazo brevíssimo el importante pensamiento que los mentados propósitos encierran».

Dejó de publicarse con el número 30, correspondiente al 21 de agosto de 1904, aunque nada decía ni dejaba traslucir sobre su desaparición.

Curiosamente existe el ejemplar único, del suelto con el número 31, año II, correspondiente al mes de enero de 1905 (sin día), de pequeño formato y parece publicado «en el homenaje a Benot». Fue un ejemplar único, circunstancial como se induce de la nota manuscrita (en este ejemplar citado, y de mano de Eduardo de la Pedraja) que dice: «1.^a época y un ejemplar de la 2.^a que no circuló y cuya numeración se juzga equivocada».

Santander 4 de Mayo de 1904

NÚM. EXTRAORDINARIO, 10 CTS.



EL TIQUIS MIQUIS

EL TIQUIS MIQUIS

1904.

Admón.: Lope de Vega, 2. Imp. F. Carrión.

Apareció el 10 de abril y en su cabecera traía estos pareados:

Escrito con mucho salero
saldrá cuando tenga dinero.
¿Dónde está la Redacción?
¿Qué te importa a tí, melón?

Puede apreciarse ya su carácter aunque, según declara en el número 11, salió solamente como papel publicitario del comercio. Preponderaban, en efecto, los anuncios y en la primera página y aún en otros números, campeaba un gran anuncio de «Pepe, el relojero de la calle de la Blanca». En su inevitable presentación anticipaba que llegaba para «defender los intereses del comercio» y comenzó una campaña contra el emplazamiento que se pretendía dar a la nueva estación del ferrocarril de Santander a Bilbao, en sustitución de la incendiada a principios de 1902.

No careció de incidentes violentos. Un día denunciaba que uno de sus redactores había sido «agredido de manera brutal» en plena calle.

El número 4 (del 4 de mayo), estuvo enteramente dedicado como homenaje a José María de Pereda quien en aquellos días tuvo un ataque de hemiplejía, y colaboraron Octaviano Mir y Mata, Fernando Tejedor, Evaristo R. de Bedia, Miguel Antonio Caro, Francisco Arpide, Enrique Menéndez, Francisco Carrión y Antonio del Campo Echevarría.

Pobre impresión y mal papel. A partir del número 6 aumenta el formato, en papel amarillo; había sufrido una pequeña suspensión y ahora señalaba que su Redacción estaba en la cuesta del Hospital, número 5. Se repartía gratis. José del Río publicó en él un artículo sobre la guerra ruso-japonesa (número 10).

Sostuvo polémica con «La Campanilla». En el número 11 decía que al

publicarse el «Tiquis Miquis» su intención era la de un periódico puramente anunciador y de ahí «que todo lo hayamos sacrificado para que los comerciantes, sin serles gravoso el precio del anuncio, les fuera también de prácticos resultados el anuncio en nuestro modesto semanario. Por eso sacrificamos ahora la composición que teníamos para el presente número y hemos querido sólo dar publicidad a los anuncios y ampliar la tirada en forma de prospecto, para que con esa innovación, sean los anuncios leídos...».

El número, de una sola hoja, estaba dedicada totalmente a la publicidad comercial. Desconocemos si continuó saliendo el semanario. Lo más seguro es que allí terminó su anémica existencia.

La Campanilla

SEMANARIO INDEPENDIENTE

Número suelto, 5 céntimos.

REDACCION Y DISTRIBUCION: ARRABAL, 13.

Número atrasado, 15 cts.

LA CAMPANILLA

1904.

Semanario independiente. Redac. y Admón.: Arrabal, 13.
Imp. S. Cuevas. Cuesta de la Atalaya, 7.

Salió a la luz pública el 30 de abril de 1904 y en el número 3 aclaraba «que la gente cree que son carlistas sus redactores», por lo que se afirmaba como «absolutamente independiente».

Se imprimía en cuatro páginas, de formato medio. Artículo de fondo, los inevitables versos (en el número 3 hacía un «llamamiento a la juventud literaria santanderina», a colaborar); una sección titulada «Chirigotas», otra, «Cosucas que se cuentan» y largas, muy largas revistas de toros, en prosa y en verso.

Uno de sus redactores, que se firmaba «Tarquino» sostuvo una discusión con el «Tiquis Miquis» sobre «frases altamente injuriosas dedicadas a los redactores de «La Campanilla». En realidad fue una controversia, poco académica, iniciada, según el periódico, por León Felipe Gutiérrez («León Felipe») y seguida por José del Río Sáinz.

No se conocen más que diez números; el último del 6 de agosto.

EL DESCUAJE

PERIÓDICO CANGREJO-SIEMPRE PA LANTE.- Se publica los sábados

Año I



Redacción y Administración: Remedios, 5

Núm. I

EL DESCUAJE

1904.

Semanario ilustrado siempre palante. Imp. de S. Cuevas.

La picaresca abría, en los albores del siglo, un amplio abanico; la proliferación de cafés cantantes, teatrillos dedicados a la frivolidad y de garitos clandestinos, habían creado un clima de tal peligrosidad que eran frecuentes las lamentaciones de los comentaristas locales. El flamenquismo, la prostitución, la granujería, alcanzaban cotas preocupantes, y contra tal estado de cosas la propia autoridad, obligada a reprimirlo, parecía casi impotente. José María Quintanilla, desde las columnas de «El Diario Montañés», tuvo que desarrollar una campaña; su lectura ofrece un panorama de perfiles lamentables como si todo estuviera a punto de naufragio moral. Puede hacerse la salvedad de que el tono acentuadamente pesimista y alarmista de «Pedro Sánchez», estaba justificado por la imperiosa necesidad de una acción coercitiva y coactiva por las clases dirigentes como dique ante el avance de una marea deprimente en que zozobraban muchos valores morales de la sociedad. En uno de sus artículos, titulado «¡Que venga Weyler!», Quintanilla decía: «Tanto alcohol, tanta blasfemia, no pueden producir más frutos que los que vamos recogiendo, tan acerbos o más que los de las bombas de Barcelona; y con tanta impiedad, tanto vino, tanto club, tanta confusión de ideas, tanta relajación de clases; con tanta burla manifiesta de lo divino y de lo humano, lo menos grave es el suceso que tiene horrorizadas a las gentes (se refería a algunos crímenes horripilantes producidos aquellos años), pues lo gravísimo es el estado social y oficial. Resulta que el poder civil no sirve para nada; que medio Santander anda armado por las calles; que se cobra el barato aquí y allí, que se trasnocha tanto o más que en las grandes capitales más pervertidas y que, en fin, todos somos cómplices del hampa, del burdel y del escándalo y la sangre».

Tuvo que ser un hombre de fáciles despachaderas, descalificado en la sociedad, quien se decidiera, y no por principios morales, a plantear el vidrioso problema por un elemental procedimiento: la prensa. Y sacó, por su cuenta y riesgo —grave riesgo personal— un periodiquillo de tamaño «confeti», mal im-

preso y de desvergonzado contenido. Lo tituló «El Descuaje», estrenándole el 30 de enero de 1904. Era, lo que en el argot periodístico se llama «un sapo», libelista sin límites, como correspondía a quien se decidió a «tirar de la manta». Concurrían en este impulso muy particulares razones. Llamábbase Teodosio Ruiz, más conocido por «El piloto», pues marino mercante era, y tenía bien ganado renombre de «valiente» en los medios hervorosos de la granujería local. Pretendía combatir la inmoralidad con un estilo desvergonzado hasta el frenesí. Era un andar mosquetero del periodismo de escándalo.

El principal motivo de salir a la calle «El Descuaje» fue cierta rivalidad entre «El piloto» y el jefe de la policía, llamado Narciso Tomás, más conocido por «Colirón»; la lucha era por la hegemonía del mando entre la tahurería local.

La primera época de «El Descuaje» imprimió diecisiete números, pues cayó sobre él un decreto judicial de suspensión. Se proclamaba, «el periódico de más salero que ha parido imprenta alguna en todo el orbe terráqueo. No trae programa político ni económico; sólo asegura a los lectores que «se las trae». ¡Y vaya si se las trae! Como que va a ser el espanto de caciques, tipos, tipejos y mangoneadores de menor cuantía». Con este banderín chulesco, denunciaba dando nombres y títulos a los círculos y cafés cantantes convertidos en chirlatas y de cuantos en ellos se dedicaban a la trata de blancas, entre otras profesiones inconfesables. Hubo momentos en que sus más frenéticos ataques se centraron en el Café América, «donde –aseguraba– la inmoralidad tiene su más alto asiento».

El jefe de policía intentó tender a Teodosio varias celadas para atraparle y llevarle incluso al terreno personal. En estas circunstancias, las imprentas negaron asilo al libelo, que al fin lo halló en Santoña. No hubo escándalo entre la gente del vicio que no saliera a relucir en «El Descuaje» con toda clase de pelos y señales. Y llegaba, en su liberrima libertad a pedir el banquillo para «Colirón». A pesar de las recogidas gubernativas, salía cada vez con mayores ímpetus sin perder el tono ni omitir epítetos.

Una nueva suspensión dejó, espadas en alto, el «pleito» entre Teodosio y «Colirón». La consulta a la Hemeroteca dice que «El Descuaje» volvió a salir en 1906, entre el 3 de febrero y el 31 de marzo. Pero no podría hacerlo Teodosio, muerto trágicamente la noche del 12 de enero de este último año.

DON PRECISO

1905.

Semanal. Redac. y Admón.: Compañía, 8, 1.^o. Imp. de El Correo de Cantabria.

No era hombre, Teodosio Ruiz «El piloto», a quien arredrasen las amenazas ni el riesgo evidente en que vivía terne a sus propósitos de «reformar las costumbres». Ante la imposibilidad de editar otra vez «El Descuaje», sacó el 25

de marzo de 1905 «Don Preciso», continuación de aquel, con «el fin de imponer la justicia y la moralidad», y continuar la tarea descalificadora contra el policía Tomás. También se dirigía ahora, a ciertos elementos maleantes sobre quienes la vindicta pública cargaba toda su reprobación, y a los que denunciaba como autores de frecuentes robos, atracos e intervenciones en los sucios movimientos de la tunanería pululante.

«Don Preciso» se autopresentaba así: «Es verdaderamente incomprendible que el Estado sostenga en puestos delicadísimos a quienes debieran respetarlos, cuando menos, y considerándolos en su verdadero valor sólo podría concedérseles el desprecio, pero nunca ponerlos en cargos que sólo sirven para hacer inmenso daño a la sociedad». La intención del libelo era clara y sin rebozos. Lo declaraba en un suelto que decía: «¿Quién es Narciso Tomás? Todo el mundo creerá que al primer inspector le quiere mal el director de este semanario por la campaña que le hizo en «El Descuaje» y los que así piensan están en un error. El exdirector de «El Descuaje» no es menos cariñoso para Narciso puesto que también ha tenido gran interés en poseer un retrato de este funcionario y más afortunado que él pudo conseguir uno muy interesante en el cual se ve la jovialidad y el buen humor de tal individuo, pues aparece en un grupo pintoresco rodeado de varios subordinados, corriendose una juergurcita».

Pocos números después, daba cuenta de que iba a verse el proceso seguido en virtud de una denuncia contra Teodosio, «por supuestas injurias». Y en un anuncio a media plana decía: «El bastón palasán cuya venta anunciábamos en nuestro número 24, ha sido adquirido en la cantidad de cien pesetas por un amigo de nuestro director, a quien se lo ha regalado; y éste con mucho gusto lo lucirá en los días de gran gala». Era un reto jaquetón muy adecuado al aire que respiraban los protagonistas de una situación que tenía que conducir, irremediablemente, al drama.

Del «Don Preciso» solamente se conocen seis números, el último con fecha 6 de mayo de 1905.

Sucedió lo que tenía que ocurrir, fatalmente. El clima terrorista creado por «El Descuaje», infundió espanto entre la bellaquería pululante: bribones, golfos, proxenetas, pillastres y rufianes vivieron unos años pendientes de la salida del «semanario» cuyas apariciones no estuvieron regularizadas por la periodicidad, sino a medida que la lucha entre Teodosio y sus denunciados lo exigía. En la noche del 18 de enero de 1906, Teodosio Ruiz y un amigo morían a tiros en la chirlata del Café de Billares, establecido en la calle de Juan de Herrera, esquina a Puerta la Sierra. Allí se suscitó el ajuste de cuentas entre «El piloto» y otro competidor –que, según se vio en los autos del proceso al que se quiso politizar, intervino para imponer su «ley» también de «bravo»–. Las pistolas dirimieron la cuestión. Odios y venganzas se habían confabulado –la política caciquil tuvo su parte– para dar a la ciudad una jornada de terror.

De todo ello se escribió mucho y casi medio siglo después sería relatado en

brillantes reportajes por José del Río Sáinz. El «Café de Billares» tenía el remoque de «El huerto del francés», al relacionarlo las gentes con un tristemente famoso episodio de la bellaquería, desarrollado por aquellas calendas.

AÑO 1.

SANTANDER 1 DE JULIO DE 1905

NÚMERO 2.

El Ideal Cántabro

SEMANARIO REPUBLICANO.

Suscripción:—España, trimestre, 1,50 pesetas.
Extranjero, un año, 8 francos.

NÚMERO BULLETO 10 CENTIMOS

SE PUBLICA LOS SABADOS

La correspondencia administrativa y literaria:
Peñaherbosa, 39.

EL IDEAL CANTABRO

1905.

Direc. y Amón.: Peñaherbosa, 39. Imp. El Correo de Cantabria. Velasco, 11. Se publica los sábados.

Isidro Mateo era de los republicanos más conspicuos en la pequeña historia política local, que giraba de modo especial en un principio en empecinadas luchas municipales. Dentro del republicanismo, sus primeros pasos fueron pigmargalianos, y a lo largo de su vida evolucionó hacia el radicalismo lerrouxista. Una de sus empresas fue editar un semanario titulado «El Ideal Cántabro» que apareció el 24 de junio de 1905. Intentaba unir las distintas fracciones del credo republicano o por lo menos evitar las disensiones y luchas intestinas latentes, para formar frente común contra el régimen. Para él, la República era principio absoluto. Se anticipaba a declararse firme puntal «de una política seria y formal», «premiar la virtud y descubrir y recriminar los abusos y las imposturas» con una total independencia en cuanto a la libertad de crítica de las personas y sus hechos.

Mateo consiguió la colaboración de Rosario Acuña, amazona republicana con aficiones literarias y teatrales; la de Eduardo Pérez Iglesias y Manuel Reina, y contaba con los trabajos que desde Madrid le enviaban Pi y Arsuaga, Manuel Bretón, Eduardo Benot, Alvaro de Albornoz, Aniceto Llorente, A. Sardá y Joaquín Dicenta. No podía desdeñar, pues era condición inesquiable en cualquier periódico que se preciara de ameno, la sección poética.

En sus comienzos, «El Ideal» se vendió a diez céntimos, pero ante las protestas de sus correligionarios, desde el número 4 tuvo que aceptar la costum-

bre, tradicional en toda la prensa, de venderse a cinco céntimos. Quiere ello decir que la empresa nacía con déficit presupuestario que habría de llevarla a la muerte por consumición económica a los seis meses justos de nacer.

A pesar de las ilusiones que animaron al ardido luchador, «El Ideal» no consiguió superar el tono para alcanzar el deseado prestigio. En el clima local, la oposición a las instituciones tradicionales tenía que recurrir, para ser oída, aunque poco escuchada, a la violencia dialéctica cuando de hacer crítica se trataba. Así, uno de sus principales blancos hasta la iracundia, fue el alcalde liberal Pedro San Martín Riva. Mateo llegó a plantearlo de modo personal en el intento de derribar a quien gozaba de las simpatías de las gentes, no obstante que en ocasiones esa misma popularidad se volviera hasta frenética contra el regidor mayor, de vara inflexible y poco condescendiente con las demagogias. Esto se puso de manifiesto en algaradas y casi motines al celebrarse las elecciones municipales de aquel otoño. Sucedía que los republicanos luchaban contra los socialistas cuyo candidato era Perezagua. Los mateístas acusaban a los de la Casa del Pueblo de pretender birlarle el acta a su líder. En una pelamesa callejera, Perezagua fue agredido.

«El Ideal Cántabro» no resistió a la tentación (mejor dicho, la provocó con efusivos alardes) de defender la escuela laica y (no hay que señalarlo) de atacar a curas, monjas, frailes, y al Vaticano mismo.

Dejó de publicarse el 13 de enero de 1906 con el número 31.

MONTE-CARLO EN SANTANDER

— SEMANARIO ANODINO —

AÑO I^a

13 DE ENERO DE 1906

NÚM. I

MONTECARLO EN SANTANDER

1906.

Semanario anodino. Imp. La Montaña.

Solamente sabemos de dos números de este semanario, aparecido a raíz del trágico suceso llamado «del huerto del francés», en el que murió el director de «El Descuaje». Venía, la nueva publicación, cuyo iniciado número tiene fecha de 13 de enero de 1906, a denunciar acremente el juego y a los tahúres, y singularmente a «Martinillo, el del Colonial». Era director Oscar de Leymis, que compareció en la Audiencia por aquellos días, defendido por el letrado Vidal Gómez Collantes.

Se refería, en un artículo titulado «Lo que no se ha dicho», al crimen del Club de Billares, y decía que «El Martinillo» había querido impedir la salida del «Montecarlo», cuyo último número conocido tiene fecha 27 de enero.



LA VERDAD

Periódico de intereses generales y literario.



REDACCION Y ADMINISTRACION VELASCO, II.

AÑO I.

Santander 27 de Enero de 1906

NÚMERO 1.

LA VERDAD

1906.

Periódico de intereses generales y literario. Redac. y Admón.: Velasco, 11. Imp. La Montaña.

También el apasionante y sangriento episodio del Café de Billares tuvo otra «consecuencia»: la de dar paso a un llamado «periódico de intereses generales y literario» titulado «La Verdad». Su primer número es de fecha 27 de enero de 1906 y en él se declaraba que no daría cabida «a las pasiones personales» pues venía para «arrancar máscaras, descubrir lo que no quiere descubrirse, denunciar casinos y garitos, y así, cada persona que consigamos arrancar del juego, será una obra de caridad». Inmediatamente censuraba con dureza al gobernador civil, protestaba contra los monopolios y contra ciertas derivaciones del proceso por el doble crimen de «El Huerto del Francés». En esta cuestión tomó partido publicando una interviú con Diego Martín Veloz, de quien hacía elogios «para reivindicarle y disipar la leyenda formada de haber hecho armas contra España en Cuba».

Fue muy empecinada la campaña emprendida contra la blasfemia, de la que decía que en Santander cundía «de un modo extraordinario»; contra la tuberculosis y contra «El Descuaje».

Las firmas más frecuentes en sus columnas eran la de José María Herráiz, B. Fariña, con sus crónicas; Ramón Martínez Pérez (probablemente el director), la de Manuel Reina al pie de poesías y las de «colaboradores» como Vital Aza, Pedro de Répide, Aurelio P. Sedano y Alvaro Ortiz. Martínez Pérez comenzó a publicar unos cuentos cortos en folletón.

La figura de Pereda, a su muerte, fue glosada en el número del 10 de marzo, con algunos trabajos a él dedicados.

Intentó contrarrestar la campaña que seguían los diarios locales contra el alcalde accidental, Del Campo. Burgaleta los llamaba «comadres del perrochico» y a uno de ellos le apodaba «La perra grande».

Se había fundado «La Verdad» como continuación de «El Eco de Cantabria» haciéndose cargo de sus suscripciones. Ya en su segunda aparición tras de breve eclipse había escrito sarcásticamente: «Ha sido tal el éxito dispensado a «La Verdad» que la prensa local ni siquiera ha echado en cuenta su presencia en las calles.»

Con el número del 28 de abril agotó su historial.

EL HAMBRE EN PUERTA

Semanario Republicano Democrático Federal de intereses Regionales de Cantabria

Correspondencia política y literaria al Director,
OSCAR DE LEYMIS

SUSCRIPCIÓN
El trimestre. Una peseta, (pago adelantado)

Toda la correspondencia a la Oficina del Autor,
ISIDORO MATEO GONZÁLEZ

301 | AUTONOMÍA ♦ JUSTICIA ♦ FEDERACIÓN | NÚM. 1

EL HAMBRE EN PUERTA

1907.

Semanario republicano demócrata federal de intereses regionales de Cantabria. Autonomía-Justicia-Federación.
Imp. La Ideal. Carbajal, 4.

Con el intento de atraerse la abandonada clientela corregionalaria, el inquieto Oscar de Leymis –a quien ya hemos contemplado metido en empresas periodísticas– se lanzó de nuevo (21 de julio) al riesgo de un semanario con el extrañamente sugestivo título de «El Hambre en Puerta». Como justificación de su aventura, Leymis dirigía una carta abierta a sus corregionalarios y afines a quienes decía: «El partido quiso que el republicanismo de la Montaña estuviera representado en la prensa en vísperas de las fiestas palatinas por la visita del rey a Santander, y por su mediación se testimoniara que no todos los montañeses, ni mucho menos, son adictos al régimen actual, para mejor admiración de los huéspedes políticos que nos visitarán...». «Cumplido este deber, surge la necesidad de ampliar este semanario dándole tamaño doble que el que hoy tiene. Este es el único periódico republicano que hoy se edita en Santander merced al desprendimiento de radicales mal avenidos con el «dolce far niente» y la apatía dominantes, nacidas de causas múltiples y especialmente de la bancarrota de la, apenas nacida, degollada «La Montaña».

Anunciaba que «La Montaña» cambiaría su epígrafe por el de «La Región Cántabra» que a su vez sustituiría a «El Hambre en Puerta». En consecuencia, suspendería la publicación de este último semanario para dejar paso.

Aprovechando la estancia de Alfonso XIII convocó a un mitin para pedir la libertad de Nakens, Ibarra y Mata, y para protestar contra las determinaciones arbitrarias, política que se había llevado a cabo en la ciudad con motivo de la visita regia. En los locales del Casino Federal y de la Vanguardia, y la Asociación «El racionalismo» (en Rúa Mayor, 24) trabajó la redacción del relampagueante semanario que en su primer número se había declarado «convencido e irreductiblemente adscrito al programa federal del 22 de junio de 1907».

Sólo tres números verían la calle, dando como cumplida su misión de

publicación transitoria entre «La Montaña» y «La Región Cántabra» y para aprovechar el momento psicológico de las jornadas regias, como va apuntado. Terminó, por tanto, el 4 de agosto.

LA MONTAÑA

DIARIO REPUBLICANO DE LA MAÑANA

Año 1. — Número 2. — 7.7.05

Administración: calle del Martillo, número 2, planta baja

Santander 2 de Julio de 1905

LA MONTAÑA

1905.

Semanario político de intereses morales y materiales.

Los republicanos salmeronianos de Reinosa fundaron este semanario el año 1905, dirigido por Luis Mazorra con la colaboración, como redactores, de Luis de Hoyos Sáinz, y Ramón Sánchez Díaz. Lo administraba Eladio Macho Mora. Luis Bonafoix, residente a la sazón en la capital campurriana, dio a conocer allí algunos de sus arriscados trabajos. Para febrero de 1906 se editaba en «El Impulsor», de Torrelavega, después de unos cuantos números tirados en las prensas de «El Dobra», de la misma villa.

Como consecuencia de una excomunión dictada contra el semanario por el obispo de la diócesis, estuvo suspendido durante dos meses, por abandono de sus lectores. En estas circunstancias, el partido republicano, de cuya Junta provincial era presidente Luis Polo y Español, decidió transferir el semanario a la capital santanderina, confiándose su confección a la imprenta de Blanchard y Arce. Al salir, explicaba así su proceso: «Durante dos meses hemos estado en suspense. Por deberes de disciplina del partido, reaparece hoy en la capital como órgano suyo. El proyecto no ha podido realizarse con la rapidez esperada, pero reanudamos la comunicación con nuestros correligionarios y con el público.»

En los últimos números reinosanos, había acentuado su oposición a la instalación de los Hermanos maristas en el colegio de San Sebastián, y anunciaba una nueva etapa en que «La Montaña» quedaría transformado, para sostener su salida todos los días. «Ha de estar inspirado –decía– en un sentido de sensatez que no excluye el hondo radicalismo en las ideas; exento y limpio de demagogias; batallador y de campaña».

Salió, en efecto, en julio de 1906, «bajo la dirección –según declaraba– de Nicolás Salmerón y García». Quería, con esto, afirmar su matiz salmeroniano dentro del conjunto de los ideales republicanos. Pronto habría de demostrar que los propósitos de convivencia no podían ser decisiones inalienables porque a las pocas semanas arremetía contra el clero. Como diario informativo abarcaba amplio espectro profesional: comentarios sobre los intereses locales y regionales, una sección doctrinal y de discusión, acción social y fiscalización moral y de cultura popular. Y literatura y poesía. Salía ilustrado con dibujos. Dedicaba un rincón a la formación de la mujer en sociedad y una llamada «revista de vulgarización general».

El obsesivo tema del clero se explayaba en unas tituladas «Epístolas de Fray Juan» firmadas por «Fray Gervasio». La Compañía de Jesús era blanco de sus preferencias.

Colaboraban Eduardo Pérez Iglesias, José San Germán Ocaña, Ramón Sánchez Díaz, Aurelio Piedra («Stone»), Federico Trujillo... y un cónsul mejicano llamado Juan Pedro Dippap quien, como buen diplomático hispanoamericano, se revelaba como excelente poeta. El más destacado colaborador era Alfredo Calderón, publicista político. Isidro Castillo Olalla llevaba una sección con la rúbrica de «Chirigotas».

La visita de los reyes aquel verano para participar don Alfonso en las regatas, «obligó» a «La Montaña» a dedicar espacios amplios a la información de las jornadas regias y se vio precisado a aclarar «que la significación política del periódico no sería obstáculo para informar con entera imparcialidad» y por ello «daba la importancia que tenía la visita regia». De la cual sacó unas consecuencias políticas desde el punto de vista doctrinario: «Esta vez –declaraba– como cuantas los reyes vinieron a Santander, el recibimiento fue cortés, frío, meramente correcto; como siempre, las clases populares no mostraron ni aún curiosidad; sólo los de arriba acudieron al Muelle. Pero sucedió lo que nunca habíamos visto: que ni las corporaciones ni las sociedades, ni la industria, ni el comercio, ni las clases pudientes monárquicas, por egoísmo, dieron un real para que el recibimiento tuviese el fasto y la ostentación que los fieles del rey estiman de rito en estos casos. No es explicable lo ocurrido, no. Es, sencillamente que en Santander no hay monárquicos. Aquí, la mayoría somos republicanos, unos activos, otros inactivos, el resto indiferentes. Por eso es nuestro el cuerpo electoral, nuestro el influjo que decide en la Casa Consistorial».

Pero a pesar de estas afirmaciones triunfalistas, «La Montaña» dejaba de publicarse, anémica y decadente, el día 21 de enero del siguiente año, al editarse el número 207. Intentó justificarse ante la opinión anunciando que el diario iba a ser objeto de profundas reformas, con la esperanza de resurgir de nuevo: «Sirvan estas líneas, no de definitiva despedida sino de cariñoso hasta luego». Fue un «luego» equivalente a un «hasta siempre».

La Región Cántabra

Semanario Republicano Democrático Federal de intereses Regionales de Cantabria

EN AUTONOMIA & JUSTICIA & FEDERACION

NÚM. 31

NOTICIAS, ANUNCIOS
Y COMUNICADOS
A PRECIOS CONVENIONALES

Redacción y Administración
San Francisco, 19, pral. (Casa del Pueblo)

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN
EN TODA LA REGIÓN I PTA. TRIMESTRE
PAGO ADELANTADO

LA REGION CANTABRA

1907.

Semanario republicano. Gerencia: Segismundo Moret, 7.
Redac. y Admón.: Carbajal, 8, bajo. Imp. propia.

Ni el tono de «La Montaña», ni la circunstancial y nada operativa acción de «El Hambre en Puerta», podían colmar las apetencias de la fracción radical republicana, que reaccionaba contra el «dolce far niente» denunciado por Oscar Leymis, según se ha visto. Republicano tan consecuente y radicalista como Isidro Mateo, no se resignaba a permanecer en plano secundario en política. Y en consecuencia, y para lograr una vuelta a la actualidad de su espíritu combativo, decidió financiar por su cuenta un nuevo semanario, dirigido por Guillermo Fernández, con aparición el 31 de agosto de 1907. Contaba con imprenta propia. Se componía de cuatro grandes páginas, una de ellas dedicada a la publicidad, y no descuidaba, sino todo lo contrario, la información localista.

Resucitaba el título del órgano de la Unión Republicana del siglo anterior, y como tal propugnaba la alianza de unionistas y radicales. Su larga existencia –hasta abril de 1916– se mantuvo con la euforia y el empecinamiento que Isidro Mateo daba a sus actividades de propagandista. Este entusiasmo se acreció cuando en marzo de 1915, las urnas dieron un triunfo amplio a los republicanos que se alzaban con la mayoría de los escaños municipales. Exultante de gozo, «La Región Cántabra» sacaría estas consecuencias: «Somos los más y los que disponemos de fuerzas positivas; los que tenemos elementos de opinión por ser el único partido respetado.»

Seguir con detalle ni aún en términos archiconcisos, la dilatada vida de este semanario requeriría un libro. Las tardes de su aparición se producía en la población un movimiento expectante, seguros todos de que una nueva campaña o la prosecución de otras iniciadas con formidable ímpetu agresivo, encendería las pasiones y daría tema para encolerizarse, o aplaudir la carga explosiva de aquellas páginas. Acaso esta especial características fue la que mantuvo en la

brecha muy largamente una publicación que causaba, innegablemente los más enconados impactos emocionales entre la opinión.

Dejó de publicarse en abril de 1916.

EL DEFENSOR

ÓRGANO DEL CÍRCULO MERCANTIL

AÑO I - Santander. - 1^a de Marzo de 1913. - NÚM. 1

EL DEFENSOR

1907.

Semanal. Órgano del Círculo Mercantil. Radac. y Admón.: Muelle, 11 y 12, entl.^o. Imp. La Propaganda Católica.

El Círculo Mercantil aspiró a tener un vocero propio para la defensa de los intereses de los comerciantes, y creyó haberlo conseguido sacando a la calle un semanario titulado «El Defensor». Fue el 14 de diciembre de 1907, y se repartía gratis. Ya en su primer número enderezó sus pasos a sostener las relaciones entre Burgos y Santander a propósito del gran proyecto del ferrocarril «Ontaneda-Burgos», hijuela del que tan ardorosamente había defendido Coll y Puig con el título de «Ferrocarril del Meridiano» —de tantas reformas y evoluciones— siempre como una aspiración cuya realidad nunca llegaba... ni ha llegado.

Sin embargo, la más enconada batalla defensiva se manifestó ardidamente contra el descanso dominical en el comercio, objeto de frecuentes asambleas por las entidades económicas de la ciudad; y al recoger los discursos allí pronunciados, transcribió la opinión del abogado Buenaventura R. Parets que daba idea del concepto social sustentado por el estamento mercantil empresarial: «Es una supina barbaridad el descanso dominical, porque obliga a descansar a los españoles que casi siempre están descansando, muchas veces por falta de trabajo. Aquel que necesita comer no puede descansar. Si a la ciudad se la quita el medio de expender tejidos y vinos, se la originarán graves perjuicios en su industria, como si se le cierran las demás tiendas los domingos». La peregrina argumentación del popular abogado reflejaba el pensamiento de los honrados tenderos.

No se conocen más que siete números de este semanario. En sus postrimerías, la redacción se quejaba contra la excesiva velocidad de los automóviles por las calles de la ciudad.

REVISTA CANTABRA

REVISTA CANTABRA

1908.

Publicación literaria ilustrada. Director: Alejandro Nieto. Gerente: Benito Martínez Peiró, Redac. y Admón.: Santa Clara, 8 y 10. Establ. tipográficos «La Atalaya».

Un nuevo intento, con mejor voluntad e ilusión que efectos positivos porque los iniciadores carecían de programa definido y de la técnica capaz de desarrollarle, fue esta Revista aparecida el 5 de enero de 1908. Buen formato, excelente papel y cuidada impresión en ocho páginas, cuatro de ellas publicitarias, lo que permitió a la revista sostenerse con decoro la mayor parte del tiempo que duró su comunicación con el lector, si bien, por los últimos meses del año había decaído ostensiblemente sin duda por carecer de un plan concreto, porque nutría sus espacios con colaboraciones espontáneas, con «refritos» y «transcripciones de tijera».

Al frente de los iniciadores estaba Manuel Herrera Oria, de quien se dijo era un gran ingeniero de iniciativas... para que los demás las llevaran a cabo. Herrera Oria reunió un grupo de elementos bullidores en la prensa y en el mundillo de las letras montañesas según se colige de su nómina colaboradora: José Díaz de Quijano, Ramón Solano, Fernando Segura, José Montero Iglesias, Basoa Marsella, Luis Espinosa, Jesús Amber, José Rodao, Alberto López Argüello, Ignacio Bolívar, Evaristo R. de Bedia, Francisco Revuelta y José del Río Sáinz.

La declaración preliminar fue: «Parcos en palabras, digamos lo más brevemente posible el por qué y el para qué de este periódico. Creemos que en la Montaña hay ambiente para que se desarrolle si no próspera, con relativa holgura, la vida de una publicación exclusivamente literaria y a verlo vamos. Al lado de los fundadores están todos los literatos montañeses, meritísima falange de inspirados poetas y excelentes prosistas cuya labor copiosa y brillante pregonan la íntima vitalidad de nuestra literatura. De su arte y de su talento, recibirá este periódico la savia que ha de darle vida».

Pero, ¿qué savia nueva podía aportar? Las letras montañesas seguían por entonces, girando en torno a los astros mayores sin renovarse. Faltaba entre los escritores de la época un genio lo bastante enérgicamente inspirado y original para romper el cerco de unas normas y de un estilo que, vigente en su tiempo de esplendor se estaba fosilizando y tenían que ser los periodistas quienes hiciesen

acto de presencia pero subordinados al papel de meros epígonos. La antorcha generacional no puede transmitirse sin más que proseguir el camino emprendido y consagrado.

A pesar de su carácter minoritario, la revista supuso un éxito editorial de Herrera Oria, a pesar del carácter indefinido de la publicación. Fundadores e inspiradores eran hombres poco permeables a las nuevas corrientes estéticas –las del llamado «modernismo»– o parecían abroquelados en el estilo de Espronceda, Núñez de Arce, Zorrilla.

Puesta la dirección en manos de Alejandro Nieto, fue el más abultado fallo inicial. De Nieto no podía decirse que la actividad fuese una de sus virtudes; magnífico periodista «de despacho», excelente poeta, prosista de gran pureza se reblandecían pronto sus fuerzas anímicas en el diario acontecer periodístico. Tampoco podía considerársele como organizador pues era «la desorganización personificada». Contaba entonces treinta y cinco años y pertenecía a la redacción de «*El Diario Montañés*». A pesar de haberse adscrito, aunque sin verdadera estética, al modernismo, Nieto rendía parias al tradicionalismo poético montañés encerrado en el famoso verso escalantino:

«Musa del Septentrión, melancolía...»

En su ara de sacrificios, rendía culto a Bartrina. Poco tiempo duró su papel rectoral, que pasó a manos de Fernando Segura.

La portada de la Revista estaba constituida por un dibujo de Ramón Cuetos figurando la clásica portalada montañesa con una moza pastora y sus cabritillos. El número 1 se iniciaba con un artículo de Concha Espina titulado «*Misa de alba*» y sonetos de José María Aguirre y Escalante, también versos de Ramón de Solano y Polanco, de A. Chápuli Navarro; trabajos en prosa de Segura y de Río Sáinz y unas secciones breves en las que se veía la mano de Nieto como la titulada «*Vida cómica*». Otra porción de colaboradores de esta primera época, lo fueron Cástor V. Pacheco, Delfín Fernández González, Cecilio Benítez, Eusebio Sierra, Obdulio Carrión, Antonio García Quevedo, Zaldívar, Luis Barreda, Gabriel María de Pombo Ibarra, J. A. Galvarriato... La crónica de teatro, al cuidado de Eduardo Arpide.

Segura imprimió su tónica polifacética y apresurada, como correspondía a su espíritu inquieto y tornadizo. En el número 6 la publicación cambió de formato. Ahora el dibujo de la portada llevaba la firma de Julio Cortiguera, y aportaba la novedad de unos curiosos artículos sobre aviación, entonces en pañales, de J. F. García-Briz, con divulgaciones técnicas e informativas de clara aceptación pues en aquellos años el tema apasionaba a las gentes por las demostraciones que, principalmente en Francia, se estaban realizando y que habían de ser conocidas de modo práctico en Santander el año 1911, aunque de un modo que podríamos llamar «protohistoria del aeroplano». Fueron largamente recordadas en Santander las famosas tardes de La Albericia en cuya campa un

mecánico francés de apellido Pascal llevó a feliz término un «sensacional vuelo», rozando los chopos del Alta hasta el Sardinero, en cuya playa su artilugio rubricó una fecha histórica. Casi de inmediato llegarían Juan Rombo, Hedilla, Cayón, Bolado, Vela... toda una falange romántica, a convertir el cielo de la ciudad en «campo experimental» del por entonces deporte y muy pronto arma de guerra.

Junto a los artículos literarios de la «Revista» aparecían los relacionados con cuestiones locales y no podía faltar la sección de «comadrejo» en los «Ecos del Boulevard», paseo que había alcanzado ya gran categoría urbana. La gente leía y celebraba los «Ecos» y las mujeres recibían su bien condimentada ración sobre la moda proporcionada por Encarnación Méndez de Larrosa, modista celebrada por dos generaciones santanderinas.

Arpide dio cuenta del estreno, en el Teatro Principal, del paso de comedia «Soledad», de José Montero y de otra producción dramática de un buen periodista local, Manuel Angel Rueda, titulada «Siempre amor». Fue entonces cuando Emilio Cortiguera, encargado de la crítica musical, llevó a buen puerto la iniciativa de crear la Sociedad Filarmónica, que se mantuvo hasta fundirse con las actividades del Ateneo creado en 1914.

Cesaba Segura con el número del 22 de octubre de 1910 y le sustituyó José Montero. Ahora la Revista se imprimía en los talleres de Fons desde 1909. Reproducía su portada un dibujo de Gerardo Reguera (farmacéutico) representando un grupo de señoras bajo la toldilla de un yate de recreo. Reguera habría de consagrarse el seudónimo «Areuger» en las páginas de «El Mentidero», solicitado desde Madrid por Delgado Barreto; y, andando el tiempo, prolongaría esta colaboración en «Gracia y Justicia».

En la colección revisada se conservan la mayoría de los números de tres años completos, hasta el 31 de diciembre de 1910, en el que la Revista hacía esta promesa: «Al entrar en el cuarto año se hacen cargo de la revista tres jóvenes de probado entusiasmo y acreditada actividad, literatos y artistas, que son José Montero, Francisco Arpide y Miguel P. de la Torre. El próximo número aparecerá con nuevas e importantes reformas, algunas de ellas tan valiosas que suponen una novedad en la literatura montañesa. Y poco a poco irán saliendo otras que se anunciarán oportunamente».



Número atrasado 25 céntimos.

Número suelto 5 céntimos.

PERCEBETE

1909.

Periódico festivo y científico. Sale los domingos. Imp. La Atalaya.

Con el pintoresco apodo cuya licitud es en vano buscarla en el Diccionario de la Academia, pero sin duda elegido por la traviesa imaginación de Fernando Segura, a quien nada costaba echar a barato, siempre dentro de la mayor simpatía, los frutos de su ingenio, Obdulio Carrión patrocinó y financió la salida de «Percebete» el 5 de septiembre de 1909. La cabecera se ilustraba con la figura de un gomoso bien dibujado por E. Cortiguera, y cada número se imprimía con un color distinto: verde, rojo, azul. La aventura editorial pretendía sostenerse por la publicidad comercial, para lo que estableció premios semanales que eran entregados en plena calle a quien, llevando un ejemplar de la revista, le preguntase otro viandante: «¿Es usted «Percebete»? y en el acto le eran entregadas veinticinco pesetas. El procedimiento, por lo original entonces, tuvo fácil aco-gida por el público en los primeros momentos.

Para dirigirle y hasta para redactarle de la fecha al colofón, Carrión encontró en Fernando Segura al más idóneo, pues era capaz de llenar todas las columnas que fuera necesario, en prosa y en verso para comentar todo lo comentable, sin más complicaciones que entretener al lector. Colaboraron con alguna frecuencia José del Río Sáinz y Francisco Revuelta.

La facundia, el estilo y la inagotable vena de Segura se derramaron en los diez números de que consta la colección de «Percebete».

Entre bromas y veras, informaba con cierta preferencia sobre las actuaciones, en el Teatro Principal, de las compañías más populares entonces: de Irene Alba, Emilio Lacasa, Carreras, Mesejo, Manolo Ruiz y la del propio Escriví. Igualmente, el Salón Pradera merecía las atenciones del reseñador –sin pretensiones críticas, por lo demás– pues por su escenario desfilaban las artistas de «varietés» más de moda. «Sobre las jóvenes bailarinas –decía, por ejemplo–, corramos un tupido velo, que buena falta les hace».

Lucas, el «astrónomo» de Miranda, salía a relucir en sus columnas. Era un tabernero que distraía por las noches a los consumeros de aquel puesto, mirando

a través de un embudo el infinito espacio «por donde los astros van», mientras sus compinches hacían el matute. La «vox populi» había creado tal leyenda en torno al popular expendedor de «chiquitos» y «Percebete» no le dejó de la mano como sujeto de sus preferencias. Un día escribió en su honor estas líneas: «Nos proponemos formalmente organizar un morrocotudo, un grandioso acto homenaje grandilocuente en pro de Lucas y su famoso embudo. Porque ha triunfado como los buenos. Desde hace quince días no llueve, predijo, y salió con su embudo espantando a nubes y truenos».

«El cielo se ha vestido traje de luces
como «El Troni» los días en que hay cartel.
¡¡Pongamos sobre el pecho de Lucas, cruces,
y en su frente astronómica, mirto y laurel».

El no menos famoso Isidro Cossío, conocido en el mundo taurino por «El Lechuga», y nacido en Carmona (Cabuérniga), desfiló por las páginas de la singular y eutrapélica revista con su pintoresco perfil. De él decía haber toreado en Cuba con «El Troni»; «su traje de luces está llamado a alumbrar muchos volapiés; los caireles de su terno se estremecen de afición cada vez que se abre el toril». «El Lechuga» pasaría a la inmortalidad por los pinceles de Gutiérrez Solana, por aquellos tiempos residente en Santander con su familia.

Todo era sujeto de sus chirigotas. Así, cuando al citar un día a los músicos de la orquesta del teatro, en ocasión de actuar Enrique Lacasa, les pedía «que enviasen su colaboración a «Percebete», pues así quedarían impresas «las gracias» y los chistes que se permiten hacer durante las representaciones, coreando a don Enrique, y no molestarán al público que paga por oír a los actores, y no por oír tocar a los músicos». Se estrenó por entonces, en el Principal, «La viuda alaegre», colmo de la frivolidad, si la frivolidad no pasara en la escena del Pradera largas temporadas. En la compañía de Lacasa figuraban la tiple Palacios y el actor Hervás.

En la crítica de la representación del «Tenorio» en el Pradera –donde el verso y la zarzuela alternaban con las proyecciones cinematográficas y el cuplé–, apostillaba que al llegar los dos rivales a la hostería de Butarelli, el diálogo comenzó así:

—«Pues no hagamos más el coco. ¡Yo soy don Juan!
—Yo, ¡don Luis!».

Y uno del público gritó: «¡Si es Piñuela!» con lo que se armó el consiguiente jolgorio en el gallinero. El «crítico» resumía: «Corramos un piadoso velo sobre la «ejecución» y otro sobre la tramoya.»

Igualmente se ocupaba de las actuaciones en el «petit coliseo» (así llamado el «Apolo» instalado en número uno de la calle del Arcillero, en edificio constituido «ad hoc»).

Segura hacía semblanzas de periodistas y gentes muy conocidas en el pueblo. Véanse las muestras: de Ramón Solano y Polanco:

Soy poeta laureado,
habilísimo abogado
y hablo con tanta elocuencia
que de correr no he cesado
de Carbajal a la Audiencia.
Haciendo una «tontería»
conseguí batir el cobre
y demostré que valía

lo mismo en «Amor de pobre»,
que en severa fiscalía.
Soy cortés, fino y atento
y es tan amplio mi talento
que debuté en el teatro,
y aseguran más de cuatro
que estoy allí en mi elemento.

De Alejandro Nieto (a quien, decía, no le gusta otra obra que «El café» de Moratín), la siguiente:

Por ella no tiene fin
su adhesión a Moratín.
Es ingenioso en sus trances
y al igual que al Sardinero,
por sus buenos «panoramas»

le conoce el mundo entero.
De una taza vis a vis,
se está el hombre todo un mes:
¿A que no sabéis quién es? («Amadís»).

Y esta dedicada a un médico muy popular, jefe de los servicios de la Casa de Socorro:

Soy sincero. En la ciudad
yo visito a pie y en coche
y son mi especialidad
«enfermedades de noche».
No hay borracho en Santander
a quienes con mi largo saco
no le haya yo dado a oler
el terrible amoniaco.

Rímo con tanta soltura
como juego el bisturí,
y hay que verme por ahí
con la espada a la cintura.
Con uniforme no corro
aunque el «chaldy» nos ataque.
Señas: Casa de Socorro
de nueve a seis... (Almiñaque)

«Percebete» no resistió más que diez «paseos» por las calles santanderinas. Y se fue silencioso, por donde había venido, a pesar de su simpatía como puro entretenimiento de desocupados.

LA VERDAD

PUBLICACIÓN SEMANAL

| | | | | |
|--------|---|------------------------------|---|--------|
| ANÉO I | Redacción y Administración Hernán - Gertón, núm. 8 | Santander 9 de Julio de 1910 | Suscripciones y anuncios: precios convencionales | NÚM. 1 |
|--------|---|------------------------------|---|--------|

LA VERDAD

1910.

Publicación semanal. Imp. La Propaganda Católica.

En la Redacción de «El Diario Montañés», y por elementos afines a este periódico, se compuso el semanario «La Verdad», estrenado el 9 de julio de 1910. En su presentación confesaba «quiénes somos y a qué venimos» sintetizándolo así: «Son tiempos de combate y por fuerza todos deben considerarse combatientes y luchadores cuando la Iglesia es atacada sañudamente y sobre ella descargan esos odios salvajes alimentados por una abyección de veinte siglos por los corifeos de Satán que juzgan propicio este momento en que la revolución filosófica cree haber abierto brecha en los muros del templo y se disponen a asaltarla». Llegaba, por tanto, con aire de pelea, con estilo que no se concebía en las mesuradas páginas de «El Diario Montañés», aunque en el terreno personal prometiera «guardar toda clase de respetos a todos, menos a los farsantes y embaucadores del pueblo, con quienes no tendremos piedad». Tenía marcado carácter jaimista.

«El Cantábrico» recibió las primeras arremetidas de la flamante publicación, que le llamaba «periódico librecultista hipócrita y ramplón, que una vez defiende a Ferrer y otra adulza a los militares que fueron sus jueces; órgano de los radicales, portavoz de Maceo... y jaleador de todos los vacuos que en el mundo han sido, desde Alonso Velarde hasta... Telesforo García el ídolo caído en Santander como desde un cerezo...»

En la sección «películas municipales» combatía la política canalejista del alcalde Lloreda Mazo. Cuando daba cuenta del atentado a Maura en Barcelona, en que recibió dos disparos, recordaba que «Pablo Iglesias dijo en el Congreso que para evitar el que Maura volviese al poder, había que llegar hasta el atentado personal».

Insertaba varias secciones con los epígrafes «Rápida», «Recortes» y «Buzón político». En «Películas» hizo pasar las semblanzas de los concejales entonces en candelero.

Fue denunciado por sus ataques a Canalejas, en el número 5, y por los dirigidos a los radicales le valieron un encuentro personal que estuvo a punto de alcanzar gravedad, a su director, Martín Prado, director puramente nominal pues todo el peso de la lucha la llevada Iruretagoyena. El incidente tuvo por causa el

relato de unos sucesos desarrollados en Bilbao el domingo 24 de septiembre de 1910 en una manifestación contra el clero y en el que participaron jóvenes santanderinos y bilbaínos y de la Asociación de Damas Rojas, a propósito de la «Ley del candado».

En un suelto, decía que el «¡Abajo Maura!» «es el grito rebelde que hoy sale de todo pecho católico y honrado y que el clero nada debe al bajo papel del liberal Maura». No quedaban, por tanto, libres las juventudes mauristas, que eran a su vez muy aguerridas. Un artículo titulado «La toma de Castro Urdiales» planteó a los de «La Verdad» una cuestión personal. Hubo escenas violentas con palos y bofetadas en el Círculo Conservador y al día siguiente otra trifulca entre obreros del Círculo Católico y los conservadores. Podía «La Verdad» declarar, en su número 15: «Casi por medias docenas pueden contarse las denuncias que pesan sobre nuestro periódico.» Mas a los pocos días se producía otra por ciertos sueltos en los que se recordaba al gobernador civil la hora de salida del tren correo para Madrid, y le invitaban a tomarlo para alejarse de la provincia.

Naturalmente, en el despliegue en abanico de las arremetidas del juvenil equipo de Iruretagoyena no podía quedar sin casi diaria «ración de pildorazos» el semanario radical «La Región Cantábrica».

Hay que recurrir al testimonio de un participante como José del Río Sáinz, a la sazón afiliado al jaimismo, quien relató así el clima en el que «La Verdad» estaba inmerso, resucitando sin duda aquel ya un poco lejano producido por «La Verdad» de Valbuena: «El semanario estaba escrito con la violencia con que entonces se escribía en toda clase de publicaciones de periódicos, incluso los diarios santanderinos. Además, le escribían muchachos y por tanto, la violencia, que era un mal endémico en toda la prensa, se acentuaba por la natural exaltación de la poca edad. Paco Revuelta escribió unos versos y en su fervor carlista dejó correr la pluma demasiado libremente; el fiscal de la Audiencia creyó ver en los versos un delito de lesa majestad y procesó al incipiente periodista, para el que pedía la friolera de doce o catorce años de presidido. Revuelta encontró más oportuno tomar pasaje en un barco que le llevase a Buenos Aires, donde se hizo periodista trabajando en «El Diario Español» y regresó a la patria amparado por una amnistía general, seis o siete años después.»

También Del Río dejó constancia de un «suceso» con repercusión entre el vecindario. Domingo Tejera organizó en la revista por él dirigida, «Nuevo Mundo», una excursión de modistas madrileñas para veranear en El Sardinero. A los muchachos de «La Verdad» les pareció una abominación tal viaje y escribieron un suelto violento en que «se metían» personalmente con Tejera y con las modistas. Con tal motivo se planteó un lance personal con resonancia popular. La polémica desbordó a la calle y durante varios días los santanderinos vieron en las calles el curioso espectáculo de unos hombres que se acometían a

garrotazos en medio de escándalos formidables». La llamada «batalla de las modistas» se planteó durante el verano de 1922.

Como colaboradores de Iruretagoyena mantenían las páginas del semanario firmas como las de «Canta Claro» (Pedro de la Vega y de las Cagigas), Juan de Tanos, Ignacio Herrero, J. María Menezo, G. Legan, L. Echarte, Ramos y Abaishe, Rafael Tomás, J. M. Sierra, «Igecé» (Ignacio G. Camús), Manuel D. Tamargo, Leyva, y otros que firmaban sólo con seudónimos como «Colilla», Virgilio, Paupérclus, Emesy, Gil Blas, El Magistral de Sevilla, Pindaro, Perez-tous, Pinitos, Miau, Ismael, Argos, Cutres, Pionio... En fin, una falange de jaimistas dispuestos a no ceder ante la presencia de tantas publicaciones de carácter republicano y anticlerical en aquellos movidos años.

Recordaba Del Río Sáinz, que la redacción estaba formada, con Iruretagoyena, por José María Sierra, Miguel Santamaría, José Quintela, a los que se incorporaron José María Bayas, Juan José de la Colina, Jaime Rubayo, Domingo Solís Cagigal, y otros. Uno de sus inspiradores y probablemente administrador, era Vicente del Corro.

Desde el número 18 (12 de noviembre de 1910) comenzó a editarse en la imprenta de Santiago Cuevas.

Es digno de destacarse la importancia que «La Verdad» dedicó al estreno en Barcelona de «Voces de gesta», de Valle Inclán, por entonces envuelto en aureola de muy consecuente tradicionalista.

La época, en fin, abarcada por «La Verdad» (que canceló sus contactos con los lectores con su número 50, del 8 de julio de 1911), fue la de las luchas suscitadas por la «Ley del candado» de Canalejas. Un tema de históricas resonancias en toda el área nacional y que en la capital santanderina se pronunció con manifestaciones cada semana, católicas o anticlericales, según el turno que tácitamente determinaron los dos bandos adversarios, siempre en un clima de tensiones provocadoras de disputas callejeras, alborotos y motines.

La Voz del Dependiente

ORGANO OFICIAL DE LA ASOCIACIÓN DE DEPENDIENTES DE COMERCIO, INDUSTRIA Y BANCA

Redacción y Administración:
Blanca, 16

DIRECTOR:
EL PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN

Publicación mensual

LA VOZ DEL DEPENDIENTE

1910.

Organó oficial de la Asociación de Dependientes de Comercio, Industria y Banca. Publicación mensual.
Redac. y Admón.: Blanca, 16. Imp. La Atalaya, La Moderna y F. Matas.

El día de Todos los Santos de 1910, la Asociación de Dependientes estrenaba un periodiquito para deformar los intereses de su clase. Sus aspiraciones en el campo de lo social andaban sin acertar a encajarse en una legislación que ya se perfilaba por las exigencias de los nuevos rumbos de la vida española y preferentemente lo relacionado con la jornada de trabajo y el cierre de los comercios a las ocho de la noche. Dos temas de excelente oportunidad para plantear batallas reivindicativas.

El periódico salió mensualmente aunque con irregularidad si apreciamos que el último número tiene fecha de marzo de 1916 y observamos que lo hacía con el número 28; así tenemos unos largos eclipses denunciadores de la penuria económica en que se desenvolvía. Advirtamos, de paso, que la última época corresponde a la de la guerra europea. Muchas cosas habían cambiado para entonces pero subsistía la principal preocupación de los dependientes como era el descanso dominical, no impuesto legalmente y que «escarnecía» –decía en abril de 1911– los derechos de las continuas infracciones al descanso los domingos y días de fiesta, habiéndose organizado por ello un movimiento de protesta alentado por la Asociación. En cuanto al cierre a las ocho de la noche, los comerciantes aprobaron la norma a partir de noviembre de 1910, pero «fue una quijotesca aventura que fracasó» según confesaba «La Voz».

Radicaba la Redacción en la calle de la Blanca, número 16, y se imprimió la revista en las imprentas de La Atalaya, La Moderna y de Matas, en turno conforme a los apuros de su economía. El más asiduo colaborador, en verso y en prosa, era el entonces dependiente de una zapatería, Miguel Maté, quien después se establecería por cuenta propia sin olvidar nunca sus aficiones poéticas y literarias.

LA REPÚBLICA

SEMANARIO REPUBLICANO

| | | | | |
|-------|---|---|--|--------|
| ASD 1 | MANTENIMIENTO, ANUNCIOS Y DIFUSIÓN DE LOS MEDIOS CONVENCIONALES | REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN Calle de San Francisco, núm. 19, 1. Santander 26 de febrero de 1911. | PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN En la capital, vía periódica trimestral; lunes, 1,25. Extranjero, 10 pesetas anuales. AÑO ADULTAZO | N.º M. |
|-------|---|---|--|--------|

LA REPUBLICA

1911.

Semanario republicano. Redac. y Admón.: San Francisco, 19. Imp. La Moderna.

La oposición al poder temporal de la Iglesia llegaba a la exacerbación de un amplio sector de la masa popular, y llenó toda una época aportando nuevas amarguras al obispo Sánchez de Castro, que en su recién estrenado «palacio» de Ruamayor aparecía como piloto de un navío zarandeado por turbulentos oleajes. En aquella posición tremebunda, se distinguió el semanario «La República» lanzado al combate el 26 de febrero de 1911. Traía el propósito de formar ambiente con vistas a la conjunción republicano-socialista para las elecciones municipales de finales del año. Algunos artículos y comentarios llevaban las firmas de Hernando de Santorcaz, Darque, Darepe e Iris. Iriarte de la Banda ofrecía sus poesías.

Se mostraba rabiosamente «anti» contra todo y contra todos: contra el Congreso Eucarístico de Madrid –tema inicial de su aparición–, contra el alcalde Pedro San Martín, por el problema de las aguas; contra los Escolapios de Villacarriedo a propósito, también, de las aguas de aquel pueblo; contra los radicales lerrouxistas; contra el caciquismo en Valderredible; contra la guerra de Marruecos... y para no dejar ni un sólo frente a sus ofensivas, arremetía contra dos batallones infantiles formados en la ciudad: el de «Desembarco» de la Casa de Caridad, y el «Auxilium», de los salesianos.

Era director David Martínez, quien sufrió un proceso por delito de injurias al alcalde San Martín y mantuvo discusiones en tono descompuesto con el periódico radical «La Región Cántabra» de Isidro Mateo.

Ante la inminencia de las elecciones, el comité local del partido republicano acogió aceptar el ofrecimiento de cesión de «La República» como órgano propio de la política conjuncionista.

Abrió entonces una etapa caracterizada por ostensible modernización en el tono y en el estilo. Colaboraban Luis de Hoyos Sáinz, Francisco Pi y Arsuaga, Ramón Sánchez Díaz, Santiago Arenal, Aniceto Lorente, Rosendo Castell y otros cuyos trabajos –declaraba– «habrán de atender a la cultura popular y a las cuestiones que puedan interesar a la vida social y económica, evitando prudentemente la vana y amena literatura». Manuel F. Quintana se había hecho cargo

de la dirección como presidente del Consejo de Administración y se cambió el subtítulo de la cabecera por el de «Organo del partido republicano» con un grabado de matrona, símbolo de la República: bandera, espada y gorro frigio.

En el nuevo Ayuntamiento ocuparon escaños, tras de un insólito triunfo electoral, diez republicanos conjuncionistas, frente a otros diez conservadores, seis católicos, cinco liberales, tres socialistas y un republicano lerrouxista. Según los comentarios de aquellos días, «se habían producido contubernios increíbles». Hubo pactos bajo cuerda entre los avanzados de izquierda y los católicos mismos.

Aprovechando la política canalejista, alentó la celebración de un mitin en pleno verano en los locales de las boleras de Numancia donde hicieron uso de la palabra, después de leídas unas cuartillas enviadas por Pérez Galdós desde Madrid, de Pablo Iglesias y de Rodrigo Soriano, que eran los líderes más en moda. La conjunción republicana estaba representada por el presidente del Comité, Ernesto del Castillo, cuyo primer escaño en el Ayuntamiento había tenido el marchamo monárquico,

El último número de «República» fue el 72 correspondiente al 28 de junio de 1912.



PALITROQUES

1911.

Periódico taurino. Defensa de la afición. Direc. y Admón.: Gibaja, 6, 4.º. Quincenal. Imp. La Moderna.

Los viejos aficionados santanderinos guardan aún buen recuerdo de la revista que dio cumplida respuesta a la gran interrogante planteada por la afición taurina de aquella época, y comenzó su tarea el 3 de junio de 1911.

En España estaba muy escindida la afición, como siempre ocurrió en aquellos períodos de la historia en que los conspicuos necesitaron de la presencia en el ruedo de dos fenómenos rivales en el arte, y polémicos. Entonces la pareja de astros mayores de la torería se llamaban Joselito y Belmonte, o «Gallito» y «Terremoto de Triana». En Santander, además de este picante ingrediente, se echaba ya en el plato para reforzar el guisote, la «política» seguida por la Sociedad Taurina Montañesa, cuya cabeza más visible y responsable era Pedro Santiuste. Buena estampa, diríase que castiza, la de aquel trasmerano que con su pañosa y el sombrero de ancha ala hacía recordar la de un ganadero andaluz. La Sociedad y su regente eran según los preopinantes de «Palitroques» los causantes de los «males» de que adolecían los carteles de feria, y de las muy esporádicas temporadas de festejos en la plaza de Cuatro Caminos. Había también dos tertulias donde se servía el plato de la discusión: las de «Le Comptoir» y del «Kines». En ellas siempre estaba sobre el tapete la cuestión del día taurino. Además, barberos y zapateros de portal empapelaban sus establecimientos y chiscones con tricomías de los grandes coletudos, para completar la imagen de la popularidad de la fiesta.

Los «preopinantes» se llamaban José Díez Soto, Julio Valín, Ezequiel Cuevas, Alejandrino Cárcaba y Marcelino Polidura como más notorios, que se arriesgaron a fundar «Palitroques» aclarando no traer a la arena «campañas profesionales», pero sí «luchar contra los convencionalismos y proclamar que no es un crimen la verdad ni una traición la defensa». Con estas puntualizaciones

dejaban enfocado el pleito entre la Taurina y la parte de la afición seguidora de «Palitroques» con evidente adhesión. La empresa y muy particularmente Santistoste, recibían cada mes su copiosa ración de ataques: las combinaciones carteleras y los precios de las localidades fueron al principio temas los más candentes de los opositores. La Taurina declaraba la imposibilidad de contratar a diestros como «El Gallo», «Bombita» y Gaona «por sus muchas pretensiones, y como se trataba de espadas de primerísimo «cartello» los palitroqueros protestaban llegando a ofrecer en sus columnas una «Tribuna libre» a los espontáneos, tan necesitados de desahogarse «personalmente» y a placer. La campaña acarreó la impopularidad de la Empresa de modo singular al publicar la revista un artículo titulado «Hágase la luz en el negocio de la Taurina» para dar a conocer «estadísticas de las ganancias y reparto de dividendos a los accionistas», y de los carteles buenos y regulares que la empresa ofrecía al respetable, más otras noticias contributivas a colocar a la Taurina en trance nada cómodo.

Como nota digna de ser destacada informó sobre la inauguración de una Escuela de Tauromaquia en el «Ideal Panorama», de la Plaza de Numancia, con la ilusión de «doctorar toreros indígenas». Fue siempre una ilusión ésta de poder llevar el nombre de la Tierruca en los vuelos de un capote y en la buida punta del estoque. Aquí, la historia taurina confirmó aquel principio de Taine de que el hombre es casi siempre fruto del ambiente en que nace, vive y se desarrolla.

También «Palitroques» lanzó la sensacional noticia de la «casi seguridad» de construirse una nueva plaza de toros en Las Llamas del Sardinero; pero más bien pareció tratarse de un globo sonda en el juego de contrarrestar la supremacía de la Taurina y quebrantar «su dictadura».

En la colección repasada faltan algunos números en los que los palitroqueros sostuvieron ruidosa polémica con «El Barquero» entonces en el apogeo de su fama o sea, Angel Camaño, gran amigo de Estrañi, quien le traía de Madrid desde hacía muchos años a «El Cantábrico» donde enjaretaba amenas, pintorescas y muy largas reseñas de las corridas de Feria.

Hay que registrar también como documento histórico para la afición montañesa, el número extraordinario de «Palitroques», dedicado enteramente a la «Corrida monstruo» de 18 toros celebrada en junio de 1913 y escrito por tan notables cronistas taurinos como Estrañi, «El Barquero», «Corinto y Oro», José del Río Sáinz y «Don Verdades» entre otros.

No se respetó el rigor de la periodicidad de la revista que llegaba a las manos de la afición por los meses de mayo o junio y se eclipsaba muy cerca de las temporadas de San Mateo. Díez Soto abandonó la dirección en plena euforia belmontista contra los joselitistas, actitud que «Palitroques» adoptó durante mucho tiempo. El 19 de agosto de 1918 se despedía con estas palabras: «Muy a pesar nuestro tenemos que interrumpir la publicación de «Palitroques» y finalizar la actual temporada. Los tiempos son muy difíciles y si los grandes diarios no pueden vivir sin el amparo del Gobierno (se había instituido por ley los

«anticipos reintegrables a la Prensa») hipotecando el futuro para mantenerse en el presente, calcúlese lo que ocurrirá a los semanarios modestísimos que no pueden gozar de los beneficios referentes al «anticipo reintegrable». Con nuestras plumas, armas que no hacen sangre, hemos conseguido limpiar de egoísmos el negocio de los toros en nuestra ciudad y hoy se celebran en ella magníficas corridas que nada tienen que envidiar a las de las más floridas capitales españolas. Si el año que viene no volvemos, será que todo va como una seda, que las cosas taurinas en nuestro pueblo se hacen como debe hacerse.»

Y con esta especie de balance de las consecuencias logradas, «Palitroques» produjo un vacío difícil de colmar para la afición taurina montañesa.

El Reformista

SEMANARIO REPUBLICANO

ANUNCIOS Y COMUNIC.

A PRECIOS CONVENIENTES

Cada la correspondencia al ad-

PRECIOS

25 ejemplares 10'75 ptas.

Número suelto 5 cent.

De los artículos responden sus autores.
No se devuelven los originales.

AÑO I NÚM. I
Santander 1 de Septiembre de 1912.

Redacción y administración:
San Francisco, 19, 1.º—Teléfono num.

EL REFORMISTA

1912.

Semanario republicano. Redac. y Admón.: San Francisco, 19. Imp. El Cantábrico. Eugenio Gutiérrez, 3.

Sintieron necesidad los reformistas de saltar a la arena pública con publicación propia que vio la luz el 12 de septiembre de 1912. «¿Para qué un nuevo periódico aquí, republicano, donde fracasaron un buen número de ellos y muchos murieron de mal de amores, que es el desamor de la persona querida? La cosa tiene uñas y hay que contestar con calma y claridad». Así iniciaba su contacto con el lector. Según «El Reformista» los intentos de los conjuncionistas y disidentes de la unión, de tener un órgano periodístico serio, de frecuente salida y bien acogido por la masa de lectores, se había esterilizado por falta de seriedad, de aplomo y de ponderación, porque el escándalo, si incisivo para la mayoría de los lectores medios, no puede avalar el menor prestigio entre la gente pensante. Y por ello, los nuevos gladiadores proclamaban su aspiración «a convertir la tolerancia en regla de nuestras obras a punto tal que desconocerla sea caso de muerte para nuestro semanario». Sin embargo, era una ilusión utópica. El autovaticinio, cumplido durante los primeros números con innegable

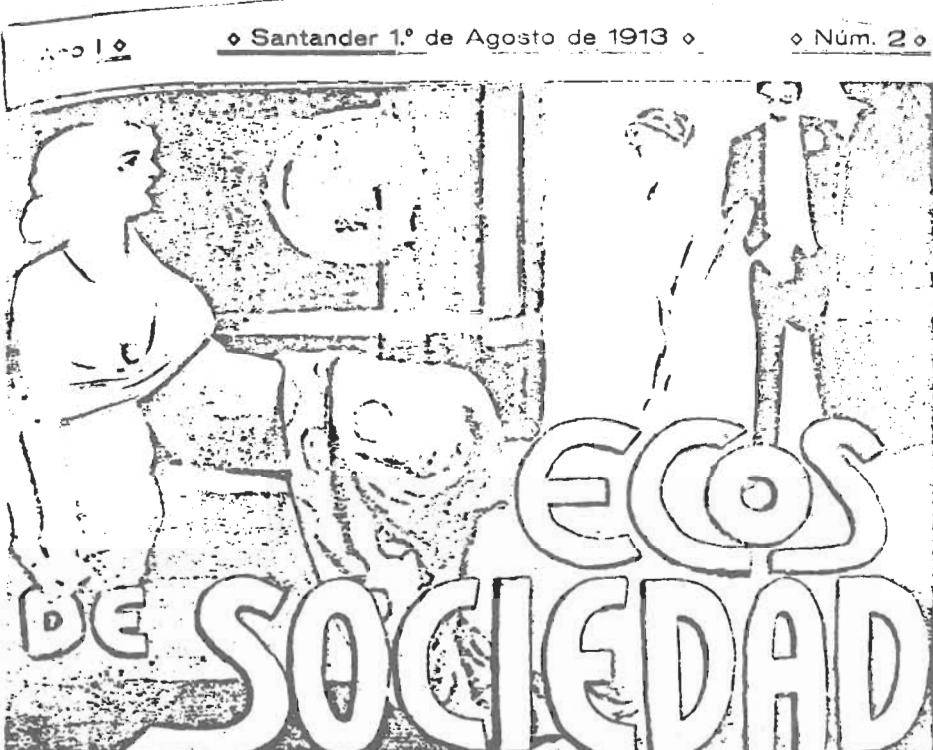
prudencia, no resistió a la realidad: las gentes exigían diaria ración de carnaza impresa.

Dirigía el semanario Federico Forcada y colaboraban Manuel Palacio Prieto, Nicasio Hernández Luquero, Alarico López, Alvarez Angulo, Alejandro Bear, T. Sanjuán, Domingo Gutiérrez Cueto y Federico Iriarte de la Banda, éste siempre en su torre de marfil de la poesía.

Comenzó «El Reformista» a publicar unas epístolas de «Fray José» por «Fray Gervasio», que ya en otras publicaciones correligionarias se habían significado bajo el signo de la virulencia con motivo del escándalo aireado por «La Región Cántabra» contra los jesuitas a cuenta del testamento de una señora santanderina. Y fue el portillo por donde salió gesticulando la «última ratio» de los redactores; gritar su odio a la sotana. A todo lo ancho de su primera plana, hacía coro al colega y añadía nuevas lumbres a la hoguera del escándalo que incluso anduvo en la musiquilla de una copla. Y anunció la celebración de una manifestación popular de protesta.

Deslizándose por el resbaladizo terreno del libelo, «El Escándalo» dio aire de violencia a una «semana anticlerical» en Santander, organizada por la juventud del partido, con cinco conferencias, un mitin, una jira campestre y una cena «de promiscuación». Para completar el programa se añadió una excursión a San Sebastián «para estrechar lazos con los anticlericales de la capital donostiarra». Estaban de moda estas expediciones en las ciudades norteamericanas.

Se eclipsó «El Reformista» el 7 de julio de 1913. Había vivido, por tanto, ocho meses. Volvería a las andadas el año 1916, esta vez como órgano de la Juventud Reformista y se imprimiría también en los talleres de «El Cantábrico». Pero de esta segunda etapa sólo es conocido un número, el 3.



ECOS DE SOCIEDAD

1913.

Semanario. Redac. y Admón.: Marina, 1.

No todo iba a ser política. Otras parcelas menos «transcendentales» agitaban las preocupaciones sociales santanderinas que querían tener su propia crónica impresa, en el encantador provincianismo de los años precursores de la primera guerra europea. El verano era la estación más propicia para hacer recuento de amistades, celebrar reuniones de cierto tono social y convivir con las colonias veraniegas de otras regiones, especialmente la madrileña, que aportaban considerables contingentes a El Sardinero.

Un grupo de inquietos plumíferos, al evocar años no lejanos en que el estivante «tenía» su propia revista, se lanzó a publicar una titulada «Ecos de Sociedad»; no era de gran aliento, pero intentaba llenar una misión muy característica. Salió por la segunda decena de julio de 1913. El título, ya definitorio limitaba forzosamente el radio de la posible clientela, que era la de la burguesía acomodada y por tanto discriminatorio. Suponía, en consecuencia, unos condicionamientos empresariales muy por encima de su modesta financiación. Revista «de andar muy por casa», nacía con sus días contados. Pudo sostenerse simultá-

neamente con «Sotileza» solamente hasta el 3 de octubre de aquel mismo año, en que ambas revistas acordaron fusionarse, cesando el título «Ecos de Sociedad».



SOTILEZA

1913.

Revista montañesa. Redac. y Admón.: Medio, 1. Se reparte gratis. Imp. J. M. Martínez, calle de la Concordia.

En efecto, comenzó a publicarse «Sotileza» —por su título pejino denunciaba una pretendida raigambre muy localista— el día 20 de julio. Se imprimía en los talleres de J. M. Martínez y se repartía gratis. Su sostenimiento estaba confiado a la publicidad. «Hace tiempo —declaraba el día de su presentación— bullía en nuestro ánimo el realizar una campaña en pro de los intereses santanderinos, y agarrados a nuestra idea, no paramos hasta que, reunidos unos cuantos amigos, amantes cariñosos de nuestra ciudad, acordamos fundar este semanario en el que permaneceremos apartados de todo partidismo político....». El grupo estaba acaudillado por Fernando Segura, el imprescindible Fernando Segura, autor siempre del artículo de fondo o «Crónica». Colaboraban con él en los primeros momentos, Fernando Tejedor, Vicente de Pereda, Federico Iriarte de la Banda y M. Pumarejo. En la primera página campeaba siempre una figura relevante montañesa, con una semblanza escrita por Martínez Zidrán (anagrama de Nárdiz). Mariano Parra-Cañas firmaba algunos versos. Muy pronto recibieron el refuerzo de Santiago de la Escalera Gayé y Alejandro Nieto. Ya a sus finales, serían autores de trabajos literarios o en prosa, Honorato Montero («El Guarni»), Fernando González Pinto y Román Sánchez de Acevedo.

Dos épocas abarcó la existencia de «Sotileza»: la primera, del 20 de julio al 2 de octubre del mismo año. Es curioso que en su foliación, figuran dos números 2: el del 27 de julio y el del 3 de octubre, día de su fusión con «Ecos de Sociedad».

Constaba de doce o dieciséis páginas, confeccionadas con decoro tipográfico.

fico. Cultivaba las secciones poética, gacetillas, guía del forastero, artículos puramente literarios... Y un «batiburrillo» ilustrado con fotograbados y eso tan esencial que es el anuncio. Insisteremos en no era venal, pues se repartía gratuitamente.

Por sus gacetillas teatrales, cuidadas con esmero informativo, sabemos de las actuaciones en el Salón Pradera de las bailarinas más celebradas del momento, como «La Argentinita» y canzonistas de tanta fama como «La Fornarina», Naty «la bilbainita», Adela Luhí, las hermanas Blanquita y Cándida Suárez, la resaladísima Amalia Molina, y Fátima Miris, Pastora Imperio, «El Mochuelo», Olimpia d'Abigny... intérpretes de la producción cupletera de los entonces acaparadores del «pequeño derecho», como el genial Martínez Abades que tanto pintaba una marina como componía una canción para enriquecer el fabuloso repertorio español del género frívolo. Es decir, que por la sala del Pradera pasaban, alternando con las temporadas de comedia o zarzuela, las creadoras del cuplé en su momento más brillante. «Sotileza» es, en ésto, inapreciable documento testimonial.

Sin duda el negocio animó a los financiadores del semanario a la prosecución regular enlazando sus dos épocas sin transición hasta llegar hasta el número 59, o sea, hasta el día 29 de diciembre de 1914, ya en plena guerra europea; en la colección de la Hemeroteca no constan más números; otros conductos insospechados podrían dar algún indicio que presuponga una más dilatada existencia.

«Sotileza» había incorporado a la lista de colaboradores plumas como las de Alberto López Argüello, Manuel Saro y Pardo, Manolita Polo y Martínez Conde. El lápiz de Enrique Huidobro rubricaba las caricaturas aparecidas en los últimos números. En la portada, se reproducía un dibujo de Victoriano Polanco.

Siendo redactor jefe, Román Sánchez de Acevedo publicó una curiosa información que se transcribe resumida pues se trata de un hecho de entrañable significación para los santanderinos. Se trataba de la presencia en la ciudad, de un muchachito llamado Rafael Morales Cortés, natural de Valencia y con solo catorce años de edad, que desde su ciudad llegó a la capital de la Montaña para comprobar de cerca los lugares donde vivieron los personajes de «Sotileza». Decía así el informador: «El 19 del mes de julio de 1913 terminó el cuarto de bachillerato. Al terminar el curso leyó a Pereda y fue tal el entusiasmo que le produjo, que en el mismo instante y con la misma ropa que tenía puesta se puso en camino hacia Santander, con el objeto de ver, examinar y conocer dónde se desarrollaron los hechos de la novela. Le preguntaremos si conocía algún detalle de «Sotileza» contestándonos afirmativamente, haciéndonos a continuación un relato fiel de la vida de «Silda», Andrés, Muergo, el «pae Polinar», etc., etc...» Añadió que su padre era farmacéutico y literato «autor de varias novelas y obras musicales».

La Costa Montañesa

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Recibo al Director

Redacción y Administración: Plaza de Gómez Oreña, 3, 1.^o 8^o No se devuelven los originales

LA COSTA MONTAÑESA

1913.

Revista semanal ilustrada. Redac. y Admón.: Plaza de Gómez Oreña, 3, 1.^o, Imp. La Propaganda Católica. Hernán Cortés, 9.

Santiago Escalera Gayé encontró en Alfredo Talera Martínez un promotor que pretendía reunir las mejores plumas del pueblo y provincia. Talera (de Valladolid) consiguió la colaboración de Enrique Menéndez Pelayo (aunque después, en la práctica no respondiera con la asiduidad esperada), Ignacio G. Camús, Alberto López Argüello y, esporádicamente, J. Antonio Balbontín, que entonces esgrimió sus primeras armas literarias y de quien se publicó una poesía titulada «Abril» galardonada con accésit en los Juegos florales de Sevilla; José Bermúdez de Castro, José María Barbáchano y Luys Santamarina, éste surgente en su apasionada juventud con un hermoso artículo titulado «La canción de Mambrú».

Espinosa firmaba el dibujo a línea que, en la portada, enmarcaba la terraza del Sardinero con un grupo de jóvenes a la moda.

Su primer número está fechado el 18 de octubre de 1913. En consecuencia, parece que salió para contender con «Sotileza». Fue una simultaneidad en la que tuvo que declararse vencida «La Costa Montañesa»; el 21 de febrero de 1914 dejaba el puesto a otra publicación, su continuadora, como se verá.

Escalera se medio escondía tras las iniciales E. G. (Escalera Gayé) al pie de la sección fija, también en la primera página, «Florilegio de sonetos» con las semblanzas de las muchachas más destacadas por su belleza y distinción, como Florentina Estrada, Luisa de Escalante, María Diestro, Manolita Losada, María Aguero, Luz Quijano Mazarrasa, Teresa Breñosa, Lola Bidegáin, Paz Colomer, Lola Arregui... Son nombres que evocan tiempos risueños, cuando Santander iniciaba, con la inauguración del palacio de la Magdalena por la simpatía del rey Alfonso y la belleza rubia de Ena de Battenberg, los culminantes «felices años veinte».

Escalera emprendió también en el primer número de «La Costa Montañesa» su «Romancero de un juglar», y Enrique Menéndez escribía a partir de la

dócimotercera semana, «Nuestro Parnaso», dedicándolo inauguralmente a Ramón de Solano y Polanco con cuya semblanza hacía y daba a conocer el «Brindis del poeta».

Los toros, la escena del Principal, la pantalla del Pradera, por donde pasaban los seriales más emocionantes del arte mudo entreverados con actuaciones de las «estrellas del cuplé»; y también las sesiones nocturnas del «Café Cántabro» en los jardines de Becedo; las secciones de amenidades...; los deportes, naturalmente, tenían su parcela holgada en estas páginas juveniles, y en ella preponderaban la aviación y los aviadores indígenas, que escribían un maravilloso capítulo en la comenzada historia de «los hombres voladores».

En enero de 1914 cambió de formato. Ahora la primera página estaba ocupada por las caricaturas personales del certero lápiz de Huidobro. En uno de los últimos números (el 3 de enero de 1914) daba cumplida reseña de la fiesta organizada por el semanario en el Pradera. Tuvo caracteres de acontecimiento artístico y social, pues intervino como primera figura Mercedes Gay, entonces en el apogeo de su renombre artístico de exquisita cantante y con ella actuaron el jovencísimo violinista Fernando Zárate y el también muy joven pianista Carlos J. Gacituaga. En el programa participaron actores como Rosell y Lobera, de una compañía del Teatro Principal, representando una obra de Enrique Menéndez.

Fue, en realidad, el semanario sólo un intento más de los que se hicieron aquellos años para «dar salida» a la producción literaria y poética del grupo más inmediato a las inquietudes de Santiago Escalera, pero bajo la inmediata servidumbre a la economía de la empresa promocionada, como va dicho, por Talera. Suspendida la publicación dio paso a otra titulada «Tierra montañesa». Era el mes de marzo del mismo año.



FRATERNIDAD

SEMANARIO REPUBLICANO
ORGANO DEL PARTIDO ÚNICO DE LA MONTAÑA

AÑO I || Redacción y Administración: Carvajal, 8, plante bajo || Lanzader, 14 de Marzo de 1914 || La Correspondencia al Director || NÚM. 13

FRATERNIDAD

1914.

Semanario republicano. Órgano del Partido Único de la Montaña. Redac. y Admón.: Carvajal, 8. Imp. S. Cuevas.

A principios de 1914, el Partido Único Republicano montañés, editó un semanario de cuatro páginas, deficientemente impresas. No conocemos más que los números 13, del 14 de marzo y el 25. En el primero hablaba «del desmoronamiento del republicanismo» y hacía, en consecuencia, un llamamiento para volver a unirse y evitar su desaparición total en el área regional montañesa. Ninguno de los trabajos publicados llevaba firma.



TIERRA MONTAÑESA

1914.

Revista semanal. Se publica los sábados. Redac. y Admón.: Plaza de Gómez Oreña. Imp. La Propaganda Católica.

Heredera de «La Costa Montañesa», se fundó con muchas esperanzas y flacos resultados económicos. Salió con el marchamo de Santiago Escalera, lanzado otra vez a la aventura editorial. «Somos los mismos –aclaraba en su presentación, el 7 de marzo de 1914– que hicimos su hermosura por la ciudad y los que mostramos las gracias mil de las sanas y aguerridas mozas de nuestros valles».

Prosiguió Escalera su «Florilegio de sonetos» dedicados a nuevas bellezas; María Riva Herrán, Milagros Lavín Cuesta, Consuelo Huidobro, María Rodríguez Parets...

Tuvo breve vida. Una huelga de tipógrafos no permitió imprimir más allá del número 12, en que la revista se convierte en suplemento de tarde de «El Diario Montañés». Con Escalera escribían López Argüello, Cástor Pacheco, Evaristo R. de Bedia, «Amadís». En ello se advierte la directa intervención de la redacción de «El Diario Montañés». La rúbrica de la moda estaba a cargo de Encarnación Méndez.

El paro de los impresores aceleró, primero, la transformación del nuevo semanario; después, acarreó la suspensión. Desde el 24 de mayo su formato era de cuatro páginas, con mal papel; tenía la vitola de un hebdomadario corriente y moliente, con secciones informativas y se convirtió en diario como «publicación extraordinaria de la tarde» justificándolo en esta gacetilla: «Hemos venido publicándola estos días en edición vespertina para subsanar, aunque de modo imperfecto, la falta de periódicos a causa de la huelga». El conflicto obrero se había producido a consecuencia de la incorporación de las linotipias como máquinas sustituyentes de los cajistas. El progreso llegaba aunque bastante retrasado en cuanto a los medios mecánicos de las imprentas, con incidencias dolorosas en la vida laboral. En este caso «la orgullosa estirpe obrera» de que se ufanaban los tipógrafos como avanzados de la lucha social, veía mermarse la ocupación de sus diligentes representantes que eran la espuma de las asociaciones sindicadas. Al final, aunque sin claudicar, los artesanos de las artes gráficas tuvieron que

inclinarse ante los imperativos del progreso mecánico, con las herramientas de trabajo que eran las linotipias, invento con una presencia en el mundo avanzado en América y en Europa, de cuarenta años ya. No es posible desconsiderar que en éste y otros aspectos subyacía la industria española sometida a la servidumbre de la rutina.



EL PUEBLO

1914.

Imp. R. G. Arce. Calzadas Altas, 11.

Apareció como consecuencia, también, de la huelga de tipógrafos que había dejado sin prensa a la ciudad, y sólo registró un número, correspondiente al 25 de mayo de 1914. Una sola hoja y de ella, una página de publicidad. No hacía ninguna advertencia sobre su salida a la luz pública, y sí, sólo, en un suelto decía «aprovechando lo incidental de este número...».

Aunque no existen precisiones sobre la naturaleza de los responsables de esta relampagueante publicación, puede pensarse con vislumbres de acierto, que se trataba de un anticipo de «El Pueblo Cántabro» que ya tenía preparados sus equipos, pero a quienes el conflicto de Artes Gráficas impidió el funcionamiento en la fecha prevista. Podemos creer, de consiguiente, que fue una salida de emergencia, una especie de « globo sonda ». Por causas desconocidas, o no aclaradas lo suficientemente, el parto de «El Pueblo Cántabro» hubo de retrársese, según se verá de inmediato, en una semana.

EL PUEBLO CÁNTABRO

DIARIO DE LA MAÑANA

SANTANDER: Año VIII: Núm. 2437

Redacción y Administración: San José, 15: Teléfono 55

Martes, 9 de agosto de 1921

EL PUEBLO CANTABRO

1914.

Redac. y Admón.: Plazuela del Príncipe, 3. Talleres: Rúa Mayor, 18. (Después en la calle San José, con imprenta propia).

El maurismo contra el que se concitaban los odios de los extremistas agitadores bajo la bandera del fusilamiento de Ferrer Guardia, con tristes resonancias internacionales contra España, atravesaba en los inicios del año 14 un momento de fogosa actividad política, porque Maura aparecía como cabeza de turco sobre quien recaían principalmente las iras desatadas. En Santander los amigos de Maura, sólidamente agrupados y actuantes en la primera línea de las actividades de la ciudad y, naturalmente, en la campaña defensiva de su jefe, consideraron imprescindible fundar un diario para definir ante la opinión su credo y sostener la idea de la neutralidad española ante la amenaza, cada día más inminente, de la conflagración europea. Formaban en el directorio maurista montañés Eduardo Pérez del Molino y Rosillo, Salvador Aja, Pedro Acha, Luis de Escalante y Francisco Escajadillo, quienes crearon «El Pueblo Cántabro» habilitando para ello una imprenta establecida en Rúa Mayor número 18. Salió a la calle un domingo, día 7 de junio de 1914. Coincidía con la huelga de tipógrafos, según va detallado en páginas anteriores.

Provisionalmente se hizo cargo de la dirección Pedro Acha, abogado y diputado provincial. Constaba el diario de cuatro grandes páginas. En el primer número transcribió íntegro el discurso de Maura en el Congreso y exaltaba su personalidad y significación en la política nacional de aquellos dramáticos tiempos.

La defensa y propaganda de los principios del maurismo («balón de oxígeno» llamaban al célebre tribuno porque el poder moderador acudía a él en las amenazadoras crisis ministeriales) fueron tenazmente sostenidos durante toda la vida del flamante diario. Y como la mejor táctica para defenderse es atacar, comenzó desde la base: la política municipal, a la que no ahorraba los zarpazos de la crítica y la censura.

Coinció el nacimiento de «El Pueblo Cántabro» con el del Ateneo de Santander, instalado en los locales del antiguo Teatro Variedades.

El histórico mitin de Solórzano, con la definición por Maura de su postura de absoluta neutralidad en el conflicto europeo (presagiado como inminente e imparable, tuvo lugar el 12 de julio; la guerra estallaría el 4 de agosto) fue

publicado íntegramente y días después tenía ocasión de dedicar grandes espacios a las reseñas de las jornadas regias en la Magdalena, y de modo especial, al recibimiento tributado a la reina doña María Cristina llegada para celebrar con sus hijos su onomástica.

Declarada la guerra, «El Pueblo Cántabro» inició en su primera página informaciones del dramático acontecimiento. Otra página la dedicaba a la política nacional y a la situación social del país.

Pedro Acha cesó en la interinidad al poco tiempo, y para sustituirle vino Rafael Hernández, brioso periodista con cierto renombre en Madrid, quien se mantuvo en el puesto hasta el año 1917, en que entregó el mando al periodista bilbaíno Eusebio Zuloaga. Este rigió el periódico escasos meses; para sustituirle llegó de Madrid Antonio Morillas destacado en plena juventud en los medios periodísticos y teatrales por sus estrenos de algunos pasos de sainete, propios o en colaboración con Ramos de Castro. Morillas pertenecía a la redacción de «La Nación», de Delgado Barreto y a la de «El Mentidero» donde popularizó el seudónimo de «Roque For» que más tarde incorporaría a las columnas de su nuevo periódico.

Morillas imprimió a «El Pueblo Cántabro», junto a la seriedad connatural de un órgano político, un aire de ingeniosa alegría que le iba a su temperamento andaluz y estilo «barriobajero» a «lo Arcniches». Se encontró con una redacción formada por Pepe Montero Iglesias, Francisco Revuelta, Ezequiel Cuevas, José María Bayas, Jaime Rubayo, Sierra, Escalera Gayá... Las regatas en bahía eran comentadas por Francisco Iztueta y Miguel López Dóriga y en ocasiones por el padre de éste, Victoriano. Poco a poco se fue esmerando la sección deportiva a cargo del navarro Joaquín Rasero, que firmaba «Amaya» y quien años después dejaría el puesto a Fermín Sánchez, el «Pepe Montaña» que llenó toda una amplia época deportiva santanderina. Fermín habría de escribir, pasando el tiempo, un «Anuario deportivo» como historia la más completa, cabal y de entera fidelidad al rigor eruditio sobre la evolución de todas las manifestaciones deportivas en la Montaña.

El historial de «El Pueblo Cántabro» discurre a horcajadas entre las últimas visiones del siglo XIX y el comienzo de una nueva era lo que equivale a proclamar su característica fedataria de la transición determinada por la Gran Guerra. Los cuatro años de catastrófica contienda se fueron puntuizando en las páginas del diario maurista, que se sostén con talante risueño al ceñirse –justo el verbo– a los acontecimientos locales y regionales con una fidelidad de notario a cuanto sucedía en la más cercana perspectiva; trazaba con entrañable exactitud los perfiles más acusados de la provincia y la ciudad.

Los años de contienda dieron paso a «los felices veinte» trasunto un poco retardado de la «bella época» continental del «can-can» y el «arte modernista». Santander fue, tímidamente al principio pero muy pronto escenario del sensacional «boom» veraniego cuya entonación de elegancias y extrañas importaciones

al comportamiento social, giró en torno a la presencia de la real familia. Este fenómeno fue promotor de la sensacional empresa del veraneo en el Sardinero, que la iniciativa de «monsieur» Marquet transformó en una copia bastante exacta (dentro, naturalmente, de las circunstancias) de cuanto acontecía desde Ostende a Biarritz, impuesto por la deserción de los bañistas franceses e ingleses de aquellas playas, inseguras por la contienda.

El proceso de esta transformación puede seguirse para obtener conclusiones, en las páginas de «*El Pueblo Cántabro*». Allí se ve cómo se realizan obras como las construcciones del Hotel Real y Gran Casino, y el Hipódromo de Bellavista, con el desfile de figuras internacionales entre las que no faltan notas picantes como en las novelas de un Mauricio Dekobra. Y adviene la construcción masiva de chalets y villas para residencias familiares, de los que hoy perviven ejemplares inmersos y como atemorizados entre bloques de comercio de moderna factura arquitectónica. Son esos chalecitos nostálgico del llamado «modernismo» surgidos en la Avenida de la Reina Victoria (otra realización de aquel tiempo) y en el Paseo de Pérez Galdós y Santo Mauro y todo el barrio de «La Alfonsina».

Entonces, como en todas partes sucedía, luchaban, no siempre en el silencio, dos facciones de la opinión pública: la que se solidarizaba con los aliados y la enfervorizada por el pangermanismo del prusiano kaiser Guillermo. Y se hablaba en tertulias y mentideros locales del nacimiento de considerables fortunas propiciadas por ciertos misteriosos abastecimientos con la complicidad de las tinieblas nocturnas, a submarinos alemanes a escasas millas de Cabo Mayor. La leyenda es válida en cuanto que sólo por ella pueden explicarse repentinos enriquecimientos indígenas. Entonces fue cuando apareció en el retablo local la figura del «nuevo rico». Y ya casi en los estertores de la guerra se produjeron hasta exportaciones de capitales. El marco alemán, con sus descensos «en picado» permitía que por unos cuantos miles de duros se adquiriesen manzanas enteras de casas en el propio Berlín. El «crac» del marco no podía conducir, al fin y a la postre, más que a la ruina de los especuladores, y de ésto hubo buenas pruebas por estos predios.

Las jornadas regias duraron el año 1914 poco tiempo pues se hizo imprescindible en San Sebastián la presencia del Rey donde estaba concentrado el pleno del Cuerpo diplomático dada la proximidad de la frontera. El Aero Club creaba la Copa de Aviación para una competición en la que participaron tres aviadores, dos de ellos montañeses, Pombo y Hedilla y el otro asturiano, apellidado Menéndez. En la plaza de Cuatro Caminos alternaban «Gaona», Vicente Pastor, «Regaterín», Freg y Posada y Juan Belmonte debutaba en un mano a mano con «El chico de la blusa»... En bahía era permanente la estampa de la flotilla de balandros «de verdad», de diez a quince metros y más, de eslora y espectacular velamen, a los que parecía amadrinar el yate «L'Hirondelle» del

príncipe de **Monaco**, boyado frente al casetón de pasajeros. Y el «Giralda» comenzaba a ser el tópico, pero siempre bello, motivo del verano santanderino.

Surgió en la escena local la figura menuda estereotipada del perfil artista bohemio, de un joven escultor cuya infancia había transcurrido en Santander y que aquí modelaba (era en 1914) las efigies de Menéndez Pelayo y de Pérez Galdós; se llamaba Victorio Macho. Y también un don Angel Basabe de perilla hidalga que por aquellas calendas se inflamaba de ardoroso patriotismo chico al contemplar cómo era desmontada la estatua de Velarde camino del ominoso rincón, durante años, de un almacén del parque de bomberos en el Río de la Pila. Constituyó, por aquel entonces, la presencia del sultán de Marruecos, Muley Hafid rodeado de su harem entre plegarias y abluciones, en el hotel del Sardinero, estampa arrancada a un libro del decadente Pierre Loti. Sería interminable tarea seguir la rigurosa cronología registrada por «El Pueblo Cántabro».

Fue en una noche de 1915 cuando el viento Sur suspendió la cena de los santanderinos, perturbada por el pavoroso pulular de una sirena clamando auxilio desde la bahía; era el lamento del «Alfonso XIII», el trasatlántico que a los veinticinco años de abrir surcos de lanzadera entre el puerto santanderino y los antillanos, se hundía sin pena ni gloria en medio de la canal. Fue un acostamiento perfectamente estúpido. Y otra madrugada se enrojeció el cielo con los resplandores del incendio del Teatro Principal donde quedaron aplastados entre escombros y pavesas, setenta y siete años de historia.

No mucho tiempo después de estos sucesos, pudieron los santanderinos escuchar una voz acaso la de más maravillosos y suaves matices que se haya admirado en los escenarios españoles: la de Catalina Bárcena, que inauguraba el lindo teatrillo del Casino del Sardinero. No muy lejos de allí desfrutaba la paz de sus bien ganadas vacaciones estivales, Santiago Ramón y Cajal, a quien podía vérsele, solitario, sentado en **Piquio**, como un modesto e inadvertido veraneante más, a pesar de que hacía diez años había ascendido a la fama universal con el Premio Nobel. El sabio rumiaba frente al mar cántabro sus memorias y buscaba nuevas conclusiones a sus teorías sobre las circunvoluciones cerebrales. Vivía en un sencillo hotelito por la zona de La Alfonsina; la ciudad ha mantenido su memoria dando su nombre a esa calle.

Fue año de alegrías y de celebraciones como la del Hotel Real y el Hipódromo de Bellavista y el Colegio Cántabro, con tardes de polo en el «green» de la Magdalena, todo sugestivamente brillante, sobre el que pasó la sombra de la trágica muerte de Salvador Hedilla al estrellarse en Palma de Mallorca con su avión.

Al llegar la guerra a su último año de cosecha de ruinas (1918), un día cortó la enfilación de la bocana entre **Mouro** y Santa Marina la sorpresa del submarino teutón «U-56» en un desmayo de importancia para continuar el nutrido palmarés de sus torpementeamientos por el golfo de Vizcaya y de sus cruceros por los siete mares. Obligado por las leyes de internamiento, fue a criar porreto en el Cuadro de Maliaño. Y fue un pretexto para exarcebar las filias y fobias de germanófilos

y aliadófilos. En bahía borneaban anclados y corroídos por el óxido, dos cargueros también germanos, que aquí habían buscado la paz desde el comienzo de la conflagración.

Afloraron ciertos brotes de irredentismo a cargo de los vascófilos de Castro Urdiales, diluidos, por fortuna, en puras retóricas, y la noticia del armisticio de Versalles coincidió con el estallido de la mortífera epidemia de la gripe, «el soldado de Nápoles» con que había sido bautizada la conocida en Europa por «gripe española». Toneladas de zotal embadurnaron almacenes, salas de espectáculos, escuelas y las propias casas particulares. La ciudad vivía consternada pues caían como racimos maduros familias enteras, y dejaron de contarse los entierros, tal era el terror en que vivieron los santanderinos durante aquel invierno. No pudieron, por tanto, festejar con especiales transportes de júbilo, el fin de la guerra europea, cuyos coletazos trajeron temibles conmociones sociales al conocerse los sucesos del levantamiento bolchevique. Los partidos extremistas movilizaron sus agitadores al suponer llegada la hora de la revolución social internacional. Paros y huelgas generales obligaron a los burgueses a movilizarse para contrarrestar los efectos de aquella ola popular de entusiasmo.

La fe religiosa conoció entonces una de esas explosiones que se producen en momentos de crisis. El Cristo de Limpias, al decir de infinitos creyentes, sudaba y elevaba sus ojos llorosos e implorantes pidiendo misericordia. La imagen tallada por maestro de la buena imaginaria española del siglo XVII, se convirtió en centro de la piedad multitudinaria iniciándose el espectáculo asombroso de peregrinaciones de toda España. Duraría varios años el fenómeno extranatural y milagroso de Limpias.

Los críticos teatrales pusieron galas en sus reseñas al inaugurarse el Teatro Pereda, y poco después con la participación de Jacinto Benavente desempeñando el papel de «Crispín» en «Los intereses creados».

Y ya, en el registro de acontecimientos, se fijó el de una conferencia dictada por Gregorio Marañón Posadillo, pujante juventud disparada hacia la fama, que a Santander guardaba emocionados recuerdos, pues fue cuna de su padre, y en Santander estudió él los primeros años de Bachillerato.

El año 1921 está «contado» por «El Pueblo Cántabro» con perfiles muy exactos, día por día. Por ejemplo, y prescindiendo de lo que de lógicamente apasionada tenía que ser su oposición a la política ruanista, entonces en plena ebullición, se definía ante muchos sucesos de política provincial. Lo hacía sin encono pues el principio periodístico de que las cosas tomadas por el lado del humor influyen más que «poniéndose la barba» (y ésta era la tónica de la dirección de Morillas), tuvo ocasión de manifestarse con éxito en la campaña contra un gobernador a quien todas las mañanas «El Pueblo Cántabro» invitaba a hacer la maleta y tomar billete para el primer tren de Madrid. Llegó en su rigor a preparar unas fotografías tomadas a las puertas del periódico, de «la fila de suscriptores» para la maleta al poncio, al que llegaba a los pocos días el relevo.

Quedaron pospuestas, por lo demás, grandes y pequeñas inquietudes ante la máxima producida por la tragedia de Annual, ensombrecedora de aquel verano que se deslizaba sonriente y feliz. Y hubo reacciones populares promovidas por el clamor de la prensa hacia la llamada de la patria. Alfonso XII tuvo que cancelar su veraneo. Después, manifestaciones de adhesión al Ejército, las despedidas a los soldados del Regimiento Valencia de guarnición, expedición formada en gran mayoría por muchachos montañeses, que fueron actualidad permanente culminando en la «batalla de Tizza»... En la bulliciosa Redacción de «El Pueblo Cántabro» se prodigaron rasgos de ingenio en aras del objetivo de mantener en alza el sentimiento patriótico y así surgió una sección firmada por un imaginario «Juan de los Castillejos» que a diario informaba, a través especialmente del material facilitado por las agencias, de las operaciones en que intervenían los que se habían ganado, a buen título, el calificativo de «Tercio chico».

1922 fue el año de la muerte de Eusebio Sierra, y Ezequiel Cuevas se había ganado la popularidad bajo dos seudónimos: «El Tío Caireles», en los medios taurómacos, y «Bergerac» por sus crónicas de salones, sección muy cuidada, dado el movimiento, durante los veranos, de figuras de relieve en torno a las jornadas regias, con sus tardes de polo, los brillantes saraos del Hotel Real, las grandes regatas y, en fin, con acontecimientos que han quedado con especiales relieves en la crónica santanderina.

Uno de éstos fue el recibimiento (día 1 de agosto de 1922) de Marcelo Torcuato de Alvear, presidente electo de la Argentina, cuya presencia en Santander, de paso desde Francia donde le había sorprendido su triunfo electoral, hacia su país, tuvo la doble significación de saludar personalmente al Rey y llegarse al solar de sus antepasados en Castillo de Siete Villas, cuna de los Alvear.

Ruano recibía el nombramiento de Subsecretario de Hacienda, y en el orden de los diarios aconteceres, se anotó la creación de la Coral de Santander. En otra esfera de más altas cuestiones, registró la reanudación vigorosa de la campaña pro ferrocarril del Mediterráneo. El tema permanecía con un fuego interior apasionante.

Para ir de acuerdo con los tiempos, y acaso como remedio del explosivo movimiento político italiano, aquí, ya en 1923, un pomoso Directorio Mercantil (con realidad sólo dialéctica) quemó no pocas actividades e ilusiones. Y lo propio sucedió con la polémica suscitada en torno al regionalismo cántabro. Se había creado un llamado Partido Social Popular, flor de un día a pesar de que para estimularle vinieran a Santander oradores como Osorio y Gallardo y Víctor Pradera, presentados por la fogosa juventud de un Santiago Fuentes Pila. De todo daba cumplida y objetiva cuenta «El Pueblo», como lo hizo con la inauguración de la Biblioteca de Menéndez Pelayo bajo la presidencia de Alfonso XIII y asistencia de Antonio Maura, y a los pocos días una fiesta hispanoamericana en la que fue protagonista el poeta venezolano Andrés Eloy Blanco, en fastuosa reunión en el Teatro Pereda.

Y al mes siguiente, el golpe de Estado del general Primo de Rivera, dejó en suspenso la actividad de todos los partidos políticos. La crítica de la historia ha fallado sobre lo que entonces aparecía como drástica terapéutica para el nacional desbarajuste. De ello se resentiría la vida de la prensa periódica pues desde aquel momento quedaba sentenciada la desaparición de publicaciones partidistas como «El Pueblo Cántabro» y «La Atalaya».

1924 se distinguió en la Montaña por el regocijo popular promovido por la subasta de las obras del ferrocarril Santander-Mediterráneo que quedaba en una empresa inglesa, la de Solms. Parecía que había sonado la archifamosa Hora «H» que en el diagrama de la temperatura regional se entrecruza con excesiva frecuencia con la «Hora X» de las decepciones. Aquel mismo verano el rey recibía en palacio a los congresistas de Arquitectura Española y allí el monarca expuso su magna idea de crear la Ciudad Universitaria de Madrid. Aunque no se dio información especial, el rigor histórico centra el lugar y la fecha santanderinos de la trascendente iniciativa convertida en realidad sin pasar mucho tiempo.

En el clima poco esclarecido en que la ciudad vivía, se produjo una viva disensión entre las fuerzas vivas y la alcaldía por la suspensión del Casino del Sardinero a consecuencia de la prohibición del juego. A aliviar psicológicamente esta contrariedad, llegó una potente escuadra francesa y varias unidades de otra italiana (en total treinta y tantos buques de guerra) poblaron la bahía durante unos días. Por entonces, Sánchez Mejías, que llenaba jornadas elegantes del Sardinero con su desbordante simpatía, y especialmente de algunas reuniones sociales del Hotel Real, actuaba de revistero taurino en «El Pueblo Cántabro». Y también por aquellos días se ponía en marcha la primera Vuelta Ciclista a Cantabria, organizada y patrocinada por el periódico.

Todavía no había alcanzado especial significación en la redacción de «El Pueblo», Manuel Llano, el «sarruján de Carmona». Tímidamente comenzaba en aquellas páginas sus trabajos literarios que han merecido los honores de las antologías, como «obra clásica» en la literatura montañesa. Llano ejercía en el diario funciones administrativas casi subalternas.

Los servicios de fotograbado de «El Pueblo Cántabro» los regía Severiano Quintana, de estupenda experiencia profesional, en «El Liberal» de Bilbao, que transmitió a sus hijos Tomás (en el reportaje gráfico acredimando el seudónimo de «Samot») y su hermano Alejandro, que habría de alcanzar notoriedad no sólo local, sino nacional, en el menester de los reportajes informativos y artísticos.

Un dibujante humorístico, Paco Rivero Gil, asomaba todas las mañanas a las ventanas de «El Pueblo Cántabro» con comentarios bienhumorados y de muy personal técnica, los perfiles más destacados de la vida santanderina.

Disueltos los partidos políticos, ya no tenía razón de ser la pervivencia de «El Pueblo Cántabro» y de «La Atalaya», que dejaron de publicarse en julio de 1927, fusionándose ambas empresas para dar paso a otro periódico, titulado «La Voz de Cantabria».

SPORT MONTAÑES

SEMANARIO DEPORTIVO

Precio: 5 céntimos

RÚALASAL 4 PRIMERO - Año I. Santander, 16 de julio de 1915 - Num. 10 - SEMANARIO DEPORTIVO - Precio: 5 céntimos

SPORT MONTAÑES

1915.

Redac. y Admón.: Rúa la Sal, 4, Imp. «El Pueblo Cántabro».

Román Sánchez de Acevedo se lanzó a una empresa inédita aún en el área provincial, como fundar una revista dedicada exclusivamente a los deportes. Acevedo colaboraba como informador y crítico en «El Pueblo Cántabro» y en otras publicaciones locales. Espíritu inquieto, hay que considerarle como innovador y pionero en el periodismo local de las protéicas lides del deporte. Eran tiempos romántico de culto al músculo y especialmente el fútbol, como espectáculo de multitudes, iba sumando considerables núcleos de aficionados que llegarían a polarizar sus entusiasmos en el Real Racing Club. La revista creada por Acevedo constaba de ocho páginas ilustradas con fotografiados. No podía pedirse más a una iniciativa nacida de la fe en el futuro.

Tuvo como colaboradores a Joaquín Rasero («Amaya»), Julio Fernández Caveda y los hermanos Miguel, Clemente y Ricardo López Dóriga. La publicación se titulaba «Sport Montañés» y nació el 15 de abril de 1915. Dos años abarcó su primera época, buena prueba de constancia y tesón en lucha con la precariedad económica. Casi de entrada contendió con el semanario taurino «Palitroques» cuyos redactores denostaban al fútbol como «cosa extranjera e indigna de ser tomada en consideración y menos aún en serlo». En el fondo, los taurinos sentían celos porque el fútbol iba imponiéndose como «espectáculo de masas» retrayendo y clarificando peligrosamente las filas de la afición al gran espectáculo, nacional puesto en causa a consecuencia de los «chismes y navajeos» de entre-barreras.

«Sport Montañés» tuvo un eclipse voluntario, pero el arriscado Acevedo volvió a la brecha tan pronto halló las contadas pesetas necesarias para reeditar su semanario, lográndolo de los talleres de Urresti, en Ruamenor, esquina al Puente. Después buscaría amparo en la imprenta de «La Atalaya» hasta la definitiva desaparición.

Fue en esta segunda época cuando «Sport Montañés» mantuvo empecinada y apasionada polémica con la directiva del Racing, presidida por Emilio Arri. Según los del «Sport», se estaba haciendo una «intolerable política caciquil» y

absorcionista por el Racing frente a los demás, ya bastante numerosos, equipos de fútbol de barrio, reclamantes de un puesto al sol y a las atenciones de la prensa diaria. Esta actitud (tengamos en cuenta que ello sucedía en la segunda aparición) produciría el movimiento, por un grupo de «hinchas» racingistas, concretado en el lanzamiento de «Palestra», como se ha de ver en su momento.

LAS NOTICIAS

DIARIO DE LA TARDE

SANTANDER. AÑO I.-Número 3

Redacción y Administración Colosía, 1, 1º, derecha.

Miércoles, 23 de junio de 1915

LAS NOTICIAS

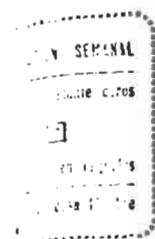
1915.

Diario de la tarde. Redac. y Admón.: Colosía, 1. Tipografía El Cantábrico.

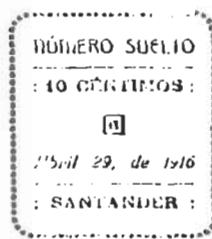
El 21 de junio de 1915, un grupo de redactores de «El Cantábrico», capitaneados por Fernando Segura, llevaron a cabo la idea de echar a la calle un diario vespertino. Proclamaba su ningún compromiso con partido político alguno, por ser su objetivo estrictamente informativo. De sus cuatro grandes páginas, la primera se abría con una sección en forma dialogada donde se apreciaba el estilo difuso de Segura, probablemente único redactor de la mayor parte de los artículos y sueltos definitorios de la vida local. «Simplicius» (Fernando Segura) llevaba también una sección en verso titulada «Charlas domingueras».

Vivió solamente seis meses escasos, cerrando su historial con el número 124 bajo el epígrafe «Hasta otra vez», donde, al anunciar la suspensión, hacia una síntesis de la vida provinciana de Santander, como se explica en estos párrafos: «Terminada la temporada veraniega y muy avanzado ya el otoño, el servicio periodístico que ha estado prestando al público «Las Noticias» resulta ya innecesario. El sostenimiento de un diario vespertino durante el invierno se hace en Santander un poco difícil, entre otras cosas porque aquí no se hace vida de noche como en las grandes capitales y, apenas comienza, la gente se retira a sus casas, las tiendas y las oficinas se cierran y tanto la distribución como la venta de ejemplares se hace poco menos que imposible sobre todo en las calles que ni están comprendidas en el centro de la ciudad».

Prometía volver a la arena durante la temporada de 1916, pero no cumplió el propósito. Segura iba quemando alegramente sus días de gozoso «forzado de la pluma».



EL ZURRIAGO.



La correspondencia al Sr. Administrador, calle del Monte 10, Santander

Nº 1

Director: D. Toribio del Garrote y de la Seriedad

Nº M. 1

EL ZURRIAGO

1916.

Publicación semanal. Anuncios bastante caros. No se admiten esquelas porque es cosa fúnebre.

En el catálogo que vamos repasando aparece un hebdomadario inaugurado el 29 de abril de 1916, y sólo tuvo de vida un mes. Llegaba con intención satírica y fustigadora —como denuncia el título— y lo dirigió «Don Toribio del Garrote y de la Seriedad». Del título y del «dirigente» se concluye que fue un propósito de transplantar a Santander, aunque fuera como modesto remedio, «El Mentidero» de Madrid, de Delgado Barreto. Y dado que el «Don Toribio» transcendía a compadrazgo imitativo de «Don Feliz del Mamporro y de la Sonrisa» del semanario madrileño, y por la circunstancia de hallarse en Santander, al frente de «El Pueblo Cántabro», Antonio Morillas Aguilar, se colige que éste fue el autor de la travesura propuesta por «El Zurriago». Sin embargo, por la lectura de los cinco números de su brevísimo historial, no se justifica claramente la ulterior intención satírica que pudiera asegurar más larga vida a «Don Toribio» con su «Zurriago».

Naturalmente, el carácter de desenfadada y jaquetona prestancia de «El Mentidero» era de difícil aclimatación por trasplante a Santander, donde el humor es de otra categoría y expresión, y por ello, el semanario no encontró ambiente con aire propicio para respirar hondo.

Se presentaba así tras del subtítulo «en serio»: «Nuestro objeto es desentrañar y sacar al filo de la murmuración y la chacota pública, las desvergüenzas de muchos inmorales y las ofensas a la pública honradez que muchos sesudos y graves señores, altos y orgullosos empleados, cometan a la vista y paciencia del pueblo...» «Ante tanta mentira política y social, contra todo lo inmoral, sea de arriba o de abajo, sea de derecha o izquierda, clamará bravamente 'El Zurriago'.»

Tan pretenciosos propósitos carecieron de base formal en las páginas de «El Zurriago», en las que la intranscendente chirigota hacía caer los sombrajos de unas intenciones excesivas sobre la moralización de las costumbres, según era

de ritual en esta clase de publicaciones. Todo era pura bagatela en la nueva publicación.

Ejemplo, esta «esquela» inserta a toda página:

El Señor Don Partido Republicano Unico
la ha diñado después de recibir
grandes improperios y la bendición
socialista.

Rabiando y Patalenado.

Su desconsolada esposa doña Federación Republicana».

Entre sus preferencias en el campo político municipal, fue combatir al entonces alcalde Vidal Gómez Collantes; y en una sección titulada «Noticias adelantadas con veinte años de anticipación, daba la siguiente: «Ayer se recibió en la Alcaldía el nombramiento de alcalde de Santander, extendido a favor del prestigioso farmacéutico y exconcejal republicano, don Ernesto del Castillo y Bordenabe»; lo chocante es que la «noticia» resultó profética, pues Castillo fue en efecto nombrado alcalde de la ciudad en 1936, veinte años casi justos del vaticinio de «El Zurriago».

Duró sólo un mes. También ocupando toda una página insertaba esta esquela:

Don Toribio del Garrote y de la Seriedad.
Hijos, Zurriaguito y Vergajillo; sobrinos,
primos, señores anunciantes y víctimas
con quienes se ha enseñado...

El citado Zurriago no ha podido sobrelevar
el sentimiento causado en su corazón por la
muerte de su joven esposa doña Región Cántabra».

Y este autofallecimiento iba seguido de unas copillas; remedio de una canción montañesa:

«Ya se van los del Zurriago;
ya cesa su publicación.
Ya se van los que ponían
la vergüenza en el balcón.»

ESPAÑA NEUTRAL

1916.

Revista del Círculo Neutral.

A finales del año 1916, nació una pequeña revista al calor de las rotundas afirmaciones de exigencia de neutralidad española ante el conflicto europeo, primero, por el discurso de Maura en Beranga; poco después por el arrebatador de Vázquez de Mella ambos con hondas y muy amplias repercusiones en toda la nación, lo que hizo que el nombre de Santander saltase aquellos meses a la plena actualidad nacional, pues en la Montaña fueron pronunciadas las sensacionales declaraciones de ambos líderes. Si alguna colección de los escasos números que compusieron su existencia se conserva todavía, representa una curiosidad de interés local. Testimonio son unas notas de José del Río sobre el momento en que las pasiones se encendían y desbordaban. «España Neutral» pretendía sostenerse en el equilibrio propugnado por Maura y Vázquez de Mella; pero sus redactores estaban inflamados de parcialidad, confirmando que lo paradójico es válido aún en las más espinosas cuestiones humanas.

Fue el promotor de «España Neutral» Alfredo Alday Redonet, financiador y director que confió la redacción a José del Río y a Francisco Revuelta, y la parte artística al pintor Angel Espinosa. Adolfo Arce fue nombrado gerente. Vemos, pues, el predominio de un grupo tradicionalista arriscado y combativo y, consecuentemente germanófilo. Deseábamos ardientemente –confesó Del Río– el triunfo de Alemania y hubiéramos querido que España luchase a su lado; pero esto no era posible y nos contentábamos con que no ayudase a Francia e Inglaterra». El equívoco atrajo la colaboración de algunos elementos de ideología revolucionaria, enemigos encarnizados del militarismo prusiano.

Alday rodeó su «empresa» de un lujo inusitado. Su propósito era conseguir la transcendencia de su revista por toda España, e incluso América, y no reparó en gastos. Para rodear a la publicación de un tono distinguido socialmente, instaló las dependencias en un primer piso de la calle General Espartero, de un denominado «Círculo Neutral» que, curiosamente, no tenía socios. «Nadie pagaba cuota –diría Río– y los que acudíamos disfrutábamos de un servicio magnífico de bar y restaurante a unos precios «fabulosos» por lo mezquinos. Se servían allí licores y vinos de marca a menos de la mitad de su coste y se podía merendar o cenar espléndidamente por dos o tres pesetas...»

Naturalmente la gente «se aprovechó» al correrse la voz de aquella bicoca tan generosamente ofrecida sin discriminaciones, y el Círculo tuvo una clientela «heterogénea y pintoresca, a la que maldito si le importaba algo de lo que estaba ocurriendo en el mundo». Derivó la cosa (a espaldas o acaso con la pasiva complacencia de Alfredo Alday) en la proliferación de «partidas» para el deporte de tirar de la oreja a Jorge y los mismos redactores que allí tenían el cubículo de sus expansiones literarias –«había que escribir para la revista!»– acabaron en

breve plazo por preferir el libro de las cuarenta hojas a darle a la pluma. Río apuntó de paso: «Era punto fuerte Rogelio Sánchez Ocaña, del que no hay en Santander nadie que recuerde haberle visto perder a ningún juego y mucho menos pagar alguna de las espléndidas meriendas que se organizaban todas las tardes como remate de las partidas.»

Río, Revuelta y Espinosa, los tres bohemios empedernidos, no tuvieron, por lo demás, que sacrificarse mucho. «Adolfo Arce tenía que irnos haciendo —diría Del Río— adelantos en el curso del juego. Hubo tarde en que uno de nosotros al levantarse de la mesa, tenía cobradas ya tres o cuatro mensualidades, sin haber salido todavía más que el primer número del periódico». «España Neutral» editada con lujo y sin límites en el coste de las colaboraciones de buenas firmas nacionales, no podía conseguir sus propósitos. A Alfredo Alday debió costarle mucho dinero sostener su entelequia. El mismo era un furibundo germanófilo y sumadas sus entusiastas preferencias a las de sus inmediatos colaboradores, la idea de la neutralidad resultaba una ficción que restaba nervio al propósito fundamental, surgido como un espejismo como va apuntado, entre el entusiasmo de los discursos de Maura y Vázquez de Mella.

Todo tenía que conducir al fin no previsto por el optimismo de los primeros momentos. La revista salió muy contadas veces y eso cuando Dios quería y el Círculo tuvo que reducir sus expansiones. La causa de la neutralidad no había tenido los fieros defensores propuestos.

No se escatimaron a los hombres de su revista tropiezos hasta de índole personal. Veamos cómo la pluma de «Pick» describió el más comentado en el mundillo santanderino. «Trabajando en «España Neutral» tuve yo un incidente con el cónsul inglés que era entonces Mr. Raynes o algo así. Dicho cónsul fue uno de los agentes más activos del espionaje y de la propaganda aliados en el norte de España. Tenía montado un admirable servicio de información que le permitía estar al tanto de las actividades de sus enemigos. Como es de suponer, la fundación del Club y la revista no le agradó mucho y con ocasión de no sé qué que escribí yo, me envió una carta seca e imperativa, «mandándome» que me presentase al día siguiente en el Consulado. Yo le contesté en el periódico que no tenía por qué recibir órdenes de ningún extranjero y le advertía que España no era todavía una colonia. Esta respuesta se celebró en «España Neutral» con una cena opípara que nos dio Alday y que se regó con vino bueno del Ribeiro para demostrar que hasta en el beber éramos españoles y no queríamos nada de «extranjis». Como no fuera de Alemania, naturalmente. Así estábamos de locos en aquellos años».

Fue realmente un episodio pintoresco el de «España Neutral» que ofrece algún matiz de lo que entonces acontecía en Santander.

NOTICIERO MONTAÑES

1918.

Diario de la tarde. Imp. de «El Pueblo Cántabro».

«Los periódicos de la tarde se han abierto ya amplio campo en todas las capitales españolas y ésta no ha de ser una excepción», proclamaba al llegarle el turno **en el primer número** (el de mayo de 1918) un diario vespertino **hijuela** de «El Pueblo Cántabro». Su definición era la preferencia de unas gacetillas, al artículo; el suelto liso y llano «a todas las formas de literatura periodística trasnochada». Llegaba, pues, con el propósito de ser puramente informativo y así, su primera página estaba toda ella dedicada a los telegramas y conferencias telefónicas que desde Madrid le transmitían noticias de todo el país y del extranjero. Tengamos presente la fecha: Europa estaba todavía sumida en los horrores de una guerra cuyo armisticio se presentía de allí a unos meses.

Nada faltaba en aquellas cuatro páginas para la buena información del lector; **en lo local, a través** de su sección «Carnet del repórter»; comentarios a la fiesta taurina; **una sección** financiera bien llevada y otra, muy corta, **con la rúbrica** «Mesa deportiva» a cargo de «Klazito» seudónimo que ocultaba a Jaime Rubayo de la Serna.

En el **mes de julio** introducía la novedad de repartir premios **entre** los lectores y durante **el verano daba** amplias reseñas de las carreras de caballos en el hipódromo de Bellavista, entonces en pleno auge y que constituían reuniones de la elegancia indígena y foránea. En la «pelousse» desfilaban caballos **de** las más prestigiosas cuadras españolas, como la del Duque de Toledo (Alfonso XIII), Villabrágima, etc., etc. Era un remedio, a escala reducida, **del** «turf» de Epson.

De vez en cuando aparecía la firma de «Roque For» (Antonio Morillas) cuya participación en el noticiero era evidente, por la agilidad y **amenidad** que imprimía en la confección del diario vespertino, que, apenas terminado el verano entró en decadencia y no atendía sus servicios con el esmero de las primeras semanas; una **indudable anemia económica** había paralizado sus ímpetus iniciales, y era ya un arrastrarse perezamente, **falto** de aliento. La experiencia de editarle como diario de la tarde no había cuajado. Esta clase de publicaciones se nutre más sustancialmente del sensacionalismo adornado **con** alardes tipográficos. Realizarle con la técnica de un diario de la mañana era un error. Así se

demostró en algunos intentos y aun subsiste ese principio casi inalienable de la prensa diaria como negocio económico.

Del «Noticiero Montañés» hay que registrar como curioso el vaticinio de las dificultades y molestias que el automóvil había de aportar como problema en las calles; el comentario que en sus últimos días hizo a un bando dado por el alcalde Eduardo Pereda Elordi sobre los peligros para la circulación no reglamentada todavía y que la experiencia demostraría que a pesar de todos los reglamentos, subsistirían. Claro está que por aquellos años se contaban muy rápidamente los automóviles inscritos en el parque local; pero el atropello y muerte de un niño obligó al regidor mayor a fijar unas normas precautorias; Pereda Elordi prescribía, para la marcha de los coches de motor la de un buen tronco de caballos al trote, y no más; que cuando los conductores observaran que se producía espanto en las caballerías de coches y carromatos, ya fuera por la vista del automóvil, o por el ruido que este producía, estaban obligados a detenerse y suprimir el uso de la bocina, pudiendo reemprender la marcha sólo después de que las caballerías hubiesen pasado. Añadía el bando que las calles en que hubiera aglomeración de coches o de personas, el automóvil moderaría su marcha. Y desde luego prohibía el uso de la bocina «que hará sonar repetidas veces en los puntos de peligro». Prohibía el libre escape de los gases y la placa de la matrícula habría de ir iluminada.

EN
LA
POST-GUERRA
(LOS FELICES
AÑOS 20)

La Montaña

ARM 1
SANTANDER, 28 DE JULIO DE 1920
NÚMERO 6

DIARIO GRAFICO DE INFORMACION

TALLERES CALLEJA - SANTA CECILIA
Avenida de la Alameda, 13. Tel. 27-12-72

LA MONTAÑA

1920.

Diario gráfico de información. Redac. y Admón.: Atarazanas, 13. Talleres: Cuesta, 1 y 3.

Nuevamente fue voceado por las calles santanderinas el título de «La Montaña», que no tenía ningún nexo con los anteriores periódicos de la misma denominación. «Somos liberales —afirmó en su primer número, el 2 de julio de 1920— y entendemos lealmente que no puede ser otra cosa; y como tales liberales hemos de proceder; pero no queremos ni estamos propicios a ser órgano de un partido, sino paladines de una idea».

Se había constituido la Empresa «Minerva», presidida por el abogado Eduardo Pereda Elordi, que desempeñaba la alcaldía hasta el mes de abril de aquel mismo año. Pereda nombró para director del nuevo diario a Miguel España.

Traía aire nuevo, tirado en impresión muy cuidada en talleres propios, instalados en los locales del que había sido hasta hacía poco típico restaurante «El Pájaro», de los Tafall-Gorriti, de la calle Cuesta, y lugar muy visitado por los buenos «gourmets», o que de tales tenían fama en el pueblo, como Ramón Herrera y el gran actor Ricardo Puga...

Constaba el nuevo cotidiano de doce páginas, con grabados y abarcaba todas las secciones de un periódico moderno. Desde Madrid recibía las crónicas diarias de José Lorenzo. Tenía también fotógrafo propio, Fernando del Río. En la primera Redacción figuraron Jesús Escartín, como jefe del equipo, y Federico Vázquez Angulo, Hilario San Miguel y Román Sánchez de Acevedo. Como colaboradores fijos, Fernando de la Mora (castizo escritor madrileño, que residía en Santander donde su esposa era profesora de la Normal de Maestros), Joaquín Toyos, Ordóñez Flores, José Fúster Botella... Periodistas profesionales casi todos ellos, procedentes de Madrid. Excepcionalmente contó con la pluma de Pedro de Répide, quien hizo un notable reportaje sobre Angel Basabe, por aquellas calendas muy popular por sus ruidosas campañas «en favor del héroe Pedro Velarde»; en estos trabajos, Répide maridó al periodista y al escritor de raza, para trazar una precisa, vital, humanísima y pintoresca semblanza del original personaje que era el antiguo mercero de la calle de la Blanca.

Un excelente artista bohemio, «Amadeo», ilustró las páginas de «La Mon-

taña» durante el primer verano; le sustituyó Fernando Leal, que hacía sus primeras armas en el dibujo humorístico.

Pereda Elordi era garciaprietista y aunque el nuevo periódico por él inspirado había hecho profesión de fe de absoluta independencia, claramente se advirtió qué fracción política era la que iba a servir «La Montaña». Así lo reveló bien pronto al prestar especial e intencionada atención, por medio de aparatoso información, a la visita realizada a Santander por el Marqués de Alhucemas que llegaba en busca de la concentración de los liberales. Pero era, a la vez, insobornable regionalista a la manera como este concepto había venido siendo aspiración de los montañeses: más por su vertiente sentimental que rigurosamente política.

El crítico deportivo, Jesús Escartín, llevaba en estas páginas una sección con la firma «Diario de un repórter». Suya fue la crónica-reportaje de una cacería regia en los Picos de Europa. Miguel España dejó la dirección que pasó a manos de Federico Vázquez Angulo, autor de «Comentarios al vuelo»; pero tampoco éste calentó excesivamente el sillón directorial; el periódico quedó en manos de Escartín y de Sánchez de Acevedo, quienes, en las postrimerías de la existencia del diario vespertino, lo escribían todo. Durante algún tiempo colaboró Jesús Amber con el seudónimo de «Gil Blas», durante unas estancias en su ciudad natal, en sus correrías de sempiterno bohemio de burguesa presencia, aunque de alborotadas ideas de trasnochado romanticismo.

La subida de Dato al poder, desató una furiibunda campaña oposicionista contra lo que el nuevo líder conservador significaba. El gobierno de Dato, en vista de las circunstancias adversas por la carestía en la fabricación de papel nacional, dictó una orden reduciendo el número de páginas periódicas, por lo que «La Montaña» acusó un golpe mortal en su economía, y recrudeció su lucha contra el liberalismo histórico.

Comenzó su decadencia en los finales de aquel mismo año; fueron desapareciendo sus principales y más leídas secciones por la deserción de la mayoría de los redactores, y el día 18 de enero de 1921, ésto es, a los seis meses de su nacimiento, anunciaba a los lectores la suspensión con la promesa de acelerar en lo posible unas reformas y «reaparecer en el más breve plazo posible. Pero era un efugio manido para confesar lo irremediable. No volvió a imprimirse. Fue un diario que llegaba con ímpetus nuevos, bien editado, bien escrito... pero la concurrencia con los otros cuatro diarios de ya larga vida («El Diario Montañés», «El Cantábrico», «La Atalaya» y «El Pueblo Cántabro»), hacían imposible el reparto del limitado censo de lectores en una provincia donde se leía poco, y a ello contribuía la débil agilidad de sus comunicaciones para abarcar rápidamente toda el área regional.

«La Montaña» tenía una tirada de dos mil ejemplares muy aceptable entonces frente a la competencia absorbente de los rivales grupos políticos. La causas de su temprana muerte pueden atribuirse a incompatibilidades de orden interno

en el partido garciaprieta, a la sazón escindido en dos fracciones, y vino a acelerar la catástrofe la crisis suscitada por la publicación, en un número extraordinario, para informar sobre una peregrinación internacional al Cristo de Limpias en torno al que se había producido honda sensación entre las gentes dispuestas a aceptar como dogma de fe la piadosa leyenda milagrera de la venerada imagen. La información la firmaba Angulo, enviado especial del periódico y provocó la ruptura entre los caudillos de los dos bandos locales del garciaprietismo.

LA REGION

SANTANDER

Nº 1 | DIRECCIÓN Y TALLERES Calzadas Altas, 11.—Teléf. 2-127 | DIARIO INDEPENDIENTE DE LA TARDE | Santander, 1 de Abril de 1924.
ADMÓN.: Puente, 20. Imp. Urresti. | Año I

LA REGION

1924.

Diario independiente de la tarde. Redac. y Talleres: Calzadas Altas, 11. Admón.: Puente, 20. Imp. Urresti.

El impresor Víctor Urresti, propietario de los recursos tipográficos de los talleres de Arce, procedentes de la clásica imprenta de Blanchard, y con el asesoramiento de Román Sánchez de Acevedo, creó el diario vespertino «La Región» cuya dirección fue brindada a Víctor de la Serna y Espina, a la sazón inspector de Primera Enseñanza. Al nacer «La Región», el día 3 de abril de 1924, ya estaba en su apogeo la dictadura de Primo de Rivera, régimen al que no de modo decidido, acató haciendo honor, por otro lado, a su enunciado de «diario independiente» en una postura de inteligente discreción. Pero por encima de los partidismos políticos, Víctor de la Serna quiso, y lo consiguió, dar a la nueva publicación el tono regionalista conforme al concepto provincial de mantenimiento de las esencias y problemas de una región que, opuesta al cerrado centralismo, repugnaba los hechos diferenciales y cualquier intento de secesión. Un regionalismo diríase que predominantemente intelectual al modo como Pereda lo había definido en su discurso de los Juegos Florales de Barcelona.

«Santander, solamente ésto, Santander —declaraba en su presentación a los lectores—. He aquí nuestro programa, el mote de nuestro blasón, la síntesis de nuestro ideario. Santander y su provincia tendrán a diario por nosotros las

noticias más importantes recibidas en nuestra redacción, por teléfono, en cuatro conferencias diarias que nos transmitirán nuestro agente informativo y nuestros numerosos corresponsales. Nada hemos regateado en este sentido y podemos alardear de tener montado un servicio informativo como pocos periódicos pertinentes de España. Todo por nuestro pueblo y por nuestra provincia.»

En efecto, aparte de su entonación literaria y conforme al estilo sustancial del periodismo culto que a lo largo de toda su vida y en creciente superación, trascendía de la pluma de Víctor de la Serna, «La Región» comentaba y daba información de la más palpitante actualidad en los tres grandes sectores, mundial nacional y local.

El día del estreno insertó en lugar preferente un artículo de Concha Espina titulado «Peñas al mar»; otro con el que el castizo escritor madrileño Fernando de la Mora iniciaba su diaria colaboración; uno más, de Fernando Barreda y la sección en la que Víctor, bajo el seudónimo de «Juan Pérez» comenzó en realidad su profesión periodística. Tuvo, por tanto, «La Región», la feliz particularidad de haber sido el instrumento para la revelación total del escritor montañés, continuador de una brillante dinastía de ingenios literarios de la tierra a la que aportó réditos pingües con su obra. Algunos de aquellos artículos han pasado como muestras antológicas al libro «España, compañero» editado por Alfonso de la Serna.

De la Serna dio el espaldarazo a un poeta y periodista montañés que junto a él empezó a manifestarse con el seudónimo de «Antolín Cavada» y que sin pasar mucho tiempo sería requerido para dirigir «El Día de Palencia», para regresar a su patria chica en 1932 a la dirección de «El Diario Montañés». Queda nombrado Manuel González Hoyos, pluma de clásico corte, laureado dos centenares de veces en juegos florales y autor de excelentes libros.

También fue obra de Víctor el descubrimiento de un ingenio femenino montañés oculto tras el seudónimo «Iasnáia Poliana», clara revelación de preferenciales ideologías en quien eligió tal nombre que es el de la residencia de Leon Tolstoi. Hasta muchos años después, no se llegó a saber que aquella escritora de fuerte aliento y fina sensibilidad se llamaba Consuelo Bergés.

Dorao y Díez Montero, profesor del Instituto, llevaba la firma de «Lisardo» en la sección «De Sociedad», pues en los «felices años» Santander era corte real de verano. Colaboraba también Epifanio Buján, antiguo y represaliado funcionario de la Compañía de ferrocarriles del Norte, sobre temas sociales y que con el tiempo llegaría a sustituir a Víctor de la Serna en la dirección para dar al periódico un aire de liberalismo de izquierdas marcadamente social. La sección deportiva la llevaba Sánchez de Acevedo.

«La Región» fue desenvolviéndose sin aparentes graves contratiempos económicos aunque tampoco desahogadamente. Víctor retenía a la clientela lectora con la emocional vibración de su pluma. Los dos años de su dirección dejaron la impronta de un personal estilo. Al abandonar «La Región» Víctor comenzó a

colaborar en «El Diario Montañés», cuya empresa le confiaría «El Faro». Su puesto fue ocupado, como va señalado, por Epifanio Buján con quien se abría una etapa de «apertura a la izquierda», templada en sus comienzos. A la caída de la dictadura se declaró abiertamente progresista, y republicana desde poco antes del 14 de abril de 1931, con evidentes coqueteos con el socialismo. Al imponerse francamente, por el cambio de empresa, esta tendencia, Buján tuvo que abandonar su puesto y marchó a Madrid. Buján era combativo pero sin la necesaria altura pues siendo autodidacta no había logrado una formación para altos empeños periodísticos sobre todo en momentos críticos: Así se le plantearon algunas polémicas de muy mediocre estilo con «El Guarni» o «Don Vely» según eran los seudónimos del vallisoletano Honorato Montero.

Ausente Buján, se hizo cargo del puesto directivo Luciano Malumbres, con cierto renombre en Santander cuando le nombraron presidente del Ateneo Popular. Malumbres había sido suboficial en el Regimiento Valencia, de la guarnición, en cuyo batallón expedicionario marchó en 1921 a Marruecos tras del desastre de Annual: enviaba desde el frente crónicas a «El Cantábrico» donde adquirió notoriedad como informador de guerra.

Repasar las páginas de «La Región» es seguir la crónica diaria de los más turbulentos años del periodismo local y del proceso revolucionario en esta provincia. Vibraban en sus columnas las pasiones, entre expresiones violentas de un extremismo llevado a las últimas consecuencias con su estela de encuentros callejeros, incendios y atentados. En ellas se mantuvo, sin desfallecimientos, el tono más encendido con la diaria solicitud de guerra sin cuartel y sin piedad. Aunque «La Región», en apariencia, parecía vocero del socialismo, este partido no quiso hacer clara confesión de su plena identidad con el periódico, y antes bien, las centrales sindicales llegaron a salirle al paso, en ocasiones, con lo que el director de «La Región» se consideraba casi desilusionado. Hubo épocas en que luchó en solitario, y acaso empujado hacia actitudes rayanas con la irresponsabilidad.

Este proceso comenzó a la proclamación de la República y alcanzó grados culminantes durante y después de la revolución asturiana del 34. Las campañas tenían marcado cariz libelista. Malumbres vivía peligrosamente y su autoproceso le condujo a la tragedia. Una tarde que se entretenía con unos amigos en el bar «La Zanguina», fue asesinado. El atentado conmocionó a la ciudad entera que por espacio de varios días se sintió sometida al terror.

Quienes conocieron y trajeron a Malumbres sintieron su muerte porque en la intimidad era hombre afectuoso, irritable por su nerviosismo, es cierto, pero incapaz no ya de participar, sino de insinuar siquiera la menor acción contraria al deber de un ciudadano consciente. Fue víctima de la inseguridad en el valor de una preparación empírica.

Su esposa Matilde Zapata continuó su obra, más enrojecidamente a partir del 18 de julio de 1936. «La Región» era instrumento de una fuerza que no



llegaron a compartir sus extralimitaciones, como se desprende de la lectura objetiva de algunas autoprotestas clamantes.

Dejó de publicarse el 29 de junio de 1937, dos meses antes de la entrada de las tropas nacionales. El Frente Popular no tuvo en cuenta los servicios prestados por la publicación pues la sometió al mismo tratamiento que a los demás periódicos locales. A raíz de la torrencial evacuación de Bilbao, con su reflujo de decenas de millares de vascos fugitivos, se decretó la supresión de los diarios locales que quedaron refundidos en uno sólo: «República».

PALESTRA

1924.

Semanario deportivo. Redac. y Admón.: Blanca, 9. Imp. Sldus, S. A. Artes Gráficas.

Hacía ya unos cuantos años que el mundillo futbolístico giraba en torno al Real Racing Club manifestándose con explosiva pasión. Era la que podía llamarse «crisis de crecimiento» premonitoria del cambio que en el concepto más estricto del deporte habría de operarse: había brotes del fenómeno del profesionalismo, los ánimos se encrespaban y el fútbol, como espectáculo de multitudes erigía sus ídolos rodeándoles de amplios halos de popularidad al mismo tiempo que derivaba hacia la «política deportiva de entre bastidores». El Racing mantenía pleitos con la Federación Cántabra de Fútbol con la intervención de acérrimos partidarios de uno y otro bando. Para atizar el fuego de las polémicas, los cronistas arrojaban ingredientes inflamables a la hoguera.

Llegó el momento en que algunos notorios racinguistas consideraron imprescindible para la defensa de «su» club, fundar un semanario en contraposición a la campaña que ardidiamente llevaba el «Sport Montañés», como va relatado. Y salió con el sugestivo título de «Palestra». Domingo Solís Cagigal, que había llevado la crítica deportiva de «El Diario Montañés» se vio asistido por dos colaboradores jóvenes y batalladores: Francisco Gutiérrez Cossío, iniciaba entonces su espectacular carrera artística, y Alejandro Quintana Suero. El propio Solís Cagigal, como director, explicaría en el número de presentación (21 de enero de 1924) las causas motoras de la presencia de «Palestra», bajo el epígrafe «Quiénes somos y a qué venimos». Es imprescindible en el historial del deporte montañés: «Optimistas por nuestra juventud y por nuestro entusiasmo desde este día salimos a la «Palestra» dispuestos a cooperar con armas de tanta eficacia como la prensa, en esta noble labor de propugnar el deporte, lo que es tanto como decir, labor patriótica porque lo es por la raza. Este es nuestro lema. No somos nuevos en el deporte ni tampoco viejos. La mayor parte de nosotros no pertenecemos a aquella época que alguien ha dado en llamar «la era del palo» entendiendo por tal aquel período de iniciación del fútbol en el que nuestros

primeros jugadores tenían que transportar los palos al hombro hasta el lugar del encuentro. Procuraremos que en nuestra vida periodística tampoco tengamos que llevar ninguno».

Al cumplirse el primer aniversario de la revista, Solís (que ya se había retirado de estas tareas, según luego se verá), recordaba los momentos de iniciación con estos párrafos: «Yo fundé «Palestra» en unión de otros deportistas. Yo recuerdo aquel editorial escrito nerviosamente, clavando la mirada en lo desconocido. Yo recuerdo que brincaba de gozo mi corazón oyendo vocear el nombre querido por las calles...»

Y de lo que la revista significó en la Montaña y en la prensa santanderina de su especialidad son elocuentes estas frases: «'Palestra' ha sido la fidedigna historia de la época más turbulenta del fútbol regional. En sus páginas queda reflejado un período de poderío absoluto y déspota, en el que se cometieron todas las arbitrariedades y todas las injusticias al amparo de una autoridad que mientras para unos se mantenía enhiesta, para otros se doblegaba servilmente...»

Queda reflejado el motivo principal de la vida del semanario: el pleito permanente del Racing con la Federación de Fútbol, no sólo la regional, sino la nacional: «Pepe Montaña» tendría, al cabo de vinticinco años, que describir aquel panorama: «Riñen fiera pelea los deportistas, divididos en dos bandos encarnizados, el de la Federación y el del Racing, celebrando una asamblea reñida con todo pudor deportivo, donde los delegados de los clubs fueron a votar con todas las viejas mañas de la política, con soborno de sufragios (si no por monedas, si por favores), con triunfo de los secuaces de don Roberto Alvarez, y disolución del Colegio de Arbitros».

La revista apareció modestamente con ocho páginas, ampliadas enseguida a doce y a dieciocho. Su formato estuvo inspirado por una inteligencia estética en cuanto a tipografía moderna, y puede decirse que incorporó una nueva manera en la prensa deportiva, no sólo regional, sino nacional. Magníficamente impresa en «Aldus» con excelente papel, ilustrada con fotograbados y caricaturas de Rivero Gil, se hicieron rápidamente populares algunas de sus secciones, como «Tizonazos por don Nuño», «Aspectos» firmados por «Bruno Celis» y otras rúbricas como la que llevaba a su cargo «Pepe Cualquiera» (José María Barbosa).

La «mala temporada» que sufría el Racing justificó la campaña de «Palestra» con este «slogan»: «Frente a todas las contrariedades es necesario fomentar el racinguismo por amor a Santander.»

A los cuatro meses de su aparición afrontó el problema del profesionalismo, al que consideraba «nueva era del fútbol nacional» y frente a él, opinaba así: «Por algunos cronistas ya se esbozan algunos de los problemas cuyo estudio y solución es imprescindible, pues lo exige el propio prestigio». Citaba el desenvolvimiento económico de los clubs nacionales que comenzaban a purgar las

consecuencias, de un lado, por la política deportiva imperante al organizar encuentros con equipos extranjeros cuyas subvenciones aumentaban de día en día y también por las insistentes solicitudes que de aquellos se hacían, llegándose en ocasiones a verdaderas subastas. Acusaba a los catalanes como principales responsables del giro que el fútbol, como espectáculo, estaba tomando en el país. Y por otro lado acusaba al fisco «cuyos funcionarios, decía, ocupaban las taquillas como si fueran ricos filones».

Fue curiosa su campaña en pro de la creación de una «Escuela de cronistas deportivos» y, al flanco, contra el caciquismo deportivo rural.

Solís había dejado la dirección con el número 20, pero hasta el 26 no se hicieron públicas las modificaciones introducidas en la regiduría del semanario. Había iniciado, hacía unos meses, su colaboración Luis Soler, «Sollerius» e incorporado a Cesáreo San Vicente, «Abderramán». Al primero le brindaron la dirección y la gráfica la asumiría Alejandro Quintana. Como colaboradores inmediatos, contaba con, además de Barbosa, Santiago Arenal, Santiago Montoya, Tomás Agüero, Emilio Arrí, Modesto Cayón, y subsistirían los artículos de Solís Cagigal y de Pancho Cossío.

Soler imprimiría un tono más abiertamente apasionado, pero la línea del semanario perdía en quilates. Y así fue desarrollándose la marcha de «Palestra» con enconadas campañas hasta que Soler abandonó su puesto (el 25 de enero de 1926, esto es, en el segundo aniversario), pero continuando como colaborador y la regiduría pasó a Cesáreo San Vicente. Este soslayó el tono virulento de su antecesor y cultivó más la encuesta y la información provincial y nacional.

Sufrió una interrupción en el número 124; había terminado la campaña puramente deportiva. «Palestra» anunció su necesidad de descansar «para volver con nuevos bríos». Lo hizo en el mes de octubre, pero a pesar de sus promesas de reaparición formal y regular, la vida de la revista estaba ya condenada. No volvió a sus contactos con los lectores después del número 133, el 24 de diciembre de 1926.

Había durado dos años y siete meses, aproximadamente.



EL FARO

1926.

Diario gráfico de la tarde. Imp. de «El Diario Montañés».

La renuncia de Víctor de la Serna a la dirección de «La Región», como va anotado, fue compensada con el requerimiento de la Editorial Católica, a través de la intervención de Joaquín Arrarás. Estaba proyectada la edición de un vespertino en cierto modo hijuela de «El Diario» para contrarrestar las campañas de marcado matiza izquierdista ya iniciadas por «La Región». Así salió a la calle el 1 de julio de 1926, «El Faro».

«Nos sería muy fácil —escribió Víctor de la Serna en el primer número— ensartar un programa muy campanudo en estas líneas que trazamos desde «El Faro». Pero vamos a dejarnos de programas porque están muy desacreditados y porque es al público al que compete el alto juicio sobre una cosa tan pública como un periódico. No venimos a otra cosa que a informar, a contar al público las cosas que pasan sin más complicaciones, como mejor sepamos o podamos. Queremos, sí, hacer una profesión de fe periodística, exponer nuestra norma moral que no es otra en resumen que la que presida la mayoría de los periódicos españoles». A continuación «recitaba su credo» cuyos principios de fe y ética profesional tienen vigencia permanente.

Desde su primer número, ofreció la acusada tónica de periódico bien escrito, ampliamente informativo a través de sus secciones y cuidadoso en la selección, en la presentación y con el elegante empaque tipográfico que le fió Ignacio G. Camus, regente de los talleres, excelente escritor y poeta a la vez. Camus era linotipista y muchas veces fue sorprendido en el silencio del taller escribiendo directamente sus versos sobre el teclado de la prodigiosa máquina de componer. Todo ello contribuyó al crédito conferido inmediatamente por la masa de lectores que todas las tardes aguardaban los brillantes destellos de «El Faro». Publicaba unas «Notas de Redacción» de la pluma lozana de Víctor. A doble línea, fulgían los «Destellos» firmados por «El torrero de guardia», seudónimo con el que velaba su nombre Alejandro Nieto. Esto era una garantía de que el lector habría de encontrar ejemplos del más garboso y castizo estilo en brillante castellano.

Muy corta era la plantilla redaccional como auxiliar a la tarea apresurada de Víctor de la Serna; un periódico provinciano de la tarde supone la marcha contra el reloj sobre todo cuando los medios materiales son limitados, de suerte que la

salida de «El Faro» era casi un milagro vespertino y cotidiano. En él se introdujo, en la prensa local, la modalidad de una sección amplia de crítica e información cinematográfica a cargo de Sánchez Mitre. También acogían sus páginas artículos de excelentes plumas montañesas.

Era muy curiosa la manera de trabajar de Víctor de la Serna; obligado con frecuencia a intervenir en todas las secciones, había de entrar incluso en la cabina telefónica, para recoger las conferencias dictadas por los correspondentes, por medio de una taquigrafía «sui generis» y gracias a su fresca memoria y extraordinaria asimilación. Entrenó unas «Viñetas del día», y valga la escrupulosidad en señalar la fecha exacta de su estreno: el 1 de diciembre de aquel año, porque la cita pertenece a la pequeña historia del gran periodismo. Víctor comenzaba a escribirlas con la atención asediada por el teléfono, por inopinadas «excusiones» a la platina, por la corrección de unas pruebas, por la visita intemperante de algún curioso... Aparecería el regente reclamando para la linotipia la media cuartilla escrita, y así, entre la primera línea a la última, había pausas colmadas por inaplazables quehaceres. Pero la «Viñeta» aparecía sin necesidad de rectificaciones, pulcra, correcta, retozona dentro de su gravedad, como una pequeña joya literaria; recogía el comentario incisivo, la opinión de elevada cota, la definición de un momento transcendente en la vida local o nacional. Las «Viñetas» salían dispuestas a incorporarse a la antología de un periodismo de gala. Merecieron salvarse de la prisión del archivo en la Hemeroteca, y un puñado de aquellos trabajos, recogidos en libro bajo el título de «Doce viñetas», bellamente editado por «Aldus» e ilustrado con dibujos de Ricardo Bernardo, constituyó el homenaje que al autor tributaron amigos y admiradores concurrentes a una tertulia literaria y montañesista por él creada bajo la denominación de «La pájara pinta» en el bar «Piquio», abierto en la Ribera. Tertulia que además de los habituales el pintor Bernardo, Miranda, José Samperio, Luis Corona, Millán Borque, Enrique Jiménez, Pedro Lorenzo, Alfredo Velarde y otros entrañables, se llamaban Gutiérrez Solana José y Manuel, Cristóbal Ruiz, Victorio Macho y otros notables.

La forma de trabajar de Víctor, realmente abrumadora y de manera especial por los menesteres ordinarios de la confección del diario, hubiese determinado una desviación del estilo; sin embargo, en él fue estímulo y depuración.

Como es natural «El Faro» permaneció, políticamente, aceptando sin renuncias el régimen primorrivista, pero sin triunfalismos. Hacía honor a su credo político y de esta forma, los dos años casi justos de su comunicación con el público, se sucedieron alumbrando cada tarde caminos sin zozobras. Dejó de publicarse en el verano de 1928. Víctor de la Serna había sido trasladado a Madrid en su cargo de Inspector de Primera Enseñanza.

SANTANDER, 30 L.N.º
MARTES, 30 DE AGOSTO
DE 1927

REDON., ADMÓN. Y T.
LLERES: SAN JOSÉ, 15.
APAR 61 - TELEF. 15-22

LA VOZ DE CANTABRIA

DIARIO GRAFICO INDEPENDIENTE DE LA MAÑANA

LA VOZ DE CANTABRIA

1927.

Diario independiente de la mañana. Redac. y Admón.: San José, 15.

Fruto —según se ha historiado ya— de la fusión de «La Atalaya» y «El Pueblo Cántabro» fue «La Voz de Cantabria» estrenado el 30 de agosto de 1927. La disolución de los partidos políticos por el Directorio Militar, hizo inoperantes las fracciones subsistentes de las ramificaciones del sistema instaurado el siglo anterior por la Restauración. La masa conservadora montañesa, escindida entre mauristas y liberales conservadores llegó aquel año de 1927 a un entendimiento para sacar el diario, aglutinante, que se definió en el primer momento como «defensor de la Montaña» y en consecuencia y haciendo honor a su título, «servir a nuestra región y verla floreciente, adelantada y progresiva». Y aclara: «Recogemos al nacer a la vida, parte del espíritu de dos viejos periódicos que se dieron muerte voluntaria. De la ideología de estos dos periódicos procuraremos conservar lo que significaba alma y servicio de la región. Lo demás, que tuvo valor en su tiempo, pertenece a la historia y lo enterraremos respetuosamente.»

Era confesión de que no le ataban al pasado irrenunciables compromisos banderizos y de ahí su proclamación independista, pero una «independencia conservadora» entonada y al ritmo de los tiempos, de los que admitía la síntesis de la evolución por la que el país atravesaba. No quiere decirse que acatara en plenitud el régimen, sino vivía dentro de él atemperado al ambiente de reconocimiento tácito aunque sin renegar de otros principios. Pudieron los lectores comprobarlo cuando la dictadura comenzó a declinar y luego sancionando el hecho consumado de la República del 31, pasando a situarse en la zona templada del maurismo republicano.

Se confió la dirección a José del Río Sáinz y la jefatura de Redacción a Antonio Morillas. El primero, apartándose tácitamente de su antigua línea combativa, se convirtió más en colaborador literario que en elemento activo. Continuó escribiendo sus «Aires de la calle» y trazaba reportajes retrospectivos con el empaque y la agudeza de un brillante estilo. No pasó mucho tiempo sin que esta

postura encajase definitivamente en su verdadera condición dentro del flamante periódico, y dejó la rectoría sucedido por Guillermo Arnáiz de Paz que reunió en una sola mano la gerencia de la empresa editora y la dirección efectiva.

Comenzó a editarse con 20 páginas y profusa información gráfica a cargo de los hermanos Quintana; formaron el equipo redaccional Ezequiel Cuevas (que pasaría luego a «El Cantábrico»), Francisco Revuelta, Alberto Espinosa, Emilio Rodríguez, Sánchez de Acevedo, Francisco de Lecue, procedente de Bilbao y más tarde Cayo Pombo Quintanal, a quien confiaron los «Relieves del día» especie de editoriales cortos. Y desde «La Región» donde no se encontraba a gusto, saltó al nuevo periódico Maximiano García Venero, de no más de veinte años y que llegaba cargado con un rico bagaje de conocimientos de la buena técnica profesional y una pluma brillante. A él le fueron confiados frecuentes seriales de reportajes que no hubiera dudado en escribir el mejor reportero de los buenos diarios madrileños. Hizo algunas estupendas entrevistas con penetrante estilo, y trabajos políticos y sociológicos. Venero, versátil por la índole de su briosa e inquieta juventud, inconformista, habría con el tiempo de meter la cuña del timón de sus rumbos vitales hasta alcanzar el momento de la serenidad en que escribiera admirables biografías, como las de Cambó, Santiago Alba, Rius y Taulet... y recopiló la historia de los dos regionalismos (catalán y vasco) como excelente maestro historiográfico y erudito riguroso en sus enfoques.

Un buen plantel de colaboradores acogió «La Voz de Cantabria» en el que se registraron nombres como los de Miguel Artigas (bibliotecario de la de Menéndez Pelayo), Luis Barreda, Manuel Ruiz de Villa, Santiago Toca (procedente de «La Atalaya»), Luys Santa Marina, Timoteo Martínez (Teofrasto), Alberto López Argüello, Angel de Castanedo, Elpidio de Mier... Algunas veces publicó trabajos de Pedro Mata (el novelista galante que entonces vivía en Santander, adscrito como funcionario a la Delegación de Hacienda). Como dibujante colaboró Alejandro Padilla.

«La Voz» mantuvo enhiesta la bandera del regionalismo montañés y no hubo problema provincial o local cuya defensa no le sedujese. En el momento de la fusión con «La Atalaya» el nuevo Consejo optó por los talleres de «El Pueblo Cántabro» instalados en un largo galpón que fue en tiempos fábrica de refinería de azúcar, en la calle San José. Introdujo como novedad editar como regalo para sus lectores, unas fotografías en huecograbado constitutivas de series coleccio- nables del catálogo de los monumentos artísticos de la Montaña.

Cuidaba escrupulosamente todas sus secciones, en las que se tenía la seguridad de encontrar la última palpitación de la actualidad en las tres dimensiones: internacional, nacional y provincial, esta última atendida hasta con mimo. Los «Aires de la calle» revalorizaban la primera página como lo hicieron también las iniciadas «Memorias de un periodista», del mismo «Pick».

En la segunda etapa, o sea, bajo la dirección de Arnáiz de Paz, llevada con

buen pulso, salió también por las tardes. Hasta que una de ellas (el 26 de julio de 1936), las fuerzas del Frente Popular se apoderaron de la ciudad dejando en suspenso la vida colectiva hasta inclinarla en el platillo a su favor. Esta anormal situación habría de durar trece meses.

Arnáiz era hombre ecuánime, de juicio frío, circunspecto, y comprendió al implantarse la República del 14 de abril, que la burguesía, de la que el periódico era vocero, tenía que mantenerse dentro de un ponderado sentido democrático. Al aceptar el hecho consumado como un nuevo giro de la Historia grande, no lo combatió, pero tampoco sancionó con argucias hipócritas, tan de uso en situaciones semejantes, los desaciertos que aquel régimen se empeñó en cometer. Arnáiz pagaría con la libertad su adscripción al republicanismo maurista; la policía del Frente Popular le detuvo hasta el 26 de agosto de 1937. Poco después marcharía al Perú y allí ejercería como agregado de Prensa en la embajada española.

«La Voz» mantuvo, como va señalado, una bandera, la del regionalismo ante el que abatía cualquier otro guión político, desarrollando tenaces campañas en favor de la Montaña.

Cambió de formato e introdujo reformas esenciales. Un mes antes del Alzamiento nacionalista, estrenó la edición de tarde, con la sensacional noticia del asesinato de Calvo Sotelo. A los dos días, José del Río publicaba un «Aire de la calle» titulado «Veranos trágicos» para recordar fechas de triste historia española, como las de Santiago y Cavite, el Barranco del Lobo y la semana trágica de Barcelona, la declaración de la primera guerra europea, el derrumamiento de la Comandancia de Melilla, y el asesinato de Eduardo Dato. «El verano que ahora se inicia –excribía Del Río– se presenta con todos los signos inconfundibles de la desgracia. Quiera Dios que nos equivoquemos; pero ya son muchas las cosas aciagas que van pasando. Contra la avalancha siniestra elevamos nuestra confianza en el porvenir nacional. Mientras España exista como pueblo, pueden sucederse amenazadores los veranos. De todos ellos se salvará y sentada en las ruinas ocasionales, seguirá dictando las páginas de la nueva historia...». Palabras premonitorias que se cumplirían. Pero entre tanto, José del Río optó por desaparecer físicamente del paisaje ensombrecido, buscando en Francia el posible sedante para su corazón alborotado. La ciudad presentaba un aire torvo. Las conspiraciones ya no eran un secreto; ni a la izquierda, ni a la derecha. Todavía «La Voz de Cantabria» publicaba a falta de otras informaciones (que ya pasaban por el severo tamiz de la censura de Madrid), los discursos íntegros del conde de Vallellano y de Gil Robles, en el Congreso.

El Frente Popular se anticipaba a los acontecimientos decisivos decretando la incautación de «La Voz de Cantabria» que aparecía, bajo la dirección de Julián Ibáñez, inspector de Primera Enseñanza, con pasquines tipográficamente llamativos. Se hacía invitación al pueblo y más directamente a la masa obrera

para que «permanecieran atentos y agrupados bajo las banderas frentepopulistas en la etapa histórica que acaba de iniciarse».

Simultáneamente aparecieron dos publicaciones extremistas: «El Proletario» y «Nueva Ruta», excitando «a la lucha por todos los medios». En la Hemeroteca no se guardan las colecciones de estos dos hebdnomadarios.

«La Voz de Cantabria» dejó de publicarse, como los demás periódicos, el 27 de junio de 1937, y ya no volvió a ver la luz. En agosto de 1937, se hizo cargo de la maquinaria y de todos sus derechos «El Diario Montañés» a cuyo consejo pasaron parte de los propietarios de la desaparecida publicación.

LA REVISTA DE SANTANDER

1930

E N E R O

NÚM. 1

REVISTA DE SANTANDER

1930.

Publicación mensual de Arte, Historia y Literatura regionales. Redac. Biblioteca Municipal.

Fue empresa romántica de un grupo de historicistas montañeses enamorados del pasado y certeros escrutadores de archivos. Estaba despierta la ilusión de llegar a revisar definitivamente la historia de la provincia, de la que sólo había publicados ensayos y retazos inconexos, interesantes sin duda, pero carentes de unidad. Pesaba en el ánimo de cuantos preparaban la creación de un Centro de Estudios Montañeses —que había de concretarse durante la república y ello porque felizmente, al frente de la Corporación provincial hubo un intelectual, Gabino Teira, y ya por ello su recuerdo es digno de alabanza—; pesaba, decimos, la añoranza de los afanes de los cronistas del siglo XIX —José Antonio del Río, Amós de Escalante, Lasaga y Larreta, Angel de los Ríos...— que habían acometido la empresa de formar un «corpus» histórico, mas no le completaron, pues sólo apuntaron caminos a seguir cuando tan abundante material dormía en los archivos. Por ello, aquel grupo acometió la iniciativa de fundar la «Revista de Santander»; José María de Cossío, Francisco G. Camino y Aguirre, José F. Regatillo, Tomás Maza Solano, Fernando Barreda, Mateo Escagedo Salmón y el arquitecto Elías Ortiz de la Torre, habituales a unas reuniones tenidas en la Biblioteca de Menéndez Pelayo cuando la dirigía Miguel Artigas, enamorado también de la tarea, se convirtieron en los autores de la nueva publicación.

A finales del año 1929, el propósito estaba ya decidido y la Revista salió en el mes de enero del año siguiente. La dirigía Cossío, a cuyo lado, y como secretario de Redacción, figuró Camino y Aguirre y de la administración se encargaba Regatillo. La Redacción quedó establecida en la Biblioteca municipal, que en 1956 se llamaría de Fondos Modernos adscrita a la mate de Menéndez Pelayo. Fue una publicación con bella presentación tipográfica, de cuarenta y ocho páginas, en magnífico papel semicuché y con espléndidos grabados, e impresa en los talleres tipográficos de Aldus, S. A. Comenzó a salir con regularidad, cada mes, hasta el de mayo, inclusive con foliación correlativa. Pero a partir de junio, cambió el sistema y en vez del mes figuró un número. Pudo sostenerse la publicación con intermitencias en cuanto a su aparición, aunque continuase dividiéndose en tomos semestrales y a finales del primer semestre de 1933 dejó de publicarse. Pasarían cuatro años hasta que, dispersos los elementos

fundadores, redactores y colaboradores, Maza Solano intentase resucitarla, pero no se logró editar más que un número, correspondiente al primer mes del año 1937. En este número, la Redacción hacía la aclaración siguiente: «Dificultades de diversa índole han impedido la publicación de esta revista desde el número 1, dentro de la periodicidad que se había señalado y esto ha sido la causa de que en la numeración cronológica se note una laguna desde el año 1934. Así de que se observen a las veces, en los tomos publicados hasta ahora, la falta de algunos temas dignos de haber sido recogidos en estas páginas, pero que por ser de actualidad en su día, dejaban de serlo cuando salía a la luz el número en que debían haber tenido cabida». «A cada suscripción anual corresponden doce números y han sido tres las anualidades completas hasta la fecha, y seis los tomos, equivalentes a dos por cada anualidad, en esta forma: Tomos I y II (año 1930), III y IV (1931), V y VI (medio año de 1932 y otro medio de 1933). Se anunciaba que «para evitar en lo sucesivo esta irregularidad de orden cronológico, desde este tomo 7.^º cada número saldrá sin periodicidad señalada, haciendo las suscripciones por tomos y no por años».

La Revista no era venal al público, porque iba directamente a los suscriptores. A partir de junio de 1930 comienza a imprimirse en la Librería Moderna, de la calle de Amós de Escalante, donde quedó establecida la Administración, y no aparecieron ya los nombres del director ni de los principales responsables.

José María de Cossío señaló la tónica de la revista en el artículo inaugural. Quería que la publicación, dentro de su espíritu regional, tuviese un carácter abierto y en consecuencia, advertía: «Engañosa limitación la del concepto de regionalismo, o aún mejor, de comarcalismo. La tierra definida y concreta, la tierra propia, sembrada de recuerdos, cercada como un parque, es el firme preciso y sólido para despegar y lanzarse al vuelo». «Hay quien sin salir de su huerto puede lanzar la curiosidad en todas las direcciones de la rosa; y hay quien errante por toda la tierra no sabe dirigir su puntería sino al menudo blanco de su preocupación...» «...hay un punto de regionalismo más transcendental. El concepto de extensión puede cambiarse en el de profundidad y automáticamente la categoría geográfica y temporal de universalidad queda sustituida por la de eternidad, es decir, fuera del tiempo y del espacio. Las obras de alcance más universal y eterno han podido ser obras de carácter regional, y Ulises ser de Itaca y don Quijote de la Mancha y Mañara de Sevilla. Pero sus forjadores, profundizando en la heredad limitada, han llegado a las fibras más íntimas de la conciencia humana».

Tan hermoso programa fue cumplido sólo a medias por la Revista que, como todas las empresas románicas, tuvo momentos de fuerte aliento y épocas de descenso en su contenido; sin embargo, la colección de la Revista de Santander considerada en su conjunto, es una obra de mérito por cuanto que tocó muchas facetas del cuerpo historicista montañés que, o permanecían en el ineditismo o habían sido incompletamente desarrollados, y hoy es de obligada consulta para los investigadores.

Sus primeros números ofrecían la sensación de una idea desarrollada según el rigor científico: partía de un trabajo enjundioso de buena erudición, comentada, con la firma de Tomás Maza Solano sobre el grabado de la obra «*De Civitates Orbis Terrarum*» del arcediano de Dormound, Braun, que es la referencia gráfica más antigua existente de Santander y sobre las diferentes versiones que después aparecieron de este bello documento. Colaboraron en el número inaugural José G. Solana (con capítulos de su libro «*La España negra*»), Gerardo Diego, Francisco G. Camino y Aguirre, Víctor de la Serna, Arturo Casanueva, José del Río Sáinz y Luis Barreda. Alternaban, pues, la historia, la literatura y la poesía. Después ya no habrían de faltarle colaboradores que estudiasen eruditamente la historia de la Montaña (con transcripción de documentos y comentarios a los mismos) o brindaran el fruto de sus creaciones literarias y poéticas. Así fueron desfilando José Cabrero y Mons, Joaquín de Zuazagoitia y Alfredo Velarde, que estudiaron al pintor Agustín Riancho, recientemente fallecido; Fresnedo de la Calzada, que dejó inédita mucha obra sobre el Santander del siglo XVIII; Luys Santa Marina, entonces en la pujanza creadora; Manuel Llano, con sus coloquios con las anjanas y el más puro folklore regional; Miguel Artigas, Elías Ortiz de la Torre, Concha Espina, Laureano Miranda, Jesús Cancio, Matilde de la Torre, Ramón Solano y Polanco (que publicó unos certeiros cuadros del «Ayer santanderino») Fernando Barreda, exhumando principalmente las actividades náuticas santanderinas; Fermín de Sojo y Lomba, Mateo Escagedo, Jerónimo de la Hoz Teja, Vicente de Pereda, Carlos García Luquero, Luis Torres Quevedo, María de la Inmaculada de Lecea, Francisco Cubría (que reafirmaba su fuerte veta de escritor vernáculo); el marqués de Saltillo y otros. Se exhumaron versos olvidados o inéditos de Amós de Esclante, de Evaristo Silió, de Casimiro del Collado, de José María de Aguirre y Escalante, de Jesús Cancio, del P. Augurio Salgado...

El índice de autores de la Revista, en sus cerca de cuatro años de existencia, ofrece al investigador una nómina muy interesante de los literatos e investigadores montañeses de la época (1).

Fue notable el número dedicado al verano de 1930, en el que se hizo historia del pretérito santanderino; con documentos históricos se trazó un cuadro muy completo del Sardinero de mediados del XIX.

Maza Solano transcribió documentos tan interesantes como los del archivo del Real Consulado de Mar y Tierra, y Camino y Aguirre los del Catástro del marqués de la Ensenada, referidos a diversas localidades de la región, y otros sobre la guerra de la Independencia en Santander.

(1) Don Francisco Sáez Picazo publicó...

LA
2.^a REPUBLICA

HOJA DEL LUNES

Edita por la Asociación de la Prensa diaria, integrada en el Sindicato Vertical del Papel, Prensa y Artes Gráficas.

Administración: R. Jardín de Monasterio, 18.-Teléfono Iesso.

Santander, 8 de enero de 1945.

AÑO V. - Número 875. - PRECIO: EN CÉNTIMOS

HOJA OFICIAL DEL LUNES

1935.

Admón.: Juan de Herrera, 4. Imp. de El Diario Montañés. Asociación de la Prensa diaria.

Los propósitos de la Asociación de la Prensa, de tener una publicación propia acogiéndose a la disposición de la Dictadura primorrivista que faculta a las Asociaciones provincianas para editar la «Hoja Oficial» a fin de salvar la semanal interrupción impuesta por el descanso dominical en los diarios, se vieron cumplidos el 22 de abril de 1935. La génesis de esta empresa fue estimulada durante la visita a Santander del entonces ministro de Estado, Alejandro Lerroux en una recepción en el modesto local social instalado en la trastienda de la armería de Alberdi, en la calle de San Francisco. Y salió la «Hoja» decorosamente revestida con entonado atuendo tipográfico. Eran cuatro páginas en las que muy apretadamente se resumía la actualidad internacional, nacional y local de las jornadas dominicales. Se editaba en los talleres de «El Diario Montañés».

No contaba al principio con esos poderosos auxiliares que son los teletipos. La corta nómina de linotipistas y cajistas exigía la urgencia para marchar al ritmo del reloj. Ignacio G. Camus, linotípista y poeta, era también el regente del taller. Con la perspectiva del tiempo surge como un milagro cuanto se hacía con los cortos y limitados medios técnicos. Pero el prestigio profesional obligaba a no desmerecer ante el concepto público. No eran más de tres los componentes de la redacción, contando entre ellos el director, J. S. C.

Su primera etapa aséptica en cuanto a la política, terminó el 18 de junio de 1936 al estallido revolucionario determinante de su incautación por el Frente Popular que nombró su propio director todo el tiempo que duró la situación (once meses) hasta el 29 de junio de 1937, vísperas, casi, de la entrada de las tropas nacionalistas en la ciudad. Durante ese tiempo quedó transformado en una especie de boletín de órdenes, con convocatorias oficiales, y en estafeta de los milicianos combatientes en los frentes de batalla en la provincia.

La situación, del régimen interno del semanario no sufrió, por lo demás, otras extorsiones. La «Hoja» no llegó a ser un pasquín partidista.

Pasada la contienda y por el mes de septiembre de 1937, volvió a manos de la Asociación de la Prensa y a la dirección de Julio Jenaro Abín, tras de un breve período en el que el puesto rector lo ocupó Alejandro Blanco Rodríguez y a Abín le sustituiría Florencio de la Lama, subdirector entonces de «El Diario Montañés».

La nueva etapa tuvo el eclipse obligado por el incendio de febrero del 1941, al quedar destruidos los talleres de «El Diario Montañés» y también la sede de la Asociación. Hubo, por tanto, que recomenzar a los pocos meses. Es de señalar para los bibliógrafos, que el último número de su primera etapa fue el 177, correspondiente al 10 de febrero.

Las páginas de la «Hoja» son estimable resumen del acontecer total. Siempre dentro del principio de ponderación y de absoluto equilibrio en todos los órdenes, tanto político como social, la tarea principal de la «Hoja» fue la información. Al celebrar sus bodas de plata o sea, el 23 de mayo de 1960, editó un número extraordinario de 44 páginas, más las diez del número corriente.

«A los veinticinco años de semanal contacto con los lectores –resumiría su editorial– es manifiesto e ingente su servicio y su dedicación a los objetivos que determinaron su fundación. Ha sido, posiblemente, el cuarto de siglo acaso el más importante y decisivo en la moderna historia de la humanidad. El mundo ha conocido en estos últimos veinticinco años una evolución constante, el desarrollo de acontecimientos cuya transcendencia no escapará, sin duda, a sus historiadores...»

Desde entonces, la «Hoja del Lunes» ha conocido un ininterrumpido caminar hacia su perfeccionamiento. Correspondrá a los futuros investigadores la síntesis y la crítica de lo que ha supuesto en la Prensa santanderina en una era histórica tan cuajada de acontecimientos reflejados con puntualidad en sus páginas...

EL ESPONTÁNEO

1935.

Revista taurina. Imp. Hernández. Peso, 13.

Una revista de circunstancias, para satisfacer a la afición taurina provincial, en momento de crisis de la «fiesta nacional».

Saltó al «ruedo» el 14 de mayo de 1935, con estos propósitos: «De hoy en adelante ningún montañés amante de la incomparable fiesta de los toros, tendrá que añorar aquellos tiempos en que Santander contaba con un semanario cuyas páginas reflejaban su sentir. Nuevamente vuelve a tenerlo. Más modesto, si se quiere; pero como el otro, presto en todo momento a salir en defensa de sus intereses y aspiraciones...». Se refería a «Palitroques», que había dejado cierta añoranza entre los aficionados.

La empresa tuvo como parteadores un grupo de tenaces defensores de la «integridad artística» de la fiesta y la denuncia de las maniobras de logreros explotadores al margen de aquel principio: empresarios y los mismos toreros mercantilizados. No declararon, los fundadores de la revista, ni la dirección ni la financiación de las ocho páginas, bien impresas en papel «semicuché», que aparecieron sin riguroso orden cronológico, pues los quince números editados tuvieron estas fechas: 14 y 25 de mayo; 1, 8, 15, 22 y 29 de junio; 6, 13, 20 y 27 de julio; 3, 10, 17, 27 de agosto. Figuró, en los primeros números, la dirección y administración en el número 15 de la calle Eduardo Anero, y a partir del número 4, su Redacción en Madrid, calle Cristóbal Bordiú, número 40, 2.^o, domicilio de Alfonso de Aricha, incorporado a la redacción. Aricha enviaba sus crónicas sobre el movimiento taurino en la villa y Corte, en el sitio preferente de la publicación.

Entre las firmas más frecuentes y consecuentes, se registraron la de Honorio Montero («Don Velay»), crítico taurino que fue de «El Faro» y de «El Diario Montañés»; la del taurófilo local Felipe Fragua Pando, que reprodujo algunas efemérides famosas de las corridas de toros en el Santander del siglo XIX; la de «Paco Censuras» (Antonio Morillas), crítico de «La Voz de Cantabria»; la de «Juan Cícero», que ocultaba el nombre de un tipógrafo santanderino y las de José Díez Soto, viejo aficionado y también «escribidor» sobre cuestiones taurinas. Tuvo colaboraciones como la de «Relance» desde Barcelona, la de

«Don Cilicios»; de «Don Quijote» (José D. de Quijano) y otras de menor cuantía.

Planteaba la «lucha generacional» en confrontaciones sobre la «pureza» del toreo antiguo y el moderno.

El propósito confesado de «El Espontáneo» era permanecer en la brecha durante la temporada veraniega, trazando para ello un cuadro muy amplio de las corridas no sólo en Santander, sino en toda España y en Méjico, de donde recibía algunas correspondencias. No ahorraron reproches al empresario de la plaza de Cuatro Caminos, Eduardo Pagés; pero en términos generales, los redactores rehuyeron las polémicas y se mantuvieron en la línea de la crítica de los festejos taurinos, sin acrimonias. Con ello creyeron mantener a la afición en las esferas de sus ilusiones. Una vez, en el número de despedida, «El Espontáneo» se vio valorado con la firma de José María de Cossío.

Se despidió, al llegar «al límite de la primera etapa», hasta la temporada «próxima». «Este paréntesis –escribía en su editorial– será destinado al estudio del mejoramiento del semanario, al almacenamiento de las energías con las que surgiremos de nuevo el año que viene». Pero estos proyectos se diluyeron en el excesivamente largo paréntesis, y «El Espontáneo» se retiró a la vida privada, de modo definitivo, el 27 de agosto.

LA REPÚBLICA

SEMANARIO REPUBLICANO

AÑO I 100 LANEAS ANTICOS Y COMUNICADOS A PARTIR CONVENTIONALES

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Calle de San Francisco, núm. 18, 1.^{er}
Santander 26 de febrero de 1937

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN
En la capital, una peseta al mes; fuera, 1,25
Extranjero, 10 pesetas anuales.
PAGO ADEANTADO.

NÚM. 1

REPÚBLICA

1937.

Periódico del pueblo. Imp. «La Voz de Cantabria». Marcos Linazasoro, 19.

El 27 de junio de 1937, los mandos militares y civiles de Euzkadi y Santander acordaron suspender los tres periódicos locales –«El Cantábrico», «El Diario Montañés» y «La Voz de Cantabria»– para sustituirlos por otro único con el título de «República». La evacuación de Bilbao y subsiguientes operaciones de las tropas nacionalistas hacia la provincia montañesa –paralizadas por la estratégica ventosa de la ofensiva de Brunete– descargaron sobre Santander contingentes innumerables, de gentes civiles –en cincuenta mil, fueron calculados– y los batallones de gudaris que consiguieron zafarse de las bolsas formadas en varios puntos clave de Vizcaya. El éxodo creó un clima de angustia recargando las tintas sombrías de una población que aparecía como inmenso campamento sobre el que pesaba la amenaza de la pronta liquidación de la guerra en el Norte.

El Frente Popular confió la dirección de «República» –cuatro páginas– a Bruno Fontana, llegado con los refugiados de las provincias vascas, al frente de un equipo de periodistas muchos de ellos improvisados. En torno a Bruno Fontana se tejió muy pronto una leyenda; decíase que era agente del Komintern. Buena pluma y conocedor del oficio, aparecía revestido de una fuerte personalidad si bien se mantenía en una semipenumbra muy conveniente a su «misteriosa acción política». Intervino desde el 19 de junio –tras la evacuación de Bilbao– en los periódicos locales y sacó a la calle el día 29 el diario único, impreso en los talleres de «La Voz de Cantabria» y con personal propio.

La principalísima intención de este diario de circunstancias era mantener y elevar el espíritu de las masas y especialmente de los milicianos. En su artículo inaugural, decía: «No hacen falta presentaciones. Nuestro periódico nada tiene que ver con los que hasta ahora se publicaban. Ni con los partidos políticos. Es el periódico del pueblo en armas que para ser de todos no puede ser de uno sólo. Es clarín de combate. Periódico de la guerra.» «Hay que combatir la desgana hay que matar el desánimo. A estas horas son muchos los vacilantes. Ellos representan el máximo peligro. Y con el peligro hay que acabar. Como sea: Andan de por medio los provocadores. Pero andan también los agoreros. Y

como no hay medio de distinguir, es necesario proceder con todos y contra todos. Contra los dos hay que proceder de manera implacable. Y rápida».

Se dirigía a los combatientes y les arengaba: «El soldado sólo puede salvarse combatiendo. El enemigo ha desplegado casi todo su material a otros frentes en los que le acosa la bravura de nuestros hermanos (se refería a la batalla de Brunete). La inferioridad de nuestros medios, si no ha desaparecido, ha sido por lo menos, atenuada. Pero aunque así no fuese, ¿tendríamos derecho a entregarnos sin combatir? Soldados de Euzkadi; soldados de Santander; soldados de Asturias: La guerra pone a prueba vuestro temple. Vais a entrar en la historia. ¿Como hombres heroicos o como gazapos temblorosos? En el cañón de vuestro fusil está la respuesta. Y de ella dependen la reconquista de Euzkadi, la libertad y la independencia de España».

Advertía el Frente Popular que para robustecer la autoridad de «los órganos legítimos del Gobierno» había que convencerse de que «no existe otra autoridad que la que ostentan los hombres que representan el Gobierno de la República, extraídos del Frente Popular».

Diariamente salían las páginas de «República» cruzadas por pasquines severamente admonitorios, dirigidos a la población civil y de advertencias a los milicianos. Ostensiblemente, advierten de la confusión reinante y ello no se contrarrestaba con alguna información esperanzadora. En los frentes había una tranquilidad expectante. Muchos creyeron que el desplazamiento de los considerables efectivos nacionales acumulados en toda la línea de fricción desde el límite de la provincia vizcaína a la palentina, era señal de impotencia para proseguir el plan del Estado Mayor cuya jefatura desempeñaba el general Dávila, que era resolver cuanto antes el problema del enclave norteño ya reducido a la Montaña y a Asturias. Se repetía el episodio de la guerra de la Independencia cuando las tropas napoleónicas, dueñas de toda la línea meridional de la provincia montañesa, tuvieron (aún conquistada Reinosa) que acudir a la ventosa provocada por el montañés general Gregorio de la Cuesta, priginando la batalla de Cabezón de Rioseco en tierras vallisoletanas. Esa retirada de emergencia hizo suponer en la retaguardia frontepopulista que se estaba produciendo no sólo el aplazamiento de la ofensiva sobre Santander, sino el derrumbamiento de los planes nacionalistas.

Fue un respiro acerante; la aviación nacionalista emprendió entonces una serie ininterrumpida de ataques rápidos sobre los acantonamientos en los frentes de Reinosa, Burgos y Palencia, con incursiones sobre la retaguardia santandrina. En algunos párrafos de «República» se advierte con claridad que el mando militar, asumido por el general Gámir Ulibarri, estaba bien enterado de lo que en Brunete ocurría y que el ejército nacionalista del Norte procedía inmediatamente a regresar y reorganizarse para su objetivo: La toma de Santander como punto clave del término de la guerra en el Norte.

En su segundo número, el periódico exigía el cumplimiento de una orden del

Frente Popular para la movilización de todos los hombres hábiles, tanto los no inscriptos en los batallones dependientes de los partidos adictos, como los del propio ejército regular, que venían obligados a inscribirse en las brigadas de fortificación y ello urgentísimamente.

Entre otros lugares designados para la recluta obligatoria, figuró especialmente «las boleras» de Numancia. La conminación del diario del pueblo en armas, era terminante y anunciaba duras penas contra quienes no obedecieran. Y comenzaron a salir de la ciudad convoyes cargados de hombres hasta valetudinarios, con el pico y la pala para cavar trincheras en los puntos más avanzados de los frentes (había un depósito logístico en Ontaneda, al pie de la divisoria) y en una segunda línea de resistencia, por algunos llamada «línea Bruno Alonso», al pie de la divisoria

Daba cuenta de que el general Gámir había refundido algunos batallones –vizcaínos, santanderinos y dinamiteros enviados por González Peña– en un intento de unificar las fuerzas que hasta entonces atendían sólo las órdenes de los partidos y sindicales, encuadrados en unidades propias, lo que había originado preocupaciones al Comité de Guerra establecido en el Hotel Ignacia, porque la política partidista pretendía operar autonómicamente al margen del mando auténticamente militar. Muy tarde se había llegado al convencimiento de que las grandes operaciones militares han de estar ordenadas por un mando supremo y conforme a las normas de la verdadera estrategia. Fue, por tanto la unificación intentada por el general Gámir una acción casi basada en la improvisación. Y ello revelaba la gravedad de la crisis en aquellos momentos. «República» advertía: «En el Ejército necesario para la victoria deben formar héroes que sepan mandar, pero que sepan, sobre todo, obedecer». Ocurría que a pesar del rigor con que se pretendía actuar, los gudaris se mostraban renuentes a someterse a otros mandos que los propios. Igual sucede con algunos santanderinos, y más accentuadamente aún, por los asturianos.

Así terminó el mes de julio cuando al finalizar la batalla de Brunete se estaba en vísperas del comienzo de la ofensiva nacionalista. Desde la raya de Burgos y de Palencia, se estaban concentrando las unidades del llamado Ejército del Norte que tomaba posiciones.

El Comité de Guerra poseía buena información acerca de esos movimientos y de los acontecimientos dispuestos por Dávila. «República» decía el día 13 de agosto: «Lo que prepare el enemigo nos tiene sin cuidado. De ello se cuida el mando y con ese cuidado hay bastante.» En la crónica del frente de guerra anunciaba el comienzo de la ofensiva con estos titulares: «Ante el enorme alarde bélico de los extranjeros, nuestras fuerzas se repliegan a posiciones de más sólida resistencia desde las que se pueda batir con eficacia a las hordas mercenarias.»

A la ciudad llegaban apresuradamente convoyes transportando la maquinaria de grandes fábricas de la provincia, que seguían el camino de Asturias. En el desmantelamiento se puso el esfuerzo máximo.

Y entre tanto, sobre el cielo santanderino se dirimían frecuentes combates aviáticos constituyendo a veces espectáculos a plena luz seguidos por multitudes acezantes que, incluso, se desentendían, con fascinación por la grandeza de los duelos aéreos, de las sirenas de alarma: Por las noches fulgían los resplandores de las bengalas arrojadas por la aviación en sus incursiones de reconocimiento y castigo.

Ya se había cerrado la bolsa de Reinosa –repetición exacta del aludido episodio de la guerra de la Independencia en 1808– y en los montes divisorios con Burgos tronaron los cañones y, atacantes y defensores, se empeñaron en una lucha durísima a lo largo de la larga línea. Las fuerzas del Cuerpo Voluntario Italiano machacaban el portillo de El Escudo por donde harían irrupción al cabo de una horas, y al mismo tiempo, las brigadas navarras y las unidades castellanas martilleaban los pasos del Besaya y el Nansa. La dureza de los encuentros se resolvió (algunos centenares de muertos) con la franca apertura de las vías normales a la costa. Las milicias y las unidades regulares del Gobierno de Madrid cedieron al empuje y ya sería como un paseo militar la llegada y entrada en la capital montañesa. El día 19 de agosto, «República» advertía: «Desde hoy se cierran los comercios e industrias que no sean indispensables para la guerra; desde hoy no puede quedar en Santander ningún brazo ocioso; desde hoy se fortifica todo el mundo. A preparar los reductos inexpugnables en que serán invencibles nuestros leones.» Y en un gran recuadro, ésto: «Ciudadano: la Montaña está en peligro. Para salvarla, no esperes el maná.»

En fin, a medida que se acercaba el desenlace, los gritos tipográficos de «República» eran el último llamamiento a la unión y a la pelea. Las informaciones de los frentes celaban cuanto lógicamente la retaguardia no debía saber en letras de molde. De ahí nacía un desencanto entre los camaradas que escuchaban las charlas de Queipo de Llano y se las aprendían de memoria, y hacían circular, en movimiento derrotista incontenible, los partes oficiales del cuartel general de Salamanca. Todavía, cuanto las avanzadas nacionalistas descolgadas por los valles amagaban muy de cerca a Torrelavega, lo que equivalía al cierre inminente de la bolsa en que iba a convertirse todo el oriente de la provincia, un informador del frente escribía: «La resistencia tenaz nuestra puede costarle a los invasores una catástrofe».

La antevíspera del 26 de agosto, la carretera de Torrelavega y de todos los caminos paralelos a la costa eran riadas de camiones y coches cargados de fugitivos, hacia Asturias. En los muelles, las gentes se disputaban un puesto en todo lo que flotase; los barcos de pequeño arqueo, algunos veleros, lanchas y hasta botes a remo, tomaban rumbo a la boca del puerto. En fin, todo esto pertenece a la Historia. La tarde del 25 de agosto las avanzadas italianas llegaban a Maliaño disparando algunas salvas sobre San Martín. Las brigadas navarras se encargaron de cerrar definitivamente el portillo occidental en Soto la Marina.

Aquel día ya no se publicó «República». La ciudad quedó en manos de una Junta de Defensa que a última hora proclamaba la ley marcial en las calles, a son de tambor y corneta.

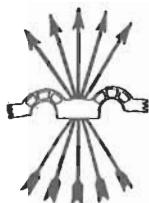
ESPAÑA

1937.

Diario de Falange Española Tradicionalista y de las Jons.
II Año Triunfal. Calle de Carvajal. Imp. El Cantábrico.

Entre los servicios de retaguardia llegados a Santander en la mañana del 26 de agosto de 1937, figuró un equipo dependiente de la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda con instrucciones y planes para la inmediata reanudación de la comunicación con el público por medio de un periódico. Al frente del equipo de periodistas reclutados en Burgos, unos profesionales e improvisados otros, trajo nombramiento especial el falangista Patricio Canales, quien procedió aquella misma tarde a incautarse de los talleres e instalaciones de «El Cantábrico» para sacar a la mañana siguiente, un periódico de emergencia titulado «España». Constaba de una sola hoja, de doble tamaño que las habituales y en ella se daba cuenta de los acontecimientos de aquellas jornadas históricas. La autoridad militar difundía sus órdenes; los organismos creados con las urgencias requeridas para la normalización de la vida ciudadana, totalmente paralizada desde hacia tres días, instruían a las gentes sobre las orientaciones de la Junta Provincial de Burgos. No hay que perder de vista el cambio total operado en tan pocas horas y la tremenda desorientación de la masa ciudadana.

«España» continuó saliendo con el mismo insólito formato durante seis días, para dar paso a un nuevo periódico, al que circunstancialmente sirvió de puente.



ALERTA

Diario de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. R. S. Montañesa

II Año Triunfal.

Santander, 3 de septiembre de 1937.

Número 2.

Nuestro tiempo no dá cuartel. Nos ha correspondido un destino de guerra en el que hay que dejar sin regalos la piel y las entrañas.-JOSE ANTONIO

ALERTA

1937.

II Año Triunfal. Diario de Falange Española Tradicionalista y de las Jons. Imp. y Redac.: Calle de Carbajal.

El 4 de septiembre aparecía «Alerta», que se presentaba con esta síntesis del estilo de la nueva situación: «¡Camaradas! Ya no son hojas multicopiadas tiradas a pistoletazos. Esto es ya un diario escrito en hojas grandes y claras, para que nos entiendan los hidalgos de esta tierra, los obreros del taller, del campo, futuros camaradas nuestros. Para que todos sepan que queremos la Patria, que queremos el Pan y que queremos la Justicia.» Era la trilogía con que el nuevo régimen se presentaba cuando todavía era disputada, kilómetro a kilómetro, la tierra atormentada por trece meses de angustia. Los difusores de la doctrina joseantoniana y el aparato de la organización nacionalsindicalista se vieron empeñados desde las columnas de «Alerta» en una propaganda insistente, reiterativa, de consignas y frases que se iban haciendo tópicas en las regiones ocupadas, con promesas llenas de esperanzas.

«Martín (se refería a Martín Arenado, muerto en accidente de automóvil en un pueblo de la provincia el día antes de la entrada de las tropas) nos dictó su última consigna: «Alerta. Alerta contra el enemigo, espías y traidores a la nueva era. Alerta siempre los sentidos y los nervios para que tu celo y tu coraje sean también inteligentes y guardianes de la España que estamos levantando.» «'Alerta' es el diario del Movimiento esto es, fe, afirmación nacionalsindicalista, imperio de mañana».

La ciudad parecía salir de un sueño estremecido según acontece en las revoluciones violentas. En los jardines de Pereda un ejército de varios miles de milicianos y soldados, con barbas crecidas de varios días, con su impedimenta, sus armas, hasta con cañones y carros de combate arrastrados en la retirada desde la divisoria, vieron el amanecer, tumbados entre los árboles y sobre los macizos de flores del pequeño parque. Un espectáculo deprimente, opresivo, lamentable como es el del fantasma del vencimiento. Aquella tarde, catorce millares de combatientes formaron columna camino de los centros concentracionarios, especialmente el ~~improvisado en la plaza de toros, para la~~ discriminación entre prisioneros de guerra y presentados voluntariamente. Rápidamente comenzaron a funcionar la policía y los juzgados. Y al margen, la ciudad recobrada

en sorprendente contraste, entre marchas militares, himnos y vítores. De las calles habían sido retirados aquella mañana unos noventa cadáveres de la trágica cosecha de la noche de vísperas como últimos coletazos del drama. Todavía en los oídos de muchos resonaba el redoble de aquel tambor del piquete que en la tarde de víspera proclamaba el bando dictado por una Junta de Defensa, en tanto tableteaban las ametralladoras de una compañía de gudaris parapetada en el esternón de Peñacastillo en su intento de detener las avanzadillas de la división Littorio que, como a las cinco de la tarde, aparecieron por los altos de Muriedas.

«Alerta» informaba de emergencia; en su primera página, un grabado a gran tamaño de Franco y el «Arriba España», con la efigie de José Antonio.

Insertaba un noticiero breve y compendioso con fotografías de la entrada de las tropas; la del acto en el que el general Dávila daba por teléfono a Burgos la noticia de haber tomado posesión de la ciudad. Insertaba las primeras consignas, los avisos a la población civil... Su información nacional se nutría de las noticias transmitidas telefónicamente por una Agencia de noticias nacida en Burgos al calor de la guerra, titulada «Faro», en la que formaba Xesús Nieto Pena, antiguo colaborador de «La Región», Patricio Canales dejó la dirección del periódico en manos de Manuel Ballesteros Gaibrois, universitario y combatiente, quien incorporó a la redacción algunos profesionales santanderinos. Ballesteros permaneció en su puesto hasta 1938, en que fue sustituido por Obdulio Gómez, tras de algunas esporádicas interinidades de Eugenio Mediano Flores, y otros periodistas procedentes del primer equipo, los que, a medida del desarrollo de las operaciones de guerra, fueron abandonando Santander.

Repasar las páginas liminares del nuevo régimen en Santander, es recordar no pocos episodios de unos tiempos en que todo parecía partir de cero. Fue una transición brusca, tajante y desconcertante. Los ciudadanos tenían que empezar el aprendizaje de los designios de un régimen desconocido.

A finales del año 40, la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda extendió nombramiento de director de «Alerta» a favor de Francisco de Cáceres y Torres, formado en la Escuela de Periodismo de «El Debate» y a quien sorprendió el Alzamiento en Oviedo en la redacción de «Región». Cáceres procedió a la reorganización de su equipo poniendo al frente de la jefatura de redacción a Antonio Morillas. Del equipo inicial quedaban José Pérez Palacios y Telesforo Gutiérrez de la Cueva (el «Vicente Miramar» editorialista); y con ellos, Waldo de Mier, José Alonso, Francisco de Lecue, Ezequiel Cuevas, Jesús Delgado, entonces muy joven y ya promesa de gran reportero.

La total destrucción por el incendio del 15 de febrero, de las instalaciones de «Alerta», provocó un grave problema al flamante cotidiano en cuya cabecera campeaba el subtítulo de «Diario de Falange Tradicionalista y de las Jons», que iría reduciendo, a medida que llegaba el momento de «la liberalización del régimen». El problema planteado a «Alerta» por el incendio fue muy grave, pues

habían quedado destruidas todas las rotativas existentes en la ciudad, y buscó entonces la solución provisional de editar el periódico en Bilbao, en los talleres de «El Correo Español-El Pueblo Vasco» a donde se trasladó parte del equipo, al tiempo que se establecían los restantes servicios provisarios en un local de la calle Pedrueca. Esta anormalidad, sobre todo teniendo en cuenta que los ejemplares habían de ser trasladados muy de madrugada, en automóvil, desde la capital vizcaína, impuso un tono de provisionalidad en «Alerta» de lenta recuperación.

Duró esta situación quince meses hasta que pudo asentarse en un chalet de la calle Santa Lucía, número 27, donde reanudó sus tareas normales, renovando y restaurando el material que pudo salvarse del incendio y adquirió nuevos equipos técnicos.

Pasaría esta segunda etapa de «Alerta» por muchas y erizadas dificultades pues era lento el rescate económico del país; entre otras importantes, la drástica restricción del papel de prensa, al extremo de sucederse largas temporadas en que aparecía con una sola hoja de deleznable papel.

Con el estallido de la guerra mundial advinieron en rosario más contrariedades técnicas, alterando sensiblemente la regularidad del funcionamiento de los periódicos. De otro lado y respecto a la tónica propia, estaba muy lejos el momento de la «liberalización», lo que motivaba la uniformidad en toda la prensa nacional. No existía el «contraste de pareceres» y el régimen se mantenía en unas premisas casi inamovibles.

Recobrada para España la consideración diplomática internacional, advinieron los ambiciosos planes que pasando por la inevitable inflación se fueron serenando en un recobro que permitió una proyección de cierta energía. Esto se refleja en las páginas de «Alerta» de todo aquel largo período. Había terminado la etapa angustiada de diez años de penuria y ahora, el periódico daba un poderoso empujón.

En su dedicación a la ciudad, fue relatando día a día, la evolución en todos los aspectos de la vida ciudadana... Y en el campo de las artes y las letras se esmeró en el estudio de la evolución de los nuevos estilos y formas contemporáneos, a lo que contribuyó la frecuente colaboración de un equipo juvenil, el de «Proel», y los lectores empezaron a familiarizarse con las firmas de José Hierro, Marcelo Arroita Jáuregui, Carlos Salomón, Guillermo Ortiz, Vicente Carredano, Enrique Sordo y Julio Maruri, a los que se agregaron Joaquín de la Puente y Leopoldo Rodríguez Alcalde, que allí inició su sorprendente y fecunda tarea literaria y de crítica. Otros jóvenes santanderinos hicieron coro y sobre todos ellos ejerció como mentor Ricardo Gullón. «Alerta» implantó su tertulia literaria y organizó exposiciones, como las de Jesús Hidalgo y Matías Goeritz; de ésta surgieron las «Semanas de Altamira» en la que tuvo también inteligente participación Pablo Beltrán de Heredia.

Quien desee conocer la trayectoria seguida por este diario desde su funda-

ción hasta cumplir sus bodas de plata, tendrá que recurrir al número extraordinario lanzado el año 1964 cuando ya estaba instalado en edificio propio en la calle Marcelino Sanz de Sautuola, con material modernísimo y modalidades como la recepción de telefotos, por vez primera en la Prensa santanderina. Seguía dependiendo de la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda del Movimiento y con los servicios telegráficos y de colaboración de «Pyresa»...

Pero a partir de esa fecha jubilar, todo pertenece a la historia del más cercano ayer. Una historia que está entroncada con la evolución española hacia la liberalización total.

APENDICE

I

NOTICIA DE LA PRENSA EFIMERA

Quedaría incompleta esta historiografía si se eludiese la noticia de una Prensa nacida como brotan los sarpullidos en primavera, o «como flores de un día» según la definición retoricista. La atracción del papel impreso subyuga y fascina hasta la obsesión a los amigos del borrajeo; y de esta suerte, en el desfile casi alucinante, según se ha visto, de hojas impresas de «pura coyuntura», existe buen número que sin justificación aparente, pretendieron incorporarse al repertorio acreditado, como si la posteridad les hubiese convocado ya. Y así salieron docenas de papeles, papelones y papeluchos, colgadas las ínfulas de la transcendencia a sabiendas, sin embargo, de que nada iban a demostrar como no fuera su inocuidad.

Pero hay que poner en ellas siquiera sea una mirada sin otra intención que comprobar que lo puerilmente pintoresco también puede contar a la hora de considerar que las «empresas efímeras merecen la cita de la curiosidad de la pequeña historia».

CRÓNICA ELECTORAL DE LA PROVINCIA DE SANTANDER.

CRONICA ELECTORAL DE LA PROVINCIA DE SANTANDER
1872.
Imp. de B. Rueda. Compañía, 22.

Hoja volandera de circunstancias ante las elecciones de la primavera de 1872, editada por el grupo liberal frente a las manipulaciones de sus adversarios políticos que se movían amparados por el gobernador civil «gemelo –decía– del pollo antequerano». Denunciaba a los tránsfugas como ciertos progresistas «que no creen en la reacción hasta que tienen que emigrar a todo escape, o se ven en capilla». Arremetía contra los republicanos disidentes, contra los carlistas y «una máquina electoral funcionando a todo vapor y destrozando cuanto se opone a su marcha»; alcaldes requeridos para que manifiesten si necesitan guardia civil. Pedía los votos para los candidatos de la Coalición Nacional, defendiendo al ex-ministro Pedro Salavería, montañés avecindado en Astillero a quien se pretendía imposibilitar el triunfo por la circunscripción de Burgos. Denunciaba a los funcionarios de la Diputación, «entretenidos en buscar sufragios para el candidato ministerial Agüera» y arremetía contra García Lomas, presentado por el valle de Cabuérniga, unionista frente a la candidatura del marqués de Benamejí.

EL MOSQUITON

CON APROBACION DE LA ACADEMIA DE BELLAS-ARTES DE BERANGA.

PRECIOS CONVENCIONALES.

EL MOSQUITON

1878 (?).

Imp. de Solinis y Cimiano.

Ya del epígrafe subtítulo «Con aprobación de la Academia de Bellas Artes de Beranga» se infiere la intención y categoría de unas hojas de pequeño formato, mal papel y muy mediocre tipografía. No existe más que un número, que no lleva fecha, aunque se supone que nació y murió en 1878.

AÑO I.

SANTANDER 10 DE ABRIL DE 1878.

NÚM. 1.

EL CONTRABAJO.

Literatura, charadas, acertijos, etc.

EL CONTRABAJO

1878.

Literatura y charadas, acertijos, etc., etc. Imp. La Voz Montañesa.

De parecidas características a «El Mosquitón», en su primer número (10 abril 1878) se advierte que sus redactores principales eran Belisario Santocildes Palazuelos, Eduardo F. Almiñaque, Tomás C. Agüero y Adolfo de la Fuente, firmas que aparecen al pie de poesías y secciones de amenidades. Intranscendente, nació y murió sin dejar huella apreciable, a pesar de las firmas anotadas. Tratábase de un «pasatiempo» a los que tan aficionado era Santocildes. Del Campo Echevarría apunta que el director fue D. Miles Vea.

EL DISPARATE.

PERIÓDICO CIENTÍFICO, LITERARIO, ARTÍSTICO COSMOPOLITANO

Redaccion y Administracion
Leganés y San Baudilio del
Llobregat.

Los pedidos por partidas á la
administración acompañando
su importe en moneda contan-
te y bien sonante.

Se publica una vez á la semana
lunáticamente.

| | |
|--|----------|
| PRECIOS DE SUSCRICIÓN, | |
| Por tres meses..... | 1 peseta |
| semestre..... | 0'75 |
| un año..... | 0'50 |
| Número suelto..... | 00'5 |
| Todo bien acondicionado y sin esquinas. | |

EL DISPARATE

Sin fecha.

Imp. y Lit. de F. Fons. Periódico científico, artístico,
cosmopolitano. Redac. y Admón.: Leganés y San Baudilio de Llobregat.

Como los dos anteriores, este semanario, cuyo único ejemplar revisado
carece de fecha, debió salir por el año 1878.

AÑO I.

Domingo 11 de Setiembre de 1881.

Núm. 2.

EL TIMES DE SANTANDER, periódico semanal de Anuncios dedicado al COMERCIO, ARTES É INDUSTRIAS.

Precios de los anuncios desde 10 cént. de peseta en adelante.—Se repartirán gratuitamente al público en general
2 000 EJEMPLARES SEMANALES.

EL TIMES DE SANTANDER

1881.

Imp. y Lit. de F. Fons. Rivera, 9.

Semanario dedicado exclusivamente a la publicidad, del que —según confesión propia— se editaban dos mil ejemplares repartidos gratuitamente entre el público en general. El precio de los anuncios era desde diez céntimos en adelante.

Según todos los indicios, continuó las mismas finalidades que su colega «El Guía», aunque sin dar cabida a las secciones poética y de amenidades de éste.

AÑO 1.

SANTANDER 7 DE MAYO DE 1881.

NÚMERO 1.

SUSCRICIÓN.

Por un año, continúo. 10
Un mes. Id. Id. 10
Número suelto. Id. 10
Idem nro. Id. 10

LA MONTAÑA.

Periódico Democrático Gubernamental.

SE PUBLICA LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS.

DIRECCIÓN.

Toda la correspondencia dirigida al Director de
LA MONTAÑA, se enviará a Santander, N.º 1.
Los suscriptores residentes en Santander, podrán dirigir sus comunicaciones al Director, Avenida, número 1.

LA MONTAÑA

1881.

Periódico Democrático Gubernamental.

AÑO 1.

SANTANDER 28 DE DICIEMBRE DE 1883.

NÚM. 1.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Por un año, continuo. 10
Un mes. Id. Id. 10
Número suelto. Id. 10
Idem nro. Id. 10

LA TEA.

Editor, El Administrador.

Administrador y Director.

REDACTORES.

El Director y Administrador.

Ubijanados: LOS REDACTORES

DIARIO DEMOLEADOR Y SIN SABOR POLÍTICO.

LA TEA

1883.

Imp. de El Correo de Cantabria. Diario demoledor y sin sabor político.

En los finales, casi, del mandato de don Lino de Villa Ceballos, surgieron nuevas publicaciones para intervenir en la trifulca. Fue la primera «La Tea», el 28 de diciembre de 1883. A pesar de su incendiario título, no consiguió más que ser débil inútil candela encendida en «día de inocentes» y lo advertía: «Acaso nuestro periódico ha nacido hoy de acalorada imaginación y pase mañana a la soledad de la tumba.»

Tuvo pretensiones humorísticas, pero sólo para hacer la disección de los periódicos locales, ante los que afirmaba: «Nosotros, a nuestro asunto, que consiste en ver cuántas majaderías se piensan para escribir un periódico en día de Inocentes que muchas veces han de ser, pues, las majaderías humanas forman un arsenal inmenso.»

Nació con luz mortecina y se apagó de un ligero resoplido.

Igual suerte corrió otra hoja titulada «El Látigo», salida de la minerva de los hermanos Del Río. Su inocuidad la sumió rápidamente en el vacío.

AÑO I.

Santander 4 de Febrero de 1883.

NÚM. I.

REDACCION
Y
ADMINISTRACION,
Alcantarilla ge-
neral del pue-
blo.

LA LOCA GAMUS

PERIÓDICO IMPOLÍTICO E INCIVIL.

Se publica todos los días.

DIRECTOR,

Un hombre de buen
humor.

COLABORADORES.—Don Carlos de la Chapa, Silvestre.—La Sombra del Empecinado.—Varios lacaños.—Una verdulera.—Y otros personajes que no hablan.

LA LOCA GAMUS

1883.

Sin pie de imprenta.

No señala, su número primero (y seguramente el único), la fecha exacta de su publicación, que fue en 1883. Se titulaba «Periódico impolítico e incivil» y su director: «Un hombre de buen humor». En cuanto a la Redacción y Administración los citaba así: «Alcantarilla general del pueblo» y como colaboradores «Don Carlos de la Chapa», «Silvestre», «La sombra del Empecinado», «Varios lacaños», «Una verdulera», y «otros personajes que no hablan».

Cuatro páginas de pequeño formato, y de pésimo gusto, chabacano y rayando en la grosería.

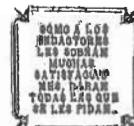
AÑO I.

10 CÉNTIMOS DE PESETA.

NÚM. I.



EL TIO TOLIN.



COLABORADORES: Luis (el de las paguitas), Cáscaras, Pato, Tío Matías, Tío Blás, Lá, Pronda, Lásca, Pepín y otros varios émulos del Tío Mecholin. ¡Uvall!

DOMINGO 12 DE ABRIL DE 1885.

EL TIO TOLIN

1885.

Imp. Río Hnos. Alameda, 1.^a.

Comenzó a publicarse, semanalmente, el 12 de abril de 1885 y a partir del número 7 en tamaño mayor que los anteriores.

«Como a los redactores les sobran muchas satisfacciones –decía en su presentación–, darán todas las que se les pidan.»

De interés mínimo, ni literario ni periodístico, se ufanaba con esta «lista de colaboradores»: «Luis (El de las alpargatas), Cáscaras, Paño, Tío Matías, Tío Blas, Lá, Prenda, Lasca, Pepín y otros émulos del Tío Mechelín (¡uva!)».

Fue breve su existencia, y no dejó huella sensible.



EL TILIN TAN
1885.

Como mera curiosidad registramos este título de un nonnato periódico que se quedó en proyecto, pues el «ejemplar» que de él se conserva es un esquema de formato que sus redactores dibujaron a pluma. Sobre el título hay dos campanillas concejiles y debajo el epígrafe: «Sale el día de sesión».

No tiene fecha, pero se supone fundamentalmente que el propósito había fraguado hacia 1885.

REDACCIÓN:
S. Francisco, 8,
cuarto.

PERIODICO:
5 céntimos de
peseta.

LA GUINDILLA.

SE SIRVE SEMANALMENTE CON TODA CLASE DE SALSAS, EXCEPTO LA VERDE.

SATISFACCIONES Á PRECIOS CONVENCIONALES.—RECTIFICACIONES Á PRECIOS ECONÓMICOS.—SE APLICAN GRATIS,
LOS SINAPISMOS, LOS CÁUSTICOS Y LAS CANTÁRIDAS.

LA GUINDILLA

1886.

Imp. Puente, 16. Redac.: San Francisco, 8, 4.^o.

«Se sirve semanalmente con toda clase de salsas, excepto la verde» decía en su primer número de fecha 14 de noviembre de 1886, y su postulado confesado era: «Con objeto de dar la mayor publicidad posible a los desaciertos de nuestros flamantes concejales, dedicamos desde hoy una sección de nuestro periódico para dar cabida a cuantas noticias tenga a bien suministrarnos el público, siempre que estén garantizadas con la firma del que nos haga tan señalado servicio.»

En efecto, a partir del número 2 publicó varias columnas de crítica municipal, entablando por ello una fuerte polémica con «El Eco de Cantabria».

Tuvo efímera existencia.

Iluminas maletas 5 céntimos de peseta.
Maletas atendidas 25 cént. idem.
No se admiten suscripciones.

EL CUCO.

Comunicado, reclamos y anuncios.

Precios convencionales.

Periódico político y satírico.

SE PUBLICA LOS JUEVES Y DOMINGOS.

Año I.

Santander 6 de Enero de 1887.

Núm. 1.

EL CUCO

1887.

Imp. del Cuco. Carbajal, 4. Periódico político y satírico.

Se anunciaba sin color político, salió el 6 de enero de 1887 y justificaba así su título: «Es característico, casi típico; dicen por esos mundos que existen más allá de nuestras montañas: «Montañesuco, en tu tierra canta el cuco» y *cucos* llaman los demás españoles a los montañeses. ¿Por qué? Es bien seguro que no

tienen fuera de la provincia de Santander mal concepto de los montañeses y no es lo mismo en el sentido de *largo y avisado*, ni hombre que trata de ocultar alguna idea o propósito para burlar o engañar a los demás por lo que nos llaman *cucos*, no.»

De poco fuste, carecía de interés informativo; en cuanto al literario, es obvio señalar su inopia.

La imprenta de El Cuco, era la de Atienza.

Número único.

EL CURANDERO.

Precio cinco céntimos.

FOLLETO EN FORMA DE PERIÓDICO POR SER DE ACTUALIDAD.

Aquí donde hay tanto pavo que desinflar, tanto ganso que alicortar, tanto burro que desasnar y tanta postura social que curar, no bastan los Médicos, y **EL CURANDERO** viene dispuesto á hacer maravillosas curas.

Santander 1.^º de Mayo de 1887.

EL CURANDERO

1886.

Imp. de Atienza. Lope de Vega, 4.

Entre las numerosas hojas volanderas que aparecieron por aquellas fechas, «El Curandero», impreso en papel de rabioso color amarillo, sacó un único número el 1.^º de mayo de 1887. «Folleto en forma de periódico por ser de actualidad» se subtitulaba, y aclaraba: «Aquí donde hay tanto pavo que desinflar, tanto ganso que alicortar, tanto burro que desasnar y tanta postura social que curar, no bastan los médicos y «El Curandero» viene dispuesto a hacer maravillas.» «Los periodiqueros –decía en otro lugar– son muchos, desde Nisio hasta los más encopetados, que no sienten empacho en lanzar al público inmundicias en forma de insultos personales inspirados por la envidia o el despecho; pero hay pocos periodistas y muy pocos buenos».

Tenía intención electoral y es claro que este «número único» fue editado muy circunstancialmente y financiado con el importe de los anuncios».



LA SORPRESA

1888.

Imp. Militar de Quesada.

Insistió Quesada en su empeño —a pesar de su anterior fracaso— y editó una revista titulada «festiva anunciadora». Fue el 21 de abril de 1888. No señalaba periodicidad, sino «para cuando menos se espere». Tenía una finalidad exclusivamente publicitaria con algunas secciones recreativas.

Tropezó con obstáculos insalvables; la falta de pulso y de garra le arrastró precipitadamente al abismo del silencio. Su mutis fue silencioso.

SANTANDER LITERARIO

SEMANARIO ILUSTRADO

AÑO I.—NÚM. I



OFICINAS: CARBAJAL, 1, 1.^o DÉRUMA



— SANTANDER 18 DE DICIEMBRE DE 1898

SANTANDER LITERARIO

1898.

Semanario ilustrado. Oficinas Carbajal, 1, 1.^o. Imp. El Cantábrico.

Manuel de A. Tolosa, fundó una revista cuyo contacto con el lector fue el 18 de diciembre de 1898, aparentemente para desahigar sus inquietudes literarias y de crítica. A pesar de título tan enfático, no aportó contribución de valor a las letras locales, ni apareció en sus páginas firma ninguna de reconocida solvencia en el Santander de entonces. Bien presentada en cuanto a la tipografía, tenía un corte muy de la época. En el número 1 presentaba un grabado de la silla papal de León XIII, a toda plana, e intercalaba fotograbados entre abundantes textos de

autores foráneos. El más asiduo fue César Pueyo. En una sección de modas, recogía figurines de «La moda elegante».

Entre lo más destacado figuró, en el número 10, un grabado muy curioso del pórtico de la cripta del Santísimo Cristo, firmado por M. Poy Dalmau, tomado del «Album de la condesa de Rivadeneira», según el pie del mismo.

Sólo se conocen doce números, el último con fecha 26 de marzo de 1899.

EL CUCO

1901.

Semanario ilustrado.

Jesús Amber, joven mosquetero de la pluma, que tenía sus coloquios con las musas, y era escritor fácil, se aventuró a publicar una pequeña revista semanal, inaugurada el 30 de junio de 1901: se titulaba «El Cucó», nombre que aparecía por tercera vez en la historia del periodismo local. Muy breve fue su existencia. Solamente dos números; el último tuvo fecha de 14 de julio, con lo que ya, desde un principio, frustró su carácter hebdomadario.

No produjo impacto alguno. Amber, inquieto, buscó una salida a sus fantasías y ansias de gloria y se fue a Madrid, para enrolarse en la batalladora bohemia literaria del primer decenio del siglo. Emilio Carrera habría de publicar, pasando los años, una novela corta titulada «La conquista de la Puerta del Sol», en la que el protagonista figura con el nombre de Jesús Amber; era, en realidad, una especie de biografía de «la corte de los milagros» y de aquel santanderino que abandonó su patria chica para no morir de «asfixia –decía– en el ambiente levítico de la ciudad».

AÑO I

Santander 14 de Noviembre de 1903

NÚM. 2

El Eco Comercial

SEMANARIO DE ANUNCIOS, LITERATURA Y ARTES

REDACCIÓN: DAOÍZ Y VELARDE, NÚM. 19

SE REPARTE GRÁTIS

ADMINISTRACIÓN: DAOÍZ Y VELARDE, 19

EL ECO COMERCIAL

1903.

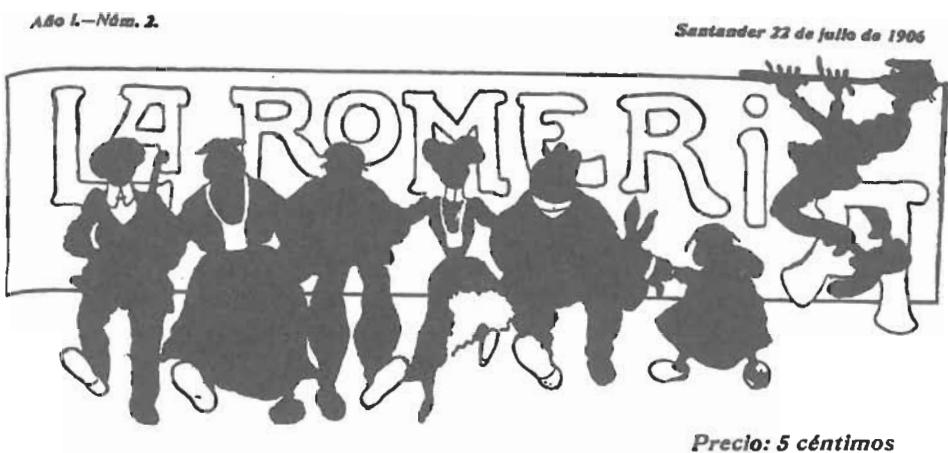
Semanario de anuncios, literatura y arte. Redac.: Daoíz y Velarde, 19. Imp. de Cuevas

Impreso en cuatro páginas, en su primer número (7 de noviembre de 1903), hacia la advertencia de que el semanario no nacía como una continuación de «La

Hormiga», como se había supuesto e incluso insinuado públicamente, porque no tenía con ese otro periódico (dirigido y redactado por Neugart), relación ninguna.

Insertaba las secciones habituales en la prensa periódica de entonces, con versos de poco fuste y pasatiempos.

Sólo se conocen los doce números que figuran en la Hemeroteca municipal, hasta enero de 1904.



LA ROMERIA

1906.

Imp. y Lit. Blanchard y Arce.

Salió a título de ensayo, en gran formato, buen papel y excelente tipolitografía, con cuatro páginas; las dos exteriores con dibujos caricaturescos de Rivero referentes a temas locales, especialmente al problema de las aguas, con coplas firmadas por B. González. Apareció en el mes de julio de 1906. Sólo conocemos tres números, el último correspondiente al 29 de julio.

Debió de ser una de tantas empresas en las que andaba mezclado Fernando Segura, a quien recurrían siempre los promotores de esta clase de publicaciones tanteadoras de un hipotético negocio editorial basado en la publicidad mercantil al soaire de una revista improvisada. En «La Romería» no se advierte plan ninguno. Su texto estaba compuesto por algunos artículos con la firma de Segura y una serie de «bocadillos», en prosa o verso, comentando la actualidad.

Sotileza

REVISTA MONTAÑESA

Año I

Núm. 3

SOTILEZA no pertenece a ningún partido; trabaja sólo por la Montaña y para la Montaña.

Fundada sólo y exclusivamente para defensa de los intereses de Santander y su provincia

Santander 3 de agosto de 1913

SE REPARTE GRATIS

Redacción y Admón.: Medio, 1, 1.^o

SOTILEZA

1908.

Semanario de intereses locales, literatura y anuncios.
Imp. de Ramón G. Arce. Se reparte gratis. Sale los sábados.

Apareció el 30 de mayo de 1908, editado por su propietario Ernesto Pereira Cabral, y dirigido por Isidro Castro Olalla. Fue una publicación frustrada, debido a su carencia de interés y por su presentación deficiente. Los artículos tenían un solo firmante: Angel de la Cruz. El anónimo crítico teatral arremetía contra el drama «Astrea» estrenado en el Teatro Principal el 23 de mayo y original de Eduardo Torralba Becí, ácrata; se trataba de una obra de tipo social avanzado.

En un sueldo informativo, hablaba de «la próxima circulación del tranvía eléctrico por el Paseo de Pereda», durante el mes de junio de aquel mismo año, y anunciaba también la formación de unos «Coros Monasterio» gracias a la iniciativa de Cotarelo, secundado por Sáinz y Somavilla.

EL GENIO ALEGRE

1909.

Semanal. Imp. La Atalaya.

Francisco Revuelta decidió la publicación de este semanario saludo a la calle el 17 de enero de 1909. Definía su carácter como «periódico semanal bueno, bonito y barato, para divertirse un rato sin faltar a la moral». Era marcadamente publicitario que intercalaba algunas secciones humorísticas en prosa y verso, la mayor parte de ellas firmadas por «Copa Tavuelre» (es decir, Paco Revuelta) y de paso dedicaba sus preferencias epigramáticas a los republicanos, a los anticlericales y a las representaciones «sicalípticas» que llevaban al Salón Pradera a la gente de trueno y amiga de las picantes frivolidades. Eran tiempos del cuplé picarón, de doble sentido, equívoco y bienhumorado. Sencillamente «escandaloso» para la sociedad de entonces.

Sólo se conocieron dieciocho números, el último correspondiente al 30 de mayo del mismo año.

CELIPUCO

1909.

Periódico mensaje. Imp. La Atalaya.

Aunque no tiene plena justificación la inclusión de este título como **ídóneo** en el historial de la prensa propiamente dicha, ya que se trató de una anécdota cuya simpatía incluso intemporal, merece registrarse **pues** hizo honor al subtítulo de «periódico mensaje». Único número fechado en junio de 1909, y compuesto con motivo del regalo por los montañeses residentes en La Habana, de un carro de útiles al flamante Cuerpo de Bomberos Voluntarios. Fueron seis páginas bien impresas en también buen papel.

En prosa y en verso colaboraron buena parte de los periodistas de aquel momento: Nieto, Manuel Soler, Del Río Sáinz, Gabriel Pellón, José María Pellón, Antonio Mur, J. José Báscones, «Antón Celoria», B. Rovira, Juan Soler, García, Eduardo F. Almiñaque, Esteban Polidura, Torralba Becí y Fernando Segura, además de otros espontáneos.

A nadie se le pidió certificado de fe política, por lo que constituyó un caso de simpática convivencia social convocada por la admiración que en el pueblo se sentía por la benemérita institución gozadora de las unánimes simpatías.

ECOS DE LA MONTAÑA

1909.

Semanario de los intereses generales de Santander y la provincia. Imp. La Moderna. Redac. y Admón.: Daoíz y Valrde, 2.

«Somos escritores improvisados» aclaraba en su primer número (24 de octubre de 1909) y salía para «defender los intereses del comercio y la industria». En realidad, era una publicación de tipo publicitario, como tantas otras proliferantes en su época, y en la que algunos aficionados se estrenaban con balbuceos más o menos literarios. Probablemente, no pasó de los cuatro números guardados en la Hemeroteca.

EL VIAJERO

Órgano Oficial de la Asociación de Casas de Viajeros de Santander

Redacción y Administración, Calle de Cádiz, 3, 2º; izquierda

PUBLICACIÓN MENSUAL

EL VIAJERO

1911.

Mensual. Imp. La Montaña.

El 1 de enero salió como órgano de la Asociación de Casas de Viajeros de Santander. Mal papel y pobre tipografía, era una revista muy barata, estampada para ser distribuida gratuitamente como propaganda. Ahora tiene el interés de que en sus páginas de los dos números conocidos, figura el censo hostelero de la ciudad de aquellos tiempos. Seguramente fue obra de un redactor de «El Cantábrico» (Ramón Martínez Pérez) que se había especializado en periodismo publicitario.



| | | | |
|---|--------------------------------|--|------|
| 1. Redacción y Administración San Roque, 3, bajo | SANTANDER 5 DE OCTUBRE DE 1912 | Se cumplirán en la capital seis plazas vacantes Pago adelantado | Nº 1 |
|---|--------------------------------|--|------|

EL GORRO FRIGIO

1912.

Periódico republicano quincenal. Redac. y Admón.: San Roque, 3, bajo. Imp. La Montaña. Cuesta del Hospital, 3.

Entre las numerosas publicaciones republicanas con distintos matices, salieron en las dos primeras décadas de este siglo. «El gorro frigio» defendía a la Unión Republicana y a Lerroux. Se editó en cuatro páginas de tamaño folio, y

vio la luz primera el 5 de octubre de 1912. Son conocidos sólo tres números, el último correspondiente al 2 de noviembre.

De escaso interés, falto de nervio, y decididamente anticlerical, arrastró vida precaria. Ningún artículo llevaba firma.

ACTUALIDAD GRAFICA

SEMANARIO PARA TODOS

Año I

Santander 8 de Diciembre de 1912

Núm. 1

LA ACTUALIDAD GRAFICA

1912.

Semanario para todos. Imp. Centro de Artes Gráficas.

Una de tantas publicaciones emprendidas por el activísimo Fernando Segura, fue este semanario aparecido el 8 de diciembre de 1912 con intenciones que la realidad no confirmó: dotar a los lectores de una revista gráfica de interés localista. Bien presentado, de reducido formato, con 16 páginas, se advierte que casi todo él estaba escrito por Segura, con alguna colaboración como la de Federico Iriarte de la Banda. Tenía una sección titulada «Teatralerías» y otra de pasatiempos.

Los grabados eran obra de un excelente fotograbador, Severiano Quintana, que aportó a la prensa santaderina los últimos adelantos de esa arte gráfica, con la que alcanzaría evidente notoriedad.

La Bohemia

Órgano oficial de la Sociedad Artístico-Recreativa del mismo nombre

La correspondencia al Director.
No se devuelven los originales.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Segismundo Moret, número 7, Bajo

Publicación mensual.
Se reparte gratis.

LA BOHEMIA

1915.

Órgano oficial de la Sociedad Artístico-Recreativa del mismo nombre. Se reparte gratis. Mensual. Imp. Francisco Matas.

Por los finales de la primera guerra europea, se fundó la Sociedad Artístico-Recreativa «La Bohemia», que quedó establecida en un local destinado, anteriormente, a teatrillo de la Casa del Pueblo y en cuyo escenario se representaban obras de carácter societario, como el «Juan José» de Dicenta. Estaba en la Cuesta del Hospital, esquina a la calle Cuesta, justamente en la planta superior de la actual sala de fiestas titulada «La Belle Epoque». Posteriormente a «La Bohemia», el local-teatro estuvo dedicado a cabaret titulado «La Tierruca».

Las listas de socios de «La Bohemia» se nutrían especialmente de dependientes de comercio, de modistillas y jóvenes de clase mesocrática, que eligieron por presidente a Juan Bolívar, activo, dinámico, decidido, y como secretario a Luis Soler, que por entonces prestaba servicios en el comercio «El Toisón de Oro». Los fines de la sociedad eran concretos: organizar excursiones y bailes y amenizar los días de descanso. Las incipientes aficiones literarias de Luis Soler decidieron a la animosa sociedad a dotarla de una revista propia cuyo primer número apareció el 15 de enero de 1915, con el título propio de su entidad. Y aunque sin ambiciones literarias, sirvió de tribuna desde la que interviniieron José Estrañi, Federico Iriarte de la Banda y otros aficionados. Soler desahogaba allí sus deliquios evanescentes con las musas.

No se ha anotado si la revista tuvo más larga existencia que los tres números conservados en la hemeroteca.

EL REFORMISTA

ÓRGANO DE LA JUVENTUD REFORMISTA DE SANTANDER

Año I. Núm. 3

Redacción y Administración Blanca, 16.- Teléfono núm. 514.

24 de junio de 1916.

EL REFORMISTA

1916.

Órgano de la juventud reformista de Santander.

APENDICE

II

NOTICIA COMPLEMENTARIA PARA UN CATALOGO EXHAUSTIVO

Antonio del Campo Echevarría llevó a cabo la tarea de recopilar noticias de las publicaciones de todo tipo (con alcance hasta el momento de realizarlo, o sea, en 1904) aparecidas en Santander, ciudad. Fruto de sus pesquisiciones fue un pequeño folleto editado aquel año en la máquina de «El Correo de Cantabria», con un repertorio de 217 títulos de los que pudo obtener referencias directas en un cincuenta por ciento. «En estas noticias –aclaró el erudito– hay algunos errores, y bastantes omisiones en cuanto a la totalidad e publicaciones salidas de las imprentas locales». Del Campo se limitó a establecer un catálogo bibliográfico, indicando de modo sintético características y fecha de publicación.

Al propósito de este libro historiográfico que el lector tiene entre las manos se obligaba la referencia de las noticias espigadas por Del Campo Echevarría, para agregarlas como apéndice informativo, transcribiéndolas del folleto consultado:

EL CABELLO DE ORO: Semanario de literatura. 1 junio 1850. Imp. Otero.

PANORAMA DE CANTABRIA: Fundador José González Tanago. De esta revista literaria que salió el 2 de febrero de 1861, sólo se publicaron unos cuantos números.

GACETA DEL COMERCIO: 15 de febrero de 1853.

LA PLUMA: Periódico literario. 1867.

EL QUIERE DINERO: Periódico ilustrado, político liberal. 1868.

EL LAGARTO: Periódico semanal. 1869.

EL MONTAÑES: 1869.

EL PASIEGO: 1869.

EL ECO DE LAS AULAS: 1869.

LA GAITA: 1869.
LA PLUMA: 1870.
EL ECO DE LAS FERIAS: Propaganda de festejos, anuncios y noticias. 1871.
 Imp. Hijos de Martínez.
ALBUM ALMANAQUE DE SANTANDER: 3 años. 1870, 71 y 72. Trabajos literarios, caricaturas, charadas, piezas de música, dibujos para bordar.
 Imp. Hijos de Martínez.
EL CAPITAN ARAÑA: 1871.
EL PELLEJO: 1872.
LA VOZ DEL MAGISTERIO: Revista decenal de Instrucción primaria. Fundador y director, Eugenio Delgado. 15 abril 1872.
EL ECO DE SANTANDER: 1873.
DIARIO COMICO UNIVERSAL, GENERAL Y DE TEATRO: Imp. Telesforo Martínez. 1873.
EL INDICADOR: 1873. Imp. T. Martínez.
PROPAGANDA CATOLICA: 1873. Semanario de teología popular acerca del protestantismo. Imp. Solinis y Cimiano.
LA PESADILLA: 1874.
EL PALCO DEL TIO: Sin malicia, para ahuyentar los sopores de la concurrencia al Teatro de Santander. Noviembre y diciembre de 1874. Imp. Solinis y Cimiano.
LA FORZOSA: 1874.
EL ALDEANO: 1874.
EL INDICADOR DE SANTANDER: Diario universal de anuncios. 1875. Imp. y Lit. T. Martínez.
BOLETIN ECLESIASTICO: Periódico oficial del clero de la diócesis. 1875.
LA MONTAÑA: 1876. Fund. y director José María Herrán Valdivielso. Imp. La Voz Montañesa.
EL COMERCIO DE SANTANDER. 1878.
EL TIO RECHEPE: 1880. Imp. y Tip. J. Martínez.

Año I.

Sábado 3 de Abril de 1880.

Número 1.

EL TIO RECHEPE.

PERIODICO FESTIVO Y DE INTERESES LOCALES.

Dará una función todos los Sábados.

A DOS CUARTOS NUMERO.

ANUNCIOS, RECLAMOS Y COMUNICADOS A PRECIOS CONVENCIONALES.

- LA LIGA DE CONTRIBUYENTES: 1880.
- ECOS: Semanario literario, noticiero y de anuncios. Agosto 1882. Imp. y Lit. F. Fons.
- LA QUINA: Periódico publicado con motivo de un chocolate dado en casa del diputado provincial don Pedro Fernández de la Campa el 18 febrero 1882.
- LA TEMPESTAD: Semanal, órgano de los chubascos, tormentas, chaparrones, etc., etc. Director Tío Lucas. 28 octubre 1883. Imp. Del Río Hermanos.
- MESEJO: Organo defensor de sus intereses. Un solo número. Imp. Solinís y Cimiano.
- EL BENEFICIO: Periódico de noticias teatrales. Organo cómico-político-bailable del notable economista Ricardo Valero. Un solo número. 29 marzo 1884.
- EL LATIGO: Católico: liberal-monárquico-republicano. 1884. Imp. Del Río Hermanos.
- EL MONTAÑES CRITICO: Enero 1884. 6 números. Imp. El Correo de Cantabria.
- LA PROTECTORA: Mensual. Organo de la Agencia de Negocios del mismo título. 1885. Imp. y Lit. T. Martínez.
- LA CHIFLADURA: 1886.
- LA GLORIA EN LA TIERRA: 1886.
- EL BOMBO: Periódico anunciador. Febrero 1886. Imp. Solonís y Cimiano.
- EL MAGISTERIO MONTAÑES: Imp. de Mezo. Revista decenal de Instrucción pública. 3 enero 1886. Director Eduardo Anero.
- EL PIMIENTO MORRONGO: Noviembre 1886, por el popular Domingo Posadas. Nisio, El Indiano de Bendejo. Imp. y Lit. T. Martínez.
- BOLETIN MUNICIPAL: 1886. Imp. y Lit. El Atlántico.
- BEBE: Conato de periódico serio. Imprenta del Atlántico. 1887.
- EL RAMILLETE: Suplemento para anunciar la calle de San Francisco. 1887.
- LA REPUBLICA PROGRESISTA: 1887.
- EL PROGRAMA: Dedicado a los forasteros. Número único con motivo de las ferias de 1887. Imp. El Atlántico.
- EL FOMENTO DEL MAGISTERIO: Decenal. Fundador y Director Eduardo Anero. 5 de julio 1887.
- BOLETIN OFICIAL DE VENTA DE BIENES NACIONALES: Comenzó a publicarse en 1887. Administrador de Bienes del Estado, Ladislao Obregón Sigler. Imp. S. Roiz.
- EL TIO CIRIACO: Decenal ilustrado. 1887.
- EL ALCANCE: 1888.
- LA PICOTA: 1888.
- EL ANUNCIADOR: 1888.
- EL ESPARADRAPO: De intereses locales. 1890.

- LA BANDERA: Semanario. 1 enero 1891. En febrero se hizo diario. Imp. de La Bandera.
- LA CHISPA ELECTRICA: Revista festiva. 1891. Para arbitrar recursos para las víctimas de las inundaciones de Consuegra.
- LA PUBLICIDAD: Mercantil y de intereses generales. Abril 1891. Imp. de Quesada.
- LA REVISTA COMICA: Sólo dos números en 1892. Imp. de A. Quesada.
- EL CENTRO MONTAÑES: Político, órgano del partido republicano centralista. Imp. de La Bandera.
- LA PUBLICIDAD ARTISTICA Y LITERARIA: Semanario ilustrado. 1892. Imp. A. Quesada.
- EL SEMAFORO: Decenal ilustrado. 1893.
- EL TROVADOR: Decenal. 1893.
- LA LUCHA OBRERA: Semanario socialista. 30 abril 1893.
- EL TELEFONO: Semanario de noticias y anuncios. 3 septiembre 1893.
- SANCHO PANZA: Decenal ilustrado. 6 números entre septiembre y octubre. 1893.
- LA SEMANA OFICIAL: 27 enero 1895. Fundada y dirigida por José de Linares Mena, oficial del Gobierno civil.
- PROFESORADO MONTAÑES: Revista decenal. 20 junio 1895. Director Pedro Berrazueta. Imp. Sotero Roiz.
- EL BENEFICIO: Papel inesperado, incoloro y que sólo depende de los intereses de un joven periodista. Número único el 7 julio 1895 con motivo de una velada dada en el Teatro Principal con objeto de redimir de las armas a un joven periodista.
- COLD CREAM: Periódico panglosista, redactado por don Aurelio Piedra (Stone). Noviembre y diciembre 1895. Imp. Solinís y Cimiano.
- EL GUIRIGAY: Semanario festivo. 1896. Imp. T. Martínez.
- PAGINAS DOMINICALES: Semanario católico. Director Eduardo Aja y Peñón. Marzo 1896. Imp. Católica, Vicente Oria.
- PATRIA: Album publicado por una comisión de jóvenes con objeto de contribuir a la suscripción nacional en pro de la Marina Española. Número único, mayo 1898. Colaboraron todos los escritores montañeses desde Pereda, Menéndez Pelayo y Escalante hasta Antonio del Campo Echevarría, a quien sus compañeros confiaron la dirección. Imp. Blanchard y Arce.
- SANTANDER MERCANTIL: Revista de industria, comercio, navegación y transportes. Fines febrero 1900. Sólo tuvo algunos meses de vida. Imp. Solinís y Cimiano.
- PIFARTOS: Periódico de coba o guasa, hecho para andar por casa. Semanario. Se publicó en tres épocas: 1.^a, 6 números del 29 agosto al 26 septiembre 1897. 2.^a, 5 números de 8 diciembre a 1 enero 1898. 3.^a, 2 números en agosto de 1899.

- LA CARIDAD: Órgano oficial de la Cruz Roja Española de Santander. 1898.
Imp. Vicente Oria.
- EL COMBATE: Semanario republicano federal. 22 octubre 1898 a 14 enero 1899. Imp. El Cantábrico.
- EL JUEVES: 1899.
- SANTANDER ARTISTICO: Número único. 23 julio 1899. Imp. J. M. Martínez.
- UNION IBERICA: Revista quincenal dedicada a los asociados de la Compañía del mismo título. Enero 1900. Imp. S. Roiz.
- EL EXTRAORDINARIO: Semanal. Marzo 1900.
- EL TRABUCAIRE: Tradicionalista. Poca vida. Abril 1900.
- EL TOREO: Mayo 1900.
- LA EXPOSICION: Recuerdo de la Agrícola, Industrial y Mercantil celebrada en septiembre de 1900 con motivo de la visita de Sus Majestades y Altezas Reales.
- LA REPUBLICA: Semanario órgano del partido republicano-popular. Director A. P. Alvarez. Sólo vieron la luz algunos números en los meses de marzo y abril 1900. Imp. El Cantábrico.
- LA PROTESTA: Hoja anarquista. Mayo 1901. Imp. A. Quesada.
- EL SINAPISMO: Semanario publicado con objeto de combatir el juego en Santander. 1901. Imp. A. Quesada.
- EL CINEMATOGRAFO: Semanario ilustrado. 2 números, 7 y 14 julio 1901. Imp. J. M. Cimiano.
- SALON BIEL: Órgano de la Sociedad dramática de este título. Comenzó a fines de agosto de 1901. Imp. A. Valverde.
- EL DOBLE SINAPISMO: Periódico independiente y dedicado a decir verdades. Un sólo número 26 febrero 1902. Imp. A. Quesada.
- EL PROGRESO COMERCIAL: Revista quincenal de intereses fabriles y mercantiles. Órgano de la prensa de la casa del mismo nombre. 3 marzo 1902. Imp. Blanchard y Arce.
- LAS COOPERATIVAS: Palique general gratuito con los socios de la Cooperativa cívico-militar. 1 marzo 1902. Imp. Blanchard.
- ESPERANTO: Revista mensual ibero-americana, órgano de propiedad de la *Lingve Internacia* en la Península y Amerikas Latinas.
- LECTURA POPULAR DE HIGIENE: Revista dirigida por don José García del Moral. Junio 1902.
- EL TAURINO: Revista de las corridas de toros celebradas en Santander los días 25, 26 y 27 julio 1902.
- LA UNION DEL MAGISTERIO: Decenal. Director Isaac Cuende. 25 julio 1902. Imp. V. Oria.
- REVISTA TEATRAL: Publicáronse sólo algunos números en los meses de septiembre, octubre y noviembre 1902. Imp. S. Cuevas.
- LAS INDUSTRIAS RURALES: Revista mensual, órgano de la Sociedad de

- Avicultores. Director Pablo de la Lastra Eterna. 15 noviembre 1902. Imp. Blanchard y Arce.
- BOLETIN DE LOS TALLERES Y ASILO DE LA STMA. TRINIDAD:** Mensual, junio 1903. Imp. V. Oria.
- LA TARANTULA:** Periódico literario y anuncios. 1, 10 y 20 de cada mes. 28 mayo 1903. Imp. S. Cuevas.
- EL MONTE CARMELO:** Revista religiosa. Dirigida por los RR. PP. Carmelitas descalzos de esta residencia. El 15 agosto 1903. Durante un año y medio se publicó dos veces al mes en Santander y más tarde comenzó a imprimirse en Burgos. Imp. V. Oria.
- EL DESMIGUE:** Periódico cómico-incoloro. 12 mayo 1904. Unico número de éste que quiso ser semanario. Imp. A. Valverde.
- LOS RAYOS X:** Periódico de intereses generales. Se publica los sábados. 1905. Imp. La Ideal.
- BOLETIN DEL OBRERO:** Revista quincenal. Organo de las asociaciones católico-obreras de la provincia de Santander: 1905. Imp. La Propaganda Católica.
- EL PRODUCTOR MONTAÑES:** Revista quincenal. 1906. Imp. La Montaña.
- LA MONTAÑA:** Diario republicano de la mañana. 1906. Imp. de Blanchard y Arce.
- AVAMTE:** Publicación de higiene social. 1908. Imp. Vds. F. Fons.
- REVISTA CANTABRA:** Publicación literaria ilustrada. 1908. Imp. de La Atalaya.
- LETRAS MONTAÑESAS:** 1909. Tip. del Cantábrico.
- LA ORIENTACION:** Revista de Primera Enseñanza. 1911. Imp. La Propaganda Católica.
- LA PEDAGOGIA MODERNA:** Revista profesional independiente. 1911. Imp. Católica.
- LA REGION CANTABRA:** Diario republicano. 1914. Imp. La Región Cántabra.
- AROMAS DE LA TIERRUCA:** 1916. Tip. J. Martínez.
- BOLETIN DE LA BIBLIOTECA DE MENENDEZ PELAYO:** 1919. Imp. J. Martínez.
- ALTAMIRA:** Revista del Centro de Estudios Montañeses. 1934. Imp. Provincial.
- PROEL:** Cuaderno de Poesía. 1944. Imp. Comercial Aldós.
- EL POBRE HOMBRE:** Organo paupérrimo de las letras desamparadas. 1948. Imp. Hernando.
- LA ISLA DE LOS RATONES:** Hojas de Poesía. 1948. Imp. Hnos. Bedia.
- SAN MARTIN:** Organo de la Obra San Martín. 1958. Ed. Cantabria.
- PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DE ETNOGRAFIA Y FOLKLORE**
«HOYOS SAINZ»: 1969. Artes Gráf. Resins.

- PEÑALABRA: Pliegos de Poesía. 1971. Imp. G. Bedia.
- ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS AGROPECUARIOS: 1975. Manuf. Jean.
- ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS INDUSTRIALES, ECONOMÍAS Y DE CIENCIAS «TORRES QUEVEDO»: 1976. Manuf. Jean.
- ANUARIO DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MARITIMOS «JUAN DE LA COSA»: 1977. Manuf. Jean.

INDICE ALFABETICO

| Págs. | Págs. | | |
|--|-------|--|-----|
| Abeja Montañesa, La | 103 | Bebé | 405 |
| Actualidad Gráfica | 398 | Beneficencia, La | 88 |
| Adelante | 270 | Beneficio, El | 405 |
| Agua vá, El | 92 | Beneficio, El | 406 |
| Album Almanaque de Santander ... | 404 | Bohemia, La | 399 |
| Alcance, El | 405 | Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo | 408 |
| Aldeano, El | 404 | Boletín de Comercio de Santander | 35 |
| Alerta | 376 | Boletín Eclesiástico | 404 |
| Altamira | 408 | Boletín Municipal | 405 |
| Anales del Instituto de Estudios Agropecuarios | 409 | Boletín del Obrero | 408 |
| Anales del Instituto de Estudios Industriales, Económicos y de Ciencias «Torres Quevedo» | 409 | Boletín Oficial de la Asociación de Obreros de Santander | 135 |
| Antorcha, La | 266 | Boletín Oficial de la Provincia de Santander | 19 |
| Anuario del Instituto de Estudios Marítimos «Juan de la Cosa» | 409 | Boletín Oficial de Santander | 29 |
| Anunciador, El | 405 | Boletín Oficial de Venta de Bienes Nacionales | 405 |
| Anunciador Noticiero, El | 254 | Boletín de la Sociedad de Impre- sores, Litógrafos y Encuader- nadores | 219 |
| Argos, El | 23 | Boletín de los Talleres y Asilo de la Santísima Trinidad | 408 |
| Armonia, La | 157 | Bombo, El | 405 |
| Aromas de la Tierruca | 408 | Buzón de la Botica, El | 46 |
| Atalaya, La | 225 | | |
| Atlántico, El | 204 | Cabello de Oro, El | 403 |
| Autonomista, El | 286 | Campanilla, La | 293 |
| Avante | 408 | Cantabria | 287 |
| Aviso, El | 136 | Cantábrico, El | 236 |
| Avista, La | 99 | Cántabro, El | 128 |
| Bandera, La | 406 | Cántabro, El Boletín de Santander | 21 |
| Bandos, Los | 201 | | |
| Barquero, El | 45 | | |

| | Págs. | | Págs. |
|---|-------|------------------------------------|-------|
| Capitán Araña, El | 404 | Eco Comercial, El | 393 |
| Capricho, El | 62 | Eco de la Montaña, El | 164 |
| Carabina de Ambrosio, La | 180 | Eco de las Aulas, El | 403 |
| Caridad, La | 407 | Eco de las Ferias, El | 404 |
| Celipuco | 396 | Eco Montañés, El | 252 |
| Centinela Montañesa | 13 | Eco de Santander, El | 404 |
| Centro Montañés, El | 267 | Ecos | 405 |
| Centro Montañés, El | 406 | Ecos de la Montaña | 396 |
| Cinematógrafo, El | 407 | Ecos de Sociedad | 321 |
| Ciriego | 212 | Escalpelo, El | 199 |
| Coalición Republicana, La | 211 | España | 375 |
| Cold Cream | 406 | España Neutral | 341 |
| Coliseo, El | 95 | Esparadrapo, El | 405 |
| Combate, El | 407 | Esperanto | 407 |
| Comercio de Santander, El | 151 | Espina, La | 98 |
| Comercio de Santander, El | 404 | Espíritu del Siglo, El | 79 |
| Constitucional, El | 10 | Espontáneo, El | 369 |
| Contrabajo, El | 385 | Estudiante, El | 127 |
| Cooperativas, Las | 407 | Exposición, La | 407 |
| Correo de Cantabria | 186 | Extraordinario, El | 407 |
| Corresponsal, El | 150 | | |
| Costa Montañesa, La | 325 | Faro, El | 355 |
| Crónica Electoral de la Provincia de Santander | 384 | Federal, El | 257 |
| Crónica de Santander | 249 | Fomento del Magisterio, El | 405 |
| Cuco, El | 134 | Forzosa, La | 404 |
| Cuco, El | 390 | Fraternidad | 327 |
| Cuco, El | 393 | | |
| Curandero, El | 391 | Gaceta del Comercio | 403 |
| | | Gaita, La | 404 |
| Chifladura, La | 405 | Galerna, La | 178 |
| Chispa Eléctrica, La | 406 | Galerna, La | 217 |
| | | Gazeta de Santander | 3 |
| Defensor, El | 305 | Genio Alegre, El | 395 |
| Descuaje, El | 294 | Gloria en la Tierra, La | 405 |
| Desmigue, El | 408 | Gorro Frigio, El | 397 |
| Despertador Montañés, El | 50 | Guardia Negra, La | 177 |
| Diario Cómico Universal, General y de Teatro | 406 | Guía, El | 149 |
| Diario Montañés, El | 272 | Guindilla, La | 390 |
| Diario Mercantil de Santander | 73 | Guirigay, El | 406 |
| Diario de Santander, El | 69 | Hambre en Puerta, El | 301 |
| Diario de Santander, El | 171 | Heraldo Demócrata | 284 |
| Disparate, El | 386 | Heraldo de Santander | 233 |
| Doble Sinapismo, El | 407 | Hisopo, El | 179 |
| Don Preciso | 295 | Hoja del Lunes | 367 |
| Duende, El | 89 | Hormiga, La | 264 |
| | | Huérfano, El | 86 |
| Eco de Cantabria | 115 | | |
| | | Ideal Cántabro, El | 297 |
| | | Imparcial Santanderiensí, El | 15 |

| | Págs. | | Págs. |
|----------------------------------|-------|--------------------------------------|-------|
| Indicador, El | 404 | Páginas Dominicales | 406 |
| Indicador de Santander, El | 404 | Palco del Tío, El | 404 |
| Industrias Rurales, Las | 407 | Palestra | 352 |
| Isla de los Ratones, La | 408 | Palitroques | 318 |
| Juan Palomo | 214 | Panorama de Cantabria | 403 |
| Jueves, El | 407 | Pasiego, El | 403 |
| Lagarto, El | 403 | Patria | 406 |
| Lanceta, La | 120 | Payo Parlanchín, El | 13 |
| Látigo, El | 405 | Pedagogía Moderna, La | 408 |
| Lectura Popular de Higiene | 407 | Pellejo, El | 404 |
| Lente, El | 96 | Peninsular, El | 129 |
| Letras Montañesas | 408 | Peña Labra | 409 |
| Liga de Contribuyentes, La | 405 | Percebete | 309 |
| Lince, El | 27 | Pesadilla, La | 404 |
| Loca Gamus, La | 388 | Picota, La | 405 |
| Lucha Obrera, La | 406 | Pifartos | 406 |
| Magisterio Montañés, El | 405 | Pimiento Morrongo, El | 405 |
| Mariposa, La | 147 | Plebeyo, El | 148 |
| Mesejo | 405 | Pluma, La | 403 |
| Monarquía Tradicional, La | 131 | Pluma, La | 404 |
| Montaña, La | 302 | Pobre Hombre, El | 408 |
| Montaña, La | 347 | Productor Montañés, El | 408 |
| Montaña, La | 387 | Proel | 408 |
| Montaña, La | 404 | Profesorado Montañés | 406 |
| Montaña, La | 408 | Programa, El | 405 |
| Montañés, El | 5 | Progreso Comercial, El | 407 |
| Montañés, El | 167 | Progreso de Santander, El | 196 |
| Montañés, El | 261 | Propaganda Católica | 404 |
| Montañés, El | 403 | Protector del Trabajo, El | 130 |
| Montañés Crítico, El | 405 | Protectora, La | 405 |
| Monte-Carlo en Santander | 299 | Protesta, La | 407 |
| Monte Carmelo, El | 408 | Publicaciones del Instituto de Et- | |
| Mosquito, El | 97 | nografía y Folklore «Hoyos | |
| Mosquitón, El | 385 | Sáinz» | 408 |
| Neófito, El | 75 | Publicidad, La | 213 |
| Norte, El | 251 | Publicidad, La | 406 |
| Noticias, Las | 338 | Publicidad Artística y Literaria, La | 406 |
| Noticiero Montañés | 343 | Pueblo, El | 329 |
| Noticiero Montañés, El | 220 | Pueblo Cántabro, El | 330 |
| Noticiero Santanderino | 253 | Pulga, La | 91 |
| Observador Imparcial, El | 7 | Quiere Dinero, El | 403 |
| Opinión, La | 280 | Quina, La | 405 |
| Orientación, La | 408 | Ramillete, El | 133 |
| | | Ramillete, El | 405 |
| | | Rayos X, Los | 408 |
| | | Recreo Popular, El | 76 |
| | | Reformista, El | 320 |

| | Págs. | | Págs. |
|---------------------------------|-------|--------------------------------|-------|
| Reformista, El | 400 | Taurino, El | 407 |
| Región, La | 349 | Tea, La | 387 |
| Región Cántabra, La | 304 | Teléfono, El | 406 |
| Región Cántabra, La | 408 | Tempestad, La | 405 |
| República, La | 316 | Tertulia, La | 159 |
| República, La | 371 | Tía Canuta, La | 176 |
| República, La | 407 | Tierra Montañesa | 328 |
| República Progresista, La | 405 | Tijeras, Las | 95 |
| Restaurador, El | 14 | Tilín Tan, El | 389 |
| Revista Cántabra | 306 | Times de Santander, El | 386 |
| Revista Cántabra | 408 | Tío Cayetano, El | 110 |
| Revista Cómica, La | 406 | Tío Ciriaco, El | 405 |
| Revista de Santander, La | 361 | Tío Quintín, El | 118 |
| Revista Teatral | 407 | Tío Rechepe, El | 404 |
| Revista Veraniega | 259 | Tío Tolín, El | 388 |
| Rinoceronte, El | 61 | Tiquis Miquis, El | 291 |
| Romería, La | 394 | Toreo, El | 407 |
| Salón Biel | 407 | Trabucaire, El | 407 |
| Sancho Panza | 406 | Trasconejado | 59 |
| Sanhedrín, El | 175 | Trovador, El | 406 |
| San Martín | 408 | Unión Ibérica | 407 |
| Santander Artístico | 407 | Unión del Magisterio, La | 407 |
| Santander Cómico | 198 | Valla, La | 123 |
| Santander Crema | 190 | Verano, El | 117 |
| Santander Crema | 193 | Verdad, La | 181 |
| Santander Literario | 392 | Verdad, La | 300 |
| Santander Mercantil | 406 | Verdad, La | 312 |
| Santiago y a ellos | 124 | Viajero, El | 397 |
| Sardinero, El | 222 | Vigilante Cántabro, El | 39 |
| Sardinero Alegre | 234 | Voz, La | 169 |
| Semáforo, El | 406 | Voz Cántabra, La | 244 |
| Semana Oficial, La | 406 | Voz de Cantabria, La | 357 |
| Semanario Cántabro | 11 | Voz del Dependiente, La | 315 |
| Sílfida, La | 45 | Voz del Magisterio, La | 404 |
| Sinapismo, El | 407 | Voz Montañesa, La | 143 |
| Sorpresa, La | 392 | Voz Montañesa, La | 289 |
| Sotileza | 323 | Voz del Pueblo, La | 246 |
| Sotileza | 395 | Voz de Santander, La | 170 |
| Sport Montañés | 337 | Zurriago, El | 339 |
| Tambo, El | 57 | | |
| Tarántula, La | 408 | | |



PUBLICACION INCORPORADA AL
CONSEJO SUPERIOR
DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS